



Acontecimientos
que cambiarán el futuro

CONFLICTO CÓSMICO

Elena G. de White



Acontecimientos
que cambiarán el futuro

CONFLICTO CÓSMICO

Elena G. de White



Acontecimientos
que cambiarán el futuro

CONFLICTO CÓSMICO

Elena G. de White

CONFLICTO COSMICO

Millones de lectores, ansiosos por obtener respuesta a los profundos interrogantes de la vida humana, han encontrado inspiración y esperanza en las páginas de este libro extraordinario. Basado en una comprensión certera de la Biblia y de la intervención de Dios a lo largo de los 20 siglos de la era cristiana, Conflicto cósmico presenta un panorama histórico de apasionante interés y dramáticas proyecciones.

¿Cómo se cumplirán las antiguas profecías de las Escrituras en nuestros días y en el futuro cercano? ¿Se unirán algún día las iglesias cristianas y las religiones del mundo? ¿De qué manera culminará la lucha milenaria entre el bien y el mal? Preguntas como éstas, que preocupan a los hombres y a las mujeres de nuestro tiempo, encuentran respuesta en este best seller que ha alcanzado amplia difusión en diversos idiomas.

CONFLICTO CÓSMICO

ACONTECIMIENTOS QUE CAMBIARÁN SU FUTURO

Elena G. de White

ASOCIACIÓN CASA EDITORA SUDAMERICANA

Av. San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste

Buenos Aires, República Argentina

Título del original: From Here to Forever, Pacific Press Publishing Association,
Nampa, ID, E.U.A.

Dirección editorial: Aldo D. Orrego

Traducción: Fernando Chaij

Diseño del interior y de la tapa: Nelson Espinoza

Ilustración de la tapa: Archivos ACES

Ilustración del interior: Gabriel Aybar

Cuarta edición

MMXI

Publicado en la Argentina – Published in Argentina

Libro de edición argentina

Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 978-987-567-801-9

G. de White, Elena

Conflicto cósmico : Acontecimientos que cambiarán su futuro / Elena G. de White / Dirigido por Aldo D. Orrego. - 4^a ed. - Florida : Asociación Casa Editora Sudamericana, 2011.

EBook.

por: Fernando Chaij

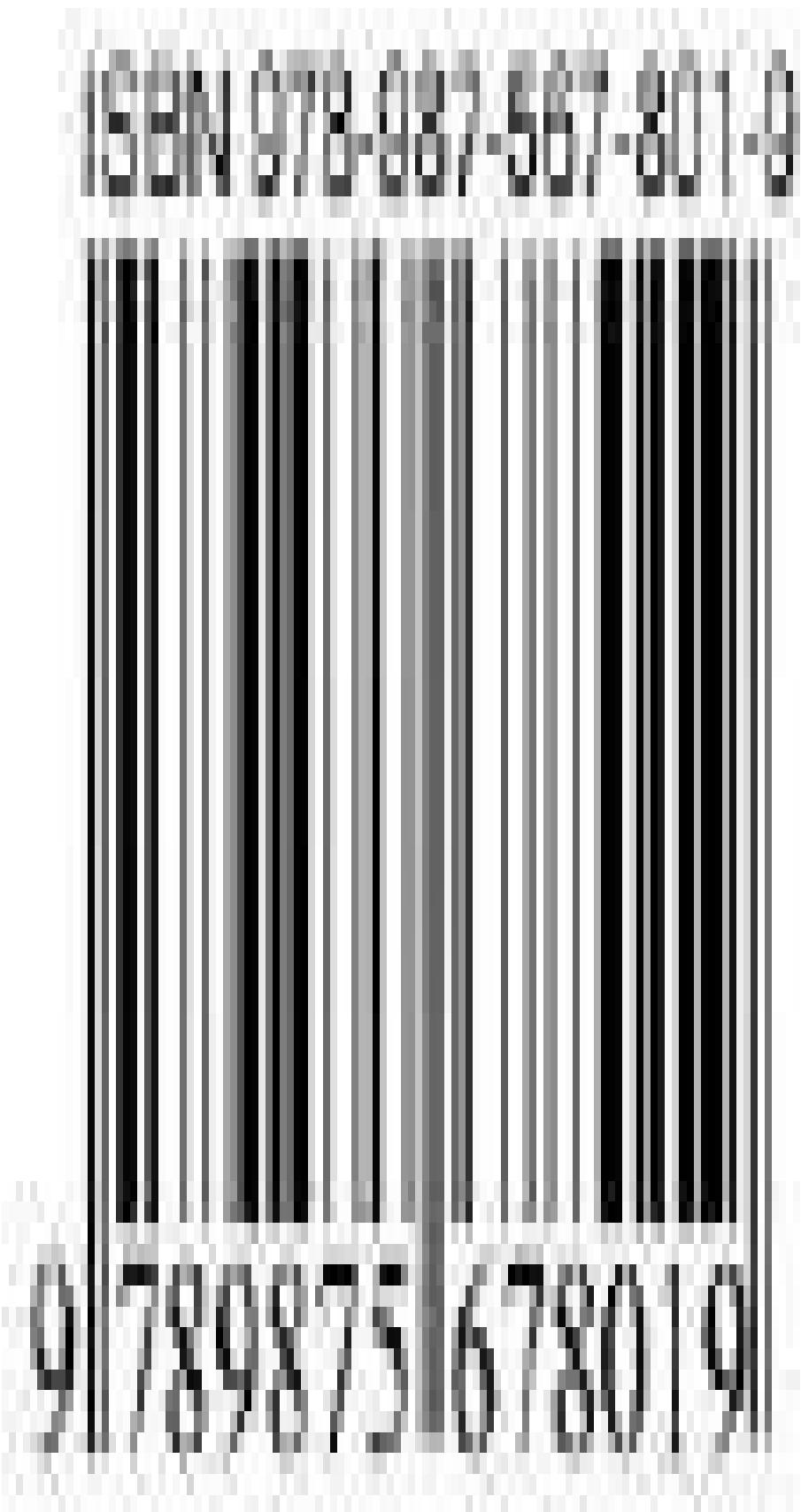
ISBN 978-987-567-801-9

1. Teodicea. I. Aldo D. Orrego, dir. II. Fernando Chaij, trad. III. Título.

CDD 231.8

Publicado el 15 de julio de 2011 por la Asociación Casa Editora Sudamericana (Av. San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires).

Prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación (texto, imágenes y diseño), su manipulación informática y transmisión ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia u otros medios, sin permiso previo del editor.



9 789875 678919

Por qué usted debe leer este libro

Para millones de personas, la vida resulta absurda y carente de significado. La ciencia, la tecnología, y aun la filosofía y la teología, han considerado a los seres humanos como meros productos de la casualidad. Sin embargo, consciente o inconscientemente, tanto los hombres como las mujeres hallan difícil aceptar una existencia sin propósito. La violencia, las protestas, la rebelión y la drogadicción son, en muchos casos, las manifestaciones irracionales de personas que están luchando con un espantoso sentimiento de confusión, como de seres que están totalmente perdidos. Como huérfanos, claman en su soledad y desesperación: “¿Quién soy yo? ¿Quiénes son mis padres? ¿Por qué me abandonaron ellos? ¿Cómo podría encontrarlos?”

Muchos acuden a la ciencia en busca de una respuesta, sintonizando los grandes radiotelescopios que pulsan el ritmo de las estrellas, como para preguntar: ¿Existe alguien por allí que me conozca? ¿Alguien que tenga interés en mí? Pero la ciencia no tiene respuesta. La ciencia puede contestar preguntas en cuanto al mecanismo de las cosas: ¿Cómo está hecho un átomo? ¿Cómo se divide? ¿Cómo funciona nuestra mente? ¿Cómo está hecho el universo? Pero es incapaz de explicar los propósitos de tales realidades.

La ciencia no puede decírnos por qué existe un átomo, por qué hay en el mundo seres humanos, por qué existe un universo. Tampoco puede contestar los interrogantes angustiosos que se formulan por doquier y que atribulan a la gente pensadora: Si existe justicia y significado en el universo, ¿por qué el inocente sufre como el culpable? ¿Hay vida después de la muerte? ¿Continúa viviendo la persona humana?

¿Representan de veras a Dios las iglesias cristianas de nuestro tiempo? ¿Cuál es la verdad?

¿Qué futuro le aguarda a nuestro mundo? ¿Terminará con el lloriqueo de un niño que lucha en medio de los estertores de sus últimas respiraciones en una atmósfera contaminada, o con el estallido formidable de un infierno atómico producido por una bomba de hidrógeno? ¿O será que los seres humanos –que en toda la historia nunca han conseguido dominar su propio egoísmo básico–

repentinamente tendrán éxito en desterrar el mal, la guerra, la pobreza y aun la muerte?

Este libro da las respuestas, y éstas son consoladoras. La vida tiene significado ¡No estamos solos en el universo! ¡Hay Alguien que nos cuida y está interesado en nosotros! Alguien que, por cierto, está muy interesado en el desarrollo de la historia humana, que se unió con nuestra raza en persona, de manera que pudiéramos llegar a él y él pudiera alcanzarnos. Alguien cuya mano todopoderosa ha estado sobre este planeta y lo conducirá de vuelta a la paz, y esto muy pronto.

Pero hace muchísimos siglos un ser cósmico persuasivo se propuso asumir el control de nuestro mundo y desviar el plan de Dios para la felicidad de la familia humana. En lenguaje gráfico –que millares de personas han considerado un lenguaje inspirado– la autora de este libro descubre el velo de lo confuso y desconocido, y en forma valiente expone las estrategias de ese ser poderoso, aunque invisible, cuya mano está extendida para tomar posesión de la soberanía de nuestro mundo. En el escenario humano, gobernantes idólatras y cuerpos religiosos apóstatas son expuestos como participantes en esta gran conspiración.

Solamente en una época de libertad religiosa pudo imprimirse un libro como este, y haber circulado con tanta profusión, puesto que se refiere en forma muy directa a algunas de las instituciones más poderosas de nuestro tiempo. Nos explica la razón por la cual se necesitó una Reforma, y por qué ésta resultó detenida; nos cuenta la triste historia de la iglesia apostólica, las alianzas persecutorias, la gestación de una peligrosa unión entre la Iglesia y el Estado, la cual ha de jugar un papel importante antes que finalice la lucha milenaria entre el mal y el bien. Y todo ser humano será un participante en este tremendo conflicto.

Aquí la autora escribe acerca de cosas que ni siquiera existían en sus días. Y habla con una honradez que perturba y alarma, pero a la vez orienta. Los diferentes aspectos de la controversia son tan grandes y las posibles consecuencias tan enormes, que alguien tenía forzosamente que hacerse eco de estas palabras de advertencia e iluminación.

Ninguna persona que lea este libro pensará que lo que la ha inducido a leerlo fue

pura casualidad.

Los Editores

Descorriendo el velo del futuro

Introducción de la autora

ANTES que el pecado entrara en el mundo, Adán gozaba de libre trato con su Creador; pero desde que el hombre se separó de Dios por causa del pecado, ese gran privilegio le ha sido negado a la raza humana. No obstante, mediante el plan de redención, se abrió un camino para que los habitantes de la tierra pudieran seguir teniendo relación con el cielo. Dios se comunicó con los hombres mediante su Espíritu, y por medio de las revelaciones hechas a sus siervos escogidos la luz divina se esparció por el mundo. “Los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 S. Pedro 1:21).[1]

Durante los 25 primeros siglos de la historia humana no hubo revelación escrita. Los que eran enseñados por Dios comunicaban sus conocimientos a otros, y estos conocimientos eran así legados de padres a hijos a través de varias generaciones. La redacción de la palabra escrita empezó en tiempos de Moisés. Los conocimientos inspirados fueron entonces compilados en un libro inspirado. Esa labor continuó durante el largo período de 16 siglos; desde Moisés, el historiador de la creación y el legislador, hasta San Juan, el narrador de las verdades más sublimes del evangelio.

La Biblia nos muestra a Dios como autor de ella; sin embargo, fue escrita por manos humanas, y la diversidad de estilo de sus diferentes libros revela la característica única de los diversos autores. Todas las verdades reveladas son inspiradas por Dios (2 Timoteo 3:16); sin embargo, están expresadas en palabras humanas. Y el Ser supremo e infinito iluminó con su Espíritu la inteligencia y el corazón de sus siervos. Les daba sueños y visiones y les mostraba símbolos y figuras; y aquellos a quienes la verdad fuera así revelada, revestían el pensamiento divino con palabras humanas.

Los Diez Mandamientos fueron enunciados por Dios mismo y escritos con su propia mano. No es de redacción humana sino divina. Pero la Biblia, con sus verdades de origen divino expresadas en el lenguaje de los hombres, muestra una unión de lo divino y lo humano. Esta unión existía en la naturaleza de Cristo, quien era Hijo de Dios e Hijo del Hombre. Se puede pues decir de la Biblia lo que fue dicho de Cristo: “Aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros” (S. Juan 1:14).

Escritos en épocas diferentes y por hombres que diferían notablemente en rango y ocupación, así como en facultades intelectuales y espirituales, los libros de la Biblia presentan contrastes en su estilo, como también diversidad en la naturaleza de los asuntos que desarrollan. Sus diversos escritores se valen de expresiones diferentes; a menudo la misma verdad está presentada por uno de ellos de modo más patente que por otro. Ahora bien, como varios de sus autores nos presentan el mismo asunto desde puntos de vista y bajo aspectos diferentes, puede parecer al lector superficial o descuidado que hay divergencias o contradicciones, allí donde el lector atento y respetuoso discierne, con mayor penetración, la armonía fundamental.

Presentada por diversas personalidades, la verdad aparece en sus variados aspectos. Un escritor capta con más fuerza cierta parte del asunto; comprende los puntos que armonizan con su experiencia o con sus facultades de percepción y apreciación; otro nota mejor otro aspecto del mismo asunto; y cada cual, bajo la dirección del Espíritu Santo, presenta lo que ha quedado grabado con más fuerza en su propia mente. Cada cual presenta un aspecto diferente de la verdad, pero existe una perfecta armonía entre todos ellos. Y las verdades así reveladas se unen en perfecto conjunto, adecuado para satisfacer las necesidades del ser humano en todas las circunstancias de la vida.

Dios se ha dignado comunicar la verdad al mundo por medio de instrumentos humanos, y él mismo, por su Santo Espíritu, habilitó a ciertos hombres y los hizo capaces de realizar esta obra. Guió la inteligencia de ellos en la elección de lo que debían decir y escribir. El tesoro fue confiado a vasos de barro, pero no por eso deja de ser del cielo. Aunque llevado a todo viento en el vehículo imperfecto del lenguaje humano, no por eso deja de ser el testimonio de Dios; y el hijo de Dios, obediente y creyente, contempla en ello la gloria de un poder divino, lleno de gracia y de verdad.

En su Palabra, Dios comunicó a los hombres el conocimiento necesario para la salvación. Las Santas Escrituras deben ser aceptadas como dotadas de autoridad absoluta y como revelación infalible de su voluntad. Constituyen la regla del carácter; nos revelan doctrinas, y son la piedra de toque de la experiencia religiosa. “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Timoteo 3:16, 17).

Las circunstancias de haber revelado Dios su voluntad a los hombres por su

Palabra, no anuló la necesidad que tienen ellos de la continua presencia y dirección del Espíritu Santo. Por el contrario, el Salvador prometió que el Espíritu facilitaría a sus siervos la comprensión de la Palabra; que iluminaría y ampliaría sus enseñanzas. Y como el Espíritu de Dios fue quien inspiró la Biblia, resulta imposible que las enseñanzas del Espíritu estén en pugna con las de la Palabra.

El Espíritu no fue dado –ni puede jamás ser otorgado– para invalidar la Biblia; pues las Escrituras declaran explícitamente que la Palabra de Dios es la regla por la cual toda enseñanza y toda experiencia deben ser probadas. El apóstol Juan dice: “No creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo” (1 S. Juan 4:1). E Isaías declara: “¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido” (Isaías 8:20).

Muchos cargos se han levantado contra la obra del Espíritu Santo por los errores de una clase de personas que, pretendiendo ser iluminadas por éste, aseguran no tener más necesidad de ser guiadas por la Palabra de Dios. Están dominadas por impresiones que consideran como voz de Dios en el alma. Pero el espíritu que las dirige no es el Espíritu de Dios. Este método de seguir impresiones y descuidar las Santas Escrituras, sólo puede conducir a la confusión, al engaño y a la ruina. Sólo sirve para fomentar los designios del maligno. Y como el ministerio del Espíritu Santo es de importancia vital para la iglesia de Cristo, una de las tretas de Satanás consiste precisamente en arrojar oprobio sobre la obra del Espíritu por medio de los errores de los extremistas y fanáticos, y en hacer que el pueblo de Dios descuide esta fuente de fortaleza de la cual nuestro Señor nos ha provisto.

Según la Palabra de Dios, el Espíritu Santo debía continuar su obra por todo el período de la dispensación cristiana. Durante las épocas en que las Escrituras, tanto del Antiguo Testamento como del Nuevo Testamento, eran entregadas a la circulación, el Espíritu Santo no dejó de comunicar luz a personas aisladas, además de las revelaciones que debían ser incorporadas en el Sagrado Canon. La Biblia misma da cuenta de cómo, por intermedio del Espíritu Santo, ciertos hombres recibieron advertencias, censuras, consejos e instrucciones que no se referían en nada a lo dado en las Escrituras. También habla de profetas que vivieron en diferentes épocas, pero sin hacer mención alguna de sus declaraciones. Asimismo, una vez cerrado el canon de las Escrituras, el Espíritu Santo debía llevar adelante su obra de esclarecimiento, amonestación y consuelo

en bien de los hijos de Dios.

Jesús prometió a sus discípulos: “El Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho... Cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad... y os hará saber las cosas que habrán de venir” (S. Juan 14:26; 16:13). Las Sagradas Escrituras enseñan claramente que estas promesas, lejos de limitarse a los días apostólicos, se extienden a la iglesia de Cristo en todas las edades. El Salvador asegura a los discípulos: “Estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (S. Mateo 28:20). San Pablo declara que los dones y las manifestaciones del Espíritu fueron dados a la iglesia “para el perfeccionamiento de los santos, para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo: hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al estado del hombre perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Efesios 4:12, 13, VM).

En favor de los creyentes de Éfeso, el apóstol rogó así: “Que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado... y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos” (Efesios 1:17-19). La bendición que San Pablo pedía para la iglesia de Éfeso era que el ministerio del Espíritu divino iluminara el entendimiento y revelase a la mente las cosas profundas de la santa Palabra de Dios.

Después de la maravillosa manifestación del Espíritu Santo el Día de Pentecostés, San Pedro exhortó al pueblo al arrepentimiento y a que se bautizara en el nombre de Cristo, para la remisión de sus pecados; y dijo: “Recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare” (Hechos 2:38, 39).

El Señor anunció por boca del profeta Joel que una manifestación especial de su Espíritu se realizaría justo antes de las escenas del gran Día de Dios (Joel 2:28). Esta profecía se cumplió parcialmente con el derramamiento del Espíritu Santo el Día de Pentecostés; pero alcanzará su cumplimiento completo en las manifestaciones de la gracia divina que han de acompañar la obra final del evangelio.

El gran conflicto entre el bien y el mal aumentará en intensidad hasta el fin del tiempo. En todas las edades la ira de Satanás se ha manifestado contra la iglesia de Cristo; y Dios ha derramado su gracia y su Espíritu sobre su pueblo para robustecerlo contra el poder del maligno. Cuando los apóstoles de Cristo estaban por llevar el evangelio por el mundo entero y consignarlo por escrito para provecho de todos los siglos venideros, fueron dotados especialmente con la luz del Espíritu. Pero a medida que la iglesia se vaya acercando a su liberación final, Satanás obrará con mayor poder. Descenderá “con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo” (Apocalipsis 12:12). Obrará “con gran poder y señales y prodigios mentirosos” (2 Tesalonicenses 2:9). Por espacio de seis mil años esa inteligencia maestra, después de haber sido la más alta entre los ángeles de Dios, no ha servido más que para el engaño y la ruina. Y en el conflicto final se emplearán contra el pueblo de Dios todos los recursos de la habilidad y sutileza satánica, y toda la crueldad desarrollada en esas luchas seculares. Durante ese tiempo de peligro los discípulos de Cristo tienen que dar al mundo la admonición del segundo advenimiento del Señor, y un pueblo ha de ser preparado “sin mancha e irreproables” para comparecer ante él a su venida (2 S. Pedro 3:14). Entonces el derramamiento especial de la gracia y el poder divinos no serán menos necesarios que lo que fue para la iglesia en los días apostólicos.

Mediante la iluminación del Espíritu Santo, las escenas de la lucha secular entre el bien y el mal fueron reveladas a quien escribe estas páginas. En una y otra ocasión se me permitió contemplar las diferentes escenas de la gran lucha secular entre Cristo, Príncipe de la vida, Autor de nuestra salvación, y Satanás, príncipe del mal, autor del pecado y primer transgresor de la santa ley de Dios. La enemistad de Satanás contra Cristo se ensañó en los discípulos del Salvador. En toda la historia se puede ver el mismo odio a los principios de la ley de Dios, la misma política de engaño, mediante la cual se hace aparecer el error como si fuese verdad, se hace que las leyes humanas sustituyan a las leyes de Dios y se induce a los hombres a adorar a la criatura antes que al Creador. Los esfuerzos de Satanás para desfigurar el carácter de Dios, para dar a los hombres un concepto falso del Creador y hacer que lo consideren con temor y odio más bien que con amor; sus esfuerzos para suprimir la ley de Dios, y hacer creer al pueblo que no está sujeto a las exigencias de ella; sus persecuciones contra los que se atreven a resistir sus engaños, han seguido con rigor implacable en todos los siglos. Se pueden ver en la historia de los patriarcas, profetas y apóstoles, y en la de los mártires y reformadores.

En el gran conflicto final, Satanás empleará la misma táctica, manifestará el

mismo espíritu y trabajará con el mismo fin que en todas las edades pasadas. Lo que ha sido, volverá a ser, con la circunstancia agravante de que estará señalada por una intensidad terrible, cual el mundo no vio jamás. Las seducciones de Satanás serán más sutiles, sus ataques más resueltos. Si fuera posible, engañará hasta a los mismos escogidos (S. Marcos 13:22).

Al revelarme el Espíritu de Dios las grandes verdades de su Palabra, y las escenas del pasado y de lo por venir, se me ordenó que diese a conocer a otros lo que se me había mostrado, y que trazase un bosquejo de la historia de la lucha en las edades pasadas, y especialmente que la presentara de tal modo que derramase luz sobre la lucha futura. Con este fin, he tratado de escoger y reunir acontecimientos de la historia de la iglesia en forma tal que quedara bosquejado el desenvolvimiento de las grandes verdades probatorias que en diversas épocas han sido dadas al mundo, las cuales han excitado la ira de Satanás y la enemistad de una iglesia amiga del mundo, y han sido sostenidas por el testimonio de aquellos que “no amaron sus vidas, exponiéndolas hasta la muerte” (Apocalipsis 12:11, VM).

En esos registros podemos ver un antícpo del conflicto que nos espera. Considerándolos a la luz de la Palabra de Dios, y por la iluminación de su Espíritu, podemos ver expuesta la astucia del maligno y los peligros que deberán evitar los que quieran ser hallados “sin mancha” ante el Señor cuando él venga.

Los grandes acontecimientos que marcaron los pasos de reforma que se dieron en siglos pasados son hechos históricos tan harto conocidos, y tan universalmente aceptados, que nadie puede negarlos. Esa historia la he presentado brevemente, de acuerdo con el objetivo de este libro y con la concisión que necesariamente debe observarse, condensando los hechos en forma comprensible y relacionándolos con las enseñanzas que de ellos se desprenden. En algunos casos, cuando he encontrado que un historiador había reunido los hechos y presentado en pocas líneas un claro conjunto del asunto, o agrupado los detalles en forma conveniente, he reproducido sus palabras. Pero en otros no se ha mencionado el autor, puesto que las citas fueron usadas no tanto para referirse a esos escritos como autoridades, sino porque sus palabras resumían adecuadamente el asunto. Y al referir los casos y puntos de vista de quienes siguen adelante con la obra de reforma en nuestro tiempo, me he valido en forma similar de las obras que han publicado.

El objetivo de este libro no consiste tanto en presentar nuevas verdades relativas

a las luchas de pasadas edades, como en hacer resaltar hechos y principios que tienen relación con acontecimientos futuros. Sin embargo, cuando se consideran tales hechos y principios como formando parte de la lucha empeñada entre las potencias de la luz y las de las tinieblas, todos esos relatos del pasado cobran nuevo significado; y se desprende de ellos una luz que proyecta rayos sobre el porvenir, alumbrando el sendero de los que, como los reformadores de los siglos pasados, serán llamados, aun a costa de sacrificar todo bien terrenal, a testificar “de la palabra de Dios, y del testimonio de Jesucristo” (Apocalipsis 1:2).

Desarrollar las escenas de la gran lucha entre la verdad y el error; descubrir las tretas de Satanás y los medios de resistirle con éxito; presentar una solución satisfactoria al gran problema del mal, derramando luz sobre el origen y el fin del pecado en forma tal que la justicia y la bondad de Dios en sus relaciones con sus criaturas queden plenamente manifiestas; y hacer patente el carácter sagrado e inmutable de su ley: tal es el objetivo de esta obra. Que por su influencia muchos se libren del poder de las tinieblas y sean hechos “aptos para participar de la suerte de los santos en luz”, para la gloria de Aquel que nos amó y se dio a sí mismo por nosotros, tal es mi ferviente oración.

Elena G. de White

[1] En esta edición, los pasajes bíblicos se transcribieron por regla general de la versión Reina-Valera, revisión de 1960, porque es la más difundida en los países de habla castellana; pero donde, por motivos de mayor claridad, se consideró conveniente usar otra versión, el hecho se indicó en la referencia: VM significa Versión Moderna; RVA, Reina-Valera Antigua (1909); BJ, Biblia de Jerusalén.

Capítulo 1

Una revelación del destino del mundo

Desde la cumbre del Monte de los Olivos, Jesús contemplaba Jerusalén, donde resaltaban las magníficas construcciones del templo. El sol poniente doraba la nívea blancura de sus muros de mármol y se reflejaba en la parte superior del templo y su torre. ¡Qué hijo de Israel podía observar la escena sin sentir gozo y admiración! Pero otros eran los pensamientos que ocupaban la mente de Jesús. “Cuando llegó cerca de la ciudad, al verla, lloró sobre ella” (S. Lucas 19:41).

No derramaba Jesús lágrimas por sí mismo, aunque ante él se encontraba el Getsemaní, el escenario de su próxima agonía, que ya no estaba distante, y el Calvario, el lugar de su crucifixión. Pero no eran éstas las escenas que ensombrecían esta hora de alegría. Lloraba por los millares de habitantes de Jerusalén sentenciados a la destrucción.

Jesús observaba la historia de más de mil años del favor especial y del cuidado protector de Dios manifestados hacia el pueblo elegido. Jerusalén había sido honrada por Dios más que cualquier otro lugar de la tierra. El Señor había “elegido a Sion... por habitación para sí” (Salmo 132:13). Durante siglos, los santos profetas habían anunciado mensajes de advertencia. Diariamente la sangre de los corderos había sido ofrecida para representar la del Cordero de Dios.

Si Israel se hubiera mantenido leal al cielo, Jerusalén habría permanecido para siempre como la elegida de Dios. Pero los anales de este pueblo favorecido eran una historia de apostasía y rebelión. Con un amor mayor que el de un padre que se compadece, Dios había tenido “misericordia de su pueblo y de su habitación” (2 Crónicas 36:15). Siendo que las amonestaciones y reprensiones habían fallado, él mandó el más rico don del cielo, el Hijo de Dios mismo, para exhortar a la ciudad impenitente.

Durante tres años el Señor de luz y gloria había caminado entre su pueblo “haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos del diablo”, poniendo en

libertad a los cautivos, devolviendo la vista a los ciegos, haciendo que el cojo caminara y el sordo oyera, limpiando a los leprosos, resucitando a los muertos y predicando el evangelio a los pobres (ver Hechos 10:38; S. Lucas 4:18; S. Mateo 11:5).

Errante peregrino, vivió para suplir las necesidades y aligerar las penas de los hombres, y para rogarles que aceptaran el don de la vida. Los actos de su misericordia, rechazados por aquellos corazones endurecidos, regresaban en una manifestación más poderosa de inexpresable amor y compasión. Pero Israel había rechazado a su mejor Amigo y a su único Ayudador. Los ruegos de su amor habían sido despreciados.

La hora de esperanza y perdón se estaba esfumando rápidamente. La tormenta que se había estado formando durante siglos de apostasía y rebelión estaba por estallar sobre un pueblo culpable. El único que podía salvarlos de su destino inminente había sido despreciado, injuriado y rechazado, y pronto había de ser crucificado.

Cuando Cristo contempló Jerusalén, lo agobiaba la condenación de toda una ciudad, de toda una nación. Contempló al ángel destructor con la espada levantada contra la ciudad que por tanto tiempo había sido la morada de Dios. Desde el mismo lugar que más tarde fue ocupado por Tito y su ejército contempló, más allá del valle, los atrios y pórticos sagrados. Con ojos inundados por las lágrimas vio las murallas rodeadas de tropas enemigas. Oyó la marcha de los ejércitos que avanzaban en son de guerra, la voz de las madres y los niños que clamaban por pan en la ciudad sitiada. Vio su santo templo, sus palacios y sus torres, entregados a las llamas, y finalmente hechos un montón de ruinas humeantes.

Observando la marcha de los siglos, vio al pueblo del pacto esparcido por todos los países, “como naufragos en una playa desierta”. La piedad divina y el sublime amor de Cristo se volcaron en las amorosas palabras: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta a sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!” (S. Mateo 23:37).

Cristo vio en Jerusalén un símbolo del mundo endurecido en la incredulidad y la rebelión, apresurándose hacia los juicios retributivos de Dios. Su corazón fue conmovido de piedad por los que en la tierra estaban afligidos y sufrián.

Anhelaba aliviarlos, y estaba dispuesto a derramar su alma hasta la muerte para poner la salvación a su alcance.

¡La Majestad del cielo envuelta en lágrimas! Esa escena muestra cuán dura es la tarea de salvar al culpable de las consecuencias de la transgresión de la ley de Dios. Jesús vio al mundo envuelto en el engaño, un engaño similar al que causó la destrucción de Jerusalén. El gran pecado de los judíos fue su rechazo de Cristo: el gran pecado del mundo sería su rechazo de la ley de Dios, el fundamento de su gobierno en el cielo y en la tierra. Millones de personas esclavizadas por el pecado, en peligro de sufrir la muerte eterna, rehusarían escuchar las palabras de verdad el día que se las dijeran.

El magnífico templo condenado

Dos días antes de la Pascua, Jesús de nuevo fue con sus discípulos al Monte de los Olivos que dominaba la ciudad. Una vez más observó el templo con su deslumbrante esplendor, una joya de hermosura. Salomón, el más sabio de los reyes de Israel, había completado el primer templo, el edificio más magnífico que jamás tuviera el mundo. Después de su destrucción por parte de Nabucodonosor, fue reedificado quinientos años antes del nacimiento de Cristo.

Pero el segundo templo no había igualado al primero en esplendor. No hubo una nube de gloria, no descendió fuego del cielo sobre su altar. El arca, el propiciatorio y las tablas del testimonio no se hallaban allí. Ninguna voz procedente del cielo había manifestado al sacerdote la voluntad de Dios. El segundo templo no fue honrado por la nube del Dios de gloria, pero sí con la presencia viva de Aquel que era Dios mismo manifestado en carne. El “Deseado de todas las gentes” había venido a su templo cuando el Hombre de Nazaret enseñaba y sanaba en los atrios sagrados. Pero Israel había rechazado el Don ofrecido por el cielo. Junto con el humilde Maestro que ese día había salido por sus áureos portales, la gloria se había apartado para siempre del templo. Ya se estaban cumpliendo las palabras del Salvador: “Vuestra casa os es dejada desierta” (S. Mateo 23:38).

Los discípulos se habían llenado de asombro ante el anuncio profético de Cristo, que el templo sería destruido, y anhelaban entender el significado de sus palabras. Herodes el Grande había contribuido tanto con tesoros romanos como con recursos judíos para darle mayor hermosura. Enormes bloques de mármol blanco, traídos desde Roma, formaban parte de su estructura, hacia los cuales los discípulos habían llamado la atención de su Maestro, diciendo: “Mira qué piedras, y qué edificios” (S. Marcos 13:1).

Pero Jesús respondió con estas solemnes y terribles palabras: “De cierto os digo, que no quedará aquí piedra sobre piedra, que no sea derribada” (S. Mateo 24:2). El Señor había dicho a los discípulos que él vendría por segunda vez. Por lo tanto, ante la mención de los juicios que caerían sobre Jerusalén, sus mentes se concentraron en su venida, y preguntaron: “¿Cuándo serán estas cosas, y qué

señal habrá de tu venida, y del fin del siglo?” (S. Mateo 24:3).

Cristo presentó delante de ellos un delineamiento de los principales acontecimientos que ocurrirían antes del fin del tiempo. La profecía que pronunció tenía un doble significado. En tanto que anunciaba la destrucción de Jerusalén, predecía a la vez los terrores de los días finales del mundo.

Los juicios de Dios caerían sobre Israel por su rechazo del Mesías y la crucifixión del Salvador. “Por tanto, cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel (el que lee, entienda), entonces los que estén en Judea, huyan a los montes” (S. Mateo 24:15, 16; ver también S. Lucas 21:20, 21). Cuando los estandartes idolátricos de los romanos se establecieran en los terrenos sagrados fuera de los muros de la ciudad, los seguidores de Cristo habían de huir para salvarse. Los que escaparan debían hacerlo sin demora. Debido a los pecados de Jerusalén, la ira caería sobre la ciudad. Su persistente incredulidad hizo que su destrucción fuera segura (ver Miqueas 3:9-12).

Los habitantes de Jerusalén acusaron a Cristo de ser la causa de todos los problemas que le habían acontecido como consecuencia de sus pecados. Aunque sabían que él era sin pecado, declararon que su muerte era necesaria para la seguridad de la nación. Aceptaron la sentencia del sumo pontífice, que les dijo que sería mejor que muriera un hombre y no que toda la nación pereciera (ver S. Juan 11:47-53).

Aunque dieron muerte a su Salvador porque él reprobó sus pecados, se consideraban a sí mismos como el pueblo favorecido de Dios y esperaban que el Señor los libertara de sus enemigos.

La paciencia de Dios

Durante casi 40 años el Señor demoró sus juicios. Había todavía muchos judíos que ignoraban el carácter y la obra de Cristo. Y los hijos no habían disfrutado del conocimiento que sus padres habían despreciado. Mediante la predicación de los apóstoles, Dios hizo que la luz brillara sobre ellos. Veían cómo la profecía se había cumplido no solamente con el nacimiento y la vida de Cristo, sino también con su muerte y resurrección. Los hijos no fueron condenados por los pecados de sus padres; pero cuando ellos rechazaron el conocimiento adicional que les fuera conferido, se hicieron partícipes de los pecados de sus mayores y colmaron la medida de su iniquidad.

Los judíos, en su obstinada impenitencia, rechazaron la última oferta de misericordia. Entonces Dios retiró su protección de ellos. La nación fue abandonada al control del dirigente que había escogido. Satanás despertó las pasiones más fieras y más bajas del alma. Los hombres eran irrazonables, y estaban dominados por el impulso y el odio ciego, y actuaban con crueldad satánica. Amigos y parientes se traicionaban unos a otros. Los padres mataban a los hijos, y los hijos a los padres. Los gobernantes no tenían poder para gobernarse a sí mismos. La pasión los convirtió en tiranos. Los judíos habían aceptado el falso testimonio para condenar al inocente Hijo de Dios. Ahora, falsas acusaciones habían hecho insegura su vida. El temor de Dios ya no los preocupaba. Satanás estaba a la cabeza de la nación.

Dirigentes de partidos opositores combatían entre sí y se mataban sin misericordia. Aun laantidad del templo no restringía su horrible ferocidad. El Santuario fue mancillado por los cuerpos de los asesinados. Sin embargo, los instigadores de esta obra infernal declararon que no tenían temor de que Jerusalén fuese destruida. Era la ciudad de Dios. Aunque las legiones romanas estuvieron rodeando el templo, las multitudes se aferraron a su creencia de que el Altísimo se interpondría para derrotar a los adversarios. Pero Israel había despreciado la protección divina, y ahora no tenía defensa.

Un desastre portentoso

Todas las predicciones dadas por Cristo con relación a la destrucción de Jerusalén se cumplieron al pie de la letra. Aparecieron señales y milagros. Durante siete años un hombre estuvo recorriendo las calles de Jerusalén, declarando las desgracias que vendrían. Este extraño personaje fue apresado y azotado, pero ante el insulto y los maltratos solamente contestaba: “¡Ay de Jerusalén!” Finalmente fue asesinado durante el sitio de la ciudad que él predijo. [1]

Ni un solo cristiano pereció en la destrucción de Jerusalén. Después que los romanos habían rodeado la ciudad bajo Cestio, inesperadamente abandonaron el sitio cuando todo parecía favorable para el ataque. El general romano retiró sus fuerzas sin la menor razón aparente. La señal prometida había sido dada a los cristianos que esperaban (S. Lucas 21:20, 21).

Los sucesos se desarrollaron de tal manera que ni los judíos ni los romanos impidieran la huida de los cristianos. Ante la retirada de Cestio, los judíos lo persiguieron, y mientras ambas fuerzas estaban así plenamente empeñadas en batalla, los cristianos de todo el país pudieron escapar sin problemas a un lugar seguro: la ciudad de Pella.

Las fuerzas judías, al perseguir a Cestio y a su ejército, cayeron sobre la retaguardia. Con gran dificultad los romanos tuvieron éxito en su retirada. Los judíos con sus despojos regresaron triunfantes a Jerusalén. Sin embargo, este aparente éxito les trajo solamente mal. Inspiró un porfiado espíritu de resistencia en los romanos, los cuales trajeron una angustia indecible sobre la ciudad condenada.

Terribles fueron las calamidades que cayeron sobre Jerusalén cuando Tito reinició el sitio. La ciudad fue rodeada en ocasión de la Pascua, cuando millones de judíos se reunían dentro de sus muros. Anteriormente muchos depósitos de provisiones habían sido destruidos debido a las luchas de los partidos contendientes. Ahora empezaron a experimentarse todos los horrores del hambre. Los hombres comían el cuero de sus zapatos y sandalias y las cubiertas

de sus escudos. Gran cantidad salía de noche para juntar plantas silvestres que crecían fuera de los muros de la ciudad, aunque entonces muchos de ellos eran torturados cruelmente y muertos. A menudo los que regresaban salvos eran privados por asalto de todo lo que habían recogido. Los esposos despojaban a sus esposas, y las esposas a sus maridos. Los hijos arrebataban el alimento de las bocas de sus padres ancianos.

Los dirigentes romanos trataron de infundir terror en los judíos y así obligarlos a rendirse. Los prisioneros eran azotados, torturados y crucificados ante los muros de la ciudad. A lo largo del valle de Josafat y en el Calvario se levantaron cruces en tal cantidad que apenas había lugar para moverse entre ellas. De esta manera fue castigada aquella imprecación terrible pronunciada ante Pilato: “¡Recaiga su sangre sobre nosotros, y sobre nuestros hijos!” (S. Mateo 27:25, VM).

Tito se llenó de horror al ver los cuerpos amontonados en los valles. Como obsesionado, observó el magnífico templo y ordenó que no se tocara ninguna piedra de su estructura. Dirigió un ferviente llamamiento a los líderes judíos a que no lo obligaran a contaminar con sangre el lugar sagrado. ¡Si los romanos lucharán en cualquier otro lugar, ninguno de ellos violaría la santidad del templo! Josefo mismo les rogó que se rindieran para salvarse, y para salvar también la ciudad y el lugar de culto; pero fue rechazado con amargas maldiciones. Arrojaron flechas contra él, su último mediador humano. Los esfuerzos de Tito para salvar el templo fueron en vano. Uno mayor que él había declarado que no sería dejada piedra sobre piedra.

Finalmente, Tito, determinado a salvar el templo, si era posible, de la destrucción, decidió tomarlo por asalto. Pero sus órdenes fueron desobedecidas. Un soldado, aprovechándose de una abertura en el pórtico, arrojó un leño encendido, e inmediatamente las cámaras forradas de cedro que rodeaban la casa santa estuvieron envueltas en llamas. Tito se precipitó al lugar y ordenó a los soldados que apagaran las llamas, mas sus palabras fueron desatendidas. En su furia los soldados arrojaron teas encendidas a las cámaras adjuntas del templo, destruyendo así a los que habían hallado refugio en ellas. La sangre corría como agua por las gradas del templo.

Después de la destrucción del templo, la ciudad entera cayó en poder de los romanos. Los dirigentes judíos abandonaron sus torres impenetrables. Tito declaró que Dios los había entregado en sus manos pues ninguna maquinaria, por poderosa que fuera, podría haber prevalecido contra esas estupendas

fortalezas. Tanto la ciudad como el templo fueron arrasados hasta sus fundamentos, y el terreno en el cual estaba edificada la casa santa fue “arado como un campo de cultivo” (ver Jeremías 26:18). Más de un millón de personas perecieron; los que sobrevivieron fueron conducidos como cautivos, vendidos como esclavos, arrastrados a Roma, arrojados a las bestias salvajes en los anfiteatros o esparcidos como errantes peregrinos por la tierra.

Los judíos habían colmado la copa de la venganza. En todas las desgracias que siguieron a su dispersión estaban recogiendo la cosecha que sus propias manos habían sembrado. “¡Es tu destrucción, oh Israel, el que estés contra mí... porque has caído por tu iniquidad!” (Oseas 13:9; 14:1, VM). A menudo los sufrimientos son considerados como un castigo ordenado directamente por Dios. De este modo el gran engañador trata de disfrazar su propia obra. Debido a un rechazo caprichoso del amor y la misericordia divinos, los judíos habían hecho que la protección de Dios les fuera retirada.

No podemos saber cuánto debemos a Cristo por la paz y la protección que disfrutamos. El poder restrictivo de Dios impide que el género humano caiga enteramente bajo el dominio de Satanás. Aun el desobediente y desagradecido tiene mucha razón para agradecer a Dios por su misericordia. Pero cuando los hombres traspasan los límites de la tolerancia divina, la protección desaparece. Dios no actúa nunca como el verdugo de la sentencia contra la transgresión. Él deja que los que rechazan su misericordia cosechen aquello que han sembrado. Cada rayo de luz rechazado es una semilla sembrada que produce su infalible cosecha. El Espíritu de Dios, persistentemente resistido, al fin se retira. Entonces no queda ningún poder para controlar las malas pasiones del alma, ninguna protección contra la malicia y la enemistad de Satanás.

La destrucción de Jerusalén es una solemne advertencia dirigida a todos los que resisten los clamores de la misericordia divina. La profecía del Salvador con relación a los juicios sobre Jerusalén ha de tener otro cumplimiento todavía. En la suerte corrida por la ciudad escogida podemos ver la condenación de un mundo que ha rechazado la misericordia de Dios y pisoteado su ley. Negros son los registros de la miseria humana que el mundo ha presenciado. Terribles han sido los resultados de rechazar la autoridad del cielo. Pero una escena aún más tenebrosa es lo que se presenta en las revelaciones del futuro. Cuando el Espíritu restrictivo de Dios se haya retirado totalmente, para no frenar más la exposición de la pasión humana y de la ira satánica, el mundo contemplará, como nunca antes, los resultados del gobierno de Satanás.

En ese día, como en la destrucción de Jerusalén, el pueblo de Dios será librado (ver Isaías 4:3). Cristo vendrá la segunda vez para reunir a sus fieles consigo. “Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria. Y enviará a sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro” (S. Mateo 24:30, 31).

Guárdense los hombres de descuidar las palabras de Cristo. Como él amonestó a sus discípulos acerca de la destrucción de Jerusalén para que huyeran de la misma, así ha amonestado al mundo acerca del día de la destrucción final. Todos los que quieran podrán huir de la ira que vendrá. “Entonces habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes” (S. Lucas 21:25; ver también S. Mateo 24:29; S. Marcos 13:24-26; Apocalipsis 6:12-17). “Velad, pues” (S. Marcos 13:35), es la amonestación del Señor. Los que escuchen la advertencia no serán dejados en tinieblas.

El mundo no está más dispuesto a creer el mensaje para este tiempo que lo que estaban los judíos para recibir la advertencia del Salvador con relación a Jerusalén. Venga cuando venga, el Día de Dios sobrevendrá en forma inadvertida para los impíos. Cuando la vida continúe su curso invariable; cuando los hombres estén absorbidos en el placer, en los negocios, en la caza del dinero; cuando los dirigentes religiosos estén magnificando el progreso del mundo, y el pueblo esté adormecido en una falsa seguridad, entonces, así como el ladrón a medianoche entra en una casa sin custodia, vendrá la destrucción sobre los descuidados impíos, “y no escaparán” (1 Tesalonicenses 5:2-5).

[1] Milman, History of the Jews [Historia de los judíos], lib. 13.

Capítulo 2

La lealtad y la fe de los mártires

Jesús les reveló a sus discípulos la historia de su pueblo desde el tiempo en que él sería arrebatado al cielo hasta su regreso con poder y gloria. Penetrando profundamente en el futuro, su ojo vio las violentas tempestades que habrían de asaltar a sus seguidores en los años futuros de persecución (ver S. Mateo 24:9, 21, 22). Los seguidores de Cristo deben recorrer la misma senda de humillación y sufrimiento que recorrió su Maestro. La enemistad que soportó el Redentor del mundo se manifestaría contra todos los que creyeran en su nombre.

El paganismo se dio cuenta de que si triunfaba el evangelio, sus templos y altares serían arrasados; por lo tanto se encendieron los fuegos de la persecución. A los cristianos se los despojaba de sus posesiones y se los arrastraba de sus hogares. Nobles y esclavos, ricos y pobres, cultos e ignorantes, fueron sin misericordia sacrificados en gran número.

Empezando bajo Nerón, las persecuciones continuaron durante siglos. Se declaró falsamente que los cristianos eran la causa del hambre, las plagas y los terremotos. Había acusadores listos, por soborno, a traicionar a los inocentes acusándolos como rebeldes y como peste de la sociedad. Muchísimos fueron arrojados a las bestias salvajes o quemados vivos en los anfiteatros. Algunos fueron crucificados; otros fueron cubiertos con pieles de animales salvajes y arrojados a la arena para ser despedazados por los perros. En las fiestas públicas, vastas multitudes se reunían para gozar del espectáculo y festejar con risas y aplausos la agonía mortal de los mártires.

Los seguidores de Cristo se veían obligados a ocultarse en lugares solitarios. Fuera de los muros de la ciudad de Roma, entre las colinas, se habían construido largas galerías subterráneas, a través de la tierra y la roca, de muchos kilómetros de longitud. En estos refugios ocultos, los seguidores de Cristo enterraban a sus muertos. Aquí también, cuando eran perseguidos, hallaban un hogar. Muchos recordaron las palabras de su Maestro: que cuando fueran perseguidos por causa

de Cristo, debían alegrarse en gran manera. Grande sería su recompensa en los cielos, porque de la misma forma habían sido perseguidos los profetas antes que ellos (ver S. Mateo 5:11, 12).

Cánticos de triunfo ascendían de en medio de las llamas crepitantes. Por fe vieron a Cristo y a los ángeles observándolos con el más profundo interés y considerando su firmeza con aprobación. Resonaba la voz desde el trono de Dios: “Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida” (Apocalipsis 2:10).

Vanos fueron los esfuerzos de Satanás para destruir a la iglesia de Cristo por la violencia. Los obreros de Dios eran sacrificados, pero el evangelio continuaba esparciéndose y sus adherentes aumentaban. Dijo un cristiano: “Cuanto más a menudo seamos muertos por ustedes, más creceremos en cantidad; la sangre de los cristianos es semilla”.[1]

Frente a ello, Satanás formuló sus planes para combatir con más éxito contra Dios, poniendo su bandera dentro de la iglesia cristiana para ganar por engaño lo que no podía conseguir por la fuerza. La persecución cesó, y fue reemplazada por los atractivos de la prosperidad temporal y el honor. Los paganos fueron inducidos a recibir una parte de la fe cristiana, mientras rechazaban verdades esenciales. Profesaban aceptar a Jesús, pero no tenían convicción del pecado y no sentían ninguna necesidad de arrepentimiento o de cambio de corazón. Haciendo algunas concesiones de su parte, propusieron que los cristianos hicieran también las suyas, para que todos pudieran unirse sobre la plataforma de “la fe en Cristo”.

Ahora la iglesia se encontraba en un terrible peligro. ¡El encarcelamiento, la tortura, el fuego y la espada eran bendiciones en comparación con esto! Algunos cristianos se mantuvieron firmes. Otros estaban en favor de modificar su fe, y bajo el manto de un pretendido cristianismo, Satanás se insinuó a sí mismo en la iglesia para corromper su fe.

Finalmente la mayoría de los cristianos rebajó las normas. Se formó una unión entre el cristianismo y el paganismo. Aunque los adoradores de ídolos profesaban unirse con la iglesia, continuaban aferrándose a su idolatría, cambiando únicamente los objetos de su culto por imágenes de Jesús, y aun de María y de los santos. Doctrinas incorrectas, ritos supersticiosos y ceremonias idólatras se incorporaron a la fe y al culto de la iglesia. La religión cristiana llegó

a corromperse, y la iglesia perdió su pureza y poder. Sin embargo, algunos no fueron engañados. Continuaron manteniendo su fidelidad al Autor de la verdad.

Dos clases en la iglesia

Siempre ha habido dos clases entre los que han profesado seguir a Cristo. En tanto que una clase estudia la vida del Salvador y trata con todo fervor de corregir sus defectos y conformar su vida con el gran Modelo, la otra clase de personas evita las verdades sencillas y prácticas que exponen sus errores. Aun en su mejor estado la iglesia nunca se compuso totalmente de personas veraces y sinceras. Judas se contó con los discípulos, para que por la instrucción y el ejemplo de Cristo pudiera ser inducido a ver sus errores. Pero debido a su indulgencia con el pecado, atrajo las tentaciones de Satanás. Se enojó cuando sus faltas fueron reprobadas, y esto lo llevó a traicionar a su Maestro (ver S. Marcos 14:10, 11).

Ananías y Safira pretendieron hacer un sacrificio completo en favor de Dios pero retuvieron en forma codiciosa una porción para sí mismos. El Espíritu de verdad reveló a los apóstoles el verdadero carácter de estos pretendidos creyentes, y los juicios de Dios libraron a la iglesia de aquella inmunda mancha que mancillaba su pureza (ver Hechos 5:1-11). Cuando la persecución sobrevino a los seguidores de Cristo, solamente los que estaban dispuestos a abandonarlo todo por la verdad deseaban llegar a ser sus discípulos. Pero cuando cesó la persecución, se añadieron conversos que eran menos sinceros, y el camino quedó abierto para la penetración de Satanás.

Cuando los cristianos nominales se unieron con los que eran semiconvertidos del paganismo, Satanás se regocijó, y entonces los inspiró a perseguir a aquellos que se mantenían fieles a Dios. Estos cristianos apóstatas, al unirse con compañeros semipaganos, dirigieron su guerra contra los rasgos más esenciales de las doctrinas de Cristo. Se necesitaba una lucha desesperada para mantenerse firme contra los engaños y las abominaciones introducidas en la iglesia. La Biblia no era aceptada como norma de fe. La doctrina de la libertad religiosa fue calificada como herejía, y los que la sosténían fueron perseguidos.

Los primeros cristianos eran, por cierto, un pueblo peculiar. Pocos en número, sin riquezas, sin jerarquía ni títulos honoríficos, eran odiados por los impíos, como Abel fue odiado por Caín (ver Génesis 4:1-10). Desde los días de Cristo

hasta los nuestros, los fieles discípulos de Jesús han excitado el odio y la oposición de los que aman el pecado.

¿Cómo, pues, puede entonces el evangelio denominarse un mensaje de paz? Los ángeles cantaron en las llanuras de Belén: “¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!” (S. Lucas 2:14). Existe aparente contradicción entre estas declaraciones proféticas y las palabras de Cristo: “No he venido para traer paz... sino espada” (S. Mateo 10:34). Sin embargo, si ambas declaraciones se entienden correctamente, existe entre ellas perfecta armonía. El evangelio es un mensaje de paz. La religión de Cristo, recibida y obedecida, extendería paz y felicidad por el mundo entero. Era la misión de Jesús reconciliar a los hombres con Dios, y así reconciliarlos mutuamente. Pero el mundo en general está bajo el control de Satanás, el más encarnizado enemigo de Cristo. El evangelio presenta principios de vida que están en total desacuerdo con los hábitos y deseos de los pecadores, y éstos se oponen a aquellos principios. Odian la pureza que condena el pecado, y persiguen a los que los exhortan a adherirse a sus santas demandas. Es en este sentido como el evangelio se convierte en una espada.

Muchos que son débiles en la fe desechan su confianza en Dios porque él permite que los hombres viles prosperen, en tanto que los mejores y más puros sean atormentados por el cruel poderío de aquéllos. ¿Cómo puede Alguien que es justo y misericordioso, y que tiene poder infinito, tolerar tal injusticia? Dios nos ha dado suficientes evidencias de su amor. No hemos de dudar de su bondad porque no podamos entender su providencia. Dijo el Salvador: “Acordaos de la palabra que yo os he dicho: El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán” (S. Juan 15:20). Los que son llamados a soportar la tortura y el martirio están solamente siguiendo los pasos del amado Hijo de Dios.

Los justos son colocados en el horno de la aflicción para ser purificados, para que su ejemplo convenza a otros acerca de la realidad de la fe y la bondad, y para que su conducta consecuente condene a los impíos e incrédulos. Dios permite que los malvados prosperen y revelen su enemistad contra él con el fin de que todos vean la justicia del Señor y su misericordia en la total destrucción que sufrirán los malos. Todo acto de crueldad hacia los fieles de Dios será castigado como si hubiera sido hecho contra Cristo mismo.

Pablo declara que “todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús

padecerán persecución” (2 Timoteo 3:12). ¿Por qué es, entonces, que la persecución parece actualmente adormecida? La única razón es que la iglesia se ha conformado con las normas del mundo, y por lo tanto no despierta ninguna oposición. La religión de nuestros tiempos no es la religión pura y santa de Cristo y sus apóstoles. Debido a que las verdades de la Palabra de Dios son consideradas con indiferencia, debido a que existe tan poca piedad vital en la iglesia, el cristianismo resulta popular en el mundo. Prodúzcase un reavivamiento de la fe como en la iglesia primitiva, y los fuegos de la persecución volverán a encenderse.

[1] Tertuliano, Apología, párr. 50.

Capítulo 3

Una era de tinieblas espirituales

El apóstol San Pablo declaró que el día de Cristo no vendría “sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado... el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios... haciendo pasar por Dios”. Además declaró que “está en acción el misterio de iniquidad” (2 Tesalonicenses 2:3, 4, 7). Aun en esa época primitiva el apóstol vio que algunos errores ya se estaban introduciendo en la iglesia, los cuales prepararían el camino para el papado.

Poco a poco “el misterio de iniquidad” fue desarrollando su obra engañosamente. Costumbres ajena se introdujeron en la iglesia cristiana, y fueron restringidos sólo por un tiempo por las terribles persecuciones que se realizaron bajo el paganismo; pero cuando cesó la persecución, el cristianismo abandonó la humilde sencillez de Cristo para reemplazarla por la pompa de los sacerdotes y los gobernantes paganos. La conversión nominal de Constantino causó gran regocijo. Ahora la obra de corrupción progresó rápidamente. El paganismo, que parecía conquistado, se convirtió en el conquistador. Sus doctrinas y supersticiones fueron incorporadas en la fe de los profesos seguidores de Cristo.

Esta alianza entre el paganismo y el cristianismo dio como resultado la formación del “hombre de pecado” predicho en la profecía. Esa falsa religión es una obra maestra de Satanás, y del esfuerzo que él realizó para sentarse en el trono con el fin de gobernar la tierra de acuerdo con su voluntad.

Una de las principales doctrinas del romanismo enseña que el Papa se halla investido de suprema autoridad sobre los obispos y pastores de todo el mundo. Más que esto, el Papa ha sido denominado “Señor Dios el Papa” y declarado infalible. La misma pretensión que sostuvo Satanás en el desierto de la tentación todavía la sostiene por medio de la Iglesia de Roma, y vastas multitudes le rinden homenaje.

Pero los que reverencian a Dios hacen frente a esta pretensión como Cristo hizo frente a su astuto enemigo: “Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás” (S. Lucas 4:8). Dios nunca ha nombrado a hombre alguno para ser la cabeza de la iglesia. La supremacía papal es opuesta a las Escrituras. El Papa no puede tener poder sobre la iglesia de Cristo, excepto por usurpación. Los partidarios de Roma presentan ante los protestantes la acusación de haberse separado caprichosamente de la verdadera iglesia. Pero ellos son los que se han apartado de “la fe que ha sido una vez dada a los santos” (S. Judas 3).

Satanás sabe bien que fue mediante las Sagradas Escrituras como el Salvador resistió sus ataques. Ante cada asalto, Cristo presentaba el escudo de la verdad eterna, diciendo: “Escrito está”. Para que Satanás pueda ejercer su dominio sobre los hombres y establecer la usurpadora autoridad papal, debe mantenerlos ignorando las Escrituras. Las sagradas verdades de la Biblia debían ser ocultadas y suprimidas. Durante centenares de años la circulación de la Biblia fue prohibida por la Iglesia Romana. Se le vedaba a la gente el derecho a leerlas. Sacerdotes y prelados interpretaban sus enseñanzas para sostener sus pretensiones. Así, el Papa llegó a ser casi universalmente reconocido como el vicegerente de Dios en la tierra.

Cómo se “cambió” el sábado

La profecía declaraba que el papado iba a “cambiar los tiempos y la ley” (Daniel 7:25). Para poder reemplazar el culto de los ídolos por alguna cosa que lo sustituyera, se introdujo gradualmente la adoración de las imágenes y reliquias en el culto cristiano. El decreto de un concilio general finalmente estableció esta idolatría. Roma se atrevió a borrar de la ley de Dios el segundo mandamiento, que prohíbe el culto de las imágenes, y a dividir el décimo en dos con el fin de conservar el número total.

Dirigentes inconversos de la iglesia atentaron también contra el cuarto mandamiento de la ley, para eliminar el descanso del sábado antiguo, el día que Dios había bendecido y santificado (Génesis 2:2, 3), y exaltar en su lugar el día festivo observado por los paganos como “el venerable día del sol”. En los primeros siglos el verdadero sábado había sido guardado por todos los cristianos, pero Satanás trabajó para realizar su objetivo. El domingo fue hecho un día festivo en honor de la resurrección de Cristo. Se realizaban servicios religiosos en él, aunque se lo consideraba como un día de recreación, mientras el sábado continuaba siendo observado por ser el día santo.

Satanás había inducido a los judíos, antes del advenimiento de Cristo, a recargar la observancia del sábado con exigencias rigurosas, convirtiéndolo en una carga. Ahora, aprovechándose de la falsa luz bajo la cual lo había hecho considerar, hizo que los cristianos lo despreciaran como institución “judaica”. Mientras en general continuaban observando el domingo como el día festivo, de gozo, los indujo a considerar el sábado como un día de tristeza y de abatimiento para manifestar su odio hacia el judaísmo.

El emperador Constantino dio un decreto convirtiendo el domingo en una festividad pública para todo el Imperio Romano. El día del sol fue entonces reverenciado por sus súbditos paganos y honrado por los cristianos. Constantino fue inducido a hacer esto por parte de los obispos de la iglesia. Inspirados por una sed de poder, percibieron que si el mismo día era observado tanto por cristianos como por paganos, haría progresar el poderío y la gloria de la iglesia. Pero, aunque muchos cristianos que temían a Dios fueron inducidos

gradualmente a considerar el domingo como un día que poseía cierto grado de santidad, todavía se mantenían fieles al descanso sabático y observaban ese día en obediencia al cuarto mandamiento.

El archiengañador no había completado su tarea, y estaba resuelto a ejercer su poder por medio de su vicegerente, el orgulloso pontífice que pretendía representar a Cristo. Se realizaron grandes concilios en los cuales se reunieron dignatarios de todo el mundo. Prácticamente en cada concilio el sábado resultaba un poco más disminuido, en tanto que el domingo era exaltado. Así, la festividad pagana llegó finalmente a ser honrada como la institución divina, mientras que el sábado de la Biblia fue proclamado como una reliquia del judaísmo y su observancia fue prohibida bajo pena de excomunión.

El apóstata había tenido éxito en exaltarse a sí mismo sobre “todo lo que se llama Dios o es objeto de culto” (2 Tesalonicenses 2:4). Se había atrevido a cambiar el único precepto de la ley divina que señala al Dios vivo y verdadero. En el cuarto mandamiento, Dios se revela como el Creador. Siendo el monumento recordativo de la obra de la creación, el séptimo día fue santificado como el día de descanso para el hombre, designado para mantener siempre al Dios vivo en la mente de los hombres como objeto de adoración. Satanás lucha para desviar a los seres humanos de la obediencia a la ley de Dios; por lo tanto, dirige sus esfuerzos especialmente contra el mandamiento que señala a Dios como el Creador.

Los protestantes ahora alegan que la resurrección de Cristo en el día domingo lo convirtió en el sábado cristiano. Pero ni Cristo ni sus apóstoles le otorgaron tal honor a ese día. La observancia del domingo tuvo su origen en el “misterio de la iniquidad” (2 Tesalonicenses 2:7) que, ya en los días de Pablo, había comenzado su obra. ¿Qué razón puede darse para efectuar un cambio que las Escrituras no sancionan?

En el siglo VI el obispo de Roma fue declarado cabeza de toda la iglesia. El paganismo había dado lugar al papado. El dragón había dado a la bestia “su poder y su trono, y grande autoridad” (Apocalipsis 13:2).

Ahora habían empezado los 1.260 años de opresión papal, predicho en las profecías de Daniel y el Apocalipsis (Daniel 7:25; Apocalipsis 13:5-7; ver el Apéndice). Los cristianos eran obligados a elegir entre abandonar su integridad y aceptar las ceremonias y el culto papal, por una parte, o pasar la vida en

calabozos, y sufrir la muerte, por la otra. Ahora se cumplieron las palabras de Jesús: “Seréis entregados aun por vuestros padres, y hermanos, y parientes, y amigos; y matarán a algunos de vosotros; y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre” (S. Lucas 21:16, 17).

El mundo llegó a ser un extenso campo de batalla. Durante centenares de años la iglesia de Cristo encontró refugio en la reclusión y la oscuridad. “La mujer [la iglesia verdadera] huyó al desierto, donde tiene lugar preparado por Dios, para que allí la sustenten por mil doscientos sesenta días” (Apocalipsis 12:6).

El advenimiento de la Iglesia Romana al poder señaló el comienzo de la Edad Media, la edad oscura. La fe fue transferida de Cristo al Papa de Roma. En lugar de confiar en el Hijo de Dios para el perdón de los pecados y la salvación eterna, el pueblo miraba al Papa y a los sacerdotes a quienes él había delegado autoridad. El Papa era el mediador terrenal. Ocupaba para ellos el lugar de Dios. Una desviación de los requerimientos que él había impuesto era suficiente para que fueran castigados severamente. De esta forma las mentes del pueblo fueron desviadas de Dios hacia hombres crueles y falibles. Más aún, hacia el mismo principio de las tinieblas, quien ejercía su poder por medio de ellos. Cuando se suprime las Escrituras y el hombre empieza a considerarse como supremo, contemplamos solamente fraude, engaño y vil iniquidad.

Días de peligro para la iglesia

Los fieles que sostenían el estandarte eran pocos. A veces parecía como que el error prevalecería por completo, y que la verdadera religión sería desterrada de la tierra. Se perdía de vista el evangelio, y el pueblo era recargado con rigurosos impuestos ilegales. Se enseñaba a la gente a confiar en las obras propias para conseguir el perdón de sus pecados. Largas peregrinaciones, actos de penitencia, el culto a las reliquias, la construcción de iglesias, santuarios y altares, el pago de grandes sumas a la iglesia: éstas eran las cosas impuestas para aplacar la ira de Dios o para asegurar su favor.

En torno al fin del siglo VIII, los partidarios del Papa pretendieron que en los primeros siglos de la iglesia, los obispos de Roma habían poseído los mismos poderes espirituales que ahora ellos se arrogaban. Los monjes inventaron escritos antiguos. Decretos de reuniones conciliares de los cuales nunca se había oído fueron descubiertos, y en ellos se establecía la supremacía universal del Papa desde los primeros tiempos.

Los fieles que edificaban sobre el seguro fundamento (1 Corintios 3:10, 11) estaban perplejos. Cansados de la lucha constante contra la persecución, el fraude y todos los demás obstáculos que Satanás podía inventar, algunos que habían sido fieles se descorazonaron; por causa de la paz y la seguridad de sus propiedades y de su vida, abandonaron el seguro fundamento. Pero otros no se dejaron intimidar por la oposición de sus enemigos.

El culto de las imágenes se hizo general. Se encendían velas ante ellas, se les ofrecían oraciones y se practicaban las más absurdas costumbres. La razón misma parecía haber perdido su poder. Mientras los prelados y obispos eran personas amantes del placer y corruptas, la gente que esperaba de ellos dirección estaba sumergida en la ignorancia y el vicio.

En el siglo XI el papa Gregorio VII proclamó que la iglesia nunca se había equivocado, y que jamás se equivocaría, pretendiendo que eso estaba de acuerdo con las Escrituras. Pero ninguna prueba bíblica acompañaba esa declaración. El orgulloso pontífice también reclamaba la autoridad para deponer emperadores.

Una ilustración del carácter tiránico de este abogado de la infalibilidad fue la forma en que trató al emperador germano Enrique IV. Por considerar que éste había desestimado la autoridad del Papa, Enrique IV fue excomulgado y destronado. Sus propios príncipes fueron animados a rebelarse contra él por mandato papal.

Enrique sintió la necesidad de hacer las paces con Roma. Acompañado de su esposa y de un fiel sirviente cruzó los Alpes en pleno invierno para poder humillarse ante el Papa. Al llegar al castillo de Gregorio fue conducido a un atrio exterior. Allí, en medio del severo frío del invierno, con la cabeza descubierta y los pies desnudos, esperó el permiso del Papa para aparecer ante su presencia. Solamente después que había pasado tres días de ayuno y confesión, el pontífice le concedió el perdón. Y esto todavía con la condición de que debía esperar la autorización del Papa para volver a usar las insignias reales o ejercer su poder. Gregorio, envanecido con su triunfo, se jactó de que era su deber humillar el orgullo de los reyes.

Cuán notable es el contraste entre este despótico pontífice y Cristo, que se presenta a sí mismo pidiendo entrada a la puerta del corazón. Enseñó a sus discípulos: “El que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo” (S. Mateo 20:27).

Cómo se introdujeron las falsas doctrinas

Aun antes del establecimiento del papado, las enseñanzas de los filósofos paganos habían ejercido su influencia en la iglesia. Muchos aún se aferraban a los principios de la filosofía secular e instaban a otros a estudiarla como medio de extender su influencia entre los paganos. Así se introdujeron serios errores en la fe cristiana.

Entre las falsas doctrinas se destacan la creencia de la inmortalidad natural del hombre y su estado consciente después de la muerte. Esta doctrina forma el fundamento sobre el cual Roma estableció la invocación de los santos y la adoración a la Virgen María. De esto surgió también la herejía del tormento eterno para los que eran definidamente impenitentes, la cual se incorporó en la fe papal.

Estaba preparado el camino para otra invención del paganismo: el Purgatorio, empleado para aterrorizar a las multitudes supersticiosas. Esta herejía afirma la existencia de un lugar de tormento en el cual las almas de los que no habían merecido la eterna condenación sufren un castigo por sus pecados, y desde el cual, cuando son limpiados de la impureza, son admitidos en el cielo.

Aún se necesitaba otra impostura para permitirle a Roma sacar provecho de los temores y los vicios de sus adherentes: la doctrina de las indulgencias. Se prometía la completa remisión de los pecados pasados, presentes y futuros a todos los que se alistarán en las guerras del pontífice para castigar a sus enemigos o para exterminar a aquellos que osaran negar su supremacía espiritual. Mediante el pago de dinero a la iglesia, las personas podían liberarse de sus pecados y también liberar a las almas de los amigos muertos que sufrían en las llamas atormentadoras. De esta manera Roma llenó sus cofres y sostuvo la pompa, el lujo y el vicio de los pretendidos representantes de Aquel que no tenía dónde reclinar la cabeza.

La institución bíblica de la cena del Señor fue reemplazada por el sacrificio idólatra de la misa. Los sacerdotes papales pretendían convertir el sencillo pan y el vino en el verdadero “cuerpo y sangre de Cristo”.[1] Con blasfema pretensión,

abiertamente reclamaban el poder de crear a Dios, el Creador de todas las cosas. Se exigía que los cristianos, bajo pena mortal, manifestaran su fe en esta herejía que afrentaba al cielo.

En el siglo XIII se estableció la más terrible maquinaria del papado: la Inquisición. En sus secretos concilios Satanás dominaba la mente de esos hombres malos. Invisible en medio de los mismos, un ángel de Dios tomaba nota de sus terribles e inicuos decretos y registraba la historia de hechos demasiado horribles para los ojos humanos. “Babilonia la grande” se vio “ebria de la sangre de los santos” (ver Apocalipsis 17:5, 6). Los cuerpos mutilados de millones de mártires clamaban a Dios por venganza contra ese poder apóstata.

El papado había llegado a ser el déspota del mundo. Reyes y emperadores se inclinaban ante los decretos del pontífice romano. Durante centenares de años la doctrina de Roma se recibía sumisamente. Sus clérigos eran honrados y sostenidos generosamente. Desde entonces nunca la Iglesia Romana alcanzó de nuevo tanto rango, brillo o poder.

Pero “el mediodía del papado era la medianoche del mundo”.^[2] Las Escrituras eran casi desconocidas. Los dirigentes papales odiaban la luz que revelaba sus pecados. Habiéndose eliminado la ley de Dios, la norma de justicia, ellos practicaban el vicio sin restricción. Los palacios de los papas y prelados eran escenarios de viles francachelas. Algunos de los pontífices eran culpables de crímenes tan horrorosos que los gobernantes seculares intentaron destronarlos por ser monstruos demasiado viles para ser tolerados. Durante siglos Europa se estancó en materia de saber, arte y civilización. Una parálisis moral e intelectual había dominado a la cristiandad.

¡Tales fueron los resultados de desterrar la Palabra de Dios!

[1] Conferencias del cardenal Wiseman sobre “The Real Presence” [La presencia real], conf. 8, sec. 3, párr. 26.

[2] J. A. Wylie, The History of Protestantism [La historia del protestantismo], lib. 1, cap. 4.

Capítulo 4

Un pueblo que esparce la fe

Durante el largo período de la supremacía papal hubo testigos de Dios que conservaron la fe en Cristo como el único mediador entre Dios y los hombres. Consideraban la Biblia como la única regla de vida, y santificaban el verdadero día de reposo. Se los tildaba de herejes, sus escritos eran confiscados, adulterados o mutilados. Sin embargo, ellos permanecieron firmes.

Su historia ocupa un lugar escaso en los registros humanos, fuera de lo que se encuentra en las acusaciones de sus perseguidores. Roma trató de destruir todo lo “herético”, tanto personas como escritos. Se esforzó también por destruir todo registro de su crueldad hacia los que no estaban de acuerdo con ella. Antes de la invención de la imprenta, los libros eran escasos en número; por lo tanto, no era mucho lo que se podía hacer para impedir que los partidarios de Roma llevaran a cabo su propósito. Tan pronto como el papado obtuvo poder, la Iglesia Romana extendió sus brazos para aplastar a todo el que rehusara reconocer su dominio.

En Gran Bretaña, el cristianismo primitivo había echado raíces muy temprano, sin dejarse corromper por la apostasía romana. La persecución por parte de los emperadores paganos fue el único don que las primeras iglesias de Gran Bretaña recibieron de Roma. Muchos cristianos que huían de la persecución en Inglaterra hallaron refugio en Escocia; desde allí la verdad fue llevada a Irlanda, y en estos países fue recibida con alegría.

Cuando los sajones invadieron Gran Bretaña, el paganismo logró predominar, y los cristianos fueron obligados a refugiarse en las montañas. En Escocia, un siglo más tarde, la luz brilló hasta llegar a países muy distantes. Colombano y sus colaboradores llegaron desde Irlanda y convirtieron a la isla de Iona en el centro de sus labores misioneras. Entre estos evangelistas se hallaba un observador del sábado, y así la verdad fue introducida entre el pueblo. Se estableció una escuela en Iona, y de ella salieron misioneros para ir a Escocia, Inglaterra, Alemania, Suiza y aun a Italia.

Roma hace frente a la religión bíblica

Pero Roma resolvió someter a Gran Bretaña bajo su autoridad. En el siglo VI sus misioneros emprendieron la tarea de convertir a los paganos sajones. A medida que la obra progresaba, los dirigentes papales se encontraron con que los cristianos primitivos eran sencillos, humildes, y que tenían un carácter, una doctrina y una conducta consecuentes con las Escrituras. Esos dirigentes ponían en evidencia la superstición, la pompa y la arrogancia propias del papado. Roma exigía que estas iglesias cristianas reconocieran la soberanía del pontífice. Los habitantes de Gran Bretaña replicaron que el Papa no tenía derecho a ejercer supremacía en la iglesia y que no podían tributarle más que la sumisión debida a todo seguidor de Cristo; no reconocían otro señor que Cristo.

Entonces el verdadero espíritu del papado comenzó a revelarse. El dirigente romano dijo: “Si no recibís a hermanos que os traen paz, recibiréis a enemigos que os traen guerra”.^[1] La guerra y el engaño fueron empleados contra estos testigos leales a la fe bíblica, hasta que las iglesias de Gran Bretaña fueron destruidas u obligadas a someterse al Papa.

En los países que estaban más allá de la jurisdicción de Roma, durante siglos los grupos cristianos permanecieron casi totalmente libres de la corrupción papal. Continuaron considerando la Biblia como la única regla de fe. Estos cristianos creían en la perpetuidad de la ley de Dios y observaban el sábado del cuarto mandamiento. En el centro del África y entre los armenios del Asia había iglesias que adherían a esta fe y práctica.

De entre los que resistieron al poder papal se destacaban, en forma sobresaliente, los valdenses. En el propio país donde el papado había sentado sus reales, las iglesias del Piamonte mantenían su independencia. Pero llegó el tiempo en que Roma insistió en que éstas se sometieran. Sin embargo, algunos rehusaron ceder al Papa o a los prelados, y determinaron preservar la pureza y la sencillez de su fe. Se realizó una separación. Los que se adherían a la fe antigua, ahora se retiraron. Algunos, abandonando los Alpes nativos, levantaron el estandarte de la verdad en países extraños. Otros se refugiaron en las fortalezas rocosas de las montañas y allí conservaron su libertad para adorar a Dios.

Sus creencias religiosas se fundaban sobre la Palabra de Dios. Esos humildes campesinos, apartados del mundo, no habían llegado por sí mismos a la verdad en oposición a los dogmas de la iglesia apóstata. Sus creencias religiosas fueron la herencia que recibieron de sus padres. Ellos luchaban por la fe de la iglesia apostólica. “La iglesia del desierto”, y no la orgullosa jerarquía entronizada en la gran capital del mundo, era la verdadera iglesia de Cristo, la guardiana de los tesoros de la verdad que Dios encomendó a su pueblo para que fuera dada al mundo.

Entre las causas más importantes que determinaron la separación entre la iglesia verdadera y Roma, existía el odio que esta última profesaba hacia el día de reposo bíblico. Como lo había predicho la profecía, el poder papal echó por tierra la ley de Dios. Las iglesias, sometidas al papado eran obligadas a honrar el domingo. En medio del error prevaleciente, muchos de los verdaderos hijos de Dios estaban tan confundidos que observaban el sábado y al mismo tiempo no trabajaban el domingo. Pero esto no satisfacía a los dirigentes papales. Ellos exigían que el verdadero sábado fuera profanado, y denunciaban a los que se atrevían a manifestar que honraban ese día.

Centenares de años antes de la Reforma, los valdenses poseían la Biblia en su idioma nativo. Esto determinó que fueran un objeto especial de persecución. Ellos declaraban que Roma era la Babilonia apóstata del Apocalipsis. Con peligro de su vida se mantenían firmes para resistir sus corrupciones. Durante aquellos siglos de apostasía, hubo valdenses que negaban la supremacía de Roma, rechazaban el culto a las imágenes como idolatría y observaban el verdadero día de reposo.

Detrás de los majestuosos baluartes de las montañas, los valdenses establecieron un lugar de refugio. Esos fieles exiliados señalaban a sus hijos las alturas majestuosas, en cuyo pie se hallaban, y les hablaban acerca de Aquel cuya palabra es tan duradera como las colinas eternas. Dios había establecido con firmeza las montañas; ningún brazo sino el del infinito poder podía moverlas. De idéntica manera él había establecido su ley. Para el brazo humano, el cambiar un solo precepto de la ley de Dios era tan difícil como desarraigar las montañas y arrojarlas al mar. Esos peregrinos no exhalaban ninguna queja por las durezas que les deparaba su suerte; nunca estaban solitarios en medio de la soledad de las montañas. Se regocijaban en su libertad para adorar. Desde muchas alturas majestuosas entonaban alabanzas, y los ejércitos de Roma no podían silenciar sus cánticos de acción de gracias.

Valiosos principios de verdad

Ellos valoraban los principios de la verdad por encima de casas y terrenos, amigos y parientes, y aun la vida misma. Desde los más tempranos años de su niñez, a los jóvenes se les enseñaba a considerar como sagrados los mandatos de la ley de Dios. Los ejemplares de la Biblia eran raros; por lo tanto sus preciosas palabras eran confiadas a la memoria. Muchos eran capaces de repetir largas porciones tanto del Antiguo Testamento como del Nuevo Testamento de memoria. Se los ejercitaba desde la niñez a soportar durezas y a pensar y actuar por sí mismos. Se les enseñaba a llevar responsabilidades, a ser cuidadosos en lo que hablaban y a valorar la sabiduría del silencio. Una palabra indiscreta que llegara a sus enemigos podría hacer peligrar la vida de centenares de hermanos, pues, como lobos que buscan su presa, los enemigos de la verdad perseguían a los que osaban reclamar libertad para su fe religiosa.

Los valdenses, con perseverante paciencia, trabajaban para producir su pan. Aprovechaban toda porción de tierra arable que había entre las montañas. La economía y la abnegación formaban parte de la educación de los niños. El proceso era laborioso, pero sano; precisamente el que el hombre necesita en su estado caído. A los jóvenes se les enseñaba que todas las facultades pertenecen a Dios, y que deben ser desarrolladas para su servicio.

Las iglesias valdenses se asemejaban a la iglesia del tiempo apostólico. Rechazando la supremacía del Papa y de los prelados, se aferraban a la Biblia como la única autoridad infalible. Sus pastores, a diferencia de los señoriales sacerdotes de Roma, alimentaban a la grey de Dios, conduciéndola a pastos verdes y a los vivos manantiales de su santa Palabra. La gente se reunía, no en iglesias magníficas o en grandes catedrales, sino en los valles alpinos, o, en tiempos de peligro, en alguna fortaleza rocosa, para escuchar las palabras de verdad de los siervos de Cristo. Los pastores no solamente predicaban el evangelio, sino que visitaban a los enfermos y trabajaban para promover la armonía y el amor hermanable. A semejanza de Pablo, el fabricante de tiendas, cada uno aprendía un oficio con el cual, si fuera necesario, pudiera proveerse sostén propio.

Los jóvenes recibían instrucción de sus pastores. La Biblia era el principal tema de estudio. Aprendían de memoria los evangelios de San Mateo y San Juan, así como muchas de las epístolas.

Mediante un trabajo incansable, a veces en las oscuras cavernas de la tierra, a la luz de las antorchas, se copiaban las Sagradas Escrituras versículo por versículo. Angeles del cielo rodeaban a estos fieles obreros.

Satanás había instigado a los sacerdotes papales y a los prelados a enterrar la Palabra de verdad bajo los escombros del error y la superstición. Pero de una manera maravillosa ésta fue conservada fielmente a través de todas las edades oscuras. Como el arca sobre las ondas tempestuosas, la Palabra de Dios hace frente a las tormentas que amenazan destruirla. Así como la mina tiene sus ricas vetas de oro y plata ocultas bajo de la superficie, las Sagradas Escrituras tienen tesoros de verdad que se revelan únicamente a los que los buscan en forma humilde y con oración. Dios se propuso que la Biblia fuera un libro de lecciones para todo el género humano y una revelación de sí mismo. Cada verdad que se descubre es una nueva revelación del carácter de su Autor.

Desde las escuelas de las montañas algunos jóvenes eran enviados a instituciones de enseñanza de Francia o Italia, donde había un campo más amplio de estudios y observación que el de los Alpes nativos. Los jóvenes enviados se veían expuestos a la tentación. Se encontraban con los agentes de Satanás que los instigaban con sutiles herejías y peligrosos engaños. Pero su educación desde la niñez los preparaba para hacer frente a estos peligros.

En las escuelas adonde eran enviados no debían tener confidentes. Sus ropas eran preparadas de tal manera que podían esconder su gran tesoro: las Escrituras. Dondequiera que podían hacerlo, mientras iban por el camino, con mucho cuidado, colocaban algunas porciones de éstas entre aquellos cuyo corazón parecía abrirse para recibir la verdad. En estas instituciones de enseñanza se ganaban conversos para la verdadera fe, y frecuentemente sus principios se dejaban sentir en toda la escuela. Sin embargo, los dirigentes papales no podían descubrir el origen de la así llamada “herejía” corruptora.

Jóvenes educados como misioneros

Los cristianos valdenses sentían la solemne responsabilidad de permitir que su luz brillara. Por el poder de la Palabra de Dios trataban de quebrantar la esclavitud que Roma había impuesto. Los pastores valdenses habían de servir tres años en algún campo misionero antes de hacerse cargo de una iglesia en su lugar nativo: una introducción adecuada para la vida pastoral en tiempos que constituían una prueba para el alma de los hombres. Los jóvenes veían delante de ellos no la riqueza y la gloria terrenal, sino el trabajo fatigoso, el peligro y la posibilidad del martirio. Los misioneros salían de dos en dos, como Jesús solía enviar a sus discípulos.

El dar a conocer la misión que llevaban habría asegurado su derrota. Todo ministro poseía un conocimiento de algún oficio o profesión, y los misioneros proseguían su trabajo bajo el manto de una vocación secular, habitualmente la de comerciante. “Llevaban sedas, joyas y otros artículos... y eran bienvenidos como comerciantes en lugares donde habrían sido despreciados como misioneros”.[2] Llevaban secretamente ejemplares de la Biblia, parciales o completos. A menudo se despertaba el interés de leer la Palabra de Dios, y una porción de la misma era dejada para los que la deseaban.

Descalzos y con una indumentaria tosca y gastada por el viaje, estos misioneros pasaban por las grandes ciudades y penetraban en países distantes. A su paso se erigían iglesias, y la sangre de los mártires testificaba de la verdad. En forma oculta y silenciosa, la Palabra de Dios hallaba una alegre recepción en los hogares y el corazón de los hombres.

Los valdenses creían que el fin de todas las cosas no estaba muy distante. Al estudiar la Biblia resultaban profundamente impresionados con su deber de dar a conocer a otros sus verdades salvadoras. Hallaban consuelo, esperanza y paz por medio de su fe en Jesús. A medida que la luz alegraba sus corazones, anhelaban reflejar sus rayos sobre los que estaban en las tinieblas del error papal.

Bajo la dirección del Papa y los sacerdotes, se enseñaba a las multitudes a confiar en sus buenas obras para salvarse. Los hombres siempre se miraban a sí

mismos, su mente se espaciaba en su condición pecaminosa, y aunque afligían el alma y el cuerpo, no encontraban alivio. Millares pasaban su vida en las celdas de los conventos. Mediante ayunos y azotes repetidos, observando vigilias de medianoche, postrándose sobre piedras frías y húmedas, y con largas peregrinaciones –obsesionados por el temor de la ira vengadora de Dios–, muchos continuaban sufriendo hasta que, con el físico exhausto, abandonaban la lucha. Sin un rayo de esperanza terminaban en la tumba.

Cristo, la esperanza del pecador

Los valdenses anhelaban abrirlas a estas almas los mensajes de paz que se hallaban en las promesas de Dios y señalarles a Cristo como su única esperanza de salvación. Consideraban que la doctrina de que las buenas obras pueden proporcionar el perdón del pecado estaba basada en la falsedad. Los méritos de un Salvador crucificado y resucitado son el fundamento de la fe cristiana. La relación de dependencia del alma de Cristo debe ser tan íntima como la de un miembro con el cuerpo, o la de la rama con la vid.

Las enseñanzas de los papas y los sacerdotes habían inducido a los hombres a considerar a Dios, y aun a Cristo, como austero y repulsivo, tan desprovisto de simpatía para con el hombre, que se necesitaba invocar la mediación de los sacerdotes y los santos. Pero aquellos cuya mente había sido iluminada anhelaban eliminar las obstrucciones que Satanás había acumulado, para que los hombres fueran directamente a Dios, confesaran sus pecados, y obtuvieran el perdón y la paz.

Invadiendo el reino de Satanás

Los misioneros valdenses reproducían en forma cuidadosa porciones escritas de las Sagradas Escrituras. La luz de la verdad penetraba en muchas mentes entenebrecidas hasta que el Sol de Justicia brillaba en el corazón trayendo salud en sus rayos. A menudo los oyentes deseaban que se repitiera una porción de las Escrituras, como para asegurarse ellos mismos de que habían escuchado correctamente.

Muchos veían cuán vana es la mediación de los hombres en favor del pecador. Exclamaban con regocijo: “Cristo es mi sacerdote; su sangre es mi sacrificio; su altar es mi confesionario”. Tan grande era el diluvio de luz que los inundaba, que se sentían como transportados al cielo. Todo miedo a la muerte se desvanecía. Ahora podían anhelar la prisión si de esta manera podían honrar a su Redentor.

La Palabra de Dios se llevaba a lugares secretos y era leída, a veces, a una sola persona, y a veces a un pequeño grupo que anhelaba la luz. A menudo toda la noche transcurría de esta manera. Con frecuencia se pronunciaban palabras como éstas: “¿Aceptará Dios mi ofrenda? ¿Me mirará con favor a mí? ¿Me perdonará a mí?” Se leía la respuesta: “¡Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os daré descanso!” (S. Mateo 11:28, VM).

Felices, las almas regresaban a sus hogares para difundir la luz, para repetir a otros, lo mejor que podían, su nueva experiencia. ¡Habían hallado el verdadero camino viviente! Las Escrituras hablaban al corazón de los que anhelaban la verdad.

El mensajero de la verdad proseguía su camino. En muchos casos sus oyentes no preguntaban de dónde había venido ni a dónde iba. Habían experimentado tanto gozo, que ni se les había ocurrido hacer la averiguación. “¿Podría aquél ser un ángel del cielo?”, se preguntaban ellos.

En muchos casos el mensajero de la verdad había partido a otro país, o estaba penando en algún calabozo, o tal vez sus huesos blanqueaban en el lugar donde había dado testimonio de la verdad. Pero las palabras que había dejado detrás

estaban realizando su tarea.

Los dirigentes papales vieron el peligro que entrañaban los trabajos de estos humildes itinerantes. La luz de la verdad disipaba las nubes pesadas del error que envolvían a la gente; dirigía las mentes únicamente a Dios, y eventualmente destruía la supremacía de Roma.

Estas personas, al sostener la fe de la iglesia antigua, eran un testimonio constante de la apostasía de Roma, y por lo tanto excitaban el odio y la persecución. Su negativa a abandonar las Escrituras era una ofensa que Roma no podía tolerar.

Roma se propone destruir a los valdenses

Entonces comenzaron las más terribles cruzadas contra el pueblo de Dios refugiado en sus hogares montañosos. Se enviaron inquisidores para que les siguieran la pista. Una y otra vez se convirtieron en un desierto sus fértiles tierras, y sus moradas y capillas fueron destruidas. No podía formularse ninguna acusación contra el carácter moral de esta clase proscrita. Su gran ofensa era que no adoraban a Dios de acuerdo con el deseo del Papa. Por este “crimen” se usó contra ellos todo tipo de insultos y torturas que los hombres y los demonios podían inventar.

Cuando Roma se propuso exterminar a la odiada secta, el Papa proclamó una bula [un edicto] condenándolos como herejes y entregándolos a la matanza. No se los acusaba de ser holgazanes, deshonestos o personas desordenadas; se declaraba que tenían una apariencia de piedad y santidad que seducía a “las ovejas del verdadero rebaño”. Esta bula pedía que todos los miembros de iglesia se unieran a la cruzada contra los herejes. Como incentivo, “a todos los que se unían a la cruzada, [la bula] los liberaba de cualquier juramento que hubiesen hecho: declaraba que eran legítimos sus títulos de toda propiedad que hubieran adquirido ilegalmente, y prometía la remisión de todos sus pecados a todo el que matara a algún hereje. Anulaba todos los contratos hechos en favor de los valdenses, prohibía a todas las personas que les dieran cualquier clase de auxilio, y autorizaba a todos a tomar posesión de las propiedades de aquéllos”.[3] Este documento revela claramente el rugido del dragón y no la voz de Cristo. El mismo espíritu que crucificó a Cristo, que martirizó a los apóstoles y que movió al sanguinario Nerón a sacrificar a los fieles de su tiempo, estaba en acción para eliminar de la tierra a aquellos a quienes Dios amaba.

Pese a las cruzadas contra ellos y a la inhumana carnicería a la cual fueron sometidos, este pueblo temeroso de Dios continuó enviando misioneros para difundir la preciosa verdad. Se los perseguía para darles muerte, y sin embargo su sangre regaba la semilla sembrada y producía fruto.

Así los valdenses dieron testimonio en favor de Dios siglos antes que apareciera Lutero. Ellos implantaron la semilla de la Reforma que empezó en los días de

Wiclef, se desarrolló y se afirmó en los días de Lutero, y ha de avanzar hasta el fin del tiempo.

[1] J. H. Merle D'Aubigné, *History of the Reformation of the Sixteenth Century* [Historia de la Reforma del siglo XVI], lib. 17, cap. 2.

[2] Wylie, lib. 1, cap. 7.

[3] Ibíd., lib. 16, cap. 1.

Capítulo 5

Mensajeros de una era mejor

Dios no había permitido que su Palabra fuera totalmente destruida. En diferentes países de Europa hubo hombres que fueron movidos por el Espíritu de Dios a buscar la verdad como si trataran de encontrar tesoros escondidos. Guiados providencialmente a las Sagradas Escrituras, estaban dispuestos a aceptar la luz a cualquier costo. Aunque no veían todas las cosas claramente, pudieron percibir muchas de las verdades por largo tiempo sepultadas.

Había llegado el tiempo en que las Escrituras le fueran dadas al pueblo en su idioma nativo. El mundo había pasado por su medianoche. En muchos países aparecían señales del amanecer que se aproximaba.

En el siglo XIV se levantó en Inglaterra “el lucero de la Reforma”. Juan Wiclef se destacó en el colegio por su ferviente piedad así como por su sana erudición. Educado en la filosofía especulativa, en los cánones de la iglesia y en la ley civil, estaba preparado para empeñarse en la gran lucha en favor de la libertad civil y religiosa. Había adquirido la disciplina intelectual de las escuelas, y entendía las tácticas de los hombres letRADOS. El carácter extenso y completo de su conocimiento exigía el respeto tanto de amigos como de enemigos. Sus adversarios se veían en la imposibilidad de burlarse de la causa de la reforma porque no podían encontrar ignorancia o debilidad en quien la sostenía.

Mientras Wiclef todavía estaba en el colegio, inició el estudio de las Escrituras. Hasta aquí había sentido una gran necesidad, que ni sus estudios formales ni la enseñanza de la iglesia podían satisfacer. En la Palabra de Dios encontró aquello que en vano había buscado en otros conocimientos. Aquí vio a Cristo presentado como el único Abogado en favor del hombre, y se propuso proclamar las verdades que había descubierto.

Al principio Wiclef no se declaró opuesto a Roma. Pero cuanto más claramente comprendía los errores del papado, más fervorosamente presentaba las

enseñanzas de la Biblia. Vio que Roma había abandonado la Palabra de Dios para reemplazarla por la tradición humana. Valientemente acusó a los sacerdotes de haber ocultado las Escrituras, y exigió que la Biblia le fuera restaurada al pueblo y que su autoridad fuera restablecida en la iglesia. Era un predicador capaz y elocuente, y su vida diaria era una demostración de las verdades que predicaba. Su conocimiento de las Escrituras, la pureza de su vida, y su valor e integridad ganaron la estima general. Muchos vieron la iniquidad de la Iglesia Romana, y saludaron con alegría no disimulada las verdades presentadas por Wiclef. Pero los dirigentes papales se llenaron de ira; el reformador estaba logrando una influencia mayor que la de ellos.

Un hábil detector del error

Wiclef se daba cuenta fácilmente del error, y con valor atacó los abusos sancionados por Roma. Mientras era capellán del rey, asumió una posición valiente en contra del pago del tributo reclamado por el Papa al monarca inglés. La pretensión del Papa de que tenía autoridad sobre los gobernantes seculares era contraria tanto a la razón como a la revelación. La demanda del Papa había levantado indignación, y las enseñanzas de Wiclef ejercían su influencia sobre las mentes más destacadas de la nación. El rey y los nobles se unieron para rehusar el pago de este tributo.

Los monjes mendicantes pululaban en Inglaterra, y atentaban contra la grandeza y la prosperidad de la nación. La vida de los monjes, ociosa y de vagancia, era no solamente una pérdida para los recursos del pueblo, sino que hacía que el trabajo útil se mirara con desprecio. Por el ejemplo de los tales, los jóvenes eran desmoralizados y se corrompián. Muchos eran inducidos a dedicarse a la vida monástica no sólo sin el consentimiento de sus padres, sino aun sin su conocimiento y hasta en contra de sus órdenes. Debido a esta “monstruosa inhumanidad”, como Lutero la denominó más tarde, y “participando más del espíritu del lobo y del tirano que del espíritu de un cristiano y de un hombre”, el corazón de los niños se endurecía contra sus padres.[1]

Aun los estudiantes de las universidades eran engañados por los monjes y seducidos para unirse a sus órdenes. Y una vez que estaban entrampados les resultaba imposible obtener libertad. Muchos padres rehusaban mandar a sus hijos a las universidades, las escuelas decayeron, y prevalecía la ignorancia.

El Papa había concedido a estos monjes la facultad de escuchar confesiones y otorgar perdón, lo cual era una fuente de muchos males. Con el propósito de obtener ganancias, los frailes estaban tan listos a conceder la absolución que hasta los cristianos recurrián a ellos, y los peores vicios aumentaban rápidamente. Los donativos que podrían haber aliviado tanto a enfermos como a pobres se entregaban a los monjes. La riqueza de los frailes aumentaba constantemente, y sus magníficos edificios y mesas bien servidas hacían más evidente la pobreza creciente de la nación. Sin embargo, los frailes continuaban

manteniendo su dominio sobre las multitudes supersticiosas y les hacían pensar que todo el deber religioso se reducía a reconocer la supremacía del Papa, adorar a los santos y hacer regalos a los monjes, y esto era suficiente para obtener un lugar en el cielo.

Wiclef, con claro discernimiento, atacó las raíces del mal, declarando que el sistema mismo era falso y debía ser abolido. Se estaban despertando la discusión y la investigación. Muchos se preguntaban si no debían pedir perdón a Dios y no al pontífice de Roma. “Los monjes y sacerdotes de Roma –decían ellos– nos están comiendo como un cáncer. Dios debe librarnos, o el pueblo perecerá”.[2] Los monjes mendicantes pretendían estar siguiendo el ejemplo del Salvador, y declaraban que Jesús y sus discípulos habían sido sostenidos por la caridad del pueblo. Esta pretensión inducía a muchos a ir a la Biblia para descubrir la verdad por sí mismos.

Wiclef comenzó a escribir y a publicar folletos contra los frailes, para llamar la atención del pueblo a las enseñanzas de la Biblia y a su autor. Él no podría haber elegido una forma más eficaz de derrocar ese edificio gigantesco que el Papa había levantado, y en el cual muchos estaban cautivos.

Wiclef, llamado a defender los derechos de la corona inglesa contra los abusos de Roma, fue nombrado embajador real en los Países Bajos. Aquí se puso en contacto con eclesiásticos de Francia, Italia y España, y tuvo oportunidad de observar las escenas que le habían sido ocultadas en Inglaterra. En estos representantes de la corte papal leyó el verdadero carácter de su jerarquía eclesiástica. Regresó a Inglaterra para repetir sus anteriores enseñanzas con mayor celo, declarando que el orgullo y el engaño eran los dioses de Roma.

Después de su regreso a Inglaterra, Wiclef fue nombrado, por el rey, rector de Lutterworth. Esta era la seguridad de que al monarca no le desagrada su manera directa de hablar. La influencia de Wiclef empezó a amoldar la creencia de la nación.

Pronto el papado comenzó a luchar contra él. Se enviaron tres bulas ordenando que se tomaran inmediatas medidas para silenciar al maestro de “herejías”.[3]

La llegada de las bulas papales imponía a Inglaterra la orden de apresar al hereje. Parecía seguro que Wiclef pronto caería ante el espíritu de venganza de Roma. Pero Aquel que le había dicho a un hombre ilustre de la antigüedad: “No temas...

yo soy tu escudo” (Génesis 15:1), extendió su brazo para proteger a su siervo. La muerte sobrevino, no al reformador, sino al pontífice que había decretado su destrucción.

La muerte de Gregorio XI fue seguida por la elección de dos papas rivales pretendiendo infalibilidad. Cada uno de ellos exigía a los fieles que hicieran guerra contra el otro, poniendo en vigencia sus demandas con terribles anatemas en contra de sus adversarios, y promesas de recompensa en los cielos para sus partidarios. Las facciones rivales estaban ocupadas en atacarse mutuamente, y el reformador tuvo descanso por un tiempo.

El cisma, con toda la lucha y la corrupción que produjo, preparó el camino para la Reforma, permitiendo a la gente ver lo que era realmente el papado. Wiclef pedía que la gente considerara si estos dos papas no estaban diciendo la verdad al condenarse uno al otro como el anticristo.

Determinado a que la luz fuera llevada a todas partes de Inglaterra, Wiclef organizó un cuerpo de predicadores: hombres sencillos, devotos, que amaban la verdad y deseaban extenderla. Estos, al enseñar en los mercados, en las calles de las grandes ciudades, en los caminos del campo, buscaban a los ancianos, a los enfermos y a los pobres y les presentaban las buenas nuevas de la gracia de Dios.

En Oxford, Wiclef predicó la Palabra de Dios en la universidad. Se lo llamaba “el doctor evangélico”. Pero la obra mayor de su vida fue la traducción de las Escrituras al inglés, de manera que toda persona de Inglaterra pudiera leer las maravillosas obras de Dios.

Atacado por una peligrosa enfermedad

Pero repentinamente sus labores se detuvieron. Aunque no tenía todavía 60 años de edad, el trabajo arduo e incesante, el estudio y los ataques de los enemigos lo habían debilitado y envejecido prematuramente. Fue atacado por una enfermedad peligrosa. Los frailes pensaban que se arrepentiría del mal que había hecho a la iglesia, y rápidamente fueron a su casa, listos para escuchar su confesión. “Tienes la muerte en tus labios –le dijeron–; arrepiéntete de tus faltas, y retráctate en nuestra presencia de todo lo que has dicho contra nosotros”.

El reformador escuchó en silencio. Entonces le pidió a su ayudante que lo levantara en su lecho. Observando fijamente a los frailes, dijo con voz firme y fuerte, voz que a menudo los había hecho temblar: “No moriré, sino que viviré para volver a denunciar los hechos malvados de los frailes”.[4] Asombrados y confusos, los monjes se apresuraron a salir de la habitación.

Wiclef continuó viviendo para colocar en manos de sus conciudadanos el arma más poderosa que existía contra Roma: la Biblia, el agente señalado por el cielo para liberar, iluminar y evangelizar al pueblo. Wiclef sabía que tenía solamente pocos años para trabajar; vio la oposición a la cual debía hacer frente; pero animado por las promesas de la Palabra de Dios, avanzó. Con el pleno vigor de sus facultades intelectuales, rico en experiencia, había sido preparado por las providencias de Dios para ésta, la hora más grandiosa de sus labores. En la rectoría de Lutterworth, sin prestar atención a la tormenta que rugía afuera, se aplicó a su tarea predilecta.

Por fin la obra fue completada: la primera traducción de la Biblia al inglés. El reformador había colocado en las manos del pueblo inglés una luz que nunca se apagaría. Había hecho más para quebrantar las cadenas de la ignorancia, y para liberar y elevar a su país, que lo que jamás se haya hecho por victorias logradas sobre el campo de batalla.

Únicamente por medio de un trabajo arduo y difícil podían prepararse ejemplares de la Biblia. Tan grande era el interés por obtener el libro, que con dificultad los copistas podían suplir la demanda. Compradores adinerados

querían tener la Biblia entera. Otros compraban una porción. En muchos casos, varias familias se unían para comprar un ejemplar. La Biblia de Wiclef pronto se difundió por los hogares de la gente.

Wiclef ahora enseñaba las doctrinas distintivas del protestantismo: la salvación por la fe en Cristo, y la infalibilidad únicamente de las Escrituras. La nueva fe fue aceptada casi por la mitad del pueblo de Inglaterra.

La aparición de las Escrituras produjo desmayo en las autoridades de la iglesia. No había en ese tiempo ninguna ley en Inglaterra que prohibiera la Biblia, porque nunca antes había sido publicada en el lenguaje del pueblo. Tales leyes se sancionaron más tarde y se pusieron en vigencia con todo rigor.

De nuevo los dirigentes papales se complotaron para silenciar la voz del reformador. Primero, un sínodo de obispos declaró que sus escritos eran heréticos. Luego, ganando al joven rey Ricardo II en su favor, pronto obtuvieron un decreto real condenando al encarcelamiento a todos los que sostuvieran las doctrinas proscritas.

Wiclef apeló del sínodo al Parlamento. Valientemente acusó a la jerarquía eclesiástica ante la autoridad nacional, y exigió la reforma de los enormes abusos sancionados por la iglesia. Sus enemigos se sintieron confundidos. Se esperaba que el reformador, siendo ya anciano, solo y sin amigos, se inclinara ante la autoridad de la corona. En lugar de ello, el Parlamento, impulsado por la notable apelación de Wiclef, rechazó el edicto de persecución y el reformador se halló de nuevo en libertad.

Pero una vez más fue traído a juicio, y en este caso ante el tribunal eclesiástico supremo del reino. Aquí, finalmente, la obra del reformador tendría que detenerse; así pensaban los papistas. Si podían ellos realizar su propósito, Wiclef saldría de este lugar solamente para ir a las llamas.

Wiclef rechaza retractarse

Pero Wiclef no se retractó. Valientemente mantuvo sus enseñanzas y rechazó las acusaciones de sus perseguidores. Emplazó a sus oyentes ante el tribunal divino y pesó sus falsos argumentos y fracasos en la balanza de la verdad eterna. El poder del Espíritu Santo se hizo sentir sobre los oyentes. Como flechas de Dios, las palabras del reformador atravesaron sus corazones. El cargo de herejía, que habían traído contra él, lo arrojó contra sus acusadores.

“¿Contra quién piensan ustedes que están luchando? –dijo él–. ¿Contra un hombre anciano que está al borde de la tumba? ¡No! Contra la verdad: la verdad que es más poderosa que ustedes y los vencerá”.[5] Al decir tal cosa se retiró, y ninguno de sus adversarios intentó impedirlo.

La obra de Wiclef estaba casi terminada, pero una vez más había de presentar su testimonio en favor del evangelio. Fue citado a juicio ante el tribunal papal de Roma, que tan a menudo había derramado la sangre de personas justas, pero un ataque de parálisis le hizo imposible realizar el viaje. No obstante, aun cuando su voz no había de ser oída en Roma, podía hablar mediante una carta. El reformador envió al Papa un escrito que, aunque respetuoso y de espíritu cristiano, era un agudo reproche a la pompa y al orgullo de la sede papal.

De esta forma presentó ante el Papa y sus cardenales la mansedumbre y la humildad de Cristo, exhibiendo, no solamente ante ellos, sino ante toda la cristiandad, el contraste entre ellos y el Maestro, cuyos representantes pretendían ser.

Wiclef tenía la plena convicción de que el precio de su fidelidad sería su vida. El rey, el Papa y los obispos estaban unidos para conseguir su ruina, y parecía seguro que solamente después de unos meses él iría a la estaca para ser quemado. Pero su valor era intrépido.

El hombre que durante su vida entera había permanecido valientemente firme en defensa de la verdad, no iba a caer como una víctima del odio de sus adversarios. El Señor había sido su protector; y ahora, cuando sus enemigos se sentían

seguros de la presa, la mano de Dios lo quitó del alcance de éstos. En su iglesia en Lutterworth, cuando estaba por impartir la comunión, cayó herido por otro ataque de parálisis, y después de un corto tiempo, fue llamado al descanso.

Precursor de una nueva era

Dios había puesto la palabra de verdad en la boca de Wiclef. Su vida fue protegida y sus labores prolongadas hasta que se hubo colocado el fundamento para la Reforma. No hubo ninguna persona, anterior a él, cuya obra sirviera de molde para su sistema de reforma. Fue precursor de una nueva era. A la vez, en la verdad que presentaba había una unidad y una totalidad que los reformadores que lo siguieron no superaron y que algunos ni siquiera alcanzaron. Tan firme y segura era la estructura, que no necesitaba ser reconstruida por los que vinieran después de él.

El gran movimiento que Wiclef inauguró, para liberar a las naciones de tanto tiempo de esclavitud por parte de Roma, tenía su fundamento en la Biblia. Esta era la fuente de ese manantial de bendiciones que ha fluido a través de los tiempos desde el siglo XIV. Educado para considerar a Roma como la autoridad infalible y para aceptar con incuestionable reverencia las enseñanzas y las costumbres de mil años, Wiclef abandonó todas estas cosas para escuchar la santa Palabra de Dios. Declaró que la única verdadera autoridad era la voz de Dios hablando por medio de su Palabra, en lugar de que la iglesia hablara por medio del Papa. Y enseñó que el Espíritu Santo es el intérprete de la Palabra.

Este hombre fue uno de los más grandes reformadores, e igualado por pocos de los que vinieron después de él. Pureza de vida, diligencia infatigable en el estudio y el trabajo, integridad incorruptible y amor cristiano caracterizaron al primero de los reformadores.

Fue la Biblia la que hizo de él lo que fue. El estudio de la Biblia ennoblecera todo pensamiento, sentimiento y aspiración como ningún otro medio puede hacerlo. Da estabilidad de propósitos, valor y fortaleza. Un escudriñamiento ferviente y reverente de las Escrituras daría al mundo hombres de intelecto más fuerte tanto como de principios más nobles, de los que jamás haya producido la mejor instrucción que puede otorgar la filosofía humana.

Los seguidores de Wiclef, conocidos como wiclefitas y lolardos, se extendieron a otros países llevando el evangelio. Habiendo desaparecido su dirigente, los

predicadores trabajaron con un celo aún mayor que antes. Multitudes concurrían a escucharlos. Algunos de la nobleza, y aun la esposa del rey, se hallaban entre sus conversos. En muchos países los símbolos idolátricos del romanismo fueron quitados de las iglesias.

Pero pronto estalló una inclemente persecución contra los que habían osado aceptar la Biblia como su guía. Por primera vez en la historia de Inglaterra se decretó la hoguera para los discípulos del evangelio. Un martirio sucedió a otro. Cazados como adversarios de la iglesia y traidores de la fe, los defensores de la verdad continuaron predicando en lugares secretos, mientras hallaban refugio en los hogares humildes, y a menudo escondiéndose en cuevas y cavernas.

Una protesta tranquila y paciente contra la corrupción de la fe religiosa continuó manifestándose por siglos. Los cristianos de ese tiempo primitivo habían aprendido a amar la Palabra de Dios, y pacientemente sufrián por su causa. Muchos sacrificaban sus posesiones mundanas por Jesús. Aquellos a quienes se les permitía que habitaran en sus hogares, alegremente alojaban a sus hermanos desterrados, y cuando ellos también eran desalojados, aceptaban con alegría la suerte de los perseguidos. No fue pequeño el número de los que dieron un valiente testimonio de la verdad en los calabozos y en medio de las torturas y las llamas, regocijándose de ser contados por dignos de participar “de sus padecimientos” (Filipenses 3:10).

El odio de los partidarios del papado no podía quedar satisfecho mientras el cuerpo de Wiclef descansara en la tumba. Más de 40 años después de su muerte, sus huesos fueron exhumados y quemados públicamente, y las cenizas arrojadas a un arroyo vecino. “Este arroyo –dijo un antiguo escritor–, ha conducido sus cenizas hasta el río Avón, el Avón al Severna, el Severna hasta los mares y éstos al océano. Y así es como las cenizas de Wiclef son un emblema de su doctrina que ahora está dispersa por el mundo entero”.[6]

Por medio de los escritos de Wiclef, Juan Hus de Bohemia fue inducido a renunciar a muchos de los errores del romanismo. De Bohemia la obra se extendió a otros países. Una mano divina estaba preparando el camino para la gran Reforma.

[1] Barnas Sears, *The Life of Luther* [La vida de Lutero], pp. 70, 69.

[2] D'Aubigné, lib. 17, cap. 7.

[3]Augustus Neander, General History of the Christian Religion and Church [Historia general de la religión cristiana y la iglesia], período 6, sec. 2, parte 1, párr. 8. Ver también el Apéndice.

[4] D'Aubigné, lib. 17, cap. 7.

[5]Wylie, lib. 2, cap. 13.

[6]T. Fuller, Church History of Britain [Historia de la iglesia en Inglaterra], lib. 4, sec. 2, párr. 54.

Capítulo 6

Dos héroes condenados a muerte

Ya por el siglo IX la Biblia había sido traducida y el culto público se realizaba en el idioma del pueblo en Bohemia. Pero Gregorio VII estaba decidido a esclavizar al pueblo, y se proclamó una bula prohibiendo el culto público en idioma bohemio. El Papa declaró que “place al Omnipotente que su culto se celebre en un lenguaje desconocido”.[1] Pero el cielo había provisto medios para la preservación de la iglesia. Muchos valdenses y albigenses, acosados por la persecución, llegaron hasta Bohemia y trabajaron celosamente en secreto. Así se preservó la verdadera fe.

Antes de los días de Hus había en Bohemia hombres que condenaban la corrupción de la iglesia. Pero se despertaron los temores del clero, y la persecución se inició contra el evangelio. Después de un tiempo se decretó que todos los que se apartaran del culto romano fueran quemados. Mas los cristianos tenían la esperanza de que su causa triunfara. Uno declaró cuando murió: “Se levantará uno de entre el común del pueblo, sin espada ni autoridad, y no podrán prevalecer contra él”.[2] Ya había uno que estaba levantándose, cuyo testimonio contra Roma conmovería a las naciones.

Juan Hus era de cuna humilde y había quedado huérfano a temprana edad por la muerte de su padre. Su piadosa madre, considerando que la educación y el temor de Dios eran las posesiones más valiosas, trató de proveerle esta herencia a su hijo. Hus estudió en la escuela provincial, y luego, por caridad, fue admitido en la Universidad de Praga.

En la universidad, Hus pronto se distinguió por sus rápidos progresos. Su conducta bondadosa y amable le ganó la estima general. Era un creyente sincero de la Iglesia Romana y un fervoroso buscador de las bendiciones espirituales que ella profesaba otorgar. Después de completar su curso en el colegio, entró en el sacerdocio. Rápidamente llegó a ser bien conocido, y se lo empleó en la corte del rey. Fue nombrado profesor y luego rector de la universidad. El humilde alumno

que fuera admitido por caridad, había llegado a ser el orgullo de su país y su nombre era famoso en toda Europa.

Jerónimo, que más tarde llegó a asociarse con Hus, había traído consigo de Inglaterra las Escrituras de Wiclef. La reina de Inglaterra, conversa a las enseñanzas de Wiclef, era una princesa bohemia. Por medio de su influencia las obras del reformador circularon ampliamente en su país natal. Hus se inclinaba a considerar con favor las reformas propiciadas. Aunque él no lo sabía, ya había entrado en una senda que lo llevaría muy lejos de Roma.

Dos cuadros impresionan a Hus

Por este tiempo, dos hombres extranjeros venidos de Inglaterra, personas de saber que habían recibido la luz, habían llegado para esparcirla en Praga. Pronto se los quiso silenciar, pero no estaban dispuestos a abandonar su propósito y recurrieron a otros medios. Como eran pintores al mismo tiempo que predicadores, en lugar abierto al público dibujaron dos cuadros. Uno representaba la entrada de Cristo en Jerusalén, “manco, y sentado sobre una asna” (S. Mateo 21:5), y seguido por sus discípulos, vestidos con indumentaria gastada por los viajes y descalzos. El otro cuadro representaba una procesión pontifical: el Papa, con ricas vestimentas y una triple corona, montado sobre un caballo magníficamente enjaezado, precedido por trompetas y seguido por cardenales y prelados rodeados con deslumbrantes galas.

Las multitudes venían a observar los cuadros. Ninguno podía dejar de extraer la moraleja. Se produjo gran conmoción en Praga, y los extranjeros vieron que era necesario partir de allí. Pero los cuadros hicieron gran impresión en Hus y lo indujeron a un estudio más profundo de la Biblia y de los escritos de Wiclef.

Aunque todavía no estaba preparado para aceptar todas las reformas propiciadas por aquél, vio el verdadero carácter del papado, y denunció el orgullo, la ambición y la corrupción del clero.

Praga puesta bajo entredicho

Las noticias llegaron a Roma, y Hus fue citado para presentarse delante del Papa. El obedecer habría significado una muerte segura. El rey y la reina de Bohemia, la universidad, miembros de la nobleza y altos funcionarios del gobierno se unieron para pedir al pontífice que se le permitiera a Hus permanecer en Praga y responder mediante un enviado. En lugar de esto, el Papa procedió al juicio y a la condenación de Hus, y declaró que la ciudad de Praga estaba bajo censura eclesiástica.

En aquella época esta sentencia producía alarma. El pueblo consideraba al Papa como el representante de Dios, que tenía las llaves del cielo y del infierno y que poseía el poder para tomar medidas divinas. Se creía que hasta que el Papa no quitara el entredicho, los muertos eran excluidos de la morada de los benditos. Todos los servicios religiosos eran suspendidos. Las iglesias se cerraban. Los matrimonios se solemnizaban simplemente en el patio de las iglesias. Los muertos eran enterrados sin ritos en zanjas o en el campo.

Praga se llenó de tumultos. Muchos denunciaban a Hus y demandaban que fuera entregado a Roma. Para calmar la tormenta, el reformador se retiró por un tiempo a su aldea nativa. Pero no cesó en sus labores, sino que viajó por el campo predicando a las multitudes ansiosas. Cuando la excitación de Praga se apaciguó, Hus regresó para continuar predicando la Palabra de Dios. Sus enemigos eran poderosos, pero la reina y muchos nobles eran sus amigos, y el pueblo, en gran número, estaba con él.

Hus había estado solo en sus labores. Pero ahora Jerónimo se unió a la Reforma. En lo sucesivo los dos unieron sus vidas, y no estuvieron distanciados en la muerte. En las cualidades que constituían la verdadera fuerza de carácter, Hus era el mayor. Jerónimo, con verdadera humildad, percibió los valores de aquél y seguía sus consejos. Bajo la dirección de esta unión, la Reforma se extendió rápidamente.

Dios permitió que brillase una luz mayor en la mente de esos hombres escogidos, y les reveló muchos de los errores de Roma, pero no tuvieron aún

toda la luz que había de ser dada al mundo. Dios estaba sacando al pueblo desde las tinieblas del romanismo, y lo dirigía paso a paso, conforme a la fuerza de ellos. Como la plena gloria del sol del mediodía en el caso de los que han estado por largo tiempo morando en la oscuridad, la luz en su totalidad los habría hecho retroceder. Por lo tanto, Dios la reveló poco a poco, a medida que podía ser soportada por el pueblo.

El cisma en la iglesia continuó. Tres papas ahora peleaban por la supremacía, y esto produjo muchos tumultos entre los respectivos seguidores. No contentos con arrojarse anatemas, cada uno trataba de comprar armas y obtener soldados. Para ello había que tener dinero, y para conseguirlo se ofrecían en venta oficios y bendiciones por parte de la iglesia.

Con creciente valentía Hus protestaba enérgicamente contra las abominaciones toleradas en nombre de la religión. El pueblo acusaba abiertamente a Roma como la causa de las miserias que agobiaban al cristianismo.

De nuevo Praga se vio al borde de un conflicto sangriento. Como en los tiempos pasados, el siervo de Dios fue acusado de ser “perturbador de Israel” (1 Reyes 18:17, VM). La ciudad de nuevo fue puesta bajo la censura papal, y Hus se retiró otra vez a su aldea nativa. Él había de hablar desde un escenario mayor a toda la cristiandad, antes de deponer su vida como un testigo de la verdad.

Se reunió un concilio general que debía sesionar en Constanza (al suroeste de Alemania), convocado de acuerdo con el deseo del emperador Segismundo por uno de los tres papas rivales, Juan XXIII. El papa Juan, cuyo carácter y conducta no soportaban la investigación, no se atrevió a oponerse a la voluntad de Segismundo. Los principales objetivos a conseguirse eran solucionar el cisma de la iglesia y desterrar la “herejía”. Los otros dos antipapas fueron citados para presentarse, y también se requirió la presencia de Juan Hus. Los dos antipapas fueron representados por sus delegados, y el papa Juan concurrió con mucho recelo, temiendo que se le pidiera cuenta de los vicios con que había corrompido la tiara y de los crímenes por medio de los cuales la había conseguido. Sin embargo, hizo su aparición en la ciudad de Constanza con gran pompa, asistido por eclesiásticos y un séquito de cortesanos. Sobre su cabeza había un palio de oro, sostenido por cuatro de los principales magistrados. Se llevaba delante de él la hostia, y las ricas vestiduras de los cardenales y de los nobles constituían una imponente ostentación.

Mientras tanto otro viajero se acercaba a Constanza. Hus dejó a sus amigos como quien nunca va a encontrarse de nuevo con ellos, sintiendo que su viaje lo conducía a la estaca de la hoguera. Había obtenido un salvoconducto del rey de Bohemia y también uno del emperador Segismundo. Pero hizo todos sus arreglos en vista de la probabilidad de su muerte.

El salvoconducto del rey

En una carta a sus amigos les decía: “Hermanos míos... parto con un salvoconducto del rey para hacer frente a mis numerosos y mortales enemigos... Cristo Jesús sufrió por sus muy amados; y por lo tanto, ¿habremos de extrañarnos de que él nos haya dejado su ejemplo?... Por lo tanto, amados, si mi muerte debe contribuir a su gloria, oren para que se realice rápidamente, y que él me habilite a soportar todas mis calamidades con constancia... Oremos a Dios para que yo no suprima una sola tilde de la verdad del evangelio, con el fin de dejar a mis hermanos un ejemplo excelente para seguir”.[3]

En otra carta, que escribió a un sacerdote convertido al evangelio, Hus hablaba con humildad de sus propios errores, acusándose a sí mismo “de haber sentido placer al usar ricos ropajes y haber malgastado tiempo en ocupaciones frívolas”. Entonces añadía: “Que la gloria de Dios y la salvación de las almas ocupen tu mente, y no la posesión de beneficios y propiedades. Cuida de no adornar tu casa más que tu alma; y, por encima de todo, presta atención al edificio espiritual. Sé piadoso y humilde con los pobres, y no consumas tus recursos en festines”.[4]

En Constanza, a Hus se le concedió plena libertad. Al salvoconducto del emperador se añadió una seguridad personal de protección por parte del Papa. Pero violaron estas repetidas declaraciones, y después de muy corto tiempo el reformador fue arrestado por orden del Papa y los cardenales, y arrojado en un inmundo calabozo. Más tarde fue transferido a un fuerte castillo que estaba al otro lado del Rin, y allí mantenido como preso. También el Papa fue pronto confinado en la misma cárcel,[5] habiéndose comprobado que era culpable de los crímenes más bajos, además de asesinatos, simonía, adulterio, y “pecados que no podían ser mencionados”. Pronto fue privado de la tiara. Los antipapas también fueron depuestos, y se eligió un nuevo pontífice.

Aunque el Papa mismo era culpable de crímenes mayores que los que Hus había atribuido a los sacerdotes, el mismo concilio que degradó al pontífice procedió a condenar al reformador. Su encarcelamiento excitó gran indignación en Bohemia. El emperador, poco dispuesto a que se violara su salvoconducto, se opuso a la decisión tomada contra Hus. Pero los enemigos del reformador

presentaron argumentos para probarle que “no debía cumplirse la palabra empeñada con herejes, y con personas sospechosas de herejía, aunque se les hubiera provisto de salvoconductos del emperador y los reyes”.[6]

Debilitado por la enfermedad –el húmedo calabozo le produjo una fiebre que casi terminó con su vida–, Hus fue traído por fin ante el concilio. Cargado de cadenas apareció en presencia del emperador, cuya buena fe había sido empeñada para protegerlo. Mantuvo firmemente la verdad y expresó una solemne protesta contra las corrupciones del clero. Al pedírselle que eligiera entre retractarse de sus doctrinas o sufrir la muerte por medio del martirio, aceptó esto último.

La gracia de Dios lo sostuvo. Durante las semanas de sufrimiento que precedieron a su sentencia final, la paz del cielo llenó su alma. “Escribo esta carta –le decía a un amigo– en mi prisión, y con mi mano encadenada, esperando que mañana se cumpla mi sentencia de muerte... Cuando, con la ayuda de Cristo Jesús, nos encontraremos de nuevo en la paz deliciosa de la vida futura, tú descubrirás cuán misericordioso se ha mostrado Dios hacia mí, cuán eficazmente me ha sostenido en medio de mis tentaciones y mis pruebas”.[7]

El triunfo previsto

En su calabozo, Hus previó el triunfo de la fe verdadera. En sueños vio al Papa y a los obispos desfigurando los cuadros de Cristo que él había pintado en los muros del palacio de Praga. “Esta visión lo perturbó. Pero al día siguiente volvió a soñar y entonces vio a muchos pintores ocupados en restaurar estos cuadros en mayor número y con colores más brillantes... Los pintores... rodeados por una inmensa multitud, exclamaron: ‘Ahora que vengan los papas y los obispos; nunca los volverán a desfigurar...’ ” Dijo el reformador: “La imagen de Cristo nunca será desfigurada. Han querido destruirla, pero será pintada de nuevo en todos los hogares por predicadores mucho mejores que yo”.[8]

Por última vez Hus fue traído ante el concilio, una vasta y brillante asamblea: estaban el emperador, los príncipes de todo el imperio, los delegados reales, cardenales, obispos, sacerdotes y una gran multitud.

Se le pidió que expresara su última decisión, y Hus declaró que se negaba a abjurar. Fijando su mirada en el monarca que en forma tan vergonzosa había violado la palabra empeñada, declaró: “Determiné, por mi propia y libre voluntad presentarme ante este concilio bajo la pública protección y la fe del emperador aquí presente”.[9] El bochorno cubrió la cara de Segismundo mientras los ojos de todos se fijaban en él.

Habiéndose pronunciado la sentencia, comenzó la ceremonia de degradación. De nuevo se lo exhortó a retractarse, pero Hus replicó, volviéndose hacia el pueblo: “¿Con qué cara me presentaría en el cielo? ¿Cómo miraría yo a las multitudes de hombres a quienes he predicado el evangelio puro? No; aprecio más su salvación que este pobre cuerpo, condenado ahora a la muerte”. Se le quitaron las ropas sacerdotales una por una, y cada obispo pronunciaba una maldición mientras realizaba su parte de la ceremonia. Finalmente “colocaron sobre su cabeza una gorra de papel en forma piramidal, en la cual había pintadas figuras de demonios, y con la palabra ‘archihereje’ bien clara al frente. ‘Muy gozosamente –dijo Hus– usaré esta corona de vergüenza por tu causa, oh Cristo, porque por mí llevaste la corona de espinas’ ”.[10]

Hus muere en la hoguera

Entonces fue conducido hacia afuera. Una inmensa procesión lo siguió. Cuando todo estaba listo para que el fuego fuera encendido, el mártir, una vez más, fue exhortado a salvarse renunciando a sus errores. “¿A qué errores –dijo Hus– renunciaré? No me reconozco culpable de ninguno. Pongo a Dios por testigo de que todo lo que he escrito y predicado ha sido con el propósito de rescatar a las almas del pecado y la perdición; y, por lo tanto, muy gozosamente confirmaré con mi sangre la verdad que he escrito y predicado”.[11]

Cuando se encendieron las llamas en torno a él, comenzó a cantar: “Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí”, y así continuó hasta que su voz fue silenciada para siempre. Un celoso partidario del Papa, describiendo el martirio de Hus, y el de Jerónimo, que fue realizado poco tiempo después, dijo: “Se prepararon para el fuego como si fueran a una fiesta matrimonial. No pronunciaron ningún clamor de agonía. Cuando se elevaban las llamas, comenzaron a cantar himnos; y apenas la vehemencia de las hogueras pudo detener sus cantos”.[12]

Cuando el cuerpo de Hus había sido consumido, sus cenizas se arrojaron al Rin, y éste las llevó al océano para que fueran semillas esparcidas por todos los países de la tierra. Aun en lugares en aquel tiempo todavía desconocidos habían de producir abundante fruto en forma de testigos de la verdad. La voz que se oyó en la sala del concilio de Constanza despertaría ecos en todos los siglos venideros. Su ejemplo animaría a multitudes a permanecer firmes frente a la tortura y la muerte. Su ejecución exhibió ante el mundo la maligna crueldad de Roma. ¡Los enemigos de la verdad estaban promoviendo la causa que trataban de destruir!

Sin embargo la sangre de otro testigo debía hablar de la verdad. Jerónimo había exhortado a Hus a mantener el valor y la firmeza, declarando que si cayera en peligro, él se apresuraría en su ayuda. Al enterarse del apresamiento del reformador, el fiel discípulo se preparó para cumplir con su promesa. Sin un salvoconducto se puso en marcha hacia Constanza. Al llegar, se convenció de que solamente se había expuesto a sí mismo al peligro sin la posibilidad de hacer nada por Hus. Huyó entonces, pero fue arrestado y traído de vuelta, cargado de cadenas. En su primera aparición en el concilio, sus tentativas de responder

fueron apagadas con gritos: “¡A las llamas con él!”[13]Fue arrojado en un calabozo y alimentado con pan y agua. Las crueidades que rodearon su prisión le acarrearon enfermedad y amenazaron su vida; pero como sus enemigos temieron que la muerte lo librara de sus manos, lo trajeron con menos severidad, aunque permaneció preso durante un año.

Jerónimo se somete al concilio

Como la violación del salvoconducto de Hus había despertado una tormenta de indignación, el concilio determinó que en lugar de quemar a Jerónimo, lo obligarían a retractarse. Se le ofreció la alternativa de retractarse o morir en la estaca. Debilitado por la enfermedad, por los rigores de la prisión y por la tortura de la ansiedad y la incertidumbre, separado de amigos y descorazonado por la muerte de Hus, la fortaleza de Jerónimo se rindió. Se comprometió adherir a la fe católica y aceptar la decisión del concilio al condenar a Wiclef y a Hus, exceptuando, sin embargo, las “sagradas verdades”[14] que ellos habían enseñado.

Pero en la soledad del calabozo vio claramente lo que había hecho. Pensó en el valor y la fidelidad de Hus y reflexionó en su propia negativa de la verdad. Pensó en el Maestro divino, que por su causa había soportado la cruz. Antes que se retractara había hallado consuelo en medio del sufrimiento en la seguridad del favor de Dios, pero ahora el remordimiento y la duda torturaban su alma. Sabía que debía hacer otras retractaciones antes que pudiera estar en paz con Roma. El camino en el cual estaba entrando podía terminar solamente en la completa apostasía.

Jerónimo se arrepiente y tiene nuevo valor

Pronto fue traído de nuevo ante el concilio. Su sumisión no había satisfecho a los jueces. Únicamente abjurando de la verdad sin reserva alguna podía Jerónimo preservar su vida. Mas ya había determinado confesar su fe y seguir a su hermano mártir hasta las llamas.

Renunció a su primera retractación, y estando a punto de morir, solemnemente exigió la oportunidad de hacer su defensa. Los prelados insistieron que él sencillamente afirmara o negara los cargos hechos contra él. Jerónimo protestó contra una injusticia tan cruel. “Me han mantenido en silencio durante 340 días en una terrible prisión –dijo él–; ahora me traen delante de ustedes, y prestan atención a mis mortales enemigos mientras se niegan a escucharme... No falten a la justicia. En cuanto a mí, soy solamente un pobre mortal; mi vida es sólo de poca importancia, y cuando los exhorto a no proceder a una injusta sentencia, hablo menos en mi favor que en el de ustedes”.[15]

Por fin se le concedió su pedido. En la presencia de sus jueces, Jerónimo se arrodilló y oró para que el Espíritu divino dominara sus pensamientos, con el fin de no hablar nada en contra de la verdad o que fuera indigno de su Maestro. Para él ese día se cumplió la promesa: “Cuando os entreguen, no os preocupéis por cómo o qué hablaréis; porque en aquella hora os será dado lo que habéis de hablar. Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros” (S. Mateo 10:19, 20).

Por un año entero Jerónimo había estado en un calabozo, sin poder leer o aun mirar. Sin embargo sus argumentos fueron presentados con mucha claridad y poder, como si no hubiera sido perturbado por la imposibilidad de estudiar. Él señaló a sus oyentes la larga línea de santos hombres condenados por jueces injustos. En casi cada generación, los que trataban de elevar al pueblo de su época habían sido despreciados. Cristo mismo fue condenado como un malhechor en un tribunal injusto.

Jerónimo ahora declaró su arrepentimiento y presentó un testimonio de la inocencia y la santidad del mártir Hus. “Lo conocí desde la niñez –dijo él–. Era

un hombre excelente, justo y santo; fue condenado pese a su inocencia... Yo estoy listo a morir. No me retractaré ante los tormentos que están preparados para mí por mis enemigos y falsos testigos, que algún día tendrán que rendir cuenta de sus imposturas ante el gran Dios, a quien nadie puede engañar". Jerónimo continuó: "De todos los pecados que he cometido desde mi juventud, ninguno pesa tan tremadamente sobre mí y me causa tan agudo remordimiento como el que cometí en este lugar fatal cuando aprobé la inicua sentencia pronunciada contra Wiclef, y contra el santo mártir, Juan Hus, mi maestro y mi amigo. ¡Sí! Lo confieso de todo corazón, y declaro con horror que desgraciadamente me turbé cuando, aterrorizado por la muerte, condené su doctrina. Por lo tanto, suplico... al Dios Omnipotente se digne perdonarme mis pecados, y en particular éste, el más monstruoso de todos".

Señalando a sus jueces, dijo firmemente: "Condenaron a Wiclef y a Juan Hus... Las cosas que ellos han afirmado, y que son irrefutables, yo también las pienso y las declaro, igual que ellos".

Sus palabras fueron interrumpidas. Los prelados, temblando de rabia, clamaron: "¿Qué necesidad hay de mayor prueba? ¡Hemos contemplado con nuestros propios ojos al más obstinado de los herejes!"

Inmóvil frente a la tempestad, Jerónimo exclamó: "¡Qué! ¿Suponen que yo temo a la muerte? Me han mantenido un año entero en un terrible calabozo más horrible que la muerte misma... No puedo expresar mi asombro hacia una barbarie tan grande contra un cristiano".[16]

Se lo entrega a la prisión y a la muerte

De nuevo rugió la tormenta de rabia, y Jerónimo fue arrastrado hacia la prisión. Sin embargo, había algunos sobre los cuales sus palabras hicieron una profunda impresión y desearon salvarle la vida. Fue visitado por dignatarios y se le aconsejó que se sometiera al concilio. Se le presentaron brillantes perspectivas como recompensa si lo hacía.

“Pruébenme por las Sagradas Escrituras que estoy en error –dijo él–, y me retractaré”.

“¡Las Sagradas Escrituras! –exclamó uno de los que lo tentaban–, ¿ha de juzgarse entonces todo por ellas? ¿Quién puede entenderlas antes que la iglesia las interprete?”

“¿Son las tradiciones de los hombres más dignas de fe que el evangelio de nuestro Salvador?”, replicó Jerónimo.

“¡Hereje! –fue la respuesta–, me arrepiento de haber abogado tanto tiempo por ti. Veo que estás dominado por el diablo”.[17]

Antes de mucho fue conducido al mismo lugar en el cual Hus había dado su vida. Fue cantando por el camino, mientras su rostro brillaba con gozo y paz. Para él la muerte había perdido sus terrores. Cuando el verdugo, a punto de prender la pira, se le acercó por detrás, el mártir exclamó: “Aplica el fuego delante de mi cara. Si tuviera miedo no estaría aquí”.

Sus últimas palabras fueron una oración: “Señor, Dios Todopoderoso, ten piedad de mí, y perdóname mis pecados; pues tú sabes que siempre he amado tu verdad”.[18] Las cenizas del mártir se juntaron, y como las de Hus, fueron arrojadas al Rin. Así perecieron los fieles portadores de la luz de Dios.

La ejecución de Hus encendió llamas de indignación y horror en Bohemia. La nación entera declaró que él había sido un fiel maestro de la verdad. Se acusó al concilio de crimen. Sus doctrinas atrajeron más atención que al principio, y

muchos fueron inducidos a aceptar la fe reformada. El Papa y el emperador se unieron para aplastar el movimiento, y los ejércitos de Segismundo fueron despachados contra Bohemia.

Pero surgió un libertador. Ziska, uno de los generales más capaces de su época, fue el dirigente de los bohemios. Confiando en la ayuda de Dios, ese pueblo hizo frente a los ejércitos más poderosos que pudieran traer contra ellos. Una y otra vez el emperador invadió Bohemia, sólo para ser rechazado. Los husitas desafiaban la muerte, y nada podía oponérseles. El valiente Ziska murió, pero su lugar fue ocupado por Procopio, que en cierto sentido era un dirigente aún más capaz que él.

El Papa proclamó una cruzada contra los husitas. Un ejército inmenso se precipitó contra Bohemia, solamente para sufrir una terrible derrota. Se proclamó otra cruzada. En todos los países papales de Europa se reclutaban hombres y se reunía dinero y municiones de guerra. Multitudes acudieron a defender el estandarte papal.

El vasto ejército penetró en Bohemia. El pueblo se reunió para rechazarlo. Los dos ejércitos se acercaron mutuamente hasta que solamente un río los dividía. “Los cruzados constituían una fuerza muy superior, pero en lugar de lanzarse a pasar el río para entablar la batalla contra los husitas, a quienes habían venido a hacer frente desde tan lejos, se mantuvieron en un lugar observando en silencio a los guerreros”.[19]

Repentinamente un terror misterioso cayó sobre esa hueste. Sin dar un solo golpe, esa tremenda fuerza se disolvió y se esparció como empujada por un poder invisible. El ejército husita persiguió a los fugitivos, y un inmenso botín cayó en manos de los vencedores. La guerra, en lugar de empobrecer, enriqueció a los bohemios.

Pocos años más tarde, bajo un nuevo Papa, se emprendió aun otra cruzada. Otra vez un ejército enorme entró en Bohemia. Las fuerzas husitas se retiraron atrayendo a los invasores más al interior del país, e induciéndolos a creer que ya habían ganado la victoria.

Por fin el ejército de Procopio avanzó para presentarles batalla. Tan pronto como oyeron el son del ejército que se les aproximaba, aun antes que los husitas estuvieran a la vista, de nuevo el pánico se apoderó de los cruzados. Príncipes,

generales y soldados rasos arrojaron sus armaduras y huyeron en todas direcciones. La derrota fue completa, y de nuevo un inmenso botín cayó en manos de los vencedores.

Así fue como por segunda vez un ejército de hombres aguerridos, preparados para la batalla, huyó sin asestar un golpe contra los defensores de una nación pequeña y débil. Los invasores fueron heridos con un terror sobrenatural. El que hizo huir a los ejércitos de Madián ante Gedeón y sus trescientos hombres, de nuevo había extendido su brazo (ver Jueces 7:19-25; Salmo 53:5).

Traicionados por la diplomacia

Los dirigentes papales por fin recurrieron a la diplomacia. Se acordó hacer una transigencia, y ésta entregó a los bohemios al poder de Roma. Se habían especificado cuatro puntos como condición para la paz con Roma: (1) la predicación libre de la Biblia; (2) el derecho de toda la iglesia a participar tanto del pan como del vino de la comunión y el uso del idioma nativo en el culto divino; (3) la exclusión del clero de todos los cargos seculares y de todo puesto de autoridad; y, (4) en caso de crímenes, la jurisdicción de las cortes civiles sobre el clero y sobre los legos por igual. Las autoridades papales estuvieron de acuerdo en que los cuatro artículos debían ser aceptados, “pero el derecho de explicarlos... debía pertenecer al concilio. En otras palabras, al Papa y al emperador”.[20] Roma ganó por simulación y fraude lo que no había podido ganar por la guerra. Colocando su propia interpretación por encima de los artículos husitas, así como por encima de la Biblia, pudo pervertir el significado para cumplir sus propósitos. Un gran número del pueblo de Bohemia, viendo que sus libertades habían sido traicionadas, no aceptó el convenio. Surgieron disensiones y luchas entre los bohemios mismos. El noble Procopio cayó, y las libertades de Bohemia perecieron.

De nuevo los ejércitos enemigos invadieron Bohemia, y los que permanecieron fieles al evangelio fueron objeto de una sangrienta persecución. Sin embargo, su firmeza era incombustible. Aunque obligados a buscar refugio en las cavernas, seguían reuniéndose para leer la Palabra de Dios y unirse en su culto. Por medio de mensajeros enviados secretamente a diferentes países llegaron a saber que “en medio de las montañas alpinas había una iglesia antigua, que se fundaba en las Escrituras, y que protestaba contra las corrupciones idolátricas de Roma”. [21] Con gran gozo, se inició correspondencia con los cristianos valdenses.

Fieles y firmes al evangelio, los bohemios, aun en la noche de su persecución y en la hora más sombría, dirigieron su mirada al horizonte como personas que aguardan la madrugada.

[1] Wylie, lib. 3, cap. 1.

[2]Ibíd.

[3]Bonnechose, The Reformer Before the Reformation [Los reformadores antes de la Reforma], t. 1, pp. 147, 148.

[4]Ibíd., t. 1, pp. 148, 149.

[5]Ibíd., t. 1, p. 247.

[6]Jacques Lenfant, History of the Council of Constance [Historia del Concilio de Constanza], t. 1, p. 516.

[7] Bonnechose, t. 2, p. 67.

[8]D'Aubigné, lib. 1, cap. 6.

[9]Bonnechose, t. 2, p. 84.

[10]Wylie, lib. 3, cap. 7.

[11]Ibíd.

[12]Ibíd.

[13]Bonnechose, t. 1, p. 234.

[14]Ibíd., t. 2, p. 141.

[15]Ibíd., t. 2, pp. 146, 147.

[16]16 Ibíd., t. 2, pp. 151, 152.

[17]Wylie, lib. 3, cap. 10.

[18]Bonnechose, t. 2, p. 168.

[19]Wylie, lib. 3, cap. 17.

[20]Ibíd., lib. 3, cap. 18.

[21]Ibíd., lib. 3, cap. 19.

Capítulo 7

En la encrucijada de los caminos

De entre los héroes que fueron llamados a conducir la iglesia desde la oscuridad del papismo hasta la luz de una fe pura, sobresale nítidamente Martín Lutero. Sin conocer ningún otro temor más que el temor de Dios, y no aceptando ningún fundamento para la fe fuera de las Sagradas Escrituras, Lutero fue el hombre de su tiempo.

Sus primeros años los pasó en el humilde hogar de un aldeano alemán. Su padre quería que fuera abogado, pero Dios se proponía hacer de él un constructor del gran templo que se estaba levantando lentamente a través de los siglos. Las durezas de la vida, las privaciones y la severa disciplina fueron la escuela en la cual la infinita Sabiduría preparó a Lutero para la misión de su vida.

El padre de Lutero era un hombre de mente activa. Su sentido común lo indujo a considerar el sistema monástico con desconfianza. Quedó muy disconforme cuando Lutero, sin su consentimiento, entró en el monasterio. Pasaron dos años antes que el padre se reconciliara con su hijo, y aun entonces sus opiniones seguían siendo las mismas.

Los padres de Lutero trataron de instruir a sus hijos en el conocimiento de Dios. Sus esfuerzos, fervientes y perseverantes, tendían a preparar a sus hijos para una vida de utilidad. A veces demostraron excesiva severidad, pero el reformador mismo halló en la disciplina de ellos más cosas dignas de aprobación que de condenación.

En la escuela, Lutero fue tratado con dureza y aun con violencia. A menudo sufrió hambre. Las ideas religiosas que entonces prevalecían, siendo lóbregas y supersticiosas, lo llenaban de temor. Solía ir a la cama con el corazón lleno de pesar, con un constante terror ante el pensamiento de que Dios era un tirano cruel, antes que un Padre celestial bondadoso. Cuando entró en la Universidad de Erfurt, las perspectivas para su vida eran más favorables que en sus años más

jóvenes. Sus padres, mediante el trabajo y la laboriosidad, habían adquirido una posición desahogada, y podían prestarle toda la ayuda necesaria. Además, amigos juiciosos aminoraron los efectos sombríos de su educación anterior. Con influencias favorables, su mente se desarrolló rápidamente. Una aplicación incansable lo colocó muy pronto entre los más destacados de sus compañeros.

Lutero no dejaba de empezar todos los días con oración, y su corazón respiraba continuamente una petición por la dirección divina. “El orar bien –decía a menudo– es la mejor mitad del estudio”.[1]

Un día, en la biblioteca de la universidad, descubrió una Biblia latina, libro que jamás había visto. Había oído porciones de los evangelios y de las epístolas, que él creía constituyan la totalidad de la Biblia. Ahora, por primera vez, contemplaba la totalidad de la Palabra de Dios. Con reverencia y admiración recorría las sagradas páginas y leía por sí mismo las palabras de vida, deteniéndose para exclamar: “¡Ojalá que Dios me concediera poseer este libro!”[2] Los ángeles se sentaban a su lado. Rayos de luz de Dios revelaron tesoros de verdad a su entendimiento. La profunda convicción de su condición de pecador lo dominó como nunca antes.

La búsqueda de la paz

El deseo de reconciliarse con Dios lo indujo a dedicarse a la vida monástica. En ella se le pidió que realizara los trabajos más humildes y que pidiera limosna de puerta en puerta. Pacientemente soportó esta humillación, creyendo que era necesaria a causa de sus pecados.

Privándose del sueño y recortando aun el tiempo dedicado a sus escasas comidas, se deleitaba en el estudio de la Palabra de Dios. Había encontrado un ejemplar encadenado al muro del convento, y allí recurría a menudo.

Llevó una vida muy rigurosa, tratando, mediante el ayuno, las vigilias y los azotes, de dominar los males de su naturaleza. Más tarde dijo: “Si alguna vez un monje pudiera obtener el cielo por sus obras monásticas, yo ciertamente tenía derecho a ello... Si hubiera continuado mucho tiempo más, mis mortificaciones me habrían llevado aun hasta la muerte”.[3] Pero a pesar de todos sus esfuerzos, su alma cargada no encontró alivio. Finalmente llegó al límite de la desesperación.

Cuando parecía que todo estaba perdido, Dios le dio un amigo. Staupitz ayudó a Lutero a comprender la Palabra de Dios, y le pidió que dejara de mirarse a sí mismo y fijara la vista en Jesús. “En vez de torturarte debido a tus pecados, arrójate en los brazos del Redentor. Confía en él, en la justicia de su vida, en la expiación de su muerte... El Hijo de Dios... se hizo hombre para darte la seguridad del favor divino... Ama al que te amó primero”.[4] Sus palabras hicieron una profunda impresión en la mente de Lutero. Su alma atribulada se vio inundada de paz.

Ordenado sacerdote, Lutero fue llamado a ejercer un profesorado en la Universidad de Wittenberg. Comenzó algunas pláticas sobre los salmos, los evangelios y las epístolas, que fueron escuchadas por multitudes y causaron deleite entre sus oyentes. Staupitz, su superior, lo instó a ocupar el púlpito y predicar. Pero Lutero se creía indigno de hablar al pueblo en el nombre de Cristo. Fue sólo después de una larga lucha que accedió a los pedidos de sus amigos. Era poderoso en las Escrituras, y la gracia de Dios descansaba sobre él.

La claridad y el poder con los cuales presentaba la verdad convencían a sus oyentes, y su fervor commovía los corazones.

Lutero, que todavía era un hijo sincero de la iglesia papal, nunca tuvo el pensamiento de que alguna vez podría cambiar. Inducido a visitar Roma, realizó su viaje a pie, alojándose en los monasterios del camino. Se llenaba de admiración ante la magnificencia y el lujo que presenciaba. Los monjes vivían en departamentos espléndidos, se vestían con ropajes costosos y participaban de festines en torno a meses bien servidas. La mente de Lutero se llenaba cada vez más de perplejidad. Por fin contempló a lo lejos la ciudad de las siete colinas. Se postró sobre la tierra, exclamando: “¡Roma santa, yo te saludo!”[5] Visitó las iglesias, escuchó las historias maravillosas repetidas por sacerdotes y monjes, y realizó todas las ceremonias requeridas. Pero por doquiera observaba escenas que lo llenaban de estupor: la iniquidad que reinaba entre el clero y las bromas indecentes que gastaban los prelados. Se llenó de horror por la profanidad de éstos aun durante la misa. Halló disipación y libertinaje. “Nadie puede imaginar –escribió– qué pecados y qué acciones infames se cometan en Roma... Tienen el hábito de decir: ‘Si hay un infierno, Roma está edificada sobre él’ ”.[6]

La verdad acerca de la escalera de Pilato

Se había prometido una indulgencia por parte del Papa para todos los que subieran de rodillas la “escalera de Pilato”, que se decía había sido milagrosamente transportada desde Jerusalén hasta Roma. Lutero estaba un día ascendiendo sus escalones cuando le pareció oír una voz atronadora que decía: “El justo por la fe vivirá” (Romanos 1:17). Se puso en pie con vergüenza y horror. Comenzó entonces a ver más claramente que nunca antes la falsedad de confiar en las obras humanas para la salvación. Apartó su mirada de Roma. Desde ese momento la separación fue aumentando hasta que se cortó toda conexión con la iglesia papal.

Después de regresar de Roma, Lutero recibió el grado de doctor en Teología. Ahora se hallaba en libertad para dedicarse al estudio de las Escrituras, las cuales tanto amaba. Había formulado un voto solemne de predicar con fidelidad la Palabra de Dios, y no la doctrina de los papas. No era ya sencillamente el monje, sino el heraldo autorizado de la Biblia, llamado como un pastor para alimentar el rebaño de Dios que estaba pasando hambre y sed de la verdad. Declaró finalmente que los cristianos no deben recibir otras doctrinas que aquellas que están basadas en la autoridad de las Sagradas Escrituras.

Multitudes ansiosas estaban pendientes de sus labios. Las buenas nuevas del amor del Salvador, la seguridad del perdón y de la paz por medio de su sangre expiatoria, regocijaban sus corazones. En Wittenberg se prendió una luz cuyos rayos habían de aumentar en brillo hasta el fin del tiempo.

Pero entre la verdad y el error existe un conflicto. Nuestro Salvador mismo declaró: “No he venido para traer paz, sino espada” (S. Mateo 10:34). Dijo Lutero, unos pocos años después de iniciada la Reforma: “Dios... me empuja y me obliga... Deseo vivir tranquilo; pero me veo lanzado en medio de tumultos y revoluciones”.[7]

Indulgencias para la venta

La Iglesia Romana hacía un comercio de la gracia de Dios. So pretexto de reunir fondos para la erección de la iglesia de San Pedro en Roma, con autorización del Papa se ofrecían en venta indulgencias por el pecado. Iba a edificarse un templo para el culto de Dios con el precio de crímenes. Fue esto lo que despertó a los más capaces enemigos del papado y los indujo a librar la batalla que conmovió el trono papal y la triple corona de la cabeza del pontífice.

A Tetzel, el funcionario destinado para dirigir la venta de las indulgencias en Alemania, se le habían probado las ofensas más viles contra la sociedad y la ley de Dios; sin embargo, fue usado para promover en Alemania los proyectos mercantilistas del Papa. Este representante papal repetía falsedades deslumbrantes y cuentos maravillosos para engañar a un pueblo ignorante y supersticioso. Si la gente hubiera tenido la Palabra de Dios no habría sido engañada, pero la Biblia había sido prohibida.[8]

Cuando Tetzel entraba en una ciudad, un mensajero iba delante de él anunciando: “La gracia de Dios y del santo padre está a vuestras puertas”.[9] La gente daba la bienvenida al pretencioso blasfemo como si fuera Dios mismo. Tetzel ascendía al púlpito en la iglesia y alababa las indulgencias como el más precioso don de Dios. Declaraba que en virtud de sus certificados de perdón, todos los pecados que el comprador quisiera cometer después, le serían perdonados, y que “ni siquiera era necesario el arrepentimiento”.[10] Aseguraba a sus oyentes que sus indulgencias tenían poder para salvar a los muertos; en el preciso instante en que el dinero llegara al fondo de su cofre, el alma en cuyo beneficio ese dinero había sido pagado escaparía del Purgatorio camino al cielo. [11]

El oro y la plata fluyeron a la tesorería de Tetzel. Podía obtenerse una salvación comprada con dinero más fácilmente que la que requería arrepentimiento, fe y esfuerzo diligente para resistir y vencer el pecado.

Lutero se llenó de horror. Mucha gente que pertenecía a su propia congregación había comprado certificados de perdón. Estas personas pronto empezaron a venir

a su pastor, confesando pecados y esperando absolución, no porque fueran penitentes y anhelaran reformarse, sino confiando en la indulgencia. Lutero rehusaba absolverlos, y los amonestaba a que, a menos que se arrepintieran y se reformaran, perecerían en sus pecados.

Esta gente volvía a Tetzel con la queja de que su confesor había rechazado sus certificados, y algunos valientemente exigían la devolución de su dinero. Lleno de ira, el fraile expidió terribles maldiciones, hizo que se prendieran hogueras en las plazas públicas, y declaró que él “había recibido una orden del Papa de quemar a todos los herejes que tuvieran la presunción de oponerse a sus santísimas indulgencias”.[12]

Comienza la obra de Lutero

La voz de Lutero se oía en solemnes advertencias desde el púlpito. Presentaba delante del pueblo el carácter ofensivo del pecado y enseñaba que es imposible que el hombre, por sus propias obras, aminore su culpa o escape al castigo. Nada sino el arrepentimiento para con Dios y la fe en Cristo pueden salvar al pecador. La gracia de Cristo no puede comprarse; es un don gratuito. Aconsejaba al pueblo a no comprar indulgencias, sino a mirar con fe al Redentor crucificado. Relataba su propia y dolorosa experiencia, y aseguraba a sus oyentes que fue por la fe en Cristo como él había encontrado la paz y el gozo.

Mientras Tetzel continuaba sus impías pretensiones, Lutero resolvió efectuar una protesta más eficaz. El castillo de la iglesia de Wittenberg poseía reliquias que en ciertos días santos eran exhibidas al pueblo. Se concedía plena remisión de pecados a todos los que visitaban entonces la iglesia y se confesaban. Se acercaba una de las más importantes de estas ocasiones, la Fiesta de Todos los Santos. Lutero, uniéndose a las multitudes que se dirigían a la iglesia, clavó en sus portales 95 declaraciones contra la doctrina de las indulgencias.

Estas tesis atrajeron una atención universal. Se leían y se repetían por todas partes. Se creó una gran excitación en toda la ciudad. Mediante estas proposiciones se demostraba que el poder de otorgar el perdón del pecado y de anular su penalidad nunca había sido encomendado al Papa ni a ningún hombre. Se mostraba claramente que la gracia de Dios se concede gratuitamente a todos los que lo buscan por medio del arrepentimiento y la fe.

Los puntos escritos por Lutero se esparcieron por toda Alemania, y después de unas pocas semanas se divulgaron por toda Europa. Muchos devotos romanistas leían estas declaraciones con gozo, reconociendo en ellas la voz de Dios. Sentían que el Señor había extendido su mano para detener la ola creciente de corrupción que partía desde Roma. Príncipes y magistrados se regocijaban secretamente de que se pusiera coto al poder arrogante que negaba cualquier apelación de sus decisiones.

Los eclesiásticos astutos, viendo sus ganancias en peligro, se encolerizaron. El

reformador tenía que hacer frente a terribles acusadores. “¿Quién no sabe – respondía él– que un hombre apenas presenta alguna idea nueva sin... ser acusado de excitar querellas?... ¿Por qué Cristo y todos los mártires encontraron la muerte? Porque... presentaron novedades sin haber aceptado humildemente primero el consejo de los representantes de las opiniones antiguas”.[13]

Los reproches de los enemigos de Lutero, la deformación que realizaron de sus propósitos y las observaciones maliciosas que hicieron de su carácter lo abrumaron como un diluvio. Él había esperado con confianza que los dirigentes se unieran alegremente con él en la reforma. Había previsto con anticipación una época más brillante amaneciendo para la iglesia.

Pero el ánimo se cambió en vituperio. Muchos dignatarios de la Iglesia y del Estado pronto se dieron cuenta de que la aceptación de estas verdades prácticamente minaría la autoridad de Roma, detendría millares de canales que ahora fluían hacia la tesorería y así restringiría el fausto de los dirigentes papales. El enseñar al pueblo a fijar su mirada sólo en Cristo para la salvación, derrocaría el trono del pontífice y finalmente destruiría la propia autoridad de ellos. De manera que se aliaron mutuamente contra Cristo y la verdad, oponiéndose al hombre que el Señor había enviado para iluminarlos.

Lutero temblaba cuando se contemplaba a sí mismo: un hombre opuesto a los poderes tremundos de la tierra. “¿Quién era yo –escribe– para oponerme a la majestad del Papa, ante el cual... los reyes de la tierra y todo el mundo tiemblan?... Nadie sabe cuánto sufrió mi corazón durante esos primeros dos años y en qué desaliento, y debo decir en qué desesperación, me hallé sumido”.[14] Pero cuando el sostén humano fallaba, el reformador ponía su mirada solamente en Dios. Podía descansar con seguridad en el brazo todopoderoso.

A un amigo Lutero le escribía: “Tu primer deber es comenzar con oración... No esperes nada de tus propios trabajos, de tu propia comprensión; confía solamente en Dios, y en la influencia de su Espíritu”.[15] Aquí hay una lección de importancia para los que sienten que Dios los ha llamado a presentar ante los demás las solemnes verdades para este tiempo. En el conflicto con los poderes del mal se necesita algo más que el intelecto y la sabiduría humanos.

Lutero recurrió solamente a la Biblia

Cuando los enemigos echaban mano de las costumbres de la tradición, Lutero les hacía frente solamente con la Biblia, y sus argumentos no podían ser contestados. De los sermones y los escritos de Lutero irradiaban rayos de luz que despertaban e iluminaban a miles de personas. La Palabra de Dios era como una espada de doble filo que se abría camino a los corazones de la gente. Los ojos del pueblo, por tan largo tiempo dirigidos a los ritos humanos y a los mediadores terrenales, ahora se fijaban con fe en el Cristo crucificado.

Este interés general despertó los temores de las autoridades papales. Lutero recibió la orden de presentarse en Roma. Sus amigos conocían bien el peligro que lo amenazaba en esa corrupta ciudad, ya ebria con la sangre de los mártires de Jesús. Ellos pidieron que fuera examinado en Alemania.

Esto fue lo que se hizo, y el Papa nombró un legado para considerar el caso. Pero en las instrucciones dirigidas a ese funcionario se hacía constar que Lutero ya había sido declarado hereje. Por lo tanto, el legado debía “perseguir y obligar sin demora alguna”. Recibió poder “para condenarlo en cualquier parte de Alemania; para prohibir, maldecir y excomulgar a todos los que lo siguieran”, y para excomulgar a todos los que, cualquiera fuera la dignidad que tuvieran en la Iglesia o el Estado, dejaran de detener a Lutero y a sus adherentes y entregarlos a la venganza de Roma, excepto al emperador.[16]

No había ni siquiera un rastro de principios cristianos o aun de justicia común en tal documento. Lutero no había tenido ninguna oportunidad de explicar o de defender su posición; sin embargo, había sido declarado hereje, y en el mismo día exhortado, acusado, juzgado y condenado.

Cuando Lutero necesitaba tanto el consejo de un verdadero amigo, Dios le mandó a Melanchton a Wittenberg. El juicio sano de Melanchton, combinado con la pureza y la rectitud de su carácter, le ganaron universal admiración. Pronto llegó a ser el amigo de mayor confianza de Lutero: la bondad, el cuidado y la exactitud de Melanchton eran un complemento del valor y la energía de Lutero.

Se estableció la ciudad de Augsburgo como lugar del juicio, y el reformador partió a pie para ese lugar. Se hicieron amenazas de que sería asesinado por el camino, y sus amigos le rogaron que no se aventurara. Pero su lenguaje fue: “Soy como Jeremías, un hombre de lucha y de contención; pero cuanto más aumentan las amenazas de ellos más se multiplica mi gozo... Ellos ya han destruido mi honor y mi reputación... En cuanto a mi alma, no la pueden tomar. El que desea proclamar la Palabra de Cristo al mundo, debe esperar la muerte a cada momento”.[17]

Las noticias de la llegada de Lutero a Augsburgo le produjeron gran satisfacción al legado papal. El fastidioso hereje que atraía la atención del mundo parecía estar ahora en poder de Roma; no debía escapar. El legado intentaría forzar a Lutero a retractarse, o en caso contrario, hacer que lo trasladaran a Roma, para seguir la suerte de Hus y Jerónimo. Por lo tanto, por medio de sus agentes, trató de persuadir a Lutero para que viniera sin un salvoconducto, confiándose únicamente a su merced. Pero él no apareció ante el embajador papal hasta que hubo recibido el documento en que el emperador comprometía su protección.

En principio, los romanistas decidieron ganar a Lutero con una apariencia de bondad. El legado profesó gran amistad, pero exigió que Lutero se sometiera completamente a la iglesia y cediera en todo punto sin argumento ni cuestión. Lutero, en respuesta, expresó su consideración por la iglesia y su deseo de la verdad, su disposición a responder a todas las objeciones a lo que él había enseñado, y de someter sus doctrinas a la decisión de las universidades principales. Pero protestó contra la conducta del cardenal al exigirle que se retractara si haberse probado que él estaba en error.

La única respuesta fue: “¡Retráctate, retráctate!” El reformador mostró que su posición estaba sostenida por las Escrituras. No podía renunciar a la verdad. El legado, incapaz de contestar los argumentos de Lutero, lo agobió con una tormenta de reproches, escarnios, adulaciones, citas de la tradición y dichos de los padres, sin concederle al reformador ninguna oportunidad de hablar. Lutero finalmente obtuvo, a duras penas, permiso para presentar su respuesta por escrito.

Dijo, escribiéndole a un amigo: “Lo que se ha escrito puede ser sometido al juicio de otros; y en segundo lugar, uno tiene una mejor oportunidad de recurrir al temor, ya que no a la conciencia de un déspota arrogante y balbuciente, que de otra manera se impondría con su lenguaje imperioso”.[18]

En la próxima entrevista, Lutero presentó una exposición clara, concisa y vigorosa de sus puntos de vista, sostenidos por las Escrituras. Después de leer en voz alta este documento, se lo extendió al cardenal, quien lo arrojó orgullosamente a un lado, declarando que era una masa de palabras necias y de citas sin importancia. Lutero ahora hizo frente al orgulloso prelado en su propio terreno –las tradiciones y la enseñanza de la iglesia– y contradijo totalmente sus aseveraciones.

El prelado perdió por completo el dominio propio, y en un arranque de ira gritó: “¡Retráctate, o te enviaré a Roma!”. Y finalmente declaró en tono soberbio y airado: “Retráctate, o no vuelvas más”.[19]

El reformador se retiró rápidamente junto con sus amigos, manifestando claramente de esta manera que no debía esperarse ninguna retractación de su parte. Esto no era lo que el cardenal se había propuesto. Ahora, quedando sólo con sus partidarios, miró a uno y otro, desconsolado por el inesperado fracaso de sus planes.

La gran asamblea reunida tuvo oportunidad de comparar a los dos hombres, y cada uno tuvo ocasión de juzgar por sí mismo el espíritu manifestado por ambos, así como la fuerza y la verdad de sus respectivas posiciones. El reformador, sencillo, humilde, firme, teniendo la verdad de su lado; el representante papal, atribuyéndose importancia, intolerante, irracional, sin un solo argumento de las Escrituras, y sin embargo gritando con vehemencia: “¡Retráctate, o serás enviado a Roma!”

Huida de Augsburgo

Los amigos de Lutero lo instaron a que, como era inútil para él permanecer allí, debía regresar a Wittenberg sin demora alguna, y observar el mayor cuidado. De acuerdo con este consejo salió de Augsburgo a caballo antes del alba, acompañado solamente por un guía proporcionado por el magistrado. Secretamente recorrió las calles oscuras de la ciudad. Enemigos vigilantes y crueles estaban planeando su destrucción. Aquellos eran momentos de ansiedad y ferviente oración. Llegó a una pequeña puerta en el muro de la ciudad, que se abrió ante su presencia, y junto con su guía pasó por ella. Antes que el legado se enterara de la partida de Lutero, éste ya estaba fuera del alcance de sus perseguidores.

Al conocer las noticias de la huida de Lutero, el legado se llenó de sorpresa y de enojo, pues había esperado recibir gran honor por su firmeza al tratar con este perturbador de la iglesia. En una carta dirigida a Federico, el elector de Sajonia, denunció amargamente a Lutero, demandando que Federico enviara al reformador a Roma o lo desterrara de Sajonia.

El elector tenía hasta ese momento poco conocimiento de las doctrinas de la Reforma, pero estaba profundamente impresionado por la fuerza y la claridad de las palabras de Lutero. Hasta que no se probara que el reformador estaba en error, Federico resolvió permanecer a su lado como protector. En respuesta al legado escribió: “Puesto que el Dr. Martín ha aparecido ante su presencia en Augsburgo, debe estar satisfecho. Nosotros no esperábamos que se esforzara por hacerlo retractar sin haberlo convencido de sus errores. Ninguno de los sabios de nuestro principado me ha informado que la doctrina de Martín es impía, anticristiana o herética”.[20] El elector vio que era necesaria una obra de reforma, y secretamente se regocijó de que se hiciera sentir en la iglesia una influencia mejor.

Había pasado solamente un año desde que el reformador clavara sus tesis en la iglesia del castillo; sin embargo, sus escritos ya habían encendido por doquier un nuevo interés en las Sagradas Escrituras. No solamente de todas partes de Alemania, sino también de otros países, llegaban estudiantes a la universidad

donde él enseñaba. Los jóvenes que llegaban por primera vez a la ciudad de Wittenberg “elevaban sus manos al cielo, y alababan a Dios por haber hecho que la luz brillara en esa ciudad”.[21]

Lutero por entonces estaba sólo parcialmente convertido de los errores del romanismo, pero escribió: “Estoy leyendo los escritos de los pontífices, y... yo no sé si el Papa es el anticristo mismo, o su apóstol. De tal manera es Cristo mal representado y crucificado en ellos”.[22]

Roma llegó a exasperarse más y más por los ataques de Lutero. Opositores fanáticos, aun doctores de las universidades católicas, declararon que el que matara al monje estaría sin pecado. Pero Dios era su defensa. Sus doctrinas se escucharon por doquiera, “en casa y conventos... en los castillos de los nobles, en las universidades y en los palacios de los reyes”.[23]

Por ese tiempo Lutero halló que la gran verdad de la justificación por la fe había sido proclamada por el reformador bohemio Hus. “¡Todos nosotros –dijo Lutero–, Pablo, Agustín y yo mismo hemos sido husitas sin saberlo!... ¡Dios le pedirá cuentas al mundo, porque la verdad fue predicada... hace un siglo, y la quemaron!”[24]

Lutero escribió lo siguiente acerca de las universidades: “Mucho me temo que las universidades resulten ser los grandes portales del infierno, a menos que ellas trabajen en forma diligente para explicar las Santas Escrituras, y para grabarlas en el corazón de los jóvenes... Toda institución en la cual los hombres no estén incesantemente ocupados con la Palabra de Dios, llega a corromperse”.[25]

Este llamamiento circuló por toda Alemania. La nación entera fue conmovida. Los oponentes de Lutero urgieron al pueblo a tomar medidas decisivas contra él. Se decretó que sus doctrinas debían ser inmediatamente consideradas. El reformador y sus seguidores, si no se retractaban, debían ser todos excomulgados.

Una terrible crisis

Esa resultó ser una terrible crisis para la Reforma. Lutero no dejaba de ver la tempestad que estaba por estallar, pero confió en que Cristo sería su sostén y su escudo. “Lo que está por acontecer no lo sé, ni me importa saberlo... ni siquiera una hoja cae sin la voluntad de nuestro Padre. ¡Cuánto más él cuidará de nosotros! Es poca cosa morir por la Palabra, puesto que la Palabra o el Verbo se hizo carne y murió él mismo por nosotros”.[26] Cuando la bula papal le llegó a Lutero, dijo: “La desprecio y la ataco como algo impío y falso... Es Cristo mismo el que resulta aquí condenado. Yo siento mayor libertad en mi corazón; porque al fin sé que el Papa es el anticristo, y que su trono es el de Satanás mismo”.[27]

Sin embargo, el mandato de Roma no dejó de tener efecto. Los débiles y supersticiosos temblaron ante el decreto del Papa, y muchos sintieron que la vida era demasiado cara para ser arriesgada. ¿Estaba por terminar la obra del reformador?

Lutero continuaba manteniéndose intrépido. Con terrible poder aplicó a Roma misma la sentencia de condenación. En la presencia de una multitud de ciudadanos pertenecientes a todos los rangos, Lutero quemó la bula del Papa, diciendo: “Una lucha seria acaba de empezar. Hasta ahora sólo he estado jugando con el Papa. Comencé esta obra en el nombre de Dios; ella terminará sin mí, y con su poder... ¿Quién sabe si no es Dios el que me ha llamado y me ha escogido, y si cuando ellos me desprecian, no debieran temer estar despreciando a Dios mismo?...

“Dios nunca eligió como profeta al sumo pontífice o algún otro gran personaje; pero, por lo general, eligió a hombres humildes y despreciados, y en una ocasión escogió aun a Amós, un pastor. En todas las edades, los santos han tenido que reprender a los grandes, a los reyes, a los príncipes, a los sacerdotes y a los hombres sabios, con peligro de su propia vida... Yo no digo que soy un profeta; pero digo que ellos deberían temer precisamente porque yo estoy solo y porque ellos son muchos. De lo que estoy seguro, es de que la Palabra de Dios está conmigo, y de que no está con ellos”.[28]

Sin embargo no fue sino después de una lucha terrible consigo mismo que Lutero decidió separarse finalmente de la iglesia. “¡Oh! ¡Cuánto dolor me ha causado, aunque tengo las Escrituras de mi lado, justificarme en el hecho de que debo tomar una decisión sólo en contra del Papa y considerarlo a él como el anticristo! ¡Cuántas veces me he hecho con angustia esa pregunta que con tanta frecuencia está en los labios de los partidarios del Papa: ‘¿Tú solo eres sabio? ¿Pueden todos los demás estar equivocados? ¿Qué pasará si al fin eres tú el que está engañado, y el que está induciendo a error a tantas almas, que serán eternamente condenadas?!’ Esta fue la lucha que tuve conmigo mismo y con Satanás, hasta que Cristo, por su propia Palabra infalible, fortaleció mi corazón contra estas dudas”.[29]

Apareció entonces una nueva bula, que declaraba la separación final del reformador de la Iglesia Romana, denunciándolo como un hombre maldito por el cielo, e incluyendo en la misma condenación a todos los que recibieran su doctrina.

La oposición es la suerte de todos los que Dios emplea para presentar verdades especialmente aplicadas a su tiempo. Hubo una verdad presente en los días de Lutero; hay una verdad presente para la iglesia hoy. Pero la mayoría de la gente en nuestros días no desea conocer la verdad más que lo que la deseaban los papistas que se oponían a Lutero. Los que presentan la verdad para este tiempo no deben esperar ser recibidos con mayor favor que el que tuvieron los primeros reformadores. El gran conflicto entre la verdad y el error, entre Cristo y Satanás, ha de intensificarse hasta el fin de la historia de este mundo (ver S. Juan 15:19, 20; S. Lucas 6:26).

[1]D'Aubigné, lib. 2, cap. 2.

[2]Ibíd.

[3]Ibíd., lib. 2, cap. 3.

[4]Ibíd., lib. 2, cap. 4.

[5]Ibíd., lib. 2, cap. 6.

[6]Ibíd.

[7]Ibíd., lib. 5, cap. 2.

[8]Ver John C. L. Gieseler, *A Compendium of Ecclesiastical History* [Un complemento de historia eclesiástica], período 4, sec. 1, párr. 5.

[9]D'Aubigné, lib. 3, cap. 1.

[10]Ibíd.

[11]Ver K. R. Hagenbach, *History of the Reformation* [Historia de la Reforma], t. 1, p. 96.

[12]D'Aubigné, lib. 3, cap. 4.

[13]Ibíd., lib. 3, cap. 6.

[14]Ibíd.

[15]Ibíd., lib. 3, cap. 7.

[16]Ibíd., lib. 4, cap. 2.

[17]Ibíd., lib. 4, cap. 4.

[18]Martyn, *The Life and Times of Luther* [La vida y los tiempos de Lutero], pp. 271, 272.

[19]D'Aubigné, Londres, lib. 4, cap. 8.

[20]Ibíd., lib. 4, cap. 10.

[21]Ibíd.

[22]Ibíd., lib. 5, cap. 1.

[23]Ibíd., lib. 6, cap. 2.

[24]Wylie, lib. 6, cap. 1.

[25]D'Aubigné, lib. 6, cap. 3.

[26]D'Aubigné, Walther, 3^a ed., 1840, lib. 6, cap. 9.

[27]Ibíd.

[28]Ibíd., lib. 6, cap. 10.

[29]Martyn, pp. 372, 373.

Capítulo 8

Un campeón de la verdad

Un nuevo emperador, Carlos V, ascendió al trono de Alemania. El elector de Sajonia, con el cual Carlos tenía una gran deuda por su obtención de la corona, le rogó a éste que no tomara medidas contra Lutero antes de haberle dado la oportunidad de escucharlo. El emperador se hallaba así en una posición de gran perplejidad y embarazo. Los papistas no estarían satisfechos con nada menos que la muerte de Lutero. El elector había declarado “que el Dr. Lutero debe ser provisto de un salvoconducto, para que pueda aparecer ante un tribunal de jueces imparciales, sabios y piadosos”.[1]

La asamblea se reunió en Worms. Por primera vez los príncipes de Alemania habían de encontrarse con su joven monarca en una asamblea. Dignatarios de la Iglesia y del Estado, y embajadores de países extranjeros, todos se reunieron en Worms. Sin embargo el tema que despertaba más profundo interés era el reformador. Carlos V había encargado al elector que trajera consigo a Lutero, asegurando protección y prometiendo una discusión libre de las cuestiones que estaban en disputa. Lutero escribió al elector: “Si el emperador me llama, no tendré ninguna duda de que es el llamado de Dios mismo. Si ellos desean usar violencia contra mí... yo coloco el asunto en manos del Señor... Si él no me salva, la vida es de poca importancia... Podéis esperar de mí cualquier cosa... pero no la huida o la retractación. Huir no puedo, y menos retractarme”.[2]

Cuando circularon las noticias de que Lutero debía aparecer ante la Dieta, se produjo una excitación general. Aleandro, el legado papal, estaba alarmado e iracundo. El analizar un caso en el cual el Papa ya había pronunciado la sentencia de condenación, podría arrojar dudas sobre la autoridad del pontífice. Además, los argumentos poderosos de ese hombre desviarían a muchos príncipes de su lealtad al Papa. Por eso insistió mucho ante Carlos V en contra de la aparición de Lutero en Worms, e indujo al emperador a ceder.

No contento con esta victoria, Aleandro trabajó para obtener la condenación de

Lutero, acusando al reformador de “sedición, rebelión, impiedad y blasfemia”. Pero su vehemencia reveló el espíritu que lo dominaba. “Está movido por el odio y la venganza”, era la observación general.[3]

Con redoblado celo Aleandro urgió al emperador a ejecutar los edictos papales. Vencido por la importunidad del legado, Carlos V le concedió a éste la oportunidad de presentar el caso ante la Dieta. Con recelos, los que habían favorecido al reformador anticipaban el discurso de Aleandro. El elector de Sajonia no estaba presente, pero algunos de sus cancilleres tomaron nota del discurso del nuncio.

Lutero acusado de herejía

Con instrucción y elocuencia, Aleandro se propuso acusar a Lutero como un enemigo de la Iglesia y el Estado. “En los errores de Lutero –declaró él– hay suficiente motivo para condenar a la hoguera a cien mil herejes”.

“¿Qué son todos estos luteranos? Un puñado de insolentes pedagogos, sacerdotes corruptos, monjes disolutos, abogados ignorantes y nobles degradados... ¡Cuán superior a ellos es el partido católico en número, en capacidad y en poder! Un decreto unánime de esta ilustre asamblea iluminará al hombre sencillo, amonestará al imprudente, decidirá a los dudosos y dará fuerza a los débiles”.[4]

Los mismos argumentos todavía se siguen esgrimiendo contra todos los que se atreven a presentar las sencillas enseñanzas de la Palabra de Dios. “¿Quiénes son todos estos predicadores de nueva doctrina? Son ignorantes, pocos en número y pertenecen a la clase más pobre. Sin embargo, pretenden tener la verdad y ser considerados como el pueblo de Dios. Son ignorantes y están engañados. ¡Cuánto más grande en número e influencia es nuestra iglesia!” Estos argumentos no son más concluyentes hoy que lo que fueron en los días del reformador.

Lutero no estaba presente, con las claras y convincentes verdades de la Palabra de Dios, para vencer al campeón papal. Se manifestó una disposición general no sólo de condenarlo a él y sus doctrinas, sino, si fuera posible, de desarraigarse la herejía. Todo lo que Roma podía decir en su propia defensa había sido dicho. Por lo tanto, el contraste entre la verdad y el error se vería más claramente, porque la lucha quedaba empeñada en una guerra abierta.

En esa oportunidad el Señor movió a un miembro de la Dieta para hacer una verdadera presentación de los efectos de la tiranía papal. El duque Jorge de Sajonia se puso de pie en esa asamblea principesca y especificó con terrible exactitud los engaños y las abominaciones del papado:

“Los abusos... claman contra Roma. Se ha abandonado toda vergüenza, y su

único objeto es... dinero, dinero, dinero... de manera que los predicadores que deben enseñar la verdad no expresan sino falsedades, y no solamente son tolerados, sino recompensados, porque cuanto mayores son sus mentiras, mayor es su ganancia. Es de esta fuente corrompida de donde manan las aguas emponzoñadas. El desarreglo conduce a la avaricia... ¡Ah!, es el escándalo causado por el clero lo que precipita a tantas almas a la condenación eterna. Debe efectuarse una reforma general".[5] El hecho de que el orador era un enemigo declarado de la Reforma dio mayor influencia a sus palabras.

Angeles de Dios arrojaron rayos de luz sobre las tinieblas del error y abrieron los corazones a la verdad. El poder del Dios de la verdad dominó aun a los adversarios de la Reforma y preparó el camino para la gran obra que estaba por realizarse. La voz de Uno mayor que Lutero había sido oída en esa asamblea.

Se nombró una comisión para que preparara una lista de las opresiones papales que recaían pesadamente sobre el pueblo de Alemania. Se presentó esta lista al emperador, con un pedido de que él tomara medidas para la corrección de esos abusos. Decían los peticionantes: "Tenemos el deber de prevenir la ruina y la deshonra de nuestro pueblo. Por esta razón, muy humildemente, pero con la mayor urgencia, le rogamos que ordene una reforma general, y que se aboque a su realización".[6]

Lutero es intimado a comparecer

El concilio ahora exigió que el reformador compareciera ante él. El emperador por fin consintió, y Lutero fue citado. Con la notificación se expidió un salvoconducto. Estos documentos los llevó a Wittenberg un comisionado para conducir a Lutero a Worms.

Conociendo el prejuicio y la enemistad que había contra él, los amigos de Lutero temieron que su salvoconducto no fuera respetado. Pero él replicó: “Cristo me dará su Espíritu para vencer a estos ministros del error. Yo los desprecio durante mi vida; triunfaré sobre ellos en mi muerte. En Worms están ocupados en obligarme a retractarme; y ésta será mi retractación: Yo dije anteriormente que el Papa era el vicario de Cristo; ahora declaro que él es el adversario del Señor, el apóstol del diablo”.[7]

Además del mensajero imperial, tres amigos determinaron acompañar a Lutero. El corazón de Melanchton estaba unido al de Lutero, y él anhelaba seguirlo. Pero sus ruegos le fueron negados. Dijo el reformador: “Si yo no regreso, y mis enemigos me dan muerte, sigue enseñando tú, y manténte firme en favor de la verdad. Trabaja en mi lugar... Si tú sobrevives, mi muerte será de poca importancia”.[8]

Siniestros pensamientos embargaban los corazones de la gente. Se supo que los escritos de Lutero habían sido condenados en Worms. El enviado, temiendo por la seguridad de Lutero en el concilio, le preguntó si todavía quería continuar su viaje. Él contestó: “Aunque se me ha puesto bajo censura en todas las ciudades, continuaré”.[9]

En Erfurt, Lutero pasó por las calles que había recorrido a menudo, visitó su celda del convento, pensó en las luchas por las cuales había pasado y en virtud de las cuales la luz que ahora brillaba en su alma inundaba también a Alemania. Se le instó a predicar. En realidad, al principio se le había prohibido que lo hiciera, pero luego el heraldo le dio permiso, y Lutero, el fraile que una vez fuera el sirviente del convento, ahora ocupó el púlpito.

El pueblo escuchó como hechizado. El pan de vida había sido servido a las almas hambrientas. Cristo fue elevado delante de ellos por encima de los papas, legados, emperadores y reyes. Lutero no hizo referencia a su propia situación peligrosa. En Cristo se había perdido de vista a sí mismo. Se escondió detrás del hombre del Calvario, tratando solamente de presentar a Jesús como Redentor del pecador.

El valor de un mártir

Mientras el reformador continuaba su marcha, una ansiosa multitud lo rodeaba, y voces amigas lo amonestaban en contra de los romanistas. “Ellos te quemarán – le dijo uno–, y reducirán tu cuerpo a cenizas, como hicieron con Juan Hus”. Lutero contestó: “Aunque ellos enciendan un fuego tan grande que alcance desde Worms hasta Wittenberg... yo lo atravesaré en el nombre del Señor; compareceré delante de ellos... confesando el nombre de Cristo Jesús”.[10]

Su aproximación a Worms creó una tremenda commoción. Sus amigos temblaban por su seguridad. Los enemigos temían por la causa de ellos. Por instigación de los papistas, se lo instó a alojarse en el castillo de un caballero amigo, donde, según se declaró, todas las dificultades podrían ser amigablemente arregladas. Los amigos describieron los peligros que lo amenazaban. Lutero, sin inmutarse, replicó: “Aunque haya tantos diablos en Worms cuantas tejas hay en los techos, aun así entraré allí”.[11]

Al llegar a Worms, una vasta multitud acudió a los portales de la ciudad para darle la bienvenida. La excitación era intensa. “Dios era mi defensa”, dijo Lutero al apearse de su carroaje. Su llegada llenó a los partidarios del Papa de consternación. El emperador citó a sus consejeros. ¿Qué conducta debía seguirse? Un rígido papista declaró: “Hemos hecho largas consultas sobre este asunto. Que su Majestad Imperial se deshaga de este hombre de inmediato. ¿No decidió Segismundo hacer que Juan Hus fuera quemado? No estamos dispuestos siquiera a respetar el salvoconducto de un hereje”. “No –dijo el emperador–, debemos mantener nuestra promesa”.[12] Se decidió que el reformador fuera escuchado.

Toda la ciudad estaba ansiosa por ver a este hombre notable. Lutero, cansado del viaje, necesitaba tranquilidad y descanso. Pero había disfrutado solamente unas pocas horas de reposo cuando los nobles, los caballeros, los sacerdotes y los ciudadanos se reunieron y lo rodearon ansiosamente. Entre éstos había nobles que habían exigido valientemente del emperador una reforma de los abusos eclesiásticos. Tanto enemigos como amigos vinieron a ver al monje indómito. Su posición era firme y valiente. Su rostro pálido y delicado revelaba una expresión

bondadosa y hasta llena de gozo. El profundo fervor de sus palabras trasmitía un poder que aun sus propios enemigos no podían soportar completamente.

Algunos se convencieron de que una influencia divina lo acompañaba; otros declararon, como los fariseos que dijeron de Cristo: “Demonio tiene” (S. Juan 10:20).

Al día siguiente se nombró a un funcionario imperial para que condujera a Lutero a la sala de audiencias. Todos los pasillos estaban colmados de espectadores ansiosos por observar al monje que había osado resistir al Papa. Un general anciano, héroe de muchas batallas, le dijo bondadosamente: “Pobre monje, vas a hacer frente a una empresa más difícil que cualquiera de las que yo u otros capitanes hayamos llevado a cabo en nuestras batallas más sangrientas. Pero si tu causa es justa... ¡avanza en el nombre de Dios y no temas nada! Dios no te abandonará...”[13]

Lutero hace frente al concilio

El emperador ocupó el trono rodeado por los más ilustres personajes del imperio. Martín Lutero ahora había de responder por su fe. “Esta audiencia era en sí misma una señal de victoria sobre el papado. El Papa había condenado al hombre, que estaba ahora en presencia de un tribunal que, por el hecho mismo, se había constituido por encima del Papa. El Papa había puesto a Lutero bajo entredicho, y lo había privado de toda sociedad humana; sin embargo, fue citado a comparecer con un lenguaje respetuoso y recibido en la asamblea más augusta del mundo... Roma ya estaba descendiendo de su trono, y era la voz de un monje la que causó su humillación...”[14]

El humilde reformador parecía abrumado y confuso. Varios príncipes se acercaron a él, y uno susurró en sus oídos: “No temas a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma”. Otro le dijo: “Cuando los entreguen ante los reyes y gobernantes, no piensen cómo o qué han de hablar; el Espíritu de vuestro Padre hablará por ustedes” (ver S. Mateo 10:28, 18, 19)

Un profundo silencio embargó a la numerosa asamblea. Entonces un funcionario imperial se levantó, y señalando los escritos de Lutero, exigió que el reformador contestara dos preguntas: Si él los reconocía como suyos, y si estaba dispuesto a retractarse de lo que había escrito. Después de leerse los títulos de los libros, Lutero, a la primera pregunta contestó que los libros eran de él. “En cuanto a la segunda –dijo él–, yo actuaría en forma imprudente si contestara sin previa reflexión. Podría afirmar menos de lo que las circunstancias demandan, o más de lo que la verdad exige. Por esta razón ruego a su Majestad Imperial, con toda humildad, que me dé tiempo para que pueda contestar sin ofender la Palabra de Dios”.[15]

Lutero convenció a la asamblea de que él no había actuado por pasión o impulso. Tal tranquilidad y dominio propio, que no se esperaba en un hombre valiente e inflexible, le permitió más tarde contestar con una sabiduría y una dignidad que sorprendió a sus adversarios y condenó su insolencia.

Al día siguiente el reformador había de presentar su respuesta final. Por un

tiempo su corazón desmayó. Sus enemigos parecían que estaban por triunfar. Las nubes lo rodearon y parecieron separarlo de Dios. Con angustia de espíritu derramó sus clamores entrecortados y desgarradores, que nadie puede comprender plenamente sino Dios.

“Dios Todopoderoso y eterno –imploró él–, si he de poner mi confianza solamente en la fuerza de este mundo, todo está perdido... ha llegado mi última hora, y mi condenación ha sido ya pronunciada... Oh Dios, ayúdame a afrontar toda la sabiduría del mundo... la causa es tuya... y es una causa justa y eterna. ¡Oh Señor, ayúdame! Dios fiel e inmutable, en ningún hombre coloco mi confianza... Tú me has elegido para esta obra... manténte a mi lado, por causa de tu bien amado Hijo Cristo Jesús, quien es mi defensa, mi escudo y mi torre de fortaleza”.[16]

Sin embargo, no era el temor al sufrimiento personal, la tortura o la muerte lo que lo abrumaba con terror. Sentía su insuficiencia y temía que debido a su debilidad, la causa de la verdad pudiera ser perjudicada. No por su propia seguridad, sino por el triunfo del evangelio luchaba él con Dios. No quería aparecer solo delante del concilio, y en su total impotencia, su fe se aferró de Cristo, el poderoso Libertador. La paz inundó de nuevo su alma, y se regocijó de que se le permitiera elevar la Palabra de Dios ante los gobernantes de las naciones.

Lutero pensó en su respuesta, examinó los pasajes de sus escritos y extrajo de las Escrituras pruebas apropiadas para sostener su posición. Entonces, colocando su mano izquierda sobre el sagrado volumen, elevó la diestra al cielo y se comprometió “a permanecer fiel al evangelio y libre para confesar su fe, aunque sellara su testimonio con su sangre.”[17]

Lutero comparece de nuevo ante la Dieta

Cuando Lutero fue conducido de nuevo ante la Dieta, estaba sereno y manso, a la vez que valiente y digno, como testigo de Dios ante los grandes de la tierra. El funcionario imperial ahora demandó su decisión. ¿Deseaba él retractarse? Lutero pronunció su respuesta en tono humilde, sin violencia o pasión. Su porte era tímido y respetuoso; no obstante, manifestó una confianza y un gozo que sorprendió a la asamblea.

“Serenísimo emperador, ilustres príncipes, benignos señores –dijo Lutero–, comparezco delante de ustedes en este día, de acuerdo con la orden que me fue dada ayer. Si, debido a mi ignorancia, violara los usos y procedimientos de las cortes, ruego que me perdonen; porque no he sido criado en los palacios de los reyes, sino en el retiro de un convento”.[18]

Entonces declaró que en algunos de sus libros publicados había hablado de la fe y las buenas obras; y que aun sus enemigos los declararon provechosos. El retractarse de ello sería condenar las verdades que todos confesaron como verdad. La segunda clase consistía en escritos que exponían corrupciones y abusos del papado. Revocar esas declaraciones sería fortalecer la tiranía de Roma y abrir una puerta más amplia a grandes impiedades. En la tercera clase él había atacado a individuos que defendían los males existentes. En cuanto a éstos, confesó francamente que había sido más violento que lo que convenía. Pero ni aun estos libros podía desautorizar, pues los enemigos de la verdad aprovecharían la ocasión para maldecir al pueblo de Dios con una crueldad aún mayor.

Continuó: “Me defenderé a mí mismo como Cristo lo hizo: ‘Si he hablado mal, denme testimonio del mal’... Por la misericordia de Dios, los conjuro, serenísimo emperador, y a ustedes, ilustrísimos príncipes, y todos los hombres presentes de cualquier categoría, a probarme por los escritos de los profetas y los apóstoles que yo he errado. Tan pronto como esté convencido de esto, me retractaré de todo error, y seré el primero en tomar mis libros y arrojarlos al fuego...

“Lejos de desmayar, me regocijo al ver que el evangelio es ahora, como fue en

los tiempos pasados, causa de problemas y disensiones. Este es el carácter, éste es el destino de la Palabra de Dios. ‘No vine a traeros paz, sino guerra’, dijo Jesucristo... Cuídense de que, al intentar apagar las disensiones, persigan la santa Palabra de Dios, y atraigan sobre ustedes un terrible diluvio de peligros irresistibles, desastres en el tiempo presente y la desolación eterna”.[19]

Lutero había hablado en alemán; ahora se le pidió que repitiera lo mismo en latín. Repitió, pues, su discurso con la misma claridad como la primera vez. La providencia de Dios lo dirigió en esto. Muchos príncipes estaban tan cegados por el error y la superstición que al principio no vieron la fuerza del razonamiento de Lutero, pero la repetición les permitió percibir claramente los puntos presentados.

Los que en forma caprichosa cerraron los ojos a la luz, se airaron por el poder de las palabras de Lutero. El que había sido elegido como portavoz de la Dieta dijo con indignación: “No has respondido a la pregunta que se te ha hecho... Se te exige que des una respuesta clara y precisa... ¿Te retractarás o no te retractarás?”

El reformador contestó: “Puesto que vuestra Serena Majestad y vuestras altezas exigen de mí una respuesta clara, sencilla y precisa, se los daré, y es la siguiente: No puedo someter mi fe ni aun al Papa o los concilios, porque es tan claro como el día que ellos frecuentemente han errado y se han contradicho mutuamente. A menos que esté convencido por el testimonio de las Escrituras... yo no puedo ni quiero retractarme de nada, pues no es digno de un cristiano hablar contra su conciencia. Esta es mi posición, no puedo hacer otra cosa; que Dios me ayude. Amén”.[20]

Así mantuvo su firmeza este hombre recto. Su grandeza y la pureza de su carácter, su paz y el gozo de su corazón resultaban manifiestos para todos mientras daba testimonio de la superioridad de la fe que vence al mundo.

En su primera respuesta, Lutero había hablado en una forma respetuosa y casi con sumisión. Los romanistas consideraron que el pedido de tiempo era meramente el preludio para su retractación. Carlos mismo, notando con un poco de desprecio el hábito raído y sencillo del monje, había declarado: “Este monje nunca me convertirá a mí en un hereje”. Pero el valor y la firmeza que ahora desplegaba, el poder de su razonamiento, llenó a todo el mundo de sorpresa. El emperador, movido a la admiración, exclamó: “Este monje habla con un corazón intrépido y un valor indomable”.

Los partidarios de Roma estaban derrotados. Trataron de mantener su poder, no apelando a las Escrituras, sino haciendo amenazas, al argumento infalible de Roma. Dijo entonces el orador de la Dieta: “Si tú no te retractas, el emperador y los Estados del imperio consultarán qué conducta habrán de seguir contra un hereje incorregible”.

Lutero respondió con calma: “Que Dios sea mi ayudador, porque no puedo retractarme de nada”.[21]

Se le pidió a Lutero que se retirara mientras los príncipes consultaban. La negación persistente de Lutero a someterse había de afectar la historia de la iglesia a través de los siglos. Se decidió darle una oportunidad más para retractarse. De nuevo se formuló la pregunta. ¿Renunciaría él a sus doctrinas? “No puedo alterar mi respuesta –contestó él–, mantengo lo que he dicho ya...”

Los dirigentes papales estaban acongojados porque su poder era despreciado por un monje humilde. Lutero había hablado a todos con dignidad y calma cristianas, y sus palabras estaban libres de pasión y exageraciones. Se había perdido de vista a sí mismo y sentía que estaba en la presencia del Ser Infinito que es superior a los papas, a los reyes y a los emperadores. El Espíritu de Dios estaba presente, impresionando el corazón de los grandes del imperio.

Varios príncipes valientemente reconocieron la justicia de la causa de Lutero. Otros no expresaron en ese momento sus convicciones, pero más adelante llegarían a ser indomables sostenedores de la Reforma.

Federico, el elector, había escuchado con profunda emoción el discurso de Lutero. Con gozo y orgullo presenció el valor y el dominio propio del doctor ajusticiado, y determinó mantenerse firme en su defensa. Vio que la sabiduría de los papas, los reyes y los prelados había sido anulada por el poder de la verdad.

Cuando el legado percibió el efecto producido por el discurso de Lutero, resolvió emplear todos los medios a su alcance para lograr la condena del reformador. Con elocuencia y habilidad diplomática presentó al joven emperador los peligros de sacrificar, por causa de un monje insignificante, la amistad y el sostén de Roma.

Al día siguiente de la respuesta de Lutero, Carlos V anunció a la Dieta su determinación de mantener y proteger la religión católica. Debían emplearse vigorosas medidas contra Lutero y las herejías que él enseñaba: “Sacrificaré mi

reino, mis tesoros, mis amigos y mi cuerpo, mi sangre, mi alma y mi vida... procederé contra él y sus adherentes como herejes contumaces, por la excomunión, el entredicho y todos los medios calculados para destruirlos”.[22] Sin embargo, el emperador declaró que el salvoconducto de Lutero debía ser respetado. Se le debía permitir que llegara a su hogar con seguridad.

El salvoconducto de Lutero en peligro

Los representantes del Papa de nuevo demandaron que el salvoconducto del reformador fuera desestimado. “El Rin debe recibir sus cenizas, así como recibió las de Juan Hus hace un siglo”.[23] Pero los príncipes de Alemania, aunque eran declarados enemigos de Lutero, protestaron por semejante violación de la fe pública. Señalaron las calamidades que habían seguido a la muerte de Hus. No se atrevían a traer sobre Alemania una repetición de esos terribles males. Carlos mismo, en respuesta a la vil propuesta, dijo: “Aunque el honor y la fe desaparezcan en todo el mundo, deben encontrar un refugio en el corazón de los príncipes”.[24] Aunque fue urgido por los enemigos papales de Lutero a hacer con el reformador lo que Segismundo había hecho con Hus, evocando la escena en la cual, en la asamblea pública, Hus había señalado sus cadenas y recordado al monarca el compromiso violado, Carlos V declaró: “No quiero sonrojarme como Segismundo”.[25]

Sin embargo, Carlos rechazó deliberadamente las verdades presentadas por Lutero. Él no quiso abandonar el sendero de la costumbre para andar en los caminos de la verdad y la justicia. Debido a que sus padres lo hicieron, él quería sostener el papado. Así se dispuso a no aceptar más luz de lo que sus padres habían recibido.

Muchos hoy también se aferran a las tradiciones de sus padres, y cuando el Señor les envía conocimiento adicional rehúsan aceptarlo porque tampoco fue recibido por sus padres. Dios no nos aprobará si miramos el ejemplo de nuestros padres para determinar nuestro deber en lugar de estudiar la Biblia por nosotros mismos. Somos responsables por la luz adicional que de la Palabra de Dios ahora brilla sobre nosotros.

El poder divino había hablado por medio de Lutero al emperador y a los príncipes de Alemania. Su Espíritu instó por última vez a muchos en esa asamblea. Y como Pilato siglos antes, Carlos V, cediendo el orgullo mundial, decidió rechazar la luz de la verdad.

Los proyectos hostiles que se tramaban contra Lutero circulaban ampliamente,

causando excitación por toda la ciudad. Muchos amigos, conociendo la crueldad traidora de Roma, resolvieron que el reformador no debía ser sacrificado. Centenares de nobles se comprometieron a protegerlo. En las puertas de las casas y en los lugares públicos había letreros, algunos de los cuales condenaban y otros apoyaban a Lutero. En uno se hallaban las siguientes significativas palabras: “¡Ay de ti, tierra, cuando tu rey es un muchacho!” (Eclesiastés 10:16). El entusiasmo popular en favor de Lutero convenció al emperador y a la Dieta de que cualquier injusticia manifestada hacia él haría peligrar la paz del imperio y la estabilidad del trono.

Esfuerzos para transigir con Roma

Federico de Sajonia ocultó cuidadosamente sus verdaderos sentimientos hacia el reformador. Al mismo tiempo lo vigiló con incansable cuidado, estando alerta en cuanto a sus movimientos y a los de los enemigos. Pero muchos no hicieron ninguna tentativa de ocultar su simpatía por Lutero. “La pequeña pieza del doctor –escribió Spalatín– no podía contener a todos los visitantes que venían a verlo”.[26] Aun aquellos que no tenían fe en sus doctrinas no podían sino admirar la integridad que lo inducía a una muerte valiente antes que a violar su conciencia.

Se realizaron fervientes esfuerzos con el propósito de obtener el consentimiento de Lutero para hacer un arreglo con Roma. Nobles y príncipes le manifestaron que si continuaba sosteniendo sus opiniones contra la iglesia y los concilios sería desterrado del imperio y no tendría defensa. De nuevo fue aconsejado a someterse al juicio del emperador. Entonces no tendría nada que temer. “Consiento –dijo en respuesta–, con todo mi corazón, en que el emperador, los príncipes y aun los más humildes cristianos examinen y juzguen mis obras; pero con la condición de que tomen la Palabra de Dios como su norma. Los hombres no deben hacer otra cosa que obedecerla”.

Respondiendo a otra instancia dijo: “Consiento en renunciar a mi salvoconducto. Coloco mi persona y mi vida en las manos del emperador, pero renunciar a la Palabra de Dios, ¡nunca!”[27] Manifestó su disposición a someterse a un concilio general, con la condición de que se exigiese que ese concilio decidiera de acuerdo con las Escrituras. “En lo que concierne a la Palabra de Dios y a la fe, todo cristiano es juez tan bueno como el Papa, aunque éste esté apoyado por un millón de concilios”.[28] Tanto amigos como enemigos, por fin, se convencieron de que era inútil continuar esforzándose por hacer una reconciliación.

Si el reformador se hubiera sometido en un sólo punto, Satanás y sus huestes habrían ganado la victoria. Pero su firmeza incombustible fue el medio de emancipar a la iglesia. La influencia de este hombre único, que se atrevió a pensar y obrar por sí mismo, había de afectar a la iglesia y al mundo, no

solamente en su propio tiempo, sino en todas las generaciones futuras. Por fin el emperador ordenó a Lutero que regresara a su casa. Esta noticia sería rápidamente seguida por su condenación. Nubes amenazantes se cernían sobre su sendero; pero cuando partió de Worms, su corazón estaba lleno de gozo y alabanza.

Después de su partida, deseoso de que su firmeza no se entendiera como una rebelión, Lutero escribió al emperador: “Tengo la más ferviente disposición a obedecer a Vuestra Majestad, ora sea honrando ora deshonrando, en la vida o en la muerte, y con ninguna excepción salvo la Palabra de Dios, por la cual el hombre vive... En cuanto concierne a los intereses eternos, Dios no desea que el hombre se someta al hombre. Pues una sumisión tal en materia espiritual es un verdadero culto, y éste debe ser rendido únicamente al Creador”.[29]

En el viaje de regreso de Worms, los príncipes de la iglesia daban la bienvenida al monje excomulgado y los gobernantes civiles honraban al hombre a quien el emperador había denunciado. Era instado a predicar y, a pesar de la prohibición imperial, de nuevo subía al púlpito. “Nunca me comprometí a encadenar la Palabra de Dios –dijo–, ni lo haré”.[30]

No mucho tiempo después que el reformador dejara Worms, los partidarios del Papa prevalecieron sobre el emperador para que éste emitiese un edicto contra él. Lutero fue denunciado como “Satanás mismo bajo la forma de un hombre envuelto en hábito de monje”.[31] Tan pronto como su salvoconducto expirara, se prohibiría a todas las personas a alojarlo, a darle alimentos o bebida, a ayudarlo o animarlo por palabra o de hecho. Había de ser entregado a las autoridades, y sus adherentes también debían ser apresados y sus propiedades confiscadas. Sus escritos habían de ser destruidos y, finalmente, todos los que se atrevieran a obrar en contra de este decreto se hallarían incluidos en su condenación. El elector de Sajonia y los príncipes más amigos de Lutero habían salido de Worms poco tiempo después de su partida, y los decretos del emperador recibieron la sanción de la Dieta. Los romanistas estaban jubilosos. Consideraban sellada la causa de la Reforma.

Dios usa a Federico de Sajonia

Un ojo vigilante había seguido los movimientos de Lutero, y un corazón noble y verdadero había resuelto rescatarlo. Dios dio a Federico de Sajonia un plan para proteger al reformador. En su viaje de regreso, Lutero fue separado de sus ayudantes y transportado rápidamente a través de los bosques al castillo de Wartburgo, una montañosa fortaleza aislada. Su ocultamiento estaba tan envuelto en el misterio que ni aun Federico mismo supo adónde había sido conducido. Esto tenía un propósito: mientras el elector no supiera nada en cuanto a su paradero, no podía revelar nada. Satisfecho con la idea de que el reformador estaba a salvo, Federico se hallaba contento.

Pasaron la primavera, el verano y el otoño, y llegó el invierno; Lutero continuaba prisionero. Aleandro y sus partidarios se alegraron. Parecía que la luz del evangelio estaba por extinguirse. Pero la luz del reformador habría de seguir brillando con un fulgor aún más deslumbrante.

Seguridad en Wartburg

En la amigable seguridad de Wartburg, Lutero se regocijaba en estar libre del calor del tumulto de la batalla. Pero, acostumbrado a una vida de actividad y duro conflicto, mal podía soportar permanecer inactivo. En esos días solitarios, la condición de la iglesia lo volvía a preocupar. Temía ser acusado de cobardía al retirarse de la lucha. Entonces se reprochaba a sí mismo por su indolencia y complacencia propia.

Sin embargo, al mismo tiempo estaba realizando diariamente más de lo que parecía posible que hiciera un hombre. Su pluma no estaba nunca ociosa. Sus enemigos estaban admirados y confusos por las pruebas tangibles de que él estaba todavía activo. Una multitud de folletos salidos de su pluma circulaban por toda Alemania. También tradujo el Nuevo Testamento al idioma alemán. Desde su “rocosa Patmos” continuó proclamando el evangelio, aproximadamente un año, reprendiendo los errores de aquellos tiempos.

Dios había retirado a su siervo del escenario de la vida pública. En la soledad y la oscuridad de su refugio montañoso, Lutero perdió todo sostén terrenal y quedó ajeno a toda alabanza humana. Así fue protegido contra el orgullo y la confianza propia que tan a menudo produce el éxito.

En tanto que los hombres se regocijan en la libertad que la verdad les depara, Satanás trata de distraer sus pensamientos y afectos de Dios y fijarlos en los agentes humanos, para honrar al instrumento e ignorar la mano que dirige los acontecimientos de la providencia. Demasiado a menudo, los dirigentes religiosos, alabados de esta manera, se ven inducidos a confiar en sí mismos y el pueblo busca su dirección en lugar de la Palabra de Dios. Dios guardó a la Reforma de este error. Los ojos de los hombres se habían vuelto a Lutero como el expositor de la verdad; pero él fue retirado para que todos los ojos humanos se dirigieran al Autor eterno de la verdad.

[1]D'Aubigné, lib. 6, cap. 11.

[2]Ibíd., lib. 7. cap. 1.

[3]Ibíd.

[4]Ibíd., lib. 7, cap. 3.

[5]Ibíd., lib. 7, cap. 4.

[6]Ibíd.

[7]Ibíd., lib. 7, cap. 6.

[8]Ibíd., lib. 7, cap. 7.

[9]Ibíd.

[10]Ibíd.

[11]Ibíd.

[12]Ibíd., lib. 7, cap. 8.

[13]Ibíd.

[14]Ibíd.

[15]Ibíd.

[16]Ibíd.

[17]Ibíd.

[18]Ibíd.

[19]Ibíd.

[20]Ibíd.

[21]Ibíd.

[22]Ibíd., lib. 7, cap. 9.

[23]Ibíd.

[24]24 Ibíd.

[25]Lenfant, t. 1, p. 422.

[26]Martyn, t. 1, p. 404.

[27]D'Aubigné, lib. 7, cap. 10.

[28]Martyn, t. 1, p. 410.

[29]D'Aubigné, lib. 7, cap. 11.

[30]Martyn, t. 1, p. 420.

[31]D'Aubigné, lib. 7, cap. 11.

Capítulo 9

Se enciende una luz en Suiza

Pocas semanas después que Lutero naciera en la cabaña de un minero en Sajonia, Ulrico Zuinglio nació en la choza de un pastor de los Alpes. Se crió en medio de escenas de bellezas naturales, y en edad temprana su mente fue impresionada con la majestad de Dios. De labios de su abuela escuchaba las pocas historias preciosas de la Biblia que ella había extraído de las leyendas y tradiciones de la iglesia.

A la edad de 13 años fue a Berna, donde estaba la más distinguida escuela de Suiza. Sin embargo, aquí surgió un peligro. Los frailes hicieron esfuerzos definidos para inducirlo a entrar en un monasterio. Providencialmente, su padre se enteró de los propósitos de ellos y viendo que la futura utilidad de su hijo se hallaba en peligro, le ordenó que regresara a su casa.

El joven obedeció la orden, pero no podía estar contento con quedarse en su valle nativo, y pronto reinició sus estudios, viajando, después de un tiempo, a Basilea. Fue aquí donde Zuinglio oyó por primera vez el evangelio de la gracia de Dios. Wittembach, un profesor de idiomas antiguos, mientras estudiaba el griego y el hebreo, fue inducido a escudriñar las Sagradas Escrituras, y por su intermedio los rayos de luz divina eran reflejados en la mente de los estudiantes a quienes instruía. Declaraba que la muerte de Cristo es el único rescate del pecador, y para Zuinglio estas palabras fueron como los primeros rayos de luz que preceden a la aurora.

Zuinglio pronto fue llamado de Basilea para que iniciara lo que llegaría a ser la obra de su vida. Su primer trabajo lo hizo en una parroquia alpina. Ordenado sacerdote, “se dedicó a sí mismo con toda su alma a estudiar la verdad divina”.
[1]

Cuanto más investigaba las Escrituras, tanto más claramente notaba el contraste entre la verdad y las herejías de Roma. Se sometía a sí mismo a la Biblia por ser

ésta la Palabra de Dios, la única regla suficiente e infalible. Él vio que ella debía ser su propio intérprete. Buscó todos los medios para obtener una comprensión correcta de su significado, e invocaba para ello la ayuda del Espíritu Santo. “Comencé pidiendo a Dios que me diera su luz –escribió más tarde–, y las Escrituras comenzaron a serme mucho más fáciles”.[2]

Zuinglio no recibió de Lutero la doctrina que predicaba. Era la doctrina de Cristo. “Si Lutero predica a Cristo –dijo el reformador suizo–, él hace lo que yo hago... Nunca jamás escribí una sola palabra a Lutero, ni Lutero me escribió a mí. ¿Y por qué?... Para que se demuestre cuán consecuente consigo mismo es el Espíritu de Dios, puesto que nosotros dos, sin habernos relacionado previamente, enseñamos la doctrina de Cristo con semejante uniformidad”.[3]

En 1516 Zuinglio fue invitado a predicar en el convento de Einsiedeln. Aquí habría de ejercer una influencia como reformador, la cual sería sentida mucho más allá de sus Alpes nativos.

En las principales atracciones de Einsiedeln se encontraba una imagen de la Virgen que, se decía, tenía el poder de obrar milagros. Encima de los portales del convento se hallaba la inscripción: “Aquí puede obtenerse remisión plena de los pecados”.[4] A este santuario de la Virgen concurrían multitudes, desde todas partes de Suiza, y aun desde Francia y Alemania. Zuinglio aprovechó la oportunidad para proclamar libertad por medio del evangelio a estos esclavos de la superstición.

“No imaginen –decía él– que Dios está en este templo más que en cualquier otra parte de la creación... ¿Pueden las obras meritorias, los largos peregrinajes, las ofrendas, las imágenes, la invocación de la Virgen o de los santos, asegurar para ustedes la gracia de Dios?... ¿Qué eficacia tiene la rica capucha del fraile, la cabeza rapada, un hábito largo y flotante, o las zapatillas bordadas con oro?...Cristo –decía–, que una vez fue ofrecido sobre la cruz, es el sacrificio y la víctima, que ha pagado por toda la eternidad los pecados de los creyentes”.[5]

Para muchos resultaba un amargo chasco el que se les dijera que su trabajoso viaje había sido en vano. No podían comprender el perdón gratuito ofrecido por medio de Cristo. Estaban satisfechos con el método que Roma les había enseñado. Era más fácil confiar su salvación a los sacerdotes y al Papa que buscar pureza de corazón.

Pero había otra clase de personas que recibieron con alegría la noticia de la redención por medio de Cristo, y con fe aceptaban la sangre del Salvador y su propiciación. Estos regresaban a sus hogares y les contaban a los otros la preciosa luz que habían recibido. La verdad se llevaba así de una ciudad a otra, y el número de peregrinos que concurría al santuario de la Virgen disminuyó notablemente. Hubo una merma en las ofrendas y, en consecuencia, en el salario de Zuinglio, que provenía de las mismas. Sin embargo, esto le producía solamente gozo, porque veía que el poder de la superstición era quebrantado. La verdad estaba ganando terreno en los corazones de la gente.

Zuinglio llamado a Zurich

Después de tres años, Zuinglio fue llamado a predicar en la catedral de Zurich, la ciudad más importante de la Confederación Suiza. La influencia que allí ejerciera se sentiría en forma muy amplia. Los eclesiásticos procedieron a instruirlo con respecto a sus deberes:

“Harán todo el esfuerzo posible para recaudar las rentas del cabildo sin descuidar las menores... Serán diligentes para aumentar las entradas provenientes de los enfermos, de las misas y, en general, de toda ordenanza eclesiástica”. “En cuanto a la administración de los sacramentos, la predicación y el cuidado del rebaño... pueden emplear a un sustituto y particularmente en la predicación”.[6]

Zuinglio escuchó en silencio este encargo, y dijo en respuesta: “La vida de Cristo ha estado por demasiado tiempo escondida del pueblo. Predicaré sobre todo el Evangelio de San Mateo... Consagrará mi ministerio a la gloria de Dios, a la alabanza de su Hijo, a la verdadera salvación de las almas y a la edificación en la verdadera fe”.

La gente afluía en gran número a escuchar su predicación. Comenzó su ministerio abriendo los Evangelios, y explicando la vida, las enseñanzas y la muerte de Cristo. “Es a Cristo –decía él– a quien deseo conducirlos; a Cristo, la verdadera fuente de salvación”. Hombres de estado, eruditos, artesanos y campesinos escuchaban sus palabras. Sin temor reprochaba los males y las corrupciones de su tiempo. Muchos regresaban de la catedral alabando a Dios. “Este hombre –decían ellos– es un predicador de la verdad. Él será nuestro Moisés, para sacarnos de las tinieblas de Egipto”.[7]

Después de un tiempo se levantó la oposición. Los monjes lo asaltaron con burlas y sátiras; otros recurrían a la insolencia y a las amenazas. Pero Zuinglio lo soportó todo con paciencia.

Cuando Dios se prepara para quebrantar las cadenas de la ignorancia y la superstición, Satanás trabaja con mayor empeño para sumir a los hombres en las tinieblas y para retenerlos más firmemente con sus cadenas. Roma actuaba con

renovada energía para abrir su mercado en toda la cristiandad, ofreciendo perdón a cambio de dinero. Cada pecado tenía su precio, y los hombres recibían un permiso pleno para cometer el crimen si la tesorería de la iglesia se mantenía llena. Así avanzaban los dos movimientos: Roma autorizando el pecado y haciendo de ésta la fuente de sus entradas, y los reformadores condenando el pecado y señalando a Cristo como la propiciación y el libertador.

Venta de indulgencias en Suiza

En Alemania la venta de indulgencias era dirigida por el infame Tetzel. En Suiza este tráfico fue puesto bajo el dominio de Samsón, un monje italiano. Samsón ya había obtenido inmensas sumas de dinero de Alemania y Suiza para llenar las arcas papales. Ahora viajaba por Suiza, despojando a los pobres campesinos de sus escasas entradas y exigiendo ricos regalos por parte de la gente adinerada. El reformador inmediatamente se dispuso a oponérsele. El éxito de Zuinglio fue tal al exponer las pretensiones del fraile, que éste se vio obligado a irse a otro sitio. En Zurich, Zuinglio predicó celosamente contra los traficantes del perdón, y cuando Samsón se acercaba al lugar, fue recibido por un mensajero del consejo, quien le avisó que siguiera de largo. Samsón logró introducirse igual, por medio de una estratagema. Pero, despedido sin haber vendido un solo perdón, pronto abandonó también Suiza.

La peste, o gran mortandad, atacó a Suiza en 1519. Muchos se dieron cuenta de cuán vano y sin valor era el perdón que habían comprado; anhelaban tener un fundamento más seguro de su fe. Zuinglio se enfermó, y circuló por todas partes el informe de que había muerto. En esa hora de prueba él contemplaba con fe a la cruz del Calvario, confiando en la propiciación suficiente que ella ofrecía para el pecado. Cuando recobró la vida, después de haber estado a las puertas de la muerte, fue para predicar el evangelio con mayor fervor que nunca antes. La gente misma había tenido que atender a los enfermos y moribundos, y todos sentían como nunca antes el valor del evangelio.

Zuinglio había llegado a un entendimiento más claro de las verdades del evangelio y había experimentado más plenamente en sí mismo su poder reformador. “Cristo –decía él–... ha comprado para nosotros una redención eterna... Su muerte es... un sacrificio eterno, y un método eternamente eficaz para sanar; satisface la justicia divina para siempre en favor de todos los que confían en él con fe firme e incombustible... Dondequiera que haya fe en Dios, existe un celo que insta e impele a los hombres a las buenas obras”.[8]

Paso a paso la Reforma avanzó en Zurich. Alarmados, los enemigos comenzaron a organizar una activa oposición. Se perpetraron repetidos ataques contra

Zuinglio. El maestro de herejías debía ser silenciado. El obispo de Constanza despachó tres emisarios al concejo de Zurich, para acusar a Zuinglio de poner en peligro la paz y el orden de la sociedad. Si la autoridad de la iglesia es puesta a un lado, insinuó, ello resultará en una anarquía universal.

El concejo no quiso decidirse en contra de Zuinglio, y Roma se preparó para un nuevo ataque. El reformador exclamó: “Que vengan; los temo como el risco imponente teme las olas que rugen a sus pies”.[9] Los esfuerzos de los eclesiásticos solamente promovieron la causa que trataban de derribar. La verdad continuó esparciéndose. Sus adherentes en Alemania, abatidos por la desaparición de Lutero, de nuevo cobraron ánimo viendo progresar el evangelio en Suiza. Cuando la Reforma llegó a establecerse en Zurich, sus frutos se notaron más ampliamente, pues estimularon la supresión del vicio y la promoción del orden.

Disputa con los romanistas

Al ver cuán poco resultado habían logrado con la persecución al tratar de suprimir la obra de Lutero en Alemania, los romanistas decidieron mantener una polémica con Zuinglio. Asegurarían la victoria eligiendo no solamente el lugar del combate sino también los jueces que decidirían entre los disputantes. Y si alguna vez pudieran aprehender a Zuinglio, tratarían de que éste no escapara. Este plan, por supuesto, fue mantenido cuidadosamente en secreto.

Se decidió que la polémica se realizara en Baden. Pero los miembros del consejo de Zurich sospecharon los designios de los partidarios del Papa, y advertidos por las ardientes piras que habían sido encendidas en los cantones papales para los que confesaban el evangelio, le prohibieron a su pastor exponerse a este peligro. El ir a Baden, donde la sangre de los mártires de la verdad acababa de ser derramada, significaba ir a una muerte segura. Ecolampadio y Haller fueron elegidos para representar a los reformadores, mientras que el famoso Dr. Eck, sostenido por una hueste de versados doctores y prelados, era el campeón de Roma.

Los secretarios fueron todos elegidos por los partidarios del Papa, y se prohibió que los demás tomaran nota, so pena de muerte. Sin embargo, un estudiante que asistía al debate escribía todas las tardes los argumentos presentados ese día. Otros dos estudiantes se encargaron de entregar estos informes, con las cartas diarias de Ecolampadio, a Zuinglio, que se hallaba en Zurich. El reformador contestaba, dando su consejo. Para eludir la vigilancia de la guardia apostada en los portales de la ciudad, estos mensajeros traían canastas con pollos sobre sus cabezas, de modo que se les permitía pasar sin estorbo.

Zuinglio “ha trabajado más –decía Miconio– por sus meditaciones, sus noches de desvelo y los consejos que transmitía a Baden, que lo que habría hecho debatiendo en persona en medio de sus enemigos”.[10]

Los romanistas habían venido a Baden con sus más ricos atavíos y brillantes joyas. Se regalaban con todo lujo, y en sus mesas tenían manjares costosos y vinos escogidos. En señalado contraste aparecían los reformadores, cuyo frugal

menú los mantenía poco tiempo a la mesa. El que servía a Ecolampadio, y que tenía ocasión de observarlo en su habitación, lo hallaba siempre estudiando o en oración, e informó que el hereje era, por lo menos, “muy piadoso”.

En la conferencia, “Eck ascendía al púlpito en forma soberbia, espléndidamente decorado, mientras que el humilde Ecolampadio vestía pobemente, y se lo obligó a sentarse enfrente de su oponente, en una tosca plataforma”. La voz tronante de Eck y la seguridad ilimitada que sentía nunca lo abandonaron. El defensor de la fe había de ser recompensado con una generosa retribución. Cuando fallaban sus mejores argumentos, recurría a insultos y aun a las blasfemias.

Ecolampadio, modesto y desconfiado de sí mismo, había rehuído el combate. Mediante un comportamiento cortés y bondadoso reveló su capacidad y su entereza. El reformador adhirió firmemente a las Escrituras. “Las tradiciones – dijo él – no tienen fuerza en nuestra Suiza, a menos que estén de acuerdo con la Constitución; ahora bien, en materia de fe, la Biblia es nuestra constitución”.[11]

El razonamiento sereno y claro del reformador, presentado en forma tan bondadosa y honesta, ganaba las mentes que rechazaban con disgusto las jactanciosas pretensiones de Eck.

La discusión continuó durante 18 días. Los papistas pretendieron haber obtenido la victoria. La mayor parte de los diputados apoyó a Roma, y la Dieta declaró que los reformadores habían sido vencidos, y que los tales, juntamente con Zuinglio, quedaban separados de la iglesia. Pero el debate produjo un poderoso ímpetu para la causa protestante. No mucho tiempo después, Berna y Basilea, que eran ciudades importantes, se declararon en favor de la Reforma.

[1]Wylie, lib. 8, cap. 5.

[2]Ibíd., lib. 8, cap. 6.

[3]D'Aubigné, lib. 8, cap. 9.

[4]Ibíd., lib. 8, cap. 5.

[5]Ibíd.

[6]Ibíd., lib. 8, cap. 6.

[7]Ibíd.

[8]Ibíd., lib. 8, cap. 9.

[9]Wylie, lib. 8, cap. 11.

[10]D'Aubigné, lib. 11, cap. 13.

[11]Ibíd.

Capítulo 10

El despertar de Europa

La misteriosa desaparición de Lutero produjo preocupación en toda Alemania. Circulaban extraños rumores y muchos creían que había sido asesinado. Se escuchaban grandes lamentos y varios se comprometían con solemnes juramentos a vengar su muerte.

Por eso los enemigos de Lutero, aunque al principio se habían regocijado por su supuesta muerte, se llenaron de temor ahora que estaba cautivo. “La única manera que queda para salvarnos a nosotros mismos –dijo uno– es encender antorchas y buscar a Lutero por todo el mundo, para devolverlo a la nación que lo está reclamando”.[1] Las noticias de que estaba a salvo, aunque prisionero, calmó a la gente, en tanto que sus escritos eran leídos con una ansiedad mayor que nunca antes. Un número creciente de personas se unía a la causa del hombre heroico que había defendido la Palabra de Dios.

La simiente que Lutero había sembrado estaba brotando por doquiera. Su ausencia realizó una tarea que su presencia habría dejado de obtener. Siendo que el gran dirigente del pueblo había sido retirado, otros obreros avanzaron, de manera que la obra comenzada tan noblemente no pudiera ser estorbada.

Ahora Satanás intentó engañar y destruir al pueblo dándole una falsificación en lugar de la obra verdadera. Así como hubo falsos Cristos en el primer siglo, así también se levantaron falsos profetas en el siglo XVI.

Unos cuantos hombres se imaginaron recibir revelaciones especiales del cielo y creyeron haber sido divinamente comisionados para hacer avanzar la Reforma que, declararon ellos, había sido iniciada por Lutero en forma débil. En verdad ellos estaban deshaciendo la obra que él había realizado. Rechazaron el principio de la Reforma, es decir, que la Palabra de Dios es la regla suprema y suficiente de fe y práctica. En lugar de esa guía infalible colocaron las normas inciertas de sus propios sentimientos e impresiones.

Otros, naturalmente inclinados al fanatismo, se unieron con ellos. Los procedimientos de estos entusiastas crearon no poca excitación. Lutero había despertado al pueblo para que sintiera la necesidad de una reforma, y ahora algunas personas verdaderamente honradas fueron desviadas por las pretensiones de los nuevos “profetas”. Los dirigentes del movimiento prosiguieron a Wittenberg e instaron a Melanchton a aceptar sus pretensiones: “Somos enviados por Dios para instruir al pueblo. Hemos tenido conversaciones íntimas con el Señor; sabemos qué ha de pasar; en una palabra, somos apóstoles y profetas, y apelamos al Dr. Lutero”.

Los reformadores estaban perplejos. Melanchton dijo: “Existen por cierto espíritus extraordinarios en estos hombres; pero ¿qué espíritus?... Por una parte, cuidémonos de no apagar el Espíritu de Dios, y por la otra, de ser desviados por el espíritu de Satanás”.[2]

El fruto de la nueva enseñanza se hace evidente

La gente fue inducida a descuidar la Biblia o a ponerla completamente a un lado. Los estudiantes, despreciando todas las sujetaciones, abandonaban sus estudios y se retiraban de la universidad. Estos hombres que se creían competentes para dar nueva vida y dirigir la obra de la Reforma solamente tuvieron éxito en conducirla hasta el borde de la ruina. Los romanistas ahora reconquistaron su confianza y exclamaron con gozo: “Un esfuerzo más, y todo será nuestro”.

Lutero, en Wartburgo, al oír lo que había ocurrido, dijo con gran preocupación: “Siempre esperé que Satanás nos enviaría esta plaga”.^[3] Se dio cuenta del verdadero carácter de estos supuestos “profetas”. La oposición del Papa y del emperador no le había causado perplejidad y angustia tan grandes como las que ahora sentía. De entre los profesos “amigos” de la Reforma se habían levantado los peores enemigos para provocar luchas y crear confusión.

Lutero había sido impulsado por el Espíritu de Dios y conducido más allá de lo que él pensaba. Sin embargo, a menudo temblaba por el resultado de su obra: “Si yo supiera que mi doctrina perjudicaría a un hombre, a un solo hombre, por humilde y oscuro que fuera –lo cual no puede ocurrir, porque es el evangelio mismo– moriría diez veces antes que no retractarme”.^[4]

Wittenberg mismo estaba cayendo bajo el poder del fanatismo y el desorden. Por toda Alemania los enemigos de Lutero estaban echándole la culpa al reformador. Con amargura de alma se preguntó: “¿Será posible que éste sea el fin de la gran obra de la Reforma?” Nuevamente, al luchar con Dios en oración, la paz inundó su corazón. “La obra no es mía, sino tuya”, dijo él. Entonces determinó regresar a Wittenberg.

Lutero estaba proscrito en todo el imperio. Los enemigos tenían libertad para quitarle la vida, y a los amigos se les había prohibido darle albergue. Pero vio que la obra del evangelio estaba en peligro, y en el nombre del Señor salió con todo valor a batallar por la verdad. En una carta al elector, Lutero le decía: “Voy a Wittenberg bajo una protección muy superior a la de los príncipes y electores. No pienso solicitar el sostén de vuestra Alteza, y lejos de desear vuestra

protección, quisiera más bien yo mismo protegerlos a ustedes... No hay espada que pueda promover esta causa. Dios solo debe hacerlo todo”. En una segunda carta, Lutero añadía: “Estoy listo para incurrir en el desagrado de vuestra Alteza y en el enojo de todo el mundo. ¿No son los habitantes de Wittenberg mis ovejas? ¿Y no debiera yo, si fuera necesario, exponerme a la muerte por causa de ellas?”[5]

El poder de la Palabra

Pronto se supo por todo Wittenberg que Lutero había regresado y que iba a predicar. La iglesia estaba llena, y el reformador, con gran sabiduría y bondad, instruía y reprobaba:

“La misa es una cosa mala; Dios está opuesto a ella; debe ser abolida... pero no aparten de ella a nadie por la fuerza... La Palabra de Dios debe actuar, y no nosotros... Nosotros tenemos el derecho de hablar; pero no tenemos el derecho de actuar. Prediquemos; el resto pertenece a Dios. Si yo empleara la fuerza, ¿qué ganaría? Dios conquista el corazón; y cuando el corazón es tomado, todo está ganado.

“Predicaré, estudiare y escribiré; pero no obligaré a nadie, porque la fe es un acto voluntario... Me opuse al Papa, a las indulgencias y a los partidarios del Papa, pero sin violencia ni tumulto. Esgrimo la Palabra de Dios; prediqué y escribí: eso es todo lo que hice. No obstante, mientras dormía... la Palabra que había predicado afectó al papado como nunca lo perjudicó príncipe o emperador alguno. Sin embargo, yo no hice nada; la Palabra sola lo hizo todo”.^[6] La Palabra de Dios quebrantó el hechizo de la excitación fanática. El evangelio trajo al pueblo de vuelta al camino de la verdad.

Varios años más tarde se suscitó de nuevo el fanatismo, y ahora con resultados aún más terribles. Dijo Lutero: “Y para ellos las Sagradas Escrituras eran solamente letra muerta, y todos empezaron a clamar: ‘¡El Espíritu! ¡El Espíritu!’ Pero con toda seguridad yo no seguiré a donde el espíritu de ellos los conduzca”.^[7]

Tomás Munzer, el más activo de los fanáticos, era un hombre de considerable habilidad, pero no había aprendido la verdadera religión. “Estaba poseído de un deseo de reformar al mundo, y olvidaba, como hacen todos los exagerados, que la reforma debía comenzar con él mismo”.^[8] No estaba dispuesto a ser el segundo, aunque Lutero fuera el primero. Él mismo pretendía haber sido divinamente comisionado para introducir la verdadera reforma y decía: “El que tiene este espíritu, posee la verdadera fe, aunque nunca vea las Escrituras en toda

su vida”.[9]

Los maestros del fanatismo estaban dispuestos a ser gobernados por impresiones, y consideraban todo pensamiento e impulso como la voz de Dios. Algunos inclusive quemaron sus Biblias. Las doctrinas de Munzer fueron recibidas por millares. Pronto declaró que el obedecer a los principios era intentar servir a Dios y a Belial.

Las enseñanzas revolucionarias de Munzer inducían al pueblo a rechazar todo control. Siguieron terribles escenas de lucha, y los campos de Alemania se tiñeron de sangre.

La agonía llena el alma de Lutero

Los principes partidarios del Papa declararon que la rebelión era el fruto de las doctrinas de Lutero. Esta acusación no podía sino causar gran perplejidad al reformador, siendo que la causa de la verdad caía en desgracia al ser clasificada con el más bajo fanatismo. Por otra parte, los dirigentes de la revuelta odiaban a Lutero. Él no solamente había negado las pretensiones de ellos de poseer una inspiración divina, sino que los había declarado rebeldes contra las autoridades civiles. Para desquitarse lo acusaron a él como un hombre vil y presuntuoso.

Los romanistas esperaban presenciar la ruina de la Reforma. Y hasta acusaban a Lutero de los errores que él había tratado de corregir con el mayor fervor. El partido fanático, reclamando falsamente que había sido tratado con injusticia, obtuvo simpatía y llegó a considerarse como compuesto de mártires. Así, los que se oponían a la Reforma, fueron compadecidos y admirados. Esta era la obra del mismo espíritu de rebelión que se manifestó por primera vez en el cielo.

Satanás está constantemente tratando de engañar a los hombres e inducirlos a llamar al pecado justicia, y a la justicia pecado. La santidad falsificada, la santificación espuria, todavía exhibe el mismo espíritu que en los días de Lutero, distraiendo las mentes de las Escrituras e induciendo a los hombres a seguir más bien sentimientos e impresiones que a la ley de Dios.

Con todo valor Lutero defendió el evangelio, que estaba siendo atacado de ambos lados. Con la Palabra de Dios combatió la autoridad usurpada por el Papa, mientras que se mantenía firme como una roca contra el fanatismo que intentaba aliarse con la Reforma.

Cada uno de estos elementos opositores rechazaba las Sagradas Escrituras, exaltando la sabiduría humana como la fuente de verdad. El racionalismo idolatra la razón y hace de ésta el criterio de la religión. El romanismo, atribuyéndose una inspiración recibida en línea no interrumpida de los apóstoles, da oportunidad a que la extravagancia y la corrupción se escondan bajo la comisión “apostólica”. La pretendida inspiración de Munzer procedía de la fantasía de su imaginación. El verdadero cristianismo recibe la Palabra de Dios

como la prueba de toda inspiración.

A su regreso de Wartburgo, Lutero completó su traducción del Nuevo Testamento, y el evangelio pronto le fue dado al pueblo de Alemania en su propio idioma. Esta traducción fue recibida con gran gozo por todos los que amaban la verdad.

Los sacerdotes estaban alarmados ante el pensamiento de que el pueblo común ahora era capaz de discutir con ellos la Palabra de Dios, y de que su propia ignorancia resultaría así expuesta. Roma utilizó toda su autoridad para impedir la circulación de las Escrituras. Pero cuanto más prohibía la Biblia, tanto mayor era la ansiedad del pueblo por conocer lo que ella enseñaba en realidad. Todos los que podían leer la llevaban consigo, y no quedaban satisfechos sino después de aprender grandes porciones de memoria. Lutero inmediatamente comenzó la traducción del Antiguo Testamento.

Los escritos de Lutero recibían la bienvenida tanto en las ciudades como en las aldeas. “Lo que Lutero y sus amigos compusieron, otros lo hacían circular. Monjes, convencidos del carácter legítimo de las obligaciones monásticas, pero demasiado ignorantes para proclamar la Palabra de Dios... vendían los libros de Lutero y de sus amigos. Alemania pronto pululaba de estos valientes colportores”.[10]

La Biblia es estudiada por doquiera

De noche, en las escuelas de las aldeas, los maestros leían en voz alta a pequeños grupos reunidos al amor de la lumbre. Con cada esfuerzo algunas almas se convencían de la verdad. “La exposición de tus palabras alumbra; hace entender a los simples” (Salmo 119:130).

Los partidarios del Papa, que habían dejado el estudio de la Biblia encomendado a los sacerdotes y monjes, ahora pedían que ellos refutaran las nuevas enseñanzas. Pero, ignorantes de las Escrituras, los sacerdotes y los frailes eran totalmente derrotados. “Desgraciadamente –dijo un escritor católico–, Lutero había persuadido a sus seguidores a no depositar su fe en ningún otro oráculo fuera de las Santas Escrituras”.[11] Multitudes se reunían para escuchar la defensa de la verdad hecha por hombres de poca educación. La ignorancia vergonzosa de los grandes hombres resultaba evidente cuando sus argumentos eran refutados por las sencillas enseñanzas de la Palabra de Dios. Trabajadores, soldados, mujeres y aun niños estaban más familiarizados con la Biblia que los sacerdotes y sabios doctores.

Jóvenes de mente generosa se dedicaban al estudio, investigando las Escrituras y familiarizándose con las obras maestras de la antigüedad. Con mente activa y corazón intrépido, estos jóvenes pronto adquirían tal conocimiento que nadie podía competir con ellos por largo tiempo. El pueblo había hallado en las nuevas enseñanzas lo que suplía la necesidad de sus almas, y se separaron de aquellos que largamente los habían alimentado con las cáscaras inútiles de ritos supersticiosos y tradiciones humanas.

Cuando se encendió la persecución contra los maestros de la verdad, ellos pusieron en práctica las palabras de Cristo: “Cuando os persigan en esta ciudad, huid a la otra” (S. Mateo 10:23). Los fugitivos encontraban alguna puerta hospitalaria que les era abierta, y predicaban a Cristo, a veces en la iglesia o en casas privadas o al aire libre. La verdad se esparcía con irresistible poder.

En vano las autoridades eclesiásticas y civiles recurrián a la prisión, a la tortura, al fuego y a la espada. Miles de creyentes sellaban su fe con su sangre, sin

embargo, la persecución servía solamente para extender la verdad. El fanatismo que Satanás trató de unir con ella, resultó en hacer más claro el contraste entre la obra de Satanás y la obra de Dios.

[1]D'Aubigné, lib. 9, cap. 1.

[2]Ibíd., lib. 9, cap. 7

[3]Ibíd.

[4]Ibíd.

[5]Ibíd., lib. 9, cap. 8.

[6]Ibíd.

[7]Ibíd., lib. 10, cap. 10.

[8]Ibíd., lib. 9, cap. 8.

[9]Ibíd., lib. 10, cap. 10.

[10]Ibíd., lib. 9, cap. 11.

[11]Ibíd.

Capítulo 11

Príncipes que sostienen la verdad

Uno de los testimonios más nobles alguna vez pronunciado por la Reforma fue la protesta presentada por los príncipes cristianos de Alemania, en la Dieta de Espira, en 1529. El valor y la firmeza de esos hombres de Dios obtuvieron para las edades futuras libertad de conciencia, y le dieron a la iglesia reformada el nombre de protestante.

La providencia de Dios había mantenido en jaque a las fuerzas que se oponían a la verdad. Carlos V estaba dispuesto a aplastar la Reforma, pero tan pronto como él levantaba su mano para asestar un golpe, se veía obligado a desviarla. Una y otra vez, en el momento crítico, los ejércitos turcos aparecían en la frontera, o el rey de Francia, o aun el Papa mismo le hacían la guerra. Así, en medio de la lucha y el tumulto de las naciones, la Reforma pudo fortalecerse y extenderse.

Sin embargo, al fin los soberanos papales hicieron causa común en contra de los reformadores. El emperador citó a una Dieta que debía reunirse en Espira, en 1529, con el propósito de aplastar la herejía. Si los medios pacíficos fallaban, Carlos V estaba preparado para recurrir a la espada.

Los partidarios del Papa en Espira manifestaron abiertamente su hostilidad contra los reformadores. Melanchton dijo: “Nosotros somos la escoria y la basura del mundo; pero Cristo cuidará de su propio pueblo y lo preservará”.^[1] El pueblo de Espira tenía sed de la Palabra de Dios, y a pesar de la prohibición, millares acudían a los servicios que se realizaban en la capilla del elector de Sajonia. Esto precipitó la crisis. La tolerancia religiosa había sido legalmente establecida, y los Estados evangélicos estaban resueltos a oponerse a la infracción de sus derechos. A Lutero no se le permitió estar presente en Espira, pero el lugar de Lutero fue ocupado por sus colaboradores y por los príncipes a quienes Dios había levantado para defender su causa. Federico de Sajonia había muerto, pero el duque Juan, su sucesor, dio una gozosa bienvenida a la Reforma y reveló su gran valor.

Los sacerdotes exigieron que los Estados que habían aceptado la Reforma se sometieran a la autoridad romana. Los reformadores, por otra parte, no podían consentir en que Roma pusiera bajo su control a esos Estados que habían recibido la Palabra de Dios.

Finalmente se propuso que donde la Reforma no se había establecido, el edicto de Worms se pusiera en vigencia; y que “donde el pueblo no pudiera conformarse con él sin peligro de revuelta, a lo menos no debía realizar una nueva reforma... no debían oponerse a la celebración de la misa, y no debían permitir a ningún católico romano abrazar el luteranismo”. Esta medida fue aprobada por la Dieta, para gran satisfacción de los sacerdotes y prelados.

Si este edicto era puesto en vigencia, “la Reforma no podía extenderse ni podía establecerse sobre un fundamento sólido... donde ya existía”.[2] La libertad sería prohibida. No se tolerarían conversiones. Parecía que la esperanza del mundo estaba por extinguirse.

Los representantes del partido evangélico se miraron el uno al otro con franco desmayo: “¿Qué hemos de hacer?... ¿Deben someterse los jefes de la Reforma, y aceptar el edicto?... Se les garantizaba a los príncipes luteranos el ejercicio libre de su religión. El mismo favor les era ofrecido a todos aquellos súbditos que, antes de la aprobación de la medida, habían abrazado los puntos de vista de la Reforma. ¿No debía conformarlos esto?...

“Felizmente ellos consideraron el principio en el cual se basaba este arreglo, y actuaron con fe. ¿Cuál era ese principio? Era el derecho de Roma a dominar la conciencia y a impedir el libre examen. ¿Pero no iban a disfrutar ellos mismos y sus súbditos protestantes de la libertad religiosa? Sí, como un favor especial estipulado en el arreglo, pero no como un derecho... La aceptación del arreglo propuesto habría sido virtualmente una aceptación de que la libertad religiosa debía estar restringida a la Sajonia reformada; y en cuanto a todo el resto de la cristiandad, el libre examen y la profesión de la fe reformada eran crímenes que debían ser castigados con el calabozo y la hoguera. ¿Podían ellos consentir en restringir la libertad religiosa a una localidad?... ¿Podían los reformadores haber declarado que eran inocentes de la sangre de los centenares y millares de personas que, como consecuencia de este dicto, tendrían que sucumbir en los países dominados por el Papa?”[3]

“Rechacemos este decreto –dijeron los príncipes–. En asuntos de conciencia la

mayoría no tiene poder”. El proteger la libertad de conciencia es el deber del Estado; éste es el límite de su autoridad en materia de religión.

El partido papal se propuso terminar con lo que ellos llamaron “atrevida obstinación”. Se pidió que los representantes de las ciudades libres declarasen si accederían a los términos de la proposición. Ellos solicitaron una demora, pero no se les concedió. Más o menos la mitad hizo causa común con los reformadores, sabiendo que su posición los convertía en víctimas de una futura condenación y persecución. Dijo uno: “Debemos negar la Palabra de Dios, o ser quemados”.[4]

Noble resolución de los príncipes

El rey Fernando, representante del emperador, probó el arte de la persuasión. “Rogó a los príncipes que aceptaran el decreto, asegurándoles que el emperador se vería grandemente complacido con ellos”. Pero estos hombres fieles contestaron con calma: “Obedeceremos al emperador en todas las cosas que puedan contribuir a mantener la paz y el honor de Dios”.

El rey por fin anunció que “la única conducta que les quedaba era someterse a la mayoría”. Habiendo hablado de esta manera, se retiró, sin dar a los reformadores la oportunidad de contestar. “Ellos mandaron una representación rogándole al rey que volviera”. Él sólo contestó: “Es un asunto ya decidido; la sumisión es todo lo que resta hacer”.[5]

El partido imperial se ufanaba de que la causa del emperador y la del Papa eran fuertes, y que la de los reformadores era débil. Si los reformadores hubieran dependido solamente de la ayuda humana, habrían resultado ser tan carentes de poder como suponían los partidarios del Papa. Pero apelaron “del informe de la Dieta a la Palabra de Dios, y del emperador Carlos a Jesucristo, Rey de reyes y Señor de señores”.

Como Fernando había rehusado considerar sus convicciones de conciencia, los príncipes decidieron no tomar en cuenta su ausencia sino presentar sin demora su protesta ante el concilio nacional.

Se redactó una declaración solemne y que fue presentada en los siguientes términos a la Dieta.

“Protestamos y hacemos presente... que nosotros, en nuestro nombre y en el de nuestro pueblo, no daremos nuestro consentimiento ni nuestra adhesión, absolutamente, de ninguna manera, al decreto propuesto, en cualquier cosa que sea contraria a Dios, a su sagrada Palabra, a nuestro derecho de conciencia, a la salvación de nuestra alma... Por esta razón rechazamos el yugo que se nos impone... Al mismo tiempo esperamos que su Majestad Imperial se comportará con nosotros como un príncipe cristiano que ama a Dios por sobre todas las

cosas; y nos declaramos dispuestos a prestarle a él, así como a ustedes, bondadosos señores, todo el afecto y la obediencia que les debemos, justa y legítimamente”.[6]

La mayoría de los presentes se llenó de asombro y alarma ante el valor de los que protestaban. Parecía inevitable la separación, la lucha y el derramamiento de sangre. Pero los reformadores, apoyándose en el brazo Todopoderoso, estaban “llenos de valor y firmeza”.

“Los principios contenidos en esta célebre protesta... constituyen la misma esencia del protestantismo... El protestantismo establece la soberanía de la conciencia por encima de la del magistrado, y la autoridad de la Palabra de Dios por sobre la de la iglesia visible... Junto con los profetas, dice: ‘Debemos obedecer a Dios antes que al hombre’. A la corona de Carlos V sobrepone la corona de Cristo Jesús”.[7] La protesta de Espira fue un testimonio solemne contra la intolerancia religiosa y una afirmación del derecho que tienen todos los hombres de adorar a Dios de acuerdo con sus propias conciencias.

La experiencia de estos nobles reformadores contiene una lección para todas las edades sucesivas. Satanás todavía se opone a que las Escrituras se constituyan en la guía de la vida. En nuestro tiempo se necesita un regreso al gran principio protestante: la Biblia, y solamente la Biblia, como regla de fe y deber. Satanás todavía está trabajando para destruir la libertad religiosa. El poder anticristiano que los protestantes de Espira rechazaron está ahora tratando de restablecer su perdida supremacía.

La Dieta de Augsburgo

A los príncipes evangélicos se les había negado la oportunidad de ser oídos por el rey Fernando, pero para aquietar las disensiones que perturbaban el imperio, Carlos V, al año siguiente de la protesta de Espira, convocó una Dieta en Augsburgo. Anunció su intención de presidirla en persona. Los dirigentes protestantes fueron citados a comparecer.

Los consejeros del elector de Sajonia los instaron a no aparecer en la Dieta: “¿No es arriesgarlo todo, ir a encerrarse dentro de los muros de una ciudad con un poderoso enemigo?” Pero otros declararon noblemente “que los príncipes sólo se comporten con valor, y la causa de Dios se salvará”. “Dios es fiel; él no nos abandonará”, dijo Lutero.[8]

El elector se dispuso a viajar a Augsburgo. Muchos avanzaron con rostro sombrío y corazón apesadumbrado. Pero Lutero, que los acompañó hasta Coburgo, reanimó la fe de ellos cantando el himno escrito en ese viaje: “Castillo fuerte es nuestro Dios”. Más de un corazón apesadumbrado fue aliviado a los sones de estas estrofas inspiradas.

Los príncipes reformadores habían determinado unirse en una declaración de sus puntos de vista, citando las evidencias de las Escrituras, para presentar delante de la Dieta. La tarea de su preparación fue encomendada a Lutero, Melanchton y sus asociados. Esta confesión fue aceptada por los protestantes, y se reunieron para firmar al pie del documento.

Los reformadores estaban muy deseosos de que su causa no se viera confundida con cuestiones políticas. Cuando los príncipes cristianos se adelantaron para firmar la confesión, Melanchton se interpuso diciendo: “Les corresponde a los teólogos y ministros proponer estas cosas; reservemos para otros asuntos la autoridad de los poderosos de la tierra”. “De ninguna manera –replicó Juan de Sajonia–, ustedes no me excluirán a mí. Estoy resuelto a hacer lo que es recto, sin tener ninguna preocupación por mi corona. Deseo confesar al Señor. Mi birrete y mi toga electoral no son tan preciosos para mí como la cruz de Cristo Jesús”. Otro de los príncipes dijo mientras tomaba la pluma: “Si el honor de mi

Señor Jesucristo lo requiere, estoy listo a sacrificar mis bienes y mi vida”. “Antes renunciaría a mis súbditos, a mis Estados y a la tierra de mis padres, para marchar bordón en mano –continuó diciendo– que recibir cualquier otra doctrina que la que está contenida en esta confesión”.[9]

Llegó el tiempo señalado. Carlos V, rodeado por los electores y los príncipes, dio audiencia a los reformadores protestantes. En esa augusta asamblea se presentaron claramente las verdades del evangelio y los errores de la iglesia papal. Ese día se señaló como “el día más grande de la Reforma, y uno de los más gloriosos en la historia de la cristiandad y del género humano”.[10]

El monje de Wittenberg había estado solo en Worms. Ahora, en lugar de él, estaban los príncipes más poderosos del imperio. “Estoy sobremanera gozoso – escribió Lutero– de haber vivido hasta esta hora, en la cual Cristo ha sido públicamente exaltado por tan ilustres confesores, y en una asamblea tan gloriosa”.

Lo que el emperador había prohibido predicar desde el púlpito, era proclamado desde el palacio; lo que muchos habían considerado como inadecuado para que lo oyieran aun los sirvientes, era ahora escuchado con admiración por los príncipes nobles del imperio. Príncipes coronados eran los predicadores, y el sermón fue la verdad real de Dios. “Desde la época apostólica no se ha hecho una obra mayor ni se ha presentado una confesión más magnífica”.[11]

Uno de los principios que Lutero mantuvo más firmemente era que no debía recurrirse al poder secular para sostener la Reforma. Él se regocijaba de que el evangelio fuera confesado por los príncipes del imperio; pero cuando ellos se propusieron unirse en una liga defensiva, él declaró que “la doctrina del evangelio será defendida sólo por Dios... Todas las precauciones políticas sugeridas eran, en su opinión, debidas a un temor indigno y una pecaminosa falta de confianza”.[12]

En una fecha posterior, refiriéndose a la liga en que habían pensado los príncipes reformados, Lutero declaró que la única arma en esta guerra debe ser “la espada del Espíritu”. Le escribió al elector de Sajonia: “No podemos en conciencia aprobar la alianza propuesta. Debe llevarse la cruz de Cristo. Manténgase vuestra Alteza sin temor. Haremos más con nuestras oraciones que todos nuestros enemigos con su jactancia”.[13]

Del lugar secreto de oración procedía el poder que conmovió al mundo en la Reforma. En Augsburgo, Lutero “no pasaba un solo día sin dedicar por lo menos tres horas a la oración”. En la intimidad de su cámara se lo oía derramar su alma delante de Dios con palabras “llenas de adoración, temor y esperanza”. Le escribió a Melanchton: “Si la causa es injusta, abandónala; si la causa es justa, ¿por qué debemos desmentir las promesas de Aquel que nos ordenó dormir sin temor?”^[14] Los reformadores protestantes habían edificado sobre el fundamento de Cristo. ¡Las puertas del infierno no podían prevalecer contra ellos!

[1]D'Aubigné, lib. 13, cap. 5.

[2]Ibíd.

[3]Wylie, lib. 9, cap. 15.

[4]D'Aubigné, lib. 13, cap. 5.

[5]Ibíd.

[6]Ibíd., lib. 13, cap. 6.

[7]Ibíd.

[8]Ibíd., lib. 14, cap. 2.

[9]Ibíd., lib. 14, cap. 6.

[10]Ibíd., lib. 14, cap. 7.

[11]Ibíd.

[12]D'Aubigné, ed. de Londres, lib. 10, cap. 14.

[13]Ibíd., lib. 14, cap. 1.

[14]Ibíd., lib. 14, cap. 6.

Capítulo 12

El amanecer en Francia

La protesta en Espira y la confesión de Augsburgo fueron seguidas por años de conflicto y oscuridad. Debilitado por las divisiones, el protestantismo parecía destinado a ser destruido.

Pero en el momento de su triunfo aparente, el emperador fue herido por la derrota. Se vio obligado a conceder tolerancia a las doctrinas cuya destrucción era la ambición de su vida. Vio sus ejércitos diezmados en la batalla, sus tesoros agotados y sus muchos reinos amenazando rebelarse, mientras que la fe que se había esforzado por suprimir se estaba extendiendo. Carlos V había estado batallando contra el poder Omnipotente. Dios había dicho: “Haya luz”, pero el emperador había tratado de mantener las tinieblas cerradas. Agotado por la larga lucha, renunció al trono y se encerró en un claustro.

En Suiza, mientras muchos cantones aceptaban la fe reformada, otros se aferraban a los credos de Roma. La persecución provocó la guerra civil. Zuinglio y muchos otros que se habían unido en la Reforma cayeron en el sangriento campo de Capel. Roma, triunfante, parecía que en muchos lugares estaba por recobrar todo lo que había perdido. Pero Dios no había abandonado su causa o su pueblo. Levantó obreros en otros países para que llevaran adelante la Reforma.

En Francia, uno de los primeros en recibir la luz fue Lefevre, un profesor de la Universidad de París. En sus investigaciones de la literatura antigua, su atención fue dirigida a la Biblia, e introdujo el estudio de ésta entre sus alumnos. Se había propuesto preparar una historia de los santos y los mártires como se presenta en las leyendas de la iglesia, y había avanzado considerablemente en ella, cuando, pensando que podría obtener ayuda de la Biblia, comenzó a estudiarla. Entonces encontró santos, pero no tales como los presentaba el calendario de la Iglesia Católica Romana. Con disgusto, abandonó la tarea que se había propuesto primero y se consagró a estudiar la Palabra de Dios.

En 1512, aun antes que Lutero o Zuinglio hubieran empezado la obra de reforma, Lefevre escribió: “Es Dios el que nos da, por medio de la fe, la justicia que solamente por gracia justifica para vida eterna”.[1] Y mientras enseñaba que la gloria de la salvación pertenece solamente a Dios, también declaró que el deber de la obediencia pertenece al hombre.

Algunos de los estudiantes de Lefevre lo escucharon ansiosamente, y mucho tiempo después que la voz del maestro fuese silenciada, continuaron declarando la verdad. Entre ellos se encontraba Guillermo Farel. Hijo de padres piadosos y romanista devoto, ardía de celo por destruir a todos los que se atrevieran a oponerse a la iglesia. “Solía rechinar mis dientes como un lobo furioso –dijo más tarde– cuando oía que alguno hablaba contra el Papa”. Pero la adoración de los santos, el culto en los altares, y los adornos y las dádivas entregadas en los santuarios no podían traerle paz al alma. La convicción del pecado lo dominaba, y todos los actos de penitencia no podían desterrar ese sentimiento. Pero escuchó las palabras de Lefevre: “La salvación es por gracia... Es la cruz de Cristo sola la que abre las puertas del cielo, y cierra las puertas del infierno”.[2]

Pasando por una conversión semejante a la de Pablo, Farel abandonó la esclavitud de la tradición y llegó a la libertad de los hijos de Dios. “En lugar del corazón homicida de un lobo voraz”, decía él, se había convertido en “un hombre tranquilo como un cordero manso e inofensivo, cuyo corazón estaba completamente vuelto del Papa a Cristo Jesús”.[3]

Mientras Lefevre esparcía la luz entre los estudiantes, Farel avanzó para declarar la verdad en público. Un dignatario de la iglesia, el obispo de Meaux, pronto se le unió. Otros maestros se pusieron junto a él para proclamar el evangelio, y se ganaron adherentes que se escalonaban desde los hogares de artesanos y campesinos hasta el palacio de los reyes. La hermana de Francisco I aceptó la fe reformada. Con grandes esperanzas los reformadores aguardaban el tiempo en que Francia fuera ganada para el evangelio.

El Nuevo Testamento en Francia

Pero sus esperanzas no habrían de realizarse. Pruebas y persecuciones aguardaban a los discípulos de Cristo. Sin embargo, sobrevino un tiempo de paz como para que adquirieran fuerzas con el fin de hacer frente a la tempestad; y la Reforma hizo rápidos progresos. Lefevre se abocó a la traducción del Nuevo Testamento; y precisamente en el momento en que la Biblia alemana de Lutero salía de las prensas de Wittenberg, el Nuevo Testamento en francés era publicado en Meaux. Pronto los campesinos de aquel sitio poseyeron las Sagradas Escrituras. Los obreros del campo y los artesanos de los talleres alegraban sus días de arduo trabajo hablando de las preciosas verdades de la Biblia. Aunque pertenecían a la clase más humilde, al grupo de obreros incultos y sometidos a una vida de arduo trabajo, el poder reformador y elevador de la gracia divina se veía en su vida.

La luz encendida en Meaux reflejó sus rayos hasta lugares distantes. Todos los días aumentaba el número de conversos. La ira del clero fue mantenida por un tiempo en jaque por la intervención del rey, pero los dirigentes papales finalmente prevalecieron. Se levantó la hoguera, y muchos dieron testimonio de la verdad en medio de las llamas.

En los castillos señoriales y en el palacio había almas regias que valoraban la verdad por encima de la riqueza, del rango o aun de la vida. Luis de Berquin era de noble origen, se dedicaba al estudio, y poseía maneras pulidas; además, tenía una moral intachable. “Coronaba todas sus otras virtudes aborreciendo en forma especial el luteranismo”. Pero, siendo providencialmente inducido a estudiar la Biblia, se admiró de encontrar allí “no las doctrinas de Roma, sino las doctrinas de Lutero”. Y se consagró a la causa del evangelio.

Los romanistas de Francia lo arrojaron en la cárcel como hereje, pero fue puesto en libertad por el rey Francisco I, que durante años osciló entre Roma y la Reforma. Berquin fue apresado tres veces por las autoridades papales, sólo para ser librado por el monarca, quien rehusaba sacrificarlo a la malicia del clero. El reformador recibió repetidas advertencias del peligro que lo amenazaba en Francia, y se lo instó a seguir en los pasos de los que habían hallado seguridad

en un exilio voluntario.

El valiente Berquin

Pero el celo de Berquin tan sólo iba en aumento. Determinó usar medidas más valientes. No solamente se mantenía firme en defensa de la verdad, sino que atacaba el error. Los opositores más activos eran los monjes instruidos del departamento teológico de la Universidad de París, una de las autoridades eclesiásticas más altas de la nación. De los escritos de estos hombres doctos Berquin extrajo doce proposiciones que declaró públicamente que estaban “opuestas a la Biblia”, y apeló al rey para que fuera juez en la polémica.

El monarca, gozoso por la oportunidad de humillar el orgullo de estos monjes engreídos, pidió que los romanistas defendieran su causa con la Biblia. Pero esta arma les servía de poco; la tortura y la hoguera eran instrumentos que sabían esgrimir mejor. Ahora ellos vieron que estaban por caer en el foso en el cual habían esperado echar a Berquin y buscaron un medio de escape.

“Precisamente en ese tiempo una imagen de la Virgen, levantada en una de las esquinas de la ciudad, fue mutilada”. Afluyeron multitudes al lugar con sentimientos de lamentos y de indignación. El rey fue hondamente conmovido. “Estos son los frutos de las doctrinas de Berquin –clamaban los monjes–. Todo está por ser derrocado: la religión, las leyes, el trono mismo, por esta conspiración luterana”.[4]

El rey se retiró de París, y los monjes se vieron en libertad para poner en práctica su voluntad. Berquin fue acusado y condenado a muerte, y a menos que Francisco I se interpusiera para salvarlo, la sentencia sería ejecutada el mismo día en que fue pronunciada. Al mediodía, una inmensa multitud se congregó para presenciar el acontecimiento, y muchos vieron con pasmo que la víctima había sido elegida de entre las familias más valientes y nobles de Francia. El asombro, la indignación, el desprecio y el odio agudo ensombrecieron los rostros de la multitud que se agolpaba, pero en un rostro no había ninguna sombra; el mártir estaba solamente consciente de la presencia de su Señor.

El rostro de Berquin estaba radiante con la luz del cielo. Vestía una “capa de terciopelo, justillo de raso y de damasco, y medias doradas”.[5] Estaba por

testificar de su fe en la presencia del Rey de reyes, y ningún rastro de duelo debía empañar su gozo.

Mientras la procesión se movía lentamente por las calles atestadas, el público notaba con admiración el triunfo gozoso que se reflejaba en su rostro. “Parece – decían– como alguien que está sentado en un templo y medita en cosas sagradas”.

Berquin en la hoguera

En la estaca, Berquin trató de dirigir unas pocas palabras al pueblo; pero los monjes empezaron a gritar y los soldados a entrechocar las armas, de tal forma que sus clamores ahogaron la voz del mártir. Así, en 1529, la más alta autoridad eclesiástica de la culta París “dio al populacho de 1793 el ejemplo vil de sofocar en el cadalso las palabras sagradas de los moribundos”.[6] Berquin fue estrangulado, y su cuerpo consumido por las llamas.

Los maestros de la fe reformada partieron hacia otros campos. Lefevre marchó para Alemania. Farel regresó a su ciudad nativa en el este de Francia para espaciar la luz en la tierra de su niñez. La verdad que enseñaba encontró oyentes, pero el predicador pronto fue desterrado de la ciudad. Atravesó las aldeas, enseñando en casas privadas y en praderas apartadas, hallando albergue en los bosques y entre las cavernas rocosas que había frecuentado en la niñez.

Así como en los días apostólicos, la persecución había “redundado más bien para el progreso del evangelio” (Filipenses 1:12). Expulsados de París y de Meaux, “los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando el evangelio” (Hechos 8:4). Y así la luz se abrió paso hasta llegar a muchas provincias remotas de Francia.

El llamamiento de Calvino

En una de las escuelas de París estudiaba un joven reflexivo, cuidadoso, que se destacaba por la corrección de su vida, ardor intelectual y devoción religiosa. Su genio y aplicación lo convirtieron en el orgullo del colegio, y se anticipaba confiadamente que este joven, Juan Calvino, llegaría a ser uno de los defensores más capaces de la iglesia.

Pero un rayo de la luz divina penetró en los muros del escolasticismo y la superstición que encerraban a Calvino. Olivetán, un primo de Calvino, se había unido a los reformadores. Ambos parientes discutían entre sí los asuntos que perturbaban al cristianismo. “Hay solamente dos religiones en el mundo –dijo Olivetán, el protestante–. La una... inventada por los hombres, en... la cual el individuo se salva a sí mismo mediante ceremonias y buenas obras; la otra es la única religión revelada en la Biblia, y que le enseña al hombre a buscar la salvación únicamente por la gracia de Dios”.

“No acepto ninguna de tus nuevas doctrinas –exclamó Calvino–; ¿piensas tú que he vivido en el error toda mi vida?”[7] Pero una vez solo en su habitación consideró las palabras de su primo. Se vio a sí mismo sin intercesor en la presencia de un Juez santo y justo. Las buenas obras, las ceremonias de la iglesia, todas estas cosas eran impotentes para expiar el pecado. La confesión, la penitencia, no podían reconciliar al alma con Dios.

Testigo de un martirio

Al pasar un día, por casualidad, por una de las plazas públicas, Calvino presenció la muerte de un hereje en la hoguera. En medio de las torturas de esa muerte terrible, y bajo la horrenda condenación de la iglesia, el mártir manifestaba una fe y un valor que el joven estudiante no pudo menos que contrastar penosamente con su propia desesperanza y la oscuridad que lo rodeaba. Sabía que los “herejes” fundaban su fe en la Biblia; por lo tanto, decidió estudiarla y descubrir el secreto del gozo de aquéllos.

En la Biblia encontró a Cristo. “Oh Padre –exclamó–, el sacrificio de Cristo ha aplacado tu ira; su sangre ha lavado mis impurezas; su cruz ha cargado mi maldición; su muerte me ha expiado... hasta ha tocado mi corazón, para que yo considerara como una abominación todos los otros méritos fuera de los de Jesús”.[8]

Entonces decidió consagrarse a su vida al evangelio. Pero era tímido por naturaleza y deseaba dedicarse al estudio. Sin embargo, los pedidos fervientes de sus amigos lograron que consintiera en llegar a ser un maestro público. Sus palabras eran como un rocío que caía para refrescar la tierra. Ahora se encontraba en una ciudad de provincia bajo la protección de la princesa Margarita, quien, siendo que amaba el evangelio, extendió su amparo a los que lo profesaban. La obra de Calvino comenzó en los hogares de la gente. Los que oían el mensaje llevaban las buenas nuevas a los demás. Él avanzaba colocando el fundamento de iglesias que producirían testigos valientes para la verdad.

París había de recibir otra invitación para aceptar el evangelio. Los llamados de Lefevre y de Farel habían sido rechazados, pero de nuevo el mensaje había de ser oído por todas las clases sociales de la gran capital. El rey no se había puesto totalmente de parte de Roma y en contra de la Reforma. Margarita resolvió que la fe reformadora debía ser predicada en París. Ordenó a un ministro protestante que predicara en las iglesias, pero como esto había sido prohibido por los dignatarios papales, la princesa abrió su palacio para ello. Se anunció que todos los días se predicaría un sermón, y la gente estaba invitada a concurrir. Millares se reunían cada día.

El rey ordenó que dos de las iglesias de París fueran abiertas a estas reuniones. La ciudad nunca había sido tan conmovida por la Palabra de Dios. La temperancia, la pureza, el orden y la laboriosidad estaban reemplazando a la ebriedad, la licencia, la pelea y la holgazanería. Pero aunque muchos aceptaron el evangelio, la mayoría del pueblo la rechazó. Los partidarios del Papa tuvieron éxito en volver al predominio. De nuevo las iglesias se cerraron, y la hoguera volvió a arder.

Calvino estaba todavía en París, y las autoridades resolvieron enviarlo a la hoguera. No tenía él ninguna sospecha del peligro, cuando sus amigos llegaron apresuradamente a su habitación con la noticia de que los funcionarios estaban en viaje para arrestarlo. Al instante se oyó que alguien llamaba con violencia a la puerta de calle. No se perdió un solo momento. Los amigos detuvieron a los funcionarios en la puerta, mientras otros ayudaban al reformador a bajarse por una ventana, y rápidamente llegó a la choza de un trabajador que era amigo de la Reforma. Se disfrazó con ropas de benefactor y, cargando una azada, comenzó su viaje. Viajó hacia el sur, y de nuevo encontró refugio en los dominios de Margarita.

Calvino no podía permanecer inactivo. Tan pronto como la tormenta se hubo calmado un poco, buscó un nuevo campo de trabajo en Poitiers, donde las nuevas opiniones habían obtenido el favor del pueblo. Gente de toda clase escuchaba alegremente el evangelio. Al aumentar el número de oyentes, se pensó que era más seguro reunirse fuera de la ciudad. Se eligió una caverna en la cual los árboles y las rocas sobresalientes disimulaban completamente el lugar. En ese punto retirado se leía la Biblia y se la explicaba. Aquí se celebró la Cena del Señor por primera vez para los protestantes de Francia. De esta pequeña iglesia se enviaron evangelistas a otros lugares.

Una vez más Calvino regresó a París, pero encontró que casi todas las puertas y las oportunidades de trabajar estaban cerradas. Por fin determinó partir para Alemania. Apenas había salido de Francia cuando se desencadenó una tormenta sobre los protestantes. Resulta que los reformadores franceses resolvieron asestar un golpe contra las supersticiones de Roma, lo que había de despertar a toda la nación. Una noche se fijaron carteles en toda Francia que atacaban la misa. Este movimiento celoso, pero de poco juicio, les dio a los romanistas un pretexto para exigir la destrucción de los “herejes” como agitadores peligrosos para el trono y para la paz de la nación.

Uno de los carteles fue fijado en la puerta de la cámara privada del rey. La temeridad inigualada de introducir estas alarmantes manifestaciones dentro de los predios reales despertó la ira del monarca. Su cólera se manifestó en las terribles palabras: “Deténgase a todos los sospechosos de luteranismo sin distinción. Los exterminaré a todos ellos”.[9] El rey había decidido ponerse completamente del lado de Roma.

Un reinado de terror

Se apresó a un pobre adherente a la fe reformada, que estaba acostumbrado a convocar a los creyentes a sus asambleas secretas. Amenazándolo con una muerte inmediata en la hoguera, se le ordenó que condujera al emisario papal a la casa de todo protestante de la ciudad. El miedo a las llamas prevaleció, y él consintió en traicionar a sus hermanos. Morin, el detective real, junto con el traidor, pasaron lenta y silenciosamente por las calles de la ciudad. Cuando llegaban frente a la casa de un luterano, el traidor hacía una señal, sin pronunciar palabra alguna. La procesión se detenía, entraban en la casa, encadenaban a la familia y la sacaban, y la compañía proseguía en busca de nuevas víctimas. “Morin hizo temblar a toda la ciudad... era un reino de terror”.[10]

Las víctimas fueron entregadas a la muerte en medio de crueles torturas, pues se había ordenado especialmente que las quemaran a fuego lento, con el fin de prolongar su agonía. Pero murieron como conquistadores, con una persistencia incombustible y en medio de una paz imperturbable. Los perseguidores se sintieron derrotados. “Toda París pudo ver qué clase de hombres podían producir las nuevas ideas. No había púlpito tan eficaz como la hoguera del mártir. El gozo sereno que iluminaba los rostros de esos hombres mientras eran llevados al lugar de la ejecución... proclamaba con irresistible elocuencia las bondades del evangelio”.[11]

A los protestantes se los acusó de tramar una masacre de los católicos, derrocar el gobierno y asesinar al rey, aunque no podía presentarse ni una sombra de evidencia en sostén de esa acusación. Pero las cruelezas infligidas contra los inocentes protestantes se convirtieron en un peso de retribución futura, y en los siglos posteriores dieron por resultado precisamente el desastre que habían predicho sobre el rey, su gobierno y sus súbditos. Mas esas acciones fueron realizadas por los incrédulos y por los papistas mismos. La supresión del protestantismo había de traer sobre Francia estas terribles calamidades.

Ahora prevalecían las sospechas, la desconfianza y el terror en todas las clases sociales. Millares huyeron de París, constituyéndose en expatriados voluntarios de su tierra nativa, en muchos casos, dando de esta manera la indicación de que

favorecían la fe reformada. Los partidarios del Papa se asombraron al observar la clase insospechada de “herejes” que había sido tolerada entre ellos.

Se abolió la imprenta

Francisco I se había deleitado en reunir en su corte a hombres de letras de todos los países. Pero, inspirado por el celo de desterrar la herejía, este benefactor del conocimiento proclamó un edicto para declarar abolido todo tipo de impresión en toda Francia. Francisco I constituye uno de los muchos ejemplos que revelan que la cultura intelectual no es una salvaguardia contra la intolerancia y la persecución religiosa.

Los sacerdotes exigían que la afrenta hecha al alto cielo por haber condenado la misa fuera expiada con sangre. Fue indicado el 21 de enero de 1535 para realizar la terrible ceremonia. Delante de cada puerta se prendió una antorcha en honor del “santo sacramento”. Antes del alborear del día se formó la procesión en el palacio del rey.

“La hueste era dirigida por el obispo de París que se hallaba bajo un magnífico palio... sostenido por cuatro príncipes de abolengo... Detrás de la procesión caminaba el rey... Francisco I, quien ese día no usaba corona, ni manto estatal”. [12] En cada altar él se inclinaba con humillación, no por los vicios que corrompián su alma, ni por la sangre inocente que manchaba sus manos, sino por el “terrible pecado” de sus súbditos que habían osado condenar la misa.

En la gran sala del palacio del obispo apareció el monarca, y con palabras de conmovedora elocuencia lamentó “el crimen, la blasfemia, el día de dolor y la desgracia” que había sobrevenido a la nación. Y pidió a cada súbdito leal que ayudara en la extirpación de la pestilente “herejía” que amenazaba a Francia con la ruina. Las lágrimas corrían por sus mejillas, y toda la asamblea lloró, exclamando unánimemente: “¡Viviremos y moriremos por la religión católica!”[13]

“La gracia que trae salvación” había aparecido, pero Francia, que fue iluminada por su brillo, la rechazó, eligiendo las tinieblas antes que la luz. Habían llamado al mal bien, y al bien mal, hasta que cayeron víctimas de su propio engaño voluntario. La luz que los habría salvado del engaño, de manchar sus almas con la culpa de sangre, fue rechazada voluntariamente.

De nuevo se formó la procesión. “A corta distancia se habían erigido cadalsos sobre los cuales algunos protestantes cristianos habían de ser quemados vivos; se arregló para que las hogueras fueran encendidas en el momento en que se acercaba el rey, y que la procesión se detuviera para presenciar la ejecución”. [14] No había ninguna vacilación por parte de las víctimas. Al exigírsele que se retractara, uno contestó: “Yo sólo creo en lo que los profetas y los apóstoles predicaron anteriormente, y lo que creyó toda la compañía de los santos. Mi fe tiene su confianza en Dios, quien resistirá todos los poderes del infierno”.[15]

Al llegar al palacio, la muchedumbre se dispersó y el rey y los prelados se retiraron, felicitándose de que la obra continuaría hasta lograr una destrucción completa de la “herejía”.

El evangelio de la paz que Francia rechazó iba a ser desarraigado con toda seguridad, y terribles serían los resultados. El 21 de enero de 1793 otra procesión, organizada con un fin muy diferente, recorrió las calles de París. “De nuevo el rey era la figura principal; otra vez había tumulto y clamoreo; de nuevo se oían los gritos de más víctimas; de nuevo había negros cadalsos; y de nuevo las escenas del día terminaron con horribles ejecuciones; Luis XVI, forcejeando con los carceleros y con los verdugos, fue arrastrado hasta la guillotina, y allí mantenido por la fuerza hasta que la cuchilla cayó y su cabeza separada del cuerpo, rodó por el cadalso”.[16] Y cerca del mismo sitio, 2.800 seres humanos perecieron decapitados por la guillotina durante el Reinado del Terror.

La Reforma había presentado al mundo una Biblia abierta. El amor infinito había abierto delante de los hombres los principios del cielo. Cuando Francia rechazó el don del cielo, sembró la semilla de la ruina. El proceso inevitable de la causa y el efecto se cumplieron en la conocida históricamente como Revolución Francesa y el Reinado del Terror.

El valiente y ardoroso Farel se vio obligado a huir de la tierra de su nacimiento a Suiza. Sin embargo, continuó ejerciendo una decidida influencia sobre la reforma en Francia. Con ayuda de otros exiliados, los escritos de los reformadores alemanes fueron traducidos al francés y, junto con la Biblia en ese idioma, se imprimieron en grandes cantidades. Los colportores* vendieron estas obras en forma muy extensa en Francia.

Farel inició su obra en Suiza bajo el disfraz humilde de un maestro de escuela, introduciendo cuidadosamente las verdades de la Biblia. Algunos creyeron, pero

los sacerdotes intentaron detener la obra, y los supersticiosos fueron inducidos a oponerse a ella. “Ese no puede ser el evangelio de Cristo –instaban los sacerdotes–, puesto que la predicación de estas ideas no trae paz sino guerra”. [17]

Farel fue de aldea en aldea, soportando hambre, frío y cansancio, y hallando por doquiera peligro para su vida. Predicaba en los mercados, en las iglesias y a veces en los púlpitos de las catedrales. Más de una vez fue golpeado y dejado por muerto. Sin embargo avanzó. Vio una a una, aldeas y ciudades que habían sido fortalezas del papado, abrirse al evangelio.

Farel había tenido el deseo de implantar el estandarte del protestantismo en Ginebra. Si esta ciudad podía ganarse sería un centro para la Reforma en Francia, Suiza e Italia.

Muchas de las ciudades y villas vecinas habían sido ya ganadas.

Con un sólo compañero entró en Ginebra. Pero pudo predicar solamente dos sermones. Los sacerdotes lo convocaron primero a un concilio eclesiástico, con armas escondidas debajo de sus hábitos, determinados a darle muerte. Una multitud furiosa se reunió para asegurarse de su muerte si lograba escapar del concilio. Sin embargo, la presencia de los magistrados y de una fuerza armada lo salvó. Temprano por la mañana del siguiente día fue conducido a través del lago a un lugar seguro. Así terminó su primer esfuerzo por evangelizar Ginebra.

Para la próxima prueba se eligió un instrumento más sencillo: un joven de apariencia tan humilde que fue fríamente tratado aun por los mismos profesos amigos de la Reforma. ¿Pero qué podría hacer semejante persona donde Farel había sido rechazado? “Lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte” (1 Corintios 1:27).

Fromento, el maestro de escuela

Fromento comenzó su obra como maestro de escuela. Les enseñaba verdades a los niños en la escuela, que luego ellos repetían en sus hogares. Pronto los padres acudieron a escuchar la explicación de la Biblia. Se distribuían ejemplares del Nuevo Testamento y folletos. Después de un tiempo, también este obrero se vio obligado a huir, pero las verdades que enseñó se habían posesionado de las mentes del pueblo. La Reforma había sido implantada. Regresaron los predicadores, y el culto protestante se estableció finalmente en Ginebra.

La ciudad se había decidido ya en favor de la Reforma cuando Calvin entró por sus puertas. El reformador se dirigía a Basilea cuando se vio obligado por las circunstancias a tomar un camino de rodeo que pasaba por Ginebra.

En esa visita Farel reconoció la mano de Dios. Aunque Ginebra había aceptado la fe reformada, la obra de regeneración debía ser realizada en el corazón por el poder del Espíritu Santo, no por decreto de concilios. Aunque el pueblo de esta ciudad había desechado la autoridad de Roma, no estaba tan dispuesto a renunciar a los vicios que habían florecido bajo su gobierno.

En el nombre de Dios, Farel rogó al joven evangelista para que se quedara y trabajara allí. Calvin se sintió alarmado. Quería evitar el trato directo con el espíritu fuerte y aun violento de los ginebrinos. Deseaba encontrar un lugar tranquilo para estudiar y desde allí, por medio de la prensa, instruir y edificar las iglesias. Pero no se atrevió a rechazar la tarea que le era propuesta. Le pareció “que la mano de Dios se había extendido desde el cielo, y que se posaba sobre él, y lo colocaba justamente en el lugar que tan impacientemente quería abandonar”. [18]

El tronar del anatema

Los anatemas del Papa tronaban contra Ginebra. ¿Cómo habría de resistir esta pequeña ciudad a la poderosa jerarquía que había obligado a reyes y emperadores a someterse?

Habiendo pasado los primeros triunfos de la Reforma, Roma reunió nuevas fuerzas para realizar su destrucción. Se creó la orden de los jesuitas, la más cruel, inescrupulosa y poderosa de todas las fuerzas del papado. Eliminando todo sentimiento de afecto natural, y con la conciencia totalmente silenciada, no conocían ellos otra regla, otro vínculo, sino los de su orden.

El evangelio de Cristo había capacitado a sus adherentes a soportar sufrimientos sin ser amedrentados por el frío, el hambre, la fatiga y la pobreza, para sostener la verdad a pesar del tormento, el calabozo y la hoguera. El jesuitismo inspiraba a sus seguidores un fanatismo que los habilitaba a soportar iguales peligros, y de oponer al poder de la verdad todos los poderes del engaño. No había crimen demasiado grande que pudiera cometerse, no había engaño demasiado bajo que pudiera practicarse, ni había disfraz demasiado difícil de llevar. Tenían el propósito definido de abatir el protestantismo y restablecer la supremacía papal.

Usando el manto de la santidad, visitaban prisiones y hospitales, ministraban a los enfermos y a los pobres, y llevaban el sagrado nombre de Jesús, que fue por todas partes haciendo bien; pero debajo de este exterior impecable, a menudo se ocultaban propósitos criminales y mortíferos.

Un principio fundamental de la orden era que el fin justifica los medios. El mentir, el robar, el cometer perjurio y el asesinar eran recomendables cuando servían a los intereses de la iglesia. Bajo el manto jesuítico lograban entrar en las oficinas del Estado, y eran elevados para ser consejeros de los reyes y para amoldar la conducta de las naciones. Se empleaban como sirvientes para actuar como espías de sus amos. Establecieron colegios para los príncipes y los nobles, y escuelas para el pueblo común. Los hijos de los padres protestantes eran obligados a observar los ritos papales. Así la libertad por la cual los padres habían trabajado penosamente, era traicionada por sus hijos. Dondequiera que

iban los jesuitas, seguía un reavivamiento del papado.

Con el fin de darles mayor poder, se proclamó una bula restableciendo la Inquisición. Este terrible tribunal fue de nuevo establecido por los gobernantes partidarios del Papa, y en sus secretos calabozos se repitieron atrocidades tan terribles que no pueden soportar la luz del día. En muchos países, miles y miles de personas que pertenecían a la flor y nata de la nación, los más intelectuales y altamente educados, fueron muertos u obligados a huir a otros países.

Victorias para la Reforma

Tales fueron los medios que Roma utilizó para apagar la luz de la Reforma y restaurar la ignorancia y la superstición de la Edad Media, la edad oscura. Pero bajo la bendición de Dios y por las labores de hombres nobles que él levantó para suceder a Lutero, el protestantismo no fue derrocado. No fueron las armas de los príncipes su poderío. Las naciones más humildes y menos poderosas llegaron a ser sus fortalezas. Fue la pequeña Ginebra; fue Holanda, combatiendo contra la tiranía de España; fue la desierta y estéril Suecia, países que ganaron victorias para la Reforma.

Más o menos durante 30 años Calvino trabajó desde Ginebra procurando el avance de la Reforma por toda Europa. Su conducta no fue irreprochable, ni estaban sus doctrinas libres de error. Pero fue el instrumento para proclamar verdades de una importancia especial, para mantener el protestantismo frente a la ola papal que rápidamente regresaba, y para promover en las iglesias reformadas la sencillez y la pureza de vida.

Desde Ginebra salían publicaciones y maestros para esparcir las doctrinas reformadas. Desde este punto esperaban todos los países recibir instrucción y ánimo. La ciudad de Calvino llegó a ser un refugio para los perseguidos reformadores de toda la Europa occidental. Ellos eran bienvenidos y allí cuidados con ternura; y al encontrar un hogar, bendecían a la ciudad adoptiva con su saber, su capacidad y su piedad. Juan Knox, el valiente reformador escocés, no pocos de los puritanos ingleses, protestantes de Holanda y de España, y los hugonotes de Francia, llevaron desde Ginebra la antorcha de la verdad para iluminar las tinieblas de sus países nativos.

[1]Wylie, lib. 13, cap. 1.

[2]Ibíd., lib. 13, cap. 2.

[3]D'Aubigné, lib. 12, cap. 3.

[4]Ibíd.

[5]D'Aubigné, History of the Reformation in Europe in the Time of Calvin [Historia de la Reforma en Europa en el tiempo de Calvino], lib. 2, cap. 16.

[6]Wylie, lib. 13, cap. 9.

[7]Ibíd., lib. 13, cap. 7.

[8]Martyn, t. 3, cap. 13.

[9]D'Aubigné, lib., 2, cap. 30.

[10]Ibíd., lib. 4, cap. 10.

[11]Wylie, lib. 13, cap. 20.

[12]Ibíd., lib. 13, cap. 21.

[13]D'Aubigné, lib. 4, cap. 12.

[14]Wylie, lib. 13, cap. 21.

[15]D'Aubigné, lib. 4, cap. 12.

[16]Wylie, lib. 13, cap. 21.

[17]Ibíd., lib. 14, cap. 3.

[18]D'Aubigné, lib. 9, cap. 17.

El despertar de España

*

Los comienzos del siglo XVI coinciden con el período heroico de la historia de España, el período de la victoria final sobre los moros y de la romántica conquista del Nuevo Mundo, período en que el entusiasmo religioso y militar elevó el carácter nacional de un modo extraordinario. Tanto en la guerra como en la diplomacia y en el arte de gobernar, se reconocía y temía la preeminencia de los españoles. A fines del siglo XV, Colón había descubierto y unido a la corona de España territorios dilatadísimos y fabulosamente ricos. En los primeros años del siglo XVI fue cuando Balboa descubrió el Océano Pacífico; y mientras se colocaba en Aquisgrán la corona de Carlomagno y Barbarroja sobre la cabeza de Carlos V, Magallanes llevaba a cabo el gran viaje que había de tener por resultado la circunnavegación del globo, y Cortés se hallaba empeñado en la ardua conquista de México. Veinte años después Pizarro había llevado a feliz término la conquista del Perú.

Carlos V ascendió al trono como soberano de España y Nápoles, de los Países Bajos, de Alemania y Austria, en el momento en que Alemania se encontraba en un estado de agitación sin precedentes. Con la invención de la imprenta se propagó la Biblia por los hogares del pueblo, y como muchos aprendieron a leer para sí la Palabra de Dios, la luz de la verdad disipó las tinieblas de la superstición como por obra de una nueva revelación. Era evidente que había habido un alejamiento de las enseñanzas de los fundadores de la iglesia primitiva, tal cual se hallaban relatadas en el Nuevo Testamento. Entre las órdenes monásticas “la vida conventual se había corrompido al extremo de que los monjes más virtuosos no podían ya soportarla”.[1] Muchos otros, que estaban relacionados con la iglesia, se asemejaban muy poco a Jesús y a sus apóstoles. Los católicos sinceros, que amaban y honraban la antigua religión, se horrorizaban ante el espectáculo que se les ofrecía por doquier. Entre todas las clases sociales se notaba “una viva percepción de las corrupciones que se habían

introducido en la iglesia, y un profundo y general anhelo por la reforma”.[2]

Deseosos de respirar un ambiente más sano, surgieron por todas partes evangelistas inspirados por una doctrina más pura. Muchos católicos, nobles y serios, entre los que se contaban no pocos del clero español e italiano, se unieron a este movimiento que rápidamente iba extendiéndose por Alemania y Francia. Como lo declaró el sabio arzobispo de Toledo, Bartolomé de Carranza, en sus Comentarios del catecismo, aquellos piadosos prelados querían ver “revivir en su sencillez y pureza el antiguo espíritu de nuestros antepasados y de la iglesia primitiva”.[3]

El clero de España era competente para tomar parte directiva en este retorno al cristianismo primitivo. Siempre amante de la libertad, el pueblo español durante los primeros tiempos de la era cristiana se había negado resueltamente a reconocer la supremacía de los obispos de Roma; y sólo después de transcurridos ocho siglos, reconoció al fin a Roma el derecho de entrometerse con autoridad en sus asuntos internos. Fue precisamente con el fin de aniquilar ese espíritu de libertad, característico del pueblo español hasta en los siglos posteriores a su reconocimiento de la supremacía papal, por lo que en 1483 Fernando e Isabel, en hora fatal para España, permitieron el establecimiento de la Inquisición como tribunal permanente en Castilla y su restablecimiento en Aragón, con Tomás de Torquemada como inquisidor general.

Durante el reinado de Carlos V la represión de las libertades del pueblo, que ya había ido muy lejos en tiempos de su abuelo, y que su hijo iba a reducir a sistema, siguió desenfrenadamente... a pesar de las apelaciones de las cortes. Fueron requeridas todas las artes de su famoso ministro, el cardenal Jiménez, para impedir un rompimiento manifiesto. Al principio del reinado del monarca (1520), las ciudades de Castilla se vieron impulsadas a sublevarse para conservar sus antiguas libertades. Sólo a duras penas logró sofocarse la insurrección (1521). La política de este soberano consistía, como había consistido la de su abuelo Fernando, en oponerse al espíritu de toda una época, considerando tanto las almas como los cuerpos de las muchedumbres como propiedad personal de un individuo. Dijo un historiador: “El soberbio imperio de Carlos V se levantó sobre la tumba de la libertad”.[4]

A pesar de tan extraordinarios esfuerzos por despojar a los hombres de sus libertades civiles y religiosas, y hasta de la libertad del pensamiento, el ardor del entusiasmo religioso, unido al instinto profundo de libertad civil, indujo a

muchos hombres y mujeres piadosos a aferrarse tenazmente a las enseñanzas de la Biblia y a sostener el derecho que tenían de adorar a Dios según los dictados de su conciencia. De aquí que en España se realizara un movimiento análogo al de la revolución religiosa que se desarrollaba en otros países. Al paso que los descubrimientos que se realizaban en el Nuevo Mundo prometían, al soldado y al mercader, territorios sin límites y riquezas fabulosas, muchos miembros de entre las familias más nobles fijaron resueltamente sus miradas en las conquistas más vastas y riquezas más duraderas del evangelio. Las enseñanzas de las Sagradas Escrituras estaban abriéndose paso silenciosamente en el corazón de hombres como el erudito Alfonso de Valdés, secretario de Carlos V; su hermano Juan de Valdés, secretario del virrey de Nápoles; y el elocuente Constantino Ponce de la Fuente, capellán y confesor de Carlos V, de quien Felipe II dijo que era “muy gran filósofo y profundo teólogo y de los más señalados hombres en el púlpito y elocuencia que ha habido de tiempos acá”. A Más allá aún fue la influencia de las Sagradas Escrituras al penetrar en el rico monasterio de San Isidro del Campo, donde casi todos los monjes recibieron gozosos la Palabra de Dios cual antorcha para sus pies y luz sobre su camino. Inclusive fueron aceptadas por el arzobispo Carranza, quien después de haber sido elevado a la primacía, se vio obligado durante cerca de 20 años a batallar en defensa de su vida entre los muros de la Inquisición porque abogaba por las doctrinas de la Biblia.B

Ya en 1519 empezaron a aparecer, en forma de pequeños folletos en latín, los escritos de los reformadores de otros países, a los que siguieron, meses después, obras de mayor aliento, escritas casi todas en castellano. En ellas se ponderaba la Biblia como piedra de toque que debía servir para probar cualquier doctrina, se exponía sabiamente la necesidad que había de reformas, y se explicaban con claridad las grandes verdades relativas a la justificación por la fe y la libertad mediante el evangelio.

“La primera, la más noble, la más sublime de todas las obras –enseñaban los reformadores–, es la fe en Jesucristo. De esta obra deben proceder todas las otras... Un cristiano que tiene fe en Dios lo hace todo con libertad y con gozo; mientras que el hombre que no está con Dios vive lleno de preocupaciones y sujeto siempre a la servidumbre. Este se pregunta a sí mismo con angustia cuántas obras buenas tendrá que hacer; corre acá y acullá; pregunta a éste y a aquél; no encuentra la paz en ninguna parte, y todo lo ejecuta con disgusto y con temor. La fe vive únicamente en Jesucristo, y nos es prometida y dada gratuitamente. ¡Oh hombre!, represéntate a Cristo, y considera cómo Dios te

muestra en él su misericordia, sin ningún mérito de tu parte. Saca de esta imagen de su gracia la fe y la certidumbre de que todos tus pecados te están perdonados: esto no lo pueden producir las obras. De la sangre, de las llagas, de la misma muerte de Cristo es de donde mana esa fe que brota en el corazón”.C

En uno de los tratados se explicaba del siguiente modo la diferencia que media entre la excelencia de la fe y las obras humanas:

“Dios dijo: ‘Quien creyere y fuere bautizado, será salvo’. Esta promesa de Dios debe ser preferida a toda la ostentación de las obras, a todos los votos, a todas las satisfacciones, a todas las indulgencias y a cuanto ha inventado el hombre; porque de esta promesa, si la recibimos con fe, depende toda nuestra felicidad. Si creemos, nuestro corazón se fortalece con la promesa divina; y aunque el fiel quedase despojado de todo, esa promesa en que cree lo sostendría. Con ella resistiría al adversario que se lanzara contra su alma; con ella podrá responder a la despiadada muerte, y ante el mismo juicio de Dios. Su consuelo en todas sus adversidades consistirá en decir: Yo recibí ya las primicias de ella en el bautismo; si Dios es conmigo, ¿quién será contra mí? ¡Oh, qué rico es el cristiano bautizado! Nada puede perderlo a no ser que se niegue a creer.

“Si el cristiano encuentra su salud eterna en la renovación de su bautismo por la fe –preguntaba el autor de ese tratado–, ¿qué necesidad tiene de las prescripciones de Roma? Declaro, pues –añadía–, que ni el Papa, ni el obispo, ni cualquier hombre que sea tiene derecho a imponer lo más mínimo a un cristiano sin su consentimiento. Todo lo que se hace así, se hace tiránicamente. Somos libres con respecto a todos. Dios aprecia todas las cosas según la fe, y acontece a menudo que el simple trabajo de un criado o de una criada es más grato a Dios que los ayunos y obras de un fraile, por faltarle a éste la fe. El pueblo cristiano es el verdadero pueblo de Dios”.[5]

En otro tratado se enseñaba que el verdadero cristiano, al ejercer la libertad que da la fe, tiene buen cuidado también en respetar los poderes establecidos. El amor a sus semejantes lo induce a comportarse de un modo prudente y a ser leal a los que gobiernan el país. “Aunque el cristiano... [sea] libre, se hace voluntariamente siervo, para obrar con sus hermanos como Dios obró con él mismo por Jesucristo”. “Yo quiero –dice el autor– servir libre, gozosa y desinteresadamente a un Padre que me ha dado toda la abundancia de sus bienes; quiero obrar con mis hermanos, así como Cristo obró conmigo”. “De la fe – prosigue el autor– procede una vida llena de libertad, de caridad y de alegría.

¡Oh, cuán elevada y noble es la vida del cristiano!... Por la fe el cristiano se eleva hasta Dios; por el amor desciende hasta el hombre; y no obstante permanece siempre en Dios. He aquí la verdadera libertad; libertad que sobrepasa a toda otra libertad, tanto como los cielos distan de la tierra". [6]

Estas exposiciones de la libertad del evangelio no podían dejar de llamar la atención en un país donde el amor a la libertad era tan arraigado. Los tratados y folletos pasaron de mano en mano. Los amigos del movimiento evangélico en Suiza, Alemania y los Países Bajos seguían enviando a España gran número de publicaciones. No era tarea fácil para los comerciantes burlar la vigilancia de los esbirros de la Inquisición, que hacían cuanto podían para acabar con las doctrinas reformadas, contrarrestando la ola de literatura que iba inundando al país.D

No obstante, los amigos de la causa perseveraron, hasta que muchos miles de tratados y libritos fueron introducidos de contrabando, burlando la vigilancia de los agentes apostados en los principales puertos del Mediterráneo y a lo largo de los pasos de los Pirineos. A veces se metían estas publicaciones dentro de fardos de heno o de yute (cáñamo de las Indias), o en barriles de vino de Borgoña o de Champaña. A veces iban empaquetados en un barril interior impermeable dentro de otro barril más grande lleno de vino. Año tras año, durante la mayor parte del siglo XVI, se hicieron esfuerzos constantes para abastecer al pueblo con Testamentos y Biblia en castellano y con los escritos de los reformadores. Era una época en que la Palabra impresa había tomado un vuelo que la llevaba, como el viento lleva las semillas, hasta los países más remotos.

Entretanto, la Inquisición trataba de impedir con redoblada vigilancia que dichos libros llegasen a manos del pueblo. "Los dueños de librerías tuvieron que entregarle tantos libros, que casi se arruinaban".[7] "Ediciones enteras fueron confiscadas, y no obstante ejemplares de obras importantes, inclusive muchos Nuevos Testamentos y porciones del Antiguo Testamento, llegaban a los hogares del pueblo merced a los esfuerzos de los comerciantes y colportores. Esto sucedía así especialmente del norte, en Cataluña, Aragón y Castilla la Vieja, donde los valdenses habían sembrado pacientemente la semilla que empezaba a brotar y que prometía abundante cosecha".E

Uno de los colportores más tesoneros y afortunados en la empresa fue Julián Hernández, un enano que, disfrazado a menudo de buhonero o de arriero, hizo muchos viajes a España cruzando los Pirineos, o entrando por alguno de los

puertos del sur del país. Según testimonio del escritor jesuita, fray Santiáñez, era Julián un español que “salió de Alemania con designio de infernar toda España y corrió gran parte de ella, repartiendo muchos libros de perversa doctrina por varias partes y sembrando las herejías de Lutero en hombres y mujeres; y especialmente en Sevilla. Era sobremanera astuto y mañoso (condición propia de los herejes). Hizo gran daño en toda Castilla y Andalucía. Entraba y salía por todas partes con mucha seguridad con sus trazas y embustes, pegando fuego en donde ponía los pies”.F

Mientras la difusión de impresos daba a conocer en España las doctrinas reformadas, “debido a la extensión del gobierno de Carlos V sobre Alemania y los Países Bajos, se estrechaban más las relaciones de España con estos países, proporcionando a los españoles, tanto seglares como eclesiásticos, una buena oportunidad para informarse acerca de las doctrinas protestantes, y no pocos les dieron favorable acogida”.[8] Entre ellos se encontraban algunos que, como Alfonso y Juan de Valdés, hijos de Don Fernando de Valdés, corregidor de la antigua ciudad de Cuenca, desempeñaban altos puestos públicos.

“Alfonso de Valdés que, como secretario imperial, acompañó a Carlos V con motivo de su coronación, en 1520, y a la Dieta de Worms, en 1521, aprovechó su viaje a Alemania y a los Países Bajos para informarse bien respecto al origen y la propagación del movimiento evangélico, y escribió dos cartas a sus amigos de España haciendo un relato completo de cuanto había oído, incluso un informe detallado de la comparecencia de Lutero ante la Dieta”.G

Unos diez años después estuvo con Carlos V en la Dieta de Augsburgo, donde tuvo oportunidad de conversar libremente con Melanchton, a quien aseguró que su “influencia había contribuido a librar el ánimo del emperador de... falsas impresiones; y que en una entrevista posterior se le había encargado dijera a Melanchton que su majestad deseaba que éste escribiera un compendio claro de las opiniones de los luteranos, poniéndolas en oposición, artículo por artículo, con las de sus adversarios. El reformador accedió gustoso al pedido, y el resultado de su labor fue comunicado por Valdés a Campegio, legado del Papa. Este acto no se le escapó al ojo vigilante de la Inquisición. Luego que Valdés regresó a su país natal, se lo acusó ante el ‘Santo oficio’ y fue condenado como sospechoso de luteranismo”.[9]

El poder del Espíritu Santo que asistió a los reformadores en la tarea de presentar las verdades de la Palabra de Dios durante las grandes Dietas convocadas de

tanto en tanto por Carlos V, hizo una gran impresión en el ánimo de los nobles y de los dignatarios de la iglesia, que de España acudieron a aquéllas. Por más que a algunos de éstos, como al arzobispo Carranza, se les contase durante muchos años entre los más decididos partidarios del catolicismo romano, con todo no pocos cedieron al fin a la convicción de que era verdaderamente Dios quien dirigía y enseñaba a aquellos intrépidos defensores de la verdad, que, con la Biblia, abogaban por el retorno al cristianismo primitivo y a la libertad del evangelio.

Entre los primeros reformadores españoles que se valieron de la imprenta para esparcir el conocimiento de la verdad bíblica hay que mencionar a Juan de Valdés, hermano de Alfonso, sabio abogado, secretario del virrey español de Nápoles. Sus obras se caracterizaban por un “amor a la libertad, digno del más alto encarecimiento”. H Escritas “con gran maestría y agudeza, en estilo ameno y con pensamientos muy originales”, contribuyeron grandemente echar los cimientos del protestantismo en España.

“En Sevilla y Valladolid los protestantes llegaron a contar con el mayor número de adeptos”. Pero como “los que adoptaron la interpretación reformada del evangelio se contentaron por regla general con su promulgación, sin atacar abiertamente la teología o la Iglesia Católica”, [10] sólo a duras penas podían los creyentes reconocerse unos a otros, pues temían revelar sus verdaderos sentimientos a los que no les parecían dignos de confianza. En la providencia de Dios, fue un golpe dado por la misma Inquisición el que rompió en Valladolid aquella valla de retraimiento, y el que hizo posible a los creyentes reconocerse y hablar unos con otros.

Francisco San Román, natural de Burgos, e hijo del alcalde mayor de Bribiesca, en el curso de sus viajes comerciales, tuvo oportunidad de visitar Bremen, donde oyó predicar las doctrinas evangélicas. De regreso a Amberes fue encarcelado durante ocho meses, pasados los cuales se le permitió proseguir su viaje a España, donde se creía que guardaría silencio. Pero, cual aconteciera con los apóstoles de antaño, no pudo “dejar de hablar las cosas que había visto y oído”, debido a lo cual no tardó en ser entregado a la Inquisición en Valladolid.

Corto fue el proceso... Confesó abiertamente su fe en las principales doctrinas de la Reforma, a saber que nadie se salva por sus propias obras, méritos o fuerzas, sino únicamente debido a la gracia de Dios, mediante el sacrificio de un solo Mediador. Ni con súplicas o torturas pudo inducirsele a que se retractara; se lo

sentenció, pues, a la hoguera, y sufrió el martirio en un notable auto de fe en 1544.

Hacía cerca de cuarto de siglo que la doctrina reformada había llegado por primera vez a Valladolid, pero durante ese tiempo “sus discípulos se habían contentado con guardarla en su corazón o hablar de ella con la mayor cautela a sus amigos de confianza. El estudio y la meditación, avivados por el martirio de San Román, pusieron fin a tal retramiento. Expresiones de simpatía por su suerte, o de admiración por sus opiniones, dieron lugar a conversaciones, en cuyo curso los que favorecían la nueva fe, como se la llamaba, pudieron fácilmente reconocerse unos a otros. El celo y la magnanimidad de que dio prueba el mártir al arrostrar el odio general y sufrir tan horrible muerte por causa de la verdad, provocó la emulación hasta de los más tímidos de aquéllos; de suerte que, pocos años después de aquel auto, se organizaron formando una iglesia que se reunía con regularidad, en privado, para la instrucción y el culto religioso”.[11]

Esta iglesia, cuyo desarrollo fue fomentado por los esfuerzos de la Inquisición, tuvo por primer pastor a Domingo de Rojas. “Su padre fue Don Juan, primer marqués de Poza; su madre fue hija del conde de Salinas, y descendía de la familia del marqués de la Mota... Además de los libros de los reformadores alemanes, con los que estaban familiarizados, propagó ciertos escritos suyos, y particularmente un tratado con el título de Explicación de los artículos de fe, que contenía una corta exposición y defensa de las nuevas opiniones”. “Rechazaba como contraria a las Escrituras la doctrina del Purgatorio, la misa y otros artículos de la fe establecida”. “Merced a sus exhortaciones llenas de celo, muchos fueron inducidos a unirse a la iglesia reformada de Valladolid, entre los que se contaban varios miembros de la familia del mismo Rojas, como también de la del marqués de Alcañices y de otras familias nobles de Castilla”.[12] Después de algunos años de servicio en la buena causa, Rojas sufrió el martirio de la hoguera. Camino al sitio del suplicio pasó frente al palco real, y preguntó al rey: “¿Cómo podéis, señor, presenciar así los tormentos de vuestros inocentes súbditos? Salvadnos de muerte tan cruel”. “No –replicó Felipe–, yo mismo llevaría la leña para quemar a mi propio hijo si fuese tan miserable como tú”. [13]

El Dr. Don Agustín Cazalla, compañero y sucesor de Rojas, “era hijo de Pedro Cazalla, oficial mayor del tesoro real” y se lo consideraba como “a uno de los principales oradores sagrados de España”. En 1545 fue nombrado capellán del

emperador, “a quien acompañó el año siguiente a Alemania”, y ante quien predicó ocasionalmente años después, cuando Carlos V se hubo retirado al convento de Yuste. De 1555 a 1559 tuvo Cazalla oportunidad de pasar larga temporada en Valladolid, de donde era natural su madre, en cuya casa solía reunirse secretamente para el culto de la iglesia protestante. “No pudo resistir a las repetidas súplicas con que se le instó para que se hiciera cargo de los intereses espirituales de ésta; la cual, favorecida con el talento y la nombradía del nuevo pastor, creció rápidamente en número y respetabilidad”.[14]

En Valladolid “la doctrina reformada penetró hasta en los monasterios. Fue abrazada por gran número de las monjas de Sta. Clara, y de la orden cisterciense de San Belén, y contaba con personas convertidas entre la clase de mujeres devotas, que... se dedicaban a obras de caridad”.

“Las doctrinas protestantes se esparcieron por todas partes alrededor de Valladolid, habiendo convertidos en casi todas las ciudades y en muchos de los pueblos del antiguo reino de León. En la ciudad de Toro fueron aceptadas las nuevas doctrinas por... Antonio Herrezuelo, abogado de gran talento, y por miembros de las familias de los marqueses de la Mota y de Alcañices. En la ciudad de Zamora, Don Cristóbal de Padilla era cabeza de los protestantes”. De éstos los había también en Castilla la Vieja, en Logroño, en la Raya de Navarra, en Toledo y en las provincias de Granada, Murcia, Valencia y Aragón. “Formaron agrupaciones en Zaragoza, Huesca, Barbastro y en otras muchas ciudades”.[15]

Respecto al carácter y la posición social de los que se unieron al movimiento reformador en España, se expresa así el historiador: “Tal vez no hubo nunca en país alguno tan grande proporción de personas ilustres, por su cuna o por su saber, entre los convertidos a una religión nueva y proscrita. Esta circunstancia ayuda a explicar el hecho singular de que un grupo de disidentes que no bajaría de dos mil personas, diseminadas en tan vasto país, y débilmente relacionadas unas con otras, hubiese logrado comunicar sus ideas y tener sus reuniones privadas durante cierto número de años sin ser descubierto por un tribunal tan celoso como lo fue el de la Inquisición”.[16]

Al paso que la Reforma se propagaba por todo el norte de España, con Valladolid por centro, una obra de igual importancia, centralizada en Sevilla, se llevaba a cabo en el sur. Merced a una serie de circunstancias providenciales, Rodrigo de Valero, joven acaudalado, fue inducido a apartarse de los deleites y

pasatiempos de los ricos ociosos y hacerse heraldo del evangelio de Cristo. Consiguió un ejemplar de la Vulgata, y aprovechaba todas las oportunidades para aprender el latín, en que estaba escrita la Biblia. “A fuerza de estudiar día y noche, pronto logró familiarizarse con las Sagradas Escrituras. El ideal sostenido por ellas era tan patente y diferente del que tenía el clero, que Valero se sintió obligado a hacerle ver a éste cuánto se habían apartado del cristianismo primitivo todas las clases sociales, tanto en cuanto a la fe como en cuanto a las costumbres; la corrupción de su propia orden, que había contribuido a malograr toda la comunidad cristiana; y el sagrado deber que le incumbía a la orden de aplicar inmediato y radical remedio antes que el mal se volviera del todo incurable. Estas reprobaciones iban siempre acompañadas de una apelación a las Sagradas Escrituras como autoridad suprema en materia de religión, y de una exposición de las principales doctrinas que aquellas enseñan”.[17] “Y esto lo decía –escribe Cipriano de Valera– no por rincones, sino en medio de las plazas y calles, y en las gradas de Sevilla”.[18]

El más distinguido entre los conversos de Rodrigo de Valero fue el Dr. Egidio (Juan Gil), canónigo mayor de la corte eclesiástica de Sevilla, quien, no obstante su extraordinario saber, no logró por muchos años alcanzar popularidad como predicador. Valero, reconociendo la causa del fracaso del Dr. Egidio, le aconsejó “estudiar día y noche los preceptos y las doctrinas de la Biblia; y la frialdad impotente con que había solido predicar fue sustituida con poderosos llamamientos a la conciencia y tiernas pláticas dirigidas a los corazones de sus oyentes. Se despertó la atención de éstos, que llegaron a la íntima convicción de la necesidad y ventaja de aquella salvación revelada por el evangelio; de este modo los oyentes fueron preparados para recibir las nuevas doctrinas de la verdad que les presentara el predicador, tal cual a él mismo le eran reveladas, y con la precaución que parecía aconsejar y requerir tanto la debilidad del pueblo como la peligrosa situación del predicador.

“De este modo y debido a un celo... atemperado con prudencia... tuvo la honra no sólo de ganar convertidos a Cristo, sino de educar mártires para la verdad. ‘Entre las demás dotes celestiales de aquel santo varón’, decía uno de sus discípulos, ‘era verdaderamente de admirar el que a todos aquellos cuya instrucción religiosa tomaba sobre sí, parecía que en su misma doctrina les aplicaba al alma una tea de un fuego santo, inflamándolos con ella para todos los ejercicios piadosos, así internos como externos, y encendiéndolos particularmente para sufrir y aun amar la cruz que los amenazaba: en esto sólo, en los iluminados con la luz divina, daba a conocer que lo asistía Cristo en su

ministerio, puesto que, en virtud de su Espíritu grababa en el corazón de los suyos las mismas palabras que él con su boca pronunciaba’ ”.[19]

El Dr. Egidio contaba entre sus convertidos al Dr. Vargas y al Dr. Constantino Ponce de la Fuente, hombre de talento poco común, que había predicado durante muchos años en la catedral de Sevilla, y a quien en 1539, con motivo de la muerte de la emperatriz, se había elegido para pronunciar la oración fúnebre. En 1548 el Dr. Constantino acompañó, por mandato real, al príncipe Felipe a los Países Bajos “para hacer ver a los flamencos que no le faltaban a España sabios y oradores corteses”.[20]y de regreso a Sevilla predicaba regularmente en la catedral cada dos domingos. “Cuando él tenía que predicar (predicaba por lo común a las 8:00), era tanta la concurrencia del pueblo que a las 4, muchas veces aun a las 3 de la madrugada, apenas se encontraba en el templo sitio cómodo para oírle”.I

Era una grandísima bendición para los creyentes protestantes de Sevilla tener como guías espirituales a hombres como los Dres. Egidio y Vargas, y el elocuente Constantino, que cooperaron con tanto ánimo y de un modo incansable para el adelanto de la causa que tanto amaban. “Asiduamente ocupados en el desempeño de sus deberes profesionales durante el día, se reunían de noche con los amigos de la doctrina reformada, unas veces en una casa particular, otras veces en otra; el pequeño grupo de Sevilla creció insensiblemente, y llegó a ser el tronco principal del que se tomaron ramas para plantarlas en la campiña vecina”.[21]

Durante su ministerio, “Constantino, a la par que instruía al pueblo de Sevilla desde el púlpito, se ocupaba en propagar el conocimiento religioso por el país por medio de la prensa. El carácter de sus escritos nos muestra con plena claridad lo excelente de su corazón. Eran aquéllos adecuados a las necesidades espirituales de sus paisanos, pero no calculados para lucir sus talentos, o para ganar fama entre los sabios. Fueron escritos en su idioma patrio, en estilo al alcance de las inteligencias menos desarrolladas. Las especulaciones abstractas y los adornos retóricos, en los que por naturaleza y educación podía sobresalir, los sacrificó sin vacilar, persiguiendo el único fin de que todos lo entendieran y resultara útil a todos”.[22]Es un hecho histórico singular y por demás significativo que cuando Carlos V, cansado de la lucha contra la propagación del protestantismo, lucha en que había pasado casi toda la vida, había renunciado al trono y se había retirado a un convento en busca de descanso, fue uno de los libros del Dr. Constantino, su Suma de doctrina cristiana, la que el rey escogió

como una de las treinta obras favoritas que constituían aproximadamente toda su biblioteca.

Si se tiene en cuenta el carácter y la alta categoría de los dirigentes del protestantismo en Sevilla, no resulta extraño que la luz del evangelio brillase allí con claridad suficiente para iluminar no sólo muchos hogares del bajo pueblo, sino también los palacios de príncipes, nobles y prelados. La luz brilló con tanta claridad que, como sucedió en Valladolid, penetró hasta en algunos de los monasterios, los cuales a su vez se volvieron centros de luz y bendición. El capellán del monasterio dominico de San Pablo propagaba con celo las doctrinas reformadas. Se contaban discípulos en el convento de Santa Isabel y en otras instituciones religiosas de Sevilla y sus alrededores.

“Empero fue en el convento jeronimiano de San Isidro del Campo, uno de los más célebres monasterios de España, situado a unos dos kilómetros de Sevilla, donde la luz de la verdad divina brilló con más fulgor. Uno de los monjes, García de Arias, llamado vulgarmente Dr. Blanco, enseñaba precavidamente a sus hermanos que el recitar en los coros de los conventos, de día y de noche, las sagradas preces, sea rezando o cantando, no era rogar a Dios; que los ejercicios de la verdadera religión eran otros que los que pensaban el vulgo religioso; que debían leerse y meditarse con suma atención las Sagradas Escrituras, y que sólo de ellas se podía sacar el verdadero conocimiento de Dios y de su voluntad”. Esta enseñanza fue puesta hábilmente en realce por otro monje, Casiodoro de Reina, que se hizo célebre posteriormente traduciendo la Biblia al idioma de su país. La instrucción dada por tan notables personalidades preparó el camino para “el camino radical” que, en 1557, fue introducido “en los asuntos internos de aquel monasterio”. “Habiendo recibido un buen surtido de ejemplares de las Escrituras y de libros protestantes, en castellano, los frailes los leyeron con gran avidez, circunstancia que contribuyó a confirmar a cuantos habían sido instruidos, y a librar a otros de las preocupaciones de que eran esclavos. Debido a esto el prior y otras personas de carácter oficial, de acuerdo con la cofradía, resolvieron reformar su institución religiosa. Las horas, llamadas del rezo, que habían solido pasar en improductivo formalismo, fueron dedicadas a oír conferencias sobre las Escrituras; los rezos por los difuntos fueron suprimidos o sustituidos con enseñanzas para los vivos; se suprimieron por completo las indulgencias y las dispensas papales, que eran un lucrativo monopolio; se dejaron subsistir las imágenes, pero ya no se las reverenciaba; la temperancia habitual sustituyó a los ayunos supersticiosos; y a los novicios se les instruía en los principios de la verdadera piedad, en lugar de iniciarlos en los hábitos

ociosos y degradantes del monaquismo. Del sistema antiguo no quedaba más que el hábito monacal y la ceremonia exterior de la misa, que no podían abandonar sin exponerse a inevitable e inminente peligro.

“Los buenos efectos de semejante cambio no tardaron en dejarse sentir fuera del monasterio de San Isidro del Campo. Por medio de sus pláticas y de la circulación de libros, aquellos diligentes monjes difundieron el conocimiento de la verdad por las comarcas vecinas y la dieron a conocer a muchos que vivían en ciudades bastante distantes de Sevilla”.[23]

Por deseable que fuese “la reforma introducida por los monjes de San Isidro en su convento... no obstante ella los puso en situación delicada a la par que dolorosa. No podían deshacerse del todo de las formas monásticas sin exponerse al furor de sus enemigos; no podían tampoco conservarlas sin incurrir en culpable inconsistencia”.

Todo bien pensado, resolvieron que no sería prudente fugarse del convento, y que lo único que podían hacer era “quedarse donde estaban y encomendarse a lo que dispusiera una Providencia omnipotente y bondadosa”. Acontecimientos siguientes les hicieron reconsiderar el asunto, llegando al acuerdo de dejar a cada cual libre de hacer, según las circunstancias, lo que mejor y más prudente les pareciera. “Consecuentemente, doce de entre ellos abandonaron el monasterio y, por diferentes caminos, lograron ponerse a salvo fuera de España, y a los doce meses se reunieron en Ginebra”.[24]

Hacía unos 40 años que las primeras publicaciones que contenían las doctrinas reformadas habían penetrado en España. Los esfuerzos combinados de la Iglesia Católica Romana no habían logrado contrarrestar el avance secreto del movimiento, y año tras año la causa del protestantismo se había robustecido, hasta contarse por miles los adherentes a la nueva fe. De cuando en cuando se iban algunos a otros países para gozar de la libertad religiosa. Otros salían de su tierra para colaborar en la obra de crear toda una literatura especialmente adecuada para fomentar la causa que amaban más que la misma vida. Otros aún, cual los monjes que abandonaron el monasterio de San Isidro, se sentían impelidos a salir debido a las circunstancias peculiares en que se hallaban.

La desaparición de estos creyentes, muchos de los cuales se habían destacado en la vida política y religiosa, había despertado, desde hacía mucho tiempo, las sospechas de la Inquisición, y andando el tiempo, algunos de los ausentes fueron

descubiertos en el extranjero, desde donde se afanaban por fomentar la causa protestante en España. Esto indujo a creer que había muchos protestantes en España. Empero los creyentes habían sido tan discretos, que ninguno de los familiares de la Inquisición podía ni siquiera fijar el paradero de ellos.

Fue entonces cuando una serie de circunstancias llevó al descubrimiento de los centros del movimiento en España, y de muchos creyentes. En 1556 Juan Pérez, que vivía a la sazón en Ginebra, terminó su versión castellana del Nuevo Testamento. Esta edición, junto con ejemplares del catecismo español que preparó al año siguiente y con una traducción de Salmos, deseaba mandarla a España, pero durante algún tiempo le fue imposible encontrar a alguien que estuviese dispuesto a acometer tan arriesgada empresa. Finalmente, Julián Hernández, el fiel colportor, se ofreció a hacer la prueba. Colocando los libros dentro de dos grandes barriles, logró burlar a los esbirros de la Inquisición y llegó a Sevilla, desde donde se distribuyeron rápidamente los preciosos volúmenes. Esta edición del Nuevo Testamento fue la primera versión protestante que alcanzara circulación bastante grande en España.K

Durante su viaje, Hernández había dado un ejemplar del Nuevo Testamento a un herrero de Flandes. El herrero enseñó el libro a un cura que obtuvo del donante una descripción de la persona que se lo había dado a él, y la transmitió inmediatamente a los inquisidores de España. Merced a estas señas, los esbirros inquisitoriales lo acecharon a su regreso y lo prendieron cerca de la ciudad de Palma. Lo volvieron a conducir a Sevilla, y lo encerraron entre los muros de la Inquisición, donde durante más de dos años se hizo cuanto fue posible para inducirlo a que delatara a sus amigos, pero sin resultado alguno. Fiel hasta el fin, sufrió valientemente el martirio de la hoguera, gozoso de haber sido honrado con el privilegio de “introducir la luz de la verdad divina en su descarriado país”, y seguro de que en el día del juicio final, al comparecer ante su Hacedor, oiría las palabras de aprobación divina que le permitirían vivir para siempre con su Señor.

No obstante, aunque desafortunados en sus esfuerzos para conseguir de Hernández datos que llevaran al descubrimiento de los amigos de éste, “al fin llegaron los inquisidores a conocer el secreto que tanto deseaban saber”.[25]Por aquél entonces, uno de sus agentes secretos consiguió informes análogos de la iglesia de Valladolid.

Inmediatamente los que estaban a cargo de la Inquisición en España “despacharon mensajeros a los diferentes tribunales inquisitoriales del reino,

ordenándoles que hicieran investigaciones con el mayor sigilo en sus respectivas jurisdicciones, y que estuvieran listos para proceder en común tan pronto como recibieran nuevas instrucciones”.[26] Así, silenciosamente y con presteza, consiguieron los nombres de centenares de creyentes, y al tiempo señalado y sin previo aviso, fueron éstos capturados simultáneamente y encarcelados. Los miembros nobles de las prósperas iglesias de Valladolid y de Sevilla, los monjes que permanecieron en el monasterio de San Isidro del Campo, los fieles creyentes que vivían lejos en el norte, al pie de los Pirineos, y otros más en Toledo, Granada, Murcia y Valencia, todos se vieron de pronto encerrados entre los muros de la Inquisición, para sellar luego su testimonio con su sangre.

“Las personas convictas de luteranismo... eran tan numerosas que alcanzaron a abastecer con víctimas cuatro grandes y tétricos autos de fe en el curso de los años siguientes... Dos se celebraron en Valladolid, en 1559; uno en Sevilla, el mismo año, y otro el 22 de diciembre de 1560”.[27]

Entre los primeros que fueron apresados en Sevilla figuraba el Dr. Constantino Ponce de la Fuente, que había trabajado tanto tiempo sin despertar sospechas. “Cuando se le dio la noticia a Carlos V, el cual se encontraba entonces en el monasterio de Yuste, de que se había encarcelado a su capellán favorito, exclamó: ‘¡Si Constantino es hereje, gran hereje es!’ Y cuando más tarde un inquisidor le aseguró que había sido declarado reo, replicó suspirando: ‘¡No podéis condenar a otro mayor!’”[28]

No obstante no fue fácil probar la culpabilidad de Constantino. En efecto, parecían ser incapaces los inquisidores de probar los cargos levantados contra él, cuando por casualidad “encontraron, entre otros muchos, un gran libro, escrito de puño y letra del mismo Constantino, el cual, abiertamente y como si escribiese para sí mismo, trataba en particular de estos capítulos (según los mismos inquisidores declararon en su sentencia, publicada después en el cadalso), a saber: del estado de la iglesia; de la verdadera iglesia y de la iglesia del Papa, a quien llamaba anticristo; del sacramento de la eucaristía y del invento de la misa, acerca de todo lo cual, afirmaba él, estaba el mundo fascinado a causa de la ignorancia de las Sagradas Escrituras; de la justificación del hombre; del Purgatorio, al que llamaba cabeza de lobo e invento de los frailes en pro de su gula; de las bulas e indulgencias papales; de los méritos de los hombres; de la confesión...” Al enseñársele el volumen a Constantino, éste dijo: “Reconozco mi letra, y así confieso haber escrito todo esto, y declaro ingenuamente ser todo verdad. Ni tenéis ya que cansaros en buscar contra mí otros testimonios: tenéis

aquí ya una confesión clara y explícita de mi creencia; obrad pues, y haced de mí lo que queráis”.[29]

Debido a los rigores de su encierro, Constantino no llegó a vivir dos años desde que entró en la cárcel. Hasta sus últimos momentos se mantuvo fiel a la fe protestante y conservó su serena confianza en Dios. Providencialmente fue encerrado en el mismo calabozo de Constantino uno de los jóvenes monjes del monasterio de San Isidro del Campo, el cual tuvo el privilegio de atenderlo durante su última enfermedad y de cerrarle los ojos en paz.

El Dr. Constantino no fue el único amigo y capellán del emperador que sufriera a causa de sus relaciones con la causa protestante. El Dr. Agustín Cazalla, tenido durante muchos años por uno de los mejores oradores sagrados de España, y que había oficiado a menudo ante la familia real, se encontraba entre los que habían sido apresados y encarcelados en Valladolid. En el momento de su ejecución pública se volvió hacia la princesa Juana, ante quien había predicado muchas veces, y señalando a su hermana que había sido también condenada dijo: “Os suplico, Alteza, tengáis compasión de esa mujer inocente que tiene trece hijos huérfanos”. Ni aun así se la absolió, si bien su suerte es desconocida. Pero se sabe que los esbirros de la Inquisición, en su intensa ferocidad, no estando contentos aún con haber condenado a los vivos entablaron juicio contra la madre de aquélla, Doña Leonor de Vivero, que había muerto años antes, acusándola de que su casa había servido de “templo a los luteranos”. Se falló que había muerto en estado de herejía, que su memoria era digna de difamación y que se confiscaba su hacienda, y se mandaron exhumar sus huesos y que se quemaran públicamente junto con su efigie; además, que se arrasara su casa, que se desparramara sal sobre el solar y que se erigiera allí mismo una columna con una inscripción que explicara el motivo de la demolición. Todo lo cual fue hecho”, y el monumento ha permanecido en pie durante cerca de tres siglos.L

Fue durante ese auto cuando la fe sublime y la constancia inquebrantable de los protestantes quedaron realzadas en el comportamiento de “Antonio Herrezuelo, abogado sapientísimo, y de doña Leonor de Cisneros, su esposa, dama de 24 años, discreta y virtuosa a maravilla y de una hermosura tal que parecía fingida por el deseo.

“Herrezuelo era hombre de una condición altiva y de una firmeza en sus pareceres, superior a los tormentos del ‘Santo’ Oficio. En todas las audiencias que tuvo con sus jueces... se manifestó desde luego protestante, y no sólo

protestante, sino dogmatizador de su secta en la ciudad de Toro, donde hasta entonces había morado. Le exigieron los jueces de la Inquisición que declarase uno a uno los nombres de aquellas personas llevadas por él a las nuevas doctrinas; pero ni las promesas, ni los ruegos, ni las amenazas bastaron para alterar el propósito de Herrezuelo en no descubrir sus amigos y parciales. ¿Y qué más? Ni aun los tormentos pudieron quebrantar su constancia, más firme que envejecido roble o que soberbia peña nacida en el seno de los mares.

“Su esposa... presa también en los calabozos de la Inquisición, al fin débil como joven de 24 años (después de cerca de dos años de encarcelamiento), cediendo al espanto de verse reducida a la estrechez de los negros paredones que formaban su cárcel, tratada como delincuente, lejos de su marido a quien amaba aun más que a su propia vida... y temiendo todas las iras de los inquisidores, declaró haber dado franca entrada en su pecho a los errores de los herejes, manifestando al propio tiempo con dulces lágrimas en los ojos su arrepentimiento...

“Llegado el día en que se celebraba el auto de fe con la pompa conveniente al orgullo de los inquisidores, salieron los reos al cadalso y desde él escucharon la lectura de sus sentencias. Herrezuelo iba a ser reducido a cenizas en la voracidad de una hoguera; y su esposa doña Leonor a abjurar las doctrinas luteranas, que hasta aquel punto había albergado en su alma, y a vivir, a voluntad del ‘Santo’ Oficio, en las casas de reclusión que para tales delincuentes estaban preparadas. En ellas, con penitencias y sambenito recibiría el castigo de sus errores y una enseñanza para en lo venidero desviarse del camino de su perdición y ruina”.[30]

Al ir Herrezuelo al cadalso, “lo único que le conmovió fue ver a su esposa en ropas de penitente; y la mirada que echó (pues no podía hablar) al pasar cerca de ella, camino del lugar de la ejecución, parecía decir: ‘¡Esto sí que es difícil soportarlo!’ Escuchó sin inmutarse a los frailes que lo hostigaban con sus importunas exhortaciones para que se retractase, mientras lo conducían a la hoguera. ‘El bachiller Herrezuelo –dice Gonzalo de Illescas en su Historia pontifical– se dejó quemar vivo con valor sin igual. Estaba yo tan cerca de él que podía verlo por completo y observar todos sus movimientos y expresiones. No podía hablar, pues estaba amordazado... pero todo su continente revelaba que era una persona de extraordinaria resolución y fortaleza, que antes de someterse a creer con sus compañeros lo que se les exigiera, resolvió morir en las llamas. Por mucho que lo observara, no pude notar ni el más mínimo síntoma de temor o de dolor; eso sí, se reflejaba en su semblante una tristeza cual nunca había visto’ ”.
[31]

Su esposa no olvidó jamás su mirada de despedida. “La idea –dice el historiador– de que había causado dolor a su corazón durante el terrible conflicto por el que tuvo que pasar, avivó la llama del afecto que hacia la religión reformada ardía secretamente en su pecho; y habiendo resuelto, confiada en ‘el poder que se perfecciona en la flaqueza’, seguir el ejemplo de constancia dado por el mártir, interrumpió resueltamente el curso de penitencia a que había dado principio”. En el acto fue arrojada en la cárcel, donde durante ocho años resistió todos los esfuerzos hechos por los inquisidores para que se retractara, y por fin murió ella también en la hoguera como había muerto su marido. Quién no será del mismo parecer que su paisano, De Castro, cuando exclama: “¡Infelices esposos, iguales en el amor, iguales en las doctrinas e iguales en la muerte! ¿Quién negará una lágrima a vuestra memoria y un sentimiento de horror y de desprecio a unos jueces que, en vez de encadenar los entendimientos con la dulzura de la Palabra divina, usaron como armas del raciocinio los potros y las hogueras?”[32]

Tal fue la suerte que corrieron muchos que en España se habían identificado íntimamente con la Reforma protestante en el siglo XVI, pero de esto “no debemos sacar la conclusión de que los mártires españoles sacrificaron su vida y derramaran su sangre en vano. Ofrecieron a Dios sacrificios de grato olor. Dejaron en favor de la verdad un testimonio que no se perdió del todo”.[33]

A través de los siglos este testimonio hizo resaltar la constancia de los que prefirieron obedecer a Dios antes que a los hombres; y subsiste hoy día para inspirar aliento a quienes decidan mantenerse firmes, en la hora de prueba, en defensa de las verdades de la Palabra de Dios, y para que con su constancia y fe inquebrantable sean testimonios vivos del poder transformador de la gracia redentora.

Notas

* Este capítulo fue compilado por los Sres. C. C. Crisler y H. H. Hall, y se insertó en esta obra con la aprobación de la autora.

A J. Cristóbal Calvete de Estrella, El felicísimo viaje del príncipe D. Felipe... desde España a sus tierras de la Baja Alemania, obra citada por M'Crie, en The Reformation in Spain [La Reforma en España], cap. 7, párr. 19 (ed. de 1856, Edimburgo).

B Por Mandato de Felipe II, el arzobispo Carranza pasó “muchos años leyendo libros heréticos”, con el objeto de refutarlos. A esta influencia atribuyen los historiadores el que, de implacable enemigo del protestantismo, se convirtiera en secreto sostenedor del él. Acusado de herejía, fue encarcelado por la Inquisición en España; más, como primado, hizo “recusación de todos los arzobispos y obispos de” España “para sus jueces”. Como apelara al Papa, fue transferido a Roma, donde, después de haber sido encarcelado durante muchos años, se lo sentenció finalmente a un nuevo término de encarcelamiento en un convento de los dominicos, por haber “bebido prava doctrina de muchos herejes condenados, como de Martín Lutero, Juan Ecolampadio, Felipe Melanchton y otros” (De Castro y Rossi, Historia de los protestantes españoles y de su persecución por Felipe II, pp. 223, 231). Ver una relación detallada de las enseñanzas y del largo juicio de Carranza, en la obra de C. A. Wilkens, titulada Spanish Protestants in the Sixteenth Century [Protestantes españoles del siglo XVI], cap. 15.

C D'Aubigné, Histoire de la Réformation au seizième siecle [Historia de la Reforma en el siglo XVI], lib. 6, cap. 2. Este lenguaje es muy semejante al que empleó el arzobispo Carranza, quien dijo en su Catequismo cristiano que “la fe sin las obras es muerta, puesto que las obras son una indicación segura de la existencia de la fe”; que “nuestras buenas obras tienen valor solamente cuando son ejecutadas por amor de Cristo, y que, si prescindimos de él, no vale nada”; que “los sufrimientos de Cristo son del todo suficientes para salvar de todo pecado”; y que “él carga con nuestros pecados y nosotros quedamos libres” (C. A. Wilkens, Spanish Protestants in the Sixteenth Century [Protestantes españoles del siglo XVI], cap. 15).

D El extinto Dr. Ed. Boehme, de la Universidad de Estrasburgo, y miembro correspondiente de la Real Academia Española, hace un curioso relato de este comercio en libros protestantes entre Alemania y España en su obra inglesa Spanish Reformers of Two Centuries from 1520 [Reforma española de dos centurias a partir de 1520], t. 2, pp. 64, 65. Dicho relato, basado en documentos

de la época, denota un comercio muy activo llevado a cabo secretamente por medio de amigos de la causa protestante en España.

E Para un relato de las primitivas colonias de cristianos valdenses en el norte de España, ver Perrin, Histoire des Vaudois [Historia de los valdenses], lib. 3, cap. 7; lib. 4, cap. 2; lib. 5, cap. 8. Según ella muchos de los valdenses, huyendo de la persecución, se establecieron “en Cataluña y en el reino de Aragón. Es lo que hace notar Mateo París, al decir que en tiempos del papa Gregorio IX había gran número de valdenses en España, y por el 1214, en tiempo del papa Alejandro IV, el cual se quejó en una de sus bulas, de que se les había dejado arraigarse tanto, y de que no se les hubiese molestado para multiplicarse como lo habían hecho. Efectivamente, en tiempos de Gregorio IX crecieron tanto en número y crédito, que establecieron obispos sobre sus rebaños para que les predicasen sus doctrinas, lo cual, al saberlo los otros obispos, fue causa de atroz persecución” (cap. 18, pp. 245, 246).

F Manuscrito Historia de la Compañía de Jesús en esta provincia de Andalucía, citada por De Castro, Historia de los protestantes españoles, nota (1), p. 250. (El manuscrito original se encuentra en la biblioteca “Columbia”, Washington.)

G “Hay razón para creer que la primera de estas cartas se publicó en aquel entonces” (M’Crie, cap. 4).

H De Castro, Historia de los protestantes españoles, pp. 99-102. En una nota (pp. 104, 105), De Castro publica una lista de las obras de este reformador.

I Reinaldo Gonzales de Montes (Reginaldo Montaro), Artes de la Inquisición Española, pp. 252, 253, 281-285, 292-303, ed. castellana, Madrid, 1851; pp. 231, 256-259, 265-274, ed. latinas, Heidelberg, 1567, y Madrid, 1857.

J R. González Montano (ed. 1567, p. 278), citado en la “Exposición del primer salmo, por Constantino Ponce de la Fuente”. Bonn, 3^a ed., 1881, apéndice del editor (Ed. Bohmer), p. 236.

K La versión castellana de Francisco de Encinas, publicada en Amberes en 1543, sólo tuvo limitada circulación, pues gran parte de la edición fue confiscada. En cuanto a Encinas, fue encerrado en una cárcel en Bruselas por haberse atrevido a proporcionar a sus compatriotas ejemplares del Nuevo Testamento en su propio idioma. “Después de haber estado encerrado quince meses, un día se encontró con las puertas de su prisión abiertas, y saliendo, sin que nadie se opusiera a ello

en lo más mínimo, escapó de Bruselas y llegó sano y salvo a Wittenberg”
(M’Crie, cap. 5).

L Durante una visita hecha a Valladolid en 1826, el Sr. B. B. Wiffen sacó copia exacta de esta inscripción que reza como sigue: “Presidiendo la Igla. Roma. Paulo IV. y Reinando en Espa. Phelip. II. –El Santo Oficio de la Inquisición condeno a derrocar e asolar estas Cassas de Pedro de Cazalla y Da. Leonor de Vibero su Muger porque los hereges Louteranos se juntaban a acer conciliabulos contra nra. Sta. fee chaa, é igla. Roma. Ano de MDLIX. en XXI de Mayo”.

La casa donde se reunían los protestantes de Sevilla tuvo fin análogo: se roció la tierra con sal, y se erigió un pilar monumental parecido. (B. B. Wiffen, Nota, por vía de prólogo, en su reimpresión de la Epístola consolatoria, de Juan Pérez, p. 16, Londres, ed. de 1871.)

[1]Kurtz, Kirchengeschichte [Historia de la iglesia], sec. 125.

[2]Ibíd., sec. 122.

[3]Bartolomé de Carranza, Comentario sobre el catecismo cristiano, p. 233; citado por Kurtz, sec. 139.

[4]Montley, Histoire de la fondation de la République des Provinces Unies [Historia de la fundación de la República de las Provincias Unidas], Prefacio.

[5]D’Aubigné, Histoire de la Reformation du seizième siècle [Historia de la Reforma del siglo XVI], lib. 6, cap. 6.

[6]Ibíd., lib. 6, cap. 7.

[7]J. P. Fisher, Historia de la Reformación, p. 359.

[8]Ibíd., p. 360.

[9]M’Crie, The Reformation in Spain [La Reforma en España], cap. 4.

[10]J. P. Fisher, p. 361.

[11]M’Crie, cap. 4.

[12]Ibíd., cap. 6.

[13]Ibíd., cap. 7.

[14]Ibíd., cap. 6.

[15]Ibíd.

[16]Ibíd.

[17]Ibíd., cap. 4.

[18]Cipriano de Valera, Dos tratados del Papa, y de la misa, pp. 242-246.

[19]M'Crie, cap. 4.

[20]Geddes, Miscellaneous Tracts [Tratados misceláneos], t. 1, p. 556.

[21]M'Crie, cap. 4.

[22]Ibíd., cap. 6.

[23]Ibíd.

[24]Ibíd.

[25]Ibíd., cap. 7.

[26]Ibíd.

[27]B. B. Wiffen, nota en su reimpresión de la Epístola consolatoria, de Juan Pérez, p. 17.

[28]Sandoval, Historia del emperador Carlos Quinto, t. 2, p. 829; citado por M'Crie, cap. 7.

[29]R. Gonzales de Montes, Artes de la Inquisición Española, pp. 320-322.

[30]De Castro, Historia de los protestantes españoles, pp. 167, 168.

[31]M'Crie, cap. 7.

[32]De Castro, p. 171.

[33]M'Crie, Prefacio.

Capítulo 14

En los Países Bajos y Escandinavia

En los Países Bajos la tiranía papal despertó protestas desde muy temprano. Setecientos años antes de Lutero, el pontífice romano fue valientemente acusado por dos obispos, los cuales, habiendo sido enviados en una embajada a Roma, habían descubierto el verdadero carácter de la “santa sede”: “Vos os establecéis en el templo de Dios; en lugar de pastor, habéis llegado a ser el lobo de las ovejas... en vez de ser un siervo de siervos, como os llamáis, tratáis de haceros un señor de señores... Hacéis caer el desprecio sobre los mandamientos de Dios”. [1]

Otros se levantaron siglo tras siglo para hacerse eco de esta protesta. La Biblia valdense fue traducida en verso al lenguaje holandés. Declaraban “que ella tenía muchas ventajas; no tiene chanzas, ni fábulas, ni cuentos, ni engaños; sino sólo las palabras de verdad”. Así escribían los amigos de la fe antigua en el siglo XII. [2]

Ahora empezaron las persecuciones romanas; pero los creyentes continuaron multiplicándose, declarando que la Biblia es la única autoridad infalible en religión y que “ningún hombre debe ser obligado a creer, sino que debe ser ganado por la predicación”.[3]

Las enseñanzas de Lutero hallaron en los Países Bajos a hombres fervientes y fieles para predicar el evangelio. Tal era el caso de Menno Simons, educado como un católico romano y ordenado al sacerdocio, pero que era totalmente ignorante de la Biblia y no quería leerla por temor a incurrir en herejía. Por medio de la disipación trató de silenciar la voz de la conciencia, pero sin lograrlo. Después de algún tiempo fue inducido a estudiar el Nuevo Testamento, lo cual, junto con los escritos de Lutero, hizo que aceptara la fe reformada.

Poco después presenció el martirio de un hombre a quien se le dio muerte por haber sido rebautizado. Esto lo llevó a estudiar la Biblia con respecto al

bautismo infantil y encontró que el arrepentimiento y la fe son las cosas que se requieren como condición del bautismo.

Menno se retiró de la Iglesia Católica y dedicó su vida a enseñar las verdades que había recibido. Tanto en Alemania como en los Países Bajos se había levantado una clase de fanáticos, contraria al orden y la decencia, que condujo a la insurrección. Menno se opuso firmemente a las enseñanzas erróneas y a los métodos extraños de los fanáticos. Durante 25 años recorrió los Países Bajos y el norte de Alemania, ejerciendo una vasta influencia, exemplificando en su propia vida los preceptos que enseñaba. Era un hombre íntegro, humilde, bondadoso, sincero y ferviente. Muy grande fue el número de los convertidos debido a sus labores.

En Alemania, Carlos V había prohibido la Reforma, pero los príncipes opusieron una barrera contra su tiranía. En los Países Bajos su poder era mayor. Edictos de persecución siguieron en rápida sucesión. El leer la Biblia, el asistir a una predicación de ella, el orar a Dios en secreto, el no inclinarse delante de una imagen, el cantar un salmo, eran crímenes castigados con la muerte. Millares perecieron bajo Carlos V y Felipe II.

En una ocasión, una familia entera fue traída delante de los inquisidores, acusada de no asistir a la misa y de adorar a Dios en su hogar. El hijo menor contestó: “Nos arrodillamos y oramos para que Dios ilumine nuestra mente y perdone nuestros pecados; oramos por nuestros soberanos, para que su reino sea próspero y su vida feliz; oramos por nuestros magistrados, para que Dios los guarde”. No obstante, el padre y uno de los hijos fueron condenados a la hoguera.[4]

No solamente hombres sino también mujeres adultas y jóvenes desplegaron un valor inquebrantable. “Algunas esposas se decidían en favor de la verdad junto a la hoguera de sus esposos, y mientras él soportaba el fuego le susurraban palabras de valor, o cantaban salmos para alegrarlo”.

“Niñas jóvenes, al ser enterradas vivas, se acostaban en sus tumbas como si entraran en sus cámaras de reposo nocturno; o iban al cadalso y al fuego vestidas con sus mejores atavíos, como si fueran a una ceremonia de matrimonio”.[5]

La persecución aumentó el número de testigos en pro de la verdad. Año tras año el monarca seguía su obra cruel, pero en vano. Guillermo de Orange estableció por fin en Holanda la libertad de adorar a Dios.

La Reforma en Dinamarca

En los países del norte, el evangelio halló una entrada pacífica. Estudiantes de Wittenberg regresaban a sus hogares llevando la fe reformada a Escandinavia. Los escritos de Lutero también esparcían la luz. La gente robusta del norte abandonaba la corrupción y las supersticiones de Roma para dar la bienvenida a las verdades vitalizadoras de la Biblia.

Tausen, “el Reformador de Dinamarca”, desde temprana edad dio evidencias de un vigoroso intelecto y entró en un claustro. Los exámenes demostraron que poseía un talento que prometía buenos servicios a la iglesia. El joven estudiante recibió permiso para elegir por sí mismo una universidad de Alemania o de los Países Bajos, con una condición: No debía ir a Wittenberg para no verse expuesto al peligro de la herejía. Así decían los frailes.

Tausen fue a Colonia, una de las fortalezas del romanismo. Aquí pronto llegó a disgustarse. Más o menos por el mismo tiempo leyó con deleite los escritos de Lutero y deseó grandemente gozar de la instrucción personal del reformador. Pero al hacer esto había arriesgado el sostén que le brindaba su superior. Mas pronto hizo su decisión y llegó a ser un estudiante de Wittenberg.

Al regresar a Dinamarca, no reveló su secreto, sino que trató de inducir a los compañeros a una fe más pura. Abría la Biblia y les predicaba a Cristo como la única esperanza de salvación para el pecador. Enorme fue la ira del prior, quien había albergado grandes esperanzas en cuanto a él como un defensor de Roma. En el acto fue trasladado de su propio monasterio y enviado a otro donde se lo confinó en una celda. A través de los barrotes de su prisión, Tausen comunicaba a sus compañeros el conocimiento de la verdad. Si los sacerdotes daneses hubiesen cumplido hábilmente el plan de la iglesia para tratar a los herejes, la voz de Tausen nunca más habría sido escuchada; pero en lugar de confinarlo en algún calabozo subterráneo, lo echaron del monasterio.

Un edicto real, que acababa de promulgarse, ofreció protección a los maestros de la nueva doctrina. Las iglesias le abrían sus puertas, y el pueblo acudía en masa a escucharlo. Circulaba ampliamente el Nuevo Testamento en danés. Los

esfuerzos hechos para detener esta obra sólo sirvieron para ampliarla más y más, y pronto Dinamarca declaró su aceptación de la fe reformada.

Progresos en Suecia

También en Suecia, jóvenes de Wittenberg llevaron el agua de vida a sus connacionales. Dos hermanos y dirigentes de la reforma sueca, Olaf y Lorenzo Petri, estudiaron bajo la dirección de Lutero y Melanchton. A semejanza del gran reformador, Olaf arrebataba a la gente con su elocuencia; Lorenzo, en cambio, como Melanchton, era pensativo y calmo. Pero ambos tenían un valor indomable. Los sacerdotes católicos excitaban al pueblo ignorante y supersticioso. En varias oportunidades Olaf Petri apenas escapó con vida. Sin embargo, estos reformadores fueron protegidos por el rey, quien determinó auspiciar una reforma y dio la bienvenida a estos ayudantes en la batalla contra Roma.

En presencia del monarca y de los hombres principales de Suecia, Olaf Petri, con gran habilidad, defendió la fe reformada. Declaró que las enseñanzas de los padres debían recibirse únicamente cuando estaban de acuerdo con las Escrituras; que las doctrinas esenciales de la fe se presentan en la Biblia de una manera clara, de tal forma que todos pueden entenderlas.

Este debate sirve para mostrarnos “la clase de hombres que formaban las filas del ejército de los reformadores. No eran personas de poca cultura, sectarios y apologistas ruidosos; lejos de ello. Eran hombres que habían estudiado la Palabra de Dios y conocían bien cómo usar las armas con las cuales los suplía la armadura de la Biblia. [Eran] eruditos y teólogos, hombres que dominaban perfectamente todo el sistema de la verdad evangélica, y que lograban una victoria fácil sobre los sofistas de las escuelas y los dignatarios de Roma”.[6]

El rey de Suecia aceptó la fe protestante, y la asamblea nacional se declaró en su favor. Cumpliendo con el deseo del monarca, los dos hermanos se abocaron a la tarea de traducir la Biblia entera. La Dieta ordenó que por todo el imperio los ministros debían explicar las Escrituras, y que a los niños de las escuelas se les debía enseñar a leer la Biblia.

Libre de la opresión romana, la nación logró una fortaleza y grandeza que nunca antes había alcanzado. Un siglo más tarde, ésta hasta aquí nación débil –la única

en Europa que se atrevió a prestar una mano de ayuda– se alió con Alemania para ayudarla en la terrible Guerra de los Treinta Años. Parecía que todo el norte de Europa estaba por ser sometido de nuevo a la tiranía de Roma; pero los ejércitos de Suecia permitieron que Alemania obtuviera la tolerancia para los protestantes y restaurara la libertad de conciencia en los países que habían aceptado la Reforma.

[1]Gerard Brandt, History of the Reformation In and About the Low Countries [Historia de la Reforma dentro y alrededor de los Países Bajos], lib. 1, p. 6.

[2]Ibíd., p. 14.

[3]Martyn, t. 2, p. 87.

[4]Wylie, lib. 18, cap. 6.

[5]Ibíd.

[6]Ibíd., lib. 10, cap. 4.

Capítulo 15

La verdad progresó en Inglaterra

Cuando Lutero le abría la Biblia (hasta entonces cerrada) al pueblo de Alemania, Tyndale fue dirigido por el Espíritu de Dios a hacer lo mismo en favor de Inglaterra. La Biblia de Wiclef había sido traducida del texto latino, que contenía muchos errores. Y el costo de las copias de manuscritos era tan elevado que tenía una circulación muy limitada.

En 1516, el Nuevo Testamento se publicó por primera vez en griego y latín. Se corrigieron muchos errores de versiones anteriores, y en la traducción se presentaba en forma mucho más clara el pensamiento original. Esto indujo a muchas personas educadas a adquirir un conocimiento mejor de la verdad, y dio un nuevo ímpetu a la obra de la Reforma. Pero el común del pueblo, en gran medida, todavía continuaba privado de la Palabra de Dios. Tyndale había de completar la obra de Wiclef de dar la Biblia a sus conciudadanos.

Predicó valientemente sus convicciones. A la pretensión papista de que la iglesia había provisto la Biblia, y sólo la iglesia podía explicarla, Tyndale respondía: “Lejos de habernos dado las Escrituras, son ustedes los que la han escondido de nosotros; son ustedes los que han quemado a quienes la enseñaban, y si pudieran, quemarían las Escrituras mismas”.[1]

La predicación de Tyndale despertó gran interés. Pero los sacerdotes se esforzaban por destruir su obra. “¿Qué hemos de hacer? –exclamaba él–. Yo no puedo estar en todas partes. ¡Oh! si los cristianos poseyeran las Sagradas Escrituras en su propio idioma, por sí mismos ellos podrían hacer frente a estos sofistas. Sin la Biblia es imposible establecer a los miembros laicos en la verdad”.[2]

Entonces un nuevo propósito se posesionó de su mente: “¿No hablará el evangelio el idioma de Inglaterra en nosotros?... ¿Debe la iglesia tener menos luz al mediodía que en la madrugada?... Los cristianos deben estudiar el Nuevo

Testamento en su idioma materno”.[3] Únicamente mediante la Biblia los hombres pueden llegar a la verdad.

Un sabio doctor papista, al discutir con él, exclamó: “Sería mejor que estuviéramos sin las leyes de Dios que sin las del Papa”. Tyndale replicó: “Desafío al Papa y todas sus leyes; y si Dios me prolonga la vida, antes que pasen muchos años yo haré que un niño o un muchacho que maneje el arado sepa más de las Escrituras que yo mismo”.[4]

Tyndale traduce el Nuevo Testamento al inglés

Alejado de la casa por la persecución, Tyndale fue a Londres, y allí por un tiempo trabajó sin ser perturbado. Pero de nuevo los partidarios del Papa lo obligaron a huir. Toda Inglaterra parecía estar cerrada contra él. Fue a Alemania, donde comenzó la publicación de la edición inglesa del Nuevo Testamento. Cuando se le prohibía imprimir en una ciudad, iba a otra; por fin llegó a Worms, donde, unos pocos años antes, Lutero había defendido el evangelio ante la Dieta. En esa ciudad había muchos partidarios de la Reforma. Pronto se terminaron tres mil ejemplares del Nuevo Testamento, y en el mismo año se hizo otra edición.

La Palabra de Dios fue secretamente llevada a Londres para hacerla circular desde allí por todo el país. Los partidarios del Papa intentaron suprimir la verdad, pero en vano. El obispo de Durham compró de un librero amigo de Tyndale todo el surtido de Biblia con el propósito de destruirlas, suponiendo que esto perturbaría la obra. Pero el dinero provisto de esta manera sirvió para comprar material para una edición nueva, mejor que la anterior. Cuando Tyndale fue apresado más tarde, se le ofreció su libertad a condición de que revelara los nombres de los que lo habían ayudado a hacer frente a los gastos de la impresión de Biblia. Él replicó que el obispo de Durham había hecho más que ninguna otra persona, al pagar un gran precio por los libros dejados en sus manos.

Tyndale finalmente dio testimonio de su fe por medio del martirio; pero las armas preparadas capacitaron a otros soldados para continuar la batalla durante siglos, aun hasta nuestro tiempo.

Latimer sostuvo desde el púlpito que la Biblia debía ser leída en el lenguaje del pueblo. “No tomemos caminos laterales, sino que permitamos que la Palabra de Dios nos dirija; no sigamos... a nuestros primeros padres, ni busquemos lo que ellos hicieron, sino lo que debían haber hecho”.[5]

Barnes y Frith, Ridley y Cranmer, que se convirtieron en dirigentes de la Reforma inglesa, eran hombres de saber, y habían sido altamente estimados por el celo y la piedad en la comunión de la iglesia romana. Su oposición al papado fue el resultado de su conocimiento de los errores de la “santa sede”.

Autoridad infalible de las Escrituras

El gran principio sostenido por estos reformadores y el mismo que sostuvieron los valdenses, Wiclef, Hus, Lutero, Zuinglio y los que estaban con ellos, era la autoridad infalible de la Escritura. Por sus enseñanzas ellos probaban todas las doctrinas y todas las afirmaciones. La fe en la Palabra de Dios sostuvo a estos hombres santos al entregar su vida en la hoguera. “Ten buen ánimo –exclamó Latimer dirigiéndose a su compañero en el martirio cuando las llamas estaban por silenciar sus voces–, en este día encenderemos una luz que, por la gracia de Dios, confío en que nunca se apagará en Inglaterra”.[6]

Durante cientos de años después que las iglesias de Inglaterra se sometieran a Roma, los habitantes de Escocia mantenían su libertad. Sin embargo, en el siglo XII se estableció el papismo, y en ningún país llegó a ser tan tenebroso. Pero aun algunos rayos de luz llegaron para atravesar las tinieblas. Los lolardos, al llegar de Inglaterra con la Biblia y las enseñanzas de Wiclef, hicieron mucho para preservar el conocimiento del evangelio. Con el comienzo de la Reforma llegaron los escritos de Lutero y el Nuevo Testamento de Tyndale. Estos mensajeros atravesaron silenciosamente las montañas y los valles, y avivaron tanto la antorcha de la verdad que casi extinguió la obra destructora hecha durante cuatro siglos de opresión.

Entonces los dirigentes papales, de repente, despertaron al peligro, y mandaron a la hoguera a algunos de los más nobles hijos de Escocia. Los testigos que deponían su vida en el martirio, por todo el país inspiraron a las almas del pueblo con un propósito inmortal de liberarse de las cadenas de Roma.

Juan Knox

Hamilton, Wishart y una larga lista de discípulos más humildes depusieron su vida en la hoguera. Pero desde la pira ardiente de Wishart salió un héroe a quien las llamas no habrían de silenciar; uno que, bajo la dirección de Dios, habría de dar el golpe de muerte al papismo en Escocia.

Juan Knox se apartó de las tradiciones de la iglesia para alimentarse de las verdades de la Palabra de Dios. Las enseñanzas de Wishart confirmaron su determinación de abandonar a Roma y unirse a los reformadores perseguidos.

Instado por sus compañeros a predicar, Knox, tembloroso, no se atrevió a asumir esta responsabilidad. Solamente después de días de penoso conflicto consigo mismo consintió en hacerlo. Pero después de haber aceptado, avanzó con valor inquebrantable. Este reformador, totalmente sincero, no temía hacer frente al hombre. Cuando tuvo que comparecer cara a cara ante la reina de Escocia, no había de ser ganado con halagos; ni tampoco había de acobardarse frente a amenazas. Knox había enseñado al pueblo a recibir una religión prohibida por el Estado –declaró la reina–, y con ello había transgredido el mandamiento de Dios que exige que los súbditos obedezcan a sus príncipes. Knox respondió con firmeza: “Si toda la simiente de Abrahán hubiera pertenecido a la religión de Faraón, del cual eran súbditos los israelitas, le pregunto con respeto, señora, ¿qué religión habría en el mundo? O si todos los hombres en los días de los apóstoles hubieran sido de la religión de los emperadores romanos, ¿qué religión existiría hoy en día sobre la faz de la tierra?”

María respondió: “Tú interpretas las Escrituras de una manera, y ellos (los católicos romanos) la interpretan de otra manera; ¿a quién creeré yo, y quién será el juez?”

“Vuestra Majestad debiera creer en Dios, que habla con claridad en su Palabra – respondió el reformador—... La Palabra de Dios es clara en sí misma; y si aparece alguna oscuridad en algún lugar, el Espíritu Santo, que nunca se contradice a sí mismo, la explicará más claramente en otros lugares”.[7]

Con valor indomable el valiente reformador, con peligro de vida, se mantuvo firme en su propósito hasta que Escocia se vio libre del papismo.

En Inglaterra el establecimiento del protestantismo como religión oficial disminuyó la persecución, pero no la detuvo por completo. Se retuvieron no pocas de las formas usadas por Roma. Se rechazó la supremacía del Papa, pero en su lugar se entronizó al monarca como cabeza de la iglesia. Todavía existía una gran separación entre los servicios de la iglesia y la pureza del evangelio. No se entendía todavía la libertad religiosa. Aunque los gobernantes protestantes recurrián sólo raramente a las horribles cruelezas empleadas por Roma, no se reconocía el principio de que cada hombre debe adorar a Dios de acuerdo con su propia conciencia. Los que no estaban de acuerdo sufrieron y continuaron sufriendo la persecución durante centenares de años.

Miles de pastores expulsados

En el siglo XVII miles de pastores fueron expulsados de sus cargos, y se prohibía que el pueblo asistiera a reuniones religiosas a menos que estuvieran sancionadas por la iglesia. En las ocultas profundidades del bosque, esos perseguidos hijos de Dios se reunían para volcar sus almas en oración y alabanza. Muchos sufrián por su fe. Las cárceles se llenaron, y muchas familias fueron desintegradas. Sin embargo, la persecución no pudo silenciar el testimonio. Muchos fueron inducidos a cruzar el océano para llegar a América y allí establecer los fundamentos de la libertad civil y religiosa.

En un calabozo colmado de criminales, Juan Bunyan respiraba la atmósfera del cielo y escribió su maravillosa alegoría referente al viaje del peregrino desde la tierra de destrucción a la ciudad celestial. El progreso del peregrino y Gracia abundante al primero de los pecadores han guiado muchos pies al camino de la vida.

En una hora de tinieblas espirituales, Whitefield y los hermanos Wesley aparecieron como portaluces de Dios. Bajo la iglesia establecida, el pueblo había caído en un estado que apenas se distinguía del paganismo. Las clases más elevadas despreciaban la piedad; las clases más humildes eran abandonadas en el vicio. La iglesia no tenía el valor ni la fe para sostener la causa derruida de la verdad.

Justificación por la fe

Se había perdido de vista casi totalmente la gran doctrina de la justificación por la fe, tan claramente enseñada por Lutero. El principio romanista de confiar en las buenas obras para la salvación había ocupado su lugar. Whitefield y los Wesley buscaban fervientemente el favor de Dios. Esto, según se les había enseñado, había de ser mantenido por la virtud y la observancia de las ordenanzas de la religión.

Cuando se le preguntó a Carlos Wesley, en una ocasión en que cayó enfermo y pensaba que estaba cerca de la muerte, en qué descansaba su esperanza de la vida eterna, su respuesta fue ésta: “He hecho cuanto he podido por servir a Dios”. El amigo no parecía satisfecho con esta contestación. Wesley pensó: “¡Qué!... ¿Ha de despojarme él de mis esfuerzos? No tengo otra cosa en la cual confiar”.[8] Tales eran las tinieblas que se habían asentado sobre la iglesia, apartando a los hombres de la única esperanza de salvación: la sangre del Redentor crucificado.

Wesley y sus asociados fueron inducidos a ver que la ley de Dios se extendía hasta abarcar los pensamientos así como las palabras y las acciones. Mediante esfuerzos diligentes y acompañados de oración se esforzaron por subyugar los males del corazón natural. Vivieron una vida de abnegación y humillación, observando con exactitud cada exigencia que pensaron podía serles de ayuda para obtener esa santidad que pudiera lograr el favor de Dios. Pero en vano se esforzaron por lograr la liberación de su sentido de condenación del pecado o de quebrantar su poder.

El fuego de la verdad divina, casi completamente extinguido sobre el altar del protestantismo, había de ser encendido de nuevo por la antigua antorcha conducida por los cristianos de Bohemia. Algunos de éstos, que habían hallado refugio en Sajonia, mantenían la fe antigua. Y por medio de estos cristianos la luz le llegó a Wesley.

Juan y Carlos fueron enviados en una misión a América. En el barco había un grupo de moravos. Se desataron violentas tempestades, y Juan, cara a cara con la

muerte, sintió que no tenía la seguridad de la paz de Dios. En cambio, los alemanes manifestaron una calma y una confianza desconocidas para él. “Yo había observado –escribió–, hace mucho tiempo, el gran fervor de su comportamiento... Ahora había una oportunidad de probar si realmente ellos estaban libres del espíritu de temor, así como del espíritu de orgullo, de odio y de venganza. En medio del Salmo con el cual comenzaban su servicio religioso, se desató una tormenta, la vela mayor se hizo añicos, cubriendo el barco, y el mar se derramó sobre las cubiertas como si el profundo abismo ya nos hubiera tragado. Los ingleses prorrumpieron en terribles gemidos. Los alemanes continuaron cantando con tranquilidad. Le pregunté a uno de ellos más tarde: ‘¿No tenía usted miedo?’ Él respondió: ‘Agradezco a Dios que no tenía miedo’. Yo pregunté: ‘¿Pero vuestras mujeres y vuestros niños no tenían miedo?’ Él contestó en forma dulce: ‘No, nuestras mujeres y nuestros niños no tienen miedo de morir’ ”.[9]

El corazón de Wesley se llena de un “extraño entusiasmo”

A su regreso a Inglaterra, Wesley llegó a una comprensión más clara de la fe bíblica guiado por la instrucción de un moravo. En una reunión de la sociedad morava que se realizaba en Londres se leyó una declaración de Lutero. Mientras Wesley escuchaba, la fe se encendió en su alma. “Sentí mi corazón extrañamente entusiasmado –dice él–. Sentía que confiaba en Cristo, solamente en Cristo para la salvación; y me fue dada la seguridad de que él había limpiado mis pecados, precisamente los míos, y me había salvado de la ley del pecado y de la muerte”. [10]

Ahora Wesley encontró que la gracia, que él se había afanado por ganar mediante oraciones, ayunos y abnegación propia, era una dádiva “sin dinero y sin precio”. Toda su alma ardía con el deseo de esparcir por doquiera el evangelio glorioso de la gracia gratuita de Dios. “Considero a todo el mundo como mi parroquia –dijo–; en cualquier parte del mundo creo que es adecuado, es correcto, y es mi obligación comunicar el evangelio a todos los que están dispuestos a escuchar las buenas nuevas de la salvación”.[11]

Continuó su vida estricta y de abnegación, pero no considerándola ahora como la razón, sino como el resultado de la fe; no como la raíz, sino como el fruto de la santidad. La gracia de Dios en Cristo se manifiesta en obediencia. Wesley consagró su vida a predicar las grandes verdades que había recibido: la justificación por la fe y la sangre redentora de Cristo, y el poder renovador del Espíritu Santo en el corazón, que produce los frutos en una vida de acuerdo con el ejemplo de Cristo.

Whitefield y los Wesley fueron llamados con desprecio “metodistas” por sus condiscípulos incrédulos, un nombre que actualmente es considerado como honorable entre un gran sector del protestantismo. El Espíritu Santo los instó a predicar a Cristo y a él crucificado. Miles se convertían de corazón. Era necesario que estas ovejas fueran protegidas de los lobos rapaces. Wesley no tenía ninguna idea de formar una nueva denominación, pero los organizó en lo

que se llamó la Conexión Metodista.

Misteriosa e irritante fue la oposición que estos predicadores encontraron por parte de la iglesia establecida; sin embargo, la verdad encontró puertas abiertas que de otra manera permanecerían cerradas. Algunos clérigos se despertaron de su estupor moral y llegaron a ser celosos predicadores en sus propias parroquias.

En los tiempos de Wesley, hombres que tenían diferentes dones no estaban de acuerdo en todo punto de doctrina. Las diferencias entre Whitefield y los Wesley amenazaron en una ocasión con crear separación entre ambos grupos, pero debido a que aprendieron la unidad en la escuela de Cristo, la tolerancia y la caridad mutua los reconciliaron. No tenían tiempo para discutir en tanto que el error y la iniquidad prevalecían por doquier.

Wesley escapa a la muerte

Hombres de saber y de talento emplearon su influencia contra ellos. Muchos eclesiásticos manifestaron hostilidad, y las puertas de las iglesias se cerraron contra la fe pura. El clero, denunciándolos desde el púlpito, despertó los elementos de las tinieblas y la iniquidad. Una y otra vez Juan Wesley escapó de la muerte por milagro de la misericordia de Dios. Cuando parecía que no había manera de escapar, un ángel en forma humana llegaba a su lado, la turba se retiraba, y el siervo de Cristo pasaba y con seguridad se colocaba a cubierto del peligro.

Acerca de una de estas ocasiones en que fue librado, Wesley dijo: “Aunque muchos se esforzaron por sujetarme del cuello o por tomarme de la ropa para derribarme, de ninguna forma lo lograban; uno solo logró asirse de uno de los bolsillos de mi chaleco, el cual quedó en sus manos; pero en el bolsillo del otro lado, en el cual había una nota bancaria, no arrancó más que la mitad... Un hombre robusto que venía detrás logró herirmé varias veces con una gran rama de roble; si me hubiera alcanzado con ella una sola vez en la nuca, él no habría tenido más problemas. Pero cada vez que lanzaba un golpe, la rama se le desviaba a un lado, no sé como, pues yo no podía moverme ni hacia la derecha ni hacia la izquierda”.[12]

Los metodistas de aquellos días soportaban el ridículo y la persecución, y a menudo la violencia. En algunos casos se fijaban carteles públicos pidiendo que los que desearan romper las ventanas y robar las casas de los metodistas se reunieran en un determinado tiempo y lugar. Se realizó una persecución sistemática contra un pueblo cuya única falta consistía en llamar a los pecadores a la senda de la santidad.

La declinación espiritual que reinaba en Inglaterra, justamente antes del tiempo de Wesley, era en gran parte el resultado de la enseñanza de que Cristo había abolido la ley moral y que los cristianos no estaban bajo ninguna obligación de obedecerla. Otros declaraban que era innecesario que los ministros exhortaran al pueblo a la obediencia de los preceptos divinos, puesto que aquellos a quienes Dios había elegido para la salvación serían “conducidos a la práctica de la

piedad y la virtud”, en tanto que los que estaban condenados a la eterna reprobación “no tenían el poder de obedecer la ley divina”.

También había quienes, sosteniendo que “los elegidos no podían caer de la gracia ni perder el favor divino”, llegaron a la terrible conclusión de que “las acciones malvadas que cometían no eran realmente pecaminosas... y que, en consecuencia, no tenían ocasión ni de confesar sus pecados ni de abandonarlos por el arrepentimiento”.[13] Por lo tanto, declaraban ellos, aun uno de los pecados más viles, “considerado universalmente como una enorme violación de la ley divina, no es pecado a la vista de Dios” si lo comete uno de los elegidos, porque “ellos no pueden hacer nada que sea desagradable para Dios o prohibido por la ley”.

Estas doctrinas monstruosas son esencialmente lo mismo que la enseñanza posterior de que no existe una ley divina incambiable como norma de la justicia, sino que la moralidad es algo establecido por la sociedad misma y constantemente sujeta a cambios. Todas estas ideas son inspiradas por aquel que entre los habitantes perfectos del cielo comenzó su obra de quebrantar las justas restricciones de la ley de Dios.

La doctrina de que los decretos divinos fijan en forma inalterable el carácter de los hombres había llevado a muchos a rechazar la ley de Dios. Wesley se oponía en forma permanente a esta creencia, y mostraba que es contraria a las Escrituras. “La gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres” (Tito 2:11). “Porque esto es bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad. Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos” (1 Timoteo 2:3-6). Cristo, la “luz verdadera, que alumbría a todo hombre, venía a este mundo” (S. Juan 1:9). Los hombres dejan de ser salvos cuando por su propia voluntad rechazan el don de la vida.

En defensa de la ley de Dios

En respuesta a la pretensión de que en ocasión de la muerte de Cristo los Diez Mandamientos habían sido abolidos junto con la ley ceremonial, Wesley dijo: “La ley moral, contenida en los Diez Mandamientos y puesta en vigencia por los profetas, no fue abolida por Jesús. Esta es una ley que nunca podrá ser quebrantada, que permanece en pie como un testigo fiel en el cielo”.

Wesley declaró la perfecta armonía de la ley y el evangelio. “Por un lado, la ley conduce continuamente y señala al evangelio; por el otro, el evangelio continuamente nos conduce a un cumplimiento más estricto de la ley. La ley, por ejemplo, requiere de nosotros que amemos a Dios, que amemos a nuestro prójimo, que seamos mansos, humildes y santos. Nosotros sentimos que no tenemos la capacidad de hacer estas cosas... pero vemos la promesa de Dios de darnos ese amor, y de hacernos humildes, mansos y santos: echemos mano de este evangelio, de estas buenas nuevas... ‘la justicia de la ley se cumple en nosotros’, por la fe que es en Cristo Jesús...”

“Entre los enemigos más encarnizados del evangelio de Cristo –decía Wesley– están aquellos que... enseñan a los hombres a quebrantar... no solamente uno de los mandamientos, aunque fuera el menor o el mayor, sino todos los mandamientos a la vez... Ellos honran a Dios como Judas lo hizo cuando dijo: ‘Salve, Maestro, y lo besó’... No constituye otra cosa que traicionar a Cristo con un beso, hablar de su sangre y despojarlo al mismo tiempo de su corona; despreciar cualquier parte de su ley con el pretexto de hacer avanzar su evangelio”.[14]

La armonía de la ley y el evangelio

A los que insistían en que “la predicación del evangelio satisface todos los objetivos de la ley”, Wesley replicó: “No satisface ni siquiera el primer fin de la ley, es a saber, el convencer a los hombres de pecado, el despertar a los que todavía duermen al borde del infierno... Es absurdo, por lo tanto, ofrecer un médico a los que están sanos, o que a lo menos se imaginan estar en esta condición. Primero usted tiene que convencerlos de que están enfermos; de otra manera no le agradecerán por su trabajo. Es igualmente absurdo ofrecerles a Cristo a aquellos cuyo corazón no ha sido aún quebrantado”.[15]

Mientras predicaba el evangelio de la gracia de Dios, Wesley, así como su Maestro, trataba de “magnificar la ley y engrandecerla” (Isaías 42:21). Gloriosos fueron los resultados que se le permitió observar. Al final de más de medio siglo invertido en su ministerio, sus adherentes eran más de medio millón. Pero la multitud que, debido a sus labores, había sido elevada de la degradación del pecado a una vida más alta y más pura, nunca se conocerá hasta que toda la familia de los redimidos se reúna en el reino de Dios. Su vida presenta una lección de valor incalculable para todo cristiano.

¡Ojalá que la fe, el celo incansable, la abnegación y la devoción de este siervo de Cristo se reflejen en las iglesias de nuestros días!

[1]D'Aubigné, History of the Reformation of the Sixteenth Century [Historia de la Reforma del siglo XVI], lib. 18, cap. 4.

[2]Ibíd.

[3]Ibíd.

[4]Anderson, Annals of the English Bible [Anales de la Biblia inglesa] (ed. revisada, 1862), p. 19.

[5]Hugh Latimer, “First Sermon Preached Before King Edward VI” [Primer sermón predicado ante el rey Eduardo VI].

[6]Works of Hugh Latimer [Obras de Hugo Latimer], t. 1, p. xiii.

[7]David Laing, The Collected Works of John Knox [La colección de obras de Juan Knox], t. 2, pp. 281, 284.

[8]John Whitehead, Life of the Rev. Charles Wesley [La vida de Rev. Carlos Wesley], p. 102.

[9]Ibíd., p. 10.

[10]Ibíd., p. 52.

[11]Ibíd., p. 74.

[12]John Wesley, Works [Obras], t. 3, pp. 297, 298.

[13]McClintoch & Strong, Cyclopedia [Enciclopedia], art. “Antinomians” [Antinomianos].

[14]Wesley, Sermón 25.

[15]Ibíd., Sermón 35.

Capítulo 16

El Reinado del Terror en Francia: su verdadera causa

Algunas naciones dieron la bienvenida a la Reforma como enviada del cielo. Pero en otros países la luz del conocimiento de la Biblia fue casi totalmente extinguida. En una nación, la verdad y el error lucharon durante siglos por el predominio, y finalmente la luz del cielo fue rechazada. El freno constituido por la presencia del Espíritu de Dios fue quitado de un pueblo que habíapreciado el don de su gracia. Y todo el mundo vio el fruto del rechazo voluntario de la luz.

La guerra contra la Biblia en Francia culminó en la Revolución, que fue el resultado natural de la supresión que Roma hizo de las Escrituras. Lo que ocurrió luego representó la más notable ilustración que jamás se haya presenciado del producto de las enseñanzas de la Iglesia Romana.

El Revelador señala los terribles resultados que habían de verse en Francia por el dominio del “hombre de pecado”:

“Hollarán la ciudad santa cuarenta y dos meses. Y daré a mis dos testigos que profeticen por mil doscientos sesenta días, vestidos de cilicio... Cuando hayan acabado su testimonio, la bestia que sube del abismo hará guerra contra ellos, y los vencerá y los matará. Y sus cadáveres estarán en la plaza de la grande ciudad que en sentido espiritual se llama Sodoma y Egipto, donde también nuestro Señor fue crucificado... Y los moradores de la tierra se regocijarán sobre ellos y se alegrarán, y se enviarán regalos unos a otros; porque estos dos profetas habían atormentado a los moradores de la tierra. Pero después de tres días y medio entró en ellos el espíritu de vida enviado por Dios, y se levantaron sobre sus pies, y cayó gran temor sobre los que los vieron” (Apocalipsis 11:2-11).

Los “cuarenta y dos meses” y los “mil doscientos sesenta días” se refieren al mismo tiempo, es decir, el tiempo durante el cual la iglesia de Cristo había de sufrir opresión a manos de Roma. Los 1.260 años comenzaron en el 538 y terminaron en 1798. En esa fecha el ejército francés tomó prisionero al Papa,

quien murió en el exilio. La jerarquía papal, a partir de entonces, nunca volvió a tener el mismo poder que poseía anteriormente.

La persecución de la iglesia no continuó durante todo el tiempo de los 1.260 años. Dios, como una manifestación de su misericordia hacia su pueblo, abrevió el tiempo de la prueba terrible por medio de la influencia de la Reforma.

Los “dos testigos” representan las Escrituras del Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento, testimonios importantes del origen y la perpetuidad de la ley de Dios, y también del plan de salvación.

Hablando de los dos testigos dice la Biblia: “Que profeticen por mil doscientos sesenta días, vestidos de cilicio”. Cuando se proscribió la Biblia, su testimonio fue pervertido; cuando los que se atrevieron a proclamar sus verdades fueron traicionados, torturados, martirizados por su fe u obligados a huir, entonces los fieles “testigos” profetizaron “vestidos de cilicio”. Aun en los tiempos más oscuros, hombres fieles recibieron sabiduría y autoridad para declarar la verdad de Dios.

“Si alguno quiere dañarlos, sale fuego de la boca de ellos, y devora a sus enemigos; y si alguno quiere hacerles daño, debe morir él de la misma manera” (Apocalipsis 11:5). ¡Los hombres no pueden atropellar impunemente la Palabra de Dios!

“Cuando hayan acabado su testimonio”. Al acercarse la terminación de la obra de los dos testigos hecha en la oscuridad, “la bestia que sube del abismo hará guerra contra ellos”. Aquí se presenta una nueva manifestación del poder satánico.

La política de Roma había sido, profesando reverencia por la Biblia, mantenerla cautiva en un idioma desconocido, y oculta del pueblo. Bajo su gobierno, los testigos profetizaron “vestidos de cilicio”. Pero “la bestia que sube del abismo” había de hacer una guerra abierta y declarada contra la Palabra de Dios.

“La grande ciudad” en cuyas calles los testigos han muerto, y donde su cuerpo muerto yace, es “en sentido espiritual” Egipto. De todas las naciones que aparecen en la historia bíblica, Egipto fue la que negó más temerariamente la existencia del Dios vivo y resistió sus mandatos. Ningún monarca jamás se aventuró a resistir con tanto descaro la autoridad del cielo como el faraón de Egipto: “Yo no conozco a Jehová, ni tampoco dejaré ir a Israel” (Éxodo 5:2).

Esto es ateísmo; y la nación representada por Egipto se haría eco de una negación similar de Dios y manifestaría un espíritu de desafío semejante.

También se compara “la grande ciudad”, “en un sentido espiritual”, a Sodoma. La corrupción de Sodoma se manifestó especialmente en su vida licenciosa. Este pecado habría de ser igualmente la característica de la nación que cumpliría este pasaje bíblico.

Según el profeta, pues, un poco antes de 1798 cierto poder de carácter satánico se levantaría para hacer guerra a la Biblia. Y en el país donde el testimonio de “los dos testigos” de Dios fuera silenciado, se manifestaría el ateísmo de Faraón y la licencia de Sodoma.

Un notable cumplimiento de la profecía

Esta profecía recibió un notable cumplimiento en la historia de Francia durante la Revolución, en 1793. “Francia se destaca en toda la historia mundial como el único Estado que, por un decreto de su Asamblea Legislativa, declaró que no existía Dios, y el único sitio en que toda la población de la capital, y una vasta mayoría de la población de otros lugares, mujeres y hombres, danzaron y cantaron con gozo aceptando este pronunciamiento”.[1]

Francia también presentaba las características que distinguían a Sodoma. El historiador presenta juntos el ateísmo y la conducta licenciosa de Francia en estas palabras: “Íntimamente vinculadas con estas leyes que afectaban a la religión, estaba la que reducía la unión matrimonial –el compromiso más sagrado que los seres humanos pueden formar, y cuya permanencia y estabilidad contribuyen más eficazmente a la consolidación de la sociedad– al estado de un mero contrato civil de carácter transitorio, en el cual pueden participar cualesquiera dos personas y deshacerlo a voluntad... Sofía Arnoult, una famosa actriz que se caracterizaba por la agudeza de sus dichos, definió el casamiento republicano como ‘el sacramento del adulterio’ ”.[2]

Enemistad contra Cristo

“Donde también nuestro Señor fue crucificado”. Esto también lo cumplió Francia. En ningún país había encontrado la verdad una oposición más cruel. En la persecución con que Francia afligió a los que profesaban el evangelio, crucificó también a Cristo en la persona de sus discípulos.

Siglo tras siglo había sido derramada la sangre de los santos. Mientras los valdenses perdían su vida en las montañas del Piamonte “por el testimonio de Jesucristo”, habían aparecido testigos similares entre los albigenses de Francia. En este país, los discípulos de la Reforma fueron muertos sufriendo horribles torturas. El rey y los nobles, mujeres de alta alcurnia y damas delicadas habían festejado las agonías de los mártires de Jesús. Los valientes hugonotes vertieron su sangre en más de un campo de batalla, cazados como bestias salvajes.

Los pocos descendientes de los antiguos cristianos que todavía permanecían en Francia en el siglo XVIII, escondiéndose en las montañas del sur, y que mantenían la fe de sus padres, eran arrastrados para llevar una vida de total esclavitud en las galeras. Los hombres y las mujeres más refinados e inteligentes de Francia eran encadenados, en una horrible tortura, en medio de ladrones y asesinos. Otros eran fusilados a sangre fría, mientras caían de rodillas en oración. El país, asolado por la espada, el hacha y la hoguera, “se convirtió en un vasto y lúgubre desierto”. “Estas atrocidades se consumaron... no en una edad oscura, sino en la época brillante de Luis XIV. Por ese entonces se cultivaba la ciencia, florecían las letras, y los teólogos de la corte y de la capital eran hombres sabios y elocuentes, y aparecían en gran manera poseer las gracias de la mansedumbre y la caridad”.[3]

El más horrible de los crímenes

Pero lo más cínico que se registra en este lóbrego catálogo de crímenes, fue la matanza de San Bartolomé. El rey de Francia, instado por los sacerdotes y los prelados, concedió su sanción. Una campana, tañida a duelo en la noche, fue la señal para la matanza. Millares de protestantes, que dormían en sus hogares, confiando en la palabra que les había dado el rey asegurándoles protección, fueron arrastrados a la calle y asesinados.

Durante siete días la masacre continuó en París. Por orden del rey se extendió a todas las ciudades donde había protestantes. Nobles y campesinos, viejos y jóvenes, madres y niños, fueron sacrificados juntos. Por toda Francia 70 mil personas de la flor y nata de la nación perecieron.

“Cuando las noticias de la masacre llegaron a Roma, el regocijo entre el clero no conoció límites. El cardenal de Lorena recompensó al mensajero con mil coronas (monedas de la época); el cañón de San Angelo tronó en alegres salvias; se oyeron las campanas de todas las torres; fogatas innumerables convirtieron la noche en día; y Gregorio XIII, asistido por cardenales y otros dignatarios eclesiásticos, salió en una larga procesión hacia la iglesia de San Luis, donde el cardenal de Lorena cantó un Te Deum... Se acuñó una medalla para conmemorar la matanza... Un sacerdote francés... habló de ‘ese día tan lleno de dicha y alegría, cuando el santísimo padre recibió la noticia y se encaminó hacia San Luis en solemne comitiva para dar gracias a Dios’ ”.[4]

El mismo espíritu maestro que impulsó la matanza de San Bartolomé presidió en las escenas de la Revolución. Jesucristo fue declarado impostor, y el clamor de los franceses incrédulos fue “aplastar al infame”, refiriéndose a Cristo. La blasfemia y la impiedad marcharon de la mano. En todo esto se rindió tributo a Satanás, en tanto que Cristo, en sus características de verdad, pureza y amor abnegado, fue “crucificado”.

“La bestia que sube del abismo hará guerra contra ellos, y prevalecerá contra ellos y los matará”. El poder ateo que gobernó en Francia durante la Revolución y el Reinado del Terror se empeñó en una guerra semejante contra Dios y su

Palabra. El culto a Dios fue abolido por la Asamblea Nacional, y se juntaron las Biblias y fueron quemadas públicamente. Las instituciones relacionadas con la Biblia fueron abolidas. Se suprimió el día de descanso semanal, y en su lugar cada décimo día fue dedicado a la orgía y la blasfemia. Se prohibieron la comunión y el bautismo. Anuncios colocados en los cementerios declaraban que la muerte era un sueño eterno.

Se prohibieron todos los cultos religiosos, excepto el de la “libertad” y la patria. El “obispo constitucional de París fue traído... para declarar ante la Convención que la religión que él había enseñado por tantos años era, en todo respecto, una tramoya del clero, que no tenía fundamento ni en la historia ni en la verdad sagrada. Negó en términos explícitos y solemnes la existencia de la Divinidad, a cuyo culto él se había consagrado”.[5]

“Y los que habitan sobre la tierra se regocijarán sobre ellos y se alegrarán, y se enviarán regalos unos a otros; porque estos dos profetas habían atormentado a los moradores de la tierra” (Apocalipsis 11:10). La Francia incrédula había acallado la voz de represión de los dos testigos de Dios. La Palabra de Dios yacía muerta en sus calles, y los que odiaban la ley de Dios estaban regocijados. Los hombres desafiaban públicamente al Rey del cielo.

Atrevimiento blasfemo

Uno de los “sacerdotes” del nuevo orden dijo: “Dios, si tú existes, toma venganza de las injurias que se hacen en tu nombre. Permaneces silencioso; no te atreves a enviar tus truenos. ¿Quién, después de esto, creerá en tu existencia?”[6] ¡Qué eco tan fiel de la pretensión de Faraón: “¿Quién es Jehová para que yo oiga su voz?”

“Dice el necio en su corazón: No hay Dios” (Salmo 14:1). Y el Señor declara: “Su insensatez será manifiesta a todos” (2 Timoteo 3:9). Después que Francia renunció al culto del Dios viviente, descendió a un estado de idolatría degradante por el culto a la diosa Razón, una mujer libertina. ¡Y esto ocurrió en el seno de la asamblea representativa de la nación! “Una de las ceremonias de aquella ocasión de locura es sin paralelo por lo absurdo combinado con lo impío. Se abrieron las puertas de la convención... los miembros del cuerpo municipal entraron en solemne procesión cantando un himno para alabar la libertad, y escoltando, como objeto de culto futuro, a una mujer cubierta con un velo, a quien llamaron “la diosa Razón”. Cuando se la trajo al lugar que se le había dedicado, se le quitó el velo con gran ceremonia, y se la colocó a la diestra del presidente, al tiempo que todos la reconocieron como una bailarina de la ópera”.

La diosa Razón

“La instalación de la diosa Razón fue imitada por toda la nación en los lugares donde los habitantes deseaban manifestar que estaban a la altura de la revolución”.[7]

Cuando la “diosa” fue traída a la convención, el orador la tomó de la mano, y volviéndose a la asamblea dijo: “Mortales, dejen de temblar ante los truenos impotentes de un Dios creado por vuestros temores. Por lo tanto, reconozcan que no hay divinidad alguna fuera de la Razón. Les ofrezco su más noble y pura imagen; si necesitan tener ídolos, ofrezcan sacrificios solamente a los que sean como éste...’

“La diosa, después de ser abrazada por el presidente, fue instalada en una magnífica carroza, y conducida a la catedral de Notre Dame, para que tomara el lugar de la Divinidad. Allí fue elevada sobre el altar mayor, y recibió la adoración de todos los presentes”.[8]

El papismo comenzó la obra que el ateísmo completó, precipitando a Francia en la ruina. Los escritores, al referirse a los errores de la Revolución, dicen que de estos excesos hay que culpar al trono y a la iglesia. En estricta justicia, la iglesia es la que debe ser inculpada. El papismo había envenenado la mente de los reyes contra la Reforma. El genio de Roma inspiró la crueldad y la opresión que ahora procedían del trono.

Donde se recibió el evangelio, las mentes del pueblo fueron despertadas. Este comenzó a sacudir las cadenas que lo habían mantenido esclavo de la ignorancia y la superstición. Los monarcas lo vieron y temblaron por su despotismo.

Roma no se demoró en inflamar sus celosos temores. El Papa le dijo al regente de Francia en 1525: “Esta manía (el protestantismo) no solamente confundirá y destruirá la religión, sino todos los principados, la nobleza, las leyes, el orden y las jerarquías”. Un nuncio papal le advirtió al rey: “Los protestantes derribarán todo el orden civil y religioso... El trono está en tanto peligro como el altar”.[9] Desafortunadamente Roma tuvo éxito en predisponer a Francia contra la

Reforma.

La enseñanza de la Biblia habría implantado en los corazones del pueblo principios de justicia, temperancia y verdad, que son la piedra angular de la prosperidad de una nación. “La justicia engrandece a la nación”. Por lo tanto, “con justicia será afirmado el trono” (Proverbios 14:34; 16:12; ver también Isaías 32:17). El que obedece la ley divina, con toda seguridad respetará y obedecerá las leyes del país. Francia prohibió la Biblia. Siglo tras siglo hombres de integridad, de fortaleza intelectual y moral, que tenían fe para sufrir por la verdad, penaron como esclavos en las galeras, perecieron en la hoguera o fueron dejados para que se pudrieran en los calabozos. Miles encontraron seguridad huyendo, y esto sucedió por 250 años después de iniciada la Reforma.

“Apenas hubo una generación francesa durante ese largo período que no presenciara cómo los discípulos del evangelio huían ante la furia insana del perseguidor, y llevándose consigo la inteligencia, las artes, la industria y el orden, en los cuales, por regla general, se destacaban en forma prominente, para enriquecer los países en los cuales encontraron asilo... Si todos los que huyeron hubieran sido retenidos en Francia, ¡cuán grande, próspero y feliz hubiera sido el país; un modelo para las naciones! Pero un fanatismo ciego e inexorable echó de su suelo a todo maestro de virtud, a todo campeón del orden, a todo defensor honrado del trono... Finalmente la ruina del Estado se hizo completa”.[10] La revolución con sus horrores fue el resultado.

Lo que habría sido

“Con la huida de los hugonotes, Francia quedó sumida en una decadencia general. Florecientes ciudades manufactureras quedaron arruinadas... Se estima que, al comienzo de la Revolución, en París doscientos mil pobres clamaban caridad de las manos del rey. Los jesuitas eran los únicos que florecían en la nación decadente”.[11]

El evangelio habría traído a Francia la solución de los problemas que frustraron al clero, al rey y a los legisladores, y finalmente precipitaron a la nación en la ruina. Pero bajo Roma el pueblo había perdido las lecciones de abnegación y amor, por el bien de los demás, que enseñara el Salvador. El rico no sentía ningún cargo de conciencia por la opresión del pobre; el pobre no encontraba alivio de su degradación. El egoísmo de los adinerados y poderosos llegó a ser más y más opresivo. Durante siglos, el rico perjudicaba al pobre, y el pobre odiaba al rico.

En muchas provincias las clases laborales estaban a la merced de los señores y se veían forzadas a someterse a demandas exorbitantes. Las clases media y baja tenían que hacer frente a impuestos excesivos exigidos por las autoridades civiles y el clero. “Los agricultores y los campesinos podían perecer de hambre, pero a sus opresores no les importaba... La vida de los trabajadores agrícolas era una vida de incesante trabajo y miseria sin alivio; sus quejas... eran tratadas con insolente desprecio... el cohecho era aceptado notoriamente por los jueces... De los impuestos... ni siquiera la mitad llegaba alguna vez a la tesorería real o episcopal; el resto era malgastado en la disipación y la complacencia personal. Y los hombres que empobrecían de esta manera a sus consúbditos estaban exentos de impuestos ellos mismos, y tenían derecho, por ley o las costumbres, a ocupar todos los puestos del gobierno... Debido a que ellos llevaban esta vida regalada, millones eran condenados a llevar una vida de desesperanza y degradación” .

Durante más de medio siglo antes de la Revolución, el trono fue ocupado por Luis XV, que se distinguía por ser indolente, frívolo y sensual. Con el Estado en plena crisis financiera y con el pueblo exasperado, no se necesitaba un ojo de profeta para prever un desenlace terrible. En vano se mostró la necesidad de una

reforma. La condenación que aguardaba a Francia se reflejaba en las palabras egoísticas del rey: “¡Después de mí, el diluvio!”

Roma había ejercido su influencia sobre los reyes y la clase gobernante para conservar al pueblo en la esclavitud, con el propósito de mantener tanto a los gobernantes como al pueblo en sus cadenas. Pero mil veces más terrible que el sufrimiento físico que resultó de la política de Francia, fue la degradación moral de ese país. Privado de la Biblia, y abandonado al egoísmo, el pueblo se hallaba sumido en la ignorancia y el vicio, y era totalmente incapaz de darse un gobierno propio.

Una cosecha sangrienta

En lugar de mantener a las multitudes en ciega sumisión a sus dogmas, la obra de Roma las convirtió en masas de incrédulos y revolucionarios. Despreciaron el romanismo y el clericalismo. El único dios a quien conocían era al dios de Roma. Consideraron la avaricia y la crueldad como el fruto de la Biblia, y no quisieron saber nada de todo ello.

Roma había representado mal el carácter de Dios, y ahora los hombres rechazaban tanto la Biblia como a su Autor. En la reacción, Voltaire y sus asociados echaron completamente a un lado la Palabra de Dios y esparcieron la incredulidad. Roma había sometido al pueblo a un yugo férreo; ahora las masas se sublevaron contra toda restricción. Encolerizadas, rechazaron la verdad y la mentira juntamente.

Al comienzo de la Revolución, sobre la base de una concesión del rey, al pueblo se le permitió en la asamblea nacional una representación mayor que la de los nobles y el clero juntos. Por esta razón, el predominio del poder estaba en sus manos; pero no estaba preparado para usarlo con sabiduría y moderación. Un populacho enloquecido resolvió vengarse. Los oprimidos pusieron en práctica la lección que habían aprendido bajo la tiranía, y llegaron a ser los opresores de aquellos que los habían oprimido.

Francia recogió con sangre la cosecha de su sumisión a Roma. En el lugar donde bajo el romanismo había levantado la primera hoguera al comienzo de la Reforma, allí mismo la revolución estableció su primera guillotina. En el lugar donde los primeros mártires de la fe protestante fueron quemados en el siglo XVI, las primeras víctimas fueron guillotinadas en el siglo XVIII. Como las restricciones de la ley de Dios fueron descartadas, la nación se entregó a la revolución y la anarquía. La guerra contra la Biblia introdujo en la historia mundial el Reinado del Terror. El que triunfaba hoy era condenado mañana.

El rey, el clero y los nobles se vieron obligados a someterse a las atrocidades de un pueblo enloquecido. A los que decretaron la muerte del rey, pronto les tocó su propio turno en la guillotina. Se decretó hacer una ejecución general de todos los

que eran sospechosos de hostilidad hacia la Revolución. Francia llegó a ser un gran campo de masas humanas que luchaban entre sí, movidas por la furia de las pasiones. “En París un tumulto sucedía a otro, y los ciudadanos estaban divididos en una mezcla de facciones, que no parecían tener otro propósito que la mutua exterminación... El país se vio al borde de la bancarrota; los ejércitos clamaban por falta de pago, los parisienses morían de hambre, las provincias eran despojadas por las brigadas, y la civilización casi quedó extinguida en la anarquía y la licencia”.

Demasiado bien había aprendido el pueblo las lecciones de crueldad y tortura que Roma tan diligentemente le había enseñado. No eran ahora los discípulos de Jesús los que eran arrastrados a la hoguera; mucho tiempo hacía que habían perecido o se los había obligado al exilio. “Los cadálos se enrojecieron con la sangre de los sacerdotes. Las galeras y las prisiones, una vez atestadas de hugonotes, ahora estaban llenas de sus perseguidores. Encadenados a los bancos y trabajando angustiosamente con los remos, el clero católico romano experimentó todas las angustias que su iglesia tan libremente había infligido a los bondadosos herejes” .

“Entonces vinieron los días... en que los espías atisbaban en todo lugar; cuando la guillotina trabajaba largas horas en forma continua todas las mañanas; cuando las cárceles se llenaron tanto de presos, que más parecían galeras de esclavos; cuando las acequias corrían al Sena llevando en sus raudales la sangre de las víctimas... Largas hileras de cautivos sucumbían bajo las descargas graneadas de la fusilería. Se abrían intencionalmente boquetes en las barcazas sobrecargadas de cautivos... Centenares de muchachos y doncellas menores de 17 años fueron asesinados por orden de aquel execrable gobierno. Bebés arrebujados del regazo de sus madres eran ensartados de pica en pica en las filas jacobinas” .

Todo esto ocurrió como Satanás quería que ocurriera. Su política es el engaño y su propósito es traer la miseria a los hombres, desfigurar la obra de Dios, echar a perder el propósito divino del amor, y así producir dolor en el cielo. Luego, usando artimañas engañosas induce a los hombres a arrojar la culpa sobre Dios, como si toda esta miseria fuera el resultado del plan del Creador. Cuando el pueblo descubrió que el romanismo era un engaño, Satanás lo indujo a considerar toda religión como una mentira.

El error fatal

El fatal error que condujo a Francia a tal miseria fue ignorar esta gran verdad: la libertad yace dentro de los límites de las prohibiciones de la ley de Dios. “¡Oh, si hubieras atendido a mis mandamientos! Fuera entonces tu paz como un río, y tu justicia como las ondas del mar” (Isaías 48:18). Los que no aprenden esta lección leyendo el Libro de Dios, tendrán que aprenderla de la historia.

Cuando Satanás obró por medio de la Iglesia Romana para desviar a los hombres de la obediencia, su obra fue disfrazada, mas por la obra del Espíritu de Dios sus propósitos no pudieron alcanzar su plena consumación. La gente no asignó el efecto a la causa correspondiente para descubrir la fuente de su miseria. Pero en la Revolución, la ley de Dios fue abiertamente descartada por la Asamblea Nacional. Y el Reinado del Terror que siguió a esta decisión hizo que la causa y el efecto pudieran ser observados por todos.

La transgresión de una ley justa y santa inevitablemente produce ruina. El Espíritu restrictivo de Dios, que impone un límite al poder cruel de Satanás, quedó anulado en gran medida, y aquel cuyo deleite consiste en la desgracia de los hombres, tuvo libertad para hacer su voluntad. A los que habían elegido la rebelión se les permitió que cosecharan sus frutos. El país se llenó de crímenes. Desde las provincias devastadas y las ciudades arruinadas se levantó un terrible clamor de amarga angustia. Francia fue conmovida como por un terremoto. La religión, la ley, el orden social, la familia, el Estado y la Iglesia, todos fueron abatidos por la mano impía que se había levantado contra la ley de Dios.

Los fieles testigos del Señor, sacrificados por el poder blasfemo “que sube del abismo”, no habían de permanecer por mucho tiempo en el silencio. “Después de tres días y medio entró en ellos el espíritu de vida enviado por Dios, y se levantaron sobre sus pies, y cayó gran temor sobre los que los vieron” (Apocalipsis 11:11). En 1793 los decretos que pusieron a un lado a la Biblia fueron aprobados por la Asamblea francesa. Tres años y medio más tarde, una resolución rescindió estos decretos por parte del mismo cuerpo. Los hombres reconocieron la necesidad de la fe en Dios y su Palabra como el fundamento de la virtud y la moralidad.

Con respecto a “los dos testigos” (el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento) el profeta declara, además: “Y oyeron una gran voz del cielo, que les decía: Subid acá. Y subieron al cielo en una nube; y sus enemigos los vieron” (Apocalipsis 11:12). “Los dos testigos de Dios” fueron honrados como nunca antes. En 1804 se organizó la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera, seguida de otras organizaciones similares en el continente europeo. En 1816 se fundó la Sociedad Bíblica Americana. Desde entonces la Biblia ha sido traducida a muchos centenares de idiomas y dialectos.

Antes de 1792, poca atención se había dado a las misiones en el extranjero. Pero hacia el fin del siglo XVIII se realizó un gran cambio. Los hombres quedaron muy desconformes con el racionalismo y se dieron cuenta de la necesidad de una revelación divina y una religión experimental. Desde este tiempo las misiones en el extranjero avanzaron con un vigor sin precedente.

Los progresos en el arte de imprimir dieron ímpetu a la circulación de la Biblia. El quebrantamiento de los viejos prejuicios, la exclusividad nacional y la pérdida del poder secular que sufrió el pontífice de Roma abrieron el camino para la entrada de la Palabra de Dios. La Biblia ha sido llevada ahora a todas partes del globo.

El incrédulo Voltaire dijo: “Estoy cansado de oír a la gente repetir que doce hombres establecieron la religión cristiana. Yo probaré que un solo hombre puede ser suficiente para derrocarla”. Millones se han unido en la guerra contra la Biblia. Pero este libro está muy lejos de haber sido destruido. En lugares donde había cien ejemplares en los días de Voltaire, hay ahora cien mil volúmenes del Libro de Dios. Ciertas son las palabras de uno de los primeros reformadores: “La Biblia es un yunque sobre el cual se han roto muchos martillos”.

Lo que se edifica sobre la autoridad del hombre será derribado; pero lo que se funda en la roca de la Palabra de Dios permanecerá para siempre.

[1]Blackwood's Magazine, Noviembre de 1870.

[2]Sir Walter Scott, Life of Napoleon [Vida de Napoleón], t. 1, cap. 17.

[3]Wylie, lib. 22, cap. 7.

[4]Henry White, The Massacre of St. Bartholomew [La masacre de San

Bartolomé], cap. 14, párr. 34.

[5]Scott, t. 1, cap. 17.

[6]Lacretelle, History [Historia], t. 11, p. 309; en Sir Archibald Alison, History of Europe [Historia de Europa], t 1, cap. 10.

[7]Scott, t. 1, cap. 17.

[8]M. A. Thiers, History of the French Revolution [Historia de la Revolución Francesa], t. 2, pp. 370, 371.

[9]D'Aubigné, History of the Reformation in Europe in the Time of Calvin [Historia de la Reforma en Europa en el tiempo de Calvino], lib. 2, cap. 36.

[10]Wylie, lib. 13, cap. 20.

[11]Ibíd.

Capítulo 17

América, tierra de libertad

Aunque la autoridad y el credo de Roma fueron rechazados, no pocas de sus ceremonias fueron incorporadas en el culto de la Iglesia Anglicana. Se declaraba que las cosas que no estaban prohibidas en las Escrituras no eran intrínsecamente malas. La observancia de esas ceremonias tendió a reducir el espacio que separaba a Roma de las iglesias reformadas, y se insistió en que ellas promoverían la aceptación de la fe protestante por parte de los romanistas.

Pero otros no pensaban así. Consideraban estas costumbres como símbolos de la esclavitud de la cual habían sido llamados. Razonaban que Dios tiene en su Palabra establecida las reglas que gobiernan su culto, y que los hombres no están en libertad para añadir a las mismas o reducirlas. Roma comenzó por ordenar cosas que Dios no había prohibido, y terminó prohibiendo lo que él había ordenado en forma explícita.

Muchos consideraban las costumbres de la Iglesia de Inglaterra como monumentos de idolatría, y no podían unirse en su culto. Pero la iglesia, sostenida por la autoridad civil, no permitía que hubiera disidentes. Las reuniones religiosas no autorizadas eran prohibidas bajo pena de prisión, exilio o muerte.

Los puritanos eran ávidamente buscados, perseguidos y apresados, y sin la esperanza de promesas de días mejores. Algunos decidieron buscar refugio en Holanda, pero eran traicionados y entregados en manos de sus enemigos. Mas la firme perseverancia finalmente venció, y hallaron refugio en las playas amigas de aquel país.

Habían dejado sus casas y sus medios de vida. Eran extranjeros en tierra extraña, y obligados a recurrir a ocupaciones desconocidas para ganarse el pan. Pero no perdieron tiempo en la ociosidad ni en quejas inútiles. Agradecieron a Dios por las bendiciones que se les concedían y hallaron gozo en una comunión espiritual

sin molestias.

Dios maneja los acontecimientos

Cuando la mano de Dios parecía señalarles el otro lado del mar, una tierra donde podrían fundar un Estado y dejar para sus hijos la herencia de la libertad religiosa, avanzaron en la senda indicada por la Providencia. La persecución y el exilio estaban abriendo el camino a la libertad.

Cuando se vieron obligados por primera vez a separarse de la Iglesia de Inglaterra, los puritanos se unieron en un solemne pacto como pueblo libre del Señor para “andar juntos en todos sus caminos que les había hecho conocer, o en los que él les diera a conocer”.[1] Aquí estaba el principio vital del protestantismo. Con este propósito los peregrinos partieron de Holanda para fundar una nueva patria en el Nuevo Mundo. Juan Robinson, su pastor, en su discurso de despedida a los exiliados, les dijo:

“Los encomiendo a Dios y los exhorto ante él y ante sus santos ángeles a que no me sigan más de lo que yo he seguido a Cristo. Si Dios les revelara alguna cosa por medio de alguno de sus instrumentos, estén listos para recibirla, como siempre lo han estado para recibir cualquier verdad de mi ministerio; pues tengo la plena confianza de que el Señor tiene más verdad y más luz todavía que ha de proceder de su santa Palabra”.[2]

“Por mi parte, no puedo deplorar suficientemente la condición de las iglesias reformadas, las cuales... no irán por ahora más allá que lo que van los instrumentos de su reforma. Los luteranos no pueden ser inducidos a ir más allá de lo que vio Lutero... y los calvinistas, según ustedes ven, se aferran al lugar donde fueron dejados por ese gran hombre de Dios, que no llegó a ver todavía todas las cosas... Aunque en su tiempo ellos eran luces que ardían y brillaban, no llegaron a penetrar en todo el consejo de Dios, y si vivieran hoy, estarían tan dispuestos a abrazar una luz adicional similar a la que recibieron al comienzo”.
[3]

“Recuerden su promesa y el pacto con Dios, y con cada uno de los hermanos, de recibir cualquier luz y verdad que se les dé a conocer de su Palabra escrita; pero con todo, tengan cuidado, les ruego, de lo que aceptan como verdad, y

compárenlo y pésenlo a la luz de los otros pasajes de las Escrituras de verdad antes de aceptarlo. Pues no es posible que el mundo cristiano, que salió recientemente de tan densas tinieblas anticristianas, pueda llegar enseguida a la plena perfección de conocimiento”.[4]

El deseo de la libertad de conciencia inspiró a los peregrinos a cruzar el mar, pasar las penurias de la soledad y establecer los fundamentos de una gran nación. Sin embargo, los peregrinos todavía no comprendían en plenitud el principio de la libertad religiosa, y no estaban listos aún para otorgar a los demás lo que con tanto sacrificio habían conseguido para sí mismos. La doctrina de que Dios ha encomendado a la iglesia el derecho de controlar la conciencia y de definir y castigar la herejía, es uno de los errores papales más profundamente arraigados. Los reformadores no se vieron enteramente libres del espíritu de intolerancia de Roma. Las densas tinieblas en las cuales el papado había envuelto al cristianismo todavía no se habían disipado completamente.

Los colonos establecieron un tipo de Estado-Iglesia y los magistrados fueron autorizados a suprimir la herejía. Así el poder secular estaba en las manos de la iglesia. Estas medidas produjeron el resultado inevitable: la persecución.

Rogelio Williams

A semejanza de los primeros peregrinos, Rogelio Williams vino al Nuevo Mundo para gozar de libertad religiosa. Pero a diferencia de ellos, él vio –cosa que tan pocos habían visto hasta ese momento– que esta libertad era un derecho inalienable que todos tenían. Williams “fue la primera persona del cristianismo moderno en establecer un gobierno civil basado en la doctrina de la libertad de conciencia”.[5] “El público o los magistrados pueden decidir –dijo él– la forma en que un hombre debe tratar a otro hombre; pero cuando intentan prescribir los deberes del hombre para con Dios, están fuera de lugar, y no puede haber seguridad; pues es claro que si el magistrado tuviera el poder, decretaría un tipo de opiniones o creencias hoy y otro tipo mañana; tal como en Inglaterra hicieron diferentes reyes y reinas, y tal como hicieran papas y concilios en la Iglesia Católica”.[6]

La asistencia a la iglesia era exigida bajo pena de multa o de prisión. “El obligar a los hombres a unirse a los que pertenecen a un credo diferente, él lo consideraba como una violación abierta de sus derechos naturales; el exigir que los irreligiosos y los que no estaban dispuestos, asistieran obligatoriamente al culto público, parecía sólo exigir una hipocresía... ‘Nadie debe ser obligado a adorar, o –añadió él– a mantener un culto contra su propio consentimiento’ ”.[7]

Rogelio Williams era respetado; sin embargo, su exigencia por la libertad religiosa no podía ser tolerada. Para evitar su arresto se vio obligado a huir en medio de las frías tormentas del invierno a una selva virgen.

“Durante catorce semanas –cuenta él– anduve vagando en medio de la inclemencia del invierno, careciendo en absoluto de pan y de cama”. Pero “los cuervos me alimentaron en el desierto”, y el hueco de un árbol le servía frecuentemente de albergue.[8] Continuó su huida penosa por entre la nieve y los bosques casi inaccesibles, hasta que halló refugio en una tribu de indios cuya confianza y afecto consiguió ganar.

Él echó los fundamentos del primer Estado de los tiempos modernos que reconocía el derecho “de que todo hombre debe tener libertad para adorar a Dios

de acuerdo con la luz de su propia conciencia”.[9] Su pequeño Estado, Rhode Island, aumentó y prosperó hasta que su principio fundamental –la libertad civil y religiosa– llegó a ser la piedra angular de la República Norteamericana.

La libertad es documentada

La Declaración de la Independencia Norteamericana dice: “Sostenemos como evidentes estas verdades, que todos los hombres han sido creados iguales, que han sido investidos por su Creador de ciertos derechos inalienables; que entre éstos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad”. La Constitución garantiza la inviolabilidad de la libertad de conciencia. “El Congreso no dictará leyes para establecer una religión, ni prohibirá el libre ejercicio de ella”.

“Los que formularon la Constitución reconocieron el principio eterno de que las relaciones del hombre para con Dios están por encima de la legislación humana, y sus derechos de conciencia son inalterables... Es un principio innato que de ningún modo se lo puede desarraigar”.[10]

Se difundió entonces por Europa la noticia de que había una tierra donde todo hombre podía gozar del fruto de su propio trabajo y obedecer su propia conciencia. Millares acudían a las costas de Nueva Inglaterra. Durante los veinte años que pasaron desde el primer desembarco realizado en Plymouth en 1620, muchos millares de peregrinos se establecieron en Nueva Inglaterra.

“No pedían otra cosa del suelo sino la justa retribución de su trabajo... Pacientemente soportaban las privaciones del desierto, regando el árbol de la libertad con sus lágrimas y con el sudor de su frente, hasta que éste echó profundas raíces en la tierra”.

Salvaguardia segura de la grandeza nacional

En el hogar, la escuela y la iglesia se enseñaban los principios bíblicos; sus frutos se tradujeron en progreso, inteligencia, pureza y temperancia. Durante años uno podía “no ver un ebrio, ni oír un juramento, ni encontrarse con ningún mendigo”.[11] Los principios bíblicos eran las salvaguardias más seguras de la grandeza nacional. Las débiles colonias se desarrollaron hasta llegar a ser estados poderosos, y el mundo observó la prosperidad de “una Iglesia sin Papa, y un Estado sin rey”.

Pero un número creciente era atraído a Norteamérica por motivos diferentes que los de aquellos peregrinos. Aumentó el número de los que buscaban solamente ventajas mundanales.

Los primeros colonos sólo permitían que los miembros de iglesia votaran o desempeñaran cargos en el gobierno. Esta medida había sido aceptada para preservar la pureza del Estado; sin embargo, resultó en la corrupción de la iglesia. Muchos se unieron a la iglesia sin haber experimentado un cambio de corazón. Aun en el ministerio había personas que eran ignorantes del poder renovador del Espíritu Santo. Desde los días de Constantino hasta el presente, el intentar edificar la Iglesia con la ayuda del Estado, aunque pueda parecer que trae al mundo más cerca de la iglesia, en realidad coloca a la iglesia más cerca del mundo.

Las iglesias protestantes de Norteamérica, así como las que había en Europa, dejaron de avanzar en la senda de la Reforma. La mayoría, a semejanza de los judíos del tiempo de Cristo o de los papistas del tiempo de Lutero, se contentaban con creer lo que sus padres habían creído. Se retenían errores y supersticiones. La Reforma gradualmente fue muriendo, hasta que llegó a existir una necesidad tan grande de reforma en las iglesias protestantes como la había en la Iglesia Romana en los días de Lutero. Se manifestaba la misma reverencia por las opiniones de los hombres y por el método de reemplazar la Palabra de Dios por las teorías humanas. Los hombres descuidaban el estudio de las Escrituras, y así continuaron albergando doctrinas que no tenían fundamento en la Biblia.

El orgullo y la extravagancia proliferaban bajo el manto de la religión, y las iglesias se iban corrompiendo. Se arraigaban tradiciones que habrían de arruinar a millones de personas. La iglesia se aferraba a esas tradiciones en lugar de contender por “la fe que ha sido dada una vez a los santos”. Así se degradaron los principios en defensa de los cuales los reformadores tanto habían sufrido.

[1]J. Brown, *The Pilgrim Fathers* [Los padres peregrinos], p. 74.

[2]Martyn, t. 5, p. 70.

[3]D. Neal, *History of Puritans* [Historia de los puritanos], t. 1, p. 269.

[4]Martyn, t. 5, pp. 70, 71.

[5]Bancroft, parte 1, cap. 15, párr. 16.

[6]Martyn, t. 5, p. 340.

[7]Bancroft, parte 1, cap. 15, párr. 2.

[8]Martyn, t. 5, pp. 349, 350.

[9]Ibíd., t. 5, p. 354.

[10]Congressional Documents (USA) [Documentos del Congreso], serie N° 200, Documento N° 271.

[11]Bancroft, parte 1, cap. 19, párr. 25.

Capítulo 18

Una esperanza que infunde paz

La promesa de que Cristo vendrá por segunda vez para completar la gran obra de la redención es la nota tónica de las Sagradas Escrituras. Desde el Edén, los hijos de la fe han esperado la venida del Prometido que les traería de nuevo el paraíso perdido.

Enoc, en la séptima generación descendiente de los que habitaron en el Edén, y quien por tres siglos caminó con Dios, declaró: “He aquí que viene el Señor, con las huestes innumerables de sus santos ángeles, para ejecutar juicio sobre todos” (S. Judas 14, 15, VM). Job, en la noche de su aflicción exclamó: “Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo... en mi carne he de ver a Dios; al cual veré por mí mismo, y mis ojos lo verán, y no otro” (Job 19:25-27).

Los poetas y los profetas de la Biblia se han espaciado en la venida de Cristo con ardientes palabras de fuego celestial. “¡Alérgense los cielos, y gócese la tierra!... delante de Jehová; porque viene, sí, porque viene a juzgar la tierra. ¡Juzgará al mundo con justicia, y a los pueblos con su verdad!” (Salmo 96:11-13, VM).

Dijo el profeta Isaías: “Y se dirá en aquel día: He aquí, éste es nuestro Dios, le hemos esperado, y nos salvará; éste es Jehová a quien hemos esperado, nos gozaremos y nos alegraremos en su salvación” (Isaías 25:9).

El Salvador consoló a sus discípulos con la seguridad de que él vendría otra vez: “En la casa de mi Padre muchas moradas hay... voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere... vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo”. “Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de él todas las naciones” (S. Juan 14:2, 3; S. Mateo 25:31, 32).

Los ángeles repitieron a los discípulos la promesa de su regreso: “Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como lo habéis visto ir

al cielo” (Hechos 1:11). Y San Pablo testificó: “El Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo” (1 Tesalonicenses 4:16). El profeta de Patmos escribió: “He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá” (Apocalipsis 1:7).

Entonces será quebrantado el poder del mal que ha durado por tanto tiempo: “Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 11:15). “Jehová el Señor hará brotar justicia y alabanza delante de todas las naciones” (Isaías 61:11).

Entonces el reino de paz del Mesías será establecido: “Consolará Jehová a Sion; consolará todas sus soledades, y cambiará su desierto en paraíso, y su soledad en huerto de Jehová” (Isaías 51:3).

La venida del Señor ha sido en todos los siglos la esperanza de sus verdaderos seguidores. En medio de los sufrimientos y la persecución, “la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo” era la “esperanza bienaventurada” (Tito 2:13). Pablo señaló que la resurrección ocurriría en ocasión de la venida del Salvador, cuando los muertos en Cristo se levantarían, y junto con los vivos serían arrebatados para encontrar al Señor en el aire. “Y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras” (1 Tesalonicenses 4:17, 18).

En Patmos el amado discípulo oyó la promesa: “Ciertamente vengo en breve”, y su respuesta es un eco de la oración de la iglesia: “¡Ven, Señor Jesús!” (Apocalipsis 22:20).

Desde la cárcel, la hoguera y el patíbulo, donde los santos y los mártires dieron testimonio de la verdad, resuena a través de los siglos la expresión de su fe y esperanza. Estando “seguros de la resurrección personal de Cristo y, por consiguiente, de la suya propia a la venida del Señor –como dice uno de estos cristianos–, ellos despreciaban la muerte y la superaban”.^[1] Los valdenses acariciaban la misma fe. Wiclef, Lutero, Calvino, Knox, Ridley y Baxter anticiparon con fe la venida del Señor. Tal fue la esperanza de la iglesia apostólica, de la “iglesia en el desierto” y de los reformadores.

La profecía no solamente predice la manera y el propósito de la segunda venida de Cristo, sino que presenta las señales por las cuales los hombres habían de saber cuándo ese día estaría cerca. “Habrá señales en el sol, en la luna y en las

estrellas” (S. Lucas 21:25). “El sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias que están en los cielos serán conmovidas. Entonces verán al Hijo del Hombre, que vendrá en las nubes con gran poder y gloria” (S. Marcos 13:24-26). El revelador describe de esta manera la primera de las señales que habría de preceder a la segunda venida: “He aquí hubo un gran terremoto; y el sol se puso negro como tela de cilicio, y la luna se volvió toda como sangre” (Apocalipsis 6:12).

El terremoto que hizo temblar al mundo

En cumplimiento de esta profecía ocurrió en 1755 el más terrible terremoto que jamás se haya registrado. Conocido como “el terremoto de Lisboa”, se extendió por toda Europa, África y América. Se sintió en Groenlandia, las Indias Occidentales, isla Madera, Noruega y Suecia, Gran Bretaña e Irlanda, en una extensión de no menos de diez millones de kilómetros cuadrados. En el África el temblor fue casi tan fuerte como en Europa. Una gran parte de Argel fue destruida. Una ola gigantesca barrió las costas de España y el África arrasando ciudades enteras.

Montañas, “algunas de las más grandes de Portugal, fueron sacudidas impetuosamente, por así decirlo, sobre sus fundamentos; y algunas de ellas abrieron sus cúspides, que se partieron en forma asombrosa, y grandes rocas fueron arrojadas en los valles adyacentes. Se dice que de estas montañas salieron llamaradas de fuego”.

En Lisboa “se oyó bajo la tierra ruido de truenos, e inmediatamente después una violenta sacudida derribó la mayor parte de la ciudad. En el curso de aproximadamente seis minutos perecieron 60 mil personas. El mar primeramente se retiró, y dejó seca la barra, pero luego volvió en una ola que se elevaba hasta 16 metros de altura sobre su nivel normal”.[2]

“El terremoto ocurrió un día feriado, cuando las iglesias y conventos estaban llenos de asistentes, muy pocos de los cuales escaparon”.[3] “El terror de la gente sobrepasaba toda descripción. Nadie lloraba; el siniestro superaba la capacidad de derramar lágrimas. Todos corrían de aquí para allá, delirantes de horror y espanto, golpeándose la cara y el pecho, y gritando: ‘¡Misericordia! ¡Llegó el fin del mundo!’ Las madres se olvidaban de sus hijos, y corrían de un lado a otro cargadas de crucifijos e imágenes. Desgraciadamente, muchos acudieron a las iglesias para hallar protección; pero en vano el sacramento fue expuesto; en vano las pobres criaturas abrazaban los altares; imágenes, sacerdotes y pueblo eran envueltos en la ruina común”.

El oscurecimiento del sol y la luna

Veinticinco años más tarde apareció la siguiente señal mencionada en la profecía: el oscurecimiento del sol y de la luna. El tiempo de su cumplimiento había sido definitivamente señalado en la conversación del Salvador con sus discípulos sobre el Monte de los Olivos. “En aquellos días, después de aquella tribulación, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor” (S. Marcos 13:24). Los 1.260 días o años terminaron en 1798. Un cuarto de siglo antes la persecución había cesado casi totalmente. Después de esta persecución, el sol había de oscurecerse. El 19 de mayo de 1780 se cumplió esta profecía.

Un testigo ocular que vivía en Massachusetts describió el suceso en las siguientes palabras: “Un denso nubarrón negro se extendió por todo el firmamento, dejando tan sólo un estrecho borde en el horizonte, haciendo tan oscuro el día como suele serlo en verano a las nueve de la noche...

“El temor, la ansiedad y el espanto gradualmente llenaron las mentes del pueblo. Las mujeres estaban en las puertas, observando el paisaje tenebroso; los hombres regresaban de su labor en los campos; el carpintero dejó sus herramientas, el herrero su fragua y el comerciante su mostrador. Las escuelas cancelaron sus clases, y los niños, temblorosos, se apresuraron a sus hogares. Los viajeros se acercaron a la granja más inmediata. ‘¿Qué está por venir?’, se preguntaban todos los labios y corazones. Parecía que un huracán estuviese por barrer el país, o que fuera el día de la consumación de todas las cosas.

“Se prendieron velas; y la lumbre del hogar brillaba como en las noches sin luna de otoño... Las aves se retiraron a sus gallineros, el ganado se juntó en sus encierros, las ranas croaron, los pájaros entonaron sus melodías del anochecer, y los murciélagos se pusieron a revolotear. Sólo el hombre sabía que no había llegado la noche...

“Se reunieron las congregaciones en muchos... lugares. En todos los casos, los textos de los sermones improvisados fueron los que parecían indicar que la oscuridad concordaba con la profecía bíblica... La oscuridad era más densa poco antes de las once de la mañana”.[4]

“En la mayor parte del país la oscuridad fue tan grande durante el día, que la gente no podía decir qué hora era ni por el reloj de bolsillo ni por el de pared. Tampoco podía comer, ni atender los quehaceres de la casa sin una vela prendida”.[5]

La luna como sangre

“La oscuridad de la noche no fue menos extraordinaria o aterradora de la del día, pues no obstante ser casi tiempo de luna llena, no podía divisarse ningún objeto sino con la ayuda de alguna luz artificial, la cual, cuando se la observaba desde las casas vecinas y otros lugares a cierta distancia, aparecía como a través de una oscuridad semejante a la de Egipto, casi impermeable a sus rayos”.[6] “Si todos los cuerpos luminosos del universo hubieran sido envueltos en impenetrables sombras, o hubieran sido eliminados, las tinieblas no podrían haber sido más completas”.[7] Después de la medianoche la oscuridad se disipó, y la luna, cuando se la vio, tenía apariencia de sangre.

El 19 de mayo de 1780 se destaca en la historia como “el día oscuro”. Desde los tiempos de Moisés no se había registrado ninguna oscuridad de una densidad semejante, ni de una duración igual. La descripción dada por los testigos oculares es un eco de las palabras registradas por el profeta Joel 2.500 años antes: “El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día grande y espantoso de Jehová” (Joel 2:31).

“Cuando estas cosas comiencen a suceder –dijo Jesús–, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca”. Él llamó la atención de sus seguidores a los árboles que estaban a punto de florecer en primavera: “Cuando ya brotan, viéndolo, sabéis por vosotros mismos que el verano está ya cerca. Así también vosotros, cuando veáis que suceden estas cosas sabed que está cerca el reino de Dios” (S. Lucas 21:28, 30, 31).

Pero en la iglesia el amor de Cristo y la fe en su venida se habían enfriado. El profeso pueblo de Dios estaba ciego a las instrucciones del Salvador referentes a las señales de su aparición. La doctrina del segundo advenimiento había sido descuidada, hasta que llegó a ser, en gran medida, olvidada e ignorada, especialmente en los Estados Unidos. Una devoción absorbente por la ganancia de dinero, y el ansia de popularidad y poder, indujo a los hombres a poner muy en lo futuro ese día solemne cuando el actual orden de cosas terminará.

El Salvador predijo el estado de apostasía que existiría precisamente antes de su

segunda venida. Para los que vivieran en ese tiempo, Cristo dejó esta amonestación: “Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día”. “Velad, pues, en todo tiempo orando que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que vendrán, y de estar de pie delante del Hijo del Hombre” (S. Lucas 21:34, 36).

Era necesario que los hombres fueran despertados y pudieran prepararse para los solemnes acontecimientos relacionados con el fin del tiempo de gracia. “Grande es el día de Jehová, y muy terrible; ¿quién podrá soportarlo?” ¿Quién soportará la aparición de Aquel de quien está escrito: “Muy limpio eres de ojos para ver el mal, ni puedes ver el agravio”. “Castigaré al mundo por su maldad, y a los impíos por su iniquidad; y haré que cese la arrogancia de los soberbios, y abatiré la altivez de los fuertes”. “Ni su plata ni su oro podrá librarlos”. “Serán saqueados sus bienes, y sus casas asoladas” (Joel 2:11; Habacuc 1:13; Isaías 13:11; Sofonías 1:18, 13).

El llamado a despertar

Ante la proximidad de este gran día, la Palabra de Dios llama a su pueblo para que despierte y busque el rostro del Señor con arrepentimiento:

“Viene el día de Jehová, porque está cercano”. “Proclamad ayuno, convocad asamblea. Reunid al pueblo, santificad la reunión, juntad a los ancianos, congregad a los niños... salga de su cámara el novio, y de su tálamo la novia. Entre la entrada y el altar lloren los sacerdotes ministros de Jehová”. “Convertíos a mí con todo vuestro corazón, con ayuno y lloro y lamento. Rasgad vuestro corazón, y no vuestros vestidos, y convertíos a Jehová vuestro Dios; porque misericordioso es y clemente, tardo para la ira y grande en misericordia” (Joel 2:1, 15-17, 12, 13).

Debía realizarse una gran obra de reforma para preparar al pueblo con el fin de que estuviera en pie en el Día de Dios. En su misericordia, el Señor estaba por enviar un mensaje para despertar a quienes profesaban ser su pueblo e inducirlos a prepararse para la venida del Señor.

La amonestación se encuentra en Apocalipsis, capítulo 14. Aquí hay un mensaje triple que se presenta como proclamado por seres celestiales, seguido de inmediato por la venida del Hijo del Hombre para segar “la mies de la tierra”. El profeta vio “volar por el medio del cielo a otro ángel, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo, diciendo en alta voz: Temed a Dios y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado; y adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas” (Apocalipsis 14:6, 7).

Este mensaje es una parte del “evangelio eterno”. La obra de predicar ha sido confiada a los hombres. Santos ángeles la dirigen, pero la verdadera proclamación del evangelio la realizan los siervos de Dios que están sobre la tierra. Hombres fieles, obedientes a los llamados del Espíritu de Dios y a las enseñanzas de su Palabra, habrían de proclamar esta amonestación. Ellos habían estado procurando el acontecimiento de Dios más que todos los tesoros escondidos, estimándolos “más que la ganancia de plata”, y “su rédito” más “que

el oro puro” (Proverbios 3:14, VM).

Un mensaje dado por hombres humildes

Si los teólogos eruditos hubieran sido fieles centinelas, que investigaran en forma diligente y con oración las Escrituras, todos ellos habrían conocido el tiempo en que vivían. Las profecías les habrían revelado los acontecimientos que debían ocurrir. Pero el mensaje fue dado por hombres más humildes. Los que descuidan la búsqueda de la luz cuando ésta está a su alcance, son dejados en las tinieblas. Pero el Salvador declara: “El que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (S. Juan 8:12). A esa alma se le enviará alguna estrella de brillo celestial para guiarla a toda verdad.

Al tiempo de la primera venida de Cristo los sacerdotes y escribas de la ciudad santa deberían haber determinado “las señales de los tiempos” y proclamado la venida del Prometido. Miqueas señaló el lugar de su nacimiento, Daniel el tiempo de su advenimiento (Miqueas 5:2; Daniel 9:25). Los líderes judíos estaban sin excusa por su ignorancia. Su desconocimiento era el resultado de un descuido pecaminoso.

Con profundo interés los ancianos de Israel debían haber estado estudiando el lugar, el tiempo y las circunstancias del acontecimiento más grande de la historia del mundo: la venida del Hijo de Dios. El pueblo debía haber estado aguardando la ocasión para dar la bienvenida al Redentor del mundo. Pero en Belén dos viajeros cansados de Nazaret recorrieron toda la estrecha calle que va hasta el confín oriental de la ciudad, buscando en vano un refugio para la noche. Ninguna puerta se abrió para recibirlos. En un miserable cobertizo preparado para el ganado encontraron por fin refugio, y allí nació el Salvador del mundo.

Fueron comisionados ángeles para llevar las alegres nuevas a los que estaban preparados para recibirlas y que alegremente las propagarían. Cristo había descendido para tomar sobre sí mismo la naturaleza del hombre, para soportar una carga infinita de desgracia mientras se convertía él mismo en una ofrenda por el pecado. Sin embargo, los ángeles desearon que aun en su humillación el Hijo del alto Dios apareciera delante de los hombres con una dignidad y gloria que cuadrara con su carácter. ¿Se reunirían los hombres grandes de la tierra en la capital de Israel para darle al Señor la bienvenida?

Un ángel visitó la tierra para ver quiénes estaban preparados para dar la bienvenida a Jesús. Pero no oyó ninguna voz de alabanza por el hecho de que el período de la venida del Mesías fuera inminente. El ángel sobrevoló la ciudad escogida y el templo donde se había manifestado la presencia divina durante siglos, pero aun allí existía la misma indiferencia. Los sacerdotes, llenos de pompa y orgullo, ofrecían sacrificios contaminados. Los fariseos hablaban al pueblo con grandes voces o hacían oraciones jactanciosas en las esquinas de las calles. Los reyes, los filósofos, los rabinos, todos estaban inconscientes del hecho maravilloso de que el Redentor de los hombres estaba por aparecer.

En su asombro el mensajero celestial estaba por regresar al cielo con las vergonzosas noticias, cuando descubrió a un grupo de pastores que cuidaban sus rebaños durante las horas de la noche. Mientras observaban los cielos estrellados, meditaban en la profecía de un Mesías que había de venir y anhelaban el advenimiento del Redentor del mundo. Aquí había un grupo preparado para recibir el mensaje del cielo. De repente la gloria celestial inunda toda la llanura, y una compañía innumerable de ángeles aparece en la escena; y como si el gozo fuera demasiado grande para que solamente un mensajero lo trajera del cielo, una multitud de voces irrumpen entonando las antífonas que todas las naciones de los salvos cantarán algún día: “¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!” (S. Lucas 2:14).

¡Qué lección encierra esta admirable historia de Belén! ¡Cómo reprende ella nuestra incredulidad, nuestro orgullo y nuestra suficiencia propia! ¡Cómo nos amonesta a tener cuidado, para que no dejemos de discernir las señales de los tiempos y por lo tanto no conozcamos el día de nuestra visitación!

No era solamente entre los humildes pastores donde los ángeles encontraron personas que esperaban al Mesías venidero. En la tierra de los paganos también había gente que lo esperaba: hombres ricos, nobles y sabios, los filósofos del Oriente. Habían descubierto en las Escrituras hebreas que había de aparecer la estrella de Jacob. Con anhelante deseo aguardaban la venida del Señor, quien no solamente sería la “consolación de Israel”, sino una “luz para revelación a los gentiles” y “salvación hasta lo último de la tierra” (S. Lucas 2:25, 32; Hechos 13:47). La estrella enviada por el cielo guió a los extranjeros gentiles al lugar del nacimiento del rey que acababa de nacer.

Es “para salvar a los que le esperan” para lo que Cristo “aparecerá por segunda

vez sin relación con el pecado” (Hebreos 9:28). A semejanza de las nuevas referentes al nacimiento del Salvador, el mensaje del segundo advenimiento no fue encomendado a los dirigentes religiosos del pueblo. Ellos habían rehusado la luz del cielo; por lo tanto, no se encontraban entre los descritos por el apóstol San Pablo: “Vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón. Porque todos vosotros sois hijos de luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas” (1 Tesalonicenses 5:4, 5).

Los centinelas apostados sobre los muros de Sion debieran haber sido los primeros en recoger las noticias del advenimiento del Salvador, los primeros en proclamar su inminencia. Pero en cambio estaban despreocupados, mientras el pueblo dormía en sus pecados. Jesús vio a su iglesia, semejante a la higuera estéril, con hojas de pretensión y desprovista del fruto precioso. El espíritu de verdadera humildad, arrepentimiento y fe estaba ausente. Había orgullo, formalismo, egoísmo, opresión. Una iglesia apóstata había cerrado sus ojos a las señales de los tiempos. Se separaron de Dios y de su amor. Al rehusar cumplir con las condiciones, las promesas del Señor no se cumplieron para ellos.

Muchos de los que profesaban ser los seguidores de Cristo rehusaban recibir la luz del cielo. A semejanza de los judíos de antaño, no conocieron el tiempo de su visitación. El Señor los pasó por alto y reveló su verdad a los que, a semejanza de los pastores de Belén y de los magos del oriente, habían prestado oídos a toda la luz que habían recibido.

[1]Daniel T. Taylor, *The Reign of Christ on Earth; or The Voice of the Church in All Ages* [El reinado de Cristo en la tierra; o La voz de la iglesia en todas las épocas], p. 33.

[2]Sir Charles Lyell, *Principles of Geology* [Principios de geología], p. 495.

[3]Enciclopedia Americana, artículo “Lisboa”.

[4]*The Essex Antiquarian* [El Anticuario de Essex], Abril de 1899, t. 3, N° 4, pp. 53, 54.

[5]William Gordon, *History of the Rise, Progress and Establishment of the Independence of the USA* [Historia de la iniciación, el progreso y el establecimiento de la independencia de los EE.UU.], t. 3, p. 57.

[6]Isaiah Thomas, *Massachusetts Spy; or American Oracle of Liberty* [El Espía

de Massachusetts; o El Oráculo Norteamericano de la Libertad], t. 10, Nº 472, (25 de mayo de 1780).

[7]Carta del Dr. Samuel Tenney, de Exeter, New Hampshire, diciembre de 1785, en Massachusetts Historical Society Collections [Colecciones de la Sociedad Histórica de Massachusetts], 1792 (1^a serie, t. 1, p. 97).

Capítulo 19

Despertar religioso en el Nuevo Mundo

Un agricultor honrado y de corazón recto, que anhelaba sinceramente conocer la verdad, fue el hombre elegido por Dios para marcar el rumbo en la proclamación de la segunda venida de Cristo. Al igual que muchos otros reformadores, Guillermo Miller había luchado con la pobreza y había aprendido lecciones de abnegación.

Desde su niñez había dado evidencias de una fortaleza intelectual más que común. A medida que entraba en años, su mente estaba activa y bien desarrollada, y tenía intensa sed de conocimiento. Su amor por el estudio y el hábito de pensar en forma cuidadosa, junto con su agudo criterio, lo convirtieron en un hombre de sano juicio y vasta comprensión. Poseía un carácter moral irreprochable y una envidiable reputación. Ocupó puestos civiles y militares con éxito. Parecía que la riqueza y el honor le sonreían.

En la niñez había estado sujeto a las impresiones religiosas. Pero temprano en su edad madura se vio arrojado a la sociedad de los deístas,* cuya influencia era poderosa debido a que estaba constituida mayormente por buenos ciudadanos, comprensivos y benévolos. Viviendo en medio de instituciones cristianas, sus caracteres habían sido modelados, hasta cierto punto, de acuerdo con el medio ambiente. Ellos debían a la Biblia la excelencia que los distinguía y que les acreditaba el respeto; sin embargo, estos buenos dones eran pervertidos para ejercer una influencia contraria a la Palabra de Dios. Miller fue inducido a adoptar estos sentimientos.

Las interpretaciones corrientes de las Escrituras presentaban dificultades que a él le parecían insuperables; sin embargo, siendo que su nueva posición descartaba la Biblia mas no le ofrecía nada mejor, se sentía insatisfecho. Pero cuando Miller tenía 34 años, el Espíritu Santo impresionó su corazón con su condición de pecador. No hallaba ninguna seguridad para su felicidad más allá de la tumba. El futuro era oscuro y tenebroso. Refiriéndose a sus sentimientos de ese tiempo,

dijo:

“Los cielos eran como de bronce sobre mi cabeza, y la tierra como hierro debajo de mis pies... Cuanto más pensaba, tanto más confusas eran mis conclusiones. Traté de dejar de pensar, pero no podía dominar mis pensamientos. Era verdaderamente miserable, pero no entendía la causa. Murmuraba y me quejaba, pero no sabía de quién. Entendía que existía el mal, pero no sabía cómo o dónde encontrar la justicia y el bien”.

Miller encuentra a un amigo

“Repentinamente –dice él–, el carácter de un Salvador impresionó vívidamente mi mente. Parecía que tenía que haber algún ser tan bueno y compasivo que él mismo expiara nuestras transgresiones, y por lo tanto nos evitara la penalidad del pecado... Pero se suscitó la pregunta: ¿Cómo podía probarse que ese ser existía? Descubrí que, fuera de la Biblia, no podía obtener ninguna evidencia de la existencia de un Salvador semejante, ni aun de un estado futuro...

“Vi que la Biblia presenta a un Salvador como el que yo necesitaba; y me sentí perplejo en cuanto a cómo un libro no inspirado podía desarrollar principios tan perfectamente adaptados a las necesidades de un mundo caído. Me sentí obligado a admitir que las Escrituras deben ser la revelación de Dios. Ellas llegaron a ser mi delicia; y en Jesús encontré a un amigo. El Salvador llegó a ser para mí el más importante entre diez mil; y las Escrituras, que antes eran oscuras y contradictorias, ahora llegaron a ser la lámpara que mis pies necesitaban y la luz que ansiaba en mi camino... Descubrí que el Señor Dios es una Roca en medio del océano de la vida. La Biblia ahora llegó a ser mi tema de estudio principal, y puedo decir que en verdad la investigué con gran delicia... Me pregunto por qué no había visto su belleza y su gloria antes, y me asombro de que hubiera podido rechazarla... Perdí todo gusto por cualquier otra lectura, y apliqué mi corazón a adquirir sabiduría de Dios”.[1]

Miller profesó públicamente su fe. Pero sus asociados incrédulos emplearon todos los argumentos que él mismo a menudo había usado contra las Escrituras. Él razonaba que si la Biblia es la revelación de Dios, debía ser consecuente consigo misma. Se determinó estudiar las Escrituras y asegurarse de que cada aparente contradicción podía ser armonizada.

Dejando a un lado los comentarios, comparó texto con texto con la ayuda de referencias marginales y de una concordancia. Comenzando con el Génesis, leyendo versículo por versículo, cuando hallaba alguna cosa oscura tenía la costumbre de compararla con cualquier otro pasaje que parecía referirse al mismo asunto bajo consideración. Permitió que cada palabra tuviera su sentido preciso en el texto. En todas las ocasiones en que se encontraba con un pasaje

difícil de entender halló una explicación en alguna otra porción de las Escrituras. Estudió con fervorosa oración buscando iluminación divina, y experimentó la verdad de las palabras del salmista: “La exposición de tus palabras alumbra; hace entender a los simples” (Salmo 119:130).

Con intenso interés estudió los libros de Daniel y el Apocalipsis y descubrió que los símbolos proféticos podían entenderse. Vio que las diversas figuras literarias, como las metáforas, similitudes, etc., o eran explicadas en el contexto inmediato o eran definidas en otros pasajes, y cuando así quedaban explicadas, debían ser entendidas literalmente. Eslabón tras eslabón de la cadena de la verdad, sus esfuerzos iban recibiendo recompensa. Paso a paso trazó las grandes líneas proféticas. Los ángeles del cielo estaban guiando su mente.

Llegó a convencerse de que la opinión popular de un milenio temporal antes del fin del mundo no estaba fundada en la Palabra de Dios. Esta doctrina, que señalaba un período de mil años de paz antes de la venida del Señor, es contraria a las enseñanzas de Cristo y sus apóstoles, quien declaró que el trigo y la cizaña han de crecer juntamente hasta la cosecha, el fin del mundo, y que “los malos hombres y los engañadores irán de mal en peor” (2 Timoteo 3:13).

La venida personal de Cristo

La doctrina de la conversión del mundo y del reino espiritual de Cristo no era sostenida por la iglesia apostólica. No fue aceptada generalmente por los cristianos sino hasta comienzos del siglo XVIII. Esta doctrina enseñaba a los hombres a considerar que la venida del Señor estaba muy adelante en el futuro, y les impedía prestar atención a las señales que anunciaban su pronto regreso. Indujo a muchos a descuidar su preparación para encontrarse con el Señor.

Miller encontró que en las Escrituras se enseñaba en forma sencilla una venida de Cristo literal y personal. “El Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo”. “Verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria”. “Como el relámpago que sale del oriente y se muestra hasta el occidente, así será también la venida del Hijo del Hombre”. “El Hijo del Hombre” vendrá “en su gloria, y todos los santos ángeles con él”. “Y enviará a sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos” (1 Tesalonicenses 4:16; S. Mateo 24:30, 27; 25:31; 24:31).

A la venida del Señor los justos muertos serán levantados y los justos vivos serán transformados. “No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta... incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad”. “Los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor” (1 Corintios 15:51-53; 1 Tesalonicenses 4:16, 17).

El hombre en su estado actual es mortal, corruptible; pero el reino de Dios será incorruptible. Por lo tanto, el hombre en su estado presente no puede entrar en el reino de Dios. Cuando Jesús venga, él conferirá la inmortalidad a su pueblo, y entonces lo llamará a poseer el reino del cual hasta ahora su pueblo había sido sólo heredero.

Las Escrituras y la cronología

Estos y otros pasajes le probaron claramente a Miller que el reino universal de paz y el establecimiento del reino de Dios en la tierra venían después del segundo advenimiento. Por otra parte, la condición del mundo correspondía a la descripción profética de los últimos días. Entonces se vio obligado a llegar a la conclusión de que el período asignado a la tierra en su estado actual estaba por finalizar.

“Otra clase de evidencia que afectó finalmente mi mente –dice él– fue la cronología de las Escrituras... Encontré que los acontecimientos predichos, los cuales se habían cumplido en el pasado, a menudo se habían desarrollado dentro de los límites de un tiempo determinado. Acontecimientos... que una vez fueron solamente materia de la profecía... se realizaron de acuerdo con las predicciones”.[2]

Cuando encontró períodos cronológicos que se extendían hasta la segunda venida de Cristo, no podía sino considerarlos como “los tiempos señalados” que Dios había revelado a sus siervos. “Las cosas secretas –dice Moisés– pertenecen a Jehová nuestro Dios; mas las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos para siempre”. El Señor declara que él “no hará nada... sin que revele sus secretos a sus siervos los profetas” (Deuteronomio 29:29; Amós 3:7). Los estudiantes de la Palabra de Dios pueden esperar con confianza encontrarse con el acontecimiento más estupendo de la historia humana claramente señalado en las Escrituras.

“Me convencí plenamente –dice Miller– de que toda Escritura divinamente inspirada es útil; y que... fue escrita por hombres santos movidos por el Espíritu Santo, y fue escrita ‘para nuestra enseñanza’, para ‘que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza’... Por lo tanto creía que, al tratar de comprender lo que Dios en su misericordia había visto bien revelarnos, no tenía ningún derecho de pasar por alto los períodos proféticos”.[3]

La profecía que parecía revelar más claramente el tiempo de la segunda venida era Daniel 8:14: “Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario

será purificado”. Haciendo de la Biblia su propio intérprete, Miller descubrió que en los símbolos proféticos un día representaba un año. Vio que los 2.300 días proféticos, o sea años literales, se extenderían mucho más allá de la terminación de la dispensación hebrea, y por lo tanto no podían referirse al Santuario de esa dispensación.

Miller aceptaba la idea general de que en la era cristiana el “Santuario” era la tierra, y por lo tanto entendía que la purificación del Santuario predicha en Daniel 8:14 representaba la purificación de la tierra por medio del fuego en ocasión de la segunda venida de Cristo. Si podía encontrarse el exacto punto de partida de los 2.300 días, concluyó que el tiempo del segundo advenimiento podía ser revelado.

Descubre el horario profético

Miller continuó el examen de las profecías, dedicando noches enteras y días completos al estudio de lo que ahora parecía tener una importancia estupenda. En el capítulo 8 de Daniel no pudo encontrar ninguna pista para descubrir el punto de partida de los 2.300 días. El ángel Gabriel, aunque había recibido la orden de hacerle comprender a Daniel la visión, le dio solamente una explicación parcial. Cuando la terrible persecución se desarrolló ante la visión del profeta, él no pudo soportar más la escena. Daniel quedó “quebrantado”, y estuvo “enfermo algunos días”. “Estaba espantado a causa de la visión –dice él–, y no la entendía” (Daniel 8:27).

Sin embargo, Dios le había pedido a su mensajero: “Enseña a éste la visión”. En obediencia a este mandato, el ángel volvió a Daniel y le dijo: “He salido para darte sabiduría y entendimiento... Entiende, pues, la orden, y entiende la visión”. Un punto importante del capítulo 8 había quedado sin explicar, es a saber, los 2.300 días; por lo tanto el ángel, continuando con su explicación, se espació sobre el tiempo.

“Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad... Sabe, pues, y entiende, que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas; se volverá a edificar la plaza y el muro en tiempos angustiosos. Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías, mas no por sí... Y por otra semana [el Mesías] confirmará el pacto con muchos; a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda” (Daniel 8:16; 9:22, 23, 24-27).

El ángel había sido mandado para explicar a Daniel el punto que éste había dejado de entender: “Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado”. “Las primeras palabras del ángel son: Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad”. La palabra determinadas significa literalmente “cortadas”. Setenta semanas, o sea 490 años, son cortadas como un período que pertenece especialmente a los judíos.

Empiezan dos períodos proféticos

¿Pero de dónde serían cortadas? Siendo que los 2.300 días eran el único período profético mencionado en el capítulo 8, las 70 semanas debían por lo tanto ser una parte de los 2.300 días. Los dos períodos deben empezar al mismo tiempo, y las 70 semanas debían arrancar con “la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén”. Si podía encontrarse la fecha de este mandato, entonces el punto de arranque de los 2.300 días estaba asegurado.

En el capítulo 7 de Esdras se encuentra registrado el decreto emitido por Artajerjes, rey de Persia, en el 457 a.C. Tres reyes, que originaron y completaron el decreto, le dieron la terminación requerida por la profecía para señalar el comienzo de los 2.300 años. Estableciendo la fecha 457 a.C., cuando el decreto fue completado, como la fecha de “la orden”, todas las especificaciones de las 70 semanas resultan cumplidas.

“Desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas”. Sesenta y nueve semanas, o sean 483 años. El decreto de Artajerjes se puso en efecto en el otoño del 457 a.C. Desde esta fecha, 483 años se extienden hasta el otoño del año 27 de nuestra era. En ese tiempo se cumplió esta profecía. En el otoño del 27, Cristo fue bautizado por Juan y recibió la unción del Espíritu. Después de su bautismo se fue a Galilea, “predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido” (S. Marcos 1:14, 15).

El evangelio es predicado al mundo

“Y por otra semana confirmará el pacto con muchos”; son los últimos siete años del período asignado a los judíos. Durante este tiempo, que va desde el 27 hasta el 34 de nuestra era, Cristo y sus discípulos extendieron la invitación evangélica, especialmente a los judíos. La orden del Salvador fue: “Por camino de gentiles no vayáis, y en ciudad de samaritanos no entréis, sino id antes a las ovejas perdidas de la casa de Israel” (S. Mateo 10:5, 6).

“A la mitad de la semana haré cesar el sacrificio y la ofrenda”. En el 31 d.C., o sea tres años y medio después de su bautismo, nuestro Señor fue crucificado. Con el gran sacrificio ofrecido en el Calvario, los símbolos encontraron su cumplimiento. Todos los sacrificios y las oblaciones del sistema ceremonial judaico debían cesar.

Los 490 años asignados a los judíos terminaron en el 34 d.C. En esa época, por orden del Sanedrín judío, la nación selló su rechazo del evangelio con motivo del martirio de Esteban y la persecución a los seguidores de Cristo. Entonces el mensaje de salvación fue llevado al mundo. Los discípulos, obligados por la persecución a huir de Jerusalén, “iban por todas partes anunciando el evangelio” (Hechos 8:4).

Hasta aquí toda especificación de la profecía se cumple con exactitud. El comienzo de las setenta semanas está fijado fuera de toda duda y corresponde al 457 a.C., y su terminación es el 34 de nuestra era. Si se cortan, se descuentan, las 70 semanas (490 días) de los 2.300 días, restan 1.810 días. Después de la terminación de los 490 días, los 1.810 días todavía habían de cumplirse. Desde el 34 d.C., los 1.810 años se extienden hasta 1844.

En consecuencia, los 2.300 días de Daniel 8:14 terminan en 1844. A la terminación de este gran período profético, “el santuario será purificado”. Así quedaba señalado el tiempo de la purificación del Santuario, que casi universalmente se creía que ocurriría en ocasión de la segunda venida de Cristo.

Una conclusión alarmante

Al principio de sus estudios, Miller no tenía la más mínima idea de que llegaría a la conclusión a la cual ahora había arribado. Apenas podía creer en los resultados de su propia investigación. Pero la evidencia de las Escrituras era demasiado clara para ser descartada.

En 1818 llegó a la solemne convicción de que, después de unos 25 años, Cristo aparecería para redimir a su pueblo. “No necesito hablar –dice Miller– del gozo que llenó mi corazón en vista de la perspectiva deliciosa, y de los ardientes anhelos de mi alma de una participación en los gozos de los redimidos... ¡Oh, cuán brillante y gloriosa aparecía la verdad!...

“Con poderosa convicción se me hizo claro el pensamiento relativo a mi deber para con el mundo, en vista de la evidencia que se había apoderado de mi propia mente”.[4] No podía sino sentir que era su deber impartir a los demás la luz que había recibido. Esperaba la oposición de los impíos, pero tenía la confianza de que todos los cristianos se regocijarían por la esperanza de encontrarse con su Salvador. Dudaba de la conveniencia de presentar la perspectiva de la gloriosa liberación, que había de consumarse tan pronto, no fuera que estuviera equivocado y desviara a otros. Así se vio inducido a revisar y a considerar cuidadosamente cada dificultad que se presentaba en su mente. Después de trabajar cinco años en esto, quedó convencido de la corrección de su posición.

“Ve y dilo al mundo”

“Cuando estaba ocupado en mis quehaceres –dijo él–, continuamente resonaba en mis oídos la orden: ‘Ve y advierte al mundo de su peligro’. Recordaba constantemente el texto: ‘Cuando yo dijere al impío: Impío, de cierto morirás; si tú no hablares para que se guarde el impío de su camino, el impío morirá por su pecado, pero su sangre yo la demandaré de tu mano’ (Ezequiel 33:8, 9). Sentía que si el impío pudiera ser amonestado con eficacia, multitudes se arrepentirían; y que si no eran amonestados, su sangre Dios la demandaría de mi mano”.[5] Estas palabras acudían una y otra vez a su mente: “Ve, y advierte al mundo de su peligro; su sangre yo la demandaré de tu mano”. Aguardó nueve años, pero todavía seguía sintiendo la misma preocupación angustiosa, hasta que en 1831 expuso públicamente por primera vez las razones de su fe.

Tenía ahora 50 años, no estaba acostumbrado a hablar en público, pero sus labores resultaron bendecidas. Su primer discurso fue seguido de un despertar religioso. Todos los miembros de trece familias, con la excepción de dos personas, se convirtieron. Se lo instó a que predicara en otros lugares, y en casi cada lugar se convertían más pecadores. Los cristianos despertaban a una consagración mayor, los deístas e incrédulos reconocían la verdad de la Biblia. Su predicación despertaba la mente del público y detenía la mundanalidad y sensualidad creciente de la época.

En muchos lugares las iglesias protestantes de casi todas las denominaciones se abrían para sus labores, y habitualmente las invitaciones procedían de los ministros. Tenía por norma no trabajar en ningún lugar al cual no fuera invitado, no obstante lo cual se halló imposibilitado de cumplir con la mitad de los pedidos que llegaban. Muchos se convencían de la certidumbre de la cercanía de la venida de Cristo y de la necesidad que tenían de prepararse. En algunas de las grandes ciudades, muchos taberneros convertían sus establecimientos en salones de reunión; los garitos eran cerrados; muchos incrédulos y hasta los más abandonados libertinos se reformaban. Se inauguraban reuniones de oración en iglesias de varias denominaciones casi a cualquier hora, y grupos de comerciantes se reunían a mediodía para reuniones de oración y alabanza. No

había excitación extravagante. Su obra, a semejanza de la de los reformadores, tendía más bien a convencer el entendimiento y a despertar la conciencia que a excitar las emociones.

En 1833, Miller recibió de la Iglesia Bautista una licencia para predicar. Un gran número de ministros de su denominación aprobaba su obra; era con su sanción formal como él continuaba con sus labores. Viajaba y predicaba constantemente, sin recibir jamás lo suficiente para hacer frente a los gastos de los viajes hasta los lugares en donde trabajaba. De esta manera, sus labores públicas constituyan un pesado gravamen para sus recursos personales.

“Las estrellas caerán”

En 1833 apareció la última de las señales que fueron prometidas por el Salvador como heraldos de su segunda venida: “Las estrellas caerán del cielo” “como la higuera deja caer sus higos cuando es sacudida por un fuerte viento” (S. Mateo 24:29; Apocalipsis 6:13). Esta profecía fue motivo de un notable cumplimiento cuando se produjo la gran lluvia meteórica el 13 de noviembre de 1833, uno de los más extensos y admirables despliegues de estrellas fugaces que jamás se haya registrado. “Cayeron los meteoros hacia la tierra; al este, al oeste, al norte y al sur era lo mismo... En una palabra, todo el cielo parecía estar en conmoción... Desde las dos de la madrugada hasta la plena claridad del alba, en un firmamento perfectamente sereno y sin nubes, todo el cielo permaneció constantemente surcado por una lluvia incesante de cuerpos que brillaban de modo deslumbrador”.[6] “Parecía que todas las estrellas del cielo se hubiesen reunido en un punto cerca del cenit, y que fuesen lanzadas de allí, con la velocidad del rayo, en todas las direcciones del horizonte; sin embargo, no se agotaban: con toda rapidez seguíanse por miles una tras otras, como si hubiesen sido creadas para el caso”.[7] “No era posible contemplar un cuadro más correcto de una higuera que arrojaba sus higos cuando era sacudida por un viento fuerte”.[8]

En el New York Journal of Commerce, del 14 de noviembre de 1833, apareció un largo artículo con respecto a este fenómeno: “Yo supongo que ningún filósofo ni erudito ha referido ni registrado un acontecimiento semejante, como el que ocurrió ayer por la mañana. Un profeta lo predijo hace aproximadamente 1.800 años, si entendemos que las estrellas que cayeron eran estrellas errantes o fugaces... y es el único sentido verdadero y literal”.

Así se cumplió la última de estas señales de la venida del Señor, concerniente a las cuales Jesús les había dicho a sus discípulos: “Cuando veáis todas estas cosas, conoced que está cerca, a las puertas” (S. Mateo 24:33). Muchos de los que presenciaron la caída de las estrellas la consideraron como un anuncio del juicio venidero.

En 1840 tuvo su cumplimiento otra notable profecía que suscitaba el interés de

todos. Dos años antes Josías Litch publicó una exposición del capítulo 9 de Apocalipsis, en la cual predecía la caída del Imperio Otomano “en el 1840 d.C., en algún momento del mes de agosto”. Sólo pocos días antes del acontecimiento él había escrito: “Esto terminará el 11 de agosto de 1840, día en que puede anticiparse que el poder otomano de Constantinopla será quebrantado”.[9]

Una predicción cumplida

Precisamente en el tiempo especificado, Turquía aceptó la protección de los poderes aliados de Europa y así se colocó bajo el control de las naciones cristianas. El suceso aconteció exactamente según la predicción. Multitudes se convencieron de los principios de interpretación profética adoptados por Miller y sus asociados. Hombres de saber y de posición se unieron con Miller en la predicación y en la publicación de estos puntos de vista. Desde 1840 hasta 1844 la obra se extendió rápidamente.

Guillermo Miller poseía grandes dotes intelectuales, a las cuales agregaba la sabiduría del cielo que adquirió al relacionarse con la fuente de la sabiduría. Se granjeaba el respeto en todo lugar donde se valoraran la integridad y la excelencia moral. Con humildad cristiana, era un hombre atento y afable para con todos, y estaba listo a escuchar a los demás y a considerar sus argumentos. Examinaba todas las teorías a la luz de la Palabra de Dios, y su razonamiento sano y su conocimiento de las Escrituras lo capacitaban para refutar el error.

Sin embargo, así como aconteció con los primeros reformadores, las verdades que presentaba no fueron recibidas por los maestros populares de religión. Cuando éstos no podían sostener su posición fundamentándola en las Escrituras, recurrián a las doctrinas de los hombres y a las tradiciones de los padres. Pero la Palabra de Dios era el único testimonio acepto por los predicadores de la verdad adventista. Los oponentes utilizaban el ridículo y el sarcasmo al difamar a aquellos que anticipaban con gozo el regreso de su Señor y se esforzaban por vivir vidas santas y preparar a otros para la venida del Señor. Se hizo aparecer como pecado el estudiar las profecías referentes a la venida de Cristo y al fin del mundo. Así fue como los ministros populares minaron la fe en la Palabra de Dios. Sus enseñanzas tornaban a los hombres en incrédulos, y así muchos se tomaron la libertad de andar según sus impías pasiones. Y los autores de este mal culpaban de todo ello a los adventistas.

Aunque la obra de Miller atraía a grandes multitudes de oyentes inteligentes, su nombre era mencionado raramente por la prensa religiosa, como no fuera para el ridículo y la acusación. Los hombres impíos, fortalecidos por los maestros

religiosos, recurrián a epítetos blasfemos cuando se referían a él y a su obra. El hombre encanecido que había abandonado la comodidad del hogar para viajar a su propia costa con el fin de presentar al mundo el testimonio solemne y la advertencia del juicio cercano, era denunciado como fanático.

Interés e incredulidad

El interés continuó creciendo. Comenzando con veintenas y centenas, los creyentes se habían ido sumando hasta alcanzar millares. Pero después de un tiempo se comenzó a manifestar oposición contra estos conversos, y las iglesias comenzaron a tomar medidas disciplinarias con los que habían abrazado las opiniones de Miller. Esto requirió una respuesta de su pluma: “Si estamos en el error, les ruego nos muestren en qué consiste nuestra equivocación.

Convénzannos con la Palabra de Dios de que estamos en error; ya hemos sufrido suficiente ridículo; pero eso no puede convenceros de que estamos equivocados; la Palabra de Dios es la única que puede cambiar nuestra opinión. Hemos llegado a nuestras conclusiones en forma deliberada y después de mucha oración, al ver la evidencia en las Escrituras”.[10]

Cuando la iniquidad de los antediluvianos indujo a Dios a traer el diluvio sobre la tierra, él primeramente les dio a conocer su propósito. Durante 120 años proclamó la amonestación al arrepentimiento. Pero no creyeron. Se burlaron del mensajero de Dios. Si el mensaje de Noé era cierto, ¿por qué no lo vio y creyó en él todo el mundo? ¡Las aseveraciones de un hombre en contra de la sabiduría de miles! No dieron crédito a la amonestación ni buscaron el refugio del arca.

Los burladores señalaban la sucesión invariable de las estaciones, y el cielo azul que nunca había arrojado lluvia. Con desprecio declaraban que el predicador de la justicia era un entusiasta delirante. Insistieron en forma más atrevida que antes en sus malos caminos. Pero al tiempo señalado, los juicios de Dios cayeron sobre los que rechazaron su misericordia.

Escépticos e incrédulos

Cristo declaró que, como la gente en los días de Noé, “no entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del Hombre” (S. Mateo 24:39). Cuando el profeso pueblo de Dios se esté uniendo con el mundo, cuando el lujo de éste llegue a convertirse en el lujo de la iglesia, cuando todos anticipen muchos años de prosperidad mundana, entonces, en forma tan repentina como los fulgores del relámpago, vendrá el fin de sus engañosas esperanzas. Así como Dios envió a su siervo para amonestar al mundo acerca del diluvio venidero, envió a sus mensajeros escogidos para proclamar la cercanía del juicio final. Y así como los contemporáneos de Noé se mofaron de las predicciones del predicador de justicia, en los días de Miller muchos de los que profesaban ser el pueblo de Dios se burlaron abiertamente de las palabras de advertencia.

No puede haber una evidencia más concluyente de que las iglesias se han apartado de Dios que la animosidad producida por este mensaje de origen celestial.

Los que aceptaban la doctrina adventista llegaron a la conclusión de que era tiempo de tomar posiciones. “Los asuntos de la eternidad asumieron para ellos... realidad. El cielo estaba cerca, y se sentían ellos mismos culpables delante de Dios”.[11] Los cristianos se convencieron de que el tiempo era corto, y que lo que debían hacer en favor de sus semejantes debía hacerse rápidamente. La eternidad parecía abrirse delante de ellos. El Espíritu de Dios daba poder a sus llamados a que la gente se preparase para el Día de Dios. Su vida diaria era un reproche para los miembros no consagrados de las iglesias. Estos no querían ser perturbados en sus placeres, en su búsqueda del dinero, en su ambición por el honor mundial. De ahí la oposición en contra de la fe adventista.

Los opositores se esforzaban por desanimar la investigación de la Biblia enseñando que las profecías estaban selladas. Así los protestantes siguieron los pasos de los romanistas. Las iglesias protestantes pretendían que una parte importante de la Palabra, la que era especialmente aplicable a nuestro tiempo, no podía ser entendida. Los ministros declaraban que Daniel y el Apocalipsis eran

misterios incomprensibles.

Pero Cristo indujo a sus discípulos a usar las palabras del profeta Daniel: “El que lee, entienda” (S. Mateo 24:15). Y el Apocalipsis también debía ser entendido. “La revelación de Jesucristo, que Dios le dio, para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto... Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de la profecía, y guardan las cosas en ella escritas; porque el tiempo está cerca” (Apocalipsis 1:1-3).

“Bienaventurado el que lee”: Evidentemente, habrá personas que no leerán. “Y los que oyen”: también habrá personas que rehuirán escuchar cualquier cosa concerniente a las profecías. “Y guardan las cosas en ella escritas”: Muchos rechazarán escuchar las instrucciones del Apocalipsis. Ninguno de ellos puede reclamar la prometida bendición.

¿Cómo se atreven los hombres a enseñar que el Apocalipsis está más allá de la comprensión humana? Es el misterio revelado, un libro abierto. El Apocalipsis dirige la mente al libro de Daniel. Ambos libros presentan instrucciones importantes relativas a los acontecimientos del fin de la historia humana.

Juan vio los peligros, los conflictos y la liberación final del pueblo de Dios. Él registra los mensajes finales que han de madurar la cosecha de la tierra, ya sea para el alfolí del cielo o para los fuegos de la destrucción, con el fin de que los que se vuelvan del error a la verdad sean instruidos con respecto a los peligros y los conflictos que les esperan.

¿Por qué, entonces, existe esa ignorancia general concerniente a una parte importante de la Palabra sagrada? Es el resultado de un estudiado esfuerzo del principio de las tinieblas para ocultar de la vista de los hombres aquello que revele su engaño. Por esta razón, Cristo, el Revelador, previendo la guerra contra la revelación, pronunció una bendición sobre todos los que leyeron, escucharan y guardaran las profecías.

* Deísmo: La creencia de que Dios existe y creó el mundo, pero después de ello

no asumió el control de la creación ni se preocupó por la vida de la gente. Creencia de que la razón es suficiente para el conocimiento de la verdad, y por lo tanto rechaza la revelación.—Nuevo diccionario mundial Webster.

[1]S. Bliss, *Memories of William Miller* [Memorias de Guillermo Miller], pp. 65-67.

[2]Ibíd., pp. 74, 75.

[3]Ibíd.

[4]Ibíd., pp. 76, 77-81.

[5]Bliss, p. 92.

[6]R. M. Devens, *American Progress; or The Great Events of the Greatest Century* [El progreso norteamericano; o Los grandes eventos del siglo más grandioso], cap. 28, párr. 1-5.

[7]F. Reed, *Christian Advocate and Journal* [Periódico y Defensor Cristiano], 13 de diciembre de 1833.

[8]“The Old Countryman” [El viejo labriego], *Portland (Maine) Evening Advertiser* [Anunciador Vespertino de Portland], 26 de noviembre de 1833.

[9]Josiah Litch, *Signs of the Times* [Señales de los Tiempos], 1º de agosto de 1840.

[10]Bliss, pp. 250, 252.

[11]Ibíd., p. 146.

Capítulo 20

Luz a pesar del chasco. Razón por la cual se produjo

La obra de Dios presenta, a través de los siglos, una notable similitud en todas las grandes reformas o movimientos religiosos. Los principios que rigen el trato de Dios con los hombres son siempre los mismos. Los movimientos importantes del presente tienen su paralelo en los del pasado, y la experiencia de la iglesia en épocas anteriores proporciona lecciones para nuestro propio tiempo.

Dios, mediante su Santo Espíritu, dirige especialmente a sus siervos que están sobre la tierra para que lleven adelante la obra de salvación. Los hombres son instrumentos en las manos de Dios. A cada uno de ellos Dios les concedió una medida de luz suficiente para capacitarlos con el fin de realizar la obra que les fuera encomendada. Pero ningún hombre ha alcanzado jamás una comprensión cabal del propósito divino de la obra en su propio tiempo. Los hombres no comprenden en forma plena y en todos sus aspectos el mensaje que ellos proclaman en el nombre de Cristo. Aun los profetas no entendieron completamente las revelaciones que Dios les encomendara. El significado debía ir desarrollándose de época en época.

San Pedro dice acerca de esta salvación: “Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos. A éstos se les reveló que no para sí mismos, sino para nosotros, administraban las cosas” (1 S. Pedro 1:10-12). ¡Qué lección para el pueblo de Dios en esta época! Aquellos santos hombres de Dios “inquirieron y diligentemente indagaron” con respecto a las revelaciones dadas para las generaciones futuras. ¡Qué censura para la indiferencia amiga de la mundanalidad que se contenta con declarar que las profecías no pueden ser entendidas! Con cierta frecuencia aún la mente de los siervos de Dios está tan cegada por la tradición y las falsas enseñanzas, que alcanza a entender en forma

sólo parcial las cosas reveladas en la Palabra divina. Los discípulos de Cristo, aun cuando el Salvador estaba con ellos, tenían el concepto popular de que el Mesías había de ser un príncipe temporal que iba a exaltar a Israel para que llegara a ser un imperio universal. No podían entender las palabras de Cristo que predecían sus sufrimientos y su muerte.

“El tiempo se ha cumplido”

Cristo los había enviado con el mensaje: “El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio” (S. Marcos 1:15). Ese mensaje se basaba en la profecía de Daniel, capítulo 9. Las 69 semanas habían de extenderse hasta el “Mesías príncipe”, y los discípulos esperaban el establecimiento del reino del Mesías en Jerusalén para que gobernara sobre toda la tierra.

Aunque predicaban el mensaje que les fue encomendado, ellos mismos entendían mal su significado. Aun cuando el anuncio que hacían se basaba en Daniel 9:25, no vieron en el próximo versículo que el Mesías debía ser muerto. Sus corazones se habían concentrado en la gloria de un imperio terrenal; esto cegó su entendimiento. Al tiempo preciso en que esperaban ver a su Señor ascender al trono de David, lo contemplaron aprehendido, azotado, insultado y condenado sobre la cruz. ¡Qué desesperación y angustia azotó el corazón de sus discípulos!

Cristo vino en el tiempo exacto predicho. La Escritura se había cumplido en todo detalle. La Palabra y el Espíritu de Dios confirmaban la divina comisión de Jesús. Aun así la mente de los discípulos se hallaba envuelta en la duda. Si Jesús hubiera sido el verdadero Mesías, ¿se habrían visto ellos sumidos en la congoja y la desilusión? Esta era la pregunta que torturaba sus almas durante las horas angustiosas del sábado que medió entre su muerte y su resurrección.

Sin embargo no fueron abandonados. “Aunque more en tinieblas, Jesús será mi luz... Él me sacará a luz, veré su justicia”. “Resplandeció en las tinieblas luz a los rectos”. “Guiaré a los ciegos por camino que no sabían, les haré andar por sendas que no habían conocido; delante de ellos cambiaré las tinieblas en luz, y lo escabroso en llanura. Estas cosas les haré, y no los desampararé” (Miqueas 7:8, 9; Salmo 112:4; Isaías 42:16).

El anuncio hecho por los discípulos era correcto: “Se ha cumplido el tiempo, y se ha acercado el reino de Dios”. Al cumplirse “el tiempo” –las 69 semanas de Daniel, capítulo 9, que habían de extenderse hasta el Mesías–, el “Ungido”

Cristo había recibido la unción del Espíritu después de ser bautizado por Juan el Bautista. El “reino de Dios” no era, como a ellos se les había enseñado a creer, un imperio terrenal. Ni tampoco se trataba del reino futuro e inmortal en el cual “el reino, y el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, sea dado al pueblo de los santos del Altísimo” (Daniel 7:27).

La expresión “reino de Dios” designaba tanto el reino de la gracia como el reino de la gloria. El apóstol dice: “Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia” (Hebreos 4:16). La existencia de un trono implica la existencia de un reino. Cristo emplea la expresión “el reino de los cielos” para designar la obra de la gracia que Dios realiza en el corazón de los hombres. Así pues, el trono de gloria representa el reino de la gloria (S. Mateo 25:31, 32). Este reino es todavía futuro. No ha de ser establecido hasta la segunda venida de Cristo.

Cuando el Salvador depuso su vida y exclamó: “Consumado es”, la promesa de salvación hecha a la pareja pecadora del Edén fue ratificada. El reino de la gracia, que había existido antes sobre la base de la promesa de Dios, fue establecido entonces.

Así pues, la muerte de Cristo –el acontecimiento que los discípulos consideraron como la destrucción de su esperanza– era precisamente lo que hizo a ese reino seguro para siempre. Aunque acarreó un cruel chasco, fue la prueba de que la creencia de ellos había sido correcta. El acontecimiento que los había llenado de desesperación abrió la puerta de la esperanza para todos los fieles de Dios en todas las edades.

Con el oro puro del amor de los discípulos por Jesús se hallaba mezclada la baja aleación de las ambiciones egoístas. Su visión estaba llena del trono, la corona y la gloria. El orgullo de su corazón, su sed de gloria mundanal, los había inducido a pasar por alto las palabras del Salvador que mostraban la verdadera naturaleza de su reino y prefiguraban su muerte. Estos errores resultaron en la prueba tremenda que fue permitida para su corrección. A los discípulos había de confiárseles el glorioso evangelio de su resucitado Señor. Para prepararlos para esta obra, se había permitido esta experiencia que parecía tan amarga.

Después de la resurrección de Cristo, él apareció a sus discípulos en el camino a Emaús, y “les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían”. Era su propósito afirmar la fe de ellos en “la Palabra profética más segura” (S. Lucas

24:27; 2 S. Pedro 1:19), no solamente por medio de su testimonio personal, sino también por medio de las profecías del Antiguo Testamento. Y como primer paso dado para impartir este conocimiento, Jesús indujo a los discípulos a considerar a “Moisés y a todos los profetas” de las Escrituras del Antiguo Testamento.

De la desesperación a la seguridad

En un sentido más completo que lo que jamás había ocurrido, los discípulos habían “hallado a Aquel, de quien escribió Moisés en la ley, y asimismo los profetas”. La incertidumbre, y la desesperación, dio lugar a la seguridad, y a una fe despejada. Habían pasado por la prueba más profunda que pudiera haberles acontecido, y habían visto cómo la palabra de Dios se había cumplido en forma triunfal. De aquí en adelante, ¿qué cosa podía quitarles la fe? En medio de su dolor más profundo llegaron a tener un “fortísimo consuelo”, una esperanza que era “como segura y firme ancla del alma” (Hebreos 6:18, 19).

Dijo el Señor: “Nunca jamás será mi pueblo avergonzado”. “Por la noche durará el lloro, y a la mañana vendrá la alegría” (Joel 2:26; Salmo 30:5). En el día de su resurrección, estos discípulos encontraron al Salvador, y sus corazones ardían dentro de ellos mientras escuchaban sus palabras. Antes de su ascensión, Jesús les pidió: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura”, agregando: “He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (S. Marcos 16:15; S. Mateo 28:20). En el Día de Pentecostés descendió el Consolador prometido, y las almas de los creyentes se commovieron de regocijo ante la presencia consciente de su ascendido Señor.

El mensaje de los discípulos comparado con el mensaje de 1844

La experiencia de los discípulos en ocasión del primer advenimiento de Cristo fue paralela a la experiencia de los que proclamaron su segunda venida. Así como los discípulos predicaron: “Se ha cumplido el tiempo, y se ha acercado el reino de Dios”, Miller y sus asociados proclamaron que el último período profético de la Biblia estaba llegando a su cumplimiento, que el juicio había de comenzar en forma inminente, y que el reino eterno habría de ser establecido. La predicación de los discípulos con respecto al tiempo estaba basada en las 70 semanas del capítulo 9 de Daniel. El mensaje dado por Miller y sus asociados anunciaba la terminación de los 2.300 días de Daniel 8:14, profecía de la cual las 70 semanas formaban parte. La predicación de ambos casos estaba basada en el cumplimiento de una porción diferente del mismo período profético.

Así como los primeros discípulos, Guillermo Miller y sus asociados no comprendieron en forma plena el mensaje que proclamaban. Errores establecidos por largo tiempo en la iglesia impidieron una correcta interpretación de un punto importante de la profecía. Por lo tanto, aunque proclamaban el mensaje que Dios les había confiado, debido a una incomprendición de su significado sufrieron un desengaño.

Miller adoptó la opinión general de que la tierra es el “Santuario”, y creía que la “purificación del Santuario” representaba la purificación de la tierra por fuego en ocasión de la venida del Señor. Por lo tanto, el fin de los 2.300 días, según él concluyó, revelaba el tiempo de la segunda venida.

La purificación del Santuario era el último servicio oficiado por el sumo sacerdote en la serie de servicios anuales. Era la obra final de la expiación, que consistía en quitar o eliminar el pecado de Israel. Prefiguraba la obra final de nuestro Sumo Pontífice que está en el cielo, y quien quitará o borrará los pecados de su pueblo que están registrados en los libros celestiales. Este servicio implica una tarea de investigación, una obra de juicio, y ésta precede inmediatamente a la venida de Cristo en las nubes del cielo, pues cuando él

venga, todos los casos habrán sido ya decididos. Dice Jesús: Traigo “mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra” (Apocalipsis 22:12). Es esta obra de juicio la que se anuncia en el mensaje del primer ángel de Apocalipsis 14:7: “Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado”.

Los que proclamaron esta advertencia dieron el mensaje correcto en el tiempo apropiado. Pero así como los discípulos estaban equivocados con respecto al reino que había de ser establecido al final de las “setenta semanas”, también los que predicaban el mensaje del advenimiento estaban equivocados con respecto al acontecimiento que había de ocurrir al terminar los 2.300 días. En ambos casos, errores populares cegaron la mente oscureciendo la verdad. En ambos casos los hijos de Dios cumplieron la voluntad del Señor al proclamar el mensaje que él deseaba que fuera dado, y en ambos casos, debido a la incomprendición de este mensaje, sufrieron un chasco.

Sin embargo, Dios realizó su propósito al permitir que la amonestación relativa al juicio fuera dada como lo fue. En su providencia, el mensaje sirvió para probar y purificar a la iglesia. ¿Estaban los afectos de los cristianos concentrados en este mundo o en Cristo y el cielo? ¿Estaban ellos listos para renunciar a sus ambiciones mundanas y darle la bienvenida al advenimiento de su Señor?

La desilusión también iba a probar el corazón de los que habían profesado recibir la amonestación. ¿Abandonarían ellos en forma precipitada su experiencia y perderían su confianza en la Palabra de Dios cuando fueran llamados a soportar el escarnio del mundo y la prueba consistente en la demora y el chasco? Por no comprender en forma inmediata los designios de Dios, ¿echarían por la borda verdades sostenidas por el claro testimonio de su Palabra?

Esta prueba enseñaría el peligro que existe en aceptar interpretaciones de hombres en lugar de hacer de la Biblia su propio intérprete. Los hijos de la fe serían inducidos a un estudio más profundo de la Palabra, a examinar en forma más cuidadosa los fundamentos de su fe, y a rechazar todo aquello que, aunque ampliamente aceptado por el mundo cristiano, no se basa en las Escrituras.

Pero aquello que en la hora de prueba parecía tan oscuro había de ser aclarado. A pesar de la prueba resultante de sus errores, aprenderían mediante una experiencia bendita que el Señor es muy misericordioso y compasivo; y que todos sus caminos “son misericordia y verdad, para los que guardan su pacto y

sus testimonios” (Salmo 25:10).

La profecía de las Escrituras que abarca el período más extenso de todas las profecías bíblicas, se encuentra en Daniel, capítulo 8; y en el capítulo 9 se añaden detalles de la misma. Esta profecía establece claramente la fecha de la crucifixión de Jesús y el juicio que se realiza en el cielo con anterioridad a su segunda venida.

En el capítulo 14 del libro de Apocalipsis se predecía un gran despertar religioso como resultado del mensaje del primer ángel. Apareció un ángel “volando en medio del cielo, teniendo un evangelio eterno que anunciar a los que habitan sobre la tierra, y a cada nación, y tribu, y lengua, y pueblo”. Este ángel proclamaba “a gran voz” el mensaje: “¡Temed a Dios y dadle gloria; porque ha llegado la hora de su juicio; y adorad al que hizo el cielo y la tierra, y el mar y las fuentes de agua!” (Apocalipsis 14:6, 7, VM).

Un ángel representaba el carácter exaltado de la obra que ha de realizar el mensaje y el poder y la gloria que la acompañarán. El vuelo del ángel “en medio del cielo”, la “gran voz”, y su promulgación a “cada nación, y tribu, y lengua, y pueblo” da evidencia de la extensión rápida y mundial del movimiento. En cuanto al tiempo cuando esto ocurriría, coincide con el anuncio del comienzo del juicio.

Este mensaje es una parte del evangelio que podía ser proclamado sólo en los últimos días, pues solamente entonces sería cierto que la hora del juicio había llegado. La parte de la profecía que se relaciona con los últimos días es la que se le pidió a Daniel que cerrara y sellara “hasta el tiempo del fin” (Daniel 12:4). Por lo tanto, hasta este tiempo no podía proclamarse el mensaje concerniente al juicio, basado en el cumplimiento de estas profecías.

Pablo amonestó a la iglesia a no esperar la venida de Cristo en sus días. No podemos esperar el advenimiento de nuestro Señor sino hasta después que la gran apostasía y el largo reinado del “hombre de pecado” hayan acontecido (ver 2 Tesalonicenses 2:3). El “hombre de pecado” –también llamado “el misterio de iniquidad”, “el hijo de perdición” y “el inicuo”– representa al papado, que había de mantener su supremacía por 1.260 años. Este período terminó en 1798. La venida de Cristo no podía ocurrir antes de ese tiempo. San Pablo abarca con su advertencia toda la dispensación cristiana hasta 1798. Sólo después de esa fecha el mensaje del segundo advenimiento de Cristo había de proclamarse.

Ningún mensaje similar se ha realizado en los siglos pasados. San Pablo, como hemos visto, no lo predicó; él señaló lo que entonces era un futuro muy distante, en que había de realizarse la venida del Señor. Los reformadores no lo proclamaron. Martín Lutero colocó el juicio cerca de 300 años en el futuro después de su tiempo. Pero desde 1798 el libro de Daniel ha sido desellado, y muchos han proclamado el mensaje del juicio como algo cercano.

En forma simultánea en diferentes países

Así como la Reforma del siglo XVI, el movimiento adventista apareció en diferentes países al mismo tiempo. Hombres de fe fueron inducidos a estudiar las profecías y vieron evidencias convincentes de que el fin era inminente. Cuerpos aislados de cristianos, sólo por el estudio de las Escrituras, llegaron a albergar la creencia de que la venida del Salvador estaba cercana.

Tres años después que Miller había llegado a su interpretación de las profecías, el Dr. José Wolff, “el misionero mundial”, comenzó a proclamar el pronto retorno del Señor. Nacido en Alemania, de padres hebreos, era muy joven cuando llegó a convencerse de la verdad de la religión cristiana. Solía prestar profunda atención a las conversaciones que se llevaban a cabo en la casa de su padre cuando hebreos devotos se reunían para repasar las esperanzas de su pueblo, la gloria del futuro Mesías y la restauración de Israel. Un día, al oír mencionar el nombre de Jesús de Nazaret, el muchacho preguntó quién era él. “Un judío de gran talento –fue la respuesta–; pero debido a que él pretendía ser el Mesías, el tribunal judío lo sentenció a muerte”.

“¿Por qué está destruida Jerusalén –continuó preguntando–, y por qué estamos en cautiverio?”

“¡Ay, ay! –contestó su padre–. Porque los judíos dieron muerte a los profetas”. Inmediatamente se le ocurrió al muchacho: “Tal vez Jesús también era profeta, y los judíos lo mataron siendo él inocente”. Aunque le estaba prohibido entrar en una iglesia cristiana, a menudo se detenía cerca de ellas para escuchar la predicación. Cuando tenía solamente 7 años de edad, él se jactaba ante un vecino cristiano del triunfo futuro de Israel en ocasión del advenimiento del Mesías. El anciano dijo en forma bondadosa: “Querido muchacho, te voy a decir quién es el verdadero Mesías: fue Jesús de Nazaret... a quien tus antepasados crucificaron... Ve a tu casa y lee el capítulo 53 de Isaías, y te convencerás de que Cristo Jesús es el Hijo de Dios”.[1]

El muchacho fue a su casa y leyó las Escrituras. ¡Cuán perfectamente se había cumplido esa profecía en Jesús de Nazaret! ¿Eran ciertas las palabras del

cristiano? El muchacho le pidió a su padre una explicación de la profecía, pero la respuesta fue un silencio tan solemne que nunca más se atrevió a mencionar ese tema.

A la edad de 11 años salió de su hogar y comenzó a recorrer el mundo para conseguir una educación a su propia costa, para elegir su religión y la tarea de su vida. Tuvo que abrirse paso solo y sin dinero. Estudió en forma diligente, y se mantuvo a sí mismo enseñando hebreo. Aceptó la fe católica y fue a proseguir sus estudios en el Colegio de la Propaganda, en Roma. Allí atacó abiertamente los abusos de la iglesia e instó a que se hiciera una reforma. Después de un tiempo, fue despedido. Llegó a ser evidente que él nunca podría someterse a la esclavitud del romanismo. Fue declarado incorregible, y se lo dejó en libertad para que fuera a donde quisiera. Marchó a Inglaterra y se unió a la Iglesia Anglicana. Después de un estudio de dos años dio principio a su misión en 1821.

Wolff vio que las profecías presentaban la segunda venida de Cristo con poder y gloria. Aunque trató de inducir a su pueblo a buscar a Jesús de Nazaret como el prometido, y de señalar su primera venida como un sacrificio por el pecado, también les enseñó con respecto a su segunda venida.

Wolff creía que la venida del Señor era inminente. Su interpretación de los períodos proféticos lo hizo llegar a la conclusión de que ésta se verificaría en una fecha que difería pocos años del tiempo señalado por Miller. “¿No nos ha dado nuestro Señor señales de los tiempos, para que supiéramos por lo menos cuándo estaríamos cerca de su venida, así como uno descubre la cercanía del verano por las hojas de la higuera que brotan? Se sabrá... lo suficiente mediante las señales de los tiempos como para inducirnos a prepararnos para su venida, como Noé preparó el arca”.[2]

Era contrario a las interpretaciones populares

Con respecto al sistema popular de interpretar las Escrituras, Wolff escribió: “Una gran parte de la iglesia cristiana ha dejado de lado el sentido claro de las Escrituras, y... supone que cuando ellas dicen judíos, debe entenderse gentiles; y cuando se lee Jerusalén, debe entenderse la iglesia; y donde dice tierra, se refiere al cielo; y en cuanto a la venida del Señor debe entenderse el progreso de las sociedades misioneras; y que el ir al monte de la casa del Señor significa la reunión de una gran clase de metodistas”.[3]

Desde 1821 hasta 1845 Wolff viajó por Egipto, Abisinia, Palestina, Siria, Persia, Bokara, India y los Estados Unidos.

Poder en el Libro

El Dr. Wolff viajó por los países más bárbaros sin protección alguna, soportando condiciones duras y rodeado de incontables peligros. Pasó hambre, fue vendido como esclavo, tres veces fue condenado a muerte, se vio rodeado de ladrones, y en algunas ocasiones casi pereció de sed. Una vez fue asaltado y despojado, y tuvo que andar centenares de kilómetros a pie por entre las montañas, mientras la nieve le azotaba el rostro y sus pies descalzos estaban a punto de congelarse por el contacto con la tierra helada.

Cuando se lo amonestó a no trabajar sin armas entre tribus salvajes y hostiles, declaró que él estaba “provisto de armas: la oración, el celo por Cristo y la confianza en su ayuda... También estoy provisto del amor de Dios y el amor al próximo en mi corazón, y la Biblia está en mis manos... Sentía que mi poder estaba en el Libro, y que su fortaleza me sostendría”.[4]

Perseveró hasta que el mensaje había sido llevado a gran parte del globo habitado. Entre los judíos, los turcos, los persas, los hindúes y otras nacionalidades y razas distribuyó la Palabra de Dios en varios idiomas, y dondequiera que iba proclamaba la cercanía del Mesías.

En Bokara halló que un pueblo aislado sostenía la doctrina del pronto regreso del Señor. “Los árabes del Yemen –decía él– poseen un libro llamado Seera, que habla de la segunda venida de Cristo y de su reino en gloria; y ellos esperan grandes acontecimientos que deben ocurrir en 1840. Encontré hijo de Israel de la tribu de Dan... que esperan junto con los hijos de Recab el pronto regreso del Mesías en las nubes del cielo”.[5]

Una creencia similar fue descubierta por otro misionero en Tartaria. Un sacerdote tártaro les hizo la pregunta de cuándo Cristo vendría por segunda vez. Cuando el misionero respondió que él no sabía, el sacerdote pareció sorprenderse de tal ignorancia de un maestro de la Biblia, y declaró su propia creencia, fundada en la profecía de que Cristo vendría alrededor de 1844.

El mensaje adventista en Inglaterra

Ya en 1826 el mensaje adventista comenzó a predicarse en Inglaterra. El tiempo exacto del advenimiento no se lo mencionaba en general, pero la verdad del pronto regreso de Cristo en poder y gloria era proclamado en forma extensa. Un escritor inglés declara de más o menos 700 ministros de la iglesia de Inglaterra que estaban empeñados en predicar “este evangelio del reino”.

El mensaje que señala a 1844 como el año de la venida del Señor también fue dado en Gran Bretaña. Publicaciones adventistas provenientes de los Estados Unidos circularon ampliamente. En 1842 Robert Winter, un inglés que había recibido la fe adventista en los Estados Unidos, regresó a su país natal para proclamar la venida del Señor. Muchos se unieron con él en la obra en varias partes de Inglaterra.

En Sudamérica, Lacunza, un jesuita chileno, recibió la verdad del pronto regreso de Cristo. Deseoso de escapar de la censura de Roma, publicó su versión bajo el seudónimo de Rabí Ben-Ezra, representándose como un judío convertido. En torno a 1825 este libro fue traducido al inglés. Esto sirvió para profundizar el interés que ya se estaba despertando en Inglaterra.

Bengel capta el mensaje del Apocalipsis

En Alemania la doctrina había sido enseñada por Bengel, un ministro luterano y erudito bíblico. Mientras preparaba un sermón basado en Apocalipsis 21, la luz relativa a la segunda venida de Cristo iluminó su mente. Las profecías del Apocalipsis resultaron claras en su entendimiento. Abrumado por la importancia y la gloria de las escenas presentadas por el profeta, se vio obligado a abandonar por un tiempo el tema. En el púlpito este asunto le fue presentado de nuevo con mucha viveza. Desde ese tiempo se dedicó a estudiar las profecías y pronto llegó a la creencia de que la venida de Cristo estaba cercana. La fecha que él fijó como el tiempo del segundo advenimiento distaba pocos años de la fecha que después fue señalada por Miller.

Los escritos de Bengel se esparcieron en su propio Estado de Wurtemberg y en otras partes de Alemania. El mensaje adventista fue proclamado en Alemania al mismo tiempo que atraía la atención en otros países.

En Ginebra, Gaussen predicó el segundo advenimiento. Cuando entró en el ministerio se sintió inclinado al escepticismo. En su juventud se había interesado en las profecías. Después de leer la Historia antigua de Rollin, su atención fue dirigida al capítulo segundo de Daniel. Resultó impresionado por la exactitud con la cual la profecía se había cumplido. Aquí había un testimonio de la inspiración de las Escrituras. No podía descansar satisfecho con el racionalismo y, estudiando la Biblia, fue inducido a aceptar una fe positiva.

Arribó a la conclusión de que la venida del Señor era inminente. Impresionado con la importancia de esta verdad, deseó presentarla ante el pueblo. Pero la creencia popular de que las profecías de Daniel no podían entenderse era un obstáculo serio. Finalmente determinó –como lo había hecho Farel antes que él al evangelizar Ginebra– comenzar con los niños, mediante los cuales esperaba interesar a los padres. Dijo: “Reúno un auditorio infantil; si el grupo aumenta, si se ve que escuchan, que el tema les gusta, que están interesados, que entienden y explican el asunto, estoy seguro de tener un segundo círculo pronto, y a su turno, personas adultas verán que vale la pena sentarse a estudiar. Cuando se hace esto, la causa está ganada”.[6]

Mientras se dirigía a los niños, las personas de más edad venían a escuchar. Las galerías de su iglesia se llenaban de oyentes, hombres de rango y saber, y forasteros que visitaban Ginebra. Así el mensaje fue llevado a otras partes.

Animado, Gausen publicó sus lecciones con la esperanza de promover el estudio de los libros proféticos. Más tarde llegó a ser un maestro en una escuela teológica, mientras que el domingo continuaba su obra como catequista, dirigiéndose a los niños e instruyéndolos en las Escrituras. Desde su cátedra de profesor, por medio de la prensa y como maestro de niños, durante muchos años llamó la atención a muchas de las profecías que mostraban que la venida del Señor estaba cerca.

Niños predicadores en Escandinavia

También en Escandinavia se predicó el mensaje adventista. Muchas personas fueron inducidas a confesar y abandonar sus pecados y a buscar el perdón en el nombre de Cristo. Pero el clero de la iglesia del Estado se opuso al movimiento, y algunos de los que predicaban el mensaje fueron encarcelados.

En muchos lugares donde los predicadores que hablaban de la próxima venida del Señor resultaban así silenciados, Dios se agració de proclamar el mensaje por medio de los niños. Como ellos tenían pocos años, el Estado no podía restringirlos, y se les permitía hablar sin estorbos.

En las humildes moradas de los trabajadores el pueblo se reunía y oía las amonestaciones. Algunos de los niños predicadores no tenían más de 6 y 8 años de edad; y aun cuando su vida testificaba que amaban al Salvador, ordinariamente manifestaban una inteligencia y una capacidad propias de niños de su edad. Sin embargo, cuando se presentaban delante del pueblo eran dirigidos por una influencia superior a sus dones. El tono y los ademanes cambiaban, y con solemne poder daban la advertencia relativa al juicio: “Temed a Dios y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado”.

El pueblo escuchaba con temblor. El Espíritu de Dios hablaba a los corazones. Muchos eran inducidos a investigar las Escrituras, los intemperantes e inmorales se reformaban, y se realizaba una obra tan señalada que aun los ministros de la iglesia del Estado se veían obligados a reconocer que la mano de Dios dirigía el movimiento.

Era la voluntad de Dios que las nuevas de un Salvador que vendría pronto fueran dadas en Escandinavia, y él puso su Espíritu en los niños para que la obra se realizara. Cuando Jesús se acercó a Jerusalén, el pueblo, intimidado por los sacerdotes y gobernantes, suspendió su gozosa proclamación al entrar por la puerta de Jerusalén. Pero los niños en los atrios del templo empezaron a corear el clamor: “¡Hosanna al Hijo de David!” (S. Mateo 21:8-16). Así como Dios obró utilizando a los niños en el tiempo de la primera venida de Cristo, también obró por medio de niños para dar el mensaje de su segunda venida.

El mensaje se esparce

Estados Unidos llegó a ser el centro del gran movimiento adventista. Los escritos de Miller y sus asociados fueron llevados a países distantes, dondequiera que los misioneros hubieran entrado en cualquier parte del mundo. En forma muy amplia se esparció el mensaje del evangelio eterno: “Temed a Dios y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado”.

Las profecías que parecían indicar la venida de Cristo en la primavera de 1844 se arraigaron profundamente en las mentes del pueblo. Muchos resultaban convencidos de que los argumentos relativos a los períodos proféticos eran correctos, y sacrificando el orgullo de su opinión, recibían con gozo la verdad. Algunos ministros abandonaron sus puestos y sus sueldos y se unieron para proclamar la venida de Jesús. Sin embargo, comparativamente pocos ministros aceptaban este mensaje; por lo tanto, éste fue mayormente encomendado a miembros laicos humildes. Muchos agricultores abandonaron sus campos; muchos mecánicos sus herramientas; muchos comerciantes sus negocios; muchos profesionales sus distintas posiciones. Voluntariamente soportaban duro trabajo, privaciones y sufrimiento para llamar a los hombres al arrepentimiento para salvación. La verdad adventista fue aceptada por millares.

Pasajes bíblicos sencillos producían convicción

Como Juan el Bautista, los predicadores ponían el hacha a la raíz del árbol y urgían a todos a producir “frutos de arrepentimiento”. En señalado contraste con la proclamación de paz y seguridad que se oía desde los púlpitos populares, el testimonio sencillo de las Escrituras producía una convicción que pocos podían resistir completamente. Muchos buscaron al Señor con arrepentimiento. Los afectos que por tanto tiempo se habían centrado en las cosas terrenales ahora se fijaban en el cielo. Con corazón ablandado y subyugado se unían para hacer resonar el clamor: “Temed a Dios y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado”.

Los pecadores preguntaban con lágrimas en sus ojos: “¿Qué debo hacer para ser salvo?” Los que habían sido deshonestos estaban ansiosos de hacer restitución. Todos los que encontraban paz en Cristo anhelaban ver a otros compartir esa bendición. El corazón de los padres era convertido a sus hijos, y el corazón de los hijos a los padres (Malaquías 4:5, 6). Las barreras del orgullo y de la reserva resultaban eliminadas. Se hacían confesiones sinceras. Por doquiera había almas que intercedían ante Dios. Muchos luchaban toda la noche en oración para obtener la seguridad de que sus pecados habían sido perdonados, o por la conversión de parientes y vecinos.

Personas de todas las clases, ricos y pobres, encumbrados y humildes, estaban ansiosas de oír la doctrina del segundo advenimiento. El Espíritu de Dios dio poder a su verdad. La presencia de los santos ángeles se sentía en estas asambleas, y muchos se añadían diariamente a los creyentes. Vastas muchedumbres escuchaban en silencio las solemnes palabras. El cielo y la tierra parecían acercarse. Los hombres volvían a sus hogares con alabanzas en los labios, y sus cantos alegres rompían el silencio de la noche tranquila. Ninguno de los que asistía a esas reuniones podía jamás olvidar aquellas escenas de profundo interés.

Oposición al mensaje

La proclamación de una fecha definida para la venida de Cristo despertó gran oposición por parte de muchas personas que pertenecían a diferentes clases, desde el ministro en el púlpito hasta el pecador más atrevido. Muchos declararon que no se oponían a la doctrina del segundo advenimiento; solamente objetaban que se hablara de un tiempo definido. Pero el ojo de Dios que todo lo ve leía sus corazones. Ellos no querían escuchar mencionar la segunda venida de Cristo para juzgar al mundo con justicia. Sus obras no soportaban la inspección de un Dios que escudriña el corazón, y temían encontrarse con su Señor. A semejanza de los judíos en el tiempo del primer advenimiento de Cristo, no estaban preparados para darle la bienvenida a Jesús. No solamente rehusaban escuchar los sencillos argumentos de la Biblia, sino que ridiculizaban a los que esperaban al Señor. Satanás arrojaba a la cara de Cristo la afrenta de que aquellos que pretendían ser su pueblo tenían tan poco amor por él que no anhelaban su aparición.

“Nadie sabe el día ni la hora” era el argumento que más a menudo se esgrimía para rechazar la fe adventista. Las Escrituras dicen: “Pero del día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino sólo mi Padre” (S. Mateo 24:36). Los que esperaban al Señor daban una clara explicación de este texto, y destacaban el uso erróneo que de él hacían los opositores.

No puede hacerse que un dicho del Salvador destruya a otro dicho. Aunque ningún hombre conoce el día ni la hora de su venida, se pide de nosotros que conozcamos la época en que estará cerca. El rehusar saberlo o descuidar el estudio de este tema cuando su advenimiento está cerca será tan fatal para nosotros como lo fue en los días de Noé el no saber cuándo vendría el diluvio. Cristo dice: “Pues si no velas, vendré sobre ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti” (Apocalipsis 3:3).

Pablo habla de los que han prestado atención a la advertencia del Señor: “Vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón. Porque todos vosotros sois hijos de luz e hijos del día” (1 Tesalonicenses 5:4, 5).

Pero los que querían tener una excusa para rechazar la verdad cerraban sus ojos a esta explicación, y las palabras “Empero el día y la hora nadie sabe” continuaban siendo repetidas por los escarnecedores y aun por los profesos ministros de Cristo. Cuando el pueblo empezaba a preocuparse por estudiar el camino de la salvación, maestros religiosos se interponían entre ellos y la verdad, interpretando falsamente la Palabra de Dios.

Los miembros más consagrados de las iglesias eran habitualmente los primeros en recibir el mensaje. Dondequiera que la gente no era dominada por el clero, en los lugares en que los hombres estudiaban la Palabra de Dios por sí mismos, la doctrina del advenimiento necesitaba solamente ser comparada con las Escrituras para que su divina autoridad resultara establecida.

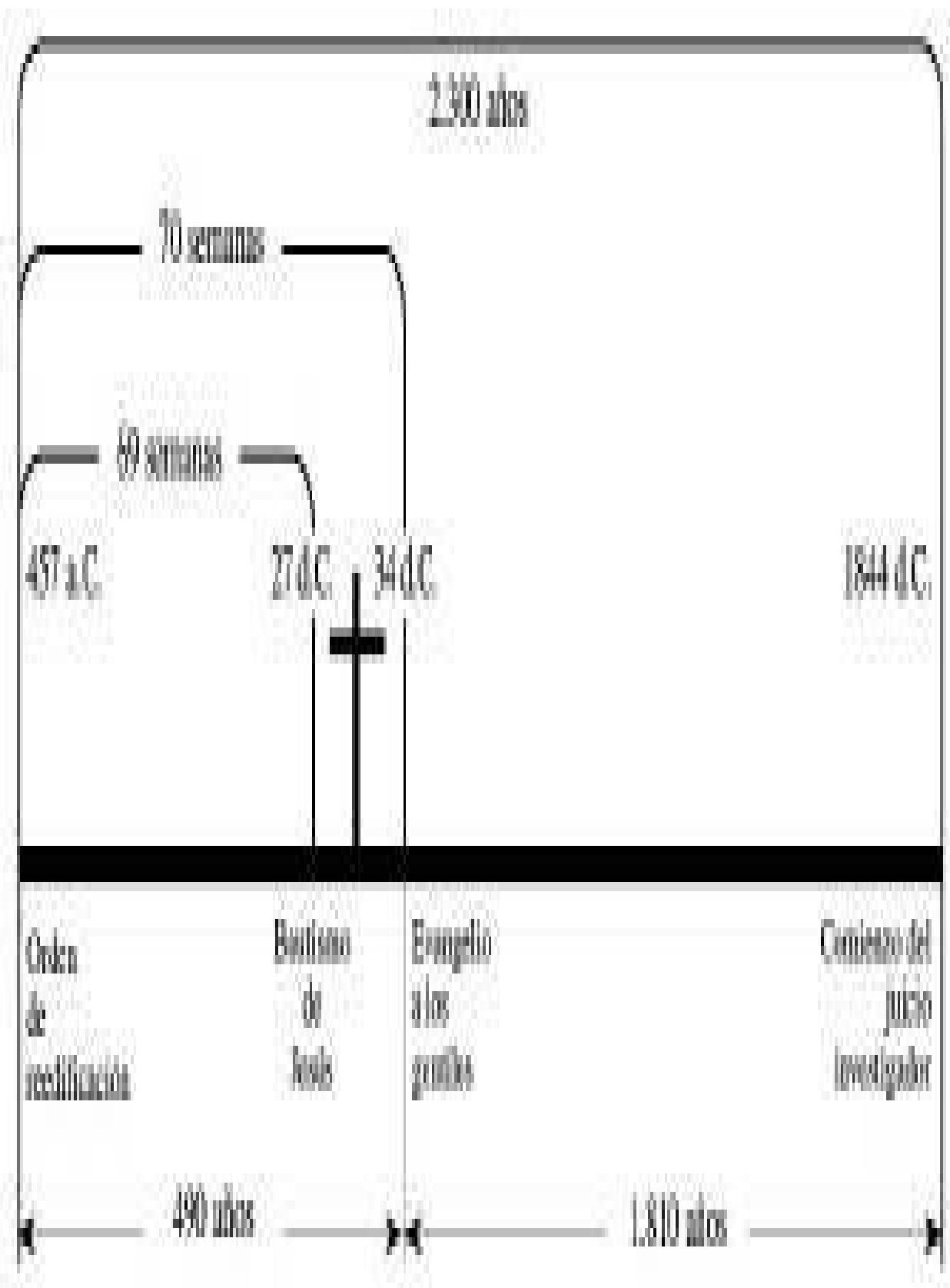
Muchos fueron desviados por esposos, esposas, padres o hijos, y se les hizo creer que era un pecado aun escuchar tales “herejías” enseñadas por los adventistas. Se pidió a los ángeles que velaran de cerca por esas almas, pues había de brillar otra luz sobre ellas desde el trono de Dios.

Los que habían recibido el mensaje aguardaban la venida de su Salvador. El tiempo en que esperaban encontrarse con él se acercaba. Se aproximaban a esa hora con tranquila solemnidad. Ninguno de los que tuvo esta experiencia puede olvidar aquellas horas preciosas de espera. Durante algunas semanas antes de la fecha indicada, los negocios mundanos eran en su mayoría puestos a un lado. Creyentes sinceros examinaban cuidadosamente su corazón, como si dentro de pocas horas hubieran de cerrar sus ojos a las escenas de la tierra. No se prepararon “mantos de ascensión”, pero todos sentían la necesidad de una evidencia interna de que estaban preparados para encontrar al Salvador. Los mantos blancos eran la pureza del alma y los caracteres limpiados por la sangre redentora de Cristo. Ojalá que todavía los hijos de Dios tuvieran la misma preocupación por escudriñar su corazón y la misma fe fervorosa.

Dios se proponía probar a su pueblo. Su mano cubrió un error en el cálculo de los períodos proféticos. El tiempo para el cual se esperaba a Cristo –esto es, que él vendría en la primavera de 1844– pasó, y Cristo no apareció. Los que habían esperado a su Salvador experimentaron un amargo desengaño. Sin embargo, Dios estaba probando el corazón de los que profesaban esperar su advenimiento. Muchos habían sido movidos por el temor. Estos declararon que nunca habían creído que Cristo vendría. Estaban entre los primeros que ridiculizaron el dolor de los verdaderos creyentes.

Pero Jesús y toda la hueste celestial contemplaban con amor y simpatía a los fieles que habían pasado por el chasco. Si el velo que separa el mundo visible del invisible pudiera haberse descorrido, se habrían visto ángeles acercarse a estas almas sinceras para escudarlas de los ataques de Satanás.

“Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado”



[1]Travels and Adventures of the Rev. Joseph Wolff [Viajes y aventuras del reverendo José Wolff], t. 1, pp. 6, 7.

[2]Joseph Wolff, Researches and Missionary Labors [Investigaciones y labores misioneras], pp. 404, 405.

[3]Journal of the Rev. Joseph Wolff [Diario del reverendo José Wolff], p. 96.

[4]W. H. D. Adams, In Perils Off [A veces en peligro], pp. 192, 201.

[5]Journal of the Rev. Joseph Wolff [Diario del reverendo José Wolff], pp. 377, 389.

[6]L. Gaußen, Daniel the Prophet [Daniel el profeta], t. 2, Prefacio.

Capítulo 21

Un gran movimiento mundial

En el capítulo 14 del libro de Apocalipsis se predecía un gran despertar religioso como resultado del mensaje del primer ángel. Apareció un ángel “volando en medio del cielo, teniendo un evangelio eterno que anunciar a los que habitan sobre la tierra, y a cada nación, y tribu, y lengua, y pueblo”. Este ángel proclamaba “a gran voz” el mensaje: “¡Temed a Dios y dadle gloria; porque ha llegado la hora de su juicio; y adorad al que hizo el cielo y la tierra, y el mar y las fuentes de agua!” (Apocalipsis 14:6, 7, VM).

Un ángel representaba el carácter exaltado de la obra que ha de realizar el mensaje y el poder y la gloria que la acompañarán. El vuelo del ángel “en medio del cielo”, la “gran voz”, y su promulgación a “cada nación, y tribu, y lengua, y pueblo” da evidencia de la extensión rápida y mundial del movimiento. En cuanto al tiempo cuando esto ocurriría, coincide con el anuncio del comienzo del juicio.

Este mensaje es una parte del evangelio que podía ser proclamado sólo en los últimos días, pues solamente entonces sería cierto que la hora del juicio había llegado. La parte de la profecía que se relaciona con los últimos días es la que se le pidió a Daniel que cerrara y sellara “hasta el tiempo del fin” (Daniel 12:4). Por lo tanto, hasta este tiempo no podía proclamarse el mensaje concerniente al juicio, basado en el cumplimiento de estas profecías.

Pablo amonestó a la iglesia a no esperar la venida de Cristo en sus días. No podemos esperar el advenimiento de nuestro Señor sino hasta después que la gran apostasía y el largo reinado del “hombre de pecado” hayan acontecido (ver 2 Tesalonicenses 2:3). El “hombre de pecado” –también llamado “el misterio de iniquidad”, “el hijo de perdición” y “el inicuo”– representa al papado, que había de mantener su supremacía por 1.260 años. Este período terminó en 1798. La venida de Cristo no podía ocurrir antes de ese tiempo. San Pablo abarca con su advertencia toda la dispensación cristiana hasta 1798. Sólo después de esa fecha

el mensaje del segundo advenimiento de Cristo había de proclamarse.

Ningún mensaje similar se ha realizado en los siglos pasados. San Pablo, como hemos visto, no lo predicó; él señaló lo que entonces era un futuro muy distante, en que había de realizarse la venida del Señor. Los reformadores no lo proclamaron. Martín Lutero colocó el juicio cerca de 300 años en el futuro después de su tiempo. Pero desde 1798 el libro de Daniel ha sido desellado, y muchos han proclamado el mensaje del juicio como algo cercano.

En forma simultánea en diferentes países

Así como la Reforma del siglo XVI, el movimiento adventista apareció en diferentes países al mismo tiempo. Hombres de fe fueron inducidos a estudiar las profecías y vieron evidencias convincentes de que el fin era inminente. Cuerpos aislados de cristianos, sólo por el estudio de las Escrituras, llegaron a albergar la creencia de que la venida del Salvador estaba cercana.

Tres años después que Miller había llegado a su interpretación de las profecías, el Dr. José Wolff, “el misionero mundial”, comenzó a proclamar el pronto retorno del Señor. Nacido en Alemania, de padres hebreos, era muy joven cuando llegó a convencerse de la verdad de la religión cristiana. Solía prestar profunda atención a las conversaciones que se llevaban a cabo en la casa de su padre cuando hebreos devotos se reunían para repasar las esperanzas de su pueblo, la gloria del futuro Mesías y la restauración de Israel. Un día, al oír mencionar el nombre de Jesús de Nazaret, el muchacho preguntó quién era él. “Un judío de gran talento –fue la respuesta–; pero debido a que él pretendía ser el Mesías, el tribunal judío lo sentenció a muerte”.

“¿Por qué está destruida Jerusalén –continuó preguntando–, y por qué estamos en cautiverio?”

“¡Ay, ay! –contestó su padre–. Porque los judíos dieron muerte a los profetas”. Inmediatamente se le ocurrió al muchacho: “Tal vez Jesús también era profeta, y los judíos lo mataron siendo él inocente”. Aunque le estaba prohibido entrar en una iglesia cristiana, a menudo se detenía cerca de ellas para escuchar la predicación. Cuando tenía solamente 7 años de edad, él se jactaba ante un vecino cristiano del triunfo futuro de Israel en ocasión del advenimiento del Mesías. El anciano dijo en forma bondadosa: “Querido muchacho, te voy a decir quién es el verdadero Mesías: fue Jesús de Nazaret... a quien tus antepasados crucificaron... Ve a tu casa y lee el capítulo 53 de Isaías, y te convencerás de que Cristo Jesús es el Hijo de Dios”.[1]

El muchacho fue a su casa y leyó las Escrituras. ¡Cuán perfectamente se había cumplido esa profecía en Jesús de Nazaret! ¿Eran ciertas las palabras del

cristiano? El muchacho le pidió a su padre una explicación de la profecía, pero la respuesta fue un silencio tan solemne que nunca más se atrevió a mencionar ese tema.

A la edad de 11 años salió de su hogar y comenzó a recorrer el mundo para conseguir una educación a su propia costa, para elegir su religión y la tarea de su vida. Tuvo que abrirse paso solo y sin dinero. Estudió en forma diligente, y se mantuvo a sí mismo enseñando hebreo. Aceptó la fe católica y fue a proseguir sus estudios en el Colegio de la Propaganda, en Roma. Allí atacó abiertamente los abusos de la iglesia e instó a que se hiciera una reforma. Después de un tiempo, fue despedido. Llegó a ser evidente que él nunca podría someterse a la esclavitud del romanismo. Fue declarado incorregible, y se lo dejó en libertad para que fuera a donde quisiera. Marchó a Inglaterra y se unió a la Iglesia Anglicana. Después de un estudio de dos años dio principio a su misión en 1821.

Wolff vio que las profecías presentaban la segunda venida de Cristo con poder y gloria. Aunque trató de inducir a su pueblo a buscar a Jesús de Nazaret como el prometido, y de señalar su primera venida como un sacrificio por el pecado, también les enseñó con respecto a su segunda venida.

Wolff creía que la venida del Señor era inminente. Su interpretación de los períodos proféticos lo hizo llegar a la conclusión de que ésta se verificaría en una fecha que difería pocos años del tiempo señalado por Miller. “¿No nos ha dado nuestro Señor señales de los tiempos, para que supiéramos por lo menos cuándo estaríamos cerca de su venida, así como uno descubre la cercanía del verano por las hojas de la higuera que brotan? Se sabrá... lo suficiente mediante las señales de los tiempos como para inducirnos a prepararnos para su venida, como Noé preparó el arca”.[2]

Era contrario a las interpretaciones populares

Con respecto al sistema popular de interpretar las Escrituras, Wolff escribió: “Una gran parte de la iglesia cristiana ha dejado de lado el sentido claro de las Escrituras, y... supone que cuando ellas dicen judíos, debe entenderse gentiles; y cuando se lee Jerusalén, debe entenderse la iglesia; y donde dice tierra, se refiere al cielo; y en cuanto a la venida del Señor debe entenderse el progreso de las sociedades misioneras; y que el ir al monte de la casa del Señor significa la reunión de una gran clase de metodistas”.[3]

Desde 1821 hasta 1845 Wolff viajó por Egipto, Abisinia, Palestina, Siria, Persia, Bokara, India y los Estados Unidos.

Poder en el Libro

El Dr. Wolff viajó por los países más bárbaros sin protección alguna, soportando condiciones duras y rodeado de incontables peligros. Pasó hambre, fue vendido como esclavo, tres veces fue condenado a muerte, se vio rodeado de ladrones, y en algunas ocasiones casi pereció de sed. Una vez fue asaltado y despojado, y tuvo que andar centenares de kilómetros a pie por entre las montañas, mientras la nieve le azotaba el rostro y sus pies descalzos estaban a punto de congelarse por el contacto con la tierra helada.

Cuando se lo amonestó a no trabajar sin armas entre tribus salvajes y hostiles, declaró que él estaba “provisto de armas: la oración, el celo por Cristo y la confianza en su ayuda... También estoy provisto del amor de Dios y el amor al próximo en mi corazón, y la Biblia está en mis manos... Sentía que mi poder estaba en el Libro, y que su fortaleza me sostendría”.[4]

Perseveró hasta que el mensaje había sido llevado a gran parte del globo habitado. Entre los judíos, los turcos, los persas, los hindúes y otras nacionalidades y razas distribuyó la Palabra de Dios en varios idiomas, y dondequiera que iba proclamaba la cercanía del Mesías.

En Bokara halló que un pueblo aislado sostenía la doctrina del pronto regreso del Señor. “Los árabes del Yemen –decía él– poseen un libro llamado Seera, que habla de la segunda venida de Cristo y de su reino en gloria; y ellos esperan grandes acontecimientos que deben ocurrir en 1840. Encontré hijo de Israel de la tribu de Dan... que esperan junto con los hijos de Recab el pronto regreso del Mesías en las nubes del cielo”.[5]

Una creencia similar fue descubierta por otro misionero en Tartaria. Un sacerdote tártaro les hizo la pregunta de cuándo Cristo vendría por segunda vez. Cuando el misionero respondió que él no sabía, el sacerdote pareció sorprenderse de tal ignorancia de un maestro de la Biblia, y declaró su propia creencia, fundada en la profecía de que Cristo vendría alrededor de 1844.

El mensaje adventista en Inglaterra

Ya en 1826 el mensaje adventista comenzó a predicarse en Inglaterra. El tiempo exacto del advenimiento no se lo mencionaba en general, pero la verdad del pronto regreso de Cristo en poder y gloria era proclamado en forma extensa. Un escritor inglés declara de más o menos 700 ministros de la iglesia de Inglaterra que estaban empeñados en predicar “este evangelio del reino”.

El mensaje que señala a 1844 como el año de la venida del Señor también fue dado en Gran Bretaña. Publicaciones adventistas provenientes de los Estados Unidos circularon ampliamente. En 1842 Robert Winter, un inglés que había recibido la fe adventista en los Estados Unidos, regresó a su país natal para proclamar la venida del Señor. Muchos se unieron con él en la obra en varias partes de Inglaterra.

En Sudamérica, Lacunza, un jesuita chileno, recibió la verdad del pronto regreso de Cristo. Deseoso de escapar de la censura de Roma, publicó su versión bajo el seudónimo de Rabí Ben-Ezra, representándose como un judío convertido. En torno a 1825 este libro fue traducido al inglés. Esto sirvió para profundizar el interés que ya se estaba despertando en Inglaterra.

Bengel capta el mensaje del Apocalipsis

En Alemania la doctrina había sido enseñada por Bengel, un ministro luterano y erudito bíblico. Mientras preparaba un sermón basado en Apocalipsis 21, la luz relativa a la segunda venida de Cristo iluminó su mente. Las profecías del Apocalipsis resultaron claras en su entendimiento. Abrumado por la importancia y la gloria de las escenas presentadas por el profeta, se vio obligado a abandonar por un tiempo el tema. En el púlpito este asunto le fue presentado de nuevo con mucha viveza. Desde ese tiempo se dedicó a estudiar las profecías y pronto llegó a la creencia de que la venida de Cristo estaba cercana. La fecha que él fijó como el tiempo del segundo advenimiento distaba pocos años de la fecha que después fue señalada por Miller.

Los escritos de Bengel se esparcieron en su propio Estado de Wurtemberg y en otras partes de Alemania. El mensaje adventista fue proclamado en Alemania al mismo tiempo que atraía la atención en otros países.

En Ginebra, Gaussen predicó el segundo advenimiento. Cuando entró en el ministerio se sintió inclinado al escepticismo. En su juventud se había interesado en las profecías. Después de leer la Historia antigua de Rollin, su atención fue dirigida al capítulo segundo de Daniel. Resultó impresionado por la exactitud con la cual la profecía se había cumplido. Aquí había un testimonio de la inspiración de las Escrituras. No podía descansar satisfecho con el racionalismo y, estudiando la Biblia, fue inducido a aceptar una fe positiva.

Arribó a la conclusión de que la venida del Señor era inminente. Impresionado con la importancia de esta verdad, deseó presentarla ante el pueblo. Pero la creencia popular de que las profecías de Daniel no podían entenderse era un obstáculo serio. Finalmente determinó –como lo había hecho Farel antes que él al evangelizar Ginebra– comenzar con los niños, mediante los cuales esperaba interesar a los padres. Dijo: “Reúno un auditorio infantil; si el grupo aumenta, si se ve que escuchan, que el tema les gusta, que están interesados, que entienden y explican el asunto, estoy seguro de tener un segundo círculo pronto, y a su turno, personas adultas verán que vale la pena sentarse a estudiar. Cuando se hace esto, la causa está ganada”.[6]

Mientras se dirigía a los niños, las personas de más edad venían a escuchar. Las galerías de su iglesia se llenaban de oyentes, hombres de rango y saber, y forasteros que visitaban Ginebra. Así el mensaje fue llevado a otras partes.

Animado, Gausen publicó sus lecciones con la esperanza de promover el estudio de los libros proféticos. Más tarde llegó a ser un maestro en una escuela teológica, mientras que el domingo continuaba su obra como catequista, dirigiéndose a los niños e instruyéndolos en las Escrituras. Desde su cátedra de profesor, por medio de la prensa y como maestro de niños, durante muchos años llamó la atención a muchas de las profecías que mostraban que la venida del Señor estaba cerca.

Niños predicadores en Escandinavia

También en Escandinavia se predicó el mensaje adventista. Muchas personas fueron inducidas a confesar y abandonar sus pecados y a buscar el perdón en el nombre de Cristo. Pero el clero de la iglesia del Estado se opuso al movimiento, y algunos de los que predicaban el mensaje fueron encarcelados.

En muchos lugares donde los predicadores que hablaban de la próxima venida del Señor resultaban así silenciados, Dios se agració de proclamar el mensaje por medio de los niños. Como ellos tenían pocos años, el Estado no podía restringirlos, y se les permitía hablar sin estorbos.

En las humildes moradas de los trabajadores el pueblo se reunía y oía las amonestaciones. Algunos de los niños predicadores no tenían más de 6 y 8 años de edad; y aun cuando su vida testificaba que amaban al Salvador, ordinariamente manifestaban una inteligencia y una capacidad propias de niños de su edad. Sin embargo, cuando se presentaban delante del pueblo eran dirigidos por una influencia superior a sus dones. El tono y los ademanes cambiaban, y con solemne poder daban la advertencia relativa al juicio: “Temed a Dios y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado”.

El pueblo escuchaba con temblor. El Espíritu de Dios hablaba a los corazones. Muchos eran inducidos a investigar las Escrituras, los intemperantes e inmorales se reformaban, y se realizaba una obra tan señalada que aun los ministros de la iglesia del Estado se veían obligados a reconocer que la mano de Dios dirigía el movimiento.

Era la voluntad de Dios que las nuevas de un Salvador que vendría pronto fueran dadas en Escandinavia, y él puso su Espíritu en los niños para que la obra se realizara. Cuando Jesús se acercó a Jerusalén, el pueblo, intimidado por los sacerdotes y gobernantes, suspendió su gozosa proclamación al entrar por la puerta de Jerusalén. Pero los niños en los atrios del templo empezaron a corear el clamor: “¡Hosanna al Hijo de David!” (S. Mateo 21:8-16). Así como Dios obró utilizando a los niños en el tiempo de la primera venida de Cristo, también obró por medio de niños para dar el mensaje de su segunda venida.

El mensaje se esparce

Estados Unidos llegó a ser el centro del gran movimiento adventista. Los escritos de Miller y sus asociados fueron llevados a países distantes, dondequiera que los misioneros hubieran entrado en cualquier parte del mundo. En forma muy amplia se esparció el mensaje del evangelio eterno: “Temed a Dios y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado”.

Las profecías que parecían indicar la venida de Cristo en la primavera de 1844 se arraigaron profundamente en las mentes del pueblo. Muchos resultaban convencidos de que los argumentos relativos a los períodos proféticos eran correctos, y sacrificando el orgullo de su opinión, recibían con gozo la verdad. Algunos ministros abandonaron sus puestos y sus sueldos y se unieron para proclamar la venida de Jesús. Sin embargo, comparativamente pocos ministros aceptaban este mensaje; por lo tanto, éste fue mayormente encomendado a miembros laicos humildes. Muchos agricultores abandonaron sus campos; muchos mecánicos sus herramientas; muchos comerciantes sus negocios; muchos profesionales sus distintas posiciones. Voluntariamente soportaban duro trabajo, privaciones y sufrimiento para llamar a los hombres al arrepentimiento para salvación. La verdad adventista fue aceptada por millares.

Pasajes bíblicos sencillos producían convicción

Como Juan el Bautista, los predicadores ponían el hacha a la raíz del árbol y urgían a todos a producir “frutos de arrepentimiento”. En señalado contraste con la proclamación de paz y seguridad que se oía desde los púlpitos populares, el testimonio sencillo de las Escrituras producía una convicción que pocos podían resistir completamente. Muchos buscaron al Señor con arrepentimiento. Los afectos que por tanto tiempo se habían centrado en las cosas terrenales ahora se fijaban en el cielo. Con corazón ablandado y subyugado se unían para hacer resonar el clamor: “Temed a Dios y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado”.

Los pecadores preguntaban con lágrimas en sus ojos: “¿Qué debo hacer para ser salvo?” Los que habían sido deshonestos estaban ansiosos de hacer restitución. Todos los que encontraban paz en Cristo anhelaban ver a otros compartir esa bendición. El corazón de los padres era convertido a sus hijos, y el corazón de los hijos a los padres (Malaquías 4:5, 6). Las barreras del orgullo y de la reserva resultaban eliminadas. Se hacían confesiones sinceras. Por doquiera había almas que intercedían ante Dios. Muchos luchaban toda la noche en oración para obtener la seguridad de que sus pecados habían sido perdonados, o por la conversión de parientes y vecinos.

Personas de todas las clases, ricos y pobres, encumbrados y humildes, estaban ansiosas de oír la doctrina del segundo advenimiento. El Espíritu de Dios dio poder a su verdad. La presencia de los santos ángeles se sentía en estas asambleas, y muchos se añadían diariamente a los creyentes. Vastas muchedumbres escuchaban en silencio las solemnes palabras. El cielo y la tierra parecían acercarse. Los hombres volvían a sus hogares con alabanzas en los labios, y sus cantos alegres rompían el silencio de la noche tranquila. Ninguno de los que asistía a esas reuniones podía jamás olvidar aquellas escenas de profundo interés.

Oposición al mensaje

La proclamación de una fecha definida para la venida de Cristo despertó gran oposición por parte de muchas personas que pertenecían a diferentes clases, desde el ministro en el púlpito hasta el pecador más atrevido. Muchos declararon que no se oponían a la doctrina del segundo advenimiento; solamente objetaban que se hablara de un tiempo definido. Pero el ojo de Dios que todo lo ve leía sus corazones. Ellos no querían escuchar mencionar la segunda venida de Cristo para juzgar al mundo con justicia. Sus obras no soportaban la inspección de un Dios que escudriña el corazón, y temían encontrarse con su Señor. A semejanza de los judíos en el tiempo del primer advenimiento de Cristo, no estaban preparados para darle la bienvenida a Jesús. No solamente rehusaban escuchar los sencillos argumentos de la Biblia, sino que ridiculizaban a los que esperaban al Señor. Satanás arrojaba a la cara de Cristo la afrenta de que aquellos que pretendían ser su pueblo tenían tan poco amor por él que no anhelaban su aparición.

“Nadie sabe el día ni la hora” era el argumento que más a menudo se esgrimía para rechazar la fe adventista. Las Escrituras dicen: “Pero del día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino sólo mi Padre” (S. Mateo 24:36). Los que esperaban al Señor daban una clara explicación de este texto, y destacaban el uso erróneo que de él hacían los opositores.

No puede hacerse que un dicho del Salvador destruya a otro dicho. Aunque ningún hombre conoce el día ni la hora de su venida, se pide de nosotros que conozcamos la época en que estará cerca. El rehusar saberlo o descuidar el estudio de este tema cuando su advenimiento está cerca será tan fatal para nosotros como lo fue en los días de Noé el no saber cuándo vendría el diluvio. Cristo dice: “Pues si no velas, vendré sobre ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti” (Apocalipsis 3:3).

Pablo habla de los que han prestado atención a la advertencia del Señor: “Vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón. Porque todos vosotros sois hijos de luz e hijos del día” (1 Tesalonicenses 5:4, 5).

Pero los que querían tener una excusa para rechazar la verdad cerraban sus ojos a esta explicación, y las palabras “Empero el día y la hora nadie sabe” continuaban siendo repetidas por los escarnecedores y aun por los profesos ministros de Cristo. Cuando el pueblo empezaba a preocuparse por estudiar el camino de la salvación, maestros religiosos se interponían entre ellos y la verdad, interpretando falsamente la Palabra de Dios.

Los miembros más consagrados de las iglesias eran habitualmente los primeros en recibir el mensaje. Dondequiera que la gente no era dominada por el clero, en los lugares en que los hombres estudiaban la Palabra de Dios por sí mismos, la doctrina del advenimiento necesitaba solamente ser comparada con las Escrituras para que su divina autoridad resultara establecida.

Muchos fueron desviados por esposos, esposas, padres o hijos, y se les hizo creer que era un pecado aun escuchar tales “herejías” enseñadas por los adventistas. Se pidió a los ángeles que velaran de cerca por esas almas, pues había de brillar otra luz sobre ellas desde el trono de Dios.

Los que habían recibido el mensaje aguardaban la venida de su Salvador. El tiempo en que esperaban encontrarse con él se acercaba. Se aproximaban a esa hora con tranquila solemnidad. Ninguno de los que tuvo esta experiencia puede olvidar aquellas horas preciosas de espera. Durante algunas semanas antes de la fecha indicada, los negocios mundanos eran en su mayoría puestos a un lado. Creyentes sinceros examinaban cuidadosamente su corazón, como si dentro de pocas horas hubieran de cerrar sus ojos a las escenas de la tierra. No se prepararon “mantos de ascensión”, pero todos sentían la necesidad de una evidencia interna de que estaban preparados para encontrar al Salvador. Los mantos blancos eran la pureza del alma y los caracteres limpiados por la sangre redentora de Cristo. Ojalá que todavía los hijos de Dios tuvieran la misma preocupación por escudriñar su corazón y la misma fe fervorosa.

Dios se proponía probar a su pueblo. Su mano cubrió un error en el cálculo de los períodos proféticos. El tiempo para el cual se esperaba a Cristo –esto es, que él vendría en la primavera de 1844– pasó, y Cristo no apareció. Los que habían esperado a su Salvador experimentaron un amargo desengaño. Sin embargo, Dios estaba probando el corazón de los que profesaban esperar su advenimiento. Muchos habían sido movidos por el temor. Estos declararon que nunca habían creído que Cristo vendría. Estaban entre los primeros que ridiculizaron el dolor de los verdaderos creyentes.

Pero Jesús y toda la hueste celestial contemplaban con amor y simpatía a los fieles que habían pasado por el chasco. Si el velo que separa el mundo visible del invisible pudiera haberse descorrido, se habrían visto ángeles acercarse a estas almas sinceras para escudarlas de los ataques de Satanás.

[1]Travels and Adventures of the Rev. Joseph Wolff [Viajes y aventuras del reverendo José Wolff], t. 1, pp. 6, 7.

[2]Joseph Wolff, Researches and Missionary Labors [Investigaciones y labores misioneras], pp. 404, 405.

[3]Journal of the Rev. Joseph Wolff [Diario del reverendo José Wolff], p. 96.

[4]W. H. D. Adams, In Perils Off [A veces en peligro], pp. 192, 201.

[5]Journal of the Rev. Joseph Wolff [Diario del reverendo José Wolff], pp. 377, 389.

[6]L. Gaussen, Daniel the Prophet [Daniel el profeta], t. 2, Prefacio.

Capítulo 22

Cosechando el torbellino: la causa de la degradación actual

Guillermo Miller y sus asociados habían tratado de despertar a los creyentes religiosos a la verdadera esperanza de la iglesia y a su necesidad de una experiencia cristiana más profunda. Trabajaron también para despertar a los inconversos y traerlos al arrepentimiento y a la conversión. “No hicieron ningún esfuerzo por llevar a los hombres a una secta. Trabajaban entre todos los sectores y creencias”. Dijo Miller: “Yo quería beneficiar a todos. Suponiendo que todos los cristianos se regocijarían en la perspectiva del advenimiento de Cristo; y que los que no veían como yo, no por eso amarían menos a los que abrazaran esta doctrina; no concebía que hubiera necesidad alguna de tener reuniones separadas... La gran mayoría de los que se convertían como consecuencia de mis labores se unían con las diversas iglesias existentes”.[1]

Pero cuando los dirigentes religiosos se decidieron en contra de la doctrina adventista, negaron a sus miembros el privilegio de asistir a predicaciones relacionadas con el segundo advenimiento, y aun les prohibían hablar de su esperanza en la iglesia. Aunque los creyentes amaban a sus congregaciones, cuando vieron negado su derecho a investigar las profecías, pensaron que la lealtad a Dios les impedía someterse; por lo tanto se sintieron justificados al separarse. En el verano de 1844, alrededor de 50 mil personas se separaron de las iglesias.

En la mayoría de las iglesias, durante años se había estado experimentando gradual pero constantemente un aumento de la conformidad con las prácticas del mundo, y una correspondiente declinación de la vida espiritual. Pero en ese año había evidencias de una señalada decadencia en casi todas las iglesias del país. El hecho era comentado ampliamente tanto en la prensa como en el púlpito.

El Sr. Barnes, autor de un comentario y pastor de una de las iglesias principales

de Filadelfia, “declaró que... ahora no hay despertamientos religiosos, ni conversiones, no hay un crecimiento evidente en la gracia de los creyentes, y ninguno venía a su estudio para conversar acerca de la salvación de sus almas... Hay un crecimiento de la mentalidad mundana. Y eso pasa en todas las denominaciones”.[2]

En el mes de febrero del mismo año, el profesor Finney, del Colegio de Oberlin, dijo: “En general las iglesias protestantes de nuestro país, como tales, están o apáticas u hostiles a casi todas las reformas morales de esta época... La apatía espiritual está grandemente esparcida y es tremadamente profunda; esto es lo que la prensa religiosa en todo el país comenta... En forma muy extensa los miembros de la iglesia están llegando a ser muy devotos de la moda, y se unen con los impíos en reuniones de placer, en el baile, en festividades, etc... Las iglesias en general están degenerando en forma triste. Se han apartado mucho del Señor y él se ha apartado de ellas”.

El hombre rechaza la luz

La oscuridad espiritual se debe, no a que Dios retire arbitrariamente la gracia divina, sino al rechazo de la luz por parte de los hombres. El pueblo judío, al unirse devotamente con el mundo y olvidarse de Dios, ignoró la venida del Mesías. En su incredulidad rechazó al Redentor. Dios no privó completamente a la nación judía de las bendiciones de la salvación. Los que rechazaron la verdad habían hecho “de la luz tinieblas, y de las tinieblas luz” (Isaías 5:20).

Después de rechazar el evangelio, los judíos continuaron manteniendo sus antiguos ritos, mientras admitían que la presencia de Dios ya no estaba con ellos. La profecía de Daniel señalaba en forma inconfundible el tiempo de la venida del Mesías y predecía en forma directa su muerte. Por esa razón ellos se oponían a su estudio, y finalmente los rabinos pronunciaron una maldición sobre todos los que intentaron computar el tiempo. En medio de la ceguedad y la impenitencia, el pueblo de Israel en los siglos sucesivos se ha mantenido indiferente al bondadoso ofrecimiento de la salvación, sin importarles las bendiciones del evangelio, y las solemnes y terribles advertencias de rechazar la luz del cielo.

El que desprecia la convicción de su deber debido a que ésta interfiere con sus inclinaciones, finalmente pierde el poder para distinguir entre la verdad y el error. El alma se separa de Dios. Cuando se ridiculiza la verdad, la iglesia está en tinieblas, la fe y el amor se enfrián y comienzan las disensiones. Los miembros de iglesia centran sus intereses en los asuntos mundanos, y los pecadores se endurecen en la impenitencia.

El mensaje del primer ángel

El mensaje del primer ángel de Apocalipsis 14 tenía por propósito separar al profeso pueblo de Dios de las influencias corruptoras. En ese mensaje, Dios envió a la iglesia una amonestación que, si hubiera sido aceptada, habría corregido los males que estaban apartándola de él. Si su pueblo hubiera recibido el mensaje, humillando sus corazones y buscando una preparación para estar en pie en su presencia, el Espíritu de Dios se habría manifestado. La iglesia habría alcanzado de nuevo esa unidad, esa fe y ese amor de los días apostólicos, cuando la “multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma”, cuando “el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos” (Hechos 4:32; 2:47).

Si el pueblo de Dios hubiera recibido la luz de su Palabra, habría alcanzado la unidad que el apóstol describe, “la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz”. Hay –dice– “un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo” (Efesios 4:3-5).

Los que aceptaron el mensaje del advenimiento procedían de diferentes denominaciones, y sus barreras confesionales cayeron al suelo. Los credos opuestos se hicieron añicos. Las falsas opiniones referentes al segundo advenimiento fueron corregidas. Se enderezaron errores, y los corazones se unieron en dulce comunión. Esta doctrina habría hecho lo mismo en favor de todos, si todos la hubieran recibido.

Los ministros, que como atalayas deberían haber sido los primeros en discernir las señales de la venida de Jesús, habían dejado de captar la verdad de los profetas o las señales de los tiempos. El amor de Dios y la fe en su Palabra se habían enfriado, y la doctrina adventista solamente despertaba su incredulidad. Como antaño, se hacía frente al testimonio de la Palabra de Dios con la pregunta: “¿Ha creído en él alguno de los gobernantes, o de los fariseos?” (S. Juan 7:48). Muchos se oponían al estudio de las profecías enseñando que los libros proféticos estaban sellados y no se podían entender. Las multitudes, confiando en sus pastores, rechazaban la oportunidad de prestar oídos al

mensaje; y otros, aunque estaban convencidos de la verdad, no se atrevían a confesarlo por temor a que fueran “expulsados de la sinagoga” (S. Juan 12:42). El mensaje que Dios había enviado para probar a la iglesia, revelaba ahora cuán grande era el número de los que habían fijado sus afectos en este mundo antes que en Cristo.

El rechazar la amonestación del primer ángel fue la causa de la terrible condición de mundanalidad, apostasía y muerte espiritual que existía en las iglesias en 1844.

El mensaje del segundo ángel

En Apocalipsis 14 el primer ángel es seguido por un segundo ser celestial, que proclama: “Ha caído, ha caído Babilonia, la gran ciudad, porque ha hecho beber a todas las naciones del vino del furor de su fornicación” (Apocalipsis 14:8). El término “Babilonia” se deriva de “Babel”, y significa confusión. En las Escrituras designa varias formas de religión falsa o apóstata. En Apocalipsis 17 Babilonia es representada por una mujer, una figura usada en la Biblia como símbolo de la iglesia. Una mujer virtuosa representa a la iglesia pura; en tanto que una mujer vil, a la iglesia apóstata.

En la Biblia se simboliza la relación entre Cristo y su iglesia por medio del matrimonio. El Señor declara: “Te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia, juicio, benignidad y misericordia”. “Yo soy vuestro esposo”. “Os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo” (Oseas 2:19; Jeremías 3:14; 2 Corintios 11:2).

Adulterio espiritual

La infidelidad de la iglesia para con Cristo al permitir que las cosas mundanas ocupen el alma se asemeja a la violación del voto matrimonial. El pecado de Israel al apartarse del Señor se presenta bajo esta figura. “Como la esposa infiel abandona a su compañero, así prevaricasteis contra mí, oh casa de Israel, dice Jehová”, “como mujer adúltera, que en lugar de su marido recibe a ajenos” (Jeremías 3:20; Ezequiel 16:32).

Dijo el apóstol Santiago: “¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios” (Santiago 4:4).

La mujer (Babilonia) está descrita como “vestida de púrpura y escarlata, y adornada de oro, de piedras preciosas y de perlas, y [tiene] en la mano un cáliz de oro lleno de abominaciones y de la inmundicia de su fornicación; y en su frente un nombre escrito, un misterio: Babilonia la Grande, la madre de las rameras”. El profeta dice: “Vi a la mujer ebria de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús”. Se declara además que Babilonia “es la gran ciudad que reina sobre los reyes de la tierra” (Apocalipsis 17:4-6, 18).

El poder que durante siglos ejerció su dominio sobre los monarcas de la cristiandad es Roma. El color púrpura y escarlata, el oro, las piedras preciosas y las perlas, describen la magnificencia desplegada por la arrogante sede de Roma. Ningún otro poder o persona puede describirse como “ebria de la sangre de los santos”, fuera de la iglesia que persiguió tan cruelmente a los seguidores de Cristo.

A Babilonia también se la acusa de una relación ilícita con los “reyes de la tierra”. Al apartarse del Señor y aliarse con los paganos, la iglesia judía se convirtió en una ramera; y Roma, al buscar el sostén de los poderes humanos, recibió la misma condenación.

Babilonia es la “madre de las rameras”. Sus hijas deben ser iglesias que se aferran a sus doctrinas y siguen su ejemplo de sacrificar la verdad con el fin de

formar una alianza con el mundo. El mensaje que anuncia la caída de Babilonia debe aplicarse a los cuerpos religiosos que una vez eran puros y se han hecho corruptos. Puesto que este mensaje sigue a la advertencia del juicio, debía ser dado en los últimos días. Por lo tanto no puede referirse solamente a la Iglesia Romana, pues esa iglesia ha estado en una condición caída durante siglos.

Por otra parte, el pueblo de Dios es llamado a salir de Babilonia. De acuerdo con este pasaje, muchos miembros del pueblo de Dios deben estar todavía en Babilonia. ¿Y en qué cuerpos religiosos ha de hallarse ahora la mayor parte de los seguidores de Cristo? En las iglesias que profesan la fe protestante. Cuando surgieron estas iglesias, adoptaron una posición noble en favor de la verdad, y la bendición de Dios estuvo con ellas. Pero cayeron debido al mismo deseo que constituyó la ruina de Israel: imitar las prácticas del mundo y cortejar su amistad.

Unión con el mundo

Muchas iglesias protestantes han seguido el ejemplo de la Iglesia de Roma de unirse con los “reyes de la tierra” –formando iglesias estado, por su relación con los gobiernos seculares–; y otras denominaciones, al buscar el favor del mundo. El término “Babilonia” –confusión– puede aplicarse a los cuerpos que profesan derivar su doctrina de la Biblia, y sin embargo están divididos en innumerable cantidad de sectas con credos opuestos.

Una obra católica sostiene que “si la Iglesia de Roma fuera culpable de idolatría en relación con los santos, su hija, la iglesia de Inglaterra, es culpable de los mismos, pues tiene diez iglesias dedicadas a María por una dedicada a Cristo”.
[3]

El Dr. Hopkins declara: “No hay razón para considerar que el espíritu y las prácticas anticristianas están confinadas a lo que ahora se denomina la Iglesia de Roma. Las iglesias protestantes tienen mucho del anticristo, y están lejos de ser totalmente reformadas de ‘corrupciones e impiedad’ ”.[4]

Con respecto a la separación de la Iglesia Presbiteriana de Roma, el Dr. Guthier escribe: “Hace trescientos años nuestra iglesia, con una Biblia abierta sobre su estandarte, y este lema: ‘Escudriñad las Escrituras’, en su rollo de pergamino, salió por las puertas de Roma”. Entonces pregunta él en forma significativa: “¿Salió totalmente de Babilonia?”[5]

Origen del alejamiento del evangelio

¿Cuál fue el origen de la separación de la sencillez del evangelio? El conformarse con el paganismo, para facilitar la aceptación del cristianismo por parte de los paganos. “Hacia fines del siglo segundo, la mayoría de las iglesias asumieron una forma nueva; la sencillez primitiva desapareció, e insensiblemente, a medida que los antiguos discípulos bajaban a la tumba, sus hijos, en unión con nuevos conversos... se adelantaron y dieron una nueva forma a la causa”. “Un diluvio pagano, anegando la iglesia, trajo consigo sus costumbres, sus prácticas y sus ídolos”.[6] La religión cristiana obtenía el favor y el sostén de los gobiernos seculares; era aceptada nominalmente por las multitudes; pero muchos “siguieron siendo paganos en esencia, especialmente adorando sus ídolos secretos”.[7]

¿No se ha repetido el mismo proceso en cada iglesia que se llama protestante? A medida que los fundadores dominados por el verdadero espíritu de reforma iban desapareciendo, sus descendientes “dieron un nuevo molde a la causa”. Rehusaron ciegamente aceptar cualquier verdad que avanzara más allá de lo que sus padres habían visto, y los hijos de los reformadores se apartaron del ejemplo de éstos en su abnegación y su renuncia al mundo. ¡Ah, cuán ampliamente se han apartado las iglesias populares de la norma bíblica! Dijo Juan Wesley hablando del dinero: “No malgastes ninguna parte de un talento tan precioso... con superfluos o costosos atavíos o con adornos innecesarios... con superfluos y costosos muebles; con cuadros costosos, pinturas y dorados... Siempre que te vistas ‘de púrpura y de fino lino blanco, y tengas banquetes espléndidos todos los días’, no faltará quien aplauda tu elegancia, tu buen gusto, tu generosidad y tu rumbosa hospitalidad, pero no vayas a pagar tan caros sus aplausos. Conténtate más bien con el honor que viene de Dios”.[8]

Gobernantes, políticos, legisladores, médicos, comerciantes se unían a la iglesia como medio de progresar en sus intereses mundanos. Los cuerpos religiosos, reforzados con la riqueza de estos mundanos bautizados, aumentaba en popularidad. Se erigían iglesias espléndidas y extravagantes. Altos salarios eran pagados a ministros talentosos para entretenir al pueblo. Sus sermones debían

ser suaves y agradables, adecuados al oído de un público agradable. Así los pecados que estaban de moda se ocultaban bajo una pretensión de piedad.

Un articulista, escribiendo en el *Independent* [Independiente], de Nueva York, habla así con respecto al metodismo de aquellos días: “La línea de separación entre los piadosos y los irreligiosos desaparece en una especie de penumbra, y en ambos lados se está trabajando con empeño para hacer desaparecer toda diferencia entre su modo de ser y sus placeres”.

En esta marea de búsqueda de placer, la abnegación por la causa de Cristo se ha perdido casi completamente. “Si se necesitan fondos ahora... no debe pedirse a nadie que dé. ¡Oh, no! Organícese una feria [venta de caridad], prepárese una representación de figuras vivas, una escena jocosa, una comida al estilo antiguo o a la moderna, cualquier cosa para divertir a la gente”.

Robert Atkins describe gráficamente la declinación espiritual de Inglaterra: “¡Apostasía, apostasía, apostasía! es lo que está grabado en el frente mismo de cada iglesia, y si lo supiesen o sintiesen, habría esperanza; pero ¡ay!, lo que se oye decir es: ‘Rico soy y estoy lleno de bienes, y nada me falta’ ”.[9]

El gran pecado del cual se acusa a Babilonia es que ella ha hecho que todas las naciones beban “del vino del furor de su fornicación”. La copa representa las falsas doctrinas que ha aceptado como resultado de su amistad con el mundo. En cambio ella ejerce una influencia corruptora sobre el mundo enseñando doctrinas opuestas a la Biblia.

Si el mundo no estuviera intoxicado con el vino de Babilonia, multitudes se convertirían por las claras verdades de la Palabra de Dios. Pero la fe religiosa parece tan confundida y discordante que la gente no sabe qué creer. La iglesia es responsable del pecado de impenitencia del mundo.

El mensaje del segundo ángel no alcanzó su completo cumplimiento en 1844. Las iglesias entonces experimentaron una caída moral al rechazar la luz del mensaje adventista, pero esa caída no fue completa. Al continuar rechazando ella las verdades especiales para ese tiempo, han ido cayendo más y más. Sin embargo todavía no puede decirse que “ha caído, ha caído Babilonia... porque ha hecho beber a todas las naciones del vino del furor de su fornicación”. Las iglesias protestantes están incluidas en la solemne denuncia del segundo ángel. Pero la obra de apostasía no ha alcanzado todavía su culminación.

Antes de la venida del Señor, Satanás obrará “con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad”; y todos los que “no recibieron el amor de la verdad para ser salvos” serán dejados para que reciban “un poder engañoso, para que crean la mentira” (2 Tesalonicenses 2:9-11). Solamente después que la unión de la iglesia con el mundo se cumpla en forma completa, la caída de Babilonia será total. En cambio es progresivo y el total cumplimiento de Apocalipsis 14:8 es todavía futuro.

Pese a la oscuridad espiritual que reina en las iglesias que constituyen Babilonia, la mayoría de los verdaderos seguidores de Cristo todavía ha de hallarse en el seno de ellas. Muchos nunca han visto las verdades especiales para este tiempo. Una buena cantidad espera una luz mayor. Buscan en vano la imagen de Cristo en las iglesias con las cuales están relacionadas.

Apocalipsis 18 señala el tiempo cuando los hijos de Dios que todavía estén en Babilonia serán llamados a separarse de su comunión. Este mensaje, el último que será dado al mundo, realizará su obra. La luz de la verdad brillará sobre todos aquellos cuyo corazón esté abierto para recibirla, y todos los hijos de Dios que están en Babilonia escucharán el llamado: “Salid de ella, pueblo mío” (Apocalipsis 18:4).

[1]Bliss, p. 328.

[2]Congregational Journal [Revista Congregacional], 23 de mayo de 1844.

[3]Richard Challoner, The Catholic Christian Instructed [El cristiano católico instruido], Prefacio, pp. 21, 22.

[4]Samuel Hopkins, “A Treatise on the Millennium” [Un tratado sobre el milenio], Works [Obras], t. 2, p. 328.

[5]Thomas Guthrie, The Gospel in Ezekiel [El evangelio en Ezequiel], p. 237.

[6]Robert Robinson, Ecclesiastical Researches [Investigaciones eclesiásticas], (ed. 1792, cap. 6, p. 51.

[7]Gavazzy, Lectures [Conferencias], (ed. 1854), p. 278.

[8]Wesley, Works [Obras], Sermón 50, “The Use of Money” [El uso del dinero]

[9]Second Advent Library [Biblioteca del segundo advenimiento], tratado Nº 39.

Capítulo 23

Vaticinios alentadores: profecías cumplidas

Cuando pasó la fecha en que por primera vez se había esperado la venida del Señor –la primavera de 1844– los que habían aguardado su aparición estaban en dudas y en incertidumbre. Muchos continuaron investigando las Escrituras, examinando de nuevo las evidencias de su fe. Las profecías, claras y concluyentes, señalaban la venida de Cristo como cercana. La conversión de los pecadores y el reavivamiento de la vida espiritual que se produjo entre los cristianos había testificado que el mensaje provenía del cielo. Relacionada con las profecías que ellos habían considerado como aplicables a la fecha del segundo advenimiento estaba la instrucción animadora de esperar pacientemente con fe, en que lo que ahora estaba oscuro para su entendimiento sería aclarado. Entre estas profecías se hallaba Habacuc 2:1-4. Ninguno, sin embargo, notó que la profecía incluía una aparente demora, un tiempo de espera. Después del chasco, este pasaje resultó sumamente significativo: “La visión tardará aún por un tiempo, mas se apresura hacia el fin, y no mentirá; aunque tardare, espéralo, porque sin duda vendrá, no tardará... mas el justo por su fe vivirá”.

La profecía de Ezequiel también fue un consuelo para los creyentes: “Vino a mí palabra de Jehová, diciendo... Se han acercado aquellos días, y el cumplimiento de toda visión... hablaré, y se cumplirá la palabra que yo hable; no se tardará más”. “No se tardará más ninguna de mis palabras, sino que la palabra que yo hable se cumplirá” (Ezequiel 12:21-25, 28).

Los que esperaban se regocijaron. Aquel que conoce el fin desde el principio había sido siempre su esperanza. Si no hubiera sido por esas porciones de las Escrituras, la fe los habría abandonado.

La parábola de las 10 vírgenes de San Mateo 25 también ilustra la experiencia del pueblo adventista. Aquí se presenta a la iglesia de los últimos días. Su experiencia se ilustra por los incidentes de una boda oriental:

“Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo. Cinco de ellas eran prudentes y cinco insensatas. Las insensatas, tomando sus lámparas, no tomaron consigo aceite; mas las prudentes tomaron aceite en sus vasijas, juntamente con sus lámparas. Y tardándose el esposo, cabecearon todas y se durmieron. Y a la medianoche se oyó un clamor: ¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle!” (S. Mateo 25:1-6).

Se entendía que la venida de Cristo, tal como es anunciada por el mensaje del primer ángel, era representada por la venida del esposo. La amplia reforma que se operó bajo la proclamación de la pronta venida de Cristo respondía a la salida de las vírgenes. En esta parábola todas habían tomado sus lámparas, la Biblia, y habían salido para encontrar al esposo. Pero en tanto que las vírgenes fatuas no tomaron aceite consigo, las sabias llevaron aceite en sus vasijas, juntamente con sus lámparas. Las últimas habían estudiado las Escrituras para conocer la verdad y tenían una experiencia personal, una fe en Dios que no podía ser derrocada por el chasco o la demora. Otras actuaban por impulso, y sus temores fueron excitados por el mensaje. Pero habían dependido de la fe de sus hermanos, satisfechos con una luz temblorosa de emoción, sin una comprensión cabal de la verdad o una obra genuina de la gracia en su corazón. Éstas habían salido para encontrar al Señor con la perspectiva de obtener una inmediata recompensa, pero no estaban preparadas para una demora y una desilusión. Su fe falló.

“Tardándose el esposo, cabecearon todas y se durmieron”. La tardanza del Esposo representaba el paso del tiempo, el chasco, la aparente demora. Aquellos cuya fe estaba basada en un conocimiento personal de la Biblia tenían sus pies asentados sobre una roca que las olas de la desilusión no podían hacer desaparecer. “Cabecearon todas y se durmieron”; una clase de cristianos abandonó su fe, y la otra esperó pacientemente hasta recibir una luz más clara. Los superficiales no podían depender más de la fe de sus hermanos. Cada uno debía permanecer firme o caer por sí mismo.

Aparece el fanatismo

Por este tiempo comenzó a aparecer el fanatismo. Algunos manifestaban un celo fanático. Sus ideas no encontraron simpatía por parte del gran cuerpo de adventistas, pero atrajeron el reproche sobre la causa de la verdad.

Satanás estaba perdiendo a sus súbditos, y con el propósito de que el oprobio arruinara la obra de Dios, él trató de engañar a algunos que profesaban la fe y conducirlos a extremos. Entonces sus agentes estaban listos para apropiarse de todo error, de todo acto inconveniente, y presentarlo al pueblo en forma exagerada para hacer aparecer como odiosos a los adventistas. Cuanto mayor fuera el número de los que lograra incluir entre los que profesaban creer en el segundo advenimiento mientras su poder dirigía sus corazones, tanto más fácil le sería señalarlos a la atención del mundo como representantes de todo el cuerpo de creyentes.

Satanás es “el acusador de nuestros hermanos” (Apocalipsis 12:10). Su espíritu inspira a los hombres a acechar los errores del pueblo del Señor y presentarlos a la luz pública, mientras sus buenos hechos son pasados por alto sin ninguna mención.

En toda la historia de la iglesia no se ha realizado ninguna reforma sin encontrar serios obstáculos. Dondequiera que San Pablo levantaba una iglesia, algunos de los que profesaban recibir la fe introducían herejías. Lutero también sufrió aflicción por parte de personas fanáticas que pretendían que Dios había hablado directamente por su medio, que presentaban sus propias ideas por encima de las Escrituras. Muchos eran engañados por los nuevos maestros y se unían con Satanás para derribar lo que Dios había inducido a Lutero a edificar. Los Wesley también hicieron frente a los ardides de Satanás, quien impulsó hacia el fanatismo a personas desequilibradas y no santificadas.

Guillermo Miller no tenía simpatía por el fanatismo. “El diablo –decía Miller– tiene gran poder sobre la mente de algunos en la época presente. A menudo he observado más evidencia de piedad interna en una mirada benigna o una mejilla humedecida, o en palabras entrecortadas que en todo el ruido que se nota en la

cristiandad”.[1]

En la reforma, los enemigos de ésta acusaron de los males del fanatismo a los que estaban trabajando más fervientemente en contra del mismo. Los que se oponían al movimiento adventista siguieron una conducta similar. No contentos con exagerar los errores de los fanáticos, hacían circular informes que no tenían la más leve semblanza de verdad. Su paz resultaba perturbada por la proclamación de que Cristo estaba a las puertas. Temían que esto fuera cierto, y sin embargo esperaban que no lo fuera. Este era el secreto de su guerra contra los adventistas.

La predicación del mensaje del primer ángel tendió directamente a reprimir el fanatismo. Los que participaban en estos solemnes movimientos estaban en armonía; sus corazones estaban llenos de amor mutuo y de amor por Jesús, a quien esperaban ver pronto. La fe común, la esperanza común y bendita, resultaban un escudo en contra de los saltos de Satanás.

El error corregido

“Tardándose el esposo, cabecearon todas y se durmieron. Y a la medianoche se oyó un clamor: ¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle! Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron, y arreglaron sus lámparas” (S. Mateo 25:5-7). En el verano de 1844 el mensaje fue proclamado utilizando las propias palabras de las Escrituras. Lo que condujo a este movimiento fue el descubrimiento de que el decreto de Artajerjes para la restauración de Jerusalén, que determinaba el punto de arranque del período de los 2.300 días, se puso en vigencia en el otoño del 457 a.C., y no al comienzo de ese año, como se creía. Haciendo que el período empezara en el otoño del 457, los 2.300 años terminarían en el otoño de 1844. Los símbolos del Antiguo Testamento también señalaban al otoño como la época en que se realizaría “la purificación del Santuario”.

El sacrificio del cordero pascual era un símbolo de la muerte de Cristo. El símbolo se cumplía no sólo en el suceso mismo, sino también en la época del año. El día 14 del primer mes judío, justamente el día y el mes en el cual durante siglos el cordero pascual había sido sacrificado, Cristo instituyó la ceremonia que había de conmemorar su propia muerte como “el Cordero de Dios”. Esa misma noche él fue llevado para ser crucificado.

De la misma manera, los símbolos y tipos que se relacionan con el segundo advenimiento debían cumplirse en el tiempo señalado en el servicio simbólico. La purificación del Santuario, o sea el Día de la Expiación, ocurría el día décimo del séptimo mes judío, día en el cual el sumo sacerdote, habiendo hecho la expiación por todo Israel, y habiendo quitado así los pecados del Santuario, volvía y bendecía al pueblo. Así se creía que Cristo aparecería para purificar la tierra por medio de la destrucción del pecado y los pecadores, y para bendecir con la inmortalidad a su pueblo que esperaba. El décimo día del mes séptimo, el gran Día de la Expiación, el tiempo de la purificación del Santuario, que en 1844 caía el 22 de octubre, fue considerado como el tiempo de la venida del Señor. Los 2.300 días terminarían en el otoño, y la conclusión a la que se había llegado parecía irresistible.

“El clamor de medianoche”

Los argumentos producían una poderosa convicción, y “el clamor de medianoche” fue proclamado por millares de creyentes. Como una ola creciente, el movimiento se propagó de ciudad en ciudad y de aldea en aldea. El fanatismo desapareció como la helada temprana ante la aparición del sol. La obra hecha era similar a las ocasiones en que el antiguo Israel volvía al Señor después de recibir mensajes de reproche por parte de los siervos de Dios. Había poco gozo lleno de éxtasis, pero había profundo escudriñamiento del corazón, confesión del pecado y abandono del mundo. Se manifestaba una consagración sin reserva a Dios.

De todos los grandes movimientos religiosos ocurridos desde los días de los apóstoles, ninguno había estado más exento de imperfecciones humanas y de las tretas de Satanás como lo fue el del otoño de 1844.

A la exclamación: “¡Aquí viene el Esposo; salid a recibirla!”, los que esperaban “se levantaron, y arreglaron sus lámparas”; estudiaron la Palabra de Dios con un interés intenso, que hasta entonces era desconocido. No fueron los más talentosos, sino los más humildes y consagrados, los que obedecieron primeramente el llamamiento. Los agricultores abandonaron sus cosechas en los campos, los mecánicos dejaron sus herramientas y con regocijo salieron a dar la amonestación. Las iglesias, en cambio, en general, cerraron sus puertas al mensaje, y una gran cantidad de los que lo recibieron se separaron de ellas. Los no creyentes que acudieron a las reuniones adventistas sintieron el poder convincente que acompañaba el mensaje: “¡Aquí viene el Esposo; salid a recibirla!” La fe produjo respuestas a las oraciones. Como aguaceros sobre la tierra sedienta, el Espíritu de gracia descendía sobre los que fervientemente buscaban la verdad. Los que esperaban estar en breve cara a cara frente al Redentor sentían un gozo solemne. El Espíritu Santo enternecía sus corazones.

Los que recibieron el mensaje llegaron al momento en que esperaban encontrarse con su Señor. Oraron mucho los unos por los otros. A menudo se reunían en lugares secretos para comulgar con Dios, y la voz de la intercesión ascendía al cielo desde campos y bosques. La seguridad de la aprobación del Salvador les resultaba más necesaria que su alimento diario, y si una nube

oscurecía su mente, no descansaban hasta que sintieran el testimonio de la gracia perdonadora.

Una nueva desilusión

Pero de nuevo, el tiempo de espera pasó y su Salvador no apareció. Ahora se sentían como María cuando, al llegar a la tumba del Salvador y encontrar que estaba vacía, exclamó llorosa: “Se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto” (S. Juan 20:13).

El temor de que el mensaje podría resultar cierto había servido para restringir al mundo incrédulo. Pero como no se viera ninguna señal de la ira de Dios, los mundanos se recuperaron de sus temores y reiniciaron sus reproches y el ridículo. Una clase numerosa que había profesado creer en el mensaje renunció a su fe. Los burladores conquistaron a los débiles y a los cobardes para sus filas, y todos éstos se unieron en declarar que el mundo había de seguir siendo el mismo por miles de años.

Los creyentes fervorosos y sinceros habían abandonado todo por Cristo, y según ellos creían, habían dado la última amonestación al mundo. Con intenso deseo habían orado: “Ven, Señor Jesús”. Pero ahora el asumir de nuevo las perplejidades de una vida pesada y soportar el sarcasmo de un mundo burlón fue una prueba terrible.

Cuando Jesús entró triunfalmente en Jerusalén, sus seguidores creyeron que estaba por ascender al trono de David y liberar a Israel de sus opresores. Con grandes esperanzas, muchos tendieron como alfombra para sus pasos las prendas exteriores de sus vestimentas, o esparcieron delante de él las verdes ramas de palma. Los discípulos estaban cumpliendo con el propósito de Dios; sin embargo, estaban condenados a una amarga desilusión: pocos días después presenciaron la muerte angustiosa del Salvador y cómo lo colocaban en la tumba. Sus esperanzas morían con Jesús. Y no pudieron percibir, hasta que su Señor hubo resucitado de la tumba, que todo eso había sido predicho por la profecía.

Mensajes dados en el debido tiempo

De la misma manera Miller y sus asociados cumplieron la profecía y dieron un mensaje que la inspiración había predicho que sería dado al mundo. No lo podrían haber dado si hubieran entendido plenamente las profecías, que señalaban su chasco y otro mensaje que había de ser predicado a todas las naciones antes que viniera el Señor. Los mensajes del primer y del segundo ángel fueron dados en el tiempo debido y realizaron la obra que Dios se propuso hacer por su medio.

El mundo había estado esperando que si Cristo no aparecía, el adventismo cesaría. Pero en tanto que muchos abjuraron de su fe, algunos se mantuvieron firmes. Los frutos del movimiento adventista, el espíritu de escudriñamiento del corazón, de renuncia al mundo y de reforma de la vida, testificaron que ese mensaje era de Dios. No se atrevieron a negar que el Espíritu Santo había acompañado la predicación del segundo advenimiento. No podían descubrir ningún error en los períodos proféticos. Sus oponentes no habían tenido éxito en rebatir su interpretación de la profecía. No podían consentir en renunciar a su posición, alcanzada a base de un estudio ferviente de las Escrituras y acompañado de oración, hecho por mentes iluminadas por el Espíritu de Dios y corazones que ardían con su viviente poder, y que se habían mantenido firmes contra la sabiduría y la elocuencia de los sabios mundanos.

Los adventistas creían que Dios los había inducido a dar la amonestación del juicio. “Ese mensaje –declararon– probó el corazón de todos los que lo oyeron... de manera que los que examinaron su propio corazón pudieron saber de qué lado... se habrían encontrado si el Señor hubiese llegado; si hubieran exclamado: ‘¡He aquí éste es nuestro Dios; lo hemos esperado, y él nos salvará!’, o si hubiesen clamado a los montes y a las peñas que cayeran sobre ellos y los escondieran de la presencia del que está sentado en el trono y de la ira del Cordero!”[2]

Los sentimientos de los que todavía creían que Dios había dirigido este movimiento se expresan en las palabras de Guillermo Miller: “Mi esperanza en la venida de Cristo es tan fuerte como siempre. He hecho solamente aquello que,

después de años de solemne consideración, creí mi deber hacer”. “Muchos miles, según las apariencias humanas, han sido inducidos a estudiar las Escrituras por la predicación de ese tiempo; y por ese medio, por la fe y la aspersión de la sangre de Cristo, han sido reconciliados con Dios”.[3]

Se mantiene la creencia

El Espíritu de Dios permanecía con aquellos que no negaron apresuradamente la luz que habían recibido ni denunciaron el movimiento adventista. “No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene grande galardón; porque os es necesaria la paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa. Porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará. Mas el justo vivirá por fe; y si retrocediere, no agradará a mi alma. Pero nosotros no somos de los que retroceden para perdición, sino los que tienen fe para preservación del alma” (Hebreos 10:35-39).

Esta amonestación estaba dirigida a la iglesia de los últimos días. Se indica claramente que iba a parecer que la venida del Señor se demoraba. Aquellos a quienes se dirigía habían hecho la voluntad de Dios al seguir la dirección de su Espíritu y de su Palabra; sin embargo, no podían entender el propósito divino en esa experiencia. Se sintieron tentados a dudar, cuando Dios en realidad los había conducido. En ese momento eran aplicables las palabras: “Ahora él junto vivirá por la fe”. Doblados por las esperanzas chasqueadas, pudieron mantenerse firmes solamente por la fe y por la Palabra de Dios. Renunciar a esa fe y negar el poder del Espíritu Santo que había acompañado el mensaje sería retroceder hacia la perdición. Su única conducta segura era mantener la luz ya recibida de Dios, continuar investigando las Escrituras, y esperar pacientemente hasta recibir más luz.

[1]Bliss, pp. 236-282.

[2]2 The Advent Herald and Signs of the Times Reporter [El Heraldo Adventista y Noticiero de las Señales de los Tiempos], t. 8, N° 14 (13 de noviembre de 1844).

[3]Bliss, pp. 277, 281.

Capítulo 24

El misterio revelado respecto al templo de Dios

El pasaje bíblico que por encima de todos había sido tanto el fundamento como la columna central de la fe adventista era la declaración: “Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado” (Daniel 8:14). Estas habían sido palabras muy familiares para todos los que creían en la inminente segunda venida del Señor. Pero Cristo no había aparecido. Los creyentes sabían que la Palabra de Dios no podía fallar; su interpretación de la profecía debía tener alguna falla. ¿Pero en qué consistía el error?

Dios había conducido a su pueblo en el gran movimiento adventista. Él no permitiría que el mismo terminara en la oscuridad y el chasco, y que fuera tildado de falso y fanático. Aunque muchos abandonaron el cómputo de los períodos proféticos y denunciaron el movimiento que se basaba en los mismos, otros no estaban dispuestos a renunciar a esos puntos de fe y a la experiencia sostenida por las Escrituras y por el Espíritu de Dios. Su deber consistía en sostener firmemente las verdades ya conquistadas. Con ferviente oración estudiaban las Escrituras para descubrir su error. Al no discernir ninguna equivocación en su cómputo de los períodos proféticos, examinaron en forma más diligente el tema del Santuario.

Descubrieron que no había evidencia en la Biblia que sostuviera la idea popular de que la tierra es el Santuario; por otra parte, hallaron una explicación plena del Santuario, su naturaleza, su localización y sus servicios:

“Aun el primer pacto tenía ordenanzas de culto y un santuario terrenal. Porque el tabernáculo estaba dispuesto así: en la primera parte, llamada Lugar Santo, estaba el candelabro, la mesa y los panes de la proposición. Tras el segundo velo estaba la parte del tabernáculo llamada Lugar Santísimo, el cual tenía un

incensario de oro y el arca del pacto cubierta de oro por todas partes, en la que estaba una urna de oro que contenía el maná, la vara de Aarón que reverdeció, y las tablas del pacto; y sobre ella los querubines de gloria que cubrían el propiciatorio” (Hebreos 9:1-5).

El “Santuario” era el tabernáculo edificado por Moisés por orden de Dios, como una morada terrenal del Altísimo. “Harán un santuario para mí, y habitaré en medio de ellos” (Éxodo 25:8), fue la orden dada a Moisés. El tabernáculo era una estructura de gran magnificencia. Además del patio exterior, el tabernáculo en sí mismo consistía en dos departamentos, llamados Lugar Santo y Lugar Santísimo, separados por una hermosa cortina o velo. Un velo similar cerraba la entrada al primer departamento.

El Lugar Santo y el Lugar Santísimo

En el Lugar Santo, hacia el sur, estaba el candelabro con sus siete lámparas que daban luz tanto de día como de noche; en el lado norte se hallaba la mesa de los panes de la proposición. Ante el velo que separaba el Lugar Santo del Lugar Santísimo estaba el altar de oro del incienso, desde el cual la nube de fragancia ascendía diariamente delante de Dios con las oraciones de Israel.

En el Lugar Santísimo estaba el arca, un cofre recubierto de oro, depósito de los Diez Mandamientos. Sobre el arca estaba el propiciatorio, coronado por dos querubines labrados de oro sólido. En este departamento la presencia divina se manifestaba en la nube de gloria que había entre los querubines.

Después del establecimiento de los hebreos en Canaán, el tabernáculo fue reemplazado por el templo de Salomón, el cual, aunque era una estructura fija y estaba construido según una escala mayor, observaba las mismas proporciones y estaba amueblada de manera similar. De esta forma el Santuario existió –excepto durante el tiempo en que estuvo en ruinas en la época de Daniel– hasta su destrucción por parte de los romanos en el 70 d.C. Este es el único Santuario de la tierra del cual la Biblia ofrece alguna información, el Santuario del primer pacto. ¿Pero no tiene Santuario el nuevo pacto?

Volviendo otra vez al libro de los Hebreos, los que buscaban la verdad hallaron que había una referencia indirecta a un Santuario del nuevo pacto en las palabras ya citadas: “En verdad el primer pacto también tenía reglamentos del culto, y su santuario que lo era de este mundo”. Volviendo al comienzo del capítulo anterior, leyeron: “Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos, ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre” (Hebreos 9:1, VM; 8:1, 2).

Aquí se revela el Santuario del nuevo pacto. El Santuario del primer pacto fue instalado por Moisés; éste ha sido instalado por Dios. En aquel Santuario –el terrenal–, sacerdotes terrenales realizaban sus servicios; en éste –el Santuario del cielo–, Cristo, nuestro gran Sumo Sacerdote, ministra a la diestra de Dios. Un

Santuario estaba en la tierra, el otro está en el cielo.

El tabernáculo edificado por Moisés llegó a ser una muestra. El Señor indicó: “Conforme a todo lo que yo te muestre, el diseño del tabernáculo, y el diseño de todos sus utensilios, así lo haréis”. “Mira y hazlos conforme al modelo que te ha sido mostrado en el monte” (Éxodo 25:9, 40). El primer tabernáculo era “una parábola para aquel tiempo entonces presente; conforme a la cual se ofrecían dones y sacrificios”; sus santos lugares eran “representaciones de las cosas celestiales”. Los sacerdotes ministraban lo que era “la mera representación y sombra de las cosas celestiales”. “No entró Cristo en un lugar santo hecho de mano, que es una mera representación del verdadero, sino en el cielo mismo, para presentarse ahora delante de Dios por nosotros” (Hebreos 9:9, 23; 8:5; 9:24, VM).

El Santuario del cielo es el gran original del cual el Santuario edificado por Moisés era una copia. El esplendor del tabernáculo terrenal reflejaba las glorias de ese tiempo celestial donde Cristo ministra en nuestro favor ante el trono de Dios. En el Santuario terrenal y en su servicio se enseñan importantes verdades concernientes al Santuario celestial y a la redención del hombre.

Los dos departamentos

Los santos lugares del Santuario celestial son representados por los dos departamentos del Santuario de la tierra. A Juan se le concedió una visión del templo de Dios en el cielo. Él contempló allí “siete lámparas de fuego” ardiendo “delante del trono” (Apocalipsis 4:5). Vio a un ángel que tenía “un incensario de oro; y se le dio mucho incienso para añadirlo a las oraciones de todos los santos, sobre el altar de oro que estaba delante del trono” (Apocalipsis 8:3). Aquí el profeta contempló el primer departamento del Santuario del cielo; y vio allí las “siete lámparas de fuego” y el “altar de oro” representado por el candelabro de oro, y el altar del incienso del Santuario que había en la tierra.

De nuevo, “el templo de Dios fue abierto”, y él contempló el ámbito interior que estaba detrás del velo, el Lugar Santísimo. Allí observó “el arca de su pacto” (Apocalipsis 11:19), representada por el cofre construido por Moisés para contener la Ley de Dios.

De esta manera, los que estaban estudiando el tema, encontraron prueba indisputable de la existencia de un Santuario en el cielo. Moisés edificó el Santuario terrenal siguiendo un modelo que le fue mostrado. San Pablo nos dice que ese modelo era el verdadero Santuario, que está en el cielo. Y San Juan da testimonio de que vio el Santuario en el cielo.

En el templo del cielo, en el Lugar Santísimo, está la ley de Dios. El arca que contiene la ley está cubierta por un propiciatorio, ante el cual Cristo intercede en virtud de su sangre en favor del pecador. Así se representa la unión de la justicia y la misericordia en el plan de redención, una unión que llena el cielo de admiración. Este es el misterio de la misericordia que los ángeles desean contemplar: que Dios puede ser justo mientras justifica al pecador arrepentido.

La obra de Cristo como intercesor del hombre se presenta en Zacarías: “Edificará el Templo de Jehová, y llevará sobre sí la gloria; y se sentará y reinará sobre su trono, siendo Sacerdote sobre su trono; y el consejo de la paz estará entre los dos” (Zacarías 6:13, VM).

“Edificará el Templo de Jehová”. Por su sacrificio y mediación, Cristo es el fundamento y el edificador de la iglesia, “la principal piedra del ángulo... en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor” (Efesios 2:20, 21). “Llevará sobre sí la gloria”. El canto de los redimidos será: “A aquel que nos ama, y nos ha lavado de nuestros pecados en su misma sangre... a él sea la gloria y el dominio por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 1:5, 6, VM).

“Se sentará y reinará sobre su trono, siendo sacerdote sobre su trono”. El reino de gloria no se ha establecido aún. Dios no le dará el reino a su Hijo hasta que su obra como mediador haya terminado, y entonces su reino “no tendrá fin” (S. Lucas 1:33). Como sacerdote, Cristo está sentado ahora con el Padre en su trono. Sobre el trono hay uno que “llevó... nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores”, uno que fue “tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado”, para que pudiese “socorrer a los que son tentados” (Isaías 53:4; Hebreos 4:15; 2:18). Las manos heridas, el costado abierto, los pies desgarrados, abogan en favor del hombre caído, cuya redención fue comprada a un precio tan infinito.

“Y el consejo de la paz estará entre los dos”. El amor del Padre es la fuente de la salvación para la raza caída. Dijo Jesús a los discípulos: “El Padre mismo os ama”. “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo”. “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (S. Juan 16:27; 2 Corintios 5:19; S. Juan 3:16).

El misterio del Santuario resuelto

El “verdadero tabernáculo” en los cielos es el Santuario del nuevo pacto. A la muerte de Cristo, el servicio típico simbólico dejó de existir. Al cumplirse Daniel 8:14 en esta dispensación, el Santuario al cual se refiere debe ser el Santuario del nuevo pacto. Por esta razón, la profecía “hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado”, señala al Santuario que está en el cielo.

¿Pero qué es la purificación del Santuario? ¿Puede haber algo en el cielo que deba ser purificado? En Hebreos 9 se explica claramente tanto la purificación del Santuario terrenal como la del celestial: “Casi todo es purificado, según la ley, con sangre; y sin derramamiento de sangre no se hace remisión. Fue, pues, necesario que las figuras de las cosas celestiales fuesen purificadas así [por la sangre de animales]; pero las cosas celestiales mismas, con mejores sacrificios que éstos” (Hebreos 9:22, 23), con la sangre preciosa de Cristo.

La purificación del Santuario

La purificación en el servicio real debe efectuarse con la sangre de Cristo. “Sin derramamiento de sangre no hay remisión”. La remisión, o sea el acto de quitar los pecados, es la obra que debe hacerse.

¿Pero cómo podía relacionarse el pecado con el Santuario del cielo? Esto puede descubrirse estudiando el servicio simbólico, porque los sacerdotes en la tierra ministraban “lo que es figura y sombra de las cosas celestiales” (Hebreos 8:5).

El servicio del Santuario terrenal consistía en dos partes: los sacerdotes ministraban diariamente en el Lugar Santo, en tanto que, una vez al año, el sumo sacerdote realizaba una obra especial de expiación en el Lugar Santísimo, para la purificación del Santuario. Día tras día el pecador arrepentido traía su ofrenda y, colocando sus manos sobre la cabeza de la víctima, confesaba sus pecados, transfiriéndolos, en figura, de sí mismo al inocente sacrificio. Entonces el animal era sacrificado. “La vida de la carne en la sangre está” (Levítico 17:11). La ley quebrantada de Dios demandaba la vida del transgresor. La sangre, que representaba la vida del pecador cuya culpa era llevada por la víctima, era conducida por el sacerdote al Lugar Santo y rociada ante el velo, detrás del cual estaba la ley que el pecador había transgredido. Mediante esta ceremonia el pecado era transferido en figura al Santuario. En algunos casos la sangre no se llevaba al Lugar Santo, en cuyo caso la carne era consumida por el sacerdote. Ambas ceremonias simbolizaban la transferencia del pecado del penitente al Santuario.

Tal era la obra que se efectuaba durante el año entero. Los pecados de Israel eran así transferidos al Santuario, y debía hacerse una obra especial para su eliminación.

El gran Día de la Expiación

Una vez al año, en el gran Día de la Expiación, el sacerdote entraba en el Lugar Santísimo para la purificación del Santuario. Se tomaban dos machos cabríos y se echaban suertes sobre ellos, “una suerte por Jehová, y otra suerte por Azazel” (Levítico 16:8). El macho cabrío por Jehová era sacrificado como ofrenda por el pecado en favor del pueblo, y el sacerdote debía introducir su sangre en el departamento que estaba pasando el velo para salpicarla ante el propiciatorio, y también sobre el altar del incienso que estaba delante del velo.

“Y pondrá Aarón sus dos manos sobre la cabeza del macho cabrío vivo, y confesará sobre él todas las iniquidades de los hijos de Israel, todas sus rebeliones y todos sus pecados, poniéndolos así sobre la cabeza del macho cabrío, y lo enviará al desierto por mano de un hombre destinado para esto. Y aquel macho cabrío llevará sobre sí todas las iniquidades de ellos a tierra inhabitada” (Levítico 16:21, 22). Así el macho cabrío emisario no volvía al campamento de Israel.

La ceremonia estaba destinada a inculcar en la mente de los israelitas la santidad de Dios y su aborrecimiento hacia el pecado. Se exigía que todo hombre afigiera su alma mientras se realizaba esta ceremonia de expiación. Se abandonaban todas las ocupaciones, y los hijos de Israel pasaban el día en oración, ayunando e investigando sus corazones.

Se aceptaba un sustituto en lugar del pecador, pero el pecado no era cancelado o borrado con la sangre de la víctima; era transferido al Santuario. Con la ofrenda de sangre el pecador reconocía la autoridad de la ley, confesaba sus transgresiones y expresaba su fe en un Redentor que habría de venir; pero entonces no era totalmente liberado de la condenación de la ley. En el Día de la Expiación, el sumo sacerdote, habiendo recibido una ofrenda de parte de la congregación, entraba en el Lugar Santísimo. Salpicaba la sangre de esta ofrenda sobre el propiciatorio, directamente sobre la ley, para satisfacer sus exigencias. Entonces, como mediador, tomaba los pecados sobre sí mismo y los sacaba del Santuario. Luego, colocando sus manos sobre la cabeza del macho cabrío emisario, en figura transfería todos los pecados de sí mismo al macho cabrío. Por

último, éste los llevaba sobre sí a un lugar lejano, y eran considerados eliminados para siempre del pueblo.

El servicio celestial

Lo que se hacía simbólicamente en el ministerio del Santuario terrenal, se realiza en la realidad en el Santuario celestial. Después de su ascensión, nuestro Salvador comenzó su obra como Sumo Pontífice: “No entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios” (Hebreos 9:24).

El servicio realizado por el sacerdote en el primer departamento, “detrás del velo” que separaba el Lugar Santo del patio exterior, representa la obra iniciada por Cristo en el momento de su ascensión. El sacerdote que realizaba el servicio diario presentaba delante de Dios la sangre de la ofrenda ofrecida por el pecado; también el incienso que ascendía con las oraciones de Israel. Así intercede Cristo mediante su sangre ante el Padre en favor de los pecadores y presenta delante de Dios, con la fragancia de su propia justicia, las oraciones de los pecadores arrepentidos. Tal fue el ministerio que realizó él en el primer departamento del Santuario celestial.

Hasta allí los discípulos de Cristo lo siguieron por medio de la fe cuando él ascendió al cielo. Allí se centraba su esperanza, “la cual –dice San Pablo– tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo, donde Jesús entró por nosotros como precursor, hecho sumo sacerdote para siempre”. “Por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención” (Hebreos 6:19, 20; 9:12).

Durante 18 siglos esta obra continuó en el primer departamento del Santuario. La sangre de Cristo derramada en favor de los pecadores arrepentidos les aseguraba ante el Padre el perdón y la aceptación; sin embargo, sus pecados continuaban en los libros de registro. Así como en el servicio simbólico había una obra de purificación al final del año, también antes que termine la obra de Cristo en favor de los hombres hay una obra de purificación para la eliminación del pecado del Santuario. Esta obra comenzó cuando terminaron los 2.300 días. En esa época nuestro Sumo Sacerdote entró en el Lugar Santísimo para limpiar el Santuario.

Una obra de juicio

En el nuevo pacto los pecados de los hombres arrepentidos son colocados por la fe sobre Cristo y transferidos de hecho al Santuario celestial. Y así como la purificación simbólica del Santuario terrenal se realizaba quitando los pecados con los cuales éste había sido mancillado, la verdadera purificación del Santuario celestial se realiza con la remoción o el borramiento de los pecados allí registrados. Pero antes que esto pueda realizarse debe haber un examen de los libros de registro para determinar quién, por el arrepentimiento y la fe en Jesús, tiene derecho a los beneficios de su expiación. La purificación del Santuario, por lo tanto, implica una obra de investigación –una obra de juicio– anterior a la venida de Cristo, pues cuando él venga traerá su recompensa con él, para dar a cada hombre de acuerdo con sus obras (Apocalipsis 22:12).

De esta manera, los que siguieron la luz de la palabra profética vieron que, en lugar de que Cristo volviera a la tierra al fin de los 2.300 días, en 1844 había entrado en el Lugar Santísimo del Santuario celestial para realizar la obra final de expiación que prepararía su venida.

Cuando Jesús, en virtud de su sangre, al final de su ministerio elimine del Santuario celestial los pecados del pueblo, él los colocará sobre la cabeza de Satanás, quien debe soportar la penalidad definitiva. El macho cabrío emisario era despachado a una tierra no habitada, para que nunca más volviera a la congregación de Israel. Así Satanás será eliminado para siempre de la presencia de Dios y de su pueblo, y será aniquilado en la destrucción final del pecado y de los pecadores.

Capítulo 25

Cuándo empieza el juicio divino. Qué está haciendo Cristo ahora

El tema del Santuario fue la clave para aclarar el misterio del desengaño de 1844. Reveló un sistema completo de verdades, orgánico y armonioso, que demostraba que la mano de Dios había dirigido el gran movimiento adventista. Los que habían aguardado con fe su segunda venida esperaban que él apareciera en gloria, pero cuando sus esperanzas resultaron chasqueadas, habían perdido de vista a Jesús. Ahora, en el Lugar Santísimo, ellos contemplaron de nuevo a su Sumo Sacerdote, que había de aparecer pronto como Rey y Libertador. La luz del Santuario iluminó el pasado, el presente y el futuro. Aunque no habían entendido el mensaje que llevaban, éste había sido correcto.

El error no estaba en el cómputo de los períodos proféticos, sino en el suceso que habría de ocurrir al final de los 2.300 días. Sin embargo, se había cumplido todo lo que la profecía había predicho.

Cristo había venido, no a la tierra, sino al Lugar Santísimo del templo del cielo: “Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino [no a la tierra, sino] hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él” (Daniel 7:13).

Esta venida también fue predicha por Malaquías: “Vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, y el ángel del pacto, a quien deseáis vosotros. He aquí viene, ha dicho Jehová de los ejércitos” (Malaquías 3:1). La venida del Señor a su templo fue repentina, inesperada, para su pueblo. No lo esperaban allí.

El pueblo no estaba todavía listo para encontrarse con su Señor. Todavía había una obra de preparación que debía ser hecha por ellos. Al seguir ellos por la fe el ministerio de su Sumo Pontífice en su servicio celestial, le serían revelados

nuevos deberes. Otro mensaje había de darse a la iglesia.

¿Quién podrá soportar?

Dice el profeta: “¿Y quién podrá soportar el tiempo de su venida? ¿O quién podrá estar en pie cuando él se manifieste? Porque él es como fuego purificador, y como jabón de lavadores. Y se sentará para afinar y limpiar la plata; porque limpiará a los hijos de Leví, los afinará como a oro y como a plata, y traerán a Jehová ofrenda en justicia” (Malaquías 3:2, 3). Los que vivan en la tierra cuando cese la obra de intercesión de Cristo, han de estar en pie a la vista de Dios sin mediador. Sus mantos deben estar impecables, sus caracteres purificados del pecado por la sangre de la aspersión. Por la gracia de Dios y por su propio esfuerzo diligente deben ser vencedores en la batalla contra el mal. Mientras se realice el juicio investigador en el cielo, mientras los pecados de los creyentes arrepentidos sean quitados del Santuario, ha de haber una obra especial de apartamiento del pecado entre el pueblo de Dios que está en la tierra. Esta obra se presenta en el mensaje de Apocalipsis 14. Cuando esta obra haya sido terminada, los seguidores de Cristo estarán listos para su aparecimiento. Entonces la iglesia que ha de ser recibida por el Señor en su venida, será “una iglesia gloriosa”, que no tiene “mancha, ni arruga ni cosa semejante” (Efesios 5:27).

“He aquí, el Esposo viene”

La venida de Cristo como Sumo Sacerdote al Lugar Santísimo para la purificación del Santuario (Daniel 8:14), la venida del Hijo del Hombre hasta el Anciano de días (Daniel 7:13) y la venida del Señor a su templo (Malaquías 3:1) son el mismo acontecimiento. Éste también está representado por la venida del Esposo a las bodas, en la parábola de las diez vírgenes, según San Mateo 25.

En esta parábola, cuando vino el Esposo, “las que estaban preparadas entraron con él a las bodas”. Esta venida del Esposo ocurre antes de la boda misma. La boda representa el acto cuando Cristo es investido como rey. La santa ciudad, la nueva Jerusalén, la capital y símbolo del reino, se llama “la desposada, la esposa del Cordero”. Dijo el ángel a San Juan: “Ven acá, yo te mostraré la desposada, la esposa del Cordero... y me mostró la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios” (Apocalipsis 21:9, 10).

La esposa representa la santa ciudad, y las vírgenes que van a recibir al Esposo son un símbolo de la iglesia. En el Apocalipsis se dice que el pueblo de Dios está constituido por los invitados a la cena de bodas. Si son los invitados, no pueden ser la esposa. Cristo, según el profeta Daniel, recibirá del Anciano de días en el cielo, “el dominio, y la gloria, y el reino”, recibirá la nueva Jerusalén, la capital de su reino, “preparada como una novia engalanada para su esposo” (Daniel 7:14; Apocalipsis 21:2, VM). Una vez que reciba el reino vendrá como Rey de reyes y Señor de señores para redimir a su pueblo que ha de participar en la cena de bodas del Cordero.

Esperando a su Señor

La proclamación: “¡He aquí que viene el Esposo!”, indujo a miles de personas a esperar la inmediata venida del Señor. En el tiempo señalado el Esposo vino, no a la tierra, sino hasta el Anciano de días que estaba en el cielo, a las bodas, es decir, a recibir su reino. “Las que estaban preparadas entraron con él a las bodas; y fue cerrada la puerta” (S. Mateo 25:10, 11). Ellas no habían de asistir en persona, porque estaban sobre la tierra. Los seguidores de Cristo han de esperar “a que su Señor regrese de las bodas” (S. Lucas 12:36). Pero ellos deben entender en qué consiste la obra de su Señor y seguirlo por la fe. En este sentido se dice que ellos van con él a la fiesta de boda.

En la parábola, las que tenían aceite en sus lámparas entraron a la fiesta. Aquellos que, en la noche de su prueba más amarga, habían esperado pacientemente, investigando la Biblia para encontrar una luz mayor, vieron la verdad concerniente al Santuario en el cielo y entendieron el cambio en la ministración que su Salvador estaba haciendo. Por fe lo siguieron en su obra en el Santuario celestial. Y todos los que acepten las mismas verdades, siguiendo a Cristo por la fe mientras él realiza la última obra de mediación, van con él a las bodas.

La obra final en el Santuario

En la parábola de San Mateo 22, el juicio se realiza antes de la fiesta. Antes de las bodas, el Rey viene a inspeccionar para descubrir si todos los huéspedes están ataviados con el manto de bodas, el manto impecable de un carácter lavado en la sangre del Cordero (versículo 11; Apocalipsis 7:14). Todos aquellos que en el examen revelen que tienen puestos los mantos de bodas, son aceptados y considerados dignos de una parte en el reino de Dios y de un asiento en su trono. Esta obra de examen del carácter es el juicio investigador, la obra final que se hace en el Santuario celestial.

Cuando hayan sido examinados y decididos los casos de aquellos que en todos los siglos han profesado el nombre de Cristo, entonces la investigación terminará y las puertas de la misericordia se cerrarán. Así pues, en una corta frase, “las que estaban preparadas entraron con él a las bodas; y fue cerrada la puerta”. Así se nos conduce al tiempo en que será completada la gran obra hecha en favor de la salvación del hombre.

En el Santuario terrenal, cuando el sumo pontífice en el Día de la Expiación entraba en el Lugar Santísimo, el servicio del primer departamento cesaba. Así también cuando Cristo entró en el Lugar Santísimo para realizar la última obra de expiación, él cesó en su ministración en el primer departamento. Entonces empezó el servicio en el segundo departamento. Cristo había completado solamente una parte de su obra como nuestro intercesor, para entrar en otro sector de la obra. Pero él continúa intercediendo en virtud de su sangre ante el Padre en favor de los pecadores.

Si bien es cierto que las puertas de la esperanza y la misericordia por las cuales los hombres habían encontrado acceso a Dios durante 1.800 años se cerraron, otra puerta se abrió. El perdón del pecado era ofrecido por medio de la intercesión de Cristo en el Lugar Santísimo. Todavía había una “puerta abierta” al Santuario celestial, donde Cristo estaba ministrando en favor del pecador.

Ahora se entendía el significado de las palabras de Cristo que se encuentran en Apocalipsis, aplicables a este mismo tiempo: “Esto dice el Santo, el Verdadero,

el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre: Yo conozco tus obras; he aquí he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar" (Apocalipsis 3:7, 8).

Los que por la fe siguen a Jesús en la gran obra de la expiación reciben los beneficios de su mediación, en tanto que los que rechazan la luz no se benefician de la misma. Los judíos que rehusaron creer en Cristo como su Salvador no podían recibir perdón por medio de él. Cuando Jesús, en ocasión de su ascensión, entró en el Santuario celestial para beneficiar a sus discípulos en las bendiciones de su mediación, los judíos quedaron en completa oscuridad para continuar con sus sacrificios y ofrendas inútiles. La puerta por la cual los hombres habían hallado acceso a Dios anteriormente ya no estaba abierta. Los judíos habían rehusado seguirlo por el único camino por el cual entonces podía ser hallado, por medio del Santuario del cielo.

Los judíos incrédulos ilustran el descuido y la incredulidad que reinan entre los profesos cristianos que ignoran voluntariamente la obra de nuestro Sumo Pontífice. En el servicio típico o simbólico, cuando el sumo pontífice entraba en el Lugar Santísimo, se requería que todo Israel se reuniese en torno al Santuario y humillase sus corazones delante de Dios, para que pudieran recibir el perdón de sus pecados y no fueran "cortados" de la congregación. ¡Cuánto más esencial es, en este Día de la Expiación real, que entendamos la obra de nuestro Sumo Pontífice y conozcamos cuáles son los deberes que se requieren de nosotros!

En los días de Noé se dio un mensaje del cielo al mundo, y la salvación de los hombres dependía de cómo se relacionaban con ese mensaje (Génesis 6:6-9; Hebreos 11:7). En el tiempo de Sodoma, todos, con excepción de Lot y su esposa y las dos hijas, fueron consumidos por el fuego que descendió del cielo (Génesis 19). Así ocurrió en los días de Cristo. El Hijo de Dios declaró a los judíos incrédulos: "He aquí vuestra casa os es dejada desierta" (S. Mateo 23:38). Anticipándose a los últimos días, el mismo poder infinito se refiere a los que "no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira, con el fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia" (2 Tesalonicenses 2:10, 11). Al rechazar ellos las enseñanzas de su Palabra, Dios retira su Espíritu y los abandona a los engaños que tanto les gustan. Pero Cristo todavía intercede en favor del hombre, y la luz será dada a los que lo buscan.

Cuando pasó la fecha de 1844, hubo un tiempo de gran prueba para los que se

aferraron a la fe adventista. Su único alivio era la luz que guió sus mentes al Santuario celestial. Al esperar y orar sobre el asunto vieron que su gran Sumo Pontífice había entrado en otra fase de su ministración. Siguiéndolo por la fe, fueron inducidos a ver la obra final de la iglesia. Tenían una comprensión más clara de los mensajes del primer ángel y del segundo, y estaban preparados para recibir y dar al mundo la solemne amonestación del tercer ángel de Apocalipsis 14.

Capítulo 26

El futuro de los Estados Unidos

“El templo de Dios fue abierto en el cielo, y el arca de su pacto se veía en el templo” (Apocalipsis 11:19). El arca del pacto de Dios se encuentra en el Lugar Santísimo, el segundo departamento del Santuario. En el servicio del tabernáculo terrenal, que servía de “figura y sombra de las cosas celestiales”, este departamento se abría sólo en el gran Día de la Expiación para la purificación del Santuario. Por lo tanto, el anuncio de que el templo de Dios fue abierto en el cielo y que el arca de su testamento fue vista, señala la apertura del Lugar Santísimo del Santuario celestial en 1844, cuando Cristo entró allí para realizar la obra final de la expiación. Los que por la fe siguieron a su gran Sumo Pontífice cuando él inició su ministerio en el Lugar Santísimo, contemplaron el arca de su testamento. Cuando hubieron estudiado el tema del Santuario llegaron a entender el cambio en la ministración que realizaba el Salvador, y vieron que ahora estaba oficiando ante el arca de Dios.

El arca del tabernáculo terrenal contenía las dos tablas de piedra, en las cuales estaba escrita la ley de Dios. Cuando el templo de Dios fue abierto en el cielo, se vio el arca de su testamento. En el Lugar Santísimo del Santuario del cielo es donde se encuentra guardada la ley; la ley que fue hablada por Dios y escrita con su dedo en tablas de piedra.

Los que llegaron a la comprensión de este punto vieron, como nunca antes, la fuerza de las palabras del Salvador: “Hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley” (S. Mateo 5:18). La ley de Dios, siendo una revelación de su voluntad, una transcripción de su carácter, debe permanecer para siempre.

En el propio seno del Decálogo se encuentra el mandamiento referente al sábado. El Espíritu de Dios impresionó a los que estudiaban su Palabra y que habían transgredido ignorantemente este precepto al no observar el día de descanso del Creador. Comenzaron a examinar las razones para observar el

primer día de la semana. No pudieron encontrar ninguna evidencia de que el cuarto mandamiento había sido abolido o que el sábado había sido cambiado. Habían estado buscando honradamente conocer a Dios y hacer su voluntad; ahora manifestaron su lealtad a Dios comenzando a observar su sábado santo, su día de descanso.

Muchos fueron los esfuerzos realizados para destruir la fe de los creyentes adventistas. Nadie podía dejar de ver que la aceptación de la verdad concerniente al Santuario celestial implicaba reconocer los requisitos de la ley de Dios y la observancia del sábado del cuarto mandamiento. Aquí estaba el secreto de la decidida oposición a la exposición armoniosa de las Escrituras que revelaba el ministerio de Cristo en el Santuario del cielo. Los hombres trataron de cerrar la puerta que Dios había abierto, y de abrir la puerta que él había cerrado. Pero Cristo había abierto la puerta del ministerio en el Lugar Santísimo. El cuarto mandamiento estaba incluido en la ley allí mantenida.

Los que aceptaron la luz concerniente a la mediación de Cristo y la ley de Dios hallaron que las verdades de Apocalipsis 14 constituyen una amonestación triple que había de preparar a los habitantes de la tierra para la segunda venida del Señor. El anuncio: “La hora de su juicio ha llegado”, proclama una verdad que debe ser dada a conocer hasta que termine la intercesión del Salvador y él regrese para llevar a su pueblo consigo. El juicio que comenzó en 1844 debe continuar hasta que todos los casos sean decididos, tanto de los vivos como de los muertos; por lo tanto, se extenderá hasta la terminación del tiempo de gracia para los hombres.

Con el fin de que los hombres se preparen para estar en pie en la hora del juicio, se les ordena: “Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado; y adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas”. El resultado de la aceptación de estos mensajes es el siguiente: “Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús” (Apocalipsis 14:7, 12).

Con el fin de estar preparados para el juicio, los hombres deben guardar la ley de Dios, la norma del carácter que regirá en el juicio. Pablo declara: “Todos los que bajo la ley han pecado, por la ley serán juzgados... en el día en que Dios juzgará por Jesucristo los secretos de los hombres”. “Los hacedores de la ley serán justificados”. La fe es esencial para guardar la ley de Dios; pues “sin fe es imposible agradar a Dios”. “Todo lo que no proviene de fe, es pecado”

(Romanos 2:12, 16, 13; Hebreos 11:6; Romanos 14:23).

El primer ángel pedía que todos los hombres temieran a Dios y le dieran gloria y lo adoraran como el Creador de los cielos y la tierra. Para hacer esto, debían obedecer su ley. Sin obediencia no puede haber culto agradable a Dios. “Este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos” (1 S. Juan 5:3; ver Proverbios 28:9).

Un llamamiento a adorar al Creador

El deber de adorar a Dios se basa en el hecho de que él es el Creador. “Venid, adoremos y postrémonos; arrodillémonos delante de Jehová nuestro Hacedor” (Salmo 95:6; ver Salmo 96:5; 100:3; Isaías 40:25, 26; 45:18).

En Apocalipsis 14 se exhorta a los hombres a adorar al Creador y a observar los mandamientos de Dios. Uno de esos mandamientos señala a Dios como Creador: “El día séptimo es día de descanso para Yahvéh [Jehová], tu Dios... Pues en seis días hizo Yahvéh el cielo y la tierra, el mar y todo cuanto contienen, y el séptimo descansó; por eso bendijo Yahvéh el día del sábado y lo hizo sagrado” (Éxodo 20:10, 11, BJ). El sábado, dice el Señor, es una “señal... para que se sepa que yo soy Yahvéh vuestro Dios” (Ezequiel 20:20, BJ). Si el sábado se hubiera continuado observando en forma universal, el hombre habría sido inducido a mirar al Creador como el objeto de su culto. Nunca habría existido un idólatra, un ateo o un incrédulo. El guardar el sábado es una señal de lealtad a “Aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas”. El mensaje que ordena a los hombres a adorar a Dios y guardar sus mandamientos los instará en forma particular a observar el cuarto mandamiento.

En contraste con aquellos que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús, el tercer ángel señala a otra clase de personas, diciendo: “Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe la marca en su frente, o en su mano, él también beberá del vino de la ira de Dios” (Apocalipsis 14:9, 10). ¿Qué representan la bestia, la imagen y la marca?

La descripción profética de estos símbolos comienza en el capítulo 12 del Apocalipsis. El dragón, que trató de destruir a Cristo cuando nació, es Satanás (Apocalipsis 12:9); fue él quien impulsó a Herodes a procurar la muerte del Salvador. Pero el principal agente de Satanás, al guerrear contra Cristo y su pueblo durante los primeros siglos del cristianismo, fue el Imperio Romano, en el cual prevalecía la religión pagana. Por lo tanto, este dragón también representa, en sentido secundario, a la Roma pagana.

En el capítulo 13 se describe otra bestia, “semejante a un leopardo”, a la cual el

dragón le dio “su poder y su trono, y grande autoridad”. Este símbolo, como lo ha creído la mayoría de los protestantes, representa al papado, el cual heredó el poder y la autoridad del antiguo Imperio Romano. Se dice de la bestia parecida a un leopardo: “Se le dio boca que hablara grandes cosas y blasfemias... Y abrió su boca en blasfemias contra Dios, para blasfemar de su nombre, de su tabernáculo, y de los que moran en el cielo. Y se le permitió hacer guerra contra los santos, y vencerlos. También se le dio autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación” (Apocalipsis 13:2, 5-7). Esta profecía es casi idéntica a la descripción del cuerno pequeño que se hace en el capítulo 7 de Daniel, y sin duda alguna señala al papado.

“Se le dio autoridad para actuar cuarenta y dos meses” –los tres años y medio, los 1.260 días de Daniel 7–, durante los cuales el poder papal había de oprimir al pueblo de Dios. Este período, como se establece en capítulos anteriores, comenzó con la supremacía del papado, en el 538 d.C., y terminó en 1798. En este año el poder papal recibió su “herida de muerte”, y se cumplió la predicción que decía: “Si alguno lleva en cautividad, va en cautividad” (Apocalipsis 13:5, 10).

El surgimiento de un nuevo poder

Aquí se presenta otro símbolo: “Vi otra bestia que subía de la tierra; y tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero” (Apocalipsis 13:11). Esta nación es diferente de las que aparecieron representadas en los símbolos anteriores. Los grandes reinos que gobernaron al mundo le fueron presentados al profeta Daniel como bestias devoradoras, que se levantaban cuando “los cuatro vientos del cielo combatían en el gran mar” (Daniel 7:2). En Apocalipsis 17:15, un ángel explica que las aguas representan “pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas”. Los vientos simbolizan luchas. Los cuatro vientos del cielo que combatían en el gran mar representan los terribles dramas de conquista y revolución por los cuales los reinos alcanzaron el poder.

Pero la bestia con cuernos semejantes a los de un cordero “subía de la tierra”. En lugar de derrocar a otras potencias para establecerse, la nación así representada debía surgir en territorio previamente desocupado, y desarrollarse en forma pacífica. Debe buscarse en el Continente Occidental.

¿Qué nación del Nuevo Mundo estaba adquiriendo poder en 1798, con evidencia de adquirir fuerza, y estaba atrayendo la atención del mundo? Una nación, y una sola, cumple esta profecía: los Estados Unidos de Norteamérica. Las palabras del escritor sagrado han sido empleadas casi exactamente en forma inconsciente por los historiadores al describir el surgimiento de esta nación. Un escritor prominente habla del “misterio de su desarrollo de la nada” y dice: “Como semilla silenciosa crecimos hasta llegar a ser un imperio”.[1] En 1850 un diario europeo hablaba de los Estados Unidos diciendo que este país estaba “surgiendo”, y que “en medio del silencio de la tierra acrecentaba diariamente su poder y su orgullo”.[2]

“Y tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero”. Los cuernos semejantes a los de un cordero indican juventud, inocencia y mansedumbre. Entre los cristianos exiliados que fueron los primeros que huyeron de la opresión real y de la intolerancia sacerdotal hacia América, había muchos que resolvieron establecer la libertad civil y religiosa. La Declaración de la Independencia establece la verdad de que “todos los hombres fueron creados iguales” y se

hallan dotados del inalienable derecho a “la vida, la libertad y el logro de la felicidad”. La Constitución garantiza al pueblo el derecho de gobernarse a sí mismo, y declara que los representantes elegidos por voto popular promulgarán y administrarán las leyes. También se garantiza la libertad de la fe religiosa. El republicanismo y el protestantismo llegaron a ser los principios fundamentales de la nación, el secreto de su poder y prosperidad. Millones han buscado sus playas, y Estados Unidos de Norteamérica ha llegado a ocupar un lugar entre las naciones más poderosas de la tierra.

Una notable contradicción

Pero la bestia que tenía cuernos semejantes a los de un cordero “hablaba como dragón. Y ejerce toda la autoridad de la primera bestia en presencia de ella, y hace que la tierra y los moradores de ella adoren a la primera bestia, cuya herida mortal fue sanada... mandando a los moradores de la tierra que le hagan imagen a la bestia que tiene la herida de espada, y vivió” (Apocalipsis 13:11-14).

Los cuernos como de cordero y la voz de dragón ponen de manifiesto una contradicción. La predicción de que hablará “como dragón” y ejercerá “toda la autoridad de la primera bestia” predice el espíritu de intolerancia y persecución. Y la declaración de que la bestia de dos cuernos “hace que la tierra y los que en ella habitan adoren a la bestia primera”, indica que la autoridad de esta nación ha de ser ejercida al exigir que se rinda homenaje al papado.

Un acto semejante sería contrario a los principios de las instituciones libres de este país, a los reconocimientos solemnes de la Declaración de Independencia y a la Constitución. La Constitución establece que “el Congreso no legislará con respecto al establecimiento de una religión ni prohibirá el libre ejercicio de ella”, y “ninguna manifestación religiosa será jamás requerida como condición de aptitud para el desempeño de alguna función o cargo público en los Estados Unidos”. Pero en el símbolo se presenta una abierta violación de estas salvaguardias de la libertad. La bestia con cuernos como de cordero –que profesa ser pura, mansa e inofensiva– habla como dragón.

“Diciendo a los que habitan sobre la tierra, que le hagan [ellos] una imagen de la bestia”. Aquí tenemos simbolizada una forma de gobierno en la cual el poder legislativo descansa en el pueblo, una evidencia muy notable de que los Estados Unidos es la nación representada.

Pero ¿qué es “la imagen de la bestia”? ¿Cómo ha de formarse?

Cuando la iglesia primitiva se corrompió, buscó el apoyo del poder secular. El resultado fue el papado, una Iglesia que controlaba al Estado, especialmente por el castigo de “la herejía”. Para que los Estados Unidos formen una “imagen de la

bestia”, el poder religioso debe controlar de tal manera al gobierno civil que el Estado será también empleado por la Iglesia para realizar sus objetivos mezquinos y egoístas.

Las iglesias protestantes que han seguido los pasos de Roma han manifestado un deseo similar de restringir la libertad de conciencia. Un ejemplo de esto lo tenemos en la persecución de los disidentes, continuada por largo tiempo, por parte de la iglesia de Inglaterra. Durante los siglos XVI y XVII los pastores y el pueblo no conformistas eran penados con multas, prisión, tortura y martirio.

La apostasía indujo a la iglesia primitiva a buscar la ayuda del gobierno civil, y esto preparó el camino para el surgimiento del papado, es a saber, la bestia. Dijo San Pablo: “Vendrá... la apostasía” y se manifestará “el hombre de pecado” (2 Tesalonicenses 2:3).

La Biblia declara: “En los posteriores días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuidos, amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella” (2 Timoteo 3:1-5). “El Espíritu dice claramente que en los posteriores tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios” (1 Timoteo 4:1).

Todos los que “no recibieron el amor de la verdad para ser salvos”, aceptarán “un poder engañoso, para que crean la mentira” (2 Tesalonicenses 2:10, 11). Cuando se llegue a esta condición, aparecerán los mismos resultados que en los primeros siglos.

La amplia diversidad de creencias de las iglesias protestantes es considerada por muchos como una prueba de que jamás se podrá exigir una uniformidad obligatoria. Pero durante años ha habido en las iglesias protestantes un sentimiento creciente en favor de la unión. Para lograr esta unión, debe evitarse la discusión sobre temas en los cuales no todos están de acuerdo. En el esfuerzo por asegurar una completa uniformidad, faltará solamente un paso para recurrir a la fuerza.

Cuando las iglesias principales de los Estados Unidos, uniéndose en los puntos

de doctrina que ellas sostienen en común, influyan sobre el Estado para que éste ponga en vigencia los decretos de ellas y sostenga las instituciones de esas iglesias, entonces la América protestante habrá formado una imagen de la jerarquía romana, y la aplicación de penas civiles a los disidentes será el resultado inevitable.

La bestia y su imagen

La bestia de dos cuernos “hacía [ordenaba] que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se les pusiese una marca en la mano derecha, o en la frente; y que ninguno pudiese comprar ni vender, sino el que tuviese la marca o el nombre de la bestia, o el número de su nombre” (Apocalipsis 13:16, 17). El tercer ángel amonesta: “Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe la marca en su frente o en su mano, él también beberá del vino de la ira de Dios” (14:9, 10).

“La bestia” cuya adoración es impuesta por ley es la primera bestia, o sea la bestia semejante a un leopardo, mencionada en Apocalipsis 13: el papado. La “imagen de la bestia” representa la forma de protestantismo apóstata que se desarrollará cuando las iglesias protestantes busquen el poder civil para que imponga sus dogmas. Queda por definir todavía “la marca de la bestia”.

Los que guardan los mandamientos de Dios se presentan en contraste con los que adoran a la bestia y a su imagen y reciben su marca. La observancia de la ley de Dios, por una parte, y su violación, por otra, será la distinción entre los que adoran a Dios y los que adoran a la bestia.

La característica especial de la bestia y de su imagen es la violación de los mandamientos de Dios. Dice Daniel acerca del cuerno pequeño, o sea el papado: “Pensará en cambiar los tiempos y la ley” (Daniel 7:25). San Pablo designa al mismo poder como “el hombre de pecado” (2 Tesalonicenses 2:3), que se exaltará a sí mismo por encima de Dios. Solamente cambiando la ley de Dios podía el papado exaltarse por encima de Dios. Quienquiera que guardase a sabiendas la ley adulterada de esta manera, honraría en forma suprema las leyes papales, lo cual es una marca de lealtad al Papa en lugar de ser una señal de sumisión a Dios y a su santa ley.

El papado ha intentado alterar la ley de Dios. El cuarto mandamiento ha sido cambiado de tal manera que autoriza la observancia del primer día de la semana en vez del sábado como día de descanso. Se presenta un cambio intencional deliberado: “Pensará en cambiar los tiempos y la ley”. El cambio realizado en el

cuarto mandamiento cumple con exactitud la profecía. Aquí el poder papal se exalta manifiestamente por encima de Dios.

Los adoradores de Dios se distinguirán especialmente por su lealtad al cuarto mandamiento, la señal del poder creador de Dios. Los adoradores de la bestia se distinguirán por sus esfuerzos por derribar el monumento conmemorativo del Creador para exaltar la institución de Roma. Las primeras pretensiones arrogantes del papado fueron hechas en favor del domingo como “el día del Señor”. Pero la Biblia señala al séptimo día como día del Señor. Cristo dijo: “El Hijo del Hombre es Señor aun del sábado” (S. Marcos 2:28; ver también Isaías 58:13; S. Mateo 5:17-19). La aseveración repetida tan a menudo de que Cristo cambió el sábado se halla refutada por las propias palabras del Señor.

Silencio completo del Nuevo Testamento

Los protestantes reconocen “el silencio completo que [guarda] el Nuevo Testamento con respecto a cualquier mandato explícito en favor del reposo [en día domingo, primer día de la semana] o de reglas definidas con respecto a su observancia”.[3]

“Hasta el tiempo de la muerte de Cristo, ningún cambio se había hecho en el día”; y, “según lo muestra el registro bíblico, ellos [los apóstoles] no... dieron ningún mandamiento explícito para requerir el abandono del reposo del séptimo día, y la observancia del primer día de la semana”.[4]

Los católicos romanos reconocen que el cambio del sábado fue realizado por su iglesia, y declaran que los protestantes, al observar el domingo, reconocen el poder de la Iglesia Católica. Se ha hecho la siguiente declaración: “Durante la ley antigua, el sábado era el día santificado; pero la iglesia instruida por Jesucristo, y dirigida por el Espíritu de Dios, ha sustituido el sábado por el domingo; de manera que ahora santificamos el primer día, y no el séptimo. Domingo significa, y ahora es, el día del Señor”.[5]

Como signo de la autoridad de la Iglesia Católica, los escritores católicos citan “el acto mismo de cambiar el sábado al domingo, cambio en que los protestantes consienten... porque al guardar estrictamente el domingo, ellos reconocen el poder de la iglesia para ordenar fiestas y para imponerlas so pena de incurrir en pecado”.[6]

¿Qué otra cosa es, entonces, el cambio del sábado, sino la señal o marca de la autoridad de la Iglesia Romana, o sea “la marca de la bestia”?

La Iglesia Romana no ha abandonado su pretensión de supremacía. Cuando el mundo y las iglesias protestantes aceptan un día de reposo que ella ha creado, mientras rechazan el día de reposo bíblico, virtualmente admiten esa pretensión. Al hacerlo ignoran el principio que los separa de Roma: “la Biblia, y sólo la Biblia, es la religión de los protestantes”. A medida que el movimiento en favor de la imposición del domingo se haga más popular, finalmente colocará a todo el

mundo protestante bajo la bandera de Roma.

Los romanistas declaran que “la observancia del domingo por parte de los protestantes es un homenaje que éstos rinden, mal de su grado, a la autoridad de la Iglesia [Católica]”.[7] El exigir el cumplimiento de un deber religioso utilizando el poder secular creará una imagen a la bestia; por lo tanto, la imposición de la observancia del domingo en los Estados Unidos significará imponer el culto a la bestia y a su imagen.

Los cristianos de las generaciones pasadas observaron el domingo suponiendo que estaban observando el día de descanso bíblico, y hoy en día hay verdaderos cristianos en todas las iglesias que honradamente creen que el domingo fue establecido por Dios. Dios acepta su sinceridad y su integridad. Pero cuando la observancia del domingo sea exigida por la ley y el mundo sea iluminado con respecto al verdadero día de reposo, entonces todo el que viole el mandamiento de Dios para obedecer un precepto de Roma estará por ese hecho honrando al papado por encima de Dios. Está rindiendo homenaje a Roma. Está adorando a la bestia y a su imagen. Los hombres por ese hecho aceptarán la señal de lealtad a Roma, o sea “la marca de la bestia”. No será sino después que este asunto resulte claramente presentado delante del pueblo, y éste tenga que elegir entre los mandamientos de Dios y los mandamientos de los hombres, cuando los que continúen violando la ley divina recibirán “la marca de la bestia”.

La amonestación del tercer ángel

La más terrible amonestación jamás dirigida a los mortales se halla en el mensaje del tercer ángel. Los hombres no han de ser dejados a oscuras con respecto a este importante asunto; la advertencia debe darse al mundo antes de la visitación de los juicios de Dios. Y todos deben tener oportunidad de escapar a estos juicios. El primer ángel hace su proclamación a “toda nación, tribu, lengua y pueblo”. La advertencia del tercer ángel no ha de ser de menor amplitud. Ha de proclamarse en alta voz y ha de despertar la atención de todo el mundo.

Todos se dividirán en dos grandes clases. Los que guarden los mandamientos de Dios y la fe de Jesús, y los que adoren a la bestia y a su imagen y reciban su marca. La Iglesia y el Estado se unirán para exigir “a todos” que reciban “la marca de la bestia”; sin embargo, el pueblo de Dios no la recibirá. El profeta contempla a los que habían “alcanzado la victoria sobre la bestia y su imagen, y su marca y el número de su nombre, en pie sobre el mar de vidrio, con las arpas de Dios” (Apocalipsis 15:2).

[1]G. A. Townsend, *The New World Compared With the Old* (El Nuevo Mundo comparado con el antiguo), p. 462.

[2]Dublin Nation (La nación de Dublin).

[3]George Elliott, *The Abiding Sabbath* (El sábado perdurable), p. 184.

[4]A. E. Waffle, *The Lord’s Day* (El Día del Señor), pp. 186-188.

[5]Catholic Catechism of Christian Religion (Catecismo católico de la religión cristiana).

[6]Henry Tuberville, *An Abridgement of the Christian Doctrine* (Un compendio de la doctrina cristiana), p. 58.

[7]Mgr. Segur, *Plain Talk About the Protestantism of Today* (Franca conversación acerca del protestantismo), p. 213.

Capítulo 27

Se restaura la verdad

La reforma relativa al sábado se predice en Isaías: “Así dijo Jehová: Guardad derecho, y haced justicia; porque cercana está mi salvación para venir, y mi justicia para manifestarse. Bienaventurado el hombre que hace esto, y el hijo de hombre que lo abraza; que guarda el día de reposo [sábado] para no profanarlo, y que guarda su mano de hacer todo mal... a los hijos de los extranjeros que sigan a Jehová para servirle, y que amen el nombre de Jehová para ser sus siervos; a todos los que guarden del día de reposo [sábado] para no profanarlo, y abracen mi pacto, yo los llevaré a mi santo monte, y los recrearé en mi casa de oración” (Isaías 56:1, 2, 6, 7).

Estas palabras se aplican a la era cristiana, como se observa por el contexto (versículo 8). Aquí se anuncian anticipadamente la reunión de los gentiles por medio del evangelio, cuando los siervos de Cristo predicarían a todas las naciones las buenas nuevas.

El Señor ordena: “Ata el testimonio, sella la ley entre mis discípulos” (Isaías 8:16). El sello de la ley de Dios se encuentra en el cuarto mandamiento. Este es el único de los diez que presenta tanto el nombre como el título del Legislador. Cuando el sábado fue cambiado por el poder papal, el sello fue quitado de la ley. Los discípulos de Jesús han sido llamados a restaurarlo exaltando el sábado como el monumento conmemorativo del Creador y la señal de su autoridad.

Se da la orden: “Clama a voz en cuello, no te detengas; alza tu voz como trompeta, y anuncia a mi pueblo su rebelión, y a la casa de Jacob su pecado”. Aquellos a quienes el Señor designa como “mi pueblo” han de ser reconvenidos por sus transgresiones, pues son una clase que se considera a sí misma como justa en el servicio de Dios. Pero la solemne reconvención del que escudriña los corazones afirma que están pisoteando los preceptos divinos (Isaías 58:1, 2).

El profeta señala de esta manera el mandamiento que ha sido olvidado: “Los

cimientos de generación y generación levantarás, y serás llamado reparador de portillos, restaurador de calzadas para habitar. Si retrajeres del sábado tu pie, de hacer tu voluntad en mi día santo, y al sábado llamas delicia, santo, glorioso de Jehová; y lo venerares, no haciendo tus caminos, ni buscando tu voluntad, ni hablando tus palabras, entonces te deleitarás en Jehová” (Isaías 58:12-14, RVA).

El “portillo” o brecha fue hecho en la ley de Dios cuando el sábado fue cambiado por el poder romano. Pero ha llegado el tiempo en que esa brecha debe ser reparada.

El sábado fue guardado por Adán en su inocencia en el Edén; y también por Adán después que cayó y se arrepintió, cuando fue expulsado de su morada. Fue observado por todos los patriarcas desde Abel hasta Noé, hasta Abrahán y hasta Jacob. Cuando el Señor liberó a Israel, él proclamó su ley a la multitud.

Siempre se guardó el verdadero sábado

Desde ese día hasta el presente se continúa guardando el sábado. Aunque “el hombre de pecado” tuvo éxito en pisotear el santo día de Dios, almas fieles, ocultas en lugares secretos, le rindieron tributo. Desde la Reforma, un núcleo de personas en todas las generaciones ha mantenido su observancia.

Estas verdades relacionadas con “el evangelio eterno” distinguirán a la Iglesia de Cristo en el tiempo de su aparición. “Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús” (Apocalipsis 14:12).

Los que recibieron la luz concerniente al Santuario y a la infalibilidad de la ley de Dios, se llenaron de gozo al distinguir la armonía de la verdad. Anhelaron que la luz fuera impartida a todos los cristianos. Pero las verdades que diferían de lo que el mundo creía no fueron bien recibidas por muchos que aseveraban seguir a Cristo.

A medida que se presentaban las exigencias relativas al sábado, muchos decían: “Siempre hemos observado el domingo, nuestros padres lo observaron, y muchos hombres buenos han muerto felices observándolo. La observancia de un nuevo día de reposo nos hará estar en desacuerdo con el mundo. ¿Qué podrá realizar un pequeño grupo de observadores del sábado contra todo el mundo que guarda el domingo?” Usando argumentos similares, los judíos justificaron su rechazo de Cristo. Así, en los días de Lutero, los papistas razonaban que los verdaderos cristianos habían muerto en la fe católica; por lo tanto esa religión era suficiente. Tal razonamiento resultará una barrera para todo progreso en la fe.

Muchos afirmaban que la observancia del domingo había sido una costumbre muy difundida de la iglesia durante siglos. En contra de este argumento se presentaba el hecho de que el sábado y su observancia eran aún más antiguos, tan antiguos como el mundo mismo: habían sido establecidos por el “Anciano de días”.

En ausencia de un testimonio bíblico, muchos afirmaban: “¿Por qué no entienden nuestros grandes hombres esta cuestión del sábado? Pocos creen como

ustedes. No puede ser que ustedes estén en lo cierto y todos los hombres de saber estén errados”.

Para refutar tales argumentos se necesitaba solamente citar los textos de la Biblia y la forma en que el Señor trató con su pueblo en todos los siglos. La razón por la cual Dios no elige con mayor frecuencia a hombres de saber y posición para que sean los dirigentes en las reformas es que ellos confían en sus credos y en los sistemas teológicos y no sienten la necesidad de ser enseñados por Dios. En cambio, los que poseen poco del saber transmitido por las escuelas, a veces son llamados a declarar la verdad, no porque sean incultos, sino porque no confían demasiado en sí mismos y así pueden ser enseñados por Dios. Su humildad y obediencia los hace grandes.

La historia del antiguo Israel es una notable ilustración de la experiencia pasada del cuerpo de creyentes adventistas. Dios condujo a su pueblo en el movimiento adventista, así como condujo a los hijos de Israel en su salida de Egipto. Si todos los que habían trabajado en forma unida en la obra en 1844 hubieran recibido el mensaje del tercer ángel y lo hubieran proclamado con el poder del Espíritu Santo, hace años esta tierra habría sido amonestada y Cristo habría venido para redimir a su pueblo.

No es la voluntad de Dios

No era la voluntad de Dios que los hijos de Israel vagaran 40 años por el desierto; él quería conducirlos directamente a Canaán y establecerlos allí, como un pueblo santo y feliz. Pero ellos “no pudieron entrar a causa de incredulidad” (Hebreos 3:19). De idéntica manera, no era la voluntad de Dios que la venida de Cristo se demorara por tanto tiempo y que su pueblo permaneciera por tantos años en el mundo de pecado y dolor. La incredulidad los separó de Dios. Por misericordia hacia el mundo, Jesús demora su venida, para que los pecadores puedan escuchar la amonestación y encontrar refugio antes que la ira de Dios sea derramada.

Ahora, así como ocurrió en los siglos anteriores, la presentación de la verdad excitará oposición. Muchos atacan malévolamente el carácter y los motivos de los que defienden una verdad impopular. Elías fue acusado de ser un perturbador de Israel; Jeremías fue acusado como traidor; Pablo, como quien había contaminado el templo. Desde aquellos días hasta los nuestros, los que han querido ser leales a la verdad han sido denunciados como sediciosos, herejes y causantes de cismas.

La confesión de fe hecha por los santos y los mártires, su ejemplo de santidad y de firme integridad, inspira valor en los que hoy son llamados a presentarse como testigos en favor de Dios. Al siervo de Dios de estos días se le da el siguiente mandato: “Alza tu voz como trompeta, y anuncia a mi pueblo su rebelión, y a la casa de Jacob su pecado”. “Hijo de hombre, te he puesto por atalaya a la casa de Israel, y oirás la palabra de mi boca, y los amonestarás de mi parte” (Isaías 58:1; Ezequiel 33:7).

El gran obstáculo para la aceptación de la verdad es que la misma involucra inconvenientes y oprobio. Este es el único argumento en contra de la verdad que no han podido refutar sus defensores. Pero los verdaderos seguidores de Cristo no esperan que la verdad se haga popular. Ellos aceptan la cruz, confiados con el apóstol Pablo en que “esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria”, “teniendo –como antaño Moisés– por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los

egipcios” (2 Corintios 4:17; Hebreos 11:26).

Debemos elegir lo justo porque es justo, y dejar las consecuencias con Dios. El mundo está en deuda con los hombres de principios, de fe y de valor por sus grandes reformas. Y la obra de reforma para este tiempo debe ser conducida hacia el éxito por hombres semejantes.

Capítulo 28

¿Cuánto éxito tienen los reavivamientos modernos?

Dondequiera que los siervos de Dios predicaban con fidelidad se veían resultados que comprobaban su origen divino. Los pecadores sentían despertarse su conciencia. Una profunda convicción tomaba posesión de su mente y su corazón. Tenían conciencia de la justicia de Dios, y clamaban: “¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?” (Romanos 7:24). Al serles revelada la cruz, veían que nada sino los méritos de Cristo podían expiar sus transgresiones. Por medio de la sangre de Jesús ellos lograban el perdón de “los pecados pasados” (Romanos 3:25).

Los que creían y eran bautizados iniciaban una vida nueva, por la fe en el Hijo de Dios, para seguir en sus pisadas, para reflejar su carácter y para purificarse a sí mismos como él es puro. Las cosas que una vez odiaban ahora las amaban, y las cosas que una vez amaban ahora las odiaban. El orgulloso se hacía humilde, los vanidosos y arrogantes se convertían en serios y discretos. Los borrachos se hacían sobrios, y los corrompidos puros. Los cristianos no buscaban el adorno “exterior del rizado de los cabellos, del ataviarse con joyas de oro y el de la compostura de los vestidos, sino el oculto en el corazón, que consiste en la incorrupción de un espíritu manso y tranquilo; ésa es la hermosura en la presencia de Dios” (1 S. Pedro 3:3, 4, versión Nácar-Colunga).

Los reavivamientos se caracterizaban por solemnes llamamientos dirigidos a los pecadores. Los frutos se veían en personas que no rehuían la abnegación sino que se regocijaban de ser tenidas por dignas de sufrir por causa de Cristo. Los hombres contemplaban una transformación en los que profesaban el nombre de Jesús. Tales eran los resultados que en las épocas pasadas se manifestaban en los despertares religiosos.

Pero muchos reavivamientos de los tiempos modernos representan un señalado contraste con aquellas manifestaciones. Es cierto que muchos profesan haberse convertido, y hay grandes aumentos en el número de miembros de iglesia. Sin

embargo los resultados no son tales que justifiquen la creencia de que se haya producido un aumento correspondiente de la verdadera vida espiritual. La luz que brilla por un tiempo pronto se apaga.

Los reavivamientos populares demasiado a menudo excitan las emociones y satisfacen el amor por lo que es nuevo y extraordinario. Pero los nuevos conversos poseen poco deseo de escuchar la verdad de la Biblia. A menos que un servicio religioso tenga algo de sensacional, no presenta atracción para ellos.

Para toda alma verdaderamente convertida, la relación con Dios y con las cosas eternas será su mayor interés en la vida. ¿Dónde está en las iglesias populares el espíritu de consagración a Dios? Los conversos no renuncian al orgullo ni al amor al mundo. No están más dispuestos a negarse a sí mismos y a seguir al manso y humilde Jesús que antes de su conversión. La piedad casi ha desaparecido de muchas de las iglesias.

Mas a pesar de la amplia decadencia de la fe, hay verdaderos seguidores de Cristo en estas iglesias. Antes que caigan los juicios finales de Dios, habrá dentro del pueblo cristiano un reavivamiento de la piedad primitiva como no ha sido presenciado desde los tiempos apostólicos. El Espíritu de Dios será derramado. Muchos se separarán de las iglesias en las cuales el amor al mundo ha suplantado el amor a Dios y a su Palabra. Muchos dirigentes y creyentes aceptarán con alegría las grandes verdades que preparan a un pueblo para la segunda venida del Señor.

El enemigo de las almas desea impedir esta obra, y antes que llegue el tiempo para que se produzca este movimiento, él tratará de impedirlo introduciendo una falsificación. En las iglesias que él pueda poner bajo su control hará parecer que la bendición de Dios se está derramando. Multitudes se alegrarán de que Dios está obrando maravillosamente, cuando en realidad la obra será realizada por otro espíritu. Bajo un manto religioso, Satanás tratará de extender su influencia sobre el mundo cristiano. Hay una excitación emocional, una mezcla de lo verdadero y lo falso, apta para engañar.

Sin embargo, a la luz de la Palabra de Dios, no es difícil determinar la naturaleza de estos movimientos. Dondequiera que los hombres descuiden el testimonio de la Biblia, y se aparten de las verdades claras —que son una prueba para el alma ya que requieren abnegación y renuncia al mundo—, podemos estar seguros de que la bendición de Dios no es concedida. Y usando la regla de “por sus frutos los

conoceréis” (S. Mateo 7:16), es evidente que estos movimientos no son la obra del Espíritu de Dios.

Las verdades de la Palabra de Dios son el escudo contra los engaños de Satanás. El descuido de estas verdades ha abierto la puerta a los males ahora tan extendidos por todo el mundo. La importancia de la ley de Dios se ha perdido de vista en gran medida. Una falsa concepción de la ley divina ha conducido a errores con respecto a la conversión y la santificación, rebajando la norma de piedad. Aquí es donde ha de hallarse el secreto de la falta del Espíritu de Dios en los reavivamientos de nuestro tiempo.

La ley de libertad

Muchos maestros religiosos aseguran que Cristo, por su muerte, abolió la ley. Algunos la presentan como un yugo pesado, y en contraste con la “esclavitud” de la ley presentan la “libertad” que ha de gozarse bajo el evangelio.

Pero los profetas y los apóstoles no consideraron de esta manera la santa ley de Dios. Dijo David: “Andaré en libertad, porque busqué tus mandamientos” (Salmo 119:45). El apóstol Santiago se refiere al Decálogo como “la perfecta ley, la de la libertad” (Santiago 1:25). El revelador de Patmos pronuncia una bendición sobre los que “guardan sus mandamientos, para que su potencia sea en el árbol de la vida, y que entren por las puertas en la ciudad” (Apocalipsis 22:14, RVA).

Si hubiera sido posible que la ley fuera cambiada o anulada, Cristo no habría necesitado morir para salvar al hombre de la penalidad del pecado. El Hijo de Dios vino a engrandecer la ley y hacerla honorable (Isaías 42:21). Él dijo: “No penséis que he venido para abrogar la ley... Digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley” (S. Mateo 5:17, 18). Con respecto a sí mismo él declaró: “El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agrado, y tu ley está en medio de mi corazón” (Salmo 40:8).

La ley de Dios es inmutable porque es una revelación del carácter de su Autor. Dios es amor, y su ley es amor. “El cumplimiento de la ley es el amor” (Romanos 13:10). Dijo el salmista: “Tu ley [es] la verdad”; “todos tus mandamientos son justicia” (Salmo 119:142, 172). Y San Pablo declara: “La ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno” (Romanos 7:12). Una ley semejante debe ser tan eterna como su Autor.

La obra de la conversión y la santificación consiste en reconciliar a los hombres con Dios, poniéndolos en armonía con los principios de su ley. En el principio, el hombre estaba en perfecto acuerdo con la ley de Dios. Pero el pecado lo apartó de su Hacedor. Su corazón estaba en guerra con la ley de Dios. “Los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden” (Romanos 8:7). Pero “de tal manera amó Dios al mundo, que

ha dado a su Hijo unigénito”, para que el hombre pudiera ser reconciliado con Dios, restaurado a la armonía con su Hacedor. Este cambio es el nuevo nacimiento, sin el cual nadie “puede ver el reino de Dios” (S. Juan 3:16, 3).

Conicción de pecado

El primer paso en la reconciliación con Dios es estar convencido de que uno es pecador. “El pecado es infracción de la ley”. “Por medio de la ley es el conocimiento del pecado” (1 S. Juan 3:4; Romanos 3:20). Con el fin de que pueda ver su culpa, el pecador debe considerar su situación frente al espejo de Dios, que muestra lo que debe ser un carácter justo y le permite a la persona ver los defectos del suyo.

La ley revela al hombre su pecado, pero no proporciona ningún remedio. Declara que la muerte es la suerte del transgresor. Sólo el evangelio de Cristo puede librar al hombre de la condenación y de la contaminación del pecado. El pecador debe ejercer arrepentimiento hacia Dios, cuya ley ha sido transgredida, y fe en Cristo, su sacrificio expiatorio. Así obtiene el perdón de “los pecados cometidos anteriormente” (Romanos 3:25, VM) y llega a ser un hijo de Dios.

¿Está él ahora libre para transgredir la ley de Dios? Dice San Pablo: “¿Luego por la fe invalidamos la ley? En ninguna manera, sino que confirmamos la ley”. “Los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?” San Juan también declara: “Este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos”. En el nuevo nacimiento el corazón es puesto en armonía con Dios y en armonía con su ley. Cuando este cambio ha ocurrido en el pecador, él ha pasado de muerte a vida, de la transgresión y la rebelión a la obediencia y la lealtad. La antigua vida ha terminado; la nueva vida de reconciliación, fe y amor ha comenzado. Entonces “la justicia de la ley” se cumplirá “en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu”. Y el lenguaje del alma será: “¡Oh, cuánto amo yo tu ley! Todo el día es ella mi meditación” (Romanos 3:31; 6:2; 1 S. Juan 5:3; Romanos 8:4; Salmo 119:97).

Sin la ley, los hombres no tienen verdadera convicción del pecado y no sienten ninguna necesidad de arrepentimiento. No se dan cuenta de que necesitan la sangre expiatoria de Cristo. La esperanza de la salvación es aceptada sin un cambio radical del corazón y sin una reforma de la vida. Así abundan las conversiones superficiales, y multitudes que nunca han sido unidas con Cristo se

unen a la iglesia.

¿Qué es la santificación?

Teorías erróneas con respecto a la santificación también surgen del descuido o del rechazo de la ley divina. Estas teorías, falsas en materia de doctrina y peligrosas en cuanto a los resultados prácticos, están hallando aceptación general.

San Pablo declara: “La voluntad de Dios es vuestra santificación” (1 Tesalonicenses 4:3). La Biblia enseña claramente qué es la santificación y cómo ha de conseguirse. El Salvador oró por sus discípulos: “Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad” (S. Juan 17:17). Y San Pablo enseña que los creyentes han de ser santificados por el Espíritu Santo (Romanos 15:16).

¿Cuál es la obra del Espíritu Santo? Jesús les dijo a sus discípulos: “Cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad” (S. Juan 16:13). Y el salmista dice: “Tu ley [es] la verdad” (Salmo 119:142). Puesto que la ley de Dios es santa, justa y buena, un carácter formado por la obediencia a la ley será santo. Cristo es el perfecto ejemplo de un carácter tal. Él dice: “He guardado los mandamientos de mi Padre”. “Hago siempre lo que le agrada” (S. Juan 15:10; 8:29). Los seguidores de Cristo han de llegar a ser semejantes a él; por la gracia de Dios han de formar caracteres que estén de acuerdo con los principios de su santa ley. Esta es la santificación bíblica.

Sólo por medio de la fe

Esta obra puede realizarse solamente por medio de la fe en Cristo, por el poder del Espíritu Santo que mora en el corazón. El cristiano sentirá las tentaciones del pecado, pero se mantendrá constantemente en guerra contra el pecado. Aquí es donde se necesita la ayuda de Cristo. La debilidad humana se une con el poder divino, y la fe exclama: “Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Corintios 15:57).

La obra de la santificación es progresiva. Cuando en la conversión el pecador encuentra paz con Dios, la vida cristiana apenas ha comenzado. Ahora ha de extenderse hacia “la perfección”; ha de crecer “a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”. El apóstol Pablo nos dice: “Una cosa hago: Olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está adelante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús” (Hebreos 6:1; Efesios 4:13; Filipenses 3:13, 14).

Los que experimentan la santificación bíblica manifestarán humildad. Verán su propia indignidad en contraste con la perfección del Infinito. El profeta Daniel es un ejemplo de verdadera santificación. En lugar de pretender ser puro y santo, este honrado profeta se identificó a sí mismo con los que eran verdaderamente pecadores en Israel, al interceder ante Dios en favor de su pueblo (Daniel 9:15, 18, 20; 10:8, 11).

No puede haber exaltación propia ni pretensión jactanciosa en cuanto a que se está libre de pecado por parte de aquellos que caminan a la sombra de la cruz del Calvario. Ellos sienten que fue su pecado el que produjo la agonía que quebrantó el corazón del Hijo de Dios, y este pensamiento los guiará a un espíritu de humildad. Los que viven más cerca de Jesús comprenden más claramente la debilidad y la pecaminosidad de su condición humana, y su única esperanza está en los méritos de un Salvador crucificado y resucitado.

La santificación que es ahora muy popular en el mundo religioso lleva consigo un espíritu de exaltación propia y descuido de la ley de Dios que la señala como ajena a la Biblia. Sus defensores enseñan que la santificación es una obra

instantánea, por la cual, mediante la “fe solamente”, ellos logran la perfecta santidad. “Cree solamente –dicen ellos– y la bendición es tuya”. No se espera que haya más esfuerzo de parte de quien la recibe. Al mismo tiempo niegan la autoridad de la ley de Dios, insistiendo en que están exentos de la obligación de guardar los mandamientos. ¿Pero es posible ser santo sin llegar a estar en armonía con los principios que expresan la naturaleza y la voluntad de Dios?

El testimonio de la Palabra de Dios está en contra de esta doctrina engañosa de una fe sin obras. No es fe lo que reclama el favor del cielo sin cumplir con las condiciones según las cuales la misericordia ha de ser concedida. Esto es presunción (ver Santiago 2:14-24).

Nadie se engañe a sí mismo pensando que puede llegar a ser santo mientras viola voluntariamente uno de los requisitos de Dios. El pecado cometido voluntariamente silencia la voz del Espíritu y separa el alma de Dios. Aunque San Juan habla mucho del amor, no titubea en revelar el verdadero carácter de las personas que pretenden estar santificadas mientras viven transgrediendo la ley de Dios. “El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado” (1 S. Juan 2:4, 5). Aquí está la prueba de la profesión de cada hombre. Si los hombres empequeñecen y les restan importancia a los preceptos de Dios, si violan el menor de estos mandamientos y así enseñan a los hombres (S. Mateo 5:18, 19), podemos saber que su pretensión es sin fundamento.

El declarar que uno está libre de pecado es evidencia de que quien lo afirma está lejos de ser santo. No tiene un verdadero concepto de la infinita pureza y de la santidad de Dios, y de la malignidad del mal y del pecado. Cuanto mayor sea la distancia entre Cristo y él mismo, más justo aparecerá a sus propios ojos.

La santificación bíblica

La santificación abarca el ser entero: el espíritu, el alma y el cuerpo (ver 1 Tesalonicenses 5:23). A los cristianos se les pide que presenten sus cuerpos como “sacrificio vivo, santo, agradable a Dios” (Romanos 12:1). Toda práctica que debilite las fuerzas físicas o mentales incapacita al hombre para el servicio de su Creador. Los que aman a Dios tratarán constantemente de colocar toda facultad de su ser en armonía con las leyes que promueven su capacidad para hacer la voluntad divina. Ellos no debilitarán ni contaminarán la ofrenda que presenten a su Padre celestial satisfaciendo el apetito o la pasión.

Toda gratificación pecaminosa tiende a oscurecer y a debilitar las percepciones mentales y espirituales; la Palabra o el Espíritu de Dios pueden hacer apenas una débil impresión en el corazón. “Limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios” (2 Corintios 7:1).

¡Cuántos cristianos profesos están debilitando su semejanza divina por la glotonería, las bebidas alcohólicas, la participación en los placeres prohibidos! Y la iglesia demasiado a menudo estimula el mal y lo fomenta, apelando a los apetitos, el amor al lucro y los placeres, para llenar su tesorería que el amor a Cristo es demasiado débil para colmar. Si Jesús entrara en las iglesias de nuestros días y contemplara los festejos que allí se realizan en el nombre de la religión, ¿no echaría él a esos profanadores como arrojó del templo a los cambiadores de monedas?

“¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados con precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo” (1 Corintios 6:19, 20). La persona cuyo cuerpo es templo del Espíritu Santo no será esclavizada con un hábito pernicioso. Sus facultades pertenecen a Cristo. Sus posesiones son del Señor. ¿Cómo podría malgastar el capital que le ha sido confiado?

Los cristianos profesos gastan anualmente una inmensa suma en satisfacciones perniciosas. Se despoja a Dios de los diezmos y las ofrendas, mientras que ellos

consumen sobre el altar de la pasión destructora más de lo que dan para aliviar a los pobres o sostener el evangelio. Si todos los que profesan a Cristo fueran verdaderamente santificados, sus medios, en lugar de ser gastados en placeres inútiles y perjudiciales, serían entregados a la tesorería del Señor. Los cristianos darían un ejemplo de temperancia y sacrificio de sí mismos. Entonces serían la luz del mundo.

“Los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida” (1 S. Juan 2:16) dominan a las multitudes. Pero los seguidores de Cristo tienen una vocación más elevada. “Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo”. Para los que cumplen las condiciones, la promesa de Dios es: “Yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso” (2 Corintios 6:17, 18).

Cada paso dado en la fe y la obediencia coloca al alma en más estrecha relación con la Luz del mundo. Los brillantes rayos del Sol de justicia brillan sobre los siervos de Dios, y ellos han de reflejar esos rayos. Las estrellas nos dicen que hay una luz en los cielos cuya gloria las hace brillar; así también los cristianos manifiestan que hay un Dios sobre el trono cuyo carácter vale la pena alabar e imitar. La santidad de su carácter será manifiesta en sus testigos.

Por medio de los méritos de Cristo tenemos acceso al trono del poder infinito. “El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” Jesús dice: “Si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?” “Si algo pidiereis en mi nombre, yo lo haré”. “Pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido” (Romanos 8:32; S. Lucas 11:13; S. Juan 14:14; 16:24).

Cada uno tiene el privilegio de vivir de tal manera que Dios lo apruebe y lo bendiga. No es la voluntad de nuestro Padre celestial que estemos continuamente bajo la condenación de las tinieblas. No existe evidencia de verdadera humildad en andar siempre con la cabeza gacha y el corazón lleno de pensamientos relativos al yo. Podemos ir a Jesús y ser limpiados, y estar en presencia de la ley irreprensibles y sin remordimiento.

Por medio de Jesús los hijos caídos de Adán llegan a ser “hijos de Dios”. Él “no se avergüenza de llamarlos hermanos”. La vida cristiana debe ser una vida de fe, de victoria y de gozo en Dios. “El gozo de Jehová es vuestra fuerza”. “Estad

siempre gozosos. Orad sin cesar. Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús” (Hebreos 2:11; Nehemías 8:10; 1 Tesalonicenses 5:16-18).

Tales son los frutos de la conversión y la santificación bíblicas; y es debido a que los grandes principios de la justicia establecidos en la ley son considerados con indiferencia por lo que estos frutos se observan raramente. Esta es la razón por la cual se manifiesta tan poco de esa labor profunda y permanente del Espíritu que caracterizó los primeros reavivamientos.

Contemplando es como somos cambiados. Cuando se descuidan los sagrados preceptos en los cuales Dios ha abierto a los hombres la perfección y la santidad de su carácter, y la mente de las personas es atraída a las enseñanzas y teorías humanas, el resultado ha sido una declinación de la piedad en la iglesia. Sólo cuando la ley de Dios es restaurada a la posición que le corresponde puede haber un reavivamiento de la fe y la piedad primitivas entre los que profesan ser el pueblo del Señor.

Capítulo 29

El juicio investigador

“Estuve mirando –dice el profeta Daniel– hasta que fueron puestos tronos, y se sentó un Anciano de días, cuyo vestido era blanco como la nieve, y el pelo de su cabeza como lana limpia; su trono llama de fuego, y las ruedas del mismo, fuego ardiente. Un río de fuego procedía y salía de delante de él; millares de millares le servían, y millones de millones asistían delante de él; el Juez se sentó, y los libros fueron abiertos” (Daniel 7:9, 10).

Así se le presentó a Daniel en visión el gran día cuando la vida de los hombres será revisada por el Juez de toda la tierra. El Anciano de días es Dios el Padre. Él, el autor de todo ser, la fuente de toda ley, ha de presidir en el juicio. Y santos ángeles lo ayudarán como ministros y testigos.

“Y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido” (Daniel 7:13, 14).

La venida de Cristo que se describe aquí no es su segunda venida a la tierra. Él viene hasta el Anciano de días en el cielo para recibir un reino que le será dado al final de su obra como Mediador. Es esta venida, y no su segundo advenimiento a la tierra, lo que había de ocurrir a la terminación de los 2.300 días, o sea, en 1844. Nuestro gran Sumo Sacerdote entró en el Lugar Santísimo para ocuparse en su última ministración en favor del hombre.

En el servicio típico del tabernáculo, las personas cuyos pecados habían sido transferidos al Santuario tenían una parte en el Día de la Expiación. Así también en la gran expiación y en el juicio investigador final, los únicos casos que se considerarán son los de quienes han profesado ser el pueblo de Dios. El juicio de los impíos es una obra separada que se hará en un período posterior. “Es tiempo

de que el juicio comience por la casa de Dios” (1 S. Pedro 4:17).

Los libros de registro del cielo han de determinar las decisiones del juicio. El Libro de la Vida contiene los nombres de todos los que alguna vez hayan entrado en el servicio de Dios. Jesús les dijo a sus discípulos: “Regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos”. San Pablo habla de sus colaboradores, “cuyos nombres están en el libro de la vida”. Daniel declara que el pueblo de Dios será librado, es decir, “todos los que se hallen escritos en el libro”. Y el revelador dice que sólo entrarán en la ciudad de Dios aquellos cuyos nombres “están inscritos en el libro de la vida del Cordero” (S. Lucas 10:20; Filipenses 4:3; Daniel 12:1; Apocalipsis 21:27).

En un “libro de memoria” están registradas las buenas obras de “los que temen a Jehová”, y de “los que piensan en su nombre”. Cada tentación resistida, cada pecado vencido, cada palabra de bondad expresada, cada acto de sacrificio, cada dolor soportado por causa de Cristo se halla consignado. “Mis huidas tú has contado; pon mis lágrimas en tu redoma; ¿no están ellas en tu libro?” (Malaquías 3:16; Salmo 56:8).

Motivos secretos

También hay un registro de los pecados de los hombres. “Porque Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala”. “De toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio... Por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado”. Los motivos secretos aparecen en el registro, pues Dios “aclarárá también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones” (Eclesiastés 12:14; S. Mateo 12:36. 37; 1 Corintios 4:5). Frente a cada nombre en los libros del cielo se consigna toda mala palabra, todo acto egoísta, todo deber no cumplido, todo pecado secreto. Las amonestaciones o los reproches enviados por el cielo y descuidados, los momentos malgastados, la influencia ejercida para el bien o para el mal con sus resultados de largo alcance, todo está consignado por el ángel registrador.

La norma del juicio

La ley de Dios es la norma del juicio. “Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre. Porque Dios traerá toda obra a juicio”. “Así hablad, y así haced, como los que habéis de ser juzgados por la ley de libertad” (Eclesiastés 12:13, 14; Santiago 2:12).

Los que en el juicio “fueren tenidos por dignos” tendrán parte en la resurrección de los justos. Jesús dijo: “Los que fueren tenidos por dignos de alcanzar aquel siglo y la resurrección de entre los muertos... son iguales a los ángeles, y son hijos de Dios, al ser hijos de la resurrección”. “Los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida” (S. Lucas 20:35, 36; S. Juan 5:29). Los justos muertos no serán levantados hasta después del juicio en el cual serán tenidos por dignos de “la resurrección de vida”. Por lo tanto, ellos no estarán presentes en persona cuando sus registros sean examinados y sus casos decididos.

Jesús se presentará como su Abogado, para interceder en su favor delante de Dios. “Si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo”. “Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios”. “Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (1 S. Juan 2:1; Hebreos 9:24; 7:25).

Al abrirse los libros de registro en el juicio, la vida de todos los que han creído en Jesús pasan en revista delante de Dios. Comenzando con los que vivieron primero sobre la tierra, nuestro Abogado presenta los casos de cada generación sucesiva. Todo nombre es mencionado, todo caso investigado. Algunos nombres son aceptados, otros son rechazados. Cuando cualquier persona tiene pecados que permanecen en los libros de registro, de los cuales no se ha arrepentido, y que no fueron perdonados, su nombre será borrado del libro de vida. El Señor le declaró a Moisés: “Al que pecare contra mí, a éste raeré yo de mi libro” (Éxodo 32:33).

Todos los que en verdad se hayan arrepentido y reclamado por la fe la sangre de

Cristo como su sacrificio expiatorio han sido perdonados, y su perdón ha sido consignado en los libros del cielo. Al llegar a ser participantes de la naturaleza de Cristo, y debido a que sus caracteres están en armonía con la ley de Dios, sus pecados serán borrados, y serán considerados dignos de la vida eterna. El Señor declara: “Yo, yo soy el que borro tus rebeliones por amor de mí mismo, y no me acordaré de tus pecados”. “El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borrará su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles”. “A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Y cualquiera que me niegue delante de los hombres yo también lo negaré delante de mi Padre que está en los cielos” (Isaías 43:25; Apocalipsis 3:5; S. Mateo 10:32, 33).

El intercesor divino presenta el pedido de que todos los que han vencido por la fe en su sangre, sean restaurados al hogar edénico y coronados como coherederos con él mismo para recibir “el señorío primero” (Miqueas 4:8). Cristo ahora pide que el plan divino que Dios tenía en la creación del hombre se lleve a efecto como si el hombre jamás hubiese caído. Él pide para sus hijos no solamente perdón y justificación, sino también que participen en su gloria y que tengan un asiento en su trono.

Mientras Jesús ruega por los súbditos de su gracia, Satanás los acusa delante de Dios. Él señala el registro de su vida, los defectos de su carácter, que no se parecen a Cristo, todos sus pecados que él los ha tentado a cometer. A causa de todo esto él los reclama como súbditos tuyos.

Jesús no excusa sus pecados, sino que demuestra su arrepentimiento y fe. Pidiendo perdón para ellos, eleva sus manos maravillosas delante del Padre, diciendo: Los he grabado en las palmas de mis manos. “Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios” (Salmo 51:17).

El Señor reprende a Satanás

Y al acusador le dice: “Jehová te reprenda, oh Satanás; Jehová que ha escogido a Jerusalén te reprenda. ¿No es éste un tizón arrebatado del incendio?” (Zacarías 3:2). Cristo vestirá a sus fieles con su propia justicia, con el fin de poder presentarlos ante su Padre como “una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante” (Efesios 5:27).

Así se realizará en forma completa la promesa del nuevo pacto: “Perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado”. “En aquellos días y en aquel tiempo, dice Jehová, la maldad de Israel será buscada, y no aparecerá”. “En aquel tiempo el renuevo de Jehová será para hermosura y gloria, y el fruto de la tierra para grandeza y honra, a los sobrevivientes de Israel. Y acontecerá que el que quedare en Sion, y el que fuere dejado en Jerusalén, será llamado santo; todos los que... estén registrados entre los vivientes” (Jeremías 31:34; 50:20; Isaías 4:2, 3).

Los pecados serán borrados

La obra del juicio investigador y el acto de borrar los pecados ha de realizarse antes del segundo advenimiento del Señor. En el servicio típico del Santuario, el sumo sacerdote venía y bendecía a la congregación. Así Cristo, a la terminación de su obra como mediador, aparecerá “sin pecado... para la salvación” (Hebreos 9:28, VM).

El sacerdote, al quitar los pecados del Santuario, los confesaba sobre la cabeza de un chivo emisario. Todos los pecados de los arrepentidos serán colocados por Cristo sobre Satanás, el instigador del pecado. El macho cabrío emisario era enviado “a tierra inhabitada” (Levítico 16:22). Satanás, al llevar la culpa de los pecados que ha hecho que el pueblo de Dios cometiera, será confinado durante mil años en la tierra desolada, y al fin sufrirá la penalidad de fuego que destruirá a los malvados. Así el plan de redención alcanzará su cumplimiento en la erradicación final del pecado.

Al tiempo señalado

Al tiempo señalado –al final de los 2.300 días, o sea, en 1844– comenzó la obra de investigación y de borramiento de los pecados. Las faltas de las cuales los hombres no se arrepintieron y por lo tanto no se apartaron, no serán borradas de los libros de registro. Los ángeles de Dios presenciaron cada pecado y lo registraron. El pecado puede ser negado, encubierto del padre, de la madre, de la esposa, de los hijos y de los asociados; pero está abierto a la vista del cielo. Dios no se engaña por las apariencias. Él no comete equivocaciones. Los hombres pueden ser engañados por los que son corruptos de corazón, pero Dios lee la vida interior.

¡Cuán solemne es este pensamiento! El más poderoso conquistador de la tierra no puede revocar el registro de un solo día. Nuestros actos, nuestras palabras, aun nuestros motivos secretos, aunque olvidados para nosotros, darán su testimonio para la justificación o la condenación.

En el juicio se investigará el uso hecho de cada talento. ¿Cómo hemos utilizado nuestro tiempo, nuestra pluma, nuestra voz, nuestro dinero, nuestra influencia? ¿Qué hemos hecho en favor de Cristo en las personas de los pobres, los afligidos, los huérfanos o las viudas? ¿Qué hemos hecho con la luz y la verdad que nos fueron dadas? Solamente el amor, a la vista del cielo, convierte cualquier acto en un hecho de valor.

El egoísmo oculto es revelado

El egoísmo oculto aparece revelado en los libros del cielo. Cuán a menudo se le han ofrecido a Satanás el tiempo, el pensamiento y la fortaleza que pertenecían a Cristo. Los profesos seguidores del Señor están totalmente ocupados en la adquisición de posesiones mundanales o el disfrute de los placeres de esta tierra. El dinero, el tiempo y la fuerza son sacrificados en aras de la ostentación y el egoísmo; pocos son los momentos consagrados a la oración, al estudio de la Biblia, a la confesión de los pecados.

Satanás inventa innumerables asuntos para que ocupen nuestra mente. El archiengañador odia las grandes verdades que traen ante nuestra vista el sacrificio expiatorio y al Mediador todopoderoso. Para el diablo lo más importante es desviar la mente de Jesús.

Los que quieren compartir los beneficios de la mediación de nuestro Salvador no deben permitir que nada les impida cumplir con su deber de perfeccionar la santidad en el temor de Dios. Las horas preciosas, en lugar de dedicarlas al placer o a la búsqueda de ganancias, deben ser consagradas al estudio de la Palabra de verdad, acompañado de oración. El Santuario y el juicio investigador deben ser claramente entendidos. Todos necesitan conocimiento de la posición y la obra de su gran Sumo Sacerdote. De otra manera será imposible ejercer la fe esencial en este tiempo.

El Santuario en los cielos es el centro de la obra de Cristo en favor de los hombres. Tiene que ver con cada alma que vive en la tierra. Abre ante la visión el plan de redención, mostrándonos la finalización de la lucha entre la justicia y el pecado.

La intercesión de Cristo

La intercesión de Cristo en favor del hombre en el Santuario del cielo es tan esencial para el plan de salvación como lo fue su muerte en la cruz. Por medio de su muerte él comenzó la obra para cuya terminación ascendió al cielo. Debemos entrar por la fe dentro del velo “donde Jesús entró por nosotros como precursor” (Hebreos 6:20). Allí se refleja la luz que proviene de la cruz. Allí obtenemos una comprensión más clara de los misterios de la redención.

“El que encubre sus pecados no prosperará; mas el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia” (Proverbios 28:13). Si los que excusan sus faltas pudieran ver cómo Satanás usa sus actos para desafiar a Cristo, confesarían sus pecados y se apartarían de ellos. Satanás trabaja para obtener el dominio de toda la mente, y él sabe que si se acarician defectos tendrá éxito. Por lo tanto, trata constantemente de engañar a los seguidores de Cristo con la idea equivocada y fatal de que para ellos resulta imposible vencer. Pero Jesús dice a todos los que quieren seguirlo: “Bástate mi gracia”. “Mi yugo es fácil, y ligera mi carga” (2 Corintios 12:9; S. Mateo 11:30). Nadie considere sus defectos como incurables. Dios dará fe y gracia para vencer.

Estamos viviendo ahora en el gran Día de la Expiación. Mientras el sumo pontífice estaba realizando la expiación en favor de Israel, se requería que todos afigieran sus almas arrepintiéndose de sus pecados. De la misma manera, todos los que quieren mantener sus nombres en el libro de la vida, deben ahora afigir sus almas delante de Dios por un verdadero arrepentimiento. Debe haber un escudriñamiento profundo y fiel del corazón. El temperamento y el espíritu frívolo que muchos demuestran deben ser puestos a un lado. Hay una guerra seria que espera a todos los que quieren subyugar las malas tendencias que luchan por la supremacía. Todos deben ser hallados sin “mancha ni arruga ni cosa semejante” (Efesios 5:27).

En este tiempo, más que nunca antes, corresponde que cada alma preste oídos a la admonición del Salvador: “Velad y orad; porque no sabéis cuándo será el tiempo” (S. Marcos 13:33).

El destino de todos decidido

El tiempo de gracia finaliza un poco antes de la aparición del Señor en las nubes del cielo. Cristo, observando con anticipación ese momento, declara: “El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santíquese todavía. He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra” (Apocalipsis 22:11, 12).

Los hombres estarán plantando y edificando, comiendo y bebiendo, del todo inconscientes de que la decisión final ha sido pronunciada en el Santuario del cielo. Antes del diluvio, después que Noé entró en el arca, Dios cerró la puerta dejando adentro a Noé y afuera a los impíos. Pero por siete días los hombres continuaron su vida amante del placer y se mofaron de las advertencias del juicio. “Así –dice el Salvador– será también la venida del Hijo del Hombre”. Silenciosamente, en forma tan inadvertida como el ladrón que llega a medianoche, vendrá la hora que señalará la fijación del destino de todo ser humano. “Velad... para que cuando venga de repente, no os halle durmiendo” (S. Mateo 24:39; S. Marcos 13:35, 36).

La despreocupación es la condición de los que, al cansarse de velar, se vuelven a las atracciones del mundo. Mientras el hombre de negocios está preocupado en la obtención de ganancias, mientras el amante de placeres corre tras ellos, mientras la esclava de la moda está ataviándose, puede ser que en esa misma hora el Juez de toda la tierra esté pronunciando la sentencia: “Pesado has sido en balanza, y fuiste hallado falto” (Daniel 5:27).

Capítulo 30

El origen del mal y del dolor

Muchos observan la obra del mal con sus desgracias y su desolación, y se preguntan cómo puede existir esto bajo la soberanía de Uno que es infinito en sabiduría, poder y amor. Los que son propensos a la duda dicen esto como una excusa para rechazar las palabras de las Sagradas Escrituras. La tradición y las falsas interpretaciones han oscurecido la enseñanza de la Biblia concerniente al carácter de Dios, la naturaleza de su gobierno y los principios que rigen la forma en que él se relaciona con el pecado.

Es imposible explicar el origen del pecado como para dar una razón de su existencia. Sin embargo, puede entenderse lo suficiente con respecto a su iniciación y a la situación final del pecado como para que resulte plenamente manifiesta la justicia y la benevolencia de Dios. Dios de ninguna manera es responsable del mal; él no ha retirado arbitrariamente la gracia divina, ni ha habido deficiencia en el gobierno de Dios que diera ocasión a la rebelión. El pecado es un intruso por cuya presencia no puede darse ninguna razón. El excusarlo sería defenderlo. Si se pudiera encontrar una excusa por el mismo, dejaría de ser pecado. El pecado es el desarrollo de un principio que está en guerra con la ley de amor, la cual es el fundamento del gobierno divino.

Antes de la entrada del mal había paz y gozo por todo el universo. El amor a Dios era supremo, y el amor mutuo entre los seres era imparcial. Cristo, el Hijo unigénito de Dios, era uno con el Padre eterno en naturaleza, en carácter, en propósito; el único ser que podía entrar en todos los consejos y los propósitos de Dios. “Porque por él fueron creadas todas las cosas, en los cielos... ora sean tronos, o dominios, o principados, o poderes” (Colosenses 1:16, VM).

Siendo la ley de amor el fundamento del gobierno de Dios, la felicidad de todos los seres creados dependía de su armonía con sus principios de justicia. Dios de ninguna manera se complace en una lealtad forzada, y a todos concede libertad de elección, con el fin de que puedan rendirle un servicio voluntario.

Pero hubo uno que escogió pervertir esta libertad. El pecado lo originó uno que, siendo el primero después de Cristo, había sido el más honrado por Dios. Antes de su caída, Lucifer era el primero de los querubines cubridores, santo e incontaminado. “Así ha dicho Jehová el Señor: Tú eras el sello, de la perfección, lleno de sabiduría, y acabado de hermosura. En Edén, en el huerto de Dios estuviste; de toda piedra preciosa era tu vestidura... Tú, querubín grande, protector, yo te puse en el santo monte de Dios, allí estuviste; en medio de las piedras de fuego te paseabas. Perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad... Se enalteció tu corazón a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu esplendor”. “Pusiste tu corazón como corazón de Dios”. “Tú que decías... Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré... sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo” (Ezequiel 28:12-17, 6; Isaías 14:13, 14).

Codiciando el honor que el Padre había otorgado a su Hijo, este príncipe de los ángeles aspiró a poseer un poder que era prerrogativa de Cristo solamente ejercer. Una nota discordante ahora echó a perder la armonía celestial. La exaltación del yo despertó presentimientos de mal en la mente de aquellos para quienes la gloria de Dios era suprema. Los concilios celestiales intercedieron ante Lucifer. El Hijo de Dios presentó delante de él la bondad y la justicia del Creador y la naturaleza sagrada de su ley. Al apartarse de ella, Lucifer iba a deshonrar a su Hacedor y traer ruina sobre sí mismo. Pero la amonestación solamente despertó resistencia. Lucifer permitió que prevalecieran los celos contra Cristo.

El orgullo alimentó el deseo de supremacía. Los altos honores conferidos a Lucifer no despertaron un sentimiento de gratitud hacia el Creador. Él deseaba ser igual a Dios. Pero el Hijo de Dios era el Soberano reconocido del cielo, uno en poder y autoridad con el Padre. Cristo participaba en todos los consejos de Dios, mas a Lucifer no se le permitía entrar en los propósitos divinos. “¿Por qué –preguntó este ángel poderoso– debe Cristo tener la supremacía? ¿Por qué él resulta honrado de esta manera sobre Lucifer?”

Descontento entre los ángeles

Abandonando su lugar en la presencia de Dios, Lucifer salió a difundir el descontento entre los ángeles. Actuando con un sigilo misterioso, ocultando su verdadero propósito bajo la apariencia de reverencia hacia Dios, trataba de excitar el desafecto hacia las leyes que gobernaban a los seres celestiales, diciendo que ellas imponían restricciones innecesarias. Siendo que los ángeles eran de naturaleza santa, insistía que éstos debían obedecer los dictados de su propia voluntad. Dios había obrado con injusticia al otorgarle supremo honor a Cristo. Él alegaba que no se proponía la exaltación propia sino que estaba tratando de lograr libertad para todos los habitantes del cielo, con el fin de que ellos alcanzaran una existencia superior.

Dios soportó por largo tiempo a Lucifer. Este no fue degradado de su posición exaltada aun cuando empezó a presentar declaraciones falsas ante los ángeles. Una y otra vez se le ofreció perdón a condición de arrepentimiento y sumisión. Se hicieron esfuerzos que solamente el amor infinito podía idear para convencerlo de su error. El descontento nunca se había conocido en el cielo. Lucifer mismo, al principio, no entendía la verdadera naturaleza de sus sentimientos. Cuando se comprobó que su insatisfacción no tenía causa, Lucifer se convenció de que los principios divinos eran justos y de que él debía reconocerlos ante todo el cielo. Si hubiera hecho esto, se habría salvado a sí mismo y a muchos ángeles. Si hubiera estado dispuesto a regresar a Dios, y hubiera estado satisfecho de ocupar el lugar que le fuera señalado, hubiera sido restablecido en su función. Pero el orgullo le impidió someterse. Sostuvo que no tenía necesidad de arrepentirse, y se empeñó totalmente en el gran conflicto contra su Hacedor.

Todas las facultades de su mente maestra se empeñaron ahora en una obra de engaño, para asegurarse la simpatía de los ángeles. Satanás afirmó que había sido juzgado erróneamente y que su libertad había sido restringida. Con engañosas interpretaciones de las palabras de Cristo trató de usar falsedades, acusando al Hijo de Dios de que deseaba humillarlo ante los habitantes del cielo.

A todos aquellos a quienes no podía sobornar y ganar para su lado, los acusó de

indiferencia a los intereses de los seres celestiales. Usó el recurso de falsear el carácter del Creador. Su método consistía en llevar la perplejidad a la mente de los ángeles con argumentos sutiles en cuanto a los propósitos de Dios. Todo lo que era sencillo lo envolvía en el misterio, y mediante una perversión astuta arrojaba dudas sobre las más sencillas declaraciones del Todopoderoso. Su alta posición daba más fuerza a sus argumentos. Muchos fueron inducidos a unirse con él en la rebelión.

El espíritu de desafecto culmina en una rebelión abierta

Dios en su sabiduría permitió que Satanás llevara adelante su obra, hasta que el espíritu de desafecto remató en la revuelta. Era necesario que sus planes se desarrollaran plenamente, para que su verdadera naturaleza pudiera ser apreciada por todos. Lucifer era grandemente amado por los seres angelicales, y su influencia sobre ellos era poderosa. El gobierno de Dios incluía no solamente a los habitantes del cielo, sino de todos los mundos que él había creado; y Satanás pensó que si él podía llevar consigo a los ángeles en su rebelión también podía hacerlo en los otros mundos. Empleando la astucia y el fraude, su poder para engañar era muy grande. Aun los ángeles leales no podían discernir plenamente su carácter ni ver a qué cosa estaba conduciendo su obra.

Satanás había sido tan altamente honrado, y todos sus actos estaban tan envueltos en el misterio, que era difícil que los ángeles descubrieran la verdadera naturaleza de su obra. Hasta que no se desarrolla plenamente, el pecado no aparece como el mal que realmente es. Los seres celestiales no podían discernir las consecuencias de apartarse de la ley divina. Al comienzo Satanás aparentó promover el honor de Dios y el bien de todos los habitantes del cielo.

En su relación con el pecado, Dios podía emplear solamente la justicia y la verdad. Satanás podía usar lo que Dios no podía: la adulación y el engaño. El verdadero carácter del usurpador debía ser entendido por todos. Debía tener tiempo para manifestarse a sí mismo mediante sus obras malvadas.

Satanás achacaba a Dios la discordia que su propia conducta había causado en el cielo. Todo el mal, declaraba él, era el resultado de la administración divina. Por lo tanto, era necesario que se evidenciaran las consecuencias de los cambios que él proponía en la ley divina. Pero su propia obra debía condenarlo; el universo entero debía ver al engañador desenmascarado.

Aun cuando se decidió que él no podía quedar más en el cielo, la Sabiduría infinita no destruyó a Satanás. La lealtad de las criaturas de Dios debe descansar

sobre la confianza en la justicia divina. Los habitantes del cielo y de los otros mundos, al no estar preparados para comprender las consecuencias del pecado, no podían entonces haber visto la justicia y la misericordia de Dios en la destrucción de Satanás. Si él hubiera sido inmediatamente eliminado de la existencia, ellos habrían servido a Dios más bien por temor que por amor. La influencia del engañador no habría sido completamente destruida, ni el espíritu de rebelión erradicado. Por el bien del universo, por los siglos eternos Satanás debía desarrollar más plenamente sus principios, para que sus acusaciones contra el gobierno divino pudieran ser vistas tal como son por todos los seres creados.

La rebelión de Satanás había de ser para el universo un testimonio de los terribles resultados del pecado. Su gobierno debía mostrar los frutos de apartarse de la autoridad divina. La historia de este terrible experimento de rebelión había de ser una salvaguardia perpetua para todas las santas inteligencias, que debía salvarlas del pecado y de su castigo.

Cuando se anunció que junto con todos sus simpatizantes el gran usurpador debía ser arrojado de las moradas de bendición, el dirigente rebelde abiertamente declaró su desacato a la ley del Creador. Denunció los estatutos divinos como una restricción de la libertad y afirmó su propósito de obtener la abolición de la ley. Libres de esta restricción, las huestes del cielo podrían entrar en un estado de existencia más exaltado.

Expulsado del cielo

Satanás y su hueste arrojaron la culpa de su rebelión sobre Cristo; declararon que si no hubieran sido reprobados, nunca se habrían rebelado. Contumaces y desafiantes, y sin embargo reclamando en forma blasfema ser víctimas inocentes de un poder opresivo, el archirrebelde y sus simpatizantes fueron expulsados del cielo (ver Apocalipsis 12:7-9).

El espíritu de Satanás también inspira rebelión sobre la tierra en los hijos de desobediencia. A semejanza de él, éstos prometen a los hombres libertad por la transgresión de la ley de Dios. La reprobación del pecado todavía despierta odio. Satanás induce a los hombres a justificarse a sí mismos y a buscar la simpatía de otros en su pecado. En lugar de corregir sus errores, excitan indignación contra quien los repreuba, acusándolo de ser la causa de la dificultad.

Usando la misma falsa representación del carácter de Dios que él había practicado en el cielo, haciendo que se considere a Dios como severo y tiránico, Satanás indujo al hombre al pecado. Declaró que las restricciones de Dios son injustas y que ellas condujeron al hombre a la caída, así como lo han inducido a él mismo a su rebelión.

Al expulsar a Satanás del cielo, Dios manifestó su justicia y su honor. Pero cuando el hombre pecó, Dios le dio evidencia de su amor cediendo a su Hijo para que muriera por la raza caída. En la expiación se revela el carácter de Dios. El poderoso argumento de la cruz demuestra que el pecado de ninguna manera podía atribuirse al gobierno de Dios. Durante el ministerio terrenal del Salvador, el gran engañador fue desenmascarado. La atrevida blasfemia de su exigencia de que Cristo le rindiera homenaje, la malicia siempre creciente con que lo persiguió de lugar en lugar, inspirando el corazón de los sacerdotes y el del pueblo a rechazar su amor y a clamar: “¡Crucifícale! ¡Crucifícale!”, todo esto despertó el asombro y la indignación del universo. El príncipe del mal ejerció todo su poder y su astucia para destruir a Jesús. Satanás empleó a hombres como agentes suyos para llenar la vida del Salvador de sufrimiento y dolor. Los fuegos acumulados de la envidia y la malicia, del odio y la venganza, explotaron en el Calvario contra el Hijo de Dios.

Ahora la culpa de Satanás se destacó sin excusa. Había revelado sus verdaderos sentimientos. Las acusaciones mentirosas del diablo contra el carácter divino aparecieron con toda claridad. Él había acusado a Dios de buscar la exaltación de sí mismo al exigir obediencia de parte de sus criaturas, y había declarado que mientras el Creador exigía la abnegación de parte de los demás, él mismo no practicaba ninguna abnegación ni hacía ningún sacrificio. Ahora se veía que el Gobernante del universo había hecho el mayor sacrificio que el amor puede realizar, pues “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo” (2 Corintios 5:19). Con el fin de destruir el pecado Cristo se había humillado a sí mismo y había llegado a ser obediente hasta la muerte.

Un argumento en favor del hombre

Todo el cielo vio la justicia de Dios revelada. Lucifer había aseverado que la raza pecadora estaba más allá de toda redención. Pero la penalidad de la ley cayó sobre Aquel que era igual a Dios, y el hombre estaba libre para aceptar la justicia de Cristo, y por el arrepentimiento y la humillación triunfar sobre el poder de Satanás.

Pero no fue solamente para redimir al hombre por lo que Cristo vino a la tierra a morir. Él vino a demostrar a todos los mundos que la ley de Dios es incambiable. La muerte de Cristo prueba que ella es inmutable y demuestra que la justicia y la misericordia son el fundamento del gobierno de Dios. En el juicio final se verá que no existe ninguna causa para el pecado. Cuando el Juez de toda la tierra interroga a Satanás: “¿Por qué te has rebelado contra mí?”, el originador del pecado no podrá presentar ninguna excusa.

En el clamor que señaló la muerte del Salvador “sonó el toque de agonía de Satanás”. El gran conflicto quedó entonces definido, la erradicación final del mal asegurada. Cuando venga “el día ardiente como un horno... todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa; aquel día que vendrá los abrasará, ha dicho Jehová de los ejércitos, y no les dejará ni raíz ni rama” (Malaquías 4:1).

Nunca volverá a manifestarse el mal. La ley de Dios será honrada como la ley de la libertad. Habiendo pasado por tal prueba y experiencia, la creación no se apartará nunca más de la lealtad de Aquel cuyo carácter quedó manifestado como un amor insondable y una sabiduría infinita.

Capítulo 31

El gran enemigo del hombre

“Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar” (Génesis 3:15). Esta enemistad no es natural. Cuando el hombre violó la ley divina, su naturaleza se corrompió, llegando a ser semejante a la de Satanás. Los ángeles caídos y los hombres perversos se unieron en un compañerismo desesperado. Si Dios no se hubiera interpuesto, Satanás y el hombre hubieran entrado en una alianza contra el cielo, y toda la familia humana se habría unido en oposición a Dios.

Cuando Satanás oyó que debía existir enemistad entre él y la mujer, y entre su simiente y la simiente de la mujer, él supo que, utilizando algún medio, el hombre habría de ser capacitado para resistir su poder.

Cristo implanta en el hombre enemistad contra Satanás. Sin esta gracia convertidora y este poder renovador, el hombre continuaría como siervo siempre listo a realizar los deseos de Satanás. Pero el nuevo principio creaba en el alma un conflicto; el poder que Cristo imparte capacita al hombre para resistir al tirano. El aborrecer el pecado en vez de amarlo revela un principio que es totalmente de arriba.

El antagonismo entre Cristo y Satanás se manifestó en forma notable en la recepción que el mundo le tributó a Jesús. La pureza y laantidad de Cristo le acarrearon el odio de los impíos. El renunciamiento propio que él demostró era una reprobación perpetua para el pueblo orgulloso y sensual. Satanás y los malos ángeles se unieron con los hombres perversos contra el Campeón de la verdad. La misma enemistad se manifiesta hacia los seguidores de Cristo. Todos los que resisten la tentación despertarán la ira de Satanás. Cristo y Satanás no pueden armonizar. “Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución” (2 Timoteo 3:12).

Los agentes de Satanás tratan de engañar a los seguidores de Cristo y seducirlos

para que abandonen su lealtad. Pervierten las Escrituras para conseguir su objetivo. El espíritu que dio muerte a Cristo mueve a los malvados con el propósito de destruir a los cristianos. Todo esto se predice: “Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya”.

¿Por qué es que Satanás no encuentra mayor resistencia? Porque los soldados de Cristo tienen muy poca relación verdadera con el Señor. El pecado no es repulsivo para ellos como lo era para su Maestro. No le hacen frente con decidida resistencia. Están cegados en cuanto al carácter del principio de las tinieblas. Multitudes no saben que su enemigo es un general poderoso que guerrea contra Cristo. Aun los ministros del evangelio descuidan las evidencias de su actividad. Parecen ignorar su verdadera existencia.

Un adversario vigilante

Este adversario vigilante está introduciendo su presencia en cada hogar, en cada calle, en las iglesias, en los concilios nacionales, en las cortes de justicia. Está creando perplejidad, engañando, seduciendo y arruinando por doquiera las almas y los cuerpos de los hombres, las mujeres y los niños. Quebranta la unión familiar, sembrando odios, luchas, sedición y crimen. Y el mundo parece considerar estas cosas como si Dios las hubiera ideado y como si ellas debieran existir. Todos los que no son seguidores decididos de Cristo son siervos de Satanás. Cuando los cristianos eligen la sociedad de los impíos, se exponen a sí mismos a la tentación. Satanás se les oculta de la vista y les cubre también los ojos con su manto engañador.

La conformidad con las costumbres mundanas convierte a las iglesias al mundo; nunca convierte el mundo a Cristo. La familiaridad con el pecado hará que éste aparezca menos repulsivo. Cuando afrontamos pruebas en el camino del deber, podemos estar seguros de que Dios nos protegerá; pero si nos colocamos a nosotros mismos bajo la tentación, tarde o temprano caeremos.

El tentador a menudo obra con más éxito por medio de aquellos de quienes menos se sospecha que están controlados por su poder. Los talentos y la cultura son dones de Dios; pero cuando estas cosas lo separan a uno de él, se convierten en una trampa. Más de un hombre de cultura intelectual y de maneras agradables es un instrumento pulido en las manos de Satanás.

Nunca olvidemos las advertencias inspiradas que han resonado a través de los siglos hasta nuestro tiempo: “Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar” (1 S. Pedro 5:8). “Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo” (Efesios 6:11). Nuestro gran enemigo se está preparando para su última campaña. Todos los que sigan a Jesús estarán en conflicto con este adversario. Cuanto más de cerca el cristiano imite el modelo divino, más seguramente se hará blanco de los asaltos del diablo.

Satanás atacó a Cristo con fiereza y tentaciones sutiles; pero fue rechazado en

todo conflicto. Esas victorias que él obtuvo hacen que también nosotros podamos vencer. Cristo dará fuerza a todos los que la busquen. Ningún hombre, sin su propio consentimiento, puede ser obligado por Satanás. El tentador no tiene el poder para controlar la voluntad o para forzar al alma a pecar. Puede causar aflicción, pero no contaminación. El hecho de que Cristo triunfó debe inspirar en sus seguidores el valor para pelear la batalla contra el pecado y contra Satanás.

Capítulo 32

¿Quiénes son los demonios o malos espíritus?

En las Escrituras se presentan claramente a los ángeles de Dios y a los malos espíritus, así como sus actividades, que están entrelazadas con la historia humana. Los santos ángeles son enviados para servir a “los que serán herederos de la salvación” (Hebreos 1:14). Los ángeles –buenos o malos– son considerados por muchos como espíritus de los muertos. Pero las Escrituras comprueban que no se trata de espíritus desencarnados de los muertos.

Antes de la creación del mundo, los ángeles ya existían, pues cuando eran puestos los fundamentos de la tierra “alababan todas las estrellas del alba, y se regocijaban todos los hijos de Dios” (Job 38:7). Después de la caída del hombre, antes que hubiera muerto algún ser humano, fueron enviados ángeles a guardar el árbol de la vida. Los ángeles son superiores a los hombres, porque el hombre fue “hecho poco menor que los ángeles” (Salmo 8:5).

Dijo el profeta: “Oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono”. Ellos sirven en la presencia del Rey de reyes, pues son “ministros suyos”, que hacen “su voluntad”, “obedeciendo a la voz de su precepto” (Apocalipsis 5:11; Salmo 103:20, 21). El apóstol San Pablo habla de “las huestes innumerables de ángeles” (Hebreos 12:22, VM). Como mensajeros de Dios, iban y volvían “a semejanza de relámpagos” (Ezequiel 1:14); tan deslumbradora es su gloria y tan veloz su vuelo. El ángel que apareció en la tumba del Señor, y cuyo “aspecto era como un relámpago, y su vestido blanco como la nieve”, hizo que los guardias temblaran de miedo y quedaran “como muertos” (S. Mateo 28:3, 4). Cuando Senaquerib blasfemó contra Dios y amenazó a Israel, “acontecio que aquella misma noche salió el ángel de Jehová, y mató en el campamento de los asirios a ciento ochenta y cinco mil” (2 Reyes 19:35).

Los ángeles son enviados con misiones de misericordia a los hijos de Dios. A Abrahán fueron enviados con promesas de bendición; a Lot, para rescatarlo de la condenación de Sodoma; a Elías, porque estaba por perecer en el desierto; a

Eliseo, con carrozas y caballos de fuego cuando fue asediado por sus enemigos; a Daniel, cuando estaba abandonado como presa de los leones; a San Pedro, estando condenado a muerte en la cárcel de Herodes; a los presos de Filipos; a San Pablo, en la noche de la tempestad sobre el mar; a Cornelio, para abrir su mente con el fin de que recibiera el evangelio; para enviar a San Pedro con el mensaje de salvación a un extranjero. Así los santos ángeles han servido a los hijos de Dios.

Los ángeles guardianes

Un ángel guardián ha sido señalado para acompañar a todo seguidor de Cristo. “El ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen, y los defiende”. Dijo el Salvador, hablando de los que creen en él: “Mirad que no menospreciéis a uno de estos pequeños; porque os digo que sus ángeles en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre” (Salmo 34:7; S. Mateo 18:10). El pueblo de Dios, teniendo que hacer frente a la malicia siempre presente del príncipe de las tinieblas, tiene la seguridad de la protección incesante de los ángeles. Tal seguridad es dada porque existen poderosos agentes del mal que han de ser confrontados; numerosas fuerzas, decididas e incansables.

Los malos espíritus, creados al comienzo como seres sin pecado, eran iguales en naturaleza, poder y gloria a los santos ángeles que ahora son mensajeros de Dios. Pero al caer debido al pecado, se aliaron para deshonrar a Dios y destruir a los hombres. Unidos con Satanás en rebelión, cooperan en la guerra contra la autoridad divina.

La historia del Antiguo Testamento menciona su existencia, pero fue durante el tiempo que Cristo estuvo en la tierra cuando los malos espíritus manifestaron su poder de la manera más notable. Cristo había venido a redimir al hombre, y Satanás se había propuesto controlar al mundo. Él había tenido éxito en establecer la idolatría en toda la tierra, excepto en Palestina. Cristo vino al único país que no se había entregado totalmente al tentador, extendiendo sus brazos de amor, invitando a todos a encontrar perdón y paz en él. Las huestes de las tinieblas comprendieron que si la misión de Cristo tenía éxito, su reino terminaría pronto.

En el Nuevo Testamento se declara que había hombres poseídos por los demonios. Las personas que sufrían de esta manera no eran afligidas sencillamente por una enfermedad debida a causas naturales; Cristo reconoció la presencia directa y la obra de los malos espíritus. Los endemoniados de Gadara, miserables desafortunados, se retorcían, echaban espumarajos por la boca, se hallaban enfurecidos, se hacían violencia a sí mismos y constituían un peligro para todos los que se les acercaban. Sus cuerpos sangrantes y desfigurados, así

como sus mentes trastornadas, resultaban un espectáculo muy agradable para el príncipe de las tinieblas. Uno de los demonios que dominaban a estos afligidos declaró: “Legión me llamo; porque somos muchos” (S. Marcos 5:9). En el ejército romano una legión consistía de tres a cinco mil hombres. A la orden de Jesús los malos espíritus abandonaron a sus víctimas, quedando éstas tranquilas, en uso de su razón y afables. Pero los demonios ahogaron a una horda de cerdos en el mar, y para los habitantes de Gadara esa pérdida era más importante que la bendición que Cristo había concedido; y pidieron que el Divino Salvador se retirara (ver S. Mateo 8:28-34). Echándole la culpa de su pérdida a Jesús, Satanás suscitó los temores egoístas del pueblo, y les impidió que escucharan las palabras del Salvador.

Cristo permitió que los malos espíritus destruyeran a los cerdos como una reprobación a los judíos que estaban criando esos animales inmundos para obtener ganancias. Si Cristo no hubiera restringido a los demonios, éstos no solamente habrían sumergido a los cerdos en el agua, sino también a los que los cuidaban y a los dueños.

Además, este acontecimiento fue permitido para que los discípulos, presenciando el poder cruel de Satanás tanto sobre los hombres como sobre los animales, no fueran engañados por sus trampas. Era también el propósito de Dios que el pueblo contemplara su poder para quebrantar la esclavitud de Satanás y libertar a sus cautivos. Aunque Jesús mismo partió de allí, los hombres liberados de manera tan maravillosa permanecieron para declarar la misericordia de su Benefactor.

Se registraron otros ejemplos: la hija de una mujer sirofenicia, terriblemente afeccionada por un mal espíritu, al cual Jesús echó por su palabra (S. Marcos 7:24-30); un joven que tenía un espíritu que a menudo lo arrojaba en el fuego y en el agua, para destruirlo (S. Marcos 9:14-27); el maníático, atormentado por un espíritu de demonio inmundo, que perturbaba la tranquilidad del sábado en la sinagoga de Capernaum (S. Lucas 4:33-36); todos éstos fueron sanados por el Salvador. En casi todos los casos, Cristo se dirigió al demonio como a una entidad inteligente, ordenándole que dejara de atormentar a su víctima. Los adoradores de Capernaum se asombraron “y hablaban unos a otros, diciendo: ¿Qué palabra es ésta, que con autoridad y poder manda a los espíritus inmundos, y salen?” (S. Lucas 4:36).

Con el propósito de obtener poder sobrenatural, algunos daban la bienvenida a la

influencia satánica. Estos, por supuesto, no tenían conflicto con los demonios. A esta clase pertenecían los que poseían el espíritu de adivinación: Simón el mago, Elimas el hechicero, y la joven que seguía a Pablo y Silas en Filipos (ver Hechos 8:9, 18; 13:8; 16:16-18).

Nadie está en mayor peligro que los que niegan la existencia del diablo y de sus ángeles. Muchos prestan atención a sus sugerencias mientras suponen que están siguiendo su propia sabiduría. A medida que nos acerquemos al fin del tiempo, cuando Satanás ha de obrar con mayor poder para engañar, hará circular por doquier la creencia de que él no existe. Su treta consiste en ocultarse a sí mismo y esconder sus métodos de trabajo.

El gran engañador teme que lleguemos a familiarizarnos con sus procedimientos. Para disfrazar su verdadero carácter él ha hecho que fuera representado de tal manera que se lo considere como algo ridículo o con desprecio. Le agrada ser pintado como deforme o repugnante, mitad animal y mitad hombre. Le gusta oír su nombre usado como objeto de diversión y de burla. Debido a que él mismo se ha disfrazado con consumada habilidad, muchos preguntan: “¿Existe realmente un ser semejante?” Debido a que Satanás puede dominar con rapidez la mente de quienes están inconscientes de su influencia, la Palabra de Dios descubre ante nosotros sus fuerzas secretas, colocándonos así en guardia.

Podemos encontrar asilo y liberación en el poder superior de nuestro Redentor. Cuidadosamente, aseguramos nuestras casas con cerrojos y candados para proteger nuestra propiedad y nuestra vida de los malos hombres, pero rara vez pensamos en los ángeles malos, contra cuyos ataques no tenemos defensa alguna si dependemos de nuestra propia fuerza. Si lo permitimos, ellos pueden desequilibrar nuestra mente, atormentar nuestro cuerpo, y destruir nuestras posesiones y nuestra vida. Pero los que siguen a Cristo están seguros bajo su cuidado, pues los protegen ángeles que los superan en fuerza. El maligno no puede vencer la guardia que Dios ha colocado en torno a su pueblo.

Capítulo 33

Cómo derrotar a Satanás

El gran conflicto entre Cristo y Satanás pronto ha de finalizar, y el maligno redobla sus esfuerzos para hacer fracasar la obra de Cristo en favor del hombre. El mantener a las personas en la oscuridad y la impenitencia, hasta que la mediación del Salvador termine, es el objetivo que el diablo trata de obtener. Cuando prevalece la indiferencia en la iglesia, él no está preocupado. Pero cuando las almas preguntan: “¿Qué debo hacer para ser salvo?”, entonces se hace presente para oponerse con su poder a Cristo y trata de destruir la influencia del Espíritu Santo.

En una ocasión, cuando los ángeles vinieron a presentarse delante del Señor, Satanás también vino, no para reverenciar al Rey eterno, sino para hacer triunfar sus malignos designios contra los justos (ver Job 1:6). Y así también ahora está presente cuando los hombres se reúnen para realizar un culto, y trabaja con diligencia para dominar la mente de los adoradores. Cuando ve al mensajero de Dios estudiando las Escrituras, toma nota del tema que ha de ser presentado. Entonces hace uso de toda su astucia y pericia para arreglar las cosas de tal modo que el mensaje de la vida no llegue a aquellos a quienes está engañando precisamente sobre ese punto. Los que más necesitan la amonestación serán urgidos a ocuparse en algún negocio, o entretenidos de alguna otra manera, para que no escuchen la Palabra.

Satanás ve a los siervos de Dios agobiados a causa de la oscuridad que rodea al pueblo. Él escucha sus oraciones por medio de las cuales piden gracia divina y poder para quebrantar el ensalmo de la indiferencia y la indolencia. Entonces, con renovado celo, tienta a los hombres a complacer el apetito o cualquier otra forma de sensualidad, y así adormece sus sensibilidades, de manera que dejan de escuchar precisamente las cosas que más necesitan aprender.

Satanás sabe que todos los que descuidan la oración y el estudio de las Escrituras serán vencidos por sus ataques. Por lo tanto, inventa todo método posible para

ocupar su mente. Sus ayudadores, que son su mano derecha, están siempre activos cuando Dios trabaja. Ellos presentarán a los más fervientes y abnegados siervos de Cristo como engañadores. Su obra consiste en torcer los motivos de todo acto noble, hacer circular insinuaciones y levantar sospechas en la mente de los que carecen de experiencia. Pero puede verse fácilmente de quién son hijos, el ejemplo de quién siguen y las órdenes de quién realizan. “Por sus frutos los conoceréis” (S. Mateo 7:16; ver también Apocalipsis 12:10).

La verdad santifica

El gran engañador tiene muchas herejías preparadas para adecuarse a los diversos gustos de aquellos a quienes quiere arruinar. Su plan consiste en introducir en la iglesia elementos hipócritas, no regenerados, que estimularán la duda y la incredulidad. Muchos que no tienen verdadera fe en Dios aceptan sólo algunos principios de verdad y pasan por cristianos, y así pueden introducir errores como si fueran doctrinas de las Escrituras. Satanás sabe que la verdad, recibida con amor, santifica el alma. Por lo tanto, trata de sustituirla por falsas teorías, fábulas y otro evangelio. Desde el comienzo, los siervos de Dios han luchado contra falsos maestros, que no son solamente hombres viciosos, sino que enseñan falsoades fatales para el alma. Elías, Jeremías, San Pablo, firmemente se opusieron a los que apartaban a los hombres de la Palabra de Dios. La liberalidad que considera una fe correcta como algo sin importancia no encontraba el favor de los santos defensores de la verdad.

Las interpretaciones vagas y fantasiosas de las Escrituras y las teorías contradictorias que imperan en el mundo cristiano son la obra de nuestro gran adversario para crear confusión mental. La discordia y la división entre las iglesias se deben en gran medida a la costumbre de torcer las Escrituras para tratar de fundamentar una idea favorita.

Con el propósito de sostener doctrinas erróneas, algunos se valen de pasajes de la Biblia separados de su contexto, mencionando solamente la mitad de un versículo para probar su punto, cuando la porción restante muestra que el significado es lo opuesto. Con la astucia de la serpiente se atrincheran detrás de declaraciones desconectadas que usan para satisfacer deseos carnales. Otros se valen de figuras y símbolos, los interpretan para acomodarlos a su fantasía, con poca consideración hacia el testimonio de la Biblia como su propio intérprete, y entonces presentan sus ideas ilusorias como enseñanza de la Biblia.

La Biblia entera es una guía

Cuando se emprende el estudio de las Escrituras sin un espíritu de oración ni disposición a aprender, los pasajes más sencillos son privados de su verdadero significado. La Biblia entera debe ser dada al pueblo tal como está.

Dios dio la segura palabra de la profecía; los ángeles y aun Cristo mismo vinieron para darle a conocer a Daniel y a San Juan las cosas que deben acontecer pronto (Apocalipsis 1:1). Los asuntos importantes que conciernen a nuestra salvación no fueron revelados de una manera tal que causaran perplejidad y desviaran a los que honradamente están buscando la verdad. La Palabra de Dios es clara para todos los que la estudian con espíritu de oración.

Bajo el clamor de liberalidad, los hombres son enceguecidos por los engaños de su adversario. Él tiene éxito en reemplazar la Biblia por especulaciones humanas; así la ley de Dios es puesta a un lado, y las iglesias se hallan bajo la esclavitud del pecado en tanto que pretenden estar libres.

Dios ha permitido que un diluvio de luz inundara el mundo en materia de descubrimientos científicos. Pero aun las más poderosas mentes, si no son guiadas por la Palabra de Dios, se descarrían en sus intentos de investigar las relaciones que hay entre la ciencia y la revelación.

El conocimiento humano es parcial e imperfecto; por lo tanto, muchos no pueden armonizar sus puntos de vista científicos con las Escrituras. Muchos aceptan meras teorías como hechos científicos, y piensan que la Palabra de Dios ha de ser probada por la “falsamente llamada ciencia” (1 Timoteo 6:20). Debido a que no pueden explicar al Creador y sus obras por las leyes naturales, consideran la historia bíblica indigna de confianza. Los que dudan del Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento demasiado a menudo dan un paso más y dudan de la existencia de Dios. Al perder su ancla, chocan contra las rocas de la incredulidad.

El mantener a los hombres haciendo conjeturas con respecto a lo que Dios no ha revelado es la obra maestra de los engaños de Satanás. Lucifer estaba

insatisfecho porque no le fueron revelados todos los secretos de los propósitos de Dios, y entonces desconoció lo que había sido revelado. Ahora él trata de poner en los hombres el mismo espíritu y así hacer que también rechacen los mandatos directos de Dios.

Cuanto menos espirituales se presenten las doctrinas y cuanto menos abnegación requieran, mayor es el favor con el cual serán recibidas. Satanás está listo para satisfacer el deseo del corazón, y presenta el engaño en lugar de la verdad. Es así como el papado logró dominar las mentes humanas. Y al rechazar la verdad porque ella implica una cruz, los protestantes están siguiendo el mismo sendero. Todos los que procuren la conveniencia y la comodidad, para no estar en desacuerdo con el mundo, serán dejados para que reciban “herejías destructoras” como si fueran verdades (2 S. Pedro 2:1). Puede ser que alguno mire con horror algún engaño, pero recibirá prestamente otro. “Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron la verdad, sino que se complacieron en la injusticia” (2 Tesalonicenses 2:11, 12).

Errores peligrosos

Entre los agentes más engañosos del gran impostor están los milagros mentirosos del espiritismo. Cuando los hombres rechazan la verdad caen presa de este engaño.

Otro error doctrinal es el negar la divinidad de Cristo, y pretender que él no existió antes de su advenimiento a este mundo. Esta teoría contradice las declaraciones de nuestro Salvador concernientes a su relación con el Padre y a su preexistencia. Mina la fe en la Biblia como una revelación de Dios. Si los hombres rechazan el testimonio de la Escritura concernientes a la divinidad de Cristo, es en vano argumentar con ellos; ninguna razón, por concluyente que sea, puede convencerlos. Ninguno de los que sostienen este error puede tener una verdadera concepción de Cristo o del plan de Dios para la redención del hombre.

Otro error grave es la creencia de que Satanás no existe como un ser personal, que este nombre se usa en las Escrituras meramente para representar los malos pensamientos de los hombres y sus malos deseos.

La enseñanza de que la segunda venida de Cristo se realiza con relación a la muerte de cada individuo, es un argumento que distrae las mentes de la venida personal de Jesús en las nubes del cielo. Satanás ha estado diciendo: “Mirad, está en los aposentos” (ver S. Mateo 24:23-26), y muchos se han perdido por aceptar este engaño.

Por otra parte, los hombres de ciencia pretenden que no puede haber ninguna respuesta a la oración; esto sería una violación de las leyes naturales; sería un milagro, y los milagros no existen, según ellos. El universo, dicen, está gobernado por leyes fijas, y Dios mismo no hace nada en contra de esas leyes. Así representan a Dios como sometido a sus propias leyes, como si éstas pudieran anular la libertad de Dios.

¿No obraron milagros Cristo y sus apóstoles? El mismo Salvador está tan dispuesto a escuchar la oración de fe hoy como cuando anduvo en forma visible entre los hombres. Lo natural coopera con lo sobrenatural. Es una parte del plan

de Dios el concedernos, en respuesta a la oración de fe, lo que no nos daría si no lo pidiéramos así.

Rasgos sobresalientes de la Palabra

Las doctrinas erróneas enseñadas por las iglesias anulan los rasgos sobresalientes de la Palabra de Dios. Pocos se detienen con el rechazo de una sola verdad. Casi todos van descartando uno tras otro los principios de la verdad, hasta que se convierten en incrédulos.

Los errores de la teología popular han conducido a más de una persona a la incredulidad. Es imposible para ellas aceptar doctrinas que violan el sentido común de la justicia, la misericordia y la benevolencia. Y puesto que esas doctrinas son presentadas como enseñanzas de la Biblia, esas personas rehúsan recibir ese libro como la Palabra de Dios.

Por otra parte, otros miran la Palabra de Dios con desconfianza, porque ella repreuba y condena el pecado. Los que están dispuestos a obedecerla se esfuerzan por derrocar su autoridad. No pocos se convierten en incrédulos para justificar el descuido del deber. Algunos, demasiado amantes de la comodidad, no quieren realizar nada que implique abnegación, y adquieren una reputación de sabiduría superior al criticar la Biblia.

Muchos creen que es una virtud aliarse con la incredulidad, el escepticismo y la duda. Pero bajo una apariencia de candor se hallará que existe confianza propia y orgullo. Hay quienes se deleitan en encontrar en las Escrituras algo que confunda las mentes de los demás. Algunos razonan, al principio, tomando partido con el lado erróneo por un mero amor a la controversia. Pero habiendo expresado abiertamente su incredulidad, sienten que deben continuar manteniendo su posición. Así se unen con los impíos.

Suficientes evidencias

Dios ha dado en su Palabra evidencias suficientes de su carácter divino. Sin embargo, las mentes finitas no pueden comprender plenamente los propósitos del Infinito: “¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!” (Romanos 11:33). Pero podemos discernir el amor ilimitado y la misericordia de Dios unidos a su infinito poder. Nuestro Padre en los cielos nos revelará tanto como nos conviene conocer; y más allá de ese punto debemos confiar en la Mano que es omnipotente, en el Corazón que está lleno de amor.

Dios nunca quitará toda excusa para la incredulidad. Los que están buscando ganchos para colgar sus dudas en ellos, los encontrarán. Y los que rechazan obedecer hasta que toda objeción haya sido quitada, nunca descubrirán la luz. El corazón irregenerado está en enemistad con Dios. Pero la fe es inspirada por el Espíritu Santo y florecerá al ser acogida. Nadie puede llegar a ser fuerte en la fe sin un esfuerzo determinado. Si los hombres se permiten cavilar, hallarán que sus dudas resultarán más confirmadas.

A la vez, los que dudan y desconfían de la seguridad de su gracia, deshonran a Cristo. Son árboles improductivos que les quitan el sol a las otras plantas, y que las harán decaer y morir bajo su sombra destructora. La obra de la vida de estas personas aparecerá como un testimonio permanente en contra de ellas.

Existe solamente una línea de conducta que pueden seguir los que honradamente desean verse libres de la duda. En lugar de poner en tela de juicio lo que no entienden, presten atención a la luz que ya brilla sobre ellos, y recibirán mayor luz.

Satanás puede presentar una falsificación tan cercana a la verdad que engañe a los que están dispuestos a ser engañados, a los que anhelan ahorrarse el sacrificio exigido por la verdad. Pero es imposible mantener bajo su poder a una sola alma que honradamente desea conocer la verdad a toda costa. Cristo es la verdad y la “luz verdadera, que alumbría a todo hombre” que viene “a este mundo”. “El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios” (S. Juan 1:9; 7:17).

El Señor permite que su pueblo se vea sujeto a la tremenda prueba de la tentación, no porque a él le plazca verlo en problemas, sino porque esto es esencial para la victoria final de sus hijos. Dios no puede proteger a sus hijos completamente de la tentación y a la vez ser consecuente con su propia gloria, pues el objeto de la prueba es prepararlos para resistir todas las seducciones del mal. Ni los hombres malos ni los demonios pueden impedir que los hijos de Dios tengan su presencia, si éstos confiesan sus pecados y se apartan de ellos y reclaman el cumplimiento de sus promesas. Toda tentación, abierta o secreta, puede ser resistida con éxito, “no con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos” (Zacarías 4:6).

“¿Quién es aquel que os podrá hacer daño, si vosotros seguís el bien?” (1 S. Pedro 3:13). Satanás sabe bien que el alma más débil que permanece en Cristo puede más que todas las huestes de las tinieblas. Por lo tanto, trata de apartar a los soldados de la cruz de su tremenda fortaleza, mientras permanece disfrazado, listo para destruir a los que se aventuran en su terreno. Podemos estar seguros solamente al confiar en Dios y al obedecer todos sus mandamientos.

Ningún hombre está seguro por un día ni por una hora sin oración. Rueguen al Señor que les conceda sabiduría para comprender su Palabra. Satanás es un experto en citar las Escrituras, para dar su propia interpretación a pasajes mediante lo cual espera hacernos tropezar. Debemos estudiar con humildad de corazón. A la vez que debemos estar constantemente en guardia contra los engaños del diablo, debemos orar con fe continuamente: “No nos dejes caer en tentación” (S. Mateo 6:13, VM).

Capítulo 34

¿Qué hay detrás de la tumba?

Satanás, que incitó la rebelión en el cielo, procura que los habitantes de la tierra se unan en su guerra contra Dios. Adán y Eva habían sido perfectamente felices obedeciendo la ley de Dios; y esto era un constante testimonio contra la declaración que Satanás había hecho en el cielo de que la ley de Dios era opresiva. Lucifer determinó provocar la caída de la pareja edénica, con el fin de poder poseer la tierra y allí establecer su reino en oposición al Altísimo.

Adán y Eva habían sido advertidos contra este peligroso adversario, pero él actuó de una manera tenebrosa, ocultando sus propósitos. Empleando la serpiente como su médium, la cual era de un aspecto fascinante, se dirigió a Eva con estas palabras: “¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?” Eva se aventuró a dialogar con él y cayó víctima de sus trampas. “La mujer respondió a la serpiente: Del fruto de los árboles del huerto podemos comer; pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni lo tocaréis, para que no muráis. Entonces la serpiente dijo a la mujer: No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal” (Génesis 3:1-5).

Eva cedió, y por su influencia Adán fue inducido a pecar. Ellos aceptaron las palabras de la serpiente; desconfiaron de su Creador y se imaginaron que éste les estaba restringiendo la libertad.

Pero, finalmente, ¿cómo comprendió Adán el significado de las palabras: “En el día que comiereis de él de seguro morirás” (2:17)? ¿Fue elevado a un grado más alto de existencia? Adán se dio cuenta de que no era éste el significado de la sentencia divina. Dios declaró que, como penalidad por su pecado, el hombre regresaría a ser tierra: “Polvo eres, y al polvo volverás” (3:19). Las palabras de Satanás: “Serán abiertos vuestros ojos”, resultaron ser verdad solamente en el sentido de que sus ojos fueron abiertos para discernir su locura. Conocieron el

mal y probaron los amargos frutos de la transgresión.

El árbol de la vida tenía el poder de perpetuar la existencia. Si Adán hubiera continuado gozando de libre acceso a este árbol, habría vivido para siempre; pero cuando pecó fue privado de llegar al mismo, y quedó sujeto a la muerte. La inmortalidad había sido perdida a causa de la transgresión. No podía haber ninguna esperanza para la raza caída si Dios, mediante el sacrificio de su propio Hijo, no hubiera traído la inmortalidad en sus alas. Aunque “la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron”, Cristo “sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio”. Solamente por medio de Cristo puede obtenerse la inmortalidad. “El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida” (Romanos 5:12; 2 Timoteo 1:10; S. Juan 3:36).

La gran mentira

El que prometió vida por la desobediencia era el gran engañador. Y la declaración de la serpiente en el Edén, “No moriréis”, fue el primer sermón que se predicó sobre la inmortalidad del alma. Sin embargo, esta declaración, aunque descansa únicamente en la autoridad de Satanás, resuena desde los púlpitos y es recibida por la mayoría del género humano con tanta prontitud como por nuestros primeros padres. A la divina sentencia: “El alma que pecare, esa morirá” (Ezequiel 18:20), se le da el sentido siguiente: El alma que pecare no morirá, sino que vivirá eternamente. Si al hombre, después de su caída, se le hubiese permitido libre acceso al árbol de la vida, el pecado se habría inmortalizado. Pero ni un solo miembro de la familia de Adán tuvo permiso para participar del fruto vitalizador. Por lo tanto, no hay ningún pecador inmortal.

Después de la caída, Satanás pidió a sus ángeles que inculcaran la creencia en la inmortalidad natural del hombre. Habiendo inducido a la gente a recibir este error, habían de inducirla a concluir que el pecador vivirá en una eterna miseria. Ahora el principio de las tinieblas representa a Dios como un tirano vengador, y declara que él arroja en el infierno a todos los que no le agradan, y que mientras ellos se queman en las llamas eternas, el Creador mira con satisfacción lo que les pasa. Así, el archiengañador viste con esos atributos al Benefactor de la humanidad. La crueldad es satánica. Dios es amor. Satanás es el enemigo que tienta al hombre a pecar y luego lo destruye si puede. ¡Cuán repugnante es para el amor, la misericordia y la justicia, la doctrina de que los pecadores muertos son atormentados en un infierno que arde eternamente, y de que por los pecados de una breve vida terrenal ellos sufren tortura por todo el tiempo que Dios viva!

¿Dónde, en la Palabra de Dios, se encuentra tal enseñanza? ¿Han de ser los sentimientos humanitarios reemplazados por la crueldad del salvaje? No, tal no es la enseñanza del Libro de Dios. “Vivo yo, dice Jehová el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva. Volveos, volveos de vuestros malos caminos; ¿por qué moriréis?” (Ezequiel 33:11).

¿Se deleita Dios en presenciar torturas incesantes? ¿Se alegra él con los gemidos

y los gritos de las criaturas que sufren y a las cuales mantiene en las llamas?
¿Pueden estos horrendos sonidos ser música en los oídos del Amor infinito? ¡Oh,
terrible blasfemia! La gloria de Dios no resulta exaltada al perpetuar el pecado
por siglos sin fin.

La herejía del tormento eterno

La herejía del tormento eterno ha producido un gran mal. La religión de la Biblia, llena de amor y bondad, resulta oscurecida por la superstición y vestida de terror. Satanás ha pintado el carácter de Dios con colores falsos. Nuestro Creador misericordioso es temido, y aun odiado. Los conceptos aterradores acerca de Dios, que se han esparcido por el mundo a causa de la enseñanza impartida desde el púlpito, han hecho millones de escépticos y de incrédulos.

El tormento eterno es una de las falsas doctrinas, el vino de las abominaciones (Apocalipsis 14:8; 17:2) que Babilonia da a beber a todas las naciones. Ministros de Cristo aceptaron esta herejía de Roma así como recibieron la enseñanza de un falso día de reposo. Si nos apartamos de la Palabra de Dios y aceptamos falsas doctrinas porque nuestros padres las enseñaron, caemos bajo la condenación pronunciada sobre Babilonia; estamos bebiendo del vino de sus abominaciones.

Una numerosa clase de personas es inducida al error opuesto. Ellas ven que las Escrituras presentan a Dios como el ser de amor y compasión, y no pueden creer que él reducirá a sus criaturas a un infierno que arde y quema perpetuamente. Al creer que el alma es naturalmente inmortal, llegan a la conclusión de que todo el género humano será salvo. Así el pecador puede vivir en sus placeres egoístas, desoyendo los requerimientos del Creador, y sin embargo ser recibido en el favor de Dios. Tal doctrina, debido a que implica pensar presuntuosamente de la misericordia de Dios ignorando su justicia, agrada al corazón carnal.

La salvación universal es contraria a la Biblia

Los que creen en la salvación universal le hacen decir a las Escrituras lo que no dicen. El profeso ministro de Cristo reitera la falsedad pronunciada por la serpiente en el Edén: “No moriréis... El día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios”. Él declara que los más viles pecadores –el asesino, el ladrón, el adulterio– entrarán después de la muerte en un estado de bendita inmortalidad. ¡Una fábula agradable, por cierto, adecuada para satisfacer el corazón carnal!

Si fuera verdad que todos los hombres pasan directamente al cielo a la hora del fallecimiento, bien podríamos desear la muerte en lugar de la vida. Muchos han sido inducidos por esta creencia a poner fin a su existencia. Abrumados con dificultades y chascos, parece fácil quebrar el hilo de la vida para elevarse de este modo a la bendición del mundo inmortal.

Dios ha dado en su Palabra evidencias decisivas de que castigará al transgresor de su ley. ¿Es él demasiado misericordioso como para ejecutar justicia con el pecador? Contemplen la cruz del Calvario. La muerte del Hijo de Dios testifica que “la paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23), que toda violación de la ley de Dios debe recibir retribución. Cristo, el Ser impecable, se hizo pecado por el hombre. Llevó la culpa de la transgresión y soportó el ocultamiento del rostro de su Padre hasta que su corazón fue quebrantado y su vida depuesta, y todo esto para que los pecadores pudieran ser redimidos. Por lo tanto, toda alma que rehúsa participar de la expiación provista a un precio semejante debe llevar sobre su propia persona la culpa y el castigo de la transgresión.

Las condiciones son claras

“Al que tuviere sed, y le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida”. Esta promesa se hace solamente a los que tienen sed. “El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo” (Apocalipsis 21:6, 7). Se especifican las condiciones para heredar todas las cosas: tenemos que vencer el pecado.

“No le irá bien al impío” (Eclesiastés 8:13). El pecador está acumulando sobre sí “ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, el cual pagará a cada uno conforme a sus obras”: “tribulación y angustia sobre todo ser humano que hace lo malo” (Romanos 2:5, 6, 9).

“Ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios”. “Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor”. “Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas en la ciudad. Mas los perros estarán fuera, y los hechiceros, los fornicarios, los homicidas, los idólatras, y todo aquel que ama y hace mentira” (Efesios 5:5; Hebreos 12:14; Apocalipsis 22:14, 15).

Dios ha transmitido a los hombres declaraciones con respecto a su carácter y su modo de proceder con el pecador. “Destruirá a todos los impíos”. “Los transgresores serán todos a una destruidos; la posteridad de los impíos será extinguida” (Salmo 145:20; 37:38). La autoridad del gobierno divino terminará la rebelión; sin embargo, la justicia retributiva será acorde con el carácter de Dios como Ser misericordioso y benévolo.

Dios no fuerza la voluntad. Él no se complace en una obediencia esclavizada. Desea que las criaturas de sus manos lo amen porque él merece el amor. Quiere que le obedezcan porque tienen un aprecio inteligente de su sabiduría, justicia y benevolencia.

Los principios del gobierno divino están en armonía con el precepto del Salvador: “Amad a vuestros enemigos” (S. Mateo 5:44). Dios ejecuta justicia

sobre el malvado por el bien del universo y aun por el bien de aquellos que son motivo de sus juicios. Él quiere hacerlos felices si puede. Los rodea de las manifestaciones de su amor y continúa sus ofertas de misericordia; pero ellos desprecian su amor, rechazan su ley y no reciben su misericordia. Constantemente reciben sus dones, pero deshonran al dador. El Señor tiene larga paciencia con la perversidad; pero a estos rebeldes, ¿los aprisionará con cadenas a su lado y los obligará a hacer su voluntad?

No están preparados para entrar en el cielo

Los que han elegido a Satanás como su dirigente no están preparados para entrar en la presencia de Dios. El orgullo, el engaño, la licencia, la crueldad se han fijado en sus caracteres. ¿Pueden ellos entrar en el cielo para morar para siempre con aquellos a quienes odiaban en la tierra? La verdad no será nunca agradable para un mentiroso; la mansedumbre no satisfará al orgullo propio; la pureza no será aceptable para la corrupción; el amor desinteresado no resultará atractivo para el egoísta. ¿Qué gozo puede ofrecer el cielo para los que están absortos en sus intereses egoístas?

¿Podrían aquellos cuyo corazón está lleno de odio hacia Dios, un Dios de verdad y santidad, mezclarse con la multitud del cielo y unir sus cantos de alabanza con ella? Se les concedieron años de prueba y de gracia, pero ellos nunca educaron la mente para amar la pureza. Nunca aprendieron el lenguaje del cielo. Ahora es demasiado tarde.

Una vida de rebelión contra Dios los ha descalificado para el cielo. Su pureza y paz serían una tortura para ellos; la gloria de Dios sería un fuego consumidor. Anhelarían huir de ese lugar sagrado y darían la bienvenida a la destrucción, para esconderse del rostro de Aquel que murió para redimirnos. El destino de los malos es fijado por su propia elección. Su exclusión del cielo es voluntaria y ha sido elegida por ellos mismos, y es a la vez un acto justo y misericordioso por parte de Dios. Como las aguas del diluvio, los fuegos del día final declararán el veredicto divino de que los que persistieron en la maldad son incurables. Su voluntad ha sido ejercitada en la rebelión. Cuando termine la vida, es demasiado tarde para volver los pensamientos de la transgresión a la obediencia, del odio al amor.

La paga del pecado

“La paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro”. Aunque la vida es la herencia de los justos, la muerte es la recompensa de los pecadores. “La muerte segunda” es presentada en la Biblia en contraste con la vida eterna (Romanos 6:23; ver Apocalipsis 20:14).

Como consecuencia del pecado de Adán, la muerte pasó a toda la raza humana. Todos van a la tumba de la misma manera. Y por medio del plan de salvación, todos habrán de ser rescatados de la tumba: “Ha de haber resurrección de los muertos, así de justos como de injustos”. “Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados”. Pero queda establecida una distinción entre las dos clases de personas que serán resucitadas: “Todos los que están en los sepulcros oirán su voz [la del Hijo del Hombre]; y los que hicieron lo bueno saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación” (Hechos 24:15; 1 Corintios 15:22; S. Juan 5:28, 29).

La primera resurrección

Los que han sido “tenidos por dignos” de resucitar para la vida eterna son llamados dichosos y santos. “La segunda muerte no tiene potestad sobre éstos” (S. Lucas 20:35; Apocalipsis 20:6). Pero los que no hayan obtenido el perdón por medio del arrepentimiento y la fe, deben recibir “la paga del pecado”, el castigo “según sus obras”, y terminarán en “la muerte segunda”.

Siendo que es imposible para Dios salvar al pecador en sus pecados, él lo priva de la existencia a la cual ha perdido el derecho y de la cual se ha manifestado indigno. “De aquí a poco no existirá el malo; observarás su lugar, y no estará allí... Serán como si no hubieran sido” (Salmo 37:10; Abdías 16). Se hundirán indefectiblemente en un olvido eterno e irreparable.

Y así se pondrá fin al pecado. “Destruiste al malo, borraste el nombre de ellos eternamente y para siempre. Los enemigos han perecido; han quedado desolados para siempre” (Salmo 9:5, 6). San Juan, el autor del Apocalipsis, escuchó una antífona universal de alabanza que no era interrumpida por ninguna disonancia. Ni un alma perdida blasfemará de Dios mientras se quema en un tormento que nunca termina. Ningún ser desgraciado en el infierno mezclará sus clamores con los cantos de los salvados.

Sobre el error de la inmortalidad natural descansa la doctrina de que los muertos son conscientes. Pero, a semejanza del tormento eterno, ésta se opone a las Escrituras, a la razón y a nuestros sentimientos de humanidad.

De acuerdo con la creencia popular, los redimidos en el cielo están al tanto de todo lo que ocurre en la tierra. Pero, ¿cómo podrá haber felicidad para los muertos si están al tanto de todas las pruebas de los vivos, si los ven soportando dolores, sufrimientos, chascos y angustias en la vida? ¡Y cuán desconsoladora es la creencia de que tan pronto como se acaba el aliento de vida del cuerpo, el alma del impenitente es enviada a las llamas del infierno!

¿Qué dicen las Escrituras? Que el hombre no está consciente en la muerte; “pues sale su aliento, y vuelve a la tierra; en ese mismo día perecen sus pensamientos”.

“Los que viven saben que han de morir; pero los muertos nada saben... su amor y su odio y su envidia feneieron ya; y nunca más tendrán parte en todo lo que se hace debajo del sol”. “Porque el Seol [la tumba] no te exaltará, ni te alabará la muerte; ni los que descienden al sepulcro esperarán tu verdad”. “En la muerte no hay memoria de ti; en el Seol [la tumba], ¿quién te alabará?” (Salmo 146:4; Eclesiastés 9:5, 6; Isaías 38:18; Salmo 6:5).

San Pedro, en el Día de Pentecostés, declaró: “David, que murió y fue sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy”. “Porque David no subió a los cielos” (Hechos 2:29, 34). El hecho de que David permanezca en la tumba hasta la resurrección prueba que los justos no van al cielo en ocasión de la muerte.

Dijo San Pablo: “Si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó; y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados. Entonces también los que durmieron en Cristo perecieron” (1 Corintios 15:16-18). Si durante cuatro mil años los justos hubieran ido directamente al cielo cuando morían, ¿cómo podía San Pablo haber dicho que si no hay resurrección, “también los que durmieron en Cristo perecieron”? No habría necesidad de resurrección.

Cuando estaba por dejar a sus discípulos, Jesús no les dijo que ellos irían pronto a reunírsele: “Voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo” (S. Juan 14:2, 3). El apóstol Pablo nos dice además que “el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor”. Y añade: “Por lo tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras” (1 Tesalonicenses 4:16-18). A la venida del Señor, las cadenas de la tumba serán quebrantadas y los “muertos en Cristo” serán resucitados para vida eterna.

Todos han de ser juzgados de acuerdo con las cosas escritas en los libros y han de ser recompensados según sus obras. Este juicio no ocurre en ocasión de la muerte. “Por cuento ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia”. “¡He aquí que viene el Señor, con las huestes innumerables de sus santos ángeles, para ejecutar juicio sobre todos!” (Hechos 17:31; S. Judas 14, 15, VM).

Pero si los muertos ya están gozando de la bienaventuranza del cielo o están retorciéndose en las llamas del infierno ¿qué necesidad hay de un juicio futuro? La Palabra de Dios puede ser entendida por las mentes comunes, ¿pero qué espíritu imparcial puede encontrar sabiduría o justicia en la teoría corriente? ¿Recibirán acaso los justos el elogio: “Bien, buen siervo y fiel... entra en el gozo de tu Señor”, cuando han estado morando en la presencia de Dios por largos siglos? ¿Se sacará a los malos del lugar de tormento para hacerles oír la siguiente sentencia del Juez de toda la tierra: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno” (S. Mateo 25:21, 41)?

La teoría de la inmortalidad del alma fue una de esas falsas doctrinas que Roma extrajo del paganismo. Lutero la clasificó entre las “fábulas monstruosas que forman parte del estercolero romano de las decretales”.^[1] La Biblia enseña que los muertos duermen hasta la resurrección.

¡Bendito reposo para los justos cansados! El tiempo, sea largo o corto, es solamente un momento para ellos. Duermen; son despertados por la trompeta de Dios que los llama a una gloriosa inmortalidad: “Porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles... Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria” (1 Corintios 15:52-54).

Llamados de su sueño, reanudarán el curso de sus pensamientos en el preciso lugar donde éstos fueron interrumpidos por la muerte. La última sensación que sintieron fue la angustia de la muerte; el último pensamiento era que estaban cayendo bajo el poder de la tumba. Cuando se levanten del sepulcro, sus primeros pensamientos de regocijo hallarán expresión en el clamor triunfal: “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?” (1 Corintios 15:55).

[1]E. Petavel, The Problem of Immortality [El problema de la inmortalidad], p. 255.

Capítulo 35

¿Quiénes son los “espíritus” del espiritismo?

La doctrina de la inmortalidad natural, tomada primero de la filosofía pagana, e incorporada en la fe cristiana durante la época de tinieblas de la gran apostasía, ha sido colocada en lugar de la verdad de que “los muertos nada saben” (Eclesiastés 9:5). Multitudes creen que los espíritus de los muertos son los “espíritus ministradores, enviados para hacer servicio a favor de los que han de heredar la salvación” (Hebreos 1:14, VM).

La creencia de que los espíritus de los muertos regresan para ayudar a los vivos ha preparado el camino para el espiritismo moderno. Si los muertos resultan privilegiados con un conocimiento mucho mayor del que tenían anteriormente, ¿por qué no regresan a la tierra e instruyen a los vivos? Si los espíritus de los muertos pueden acercarse a sus amigos en la tierra, ¿por qué no se comunican con ellos? ¿Cómo pueden los que creen que el hombre es consciente después de la muerte, rechazar la “luz divina” comunicada por espíritus glorificados? Aquí existe un medio considerado como sagrado, que Satanás usa para trabajar. Los ángeles caídos aparecen como mensajeros del mundo de los espíritus.

El principio del mal tiene poder para reproducir delante de los hombres la apariencia de amigos que han muerto. La falsificación es perfecta, lograda con exactitud maravillosa. Muchos resultan consolados con la seguridad de que sus amados están gozando en el cielo. Sin sospechar el peligro que ello implica, prestan oídos a “espíritus engañadores y a doctrinas de demonios” (1 Timoteo 4:1).

Personificando a los que fueron a la tumba sin estar preparados, dicen estar felices de ocupar posiciones exaltadas en el cielo. Supuestos visitantes del mundo de los espíritus a veces transmiten advertencias que resultan correctas. Entonces, cuando ganan la confianza, presentan doctrinas que minan la fe en las Escrituras. El hecho de que declaren ciertas verdades y a veces anuncien acontecimientos futuros, les da una apariencia de confiabilidad, y sus falsas

enseñanzas resultan aceptadas. La ley de Dios es anulada y el Espíritu de gracia despreciado. Los espíritus niegan la divinidad de Cristo y colocan al Creador al mismo nivel de ellos mismos. Aunque es verdad que a veces se ha querido hacer pasar el fraude por manifestaciones genuinas, han habido también notables exhibiciones de poder sobrenatural, que es obra directa de los malos ángeles. Muchos creen que el espiritismo es meramente una impostura humana. Pero cuando lleguen a verse frente a frente con manifestaciones que no puedan sino considerar como sobrenaturales, serán engañados y las aceptarán como el gran poder de Dios. Con la ayuda de Satanás, los magos de Faraón falsificaron la obra de Dios (ver Éxodo 7:10-12). San Pablo testifica que la venida del Señor ha de ser precedida por la “obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad” (2 Tesalonicenses 2:9, 10). Y San Juan declara: “Hace grandes señales, de tal manera que aun hace descender fuego del cielo a la tierra delante de los hombres, y engaña a los moradores de la tierra con las señales que se le ha permitido hacer” (Apocalipsis 13:13, 14). Aquí no se predicen meras imposturas. Los hombres son engañados por milagros que los agentes de Satanás hacen, no que pretenden hacer.

Satanás se dirige a los intelectuales

A las personas cultas y refinadas el principio de las tinieblas les presenta el espiritismo en sus aspectos más refinados e intelectuales. Deleita la fantasía humana con escenas que cautivan y con imágenes elocuentes de amor y caridad. Induce a los hombres a enorgullecerse tanto de su propia sabiduría que en su corazón desprecian al Eterno.

Satanás seduce a los hombres ahora como sedujo a Eva en el Edén, despertando la ambición de la exaltación propia. “Seréis como Dios –dijo él–, sabiendo el bien y el mal” (Génesis 3:5). El espiritismo enseña “que el hombre es un ser en constante progreso... que marcha hacia la divinidad”. Y de nuevo: “El juicio será justo, porque será el juicio que cada uno haga de sí mismo... El trono del tribunal está en nosotros mismos”. También declara: “Toda persona justa y perfecta es Cristo”.

Así Satanás ha presentado la naturaleza del hombre como la única regla de juicio. Esto es progreso no hacia arriba sino hacia abajo. El hombre jamás se elevará más arriba que su propia norma de pureza o bondad. Si el yo es el ideal más elevado, nunca se alcanzará nada más exaltado. Sólo la gracia de Dios tiene el poder de impulsar al hombre hacia arriba. La conducta del individuo que depende de sí mismo es necesariamente descendente.

Se dirige a los amadores del placer

A los que son indulgentes consigo mismos, a los que aman el placer, a los sensuales, el espiritismo se presenta bajo un disfraz menos sutil. En sus formas groseras ellos encuentran lo que está de acuerdo con sus propias inclinaciones. Satanás toma nota de los pecados que todo individuo está inclinado a cometer y entonces trata de que no falten oportunidades para gratificar esa tendencia. Tienta a los hombres, mediante la intemperancia, a debilitar sus facultades físicas, mentales y morales. Destruye a miles induciéndolos a ser complacientes con la pasión, embruteciendo la naturaleza humana. Y para completar su obra, los espíritus declaran que “el verdadero conocimiento coloca al hombre por encima de toda ley”; y que “cualquier cosa es recta”; que “Dios no condena”; y que “ningún pecado implica culpabilidad”. Cuando la gente cree que el deseo es la ley más elevada, que la libertad es licencia, que el hombre es responsable solamente ante sí mismo, ¿quién puede admirarse de que la corrupción abunde por doquiera? Multitudes aceptan con avidez enseñanzas que inducen a la licencia moral. Satanás arrastra y hace caer en su red a millares que profesan seguir a Cristo.

Pero Dios ha dado suficiente luz para descubrir la trampa. El mismo fundamento del espiritismo está en conflicto con las Escrituras. La Biblia declara que los muertos nada saben, que los pensamientos de ellos han perecido; que ya no tienen parte en los gozos o sufrimientos de los que viven en la tierra.

Además, Dios ha prohibido la pretendida comunicación con los espíritus de los muertos. La Biblia declara que “los espíritus”, como se ha denominado a estos visitantes de otros mundos, “son espíritus de demonios” (ver Números 25:1-3; Salmo 106:28; 1 Corintios 10:20; Apocalipsis 16:14). El tratar con ellos estaba prohibido bajo pena de muerte (ver Levítico 19:31; 20:27). Pero el espiritismo se ha abierto paso en los círculos científicos, ha invadido las iglesias y ha encontrado una favorable acogida en los cuerpos legislativos, aun en las cortes de los reyes. Este gigantesco engaño es un reavivamiento de la condenada hechicería de antaño, cubierto ahora con un nuevo disfraz.

Al presentar la idea de que los hombres más viles están en el cielo, Satanás dice

al mundo: “No importa que crean o no crean en Dios o en la Biblia; vivan como quieran; el cielo es el hogar de ustedes”. La Palabra de Dios declara: “¡Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo; que hacen de la luz tinieblas, y de las tinieblas luz!” (Isaías 5:20).

Se presenta la Biblia como una ficción

Los apóstoles son personificados por espíritus mentirosos, y aparecen como contradiciendo lo que escribieron cuando estaban en la tierra. Satanás hace creer al mundo que la Biblia es una ficción, un libro adecuado para la infancia de la raza humana, pero que ha de ser considerado como anticuado. Así arroja sombras sobre el Libro que ha de juzgarlo a él y a sus seguidores; y presenta al Salvador del mundo como un ser común. Y los que aceptan las manifestaciones del espiritismo sostienen que no hay nada milagroso en la vida de nuestro Salvador. Declaran que los milagros que ellos hacen son superiores a las obras de Cristo.

El espiritismo está actualmente asumiendo una apariencia cristiana. Pero sus enseñanzas no pueden ser negadas ni pueden escondérse. En su forma presente es un engaño de los más peligrosos y sutiles. Ahora profesa aceptar a Cristo y la Biblia, pero ésta es interpretada de una manera que agrada al corazón no regenerado. Habla del amor como el principal atributo de Dios, pero lo rebaja hasta llegar a constituirlo en un sentimentalismo enfermizo que hace muy poca distinción entre el bien y el mal. Las denuncias que Dios hace del pecado, los requisitos de su santa ley, se ocultan de la vista. Ciertas fábulas inducen a los hombres a rechazar la Biblia como el fundamento de su fe. Cristo es negado tan ciertamente como antes, pero pasa inadvertido el engaño.

Pocos son los que tienen un concepto adecuado del poder engañoso del espiritismo. Muchos se meten con él meramente para satisfacer su curiosidad. Sin embargo, se llenarían de horror ante el pensamiento de someterse al control de los espíritus. Pero se aventuran en terreno prohibido, y el destructor ejerce su poder sobre ellos en contra de su propia voluntad. Una vez que son inducidos a someter su mente a la dirección de Satanás, éste los mantiene cautivos. Nada sino el poder de Dios, en respuesta a la oración ferviente, puede librar a estas almas.

Todos los que acarician voluntariamente un pecado conocido están invitando a las tentaciones de Satanás. Se separan a sí mismos de Dios y de la custodia de sus ángeles, y quedan sin defensa. “Y si os dijeren: Preguntad a los encantadores

y a los adivinos, que susurran hablando, responded: ¿No consultará el pueblo a su Dios? ¿Consultará a los muertos por los vivos? ¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido” (Isaías 8:19, 20).

Si los hombres hubieran estado dispuestos a recibir la verdad con respecto a la naturaleza del hombre y al estado de los muertos, verían en el espiritismo el poder de Satanás y los milagros mentirosos que éste emplea. Pero multitudes cierran sus ojos a la luz, y Satanás teje sus trampas en derredor de ellos. “Por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos... Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira” (2 Tesalonicenses 2:10, 11).

Los que se oponen al espiritismo enfrentan a Satanás y a sus ángeles. Satanás no cederá una sola pulgada de terreno a menos que sea rechazado por mensajeros celestiales. Él puede citar las Escrituras pervirtiendo sus enseñanzas. Pero ellos, los que quieren permanecer en pie en este tiempo de peligro, deben entender por sí mismos el testimonio de las Escrituras.

Espíritus de demonios, representando a parientes o amigos, apelarán a nuestras más tiernas simpatías y obrarán milagros. Debemos resistirlos con la verdad bíblica de que los muertos nada saben, y que los que aparecen de esta manera son espíritus de demonios.

Todos aquellos cuya fe no esté fundada en la Palabra de Dios serán engañados y vencidos. Satanás “obra con todo engaño de iniquidad”, y sus engaños aumentarán. Pero los que busquen un conocimiento de la verdad y purifiquen sus almas, hallarán en el Dios de la verdad una defensa segura. El Salvador enviará prestamente a todo ángel del cielo para proteger a su pueblo antes de dejar que una sola alma que confía en él sea vencida por Satanás. Los que se consuelan a sí mismos con la seguridad de que no hay castigo para el pecador, los que renuncian a las verdades que el cielo ha provisto como una defensa para el día de angustia, aceptarán las mentiras ofrecidas por Satanás, las engañosas pretensiones del espiritismo.

Los burladores presentarán como ridículas las declaraciones de las Escrituras concernientes al plan de salvación y a la retribución que recibirán los que rechazan la verdad. Fingen tener mucha lástima de las mentes que son tan estrechas, débiles y supersticiosas que obedecen los requisitos de la ley de Dios. Ellos han cedido tan plenamente al tentador, y están tan estrechamente unidos con él e imbuidos de su espíritu, que no tienen ninguna inclinación a deshacerse

de sus trampas.

El fundamento de la obra de Satanás fue colocado cuando éste dijo en el Edén: “No moriréis... El día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal” (Génesis 3:4, 5). Satanás presentará su obra maestra de engaño al fin del tiempo. Dijo el profeta: “Y vi... tres espíritus inmundos a manera de ranas... son espíritus de demonios, que hacen señales, y van a los reyes de la tierra en todo el mundo, para reunirlos a la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso” (Apocalipsis 16:13, 14).

Excepto los que son guardados por el poder de Dios sobre la base de la fe en su Palabra, el mundo entero será arrastrado a las filas de este engaño. Los hombres se están dejando adormecer en una seguridad fatal, para ser despertados solamente por el derramamiento de la ira de Dios.

Capítulo 36

La libertad de conciencia amenazada

Los protestantes hoy consideran al romanismo con mucha más simpatía que años atrás. En los países evangélicos, donde el catolicismo asume un temperamento conciliatorio para ganar influencia, está desarrollándose la opinión de que no diferimos tanto en puntos vitales como hemos supuesto, y que unas pocas concesiones de nuestra parte nos permitirán entendernos mejor con Roma. Tiempo hubo cuando los protestantes enseñaban a sus hijos que el tratar de armonizar con el papado sería deslealtad para con Dios. ¡Pero cuán ampliamente diferentes son los sentimientos expresados ahora!

Los defensores del papado declaran que su iglesia ha sido calumniada, que es injusto juzgar el catolicismo de hoy por lo que ocurrió durante los siglos de ignorancia y oscuridad. Ellos excusan la horrible crueldad de la iglesia achacándola al barbarismo de los tiempos.

¿Han olvidado estas personas la pretensión de infalibilidad que ha manifestado este poder? Roma asegura que “la iglesia nunca se ha equivocado; y que de acuerdo con las Escrituras nunca jamás se equivocará”.[1]

La iglesia papal no abandonará jamás su pretensión a la infalibilidad. Quítense las restricciones que actualmente imponen los gobiernos seculares, y désele al papado su poder de años anteriores, y rápidamente se producirá un reavivamiento de su tiranía y persecución.

Es cierto que hay verdaderos cristianos en la comunidad católica romana. Miles que militan en esa iglesia están sirviendo a Dios de acuerdo con todos los conocimientos que tienen. El Señor considera con tierna piedad a estas almas, educadas en una fe que es engañosa e insatisfactoria. Él hará que rayos de luz penetren en las tinieblas, y muchos todavía tomarán su posición con el pueblo de Dios.

Pero el romanismo como sistema no está más en armonía con el evangelio de Cristo ahora que en cualquier tiempo anterior. La Iglesia Romana está empleando todos los medios posibles para reconquistar el dominio del mundo, para restablecer la persecución y para deshacer todo lo que el protestantismo ha hecho. El catolicismo está ganando terreno por todas partes. Obsérvese el aumento del número de sus iglesias. Mírese la popularidad de sus colegios y seminarios, tan ampliamente utilizados por los protestantes. Nótese el crecimiento del ritualismo en Inglaterra y las frecuentes deserciones hacia las filas católicas.

Transigencias y concesiones

Los protestantes han favorecido al papado, han hecho transigencias y concesiones que los mismos papistas se sorprenden de ver. Los hombres están cerrando sus ojos al verdadero carácter del catolicismo. La gente necesita resistir los avances de este adversario peligroso de la libertad civil y religiosa.

Aunque el romanismo se basa en el engaño, no es una impostura grosera ni desprovista de arte. El servicio religioso de la Iglesia Romana es un ceremonial de lo más impresionante. Lo brillante de sus ostentaciones y lo solemne de sus ritos fascinan al pueblo y silencian la voz de la razón y la conciencia. Todo encanta a la vista. Iglesias magníficas, imponentes procesiones, altares de oro, relicarios de joyas, pinturas escogidas y esculturas exquisitas, todo apela al amor y a la belleza. Su música es sin paralelo. Las ricas notas y los graves acordes del órgano que se mezclan con la melodía de muchas voces, que resuenan y repercuten en las altas cúpulas y las columnas de los pasillos de sus grandes catedrales, impresionan la mente con un sentimiento de pavor y reverencia.

Este esplendor externo y este ceremonial burla los anhelos del alma enferma de pecado. La religión de Cristo no necesita tales atractivos. La luz que brilla desde la cruz aparece tan pura y tan amable que ninguna decoración externa puede enaltecer más su verdadero valor.

Los altos conceptos del arte, los delicados refinamientos del gusto, a menudo son empleados por Satanás para inducir a los hombres a olvidar las necesidades del alma y a vivir sólo para este mundo presente.

La pompa y la ceremonia del culto católico tienen un poder seductor y cautivante con el cual muchos resultan engañados. Ellos llegan a considerar a la Iglesia Romana como el portal del cielo. Nadie sino los que afirman sus pies en el fundamento de la verdad, cuyo corazón es renovado por el Espíritu de Dios, se hallan seguros contra su influencia. La forma de piedad, pero sin poder, es lo que las multitudes anhelan.

La pretensión de la iglesia de que tiene el derecho a perdonar pecados, conduce

al romanista a sentirse en libertad para pecar, y la ordenanza de la confesión tiende a dar licencia para obrar el mal. El que se arrodilla ante un hombre caído y le abre en la confesión los secretos pensamientos de su corazón, está degradando su alma. Al dar a conocer los pecados de su vida a un sacerdote –un mortal pecador– su norma de carácter se rebaja, y en consecuencia resulta perjudicado. Su pensamiento de Dios se degrada a la semejanza de la humanidad caída, pues el sacerdote aparece como ocupando el lugar de Dios. Esta confesión degradante de individuo a individuo es la fuente secreta de la cual han provenido muchos de los males que contaminan al mundo. Sin embargo, para el que ama la complacencia de sí mismo, es más satisfactorio confesarse a un mortal que abrirle el alma a Dios. Es más agradable para la naturaleza humana hacer penitencia que renunciar al pecado; es más fácil mortificar la carne que crucificar las pasiones pecaminosas.

Una notable similitud

Aunque los judíos al tiempo del primer advenimiento de Cristo pisoteaban la ley de Dios, externamente eran rigurosos en la observancia de sus preceptos, y la recargaban con exigencias que hacían de la obediencia una carga penosa. Así como los judíos profesaban reverenciar la ley, los romanistas pretenden reverenciar la cruz.

Colocan cruces en sus iglesias, en sus altares y en sus vestimentas. Por todas partes la insignia de la cruz es exteriormente honrada y exaltada. Pero las enseñanzas de Cristo son enterradas bajo tradiciones sin sentido y rigurosas imposiciones. Las almas concienzudas son mantenidas con temor a la ira de un Dios ofendido, mientras muchos dignatarios de la iglesia viven en el lujo y el placer sensual.

Satanás siempre se esfuerza en presentar de una manera falsa el carácter de Dios, la naturaleza del pecado y las verdaderas consecuencias que tendrá el gran conflicto. Sus engaños dan a los hombres licencia para pecar. Al mismo tiempo, él crea un falso concepto de Dios, de manera que se lo considere con temor y odio más bien que con amor. Debido a conceptos pervertidos de los atributos divinos, las naciones paganas fueron inducidas a creer que los sacrificios humanos eran necesarios para asegurar el favor de la Divinidad. Se han perpetrado horribles cruelezas en las diversas formas de idolatría.

La unión del paganismo con el cristianismo

La iglesia romanista, al mezclar el cristianismo y el paganismo, y a semejanza de éste, representar en forma falsa el carácter de Dios, ha recurrido a prácticas no menos crueles. Instrumentos de tortura han obligado a la gente a aceptar sus doctrinas. Dignatarios de la iglesia han estudiado para inventar medios con el fin de causar la mayor tortura posible sin terminar con la vida de los que no aceptaban sus pretensiones. En muchos casos los que eran atribulados deseaban la muerte como un dulce descanso.

Para sus adherentes, ella disponía de la disciplina del azote, del hambre y de la austeridad física. Para asegurar el favor del cielo, enseñaba a los penitentes a evitar o romper los vínculos que Dios ha formado para bendecir y alegrar el peregrinaje terrenal del hombre. En los cementerios de las iglesias yacen millones de víctimas que pasaron su vida en un vano esfuerzo por reprimir, como ofensivos para Dios, todo pensamiento y sentimiento de simpatía y atracción hacia el sexo opuesto.

Dios no coloca sobre los hombres ninguna de estas cargas pesadas. Cristo no ofrece ningún ejemplo para que los hombres o las mujeres se encierren en monasterios con el fin de prepararse para el cielo. Él nunca ha enseñado que el amor debe ser reprimido.

El Papa pretende ser el vicario de Cristo. ¿Pero se sabe de alguna vez que Cristo haya mandado a los hombres a la cárcel porque no le tributaron homenaje como Rey de reyes? ¿Se escuchó su voz condenando a muerte a los que no lo aceptaban?

La Iglesia Romana ahora presenta ante el mundo una cara apacible, cubriendo con disculpas su registro de horribles cruelezas. Ella se ha puesto ropa como las de Cristo, pero no ha cambiado. Todavía se mantiene todo principio sustentado por el papado en los siglos pasados. Las doctrinas ideadas en la edad oscura siguen estando en pie. El papado que los protestantes ahora honran es el mismo que dominó en los días de la Reforma, cuando los hombres de Dios se le opusieron con peligro de su vida por exponer su iniquidad.

El papado es, precisamente, lo que la profecía declaró que sería: la apostasía de los últimos días (ver 2 Tesalonicenses 2:3, 4). Bajo la apariencia variable del camaleón, oculta el invariable veneno de la serpiente. ¿Será ahora reconocido como parte de la iglesia de Cristo este poder, cuya historia fue escrita durante mil años con la sangre de los santos?

Un cambio en el protestantismo

En los países protestantes se sostiene que el catolicismo tiene actualmente menos diferencias con el protestantismo que en los tiempos pasados. Es verdad que ha habido un cambio; pero el cambio no se operó en el papado. El catolicismo se asemeja mucho al protestantismo que ahora existe, debido a que el protestantismo ha degenerado muy grandemente desde los días de los reformadores.

Las iglesias protestantes, al buscar el favor del mundo, crean que es bueno todo lo malo, y como resultado finalmente creerán que es malo todo lo bueno.

Actualmente están, al parecer, disculpándose ante Roma por la opinión poco caritativa que han tenido de ella, y le piden perdón por su “fanatismo”. Muchos insisten en que las tinieblas intelectuales y morales que prevalecían durante la Edad Media favorecían la difusión de las supersticiones y la opresión de Roma; y que el mayor conocimiento que reina en los tiempos modernos y la creciente liberalidad en materia de religión impiden una reedición de la intolerancia. El pensamiento de que un estado tal de cosas como aquéllas exista en esta era de luces es puesto en ridículo. Pero debe recordarse que cuanto mayor es la luz concedida, mayores serán las tinieblas de los que la pervierten y rechazan.

Si bien una época de tinieblas intelectuales fue favorable al éxito del papado, le es igualmente propicia una de gran iluminación intelectual. En los siglos pasados, cuando los hombres no tenían conocimiento de la verdad, millares eran entrampados al no ver la red que se les tendía a sus pies. En esta generación muchos no se dan cuenta de esa red, y avanzan para caer en ella con tanta facilidad como si tuvieran los ojos vendados. Cuando los hombres exaltan sus propias teorías por encima de la Palabra de Dios, la ilustración puede realizar mayor daño que la ignorancia. Así la falsa ciencia de la época actual dará éxito a la preparación del camino para la aceptación del papado, como lo dio el ocultamiento del conocimiento en la Edad Oscura.

La observancia del domingo

La observancia del domingo es una costumbre que se originó en la Iglesia Romana, y que ésta reclama como señal de su autoridad. El espíritu del papado – en conformidad con las costumbres mundanas y la veneración de las tradiciones humanas por encima de los mandamientos de Dios– se está manifestando en las iglesias protestantes y las está induciendo a la misma obra de exaltar el domingo, cosa que el papado realizó antes.

Edictos reales, concilios generales y ordenanzas eclesiásticas, apoyados por el poder secular, fueron los pasos que dieron lugar a que el festival pagano obtuviera una posición de honor en el mundo cristiano. La primera medida pública que ponía en vigencia la observancia del domingo fue la ley dictada por Constantino. Aunque virtualmente era un estatuto pagano, fue impuesto por el emperador después que él aceptó nominalmente el cristianismo.

Eusebio, un obispo que buscaba el favor de los príncipes, y que era un amigo especial de Constantino, promovió la pretensión de que Cristo había transferido el sábado al domingo. Para probarlo no presentó ningún testimonio de las Escrituras. Eusebio mismo, sin querer, reconoció su falsedad. “Todas las cosas – dijo él–, todo lo que era nuestro deber hacer el día sábado, las hemos transferido al domingo, al día del Señor”.[2]

Al establecerse el papado, la exaltación del domingo continuó. Por un tiempo el séptimo día era todavía considerado como el día de descanso, pero el cambio se fue realizando en forma paulatina. Más tarde el papado dio instrucciones para que los sacerdotes de las parroquias amonestaran a los violadores del domingo, con el fin de que no atrajeran alguna gran calamidad sobre sí mismos y sobre sus vecinos.

Siendo que los decretos de los concilios resultaron insuficientes, se trató que las autoridades seculares dictaran un decreto que aterrorizara el corazón de la gente y los obligase a no trabajar el domingo. En un sínodo realizado en Roma, se reafirmaron todas las decisiones previas y se incorporaron en la ley eclesiástica para ser impuestas por las autoridades civiles.[3]

Todavía la ausencia de una autoridad bíblica para la observancia del domingo seguía causando perturbación. La gente preguntaba qué derecho tenían sus maestros de poner a un lado la declaración: “El séptimo día sábado es del Señor tu Dios”, con el fin de honrar el día del sol. Para suplir la falta de un testimonio bíblico se necesitaron otros recursos.

Un celoso abogado del domingo, que visitó las iglesias de Inglaterra hacia fines del siglo XII, encontró enorme resistencia de parte de los fieles testigos de la verdad; y sus esfuerzos resultaron tan infructíferos que se fue del país por un tiempo. Cuando regresó, trajo con él un rollo que, según dijo, provenía de Dios mismo, que contenía el mandamiento necesario para la observancia del domingo, con terribles amenazas para asustar a los desobedientes. Se dijo que el precioso documento había caído del cielo y había sido hallado en Jerusalén sobre el altar de San Simeón, en el Gólgota. Pero, de hecho, el palacio pontificio de Roma era la fuente del mismo. En todos los siglos se han estimado como legales y correctos los fraudes y las falsificaciones por parte de la jerarquía papal (ver el Apéndice, nota de la página 37).

Pero a pesar de todos los esfuerzos por establecer la santidad del domingo, los papistas mismos han confesado públicamente la autoridad divina del sábado. En el siglo XVI un concilio papal declaró: “Recuerden todos los cristianos que el séptimo día fue consagrado por Dios, y ha sido recibido y observado, no solamente por los judíos, sino por todos los demás que pretenden adorar a Dios; pero nosotros los cristianos hemos cambiado su sábado al día del Señor, domingo”.[4] Los que estaban violando la ley divina no eran ignorantes del carácter de su obra.

Un noble ejemplo de la política papal lo constituyó la larga y sangrienta persecución de los valdenses, no pocos de los cuales observaron el sábado. La historia de las iglesias de Etiopía y Abisinia es especialmente significativa. En medio de las tinieblas de la edad oscura, el mundo perdió de vista y olvidó a los cristianos del África Central, y por muchos siglos éstos gozaron de libertad para su fe. Por fin Roma llegó a conocer su existencia, y el emperador de Abisinia fue seducido para efectuar un reconocimiento del Papa como el vicario de Cristo. Se emitió un edicto prohibiendo la observancia del sábado bajo severas penalidades. [5] Pero la tiranía papal pronto llegó a ser un yugo tan irritante que los abisinios resolvieron quebrantarlo. Los romanistas fueron expulsados de sus dominios y la antigua fe fue restaurada.

Aunque las iglesias cristianas del África guardaban el séptimo día en obediencia al mandamiento de Dios, se absténían de trabajar en domingo según la costumbre de la iglesia papal. Roma pisoteó el sábado de Dios para exaltar su propio día de reposo, pero las iglesias del África, ocultas durante casi mil años, no compartieron esta apostasía. Cuando fueron sometidas a Roma, se las obligó a descartar el verdadero día de reposo para exaltar un falso día. Pero tan pronto como volvieron a obtener su independencia, regresaron a la obediencia del cuarto mandamiento.

Estos registros revelan claramente la enemistad de Roma hacia el verdadero día de reposo y hacia sus defensores. La Palabra de Dios enseña que estas escenas han de repetirse cuando los católicos y los protestantes se unan para la exaltación del domingo.

La bestia con cuernos de cordero

La profecía de Apocalipsis 13 declara que la bestia con cuernos de cordero hará “que la tierra y los moradores de ella” adoren al papado –simbolizado por la bestia “semejante a un leopardo”–. La bestia de dos cuernos ordenará también “a los moradores de la tierra que le hagan imagen a la bestia”; además mandará que “todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos”, reciban la marca de la bestia (Apocalipsis 13:11-16). Los Estados Unidos son el poder representado por la bestia con cuernos de cordero. Esta profecía se cumplirá cuando los Estados Unidos impongan la observancia del domingo, que Roma presenta como un reconocimiento a su supremacía.

“Vi una de sus cabezas como herida de muerte, pero su herida mortal fue sanada; y se maravilló toda la tierra en pos de la bestia” (Apocalipsis 13:3). La herida mortal señala la caída del papado en 1798. Después de esto, dice el profeta, “su herida mortal fue sanada; y se maravilló toda la tierra en pos de la bestia”. San Pablo declara que “el hombre de pecado” continuará realizando su obra de engaño hasta el mismo fin del tiempo (2 Tesalonicenses 2:3-8). “Y la adoraron todos los moradores de la tierra cuyos nombres no estaban escritos en el libro de la vida” (Apocalipsis 13:8). Tanto en el Viejo Mundo como en el Nuevo Mundo, el papado recibirá el homenaje que se le tributará por medio del honor que se rinda al día domingo.

Desde mediados del siglo XIX, los estudiosos de la profecía han presentado este testimonio ante el mundo. Ahora se ve un rápido avance hacia el cumplimiento de la predicción. Los maestros protestantes presentan la misma pretensión de autoridad divina para la observancia del domingo y la misma falta de evidencias bíblicas que los dirigentes papales. La aseveración de que los juicios de Dios caen sobre los hombres debido a la violación del reposo dominical se repetirá; y ya se está insistiendo en ello.

Maravillosa es la sagacidad de la Iglesia Romana. Ella puede leer el porvenir: que las iglesias protestantes le están rindiendo tributo al aceptar el falso día de reposo, y que se están preparando para imponerlo por los mismos medios que ella empleó en tiempos pasados. No es difícil conjeturar cuán rápidamente

acudirá ella en ayuda de los protestantes para hacer esta obra.

La Iglesia Católica es una vasta organización que está bajo el control de la sede papal, y sus millones de adeptos en todos los países están comprometidos en su lealtad al Papa, cualquiera sea su nacionalidad o su gobierno. Aunque juren lealtad al Estado, en el fondo permanece en forma superior el voto de obediencia a Roma.

La historia testifica de los astutos y persistentes esfuerzos de esa iglesia para introducirse en los asuntos de las naciones, y una vez que ha conseguido entrada, para hacer prosperar sus propios blancos, aun a costa de la ruina de los principes y del pueblo.[6]

Roma se jacta de que nunca cambia. Poco saben los protestantes lo que están haciendo cuando se proponen aceptar la ayuda de Roma en la obra de exaltar el domingo. Mientras ellos tratan de realizar sus propósitos, ésta tiene su mira puesta en el restablecimiento de su poder, para recobrar su perdida supremacía. Una vez que se establezca el principio de que la Iglesia puede controlar el poder del Estado, de que las observancias religiosas pueden ser impuestas por las leyes seculares –en suma: que la autoridad de la Iglesia y la del Estado han de dominar la conciencia–, el triunfo de Roma resultará asegurado.

El mundo protestante llegará a saber cuáles son los propósitos de Roma sólo cuando sea demasiado tarde para escapar de la trampa. El catolicismo está creciendo silenciosamente en poder. Sus doctrinas están ejerciendo influencia en los recintos legislativos, en las iglesias y en el corazón de los hombres. Está fortaleciendo su poder para avanzar en la consecución de sus propios fines cuando llegue el tiempo de dar el golpe. Todo lo que desea es terreno ventajoso. Entonces todo aquel que crea y obedezca la Palabra de Dios incurrirá en el oprobio y la persecución.

[1]John L. von Mosheim, Institutes of Ecclesiastical History [Fundamentos de historia eclesiástica], lib. 3, siglo II, parte 2, cap. 2, sec. 9, nota 17.

[2]Robert Cox, Sabbath Laws and Sabbath Duties [Leyes y deberes sabáticos], p. 538.

[3]Ver Heylyn, History of the Sabbath [Historia del sábado], parte 2, cap. 5, sec. 7.

[4]Thomas Morer, Discourse in Six Dialogues on the Name, Notion, and Observation of the Lord's Day [Discurso en seis diálogos sobre el nombre, la idea y la observancia de día del Señor], pp. 281, 282.

[5]Ver Michael Geddes, Church History of Ethiopia [Historia de la iglesia de Etiopía], pp. 311, 312.

[6]Ver, por ejemplo, John Dowling, The History of Romanism [La historia del romanismo], lib. 5, cap. 6, sec. 55; y Mosheim, lib. 3, siglo II, parte 2, cap. 2, sec. 9, nota 17.

Capítulo 37

El conflicto inminente

Desde el mismo comienzo de la gran controversia en el cielo, Satanás ha tenido el propósito de destruir la ley de Dios. Y el resultado será idéntico, tanto si se descarta totalmente la ley, como si se rechaza solamente uno de sus preceptos. El que peca “en un solo punto” manifiesta menosprecio por toda la ley; su influencia y su ejemplo están del lado de la transgresión; “se hace culpable de todos” los mandamientos de la ley (Santiago 2:10).

Satanás ha tratado de pervertir las doctrinas de la Biblia, y así se han incorporado errores en la fe de miles de personas. El último gran conflicto entre la verdad y el error se librará en torno a la ley de Dios, entre la Biblia y la religión de las fábulas y las tradiciones. Las Sagradas Escrituras están al alcance de todos, pero pocos las aceptan como la guía de la vida. Muchos en la iglesia niegan los pilares fundamentales de la fe cristiana. La creación, la caída del hombre, la expiación y la ley de Dios son rechazadas, sea en forma total o parcial. Millares consideran como una evidencia de debilidad el tener una total confianza en la Biblia.

Es tan fácil hacer un ídolo de falsas teorías como fabricar uno de madera o de piedra. Al hacer una errónea representación de Dios, Satanás induce a los hombres a considerarlo con un carácter falso. Se entroniza un ídolo filosófico en lugar del Dios viviente tal como él se revela en su Palabra, en Cristo y en las obras de la creación. El Dios de muchos filósofos, poetas, políticos, periodistas – de muchas universidades, y aun de algunas instituciones teológicas– es un poco mejor que Baal, el dios sol de los fenicios en los días de Elías.

Ningún error golpea más fuertemente contra la autoridad del cielo, ninguno es más pernicioso en sus resultados, que la doctrina de que la ley de Dios ya no está en vigencia. Supongamos que algunos predicadores prominentes enseñaran públicamente que los estatutos que gobiernan su país no son obligatorios, y que los mismos restringen las libertades del pueblo y no deben ser obedecidos. ¿Por

cuánto tiempo serían tales hombres tolerados en el púlpito?

Sería más consecuente que las naciones abolieran sus leyes, y no que el Gobernante del universo anulara su ley. El experimento de invalidar la ley de Dios fue probado en Francia cuando el ateísmo llegó a ser el poder dominante. Se demostró que el quitar las restricciones que Dios ha impuesto equivale a aceptar la norma del principio del mal.

La destrucción de la ley de Dios

Los que enseñan al pueblo a considerar livianamente los mandamientos de Dios siembran desobediencia para cosechar desobediencia. Quite completamente las restricciones impuestas por la ley divina, y las leyes humanas serán pronto desobedecidas. Los resultados de destruir los preceptos de Dios serán peores de lo que se anticipa. La propiedad ya no estaría segura. Los hombres tomarían las posesiones de sus vecinos por la violencia, y el más fuerte llegaría a ser el más rico. La vida misma no sería respetada. El voto matrimonial dejaría de ser el baluarte de protección de la familia. El que tuviera el poder de hacerlo se apoderaría de la esposa de su vecino por la fuerza. El quinto mandamiento sería descartado junto con el cuarto. Los hijos no verían ningún motivo para no quitar la vida de sus padres si al hacerlo pudieran obtener el deseo de su corazón corrupto. El mundo civilizado se convertiría en una horda de ladrones y asesinos, y la paz y la felicidad desaparecerían de la tierra.

La doctrina de abolir la ley de Dios ya ha abierto los portales de la iniquidad en el mundo. La ilegalidad y la corrupción lo invaden todo como una ola abrumadora. Aun en los hogares que profesan ser cristianos hay hipocresía, enajenamiento, traición de los cometidos sagrados y corrupción moral. El principio religioso, el fundamento de la vida social, parece algo vacilante que está listo para caer. Viles criminales a veces reciben atenciones como si hubieran obtenido una distinción enviable. Se da gran publicidad a sus hechos. La prensa publica detalles repugnantes de su proceder, iniciando de esta manera a otros en el fraude, el robo y el homicidio. El descaro del vicio, la intolerancia terrible y la iniquidad en todo nivel debe despertarnos. ¿Qué puede hacerse para detener la marea de maldad?

La intemperancia ha ofuscado a muchos

Los tribunales de justicia están corrompidos. Los gobernantes son movidos por el deseo de ganancia y el amor sensual por los placeres. La intemperancia ha nublado las percepciones de muchos, de manera que Satanás tiene el dominio casi completo de los mismos. Los jueces están pervertidos, sobornados, engañados. La ebriedad, la rebelión y la falta de honradez de toda clase se hallan presentes entre los que administran las leyes. Ahora que Satanás no puede mantener el mundo dominado por medio del ocultamiento de las Escrituras, recurre a otros medios para realizar el mismo objetivo. Destruir la fe en la Biblia es tan eficaz como destruir la Biblia misma.

Así como ocurrió en épocas pasadas, él ha obrado por medio de las iglesias para hacer progresar sus designios. Al combatir verdades impopulares de las Escrituras, ellas adoptan interpretaciones que siembran y esparcen las semillas de la incredulidad. Aferrándose al error papal de la inmortalidad natural y que el hombre continúa consciente después de haber muerto, rechazan la única defensa contra los engaños del espiritismo. La doctrina del tormento eterno ha inducido a muchos a rechazar la Biblia. Cuando se presentan las exigencias del cuarto mandamiento, se descubre que se ordena la observancia del séptimo día de la semana; y como única manera de librarse ellos mismos de un deber que no están dispuestos a realizar, los predicadores populares descartan la ley de Dios y por consiguiente el sábado. A medida que se extienda la reforma del sábado, este rechazo de la ley divina para evitar el cuarto mandamiento llegará a ser casi universal. Los dirigentes religiosos abren la puerta a la incredulidad, al espiritismo, a la desobediencia de la ley de Dios: una terrible responsabilidad por la iniquidad que existe en el mundo cristiano.

Sin embargo, esta misma clase de personas pretende que la obligación de la observancia del domingo mejoraría la condición moral de la sociedad. Satanás tiene como uno de sus engaños el combinar con la falsedad una cantidad suficiente de verdad como para que sus mentiras parezcan verdades. Los dirigentes del movimiento del domingo pueden propiciar reformas que la gente necesita defender, principios que estén de acuerdo con la Biblia; aun así, junto

con eso colocan un requisito contrario a la ley de Dios. Por esto los seguidores de Cristo no pueden unirse a ellos. Nada puede justificar el descartar los mandamientos de Dios para colocar en su lugar ordenanzas de hombres.

Por medio de los dos grandes errores, la inmortalidad del alma y la santidad del domingo, Satanás colocará al pueblo bajo sus engaños. En tanto que el primer error coloca el fundamento del espiritismo, el último crea un lazo de simpatía con Roma. Los protestantes de los Estados Unidos serán los primeros en extender las manos a través del abismo para tomar la mano del espiritismo; las extenderán sobre el abismo para estrechar la mano del poder romano; y bajo la influencia de esta triple unión, este país (los Estados Unidos) seguirá en los pasos de Roma para desconocer los derechos de conciencia.

El espiritismo imita al cristianismo de nuestros días, y tiene gran poder para engañar. Satanás mismo está “convertido”. Aparecerá como ángel de luz. Por medio del espiritismo, se obrarán milagros, los enfermos sanarán y se realizarán innegables maravillas.

Los papistas que se jactan de los milagros como una señal de la iglesia verdadera, serán rápidamente engañados por este poder obrador de señales; y los protestantes, habiendo eliminado el escudo de la verdad, también serán entrampados. Los papistas, los protestantes y los mundanos verán en esta unión un gran movimiento para la conversión del mundo.

Por medio del espiritismo, Satanás aparece como un benefactor de la humanidad que sana enfermedades y presenta un nuevo sistema de fe religiosa, pero al mismo tiempo conduce a las multitudes a la ruina. La intemperancia destrona la razón; siguen en su estela la complacencia de los sentidos, la lucha y el derramamiento de sangre. La guerra excita las peores pasiones del alma y envía a la eternidad a sus víctimas sumergidas en el vicio y la sangre. El gran enemigo tiene el plan de incitar a las naciones a la guerra, porque de esta manera puede distraer a la gente de la preparación necesaria para estar en pie en el Día de Dios.

Satanás ha estudiado los secretos de la naturaleza, y él emplea todo su poder para dominar los elementos hasta donde Dios se lo permite. Es Dios quien protege a sus criaturas del destructor. Pero el mundo cristiano ha manifestado desprecio por la ley del Altísimo, y el Señor hará lo que él ha declarado que hará: retirar su cuidado protector de los que se rebelan contra su ley y obligan a otros a hacer lo mismo. Satanás tiene el dominio de todos aquellos a quienes

Dios no protege en forma especial. Él favorecerá y prosperará a algunos, con el fin de hacer adelantar sus propios designios; y traerá aflicciones sobre otros, para inducir a los hombres a creer que es Dios el que los aflige.

Aunque aparece como un gran médico que puede sanar todas las enfermedades, el diablo acarreará enfermedad y desastres hasta que ciudades populosas sean reducidas a la ruina. Mediante accidentes en mar y tierra, por medio de grandes guerras, usando tornados y tormentas de granizo, tempestades, inundaciones, ciclones, mareas que inundan la tierra y mil otras formas, Satanás está ejerciendo su poder. Destruye la cosecha que madura, y siguen el hambre y la aflicción. Destila en el aire un aliento mortífero y miles perecen.

Y entonces el gran engañador persuadirá a los hombres a culpar de todos estos males a aquellos cuya obediencia a los mandamientos de Dios es una perpetua reprobación para los transgresores. Se declarará que los hombres ofenden a Dios por la violación de la observancia del domingo, que este pecado trajo calamidades y que éstas no cesarán hasta que la observancia del domingo sea impuesta estrictamente. “Los que destruyen la reverencia del domingo están impidiendo la restauración del favor divino y la prosperidad”. De este modo se repetirá la acusación hecha en la antigüedad contra el siervo de Dios: “Cuando Acab vio a Elías, le dijo: ¿Eres tú el que turbas a Israel?” (1 Reyes 18:17).

El poder obrador de milagros ejercerá su influencia contra los que obedecen a Dios antes que a los hombres. Los “espíritus” declararán que Dios los ha enviado a convencer de su error a los que rechazan la observancia del domingo. Lamentarán la excesiva maldad en el mundo, y apoyarán el testimonio de los maestros religiosos en el sentido de que el estado de degradación moral es causado por la violación del domingo.

Bajo el gobierno papal, los que sufrían por el evangelio eran denunciados como obradores de maldad que estaban unidos con el maligno. Así ocurrirá ahora. Satanás hará que los que honran la ley de Dios sean acusados como hombres que acarrean los juicios sobre la tierra. Mediante el temor trata de gobernar el mundo. Por el temor trata de dominar la conciencia, induciendo a las autoridades religiosas y seculares a imponer leyes humanas en desafío a la ley de Dios.

Los que honran el sábado bíblico serán denunciados como enemigos de la ley y del orden, que están quebrantando las restricciones morales de la sociedad, causando anarquía y corrupción, y provocando el derramamiento de los juicios

de Dios sobre la tierra. Serán acusados de desobediencia al gobierno. Predicadores que niegan la obligación de cumplir la ley de Dios presentarán desde el púlpito el deber de obedecer a las autoridades civiles. Los que observan los mandamientos serán condenados en los tribunales y en las cortes de justicia. Se dará una falsa interpretación a sus palabras; se atribuirán las peores intenciones a sus motivos.

Los dignatarios de la Iglesia y del Estado se unirán para persuadir o para obligar a todos a honrar el domingo. Aun en la libre nación de los Estados Unidos los gobernantes y legisladores cederán a la demanda popular para dictar una ley que imponga la observancia del domingo. La libertad de conciencia, que ha costado un sacrificio tan grande, no será ya respetada. En el conflicto inminente veremos exemplificadas las palabras del profeta: “El dragón se llenó de ira contra la mujer; y se fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo” (Apocalipsis 12:17).

Capítulo 38

Nuestra única salvaguardia

Al pueblo de Dios se le indica que busque en las Escrituras su salvaguardia contra los falsos maestros y los espíritus de las tinieblas. Satanás emplea todo medio posible para impedir que los hombres obtengan el conocimiento de la Biblia, cuyo claro lenguaje revela sus engaños. El último gran engaño se desplegará pronto ante nosotros. El Anticristo va a efectuar obras maravillosas ante nuestra vista. La falsificación se asemejará tanto a la verdad que será imposible distinguir entre las dos cosas, a no ser con la ayuda de las Escrituras.

Los que se empeñan en obedecer todos los mandamientos de Dios encontrará oposición y tendrán que enfrentar el ridículo. Para soportar la prueba deben entender la verdad de Dios tal como está revelada en su Palabra. Tan sólo los que han fortalecido su mente con las verdades de la Biblia permanecerán de pie en el último gran conflicto. Antes de su crucifixión, el Salvador explicó a sus discípulos que él sería muerto y resucitaría. Pero las palabras fueron desterradas de la mente de los discípulos. Cuando llegó la prueba, la muerte de Jesús destruyó las esperanzas de éstos tan completamente como si no los hubiera advertido de antemano. Así también, en las profecías, el futuro está abierto ante nosotros tal como fue presentado por Cristo delante de los discípulos. Los acontecimientos relacionados con el fin del tiempo de gracia y la preparación para el tiempo de angustia han sido presentados con claridad. Pero hay miles de personas que no comprenden estas importantes verdades y el tiempo de angustia no los hallará listos.

Cuando Dios envía advertencias exige que cada persona con uso de razón preste atención al mensaje. Los terribles juicios contra el culto a la bestia y su imagen (Apocalipsis 14:9-11) deben inducir a todos a enterarse de lo que es la marca de la bestia y cómo se impondrá. Pero las masas del pueblo no quieren la verdad bíblica porque ésta se opone a los deseos del corazón carnal. Satanás satisface las imposturas que esas masas aman.

Pero Dios tendrá un pueblo que se aferrará a la Biblia, y únicamente a la Biblia, como la norma de toda la doctrina y la base de todas las reformas. Las opiniones de los hombres sabios, las deducciones de la ciencia, las decisiones de los concilios eclesiásticos, la voz de la mayoría, ninguna de estas cosas debe ser considerada como evidencia a favor o en contra de alguna doctrina. Debemos exigir un claro “Así dice el Señor”. Satanás induce a la gente a mirar a los pastores, a los profesores de teología y a otros como su guía, en lugar de investigar las Escrituras por sí mismos. Al controlar a estos dirigentes, él puede manejar a las multitudes.

Cuando Cristo vino, el pueblo común lo escuchaba con alegría. Pero los principales de los sacerdotes y los hombres dirigentes se atrincheraron en sus prejuicios; rechazaron la evidencia de su condición de Mesías. “¿Cómo es que nuestros gobernantes y sabios escribas no creen en Jesús?”, preguntaba la gente. Tales maestros condujeron a la nación judía a rechazar al Redentor.

La exaltación de la autoridad humana

Cristo vio proféticamente la obra de exaltación de la autoridad humana para regir la conciencia, la cual ha sido una maldición terrible en todos los siglos. Sus advertencias a no seguir a los dirigentes ciegos fueron incorporadas en los registros bíblicos como una amonestación para las futuras generaciones.

La Iglesia Romana les reserva a los clérigos el derecho de interpretar la Biblia. Aunque la Reforma ofreció las Escrituras a todos, el mismo principio que Roma mantuvo impide que multitudes, hoy militantes en las iglesias protestantes, investiguen la Biblia por sí mismos. Se les instruye a aceptar las enseñanzas tales como las interpreta la iglesia. Millares de personas no se atreven a recibir nada, por claro que resulte en la Biblia, que sea contrario a su credo.

Muchos están listos a encomendar sus almas al clero. Pasan casi completamente por alto las enseñanzas del Salvador. ¿Pero son infalibles los dirigentes religiosos? ¿Cómo podemos confiar en su dirección espiritual a menos que sepamos por la Palabra de Dios que ellos son los portadores de luz? La falta de valor moral conduce a muchos a seguir a los hombres, y así se atan desesperadamente al error. Ven en la Biblia la verdad para este tiempo y sienten el poder del Espíritu Santo acompañando su proclamación; sin embargo, le permiten al clero desviarlos de la luz.

Satanás se asegura a las multitudes atándolas con las cuerdas del afecto a los que son enemigos de la cruz de Cristo. Este vínculo puede ser el de padres, hijos, esposos o meramente un vínculo social. Las almas que están bajo su dominio no tienen el valor de obedecer sus convicciones del deber.

Muchos pretenden que no importa lo que uno crea, con tal que su vida sea recta. Pero la vida es modelada por la fe. Si la verdad está a nuestro alcance y la descuidamos, virtualmente la rechazamos, eligiendo las tinieblas antes que la luz.

La ignorancia no es excusa para el error o el pecado, cuando existen todas las oportunidades para conocer la voluntad de Dios. Un hombre que viaja llega a un

lugar desde donde salen distintos caminos y donde hay postes que indican adónde conduce cada uno de ellos. Si el viajero no presta atención a las señales y toma cualquier camino que le parezca correcto, puede ser sincero, pero con toda probabilidad se hallará en algún camino equivocado.

El primero y el más alto de los deberes

No es suficiente tener buenas intenciones, hacer lo que uno piensa que es correcto o lo que el ministro le diga que está bien. Uno debe investigar las Escrituras por sí mismo. Tiene un mapa que contiene todas las indicaciones para el viaje al cielo, y no debe asumir ninguna suposición. El primero y el más alto de los deberes de todo ser racional es aprender de las Escrituras lo que es verdad, y entonces andar de acuerdo con el conocimiento que tiene y animar a otros a seguir su ejemplo. Hemos de formar nuestras opiniones por nosotros mismos, siendo que por nosotros mismos hemos de responder delante de Dios. Hombres instruidos, con la pretensión de tener una gran sabiduría, enseñan que las Escrituras tienen un significado secreto y espiritual que no resulta claro en el lenguaje empleado. Estos hombres son falsos maestros. El lenguaje de la Biblia debe explicarse de acuerdo con su sentido obvio, a menos que se emplee un símbolo o una figura. Si los hombres sólo tomaran la Biblia tal como se lee, se realizaría una obra que traería a las filas del cristianismo a millares y millares que ahora andan en el error.

Muchos pasajes de las Escrituras –que hombres instruidos pasan por alto sin darles importancia– se hallan llenos de consuelo para el que ha sido enseñado en la escuela de Cristo. La comprensión de la verdad bíblica depende no tanto del poder del intelecto que se empeña en la investigación, como de la sencillez de propósito y el anhelo ferviente de lograr justicia.

Resultados del descuido en la oración y el estudio de la Biblia

Nunca se debería estudiar la Biblia sin oración. El Espíritu Santo es el único que puede hacernos sentir la importancia de las cosas que son fáciles de entender, o impedir que nos equivoquemos en las verdades difíciles. Los ángeles celestiales preparan nuestro corazón para que comprendamos la Palabra de Dios. Seremos cautivados por su belleza, amonestados por sus advertencias y fortalecidos por sus promesas. Las tentaciones a menudo parecen irresistibles porque la persona probada no puede recordar rápidamente las promesas de Dios y hacer frente a Satanás con el arma de las Escrituras. Pero los ángeles se hallan junto a los que están deseosos de aprender, y ellos traerán a su recuerdo las verdades que se necesitan.

“El Espíritu Santo... os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho” (S. Juan 14:26). Pero las enseñanzas de Cristo deben haber sido previamente almacenadas en la mente como para que el Espíritu de Dios las refresque en nuestra memoria en tiempos de peligro.

El destino de innumerables multitudes de la tierra está por decidirse. Todo seguidor de Cristo debe preguntarse fervientemente: “Señor, ¿qué quieres que yo haga?” (Hechos 9:6). Debemos buscar ahora una experiencia profunda y viviente en las cosas de Dios. No tenemos que perder un solo momento. Estamos en el terreno hechizado de Satanás. ¡No se duerman, centinelas de Dios!

Muchos se felicitan por los malos actos que no cometen. Pero no es suficiente que sean árboles en el huerto de Dios. Han de llevar frutos. De lo contrario, en los libros del cielo están anotados como una molestia en el terreno. Sin embargo el corazón de Dios, lleno de amor paciente, todavía intercede ante las almas que no han prestado atención a la misericordia divina y han abusado de su gracia.

En el verano no existe una diferencia notable entre los árboles de hojas perennes y los que las dejan caer; pero cuando llegan las ráfagas del invierno, los de hojas perennes permanecen, en tanto que los demás árboles pierden su follaje. Dejen

que se levante la oposición y que reine la intolerancia, dejen que se encienda la persecución, y los tibios e hipócritas cederán en su fe; pero los verdaderos cristianos permanecerán firmes, con su fe fuerte, y con su esperanza más brillante que en los días de prosperidad.

“Porque será como el árbol plantado junto a las aguas, que junto a la corriente echará sus raíces, y no verá cuando viene el calor, sino que su hoja estará verde; y en el año de sequía no se fatigará, ni dejará de dar fruto” (Jeremías 17:8).

Capítulo 39

El último llamamiento divino

“Después de esto vi otro ángel descender del cielo con gran poder; y la tierra fue alumbrada con su gloria. Y clamó con voz potente, diciendo: Ha caído, ha caído la gran Babilonia, y se ha hecho habitación de demonios y guarida de todo espíritu inmundo, y albergue de toda ave inmunda y aborrecible... Y oí otra voz del cielo, que decía: Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte de sus plagas” (Apocalipsis 18:1-4).

El anuncio hecho por el segundo ángel de Apocalipsis 14 (versículo 8) ha de ser repetido, con la mención adicional de las corrupciones que han estado entrando en Babilonia desde que el mensaje fuera dado por primera vez.

Aquí se describe una terrible condición. En cada oportunidad en que se rechaza la verdad, las mentes del pueblo se oscurecen, los corazones se vuelven más empecinados. Continuarán pisoteando los preceptos del Decálogo hasta que lleguen al punto de perseguir a los que los consideran sagrados. Se desprecia a Cristo cuando se manifiesta desdén hacia su Palabra y hacia su pueblo.

El profesar ser religioso llegará a ser un manto para ocultar las más bajas iniquidades. La creencia en el espiritismo abre la puerta a doctrinas de demonios, y así la influencia de los malos ángeles se sentirá en las iglesias. Las iglesias apóstatas, designadas como Babilonia en la Biblia, han llenado la medida de su culpa, y la destrucción está por caer.

Pero Dios todavía tiene un pueblo en Babilonia, y los fieles deben ser llamados a salir de ella para que no participen de sus pecados ni reciban parte de sus plagas. Un ángel desciende del cielo para iluminar la tierra con su gloria y anunciar los pecados de Babilonia. Se oye el llamamiento: “Salid de ella, pueblo mío”. Estos anuncios constituyen la advertencia final que ha de ser dada a los habitantes del mundo.

Los poderes de la tierra, al unirse en guerra contra los mandamientos de Dios, decretarán que todos los hombres, “pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos” (Apocalipsis 13:16) tienen que practicar las costumbres de la iglesia en la observancia de un falso día de reposo. Todos los que rehúsen hacerlo serán finalmente declarados culpables de muerte. Por el otro lado, la ley de Dios que proclama el día de descanso del Creador amenaza con la ira divina a todos los que violan sus preceptos.

Cuando el asunto sea presentado de esta manera clara ante las personas, todo aquel que pisotee la ley de Dios para obedecer un edicto humano recibirá la marca de la bestia, la señal de lealtad al poder que él elige obedecer en lugar de Dios. “Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe la marca en su frente o en su mano, él también beberá del vino de la ira de Dios, que ha sido vaciado puro en el cáliz de su ira” (Apocalipsis 14:9, 10).

Nadie sufre la ira de Dios antes que la verdad haya sido presentada a su mente y a su conciencia y haya sido rechazada. Muchos jamás habrían tenido la oportunidad de escuchar las verdades especiales para este tiempo. El que lee todos los corazones no permitirá que ninguno de los que deseen conocer la verdad sea engañado en cuanto al punto principal de la controversia. Todos han de tener luz suficiente para hacer una decisión inteligente.

La gran prueba de lealtad

El sábado, la gran prueba de lealtad, es la verdad especialmente controvertida. En tanto que la observancia del falso día de reposo es una muestra de lealtad al poder opuesto a Dios, el observar el verdadero sábado es una evidencia de lealtad al Creador. Mientras una clase recibe la marca de la bestia, la otra recibe el sello de Dios.

Las predicciones de que la intolerancia religiosa dominará otra vez, y de que la Iglesia y el Estado perseguirán a los que guardan los mandamientos de Dios, han sido declaradas sin fundamento y absurdas. Pero cuando el asunto de la observancia del domingo sea ampliamente agitado, se verá que el acontecimiento que por tanto tiempo se ha puesto en duda se está acercando, y el mensaje producirá un efecto que no podría haber tenido antes.

En toda generación Dios ha enviado sus siervos a reprender el pecado en el mundo y en la iglesia. Muchos reformadores, al iniciar su obra, se propusieron ejercer gran prudencia en atacar los pecados de la iglesia y la nación. Esperaban conducir al pueblo de vuelta al estudio de la Biblia por medio del ejemplo de una vida pura y cristiana. Pero el Espíritu de Dios vino sobre ellos; sin temer las consecuencias, no podían dejar de predicar la doctrina sencilla de la Biblia.

Así será proclamado el mensaje. El Señor obrará mediante instrumentos humildes que se consagren a su servicio. Los obreros serán calificados más bien por la unción del Espíritu Santo que por la educación recibida en instituciones de enseñanza. Habrá hombres que se sentirán obligados a salir con santo celo declarado las palabras que Dios les dé. Se revelarán los pecados de Babilonia. El pueblo será conmovido. Miles de personas jamás han escuchado palabras semejantes. Babilonia es la iglesia, caída por sus pecados, debido a su rechazo de la verdad. Cuando la gente vaya a ver a sus maestros con la pregunta: “¿Son estas cosas así?”, los dirigentes recurrirán a las fábulas para aquietar la conciencia despertada. Pero debido a que muchos demandarán un sencillo “Así dice el Señor”, los ministros populares inducirán a las multitudes amantes del pecado a perseguir y burlarse de aquellos que proclaman la verdad.

El clero hará esfuerzos casi sobrehumanos para quitar la luz, y para suprimir la discusión de estas cuestiones vitales. La iglesia apelará al brazo poderoso del poder civil y, en esta obra, los papistas y los protestantes se unirán. A medida que el movimiento en favor de la imposición del descanso dominical se vuelva más atrevido, los que observan los mandamientos serán amenazados con multas y prisión. A algunos se les ofrecerán posiciones de influencia y a otros recompensas para que renuncien a su fe. Pero su respuesta será: “Muéstrennos nuestro error por medio de la Palabra de Dios”. Los que sean citados a comparecer ante los tribunales presentarán una poderosa defensa de la verdad, y algunos de los que los escuchen serán inducidos a tomar posiciones junto con los que guardan los mandamientos de Dios. Hay millares que de otra manera no sabrían nada acerca de estas verdades.

La obediencia a Dios será tratada como rebelión. Los padres emplearán severidad para con sus hijos creyentes. Los hijos serán desheredados y echados del hogar. “Todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución” (2 Timoteo 3:12). Cuando los defensores de la verdad rehúsen honrar el domingo, algunos serán arrojados a la cárcel, otros serán exiliados y algunos serán tratados como esclavos. Cuando el Espíritu de Dios sea retirado de los hombres se producirán sucesos extraños. El corazón puede llegar a ser muy cruel cuando el temor y el amor de Dios desaparecen del mundo.

La tormenta se aproxima

A medida que la tormenta se aproxima, una clase numerosa de personas que han profesado tener fe en el mensaje del tercer ángel, pero que no han sido santificadas por la obediencia a la verdad, abandona su lealtad y se une a la oposición. Al unirse con el mundo han llegado a considerar las cosas casi de la misma manera que éste, y eligen situarse en el lado más popular. Hombres que una vez se regocijaron en la verdad emplean sus talentos y su agradable lenguaje para desviar a las almas. Llegan a ser acerbos enemigos de sus hermanos de antes. Estos apóstatas son eficientes agentes de Satanás para calumniar y acusar a los observadores del sábado e instigan a los gobernantes en su contra.

Los siervos de Dios han dado la amonestación. El Espíritu de Dios los ha constreñido. No han consultado sus intereses temporales, ni han tratado de preservar su reputación o su vida. La obra parece sobreponerse grandemente a su capacidad de realizarla. Sin embargo no pueden volverse atrás. Sintiendo su impotencia, recurren al Todopoderoso en procura de fuerza.

En la historia se distinguen diferentes períodos porque en ellos se ha desarrollado alguna verdad especial, adaptada a las necesidades del pueblo de Dios de ese tiempo. Pero, teniendo en cuenta que toda nueva verdad ha tenido que hacer frente a la oposición, los embajadores de Cristo deben realizar su deber y dejar con Dios los resultados.

La oposición adquiere nueva fuerza

A medida que se aumenta la oposición, los siervos de Dios se hallan de nuevo perplejos, pues parece que ellos han provocado la crisis. Pero su conciencia y la Palabra de Dios les aseguran que su conducta es correcta. Su fe y su valor se acrecientan con la emergencia. Su testimonio es: “Cristo ha vencido los poderes de la tierra, y ¿estaremos temerosos frente a un mundo ya conquistado?”

Siendo que nadie puede servir a Dios sin despertar la oposición de las huestes de las tinieblas, los malos ángeles los asaltan, alarmados de que su influencia les arrebate la presa de sus manos. Los hombres perversos tratan de separarlos de Dios con tentaciones seductoras. Cuando éstas no tienen éxito, se emplea la fuerza para dominar la conciencia.

Pero mientras Jesús siga siendo el intercesor del hombre en el Santuario celestial, la influencia restrictiva del Espíritu Santo sigue siendo sentida por los gobernantes y el pueblo. Aun cuando muchos son activos agentes de Satanás, Dios también tiene sus representantes entre los dirigentes de la nación. Unos pocos hombres mantendrán en jaque una poderosa corriente del mal. La oposición de los enemigos de la verdad será restringida con el fin de que el mensaje del tercer ángel realice su obra. La amonestación final conquistará la atención de estos hombres dirigentes, y algunos aceptarán y echarán su suerte con el pueblo de Dios.

La lluvia tardía y el fuerte pregón

El ángel que se une con el tercer ángel ha de alumbrar a toda la tierra con su gloria. El mensaje del primer ángel fue llevado a cada estación misionera del mundo, y en algunos países se presenció el mayor interés religioso desde el tiempo de la Reforma. Pero esto ha de ser sobrepasado por la última amonestación del tercer ángel.

La obra será similar a la del Día de Pentecostés. Se produjo “la lluvia temprana” en ocasión del comienzo de la predicación evangélica para favorecer los primeros brotes de la preciosa simiente; de la misma manera la “lluvia tardía” será dada al final de la proclamación para madurar la cosecha (Oseas 6:3; Joel 2:23). La gran obra del evangelio no había de finalizar con una manifestación menor del poder de Dios que la que señaló su comienzo. Las profecías que se cumplieron en el derramamiento de la primera lluvia al comienzo del evangelio, han de volver a cumplirse en la lluvia tardía de su terminación. Estos son los “tiempos de refrigerio” mencionados por el apóstol San Pedro: “Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio, y él envíe a Jesucristo” (Hechos 3:19, 20).

Siervos de Dios, con sus rostros iluminados por su santa consagración, se apresurarán de lugar en lugar para proclamar el mensaje del cielo. Seguirán milagros, y los enfermos sanarán. Satanás también obrará con milagros mentirosos, aun haciendo descender fuego del cielo (ver Apocalipsis 13:13). Así los habitantes de la tierra serán preparados para hacer su decisión.

El mensaje avanzará no tanto mediante argumentos sino sobre la base de la profunda convicción obrada por el Espíritu de Dios. Los argumentos han sido presentados. Las publicaciones han ejercido su influencia; sin embargo, muchos se han visto impedidos de comprender en forma plena la verdad. Ahora ésta aparece con toda su claridad. Los vínculos familiares, las relaciones con la iglesia, son impotentes para detener a los honrados hijos de Dios. A pesar de las fuerzas combinadas contra la verdad, un gran número de personas tomará su lugar en las filas del Señor.

Capítulo 40

El tiempo de angustia

“En aquel tiempo se levantará Miguel, el gran Príncipe que está de parte de los hijos de tu pueblo; y será tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces; pero en aquel tiempo será libertado tu pueblo, todos los que se hallen escritos en el libro” (Daniel 12:1).

Cuando finalice el mensaje del tercer ángel, el pueblo de Dios habrá realizado su tarea. Habrá recibido “la lluvia tardía” y estará preparado para la hora de prueba que tiene delante. Se ha producido la prueba final para el mundo, y todos los que han demostrado ser leales a los preceptos divinos han recibido “el sello del Dios vivo”. Entonces Jesús cesa en su intercesión en el Santuario del cielo y proclama en alta voz: “Consumado es”. “El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía” (Apocalipsis 22:11). Cristo ha hecho la expiación en favor de su pueblo y ha borrado los pecados de sus hijos. “El reino, y el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo” (Daniel 7:27) está por ser dado a los herederos de la salvación, y Jesús ha de reinar como Rey de reyes y Señor de señores.

Cuando él abandona el Santuario, las tinieblas cubren a los habitantes de la tierra. Los justos deben vivir a la vista de un Dios santo sin intercesor. Desaparecen las restricciones con respecto a los impíos, y Satanás tiene un dominio total de los impenitentes. El Espíritu de Dios por fin se ha retirado. Entonces Satanás arrojará a los habitantes de la tierra en una angustia grande y final. Los ángeles de Dios dejan de mantener en jaque los vientos furiosos de las pasiones humanas. Todo el mundo se verá envuelto en una ruina más terrible que la que le sobrevino a Jerusalén de antaño. Están ahora listas las fuerzas que sólo esperan el permiso divino para esparcir la desolación por doquier.

Los que honran la ley de Dios serán considerados como la causa de la terrible lucha y el derramamiento de sangre que llena la tierra de desgracia. El poder que

acompaña a la última amonestación ha encolerizado a los malvados, y Satanás excitará el espíritu de odio y persecución contra todos los que han recibido el mensaje.

Cuando la presencia de Dios se retiró de la nación judía, los sacerdotes y el pueblo se continuaban considerando como los escogidos de Dios. Los servicios del templo continuaban; la bendición divina se invocaba diariamente sobre un pueblo culpable de la sangre del Hijo de Dios. De manera que cuando la decisión irrevocable del Santuario haya sido pronunciada y el destino del mundo haya quedado fijado para siempre, los habitantes de la tierra no lo sabrán. Las formas de religión continuarán siendo practicadas por un pueblo del cual se ha retirado el Espíritu de Dios; el celo satánico para llevar a cabo sus malignos designios se asemejará al celo de Dios.

El tiempo de la angustia de Jacob

A medida que el sábado llegue a ser el punto especial de controversia en toda la cristiandad, se insistirá en que los pocos que se opongan a la Iglesia y al Estado no deben ser tolerados, y que es mejor que sufran ellos y no que todas las naciones sean envueltas en la confusión y la violencia. El mismo argumento se presentó contra Cristo. “Nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca” (S. Juan 11:50). Este argumento parecerá ser concluyente; finalmente se emitirá un decreto contra todos los que santifican el sábado del cuarto mandamiento, denunciándolos y dando al pueblo la libertad, después de cierto tiempo, de darles muerte. Como el romanismo en el mundo antiguo, el protestantismo apóstata en el Nuevo Mundo seguirá la misma conducta. El pueblo de Dios se verá envuelto entonces en las escenas de angustia descritas como el “tiempo de la angustia de Jacob” (ver Jeremías 30:5-7).

La noche de la aflicción de Jacob, cuando luchó en oración para ser librado de manos de Esaú (ver Génesis 32:24-30), representa la experiencia del pueblo de Dios en el tiempo de angustia. Porque debido al engaño practicado para asegurarse la bendición que su padre había destinado para Esaú, Jacob había huido, alarmado por las amenazas mortales de su hermano. Después de permanecer por muchos años en el exilio, se había preparado para regresar a su país nativo. Al llegar a las fronteras del mismo se llenó de terror por las noticias de la aproximación de Esaú, con la indudable intención de vengarse. La única esperanza de Jacob residía en la misericordia de Dios; su única defensa debía ser la oración.

Solo con Dios, Jacob confesó su pecado con profunda humillación. Su vida había llegado a una crisis. En la oscuridad continuaba orando. Repentinamente, una mano se le puso sobre el hombro. Pensó que un enemigo estaba tratando de quitarle la vida. Con toda la energía de la desesperación luchó con su asaltante. Cuando empezó a clarear el alba, el extraño personaje reveló su poder sobrenatural. Jacob pareció paralizado y cayó, indefenso, como un suplicante lloroso, sobre el cuello de su misterioso antagonista. Entonces se dio cuenta de que era el ángel del pacto la persona contra la cual había estado luchando.

Tiempo atrás, Jacob había sentido el remordimiento de su pecado; ahora debía tener la seguridad de que había sido perdonado. El ángel lo urgió: “¡Suéltame, que ya raya el alba!” Pero el patriarca exclamó: “No te soltaré hasta que me hayas bendecido”. Jacob confesó su debilidad e indignidad, y sin embargo confió en la misericordia de un Dios que guarda el pacto. Mediante el arrepentimiento y la entrega del yo, este mortal pecador prevaleció sobre la majestad del cielo.

Satanás había acusado a Jacob ante Dios por su pecado y había inducido a Esaú a marchar en contra de él. Durante la noche que el patriarca estuvo luchando, Satanás trató de desanimarlo y quebrantar su confianza en Dios. Casi fue inducido a desesperar; pero él ya se había arrepentido sinceramente de su pecado y se asió del ángel, e insistió en su petición con fervientes clamores hasta que prevaleció.

Así como Satanás acusó a Jacob, también insistirá en sus acusaciones contra el pueblo de Dios. Tiene conocimiento exacto de los pecados que él los indujo a cometer, y declara que el Señor no puede con justicia perdonarlos y al mismo tiempo destruirlos a él y a sus ángeles. Demanda que se le entreguen esos santos para destruirlos.

El Señor le permite probarlos hasta un grado extremo. La confianza que ellos han depositado en Dios –su fe– será severamente probada. El recuerdo de su pasado hará decaer sus esperanzas, pues es poco el bien que pueden ver en su vida. Satanás trata de aterrorizarlos con la idea de que el caso de ellos es desesperado. Espera así aniquilar su fe, hacerlos ceder a sus tentaciones y alejarlos de Dios.

La angustia de que Dios sea vituperado

Sin embargo, la angustia que los hijos de Dios sufren no es el terror a la persecución. Lo que temen es que, debido a alguna falta cometida por ellos, dejen de recibir el cumplimiento de la promesa del Salvador: “Yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero” (Apocalipsis 3:10). Si ellos resultaran ser indignos debido a sus propios defectos de carácter, el nombre santo de Dios resultaría vituperado.

Señalan el arrepentimiento de sus muchos pecados, que experimentaron en el pasado, y oran por el cumplimiento de la promesa del Salvador: “¿Forzará alguien mi fortaleza? Haga conmigo paz; sí, haga paz conmigo” (Isaías 27:5). Durante su angustia y su aflicción no cesan en su intercesión. Se aferran de la mano de Dios como Jacob se aferró del ángel; y el lenguaje de sus almas es: “No te soltaré hasta que me hayas bendecido”.

Los pecados perdonados

En el tiempo de angustia, si los hijos de Dios tuvieran pecados no confesados, que aparecieran ante ellos mientras el temor y la angustia los torturan, serían abrumados. La desesperación haría desaparecer su fe, y no podrían interceder ante Dios orando por su liberación. Pero no tienen males ocultos que revelar. Sus pecados han sido borrados, y no pueden recordarlos.

El Señor mostró en su trato con Jacob que él, de ninguna manera, tolerará el mal. Todos los que se excusan u ocultan sus pecados y permiten que éstos permanezcan en los libros del cielo sin confesarlos y sin que sean perdonados, serán vencidos por Satanás. Cuanto más honorable sea la posición que ocupen, tanto más seguro será el triunfo de su adversario. Los que posponen su preparación no la pueden obtener en el tiempo de angustia ni en ningún tiempo subsiguiente. El caso de todos ellos es desesperado.

La historia de Jacob es también una seguridad de que Dios no desechará a quienes, traicionados para caer en el pecado, han vuelto a Dios con sincero arrepentimiento. El Señor enviará ángeles para consolarlos en tiempos de peligro. El ojo del Señor está sobre su pueblo. Aunque pareciera que las llamas del horno están por consumirlos, el Refinador los sacará como oro probado en fuego.

Una fe que soporta la prueba

El tiempo de congoja y angustia que está delante de nosotros requiere una fe que soporte el cansancio, la demora y el hambre, una fe que no falte por severa que sea la prueba. La victoria de Jacob es una evidencia del poder de la oración importuna. Todos los que se aferren a las promesas de Dios, como lo hizo Jacob, tendrán el mismo éxito que él obtuvo. ¡Luchar con Dios! ¡Cuán pocos saben lo que esto significa! Cuando las olas de la desesperación envuelven al suplicante, ¡cuán pocos se aferran con fe a las promesas de Dios!

Los que ejercen sólo poca fe ahora se hallan en el mayor peligro de fallar bajo los engaños del poder satánico. Y aun cuando soporten la prueba, se verán envueltos en una congoja mayor en el tiempo de angustia, debido a que nunca aprendieron a confiar en Dios como un hábito. Ahora deben comprobar la seguridad de sus promesas.

A menudo se anticipa una dificultad mayor que la realidad, pero esto no es cierto con respecto a la crisis que nos espera. La presentación más vívida no puede alcanzar la magnitud que tendrá la prueba. En ese tiempo cada alma necesitará mantenerse en pie por sí misma delante de Dios.

Ahora, mientras nuestro Sumo Sacerdote está haciendo intercesión por nosotros, debemos tratar de llegar a ser perfectos en Cristo. Ni siquiera en pensamiento pudo nuestro Salvador ser inducido a ceder al poder de la tentación. Satanás halla en los corazones humanos algún punto en el cual puede estribar; algún deseo pecaminoso es acariciado, y por ese medio sus tentaciones alcanzan poder. Pero Cristo declaró de sí mismo: “Viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí” (S. Juan 14:30). Satanás no podía encontrar nada en el Hijo de Dios que le permitiera obtener la victoria. No había ningún pecado en él que Satanás pudiera emplear para su ventaja. Esta es la condición en que deben hallarse los que estén en pie en el tiempo de angustia.

Es en esta vida cuando debemos separarnos del pecado, por medio de la fe en la sangre expiatoria de Cristo. Nuestro precioso Salvador nos invita a unirnos a él, a unir nuestra debilidad con su fuerza, nuestra indignidad con sus méritos. A

nosotros nos corresponde cooperar con el cielo en la obra de formar nuestros caracteres según el modelo divino.

La obra de engaño y destrucción llevado a cabo por Satanás alcanzará su culminación en el tiempo de angustia. Pronto ocurrirán en los cielos, como una demostración del poder de los demonios obradores de milagros, sucesos terribles de carácter sobrenatural. Espíritus de demonios “irán a los reyes de la tierra”, en todo el mundo, para instarlos a unirse con Satanás en su última batalla contra el gobierno del cielo. Surgirán personas que pretendan ser Cristo mismo. Ellas realizarán milagros de sanamiento y profesarán tener revelaciones del cielo que contradigan las Escrituras.

Como acto culminante en el gran drama de engaño, Satanás mismo se hará pasar por Cristo. Por largo tiempo la iglesia ha esperado el advenimiento del Salvador como la consumación de sus esperanzas. Ahora el gran engañador hará aparecer como que Cristo ha venido. Satanás se manifestará como un ser majestuoso de brillo deslumbrante, imitando la descripción del Hijo de Dios que hay en el Apocalipsis (ver Apocalipsis 1:13-15).

La gloria que lo rodea no es sobrepasada por cosa alguna que los ojos mortales hayan observado. Resuenan los clamores de triunfo: “¡Cristo ha venido!” El pueblo se postra delante de él. Él levanta sus manos y los bendice. Su voz es suave, y a la vez llena de melodía. En tonos compasivos presenta alguna de las verdades celestiales que pronunciara el Salvador. Sana a los enfermos, y entonces, en su presunto carácter de Cristo, asevera haber cambiado el reposo del sábado al domingo. Declara que los que observan el séptimo día están blasfemando su nombre. Este es el engaño poderoso, casi supremo. Multitudes prestan oído a estos sortilegios, y dicen: “Este es el gran poder de Dios” (Hechos 8:10).

El pueblo de Dios no resulta engañado

Pero el pueblo de Dios no resulta engañado. Las enseñanzas de este falso Cristo no están de acuerdo con las Escrituras. Pronuncia su bendición sobre los adoradores de la bestia y de su imagen, precisamente sobre la clase que, según declara la Biblia, recibirá la ira de Dios sin mezcla de misericordia.

Además, a Satanás no se le permite falsificar la forma en que se producirá el advenimiento de Cristo. El Salvador ha advertido a su pueblo contra el engaño en este punto. “Se levantarán falsos Cristo, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos... Así que, si os dijeren: Mirad, está en el desierto, no salgáis; o mirad, está en los aposentos, no lo creáis. Porque como el relámpago que sale del oriente y se muestra hasta el occidente, así será también la venida del Hijo del Hombre” (S. Mateo 24:24-27; 25:31; ver también Apocalipsis 1:7; 1 Tesalonicenses 4:16, 17). No existe posibilidad alguna de falsificar esta venida, pues será presenciada por el mundo entero.

Tan sólo los diligentes estudiosos de las Escrituras, quienes han recibido el amor de la verdad se hallarán escudados contra el poderoso engaño que cautiva al mundo. Por medio del testimonio de la Biblia, éstos descubrirán al engañador detrás de su disfraz. ¿Están los hijos de Dios hoy tan firmemente establecidos en la Palabra que no ceden a la evidencia de sus propios sentidos? En una crisis semejante, ¿se aferrarán ellos a la Biblia, y a la Biblia solamente?

Cuando el decreto emitido por los diversos gobiernos de la cristiandad contra los que guardan los mandamientos de Dios suspenda la protección del Estado y los abandone a merced de aquellos que desean su destrucción, los hijos de Dios huirán de las ciudades y las aldeas y se asociarán en grupos, habitando en los lugares más desolados y solitarios. Muchos, como los cristianos de los valles del Piamonte, hallarán refugio en la fortaleza de las montañas (ver el capítulo 4). Pero muchos, de todas las naciones y de todas las clases, encumbrados y humildes, ricos y pobres, negros y blancos, serán arrojados en la más injusta y cruel servidumbre. Los amados de Dios pasarán días cansadores arrojados detrás de los barrotes de la cárcel, sentenciados a muerte, y aparentemente

abandonados para morir en celdas oscuras y sucias.

¿Olvidará el Señor a su pueblo en esta hora de prueba? ¿Olvidó él al fiel Noé, a Lot, a José, a Elías, a Jeremías o a Daniel? Aunque los enemigos los arrojen en la prisión, las paredes de ella no pueden cortar la comunicación entre sus almas y Cristo. Vendrán ángeles a sus celdas solitarias. La prisión se convertirá en palacio, y los lóbregos muros serán alumbrados como cuando Pablo y Silas cantaban a medianoche en el calabozo de Filipos.

Los juicios de Dios caerán sobre los que tratan de destruir a su pueblo. Para Dios, el castigo es “un acto extraño” (Isaías 28:21, VM; ver también Ezequiel 33:11). El Señor es “misericordioso y piadoso; tardó para la ira, y grande en misericordia y verdad... que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado”. Sin embargo “no tendrá por inocente al culpable” (Éxodo 34:6, 7; Nahum 1:3). La nación a la que soporta desde hace tanto tiempo y a la que no destruirá hasta que no haya llenado la medida de su iniquidad, según el cálculo de Dios, beberá finalmente de la copa de su ira sin mezcla de misericordia. Cuando Cristo cesa su intercesión en el Santuario, se derrama la ira de Dios contra los que adoran a la bestia. Las plagas de Egipto fueron similares a los juicios más extensos que han de caer sobre el mundo justamente antes de la liberación final del pueblo de Dios. Dice el revelador: “Vino una úlcera maligna y pestilente sobre los hombres que tenían la marca de la bestia, y que adoraban su imagen”. El mar, “se convirtió en sangre como de muerto; y murió todo ser vivo que había en el mar”. También “los ríos, y... las fuentes de las aguas... se convirtieron en sangre”. El ángel declara: “Justo eres tú, oh Señor... porque has juzgado estas cosas. Por cuanto derramaron la sangre de los santos y de los profetas, también tú les has dado a beber sangre; pues lo merecen” (Apocalipsis 16:2-6). Al condenar al pueblo de Dios a la muerte, ellos se han hecho tan ciertamente culpables de la sangre como si la hubieran vertido con sus manos. Cristo declaró a los judíos de su tiempo culpables de la sangre de los santos hombres desde los días de Abel (ver S. Mateo 23:34-36), porque estaban animados del mismo espíritu que los que asesinaron a los profetas.

En la plaga siguiente, se da poder al sol para “quemar a los hombres con fuego”. Los profetas describen este tiempo terrible con estas palabras: “Se perdió la mies del campo... todos los árboles del campo se secaron, por lo cual se extinguíó el gozo de los hijos de los hombres”. “¡Cómo gimieron las bestias! ¡Cuán turbados anduvieron los hatos de los bueyes, porque no tuvieron pasto!... Se secaron los arroyos de las aguas, y fuego consumió las praderas del desierto” (Apocalipsis

16:8; Joel 1:11, 12, 18-20).

Estas plagas no son universales; sin embargo, serán los más terribles azotes que jamás se hayan conocido. Todos los juicios anteriores al fin del tiempo de gracia estaban mezclados con misericordia. La sangre de Cristo ha protegido al pecador de la medida plena de su culpa; pero en los juicios finales, la ira es derramada sin mezcla de misericordia. Las multitudes desearán el abrigo de la misericordia de Dios que ellos despreciaron.

Aunque perseguidos y afligidos, y sufriendo por falta de alimentos, los hijos de Dios no serán abandonados para perecer. Angeles suplirán sus necesidades. “Se le dará su pan, y sus aguas serán seguras”. “Yo Jehová, los escucharé; yo, el Dios de Israel, no los abandonaré” (Isaías 33:16; 41:17, VM).

Sin embargo, desde el punto de vista humano, parecerá como que el pueblo de Dios pronto tendrá que sellar su testimonio con su sangre, como hicieron los mártires antes que ellos. Es un tiempo de terrible agonía. Los malvados se regocijan: “¿Dónde está ahora vuestra fe? ¿Por qué no los libra Dios de nuestras manos si son verdaderamente su pueblo?” Pero los que esperan recuerdan la escena de Jesús muriendo en la cruz del Calvario. A semejanza de Jacob, todos están luchando con Dios.

Grupos de ángeles están en guardia

Hay ángeles estacionados en torno a los que han guardado la palabra de la paciencia de Cristo. Ellos han presenciado su angustia y han oído sus plegarias. Esperan la palabra de su Comandante para arrebatarlos de su peligro. Pero deben continuar esperando un poco más de tiempo. El pueblo de Dios debe beber de la copa y ser bautizado con el bautismo (ver S. Mateo 20:20-23). Sin embargo, por causa de los escogidos, el tiempo de la angustia será acortado y el fin vendrá más rápidamente de lo que los hombres esperan.

Aunque un decreto general ha fijado el tiempo cuando los observadores de los mandamientos pueden ser muertos, sus enemigos, en algunos casos, se anticiparán al decreto y tratarán de quitarles la vida. Pero ninguno puede pasar a través de los grupos de guardianes estacionados en torno a cada alma fiel. Algunos son asaltados en su huida de las ciudades, pero las espadas levantadas contra ellos se quiebran como si fueran de paja. Otros son defendidos por ángeles en forma de guerreros humanos.

En todas las épocas seres celestiales han tomado una parte activa en los asuntos de los hombres. Han aceptado la hospitalidad de hogares humanos, han actuado como guías de viajeros extraviados, han abierto las puertas de las cárceles y libertado a los siervos del Señor. Han venido para hacer rodar la piedra de la tumba del Salvador.

Angeles visitan las asambleas de los impíos, así como fueron a Sodoma, para determinar si sus habitantes habían pasado los límites de la tolerancia de Dios. El Señor, por causa de los pocos que todavía lo sirven, restringe las calamidades y prolonga la tranquilidad de multitudes. Poco se dan cuenta los pecadores de que deben su vida a los pocos fieles que ellos se deleitan en oprimir.

A menudo, en los concilios de este mundo, ángeles han aparecido como oradores. Oídos humanos han escuchado sus discursos, labios humanos han ridiculizado sus consejos. Estos mensajeros celestiales han demostrado ser más capaces de defender la causa de los oprimidos que sus más elocuentes defensores. Han impedido males que habrían causado gran sufrimiento al pueblo

de Dios.

Con ferviente anhelo, el pueblo de Dios espera las señales de su Rey que viene. Mientras los que luchan insisten en sus peticiones delante de Dios, el cielo resplandece con la alborada del día eterno. Como melodía angelical llegan a sus oídos las palabras: “Ya les llega ayuda”. La voz de Cristo sale de las puertas abiertas: “He aquí que estoy con ustedes. No teman. Yo he peleado la batalla en favor de ustedes, y en mi nombre son más que vencedores”.

El precioso Salvador enviará ayuda precisamente cuando se la necesite. El tiempo de angustia es una prueba terrible para el pueblo de Dios, pero todo verdadero creyente puede ver por la fe el arco de la promesa que lo circunda. “Ciertamente volverán los redimidos de Jehová; volverán a Sion cantando, y gozo perpetuo habrá sobre sus cabezas; tendrán gozo y alegría, y el dolor y el gemido huirán” (Isaías 51:11).

Si se derramara la sangre de los testigos en este tiempo, su fidelidad no resultaría un testimonio para convencer a los demás de la verdad, pues el endurecido corazón ha rechazado las obras de la misericordia hasta que éstas no regresaron más. Si los justos fueran ahora a caer presa de sus enemigos, sería un triunfo para el príncipe de las tinieblas. Cristo ha hablado: “Anda, pueblo mío, entra en tus aposentos, cierra tras ti tus puertas; escóndete un poquito, por un momento, en tanto que pasa la indignación. Porque he aquí que Jehová sale de su lugar para castigar al morador de la tierra por su maldad contra él” (Isaías 26:20, 21).

Gloriosa será la liberación de los que han esperado pacientemente la venida del Señor y cuyos nombres están escritos en el libro de la vida.

Capítulo 41

Liberación del pueblo de Dios

Cuando la protección de las leyes humanas le sea negada a los que honran la ley de Dios, habrá en diferentes países un movimiento simultáneo con el propósito de destruirlos. Cuando el tiempo señalado por el decreto esté cerca, el pueblo conspirará para asestar en una determinada noche un golpe decisivo que silenciará a los disidentes y los réprobos.

El pueblo de Dios –algunos en las celdas de las cárceles, algunos en los bosques y las montañas– ruega por la protección divina. Hombres armados, instigados por los malos ángeles, se están preparando para la obra de muerte. Ahora, en la hora de máxima gravedad, Dios se interpone: “Vosotros tendréis cántico como de noche en que se celebra Pascua, y alegría de corazón, como el que va... al monte de Jehová, al Fuerte de Israel. Y Jehová hará oír su potente voz, y hará ver el descenso de su brazo, con furor de rostro y llama de fuego consumidor, con torbellino, tempestad y piedra de granizo” (Isaías 30:29, 30).

Multitudes de hombres malvados están por embestir para atacar a su presa, cuando densas tinieblas, más oscuras que la noche, descienden sobre la tierra. Entonces un arco iris se extiende de un lado al otro del cielo y parece circuir a todo grupo que está orando. Las encolerizadas multitudes son contenidas. Los objetos de su ira se olvidan. Fijan la mirada en el símbolo del pacto de Dios y anhelan ser protegidos de su brillo.

El pueblo de Dios oye una voz que dice: “Enderécense”. A semejanza de Esteban miran hacia arriba y observan la gloria de Dios y del Hijo del Hombre sobre su trono (ver Hechos 7:55, 56). Disciernen las señales de su humillación, y escuchan su pedido: “Aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo” (S. Juan 17:24). Se oye una voz que dice: “¡Helos aquí, helos aquí!, santos, inocentes e inmaculados. Guardaron la palabra de mi paciencia y andarán entre los ángeles”.

A medianoche, Dios manifiesta su poder en favor de la liberación de su pueblo. El sol aparece brillando con toda su fuerza. Siguen señales y milagros. Los malvados observan con terror la escena, mientras los justos contemplan las prendas de su liberación. En medio del cielo conmovido aparece un espacio claro de gloria indescriptible desde donde viene la voz de Dios como el sonido de muchas aguas, diciendo: “¡Hecho está!” (Apocalipsis 16:17).

Esa voz commueve los cielos y la tierra. Ocurre un terrible terremoto, “cual no lo hubo jamás desde que los hombres han estado sobre la tierra” (Apocalipsis 16:18). Las rocas quebrantadas se esparcen para todos lados. El mar es azotado con furia. Se escucha el rugido de un huracán como voz de demonios. La superficie de la tierra es quebrantada. Parece que sus mismos fundamentos ceden. Puertos marinos que han llegado a ser como Sodoma por su impiedad son tragados por las aguas agitadas. “La gran Babilonia vino en memoria delante de Dios, para darle el cáliz del vino del ardor de su ira” (Apocalipsis 16:19). Grandes piedras de granizo hacen su obra de destrucción. Ciudades orgullosas resultan abatidas. Palacios señoriales en los cuales los hombres han malgastado su riqueza caen en ruina ante su vista. Los muros de las cárceles se parten de arriba abajo, y el pueblo de Dios es liberado.

Se abren las tumbas, y “muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua”. “Los que le traspasaron”, los que se mofaron de las agonías del Cristo moribundo, y los más violentos opositores de su verdad, son resucitados para observar el honor que se tributa a los leales y obedientes (Daniel 12:2; Apocalipsis 1:7).

Fieros relámpagos envuelven la tierra en un círculo de fuego. Por encima del trueno, voces misteriosas y terribles declaran la condenación de los depravados. Los que se mofaban y desafiaban, y se manifestaban crueles con los que observaban los mandamientos de Dios, ahora tiemblan de terror. Los demonios se commueven, en tanto que los hombres claman por misericordia.

El Día del Señor

Dijo el profeta Isaías: “Aquel día arrojará el hombre a los topos y murciélagos sus ídolos de plata y sus ídolos de oro, que le hicieron para que adorase, y se meterá en las hendiduras de las rocas y en las cavernas de las peñas, por la presencia formidable de Jehová, y por el resplandor de su majestad, cuando se levante para castigar la tierra” (Isaías 2:20, 21).

Los que lo han sacrificado todo por Cristo están ahora seguros. Ante la vista del mundo y desafiando la muerte, han demostrado su fidelidad a Aquel que murió por ellos. Sus rostros, hasta hace poco pálidos y macilentos, brillan ahora iluminados por la admiración. Sus voces se elevan en un cántico triunfante: “Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. Por tanto, no temeremos, aunque la tierra sea removida, y se traspasen los montes al corazón del mar; aunque bramen y se turben sus aguas, y tiemblen los montes a causa de su braveza” (Salmo 46:1-3).

Mientras ascienden estas palabras de santa confianza ante Dios, la gloria de la ciudad celestial traspasa los portales abiertos. Luego aparece una mano en los cielos que sostiene dos tablas de piedra. Esa ley santa, proclamada desde el Sinaí, ahora es revelada como la regla del juicio. Las palabras son tan claras que todos pueden leerlas. Se despiertan los recuerdos. Se destierran de la mente la oscuridad de la superstición y la herejía. Es imposible describir el horror y la desesperación de aquellos que han pisoteado la ley de Dios. Para obtener el favor del mundo, ellos anularon sus preceptos y enseñaron a otros a transgredirlos. Ahora son condenados por la ley que han despreciado, y ven que están sin excusa. Los enemigos de la ley de Dios tienen un nuevo concepto de la verdad y del deber. Ven, demasiado tarde, que el sábado es el sello del Dios vivo. Demasiado tarde ven el fundamento de arena sobre el cual han estado edificando. Han estado luchando contra Dios. Los maestros religiosos han conducido sus almas a la perdición, en tanto que profesaban guiarlos al paraíso. ¡Cuán grande es la responsabilidad de los hombres que tienen un oficio sagrado, y cuán terribles los resultados de su infidelidad!

Aparece el Rey de reyes

Se oye la voz de Dios declarando el día y la hora de la venida de Jesús. El Israel de Dios escucha con los ojos elevados al cielo mientras su semblante resplandece con la gloria del Altísimo. Pronto aparece en el este una pequeña nube negra. Es la nube que rodea al Salvador. En medio de un silencio solemne los hijos de Dios la miran con atención mientras se acerca, hasta que se convierte en una gran nube blanca, teniendo como su base una gloria semejante a un fuego consumidor, y como corona al arco iris del pacto. Jesús está sentado en ella como poderoso conquistador, no ya como “varón de dolores”. Lo asisten santos ángeles, una inmensa e innumerable multitud de ellos, “millones de millones, y millares de millares”. Todos los ojos observan al Príncipe de la vida. Una diadema de gloria descansa sobre su frente. Su semblante brilla más que el sol del mediodía. “Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES” (Apocalipsis 19:16).

El Rey de reyes desciende en la nube, envuelto en llamas de fuego. La tierra tiembla delante de él. “Vendrá nuestro Dios, y no callará; fuego consumirá delante de él, y tempestad poderosa le rodeará. Convocará a los cielos de arriba, y a la tierra, para juzgar a su pueblo” (Salmo 50:3, 4).

“Y los reyes de la tierra, y los grandes, los ricos, los capitanes, los poderosos, y todo siervo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes; y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de Aquel este está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero; porque el gran día de su ira ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse en pie?” (Apocalipsis 6:15-17).

Cesan las burlas, callan los labios mentirosos. No se oye otra cosa que la voz de la oración y el sonido de la lamentación. Los malvados ruegan ser enterrados bajo las rocas antes que hacer frente al rostro de Aquel a quien han traspasado. Conocen esa voz que penetra el oído de los muertos. ¡Cuán a menudo los ha llamado al arrepentimiento con tonos cariñosos! ¡Cuán a menudo fue oída en la invitación de un amigo, un hermano, un Redentor! Esa voz despierta los recuerdos de advertencias despreciadas y de invitaciones rechazadas.

Están también los que se mofaron de Cristo en su humillación. Él declaró: “Desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo” (S. Mateo 26:64). Ahora lo contemplan en su gloria; todavía han de verlo sentado a la diestra del poder. Allí está el altivo Herodes que se burló de su título real. Ahí están los hombres que colocaron sobre su frente la corona de espinas y en su mano el cetro burlesco, los que se arrodillaron delante de él con burlas blasfemas, los que escupieron en el rostro del Príncipe de la vida. Tratan de huir de su presencia. Los que atravesaron sus manos y sus pies con los clavos contemplan esas marcas con terror y remordimiento.

Con aterradora claridad los sacerdotes y gobernantes recuerdan los sucesos del Calvario, y cómo, meneando sus cabezas con regocijo satánico, exclamaron: “A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar” (S. Mateo 27:42). Con un sonido más alto que el clamor de “¡Crucifícale, crucifícale!” que resonó por Jerusalén, se eleva el clamor de la desesperación: “¡Es el Hijo de Dios!” Tratan de huir de la presencia del Rey de reyes.

En la vida de todos los que rechazan la verdad hay momentos cuando la conciencia se despierta, cuando el alma es atacada por vanos remordimientos. ¡Pero qué son estas cosas comparadas con el remordimiento de aquel día! En medio del terror oyen las voces de los santos que exclaman: “He aquí, éste es nuestro Dios, le hemos esperado, y nos salvará” (Isaías 25:9).

La voz del Hijo de Dios llama a los santos que duermen. Por toda la tierra los muertos oirán esa voz, y los que la oigan vivirán. Formarán un gran ejército constituido por gente de toda nación, tribu, pueblo y lengua. Desde la cárcel de la muerte salen revestidos de una gloria inmortal, exclamando: “¿Dónde está, oh muerte, tu agujón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?” (1 Corintios 15:55).

Cada uno sale de la tumba teniendo la misma estatura que cuando entró en ella. Pero todos se levantan con la frescura y el vigor de la juventud eterna. Cristo vino a restaurar lo que se había perdido. Él cambiará nuestros cuerpos viles y los transformará a la semejanza de su cuerpo glorioso. La forma mortal y corruptible, una vez mancillada por el pecado, llega a ser perfecta, hermosa e inmortal. Las manchas y deformidades quedan en la tumba. Los redimidos crecerán hasta la estatura plena de la raza humana en su gloria primigenia, y los últimos rastros de la maldición del pecado son quitados. Los fieles de Cristo reflejarán en la mente y en el cuerpo la imagen perfecta de su Señor.

Los justos vivos son cambiados “en un momento, en un abrir y cerrar de ojos”. A la voz de Dios son hechos inmortales, y junto con los santos resucitados son arrebatados a encontrar al Señor en el aire. Angeles “juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro” (S. Mateo 24:31). Los niños pequeños son entregados en los brazos de sus madres. Amigos separados por largo tiempo por la muerte resultan reunidos, para no separarse más, y con cánticos de alegría ascienden juntos a la ciudad de Dios.

En la ciudad santa

En medio de las multitudes incontables de los redimidos toda mirada se fija en Jesús. Todo ojo contempla su gloria y ese rostro que fue desfigurado más que todo hombre, y ven su hermosura más que la de los hijos de los hombres (ver Isaías 52:14). Sobre las cabezas de los vencedores Jesús coloca la corona de gloria. Para cada uno hay una corona que lleva su propio “nombre nuevo” (Apocalipsis 2:17) y la inscripción: “Santidad a Jehová”. En la mano de todos se coloca la palma de la victoria y el arpa brillante. Entonces, cuando el ángel director da la nota, todas las manos pulsan las cuerdas con hábiles dedos y prorrumpen en estrofas de rica melodía. Todas las voces se elevan en agradecida acción de gracias: “Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de siglos” (Apocalipsis 1:5, 6).

Ante las multitudes redimidas se eleva la santa ciudad. Jesús abre los portales, y las naciones que han guardado la verdad entran por ellos. Entonces su voz se oye mientras proclama: “Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo” (S. Mateo 25:34). Jesús le presenta al Padre la compra hecha con su sangre, declarando: “He aquí, yo y los hijos que Dios me dio”. “A los que me diste, yo los guardé” (Hebreos 2:13; S. Juan 17:12). ¡Oh, qué maravillosa es aquella hora cuando el Padre infinito, mirando a los redimidos, contemplará su imagen, con la mancha del pecado desterrada, y a los seres humanos otra vez restaurados a la armonía con la imagen divina!

El gozo del Salvador consiste en ver, en el reino de la gloria, a las almas salvadas por su agonía y su humillación. Los redimidos compartirán su gozo: contemplan a los que ganaron por sus oraciones, trabajos y sacrificio amante. Su corazón se verá lleno de alegría cuando vean que éste ha ganado a otros, y éstos a otros más.

Los dos adanes se encuentran

Cuando los redimidos reciben la bienvenida en la ciudad de Dios, un triunfante clamor rasga los aires. Están por encontrarse los dos Adanes. El Hijo de Dios ha de recibir al padre de nuestra raza, a quien creó, el que pecó, aquel por cuyo pecado existen las señales de la crucifixión en el cuerpo del Salvador. Cuando Adán discierne las marcas de los clavos, se arroja con humillación a los pies de Cristo. El Salvador lo levanta y le pide que de nuevo observe el hogar edénico del cual se había visto excluido por tanto tiempo.

La vida de Adán estuvo llena de dolor. Cada hoja que moría, cada víctima de un sacrificio, cada mancha que mancillaba la pureza del hombre, le era un recordatorio del pecado. Terrible fue la agonía de remordimiento cuando hizo frente a los reproches que se le hacían por causa del pecado. Fielmente, se arrepintió de su pecado, y murió con la esperanza de la resurrección. Ahora por la expiación, Adán es restablecido.

Transportado de gozo, contempla los árboles que una vez fueron su delicia, cuyo fruto él mismo había recogido en los días de su inocencia. Ve en las viñas que sus propias manos cuidaron las mismas flores que una vez le gustó cuidar. ¡Esto es, en realidad, el Edén restaurado!

El Salvador lo conduce al árbol de la vida y le pide que coma de él. Observa una multitud de su familia redimida. Y entonces arroja su corona a los pies de Jesús y abraza al Redentor. Pulsa el arpa, y los ámbitos del cielo repercuten con el eco de su cántico triunfal: “El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder” (Apocalipsis 5:12). La familia de Adán echa sus coronas a los pies del Salvador mientras se postra en adoración. Los ángeles lloraron cuando se produjo la caída de Adán y se regocijaron cuando Jesús abrió la tumba en favor de todos los que creyeran en su nombre. Ahora contemplan la obra de la redención realizada y unen sus voces en alabanza.

Sobre el “mar de vidrio mezclado con fuego” se reúne el grupo de los que “habían alcanzado la victoria sobre la bestia y su imagen, y su marca y el número de su nombre”. Los 144.000 fueron redimidos de entre los hombres, y

ellos cantan un cántico nuevo, el cántico de Moisés y del Cordero (Apocalipsis 15:2, 3). Ninguno, fuera de los 144.000 puede aprender ese canto, porque es el cántico de una experiencia que ningún otro grupo ha tenido jamás. “Éstos son los que siguen al Cordero por dondequiera que va”. Éstos, habiendo sido trasladados de entre los vivos, son las “primicias para Dios y para el Cordero” (Apocalipsis 14:4, 5). Pasaron por el tiempo de angustia tal como no lo hubo desde que existió la humanidad. Soportaron la angustia de Jacob; permanecieron en pie sin un intercesor a través del derramamiento de los juicios de Dios. Ellos “han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero”; “en sus bocas no ha sido hallado engaño; están sin mácula” delante de Dios; “no tendrán hambre ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni calor alguno; porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes de aguas de vida; y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos” (Apocalipsis 7:14; 14:5; 7:16, 17).

Los redimidos en la gloria

En todas las edades los escogidos del Salvador recorrieron sendas estrechas. Fueron purificados en el horno de la aflicción. Por causa de Cristo soportaron el odio, la calumnia, la abnegación y amargos chascos. Conocieron el mal del pecado, su poder, su culpa, su desgracia; lo miraron con aborrecimiento. Un sentido del infinito sacrificio hecho para curarlos los humilla y llena su corazón de gratitud. Aman mucho porque les ha sido perdonado mucho (ver S. Lucas 7:47). Habiendo sido participantes de los sufrimientos de Cristo, están preparados para participar de su gloria.

Los herederos de Dios vienen de buhardillas, chozas, cárceles, cadalsos, montañas, desiertos, cavernas. Fueron “pobres, angustiados, maltratados”. Millones descendieron a la tumba cargados de infamia porque rehusaron ceder a Satanás. Pero ahora ya no tienen ninguna aflicción, no están esparcidos ni oprimidos. Por lo tanto, se hallan revestidos de los mantos más ricos que los que usaron los hombres más honrados de la tierra, coronados con las diademas más gloriosas que jamás se hayan colocado en la frente de los monarcas terrenales. El Rey de gloria ha limpiado las lágrimas de todos los rostros. Ellos prorrumpen en un cántico de alabanza claro, dulce y armonioso. Las antífonas resuenan en las bóvedas del cielo: “La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero”. Todos responden: “Amén. La bendición y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y la honra y el poder y la fortaleza, sean a nuestro Dios por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 7:10, 12).

En esta vida sólo podemos comenzar a entender el tema maravilloso de la redención. Con nuestra comprensión finita podemos considerar con el máximo fervor la vergüenza y la gloria, la vida y la muerte, la justicia y la misericordia que se encuentran en la cruz; sin embargo, ni aun con nuestros más altos vuelos del pensamiento alcanzamos a abarcar su pleno significado. La longitud y la anchura, la profundidad y la altura del amor redentor se comprenden sólo oscuramente. El plan de redención nunca será plenamente entendido, aunque los redimidos lleguen a ver como son vistos, y lleguen a conocer como son conocidos; pero a través de las edades eternas nuevas verdades continuarán

desenvolviéndose en la mente admirada y deleitada. Aunque las angustias y los dolores y las tentaciones de la tierra han terminado y su causa suprimida, el pueblo de Dios siempre tendrá un conocimiento claro, inteligente, de lo que ha costado su salvación.

La cruz será el canto de los redimidos por toda la eternidad. En el Cristo glorificado contemplarán al Cristo crucificado. Nunca se olvidará que la Majestad del cielo se humilló a sí mismo para levantar al hombre caído, que él soportó la culpa y la vergüenza del pecado y el ocultamiento del rostro de su Padre hasta que las agonías de un mundo perdido quebrantaron su corazón y terminaron con su vida. El Hacedor de todos los mundos puso a un lado su gloria por amor al hombre: esto siempre excitará la admiración del universo. Cuando las naciones de los salvados contemplen a su Redentor y comprendan que de su reino no habrá fin, prorrumpirán en este cántico: “¡Digno, digno es el Cordero que fue inmolado, y nos ha redimido para Dios con su propia preciosísima sangre!”

El misterio de la cruz explica todos los misterios. Se verá que Aquel que es infinito en sabiduría, no podía idear otro plan para nuestra salvación fuera del sacrificio de su Hijo. La compensación por este sacrificio es el gozo que tendrá de poblar la tierra con seres redimidos, santos, felices e inmortales. Tan grande es el valor del alma, que el Padre está satisfecho con el precio pagado. Y Cristo mismo, contemplando los frutos de su gran sacrificio, también está satisfecho.

Capítulo 42

¿Será destruida la tierra?

Cuando la voz de Dios ponga fin al cautiverio de su pueblo, se producirá un terrible despertar de aquellos que lo han perdido todo en la gran lucha de la vida. Cegados por los engaños de Satanás, los ricos se enorgullecían de su superioridad con respecto a los menos favorecidos. Pero se olvidaron de alimentar al hambriento, vestir al desnudo, actuar con justicia y amar la misericordia. Ahora son despojados de todo lo que los hacía grandes y quedan sin nada. Miran con terror la destrucción de sus ídolos. Han vendido sus almas por los goces de la tierra y no se hicieron ricos con respecto a Dios. Su vida es un fracaso, sus placeres se convierten en amargura. La ganancia de toda una vida es eliminada en un momento. Los ricos lamentan la destrucción de sus casas grandes, la dispersión de su oro y plata, y el temor de que ellos mismos han de perecer con sus ídolos. Los malvados lamentan que el resultado sea ése, pero no se arrepienten de su maldad.

El ministro que ha sacrificado la verdad por obtener ganancias o el favor de los hombres, ahora discierne la influencia de sus enseñanzas. Toda línea escrita, toda palabra pronunciada que indujo a los hombres a descansar en un falso refugio, ha sido una semilla sembrada; y ahora contempla la cosecha. Dice el Señor: “¡Ay de los pastores que destruyen y dispersan las ovejas de mi rebaño!... He aquí que yo castigo la maldad de vuestras obras”. “Entristecisteis con mentiras el corazón del justo, al cual yo no entristecí, y fortalecisteis las manos del impío, para que no se apartase de su mal camino, infundiéndole ánimo” (Jeremías 23:1, 2; Ezequiel 13:22).

Los ministros y el pueblo ven que se han rebelado contra el Autor de toda justa ley. Descartando los preceptos divinos produjeron millares de fuentes de iniquidad, hasta que la tierra llegó a convertirse en un abismo de corrupción. Ningún lenguaje puede expresar los anhelos que los desleales sienten por lo que han perdido para siempre: la vida eterna.

Los miembros del pueblo se acusan mutuamente de que se los ha inducido a la destrucción, pero todos se unen en acumular sus más amargas condenaciones contra los pastores infieles que profetizaron “cosas halagüeñas” (Isaías 30:10), que indujeron a los feligreses a anular la ley de Dios y a perseguir a los que querían observarla como santa. “¡Estamos perdidos –exclaman–, y ustedes son la causa!” Las manos que una vez los coronaron con laureles se levantarán para destruirlos. Por doquiera hay lucha y derramamiento de sangre.

El Hijo de Dios y los mensajeros celestiales han estado en conflicto con el maligno para amonestar, iluminar y salvar a los hijos de los hombres. Ahora todos han hecho su decisión; los malvados se han unido plenamente con Satanás en su guerra contra Dios. La controversia no es solamente contra Satanás, sino contra los hombres. “Jehová tiene juicio contra las naciones” (Jeremías 25:31).

El ángel de la muerte

Ahora avanza el ángel de la muerte, representado en la visión de Ezequiel por los hombres que portan las armas para ejecutar, a los cuales se da la orden: “Matad a viejos, jóvenes y vírgenes, niños y mujeres, hasta que no quede ninguno; pero a todo aquel sobre el cual hubiere señal, no os acercaréis; y comenzaréis por mi Santuario. Comenzaron, pues, desde los varones ancianos que estaban delante del templo”, aquellos que profesaban ser los guardianes espirituales del pueblo (Ezequiel 9:6).

Los falsos centinelas son los primeros en caer. “Porque he aquí que Jehová sale de su lugar para castigar al morador de la tierra por su maldad contra él; y la tierra descubrirá la sangre derramada sobre ella, y no encubrirá ya más a sus muertos”. “Y acontecerá en aquel día que habrá entre ellos gran pánico enviado por Jehová; y trabarán cada uno de la mano de su compañero, y levantarán su mano contra la mano de su compañero” (Isaías 26:21; Zacarías 14:13).

En la furiosa lucha de sus propias pasiones y por el derramamiento de la ira de Dios sin mezcla de misericordia caen sacerdotes, gobernantes y el pueblo impío. “Y los muertos por Jehová en aquel día estarán tendidos de cabo a cabo de la tierra: no serán llorados, ni recogidos, ni enterrados” (Jeremías 25:33, VM).

A la venida de Cristo los impíos son destruidos por el fulgor de su gloria. Cristo arrebata a su pueblo a la ciudad de Dios, y la tierra es vaciada de sus habitantes. “He aquí que Jehová vacía la tierra y la desnuda, y trastorna su faz, y hace esparcir a sus moradores... Será... enteramente vaciada y completamente saqueada; porque Jehová ha pronunciado esta palabra... Porque traspasaron las leyes, falsearon el derecho, quebrantaron el pacto sempiterno. Por esta causa la maldición consumió la tierra, y sus moradores fueron asolados; por esta causa fueron consumidos los habitantes de la tierra” (Isaías 24:1, 3, 5, 6).

La tierra tiene el aspecto de un desierto desolado: las ciudades destruidas por un terremoto, los árboles desarraigados, las rocas escabrosas arrancadas de la tierra y esparcidas por su superficie. Enormes cavernas señalan los lugares donde las montañas han sido arrancadas de sus fundamentos.

El destierro de Satanás

Ahora se cumple el suceso prefigurado en el último y solemne servicio del Día de la Expiación. Cuando los pecados de Israel habían sido quitados del Santuario en virtud de la sangre ofrecida por el pecado, el macho cabrío emisario era presentado vivo delante del Señor. El sumo sacerdote confesaba sobre él “todas las iniquidades de los hijos de Israel... poniéndolos así sobre la cabeza del macho cabrío” (Levítico 16:21). De idéntica manera, cuando la obra de la expiación en el Santuario celestial ha sido terminada, en la presencia de Dios y de los santos ángeles, y también a la vista de la hueste de los redimidos, los pecados del pueblo de Dios serán colocados sobre Satanás; él será declarado culpable de todos los males que él ha hecho cometer. Así como el macho cabrío era enviado lejos, a una tierra deshabitada, Satanás será desterrado a la tierra desolada.

Después de presentar las escenas de la venida del Señor, el revelador continúa: “Vi a un ángel que descendía del cielo, con la llave del abismo, y una gran cadena en la mano. Y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ató por mil años, y lo arrojó al abismo, y lo encerró, y puso su sello sobre él, para que no engañase más a las naciones, hasta que fuesen cumplidos mil años; y después de esto debe ser desatado por un poco de tiempo” (Apocalipsis 20:1-3).

El “abismo” representa la tierra en estado de confusión y tinieblas. Mirando proféticamente el gran Día de Dios, Jeremías declara: “Miré, y no había hombres, y todas las aves del cielo se habían ido. Miré, y he aquí el campo fértil era un desierto, y todas sus ciudades eran asoladas” (Jeremías 4:23-26).

Aquí es donde tendrá la morada Satanás y sus ángeles durante mil años. Limitado a la tierra, no tendrá acceso a otros mundos para tentar e incomodar a los que nunca han caído. En este sentido está atado. No queda ninguno sobre el cual pueda ejercer su poder. Se lo priva de la obra de engaño y ruina que ha sido su único deleite.

Isaías, considerando el derrocamiento de Satanás, exclama: “¡Cómo caíste de los cielos, oh Lucero, hijo de la aurora! ¡Has sido derribado por tierra, tú que

abatiste las naciones!... Tú eres aquel que dijiste en tu corazón: ¡Al cielo subiré; sobre las estrellas de Dios ensalzaré mi trono!... seré semejante al Altísimo! ¡Pero ciertamente al infierno serás abatido, a los lados del hoyo! Los que te vieran clavarán en ti la vista, y de ti se cerciorarán, diciendo: ¿Es éste el varón que hizo temblar la tierra, que sacudió los reinos; que convirtió el mundo en un desierto, y destruyó sus ciudades; y a sus prisioneros nunca los soltaba?” (Isaías 14:12-17, VM).

Durante seis mil años la cárcel de Satanás (la tumba) ha recibido al pueblo de Dios, pero Cristo ha quebrantado sus ataduras y ha puesto en libertad a sus presos. Sólo, con sus malos ángeles, el maligno considera los efectos del pecado: “Los reyes de las naciones, sí, todos ellos yacen con gloria cada cual en su propia casa [el sepulcro]; ¡mas tú, arrojado estás fuera de tu sepulcro, como un retoño despreciado!... No serás unido con ellos en sepultura; porque has destruido tu tierra, has hecho perecer a tu pueblo” (Isaías 14:18-20, VM).

Durante mil años Satanás contemplará los resultados de su rebelión contra la ley de Dios. Sus sufrimientos son intensos. Ahora queda para contemplar la parte que él ha desempeñado desde que se rebeló, y para considerar con anticipación y con terror el espantoso futuro cuando él debe ser castigado.

Durante los mil años que median entre la primera y la segunda resurrección ocurre el juicio de los impíos. El apóstol Pablo señala que este acontecimiento sigue a la segunda venida (ver 1 Corintios 4:5). Los justos reinan como reyes y sacerdotes. San Juan dice: “Vi tronos, y se sentaron sobre ellos los que recibieron facultad de juzgar... Serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años” (Apocalipsis 20:4-6).

En ese momento “los santos han de juzgar al mundo” (1 Corintios 6:2). En unión con Cristo juzgan a los impíos, decidiendo cada caso de acuerdo con las obras hechas en el cuerpo. Entonces la porción que los impíos deben sufrir es medida de acuerdo con sus obras, y se registra frente a sus nombres en el libro de la muerte.

Satanás y los malos ángeles son juzgados por Cristo y su pueblo. Dice San Pablo: “¿No sabéis que hemos de juzgar a los ángeles?” (1 Corintios 6:3). San Judas declara que “a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día” (S. Judas 6).

Al final de los mil años se produce la segunda resurrección. Entonces los malos, levantados entre los muertos, aparecen ante Dios para la ejecución del “juicio decretado” (Salmo 149:9). Así dice el revelador: “Los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años” (Apocalipsis 20:5). Isaías declara con respecto a los impíos: “Serán juntados como se juntan los presos en el calabozo, y estarán encerrados en la cárcel; y después de muchos días serán sacados al suplicio” (Isaías 24:22, VM).

Capítulo 43

El glorioso triunfo final

Al final de los mil años, Cristo regresa a la tierra acompañado por los redimidos y una comitiva de ángeles. Él pide a los impíos que se levanten para recibir su castigo. Ellos obedecen, en número tan incontable como las arenas del mar, mostrando las huellas de la enfermedad y la muerte. ¡Qué contraste con los que fueron levantados en la primera resurrección!

Todas las miradas se concentran en la gloria del Hijo de Dios. A una voz la hueste de los impíos exclama: “¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!” (S. Mateo 23:39). No es el amor lo que los inspira a proferir esta exclamación, sino que es la fuerza de la verdad la que los obliga a pronunciar estas palabras con labios reticentes. Los impíos salen de sus tumbas con la misma enemistad hacia Cristo y con el mismo espíritu de rebelión con que bajaron a ellas. No han de tener una nueva oportunidad para remediar su vida pasada.

Dice el profeta: “Se afirmarán sus pies en aquel día sobre el Monte de los Olivos... y el Monte de los Olivos se partirá por en medio” (Zacarías 14:4). Cuando la nueva Jerusalén baja del cielo, descansa en el lugar preparado, y Cristo, junto con su pueblo y los ángeles, entran en la santa ciudad.

Mientras estaba privado de realizar su obra de engaño, el príncipe del mal se sentía miserable y abatido. Pero cuando los muertos impíos son resucitados, y él ve las vastas multitudes a su lado, sus esperanzas reviven. Resuelve no ceder en el gran conflicto: comandará a los perdidos reuniéndolos bajo su estandarte. Al rechazar a Cristo han aceptado la dirección del jefe rebelde, y están listos para obedecerle. Sin embargo, consecuente con su engaño anterior, no se manifiesta como Satanás. Declara ser el dueño legal del mundo cuya herencia le ha sido injustamente arrebatado. Se presenta como un redentor, asegurando a sus engañados súbditos que es su poder el que los ha levantado de la tumba. Satanás da fuerzas a los débiles, e inspira a todos con su propia energía para conducirlos con el fin de tomar posesión de la ciudad de Dios. Señala los innumerables

millones que han sido levantados de entre los muertos, y declara que como dirigente de ellos es capaz de reconquistar su trono y su dominio.

En la vasta multitud se halla la raza longeva que existió antes del diluvio, hombres de gloriosa estatura y de gigantesco intelecto; hombres cuyas obras maravillosas indujeron al mundo a idolatrar su genio, pero cuya残酷 e inventos malignos hicieron que Dios los eliminara de su creación. Hay reyes y generales que nunca perdieron una batalla. En la muerte no experimentaron ningún cambio. Al salir de la tumba, están impulsados por el mismo deseo de conquista que los dominó cuando cayeron.

El asalto final contra Dios

Satanás consulta con estos hombres poderosos. Ellos declaran que el ejército que está dentro de la ciudad es pequeño en comparación con el que ellos dirigen, y que por lo tanto pueden vencer. Hábiles artesanos construyen implementos de guerra. Dirigentes militares organizan a los hombres en compañías y divisiones.

Por fin se da la orden de ataque, y la hueste innumerable avanza, como ejército que no puede ser igualado ni por todas las fuerzas de todos los tiempos. Satanás conduce la vanguardia, y reyes y guerreros lo acompañan. Con precisión militar las columnas cerradas avanzan sobre la quebrada superficie de la tierra hacia la ciudad de Dios. Jesús ordena cerrar las puertas de la Nueva Jerusalén, y los ejércitos de Satanás se alistan para el ataque.

Ahora Cristo aparece a la vista de sus enemigos. Muy por encima de la ciudad, sobre un fundamento de oro bruñido, se halla su trono. Sobre este trono se sienta el Hijo de Dios, y en torno a él están los súbditos de su reino. La gloria del Padre eterno circunda a su Hijo. El fulgor de su presencia irradia atravesando las puertas, inundando la tierra de claridad.

Cerca del trono se hallan aquellos que una vez fueron celosos en la causa de Satanás pero que arrebatados como tizones ardientes, han seguido a su Salvador con intensa devoción. Próximos a ellos están los que han perfeccionado sus caracteres en medio de la falsedad y la infidelidad, los que honraron la ley de Dios cuando el mundo la declaraba abolida, y los millones, de todas las edades, que fueron martirizados por su fe. Más allá sigue la “gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas... delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos” (Apocalipsis 7:9). Su lucha ha terminado, la victoria está ganada. La palma es un símbolo de triunfo, el manto blanco un emblema de la justicia de Cristo que ahora les pertenece.

En toda esa multitud no existe nadie que se atribuya la salvación a sí mismo sobre la base de su bondad. Nada se dice de lo que han sufrido; la nota tónica de todos sus cánticos es: Salvación a nuestro Dios y al Cordero.

La sentencia es pronunciada contra los rebeldes

En presencia de los habitantes reunidos de la tierra y del cielo ocurre la coronación del Hijo de Dios. Y ahora, investido de suprema majestad y poder, el Rey de reyes pronuncia la sentencia sobre los rebeldes que han transgredido su ley y oprimido a su pueblo. “Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos. Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras” (Apocalipsis 20:11, 12).

Cuando la mirada de Jesús se fija en los impíos, éstos se hallan conscientes de todo pecado que cometieron alguna vez. Ven sus propios pies apartarse de la senda de la santidad, las tentaciones seductoras que aceptaron por su complacencia con el pecado, los mensajeros de Dios despreciados, las amonestaciones desoídas, las olas de misericordia rechazadas por un corazón obstinado y endurecido, todo aparece como si estuviera escrito con letras de fuego.

Por encima del trono se revela la cruz. Como en visión panorámica, aparecen las escenas de la caída de Adán y los pasos sucesivos en el plan de la redención. El nacimiento humilde del Salvador; su vida de sencillez; su bautismo en el Jordán; su ayuno y tentación en el desierto; su ministerio para presentar ante los hombres las bendiciones del cielo; los días llenos de obras de misericordia, las noches de oración en la montaña; las maquinaciones llenas de envidia y de malicia con que fueron pagados sus beneficios; la agonía misteriosa en el Getsemaní bajo el peso de los pecados del mundo; su traición por parte de la turba asesina; los sucesos de la noche de horror –el preso voluntario abandonado por sus discípulos, juzgado en el palacio del sumo sacerdote, en la corte de juicio de Pilato, ante el cobarde Herodes, burlado, insultado, torturado y condenado a morir–, todas estas cosas resultan vívidamente presentadas.

Y luego, ante las multitudes inquietas se revelan las escenas finales: el paciente Salvador recorriendo el camino del Calvario; el Príncipe del cielo colgado en la

cruz; los sacerdotes y rabinos mofándose de su agonía moribunda; la oscuridad sobrenatural que señaló el momento cuando el Redentor del mundo deponía su vida.

El espectáculo horrible aparece tal como es. Satanás y sus súbditos no tienen poder para dejar de observar la escena. Cada actor recuerda la parte que él realizó. Herodes, que dio muerte a los niños inocentes de Belén; la vil Herodías, sobre cuya alma descansa la sangre de Juan el Bautista; el débil Pilato, esclavo de las circunstancias; los soldados burladores; la turba enloquecida que exclamaba: “¡Recaiga su sangre sobre nosotros, y sobre nuestros hijos!”; todos tratan en vano de esconderse de la majestad divina de su rostro, mientras los redimidos arrojan sus coronas a los pies del Salvador, exclamando: “¡Él murió por mí!”

Allí está Nerón, monstruo lleno de crueldad y vicios, contemplando la exaltación de aquellos a quienes torturó y cuyas angustias le produjeron satánica delicia. Su madre presencia la propia obra que ella realizó, y cómo las pasiones estimuladas por su influencia y ejemplo han dado como fruto crímenes que han horrorizado al mundo.

Hay sacerdotes y prelados papistas que pretendieron ser embajadores de Cristo, y sin embargo emplearon el potro, el calabozo y el cadalso para dominar al pueblo de Dios. Allí están los orgullosos pontífices que se exaltaron por encima de Dios y pensaron poder cambiar la ley del Altísimo. Esos pretendidos padres tienen una cuenta que rendir delante de Dios. Demasiado tarde ven ahora que el Omnipotente es celoso de su ley. Se dan cuenta ahora de que Cristo identifica sus intereses con su pueblo sufriente. Todo el mundo impío se halla en juicio, acusado de alta traición contra el gobierno de Dios. No tienen ningún argumento para defender su causa; no tienen ninguna excusa; y la sentencia de la muerte eterna se pronuncia contra ellos.

Los impíos ven lo que han perdido por su rebelión. “Todo esto –exclama el alma perdida– yo lo habría podido obtener. ¡Oh, extraña infatuación! He cambiado la paz, la felicidad y el honor por la miseria, la infamia y la desesperación”. Todos ven que su exclusión del cielo es justa. Mediante su vida han declarado: “No queremos que este Jesús reine sobre nosotros”.

Satanás derrotado

Como fascinados, los malvados observan la coronación del Hijo de Dios. Ven en sus manos las tablas de la ley divina que ellos han despreciado. Presencian el clamor de la adoración proveniente de los salvados; y cuando las olas de melodías repercuten por encima de las multitudes que están fuera de la ciudad, todos exclaman: “Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos” (Apocalipsis 15:3).

Y postrándose, adoran al Príncipe de la vida. Satanás parece paralizado. Habiendo sido una vez el querubín cubridor, recuerda de dónde ha caído. Está para siempre excluido del concilio en donde una vez fue honrado. Ve ahora a otro junto al Padre, un ángel de majestuosa presencia. Él sabe que la exaltada posición de ese ángel debiera haber sido suya.

Recuerda el hogar de su inocencia, la paz y el contento de que disfrutó hasta su rebelión. Pasa en revista su obra entre los hombres y sus resultados: la enemistad del hombre contra su prójimo, la terrible destrucción de vidas, el derrocamiento de tronos, los tumultos, los conflictos y las revoluciones. Recuerda sus constantes esfuerzos para oponerse a la obra de Cristo. Al mirar el fruto de su trabajo ve solamente fracaso. Una y otra vez en el proceso del gran conflicto él fue derrotado y obligado a rendirse.

El blanco del gran rebelde ha sido siempre probar que el gobierno divino era responsable por la rebelión. Él ha inducido a vastas multitudes a aceptar su versión. Durante miles de años este archiconspirador ha tramado falsear la verdad. Pero ahora ha llegado el tiempo cuando la historia y el carácter de Satanás han de ser descubiertos. En su último esfuerzo por destronar a Cristo, destruir a su pueblo y tomar posesión de la ciudad de Dios, el archirrebelde ha sido totalmente desenmascarado. Los que se ha unido con él ven el fracaso total de su causa.

Satanás observa que su rebelión voluntaria lo ha descalificado para el cielo. Él ha desarrollado sus facultades para luchar contra Dios; la pureza y la armonía del

cielo serían para él ahora suprema tortura. Se postra en ese momento y confiesa la justicia de su sentencia.

Ahora está aclarada toda pregunta respecto de la verdad y el error en el milenario conflicto. Los resultados de anular los estatutos divinos han sido abiertos a la vista del universo entero. La historia del pecado será por toda la eternidad un testigo de que la ley de Dios conduce a la felicidad de todos los seres que él ha creado. El universo entero, leales y rebeldes, en acorde unánime declara: “Justos y verdaderos son tus caminos, oh Rey de los santos”.

Ha llegado la hora cuando Cristo es glorificado por encima de todo nombre que es nombrado. Por el gozo que le fue propuesto –el que pudiera traer a muchas almas a la gloria–, él soportó la cruz. Mira a los redimidos, renovados a su propia imagen. Contempla en ellos el resultado del trabajo de su alma, y está satisfecho (ver Isaías 53:11). Con una voz que alcanza a todas las multitudes, a los justos y a los impíos, él declara: “¡He ahí la compra de mi sangre! Por ellos he sufrido, por ellos he muerto”.

Muerte violenta de los impíos

El carácter de Satanás permanece sin cambiar. La rebelión, como poderoso torrente, surge de nuevo. Él determina no ceder en la última lucha desesperada contra el Rey del cielo. Pero, de todos los incontables millones que él ha seducido en la rebelión, nadie reconoce ahora su supremacía. Los impíos están llenos del mismo odio hacia Dios que inspira Satanás, pero ven que su caso es desesperado. “Por cuanto has puesto tu corazón como corazón de Dios, por tanto, he aquí que voy a traer contra ti extraños, los terribles de las naciones; y ellos desenvainarán sus espadas contra tu hermosa sabiduría, y profanarán tu esplendor. Al hoyo te harán descender... Te destruyo, ¡oh querubín que cubres con tus alas!, y te echo de en medio de las piedras de fuego... Te echo a tierra; te pongo delante de reyes, para que te miren... te torno en ceniza sobre la tierra, ante los ojos de todos los que te ven... serás ruinas, y no existirás más para siempre” (Ezequiel 28:6-8, 16-19, VM).

“Jehová está airado contra todas las naciones”. “Sobre los malos hará llover calamidades; fuego, azufre y viento abrasador será la porción del cálix de ellos” (Isaías 34:2; Salmo 11:6). Desciende fuego de Dios desde el cielo. La tierra es quebrantada. Llamas devoradoras surgen por todas partes de grietas amenazantes. Las mismas rocas están en llamas. Los elementos se funden con el intenso calor, y también la tierra, y las obras que en ellas están son quemadas (ver 2 S. Pedro 3:10). La superficie de la tierra parece una masa derretida: un inmenso lago de fuego hirviendo. “Es día de venganza de Jehová, año de retribuciones en el pleito de Sion” (Isaías 34:8).

Los impíos son castigados de acuerdo con sus obras. A Satanás se lo hace sufrir no solamente por su propia rebelión, sino por todos los pecados que ha hecho cometer al pueblo de Dios. En las llamas, los impíos son por fin destruidos, raíz y rama: Satanás, la raíz; sus seguidores, las ramas. La completa penalidad de la ley se ha pagado; las demandas de la justicia se han cumplido. La obra satánica de ruina ha terminado para siempre. Ahora las criaturas de Dios son liberadas para siempre de sus tentaciones.

Mientras la tierra se halla envuelta en fuego, los justos moran con seguridad en

la ciudad santa. En tanto que Dios es fuego consumidor para el malvado, es un escudo para su pueblo (ver Apocalipsis 20:6; Salmo 84:11).

“Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron” (Apocalipsis 21:1). El fuego que consume a los malos purifica la tierra. Desaparece todo resto de maldición. Ningún infierno que arda perpetuamente recordará a los redimidos las terribles consecuencias del pecado.

Recordatorios de la crucifixión

Permanece un solo recordatorio: Nuestro Redentor llevará para siempre las marcas de la crucifixión, los únicos rastros de la obra cruel hecha por el pecado. Durante las edades eternas las cicatrices del Calvario mostrarán su alabanza y declararán su poder.

Cristo les aseguró a sus discípulos que él iba a preparar mansiones para ellos en la casa del Padre. El lenguaje humano es inadecuado para describir la recompensa de los justos. La conocerán solamente los que la contemplen. ¡Ninguna mente finita puede comprender la gloria del paraíso de Dios!

En la Biblia se da el nombre de patria a la herencia de los salvados (ver Hebreos 11:14-16). Allí el Pastor del cielo conduce a su rebaño a fuentes de aguas vivas. Allí hay corrientes que fluyen eternamente, claras como el cristal, y sobre sus márgenes se mecen árboles que arrojan su sombra sobre los senderos preparados para los redimidos del Señor. Amplias llanuras alternan con colinas de belleza, y las montañas de Dios elevan sus cumbres majestuosas. En esa pacífica llanura, junto a estas corrientes vivas, los hijos de Dios, por tanto tiempo peregrinos y advenedizos, encontrarán su patria.

“Edificarán casa, y morarán en ellas; plantarán viñas, y comerán el fruto de ellas. No edificarán para que otro habite, ni plantarán para que otro coma... mis escogidos disfrutarán la obra de sus manos”. Allí “se alegrarán el desierto y la soledad; el yermo se gozará y florecerá como la rosa”. “Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará... y un niño los pastoreará... No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte” (Isaías 65:21, 22; 35:1; 11:6, 9).

El dolor no puede existir en el cielo. No habrá más lágrimas, ni cortejos fúnebres. “Ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron”. “No dirá el morador: estoy enfermo; al pueblo que more en ella le será perdonada la iniquidad” (Apocalipsis 21:4; Isaías 33:24).

Allí está la Nueva Jerusalén, la metrópoli de la tierra nueva glorificada. “Su fulgor era semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspe, diáfana

como el cristal... Las naciones que hubieren sido salvadas andarán a la luz de ella; y los reyes de la tierra traerán su gloria y honor a ella... He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios” (Apocalipsis 21:11, 24, 3).

En la ciudad de Dios “no habrá... más noche” (Apocalipsis 22:5). No habrá cansancio. Siempre sentiremos la frescura de la mañana, la cual nunca llegará a su fin. La luz del sol será sobrepasada por un fulgor que, sin deslumbrar la vista, superará en forma inmensurable a la claridad del mediodía. Los redimidos caminarán en la gloria del día eterno.

“No vi en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero” (Apocalipsis 21:22). El pueblo de Dios tiene el privilegio de mantener una comunión abierta con el Padre y con el Hijo. Ahora contemplamos la imagen de Dios como en un espejo, pero entonces lo veremos cara a cara, sin ningún velo que lo oculte.

El triunfo del amor de Dios

Allí el amor y la simpatía que Dios mismo ha implantado en el alma encontrará su expresión más genuina y más dulce. La comunión pura con los seres santos y los fieles de todas las edades, los lazos sagrados que unen a toda la “familia en los cielos y en la tierra” (Efesios 3:15); esto ayudará a construir la felicidad de los redimidos.

Allí, mentes inmortales contemplarán con delicia incesante las maravillas del poder creador, los misterios del amor redentor. Toda facultad será desarrollada, toda capacidad acrecentada. La adquisición de conocimientos no abrumará las energías. Las mayores empresas se llevarán a cabo, las más altas aspiraciones se alcanzarán, las más elevadas ambiciones se realizarán. Y aún surgirán nuevas alturas que alcanzar, nuevas maravillas que admirar, nuevas verdades que comprender, nuevos objetos que desafiarán las facultades de la mente, del alma y del cuerpo.

Todos los tesoros del universo estarán abiertos a los redimidos de Dios. Libres de la mortalidad, emprenden un vuelo incansable hacia los mundos lejanos. Los hijos de la tierra entran en el gozo y la sabiduría de los seres no caídos y comparten los tesoros de conocimiento obtenidos a través de muchas edades. Con visión clarísima contemplan la gloria de la creación: soles y estrellas y sistemas, todos marchando en el orden señalado en torno al trono de la Divinidad.

Y a medida que los años de la eternidad transcurran, traerán nuevas y más gloriosas revelaciones de Dios y de Cristo. Cuanto más conozcan los hombres acerca de Dios, mayor será su admiración por su carácter. Cuando Jesús abra delante de ellos las riquezas de la redención y les revele los hechos asombrosos del gran conflicto con Satanás, el corazón de los redimidos se estremecerá con devoción, y miles y miles de voces se unirán para engrosar el majestuoso coro de alabanza.

“Y a todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, oí decir: Al que está sentado en el

trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 5:13).

El gran conflicto ha terminado. Ya no existen ni pecado ni pecadores. El universo entero está limpio. Una sola pulsación de armonía y alegría late en la vasta creación. De Aquel que lo creó todo, fluyen vida y luz y alegría que recorren los espacios ilimitados. Desde el átomo más insignificante hasta el mayor de los mundos, todas las cosas animadas e inanimadas, con su belleza sin mancha y con gozo perfecto, declaran que Dios es amor.



CONFLICTO CÓSMICO

- ¿Dónde está Dios cuando los inocentes sufren? (Capítulo 30)
- ¿Acabará el mundo con una inevitable guerra mundial? (Capítulo 41)
- ¿Hay vida más allá de la muerte? (Capítulos 34 y 35)
- ¿Cómo se originó el mal en el universo? (Capítulos 30 al 32)
- ¿Hacia dónde va Estados Unidos de Norteamérica? (Capítulos 26 y 37)
- ¿Ya está actuando entre nosotros el Anticristo? (Capítulos 3 y 36)

Miles de personas se formulan éstas y otras preguntas fundamentales.

Conflictos cósmico responde a ellas con autoridad, basándose en la historia y en la Palabra de Dios. Millones que han leído este libro fascinante han llegado a comprender mejor las fuerzas que actúan en el universo y que afectan el destino de cada ser humano.

Conflictos cósmico le ayudará a descubrir el papel que usted puede desempeñar en la dramática lucha entre el bien y el mal.

